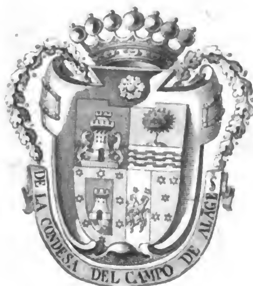



DE LA CONDESA DEL CAMPO DE ALAGES

Duplicato.

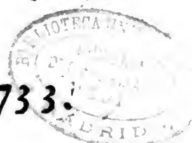
VARIA FORTUNA DE EL SOLDADO PINDARO.

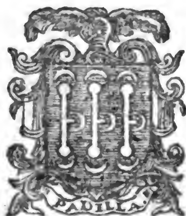
POR

D. GONZALO DE CESPEDES Y MENESES, vecino, y natural de Madrid.

AÑADIDO EN ESTA ULTIMA IMPRESSION otro Libro de el miſmo Autor, que eſtaba impreſſo, y no ſe hallaba, por averſe diſtinguido la impreſsion, cuyo titulo es: Hiſtorias Peregrinas, y Exemplares, con el origen, fundamentos, y excelencias de Eſpaña, y Ciudades donde ſucedieron.

TERCERA IMPRESSION.



Año de  1733.

Plieg. 60.

CON LICENCIA: En Madrid. A coſta de Don Pedro Joſeph Alonſo y Padilla, Librero de Camara del Rey nueſtro ſeñor. Se hallarà en ſu Imprenta, y Libreria, en la calle de Santo Thomàs, junto al Contraſte.

INDICE DE LIBROS ENTRETENIDOS de Novelas, Patrañas, Cuentos, Historias, y Casos tragicos, para divertir la ociosidad, hecho por Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad, quien desea dàr noticia à los Aficionados, y con el tiempo los irà reimprimiendo muchos de los que aqui vàn anotados, que no los ay, y muchos no tienen noticia de ellos por el transcurso de el tiempo.

EN QUARTO.

1. El Soldado Pindaro, añadido al fin las Historias peregrinas, ambos por Gonzalo de Cespedes.
1. Gerardo Español, por el mismo Autor.
2. Don Quixote de la Mancha.
1. Guzmàn de Alfarache.
1. Engaños de Mugeres.
1. Soledades de la Vida.
1. Novelas de Doña Maria de Zayas.
1. Novelas de Doña Mariana de Carbajal.
1. Novelas de Montalvàn.
1. Novelas de Cerbantes.
1. Novelas sin las vocales.
1. Escarmientos de Jacinto, y Novelas de Don Carlos.
1. Trabajos del vicio, y afanes del amor vicioso.
1. Argenes, y Poliarco.
1. Persiles, y Segismunda.
1. Eustorgio, y Clorilene.
1. Navidades de Zaragoza, son novelas, y otros divertimientos, por Don Mathias Aguirre de el Pozo y Felizes.
1. Los Cigarrales de Toledo.
1. Hypolito, y Aminta.
1. Teagenes, y Cariclea.
1. Novelas amorosas de Camerino.
1. La Dama Beata, del mismo Camerino.
1. Las dos Constantes Mugeres Españolas, por Narvaez.
1. Novelas Morales, y exemplares, de Liñan y Berdugo.
1. Novelas exemplares, y prodigiosas historias, de Juan de Piña.
2. Casos prodigiosos, y Cueva encantada, por el mismo Piña.
1. Varias fortunas, por el mismo Juan de Piña.
1. Aviso de Forasteros en la Corte de Madrid, en varias novelas, lo que passa en la Corte, y las Posadas.
1. El Entretenido.
1. Gustos, y disgustos del Lentiscal de Cartagena.
1. La Picara Justina.
1. El Artamenes, ò el Gran Cyro; por el señor de Escuderi; son novelas de bello estilo.
1. Niseno, y Fenisa.

1. Enig-

1. Enigmas, y Probervios, de Herrera, que son quisicosas.
2. Engaños, y desengaños de el Amor profano, por otro titulo, Historia del Duque Federico: es una historia amorosa, muy discreta.

OBRAS DE FRANCISCO Santos, en quatro tomos, y en ellos incluyen los libros siguientes.

TOMO PRIMERO.

1. Dia, y Noche de Madrid.
1. Las Tarascas de Madrid.
1. Los Gigantones de Madrid.

TOMO SEGUNDO.

1. El Sastre del Campillo.
1. El Escandalo del mundo, y piedra de la Justicia.
1. El Rey Gallo, y discursos de la Hormiga.

TOMO TERCERO.

1. El Cardeno Lyrio.
1. Alva sin crepusculo.
1. Madrid llorando.
1. La Verdad en el potro.
1. Periquillo el de las Gallineras.
1. El Vivo, y el Difunto.

TOMO QUARTO.

1. El No importa de España.
1. El Arca de Noè.
1. El Diablo anda suelto.

FIN.

EN OCTAVO.

1. Experiencias de Amor, y Fortuna.
1. Estevanillo Gonzalez.
1. El viage entretenido, de Agustin de Roxas, son cuentos, chistes, y novelas.
1. El Pastor de Clenarda, por Miguel Botello.
1. Historias tragicas, y exemplares, por Pedro Bobistau.
1. Historias prodigiosas, y maravillosas, por Pedro Bobistau.
1. Arrestos de amor, que son pleytos, y sentencias difinitivas, por el Secretario Diego Gracian.
1. Las Auroras de Diana.
1. El Amor enamorado.
1. Carcel de Amor, y question de Amor.
1. La Galatea de Cerbantes, que son novelas.
1. Galateo Español.
2. Alonso, mozo de muchos amos.
1. Sarao de Aranjuèz, de varios versos, y novelas.
1. Historia tragica de Leonora, y Rosaura.
1. Tragedias de amor, y apacibles entretenimientos de los enamorados Ancrisio, y Lucidora.
1. La Mogiganga del gusto, en seis novelas.
1. Meritos disponen premios, escrito sin la letra A.
1. Los mas fieles amantes Leucipe, y Clitofonte.

1. No-

1. Novelas, y discursos Morales, con varios papeles muy chistosos, por Juan Cortès de Tolosa.
1. El Diablo Cojuelo, novelas de la otra vida.
1. El Filosofo del Aldea, en diferentes novelas.
1. Meriendas del ingenio, y entretenimientos del gusto, en seis novelas.
1. Carnestolendas de Zaragoza, entretenimientos, y varios motes de apacible gusto.
1. Carnestolendas de Castilla, que son dialogos de apacible entretenimiento.
1. La Dorothea, de Lope de Vega.
1. Novelas varias, por Lope de Vega.
1. Novela de novelas.
1. Novelas Morales, de Vargas.
1. Las Patrañas de Juan de Timoneda.
1. El Meson del mundo, por Rodrigo Fernandez de Ribera.
1. Horas de Recreacion, que son cuentos chistosos, por Ludovico Guichardino.
1. Clavelinas de Recreacion, que son cuentos, por Ambrosio de Salazar.
1. Jocoserias, burlas, veras de los desordenes publicos, por Luis Quiñones de Benavente.
1. Coloquios, y dialogos de Pedro Mexia.
1. Tardes apacibles, de gustoso entretenimiento, entremeses, y bayles, escogidos de los mejores Ingenios de España.

FIN.

LO QVE ESCRIVIO Don Alonso de el Castillo Solorzano, todos en octavo.

1. Tiempo de regocijo, y Carnestolendas de Madrid.
1. Jornadas alegres.
1. Tardes entretenidas.
1. La Quinta de Laura.
1. La Garduña de Sevilla.
1. Huerta de Valencia.
1. Donayres del Parnaso.
1. Las Arpias de Madrid.
1. Las aventuras de el Bachiller Trapaza.
1. Historia de Marco Antonio, y Creopatra.
1. Sagrario de Valencia.
1. Epitome de la vida, y hechos del Rey Don Pedro de Aragon III. de este nombre.
1. Los dos Amantes Andaluces.

FIN

OBRAS VARIAS, QVE escriviò Alonso Salas Barbadillo, entretenidas, con los titulos como se siguen, y en tomos en octavo.

1. Patrona de Madrid restituida.
1. Rimas Castellanas.
1. Triunfos de Santa Juana de la Cruz.
1. Las Coronas del Parnaso, y plato de las Musas.

1. El

1. El Licenciado Talegà.
1. La Celestina, ò Calixto, y Melibea.
1. La hija de Celestina.
1. Escuela de Celestina, y el Hidalgo presumido.
1. El Gallardo Escarramàn.
1. La Ingeniosa Elena.
2. El Cavallero puntual.
1. Boca de todas verdades.
1. La Casa del placer honesto.
1. Don Diego de noche.
1. La Sabia Flora mal sabidilla.
1. La Incasable mal casada.
1. El Necio bien afortunado.
1. El Cortesano descortès.
1. Pedro Urdemalas.
1. El Cavallero perfecto.
1. La Estafeta del Dios Momo.
1. El Sagàz Estacio, marido examinado.
1. El Curioso, y Sabio Alexandro, Fiscal, y Juez de vidas agenas.
1. El Coche de las Estafas

F I N.



APROBACION DE EL R. P. Fr. IGNACIO Gonzalez Rector.

M. P. S.

POR comission de V. A. he visto este Libro, intitulado: *Varia Fortuna de el Soldado Pindaro, con las Historias Peregrinas, y Exemplares de Don Gonzalo de Cespedes y Meneses*, y no hallo tenga cosa alguna contra nuestra Santa Fè, ni inconveniente para las buenas costumbres, por ser solo materia de divertimiento el contenido de dicho libro: con que merece la licencia que pide para bolverse à imprimir. En este Colegio de Doña Maria de Aragon de esta Corte, del Orden de San Agustin, en 20. de Febrero de 1661.

Fr. Ignacio Gonzalez Rector.

SU-

SVMA DE LA LICENCIA.

TIene Licencia de los Señores del Real Consejo de Castilla Don Pedro Joseph Alonso y Padilla, Librero de Camara de su Magestad, para imprimir, y vender el Libro intitulado: *Varia fortuna de el Soldado Pindaro, con las Historias Peregrinas, y Exemplares del mismo Autor*, como mas largamente consta de su original, despachado en el Oficio de Don Miguèl Fernandez Munilla, Escrivano de Camara de su Magestad, y de Govierno de el Consejo. Madrid, y Septiembre 11. de 1733.

FEE DE ERRATAS.

HE visto este Libro, intitulado: *Varia fortuna del Soldado Pindaro, y algunas Historias Peregrinas*, compuesto por Don Gonzalo de Cespedes y Meneses, y concuerda con su original. Madrid, y Noviembre 28. de el año de 1733.

Lic. Don Manuel Garcia Alessòn.
Corrector general por su Mag.

SVMA DE LA TASSA.

TAssaron los Señores de el Consejo Real este Libro à seis maravedis cada pliego, como mas largamente consta de su original. Madrid, y Diciembre 1. de 1733.

TA-

TABLA

DE LOS ASSUMPTOS MAS principales que contiene este Libro.

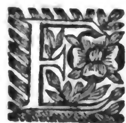
VA-

JHS.

LIBRO PRIMERO
DE LA VARIA FORTUNA
DEL SOLDADO PINDARO.

POR DON GONZALO DE CESPEDES, y Meneses.

INTRODUCCION.



RA EL RIGOR de el mas ayrado, y proceloso Invierno, que viò en nuestros siglos España, ultimos, y primeros dias de los años de veinte y tres, y veinte y quatro, memoria prodigiosa à la posterioridad, pues nunca rodearon nuestra Peninsula tan con continuas, y perdurables nieves. Mas ni tanta aspereza mitigò el proseguir la suya mi contraria fortuna, antes irritada de quien debia templarla con mas justa razon, se armò de nuevo arnès en daño mio, obligandome con su persecucion, à confiar del duro temporal, de la clemencia de los Astros, y de los erizados cabezos, despedazadas rocas, y barrancos, que en el termino Cantabro me acogieron con mas piedad. Aqui me fuè forzoso assistir en uno de sus Puertos de Mar, esperando passage, y aunque con gran recato, el cuydado, y centinela de mis emulos descubriò estos designios; y assi para mejor assegurarme, huve de favorecerme de la inmunidad de un Convento, donde sus

dueños me hospedaron con religiosa caridad. Dieronme alegre quarto, cuyas vistas al mar, por alterado, tal vez aumentaron mi temor, creciendo al mismo passo que sus sobervias olas perseveraron enojadas por largos dias. Pero en la noche de uno de estos, y quando con silencio profundo cercaba à los mortales la prolixidad de las tinieblas, como à mi fantasia, entre el pesado sueño, varias, y tristes sombras, cierto presagio del sucesso futuro, aun no siendo passado el primer reposo, con mucho sobresalto, me despertaron de èl el rumor espantoso, luces, armas, y voces, que inopinadamente llegò en aquella sazon à mi noticia.

Siempre los accidentes repentinos traen consigo desvariados efectos. Apenas escuchè, que con voz imperiosa me mandaban, que abriesse mi aposento, quando sin mas discurso, crei, que la Justicia, vencida de la importunidad de mis contrarios, venia à prenderme: por lo qual no respondiendo à sus razones, mientras un breve espacio fingì el dormido, haciendo un corto lio de mis ropas, me dexè despeñar (tal era su distancia) por una alta ventana, que à la huerta salia; en quien el fiero golpe con que me hallè arrojado, la desnudèz, el frio, la tenebrosa obscuridad, las malezas, y espinas, conjuradas contra mi fragil suerte, pudieran reducirla à muy estrecho punto, si la consideracion de tantos males no se alentàra con el vecino riesgo. Temì pasmarme, ù otra igual desventura, estando reparado, y queriendo escusarla, y encubrirme, corri mas animado toda la huerta, si bien nunca en toda ella hallò el rezelo lugar mas oportuno, que los cauces, y cubos de una noria, adonde por parecerme parte mas oculta, y aun peligrosa, juzguè, que los Ministros no me buscarian. Alli estuve dos, ò tres quartos de hora, y el como, justo es, que se remita al conceto, y discurso del mas abstero, y rigido lector; y mayormente, quando enmedio del fracaso, para aumentar mis miedos, vì, que con mucha priessa trastornaban la huerta de unas partes à otras diversas gentes con linternas, y luces. Preciso era, que entonces todo se presumiesse en mi contra: tuveme por perdido, juzguème preso, y entendiendolo assi, antes quisiera verme tragado de la tierra. A tan misero estado como este, me han traido las experiencias de tan grave desdicha, la tyrania, y maldad con que dominan los Ministros de prisiones, y Carceles, sus infelices subditos, la desverguenza de un Portero, la sobervia, è imperio de un Alcayde; y finalmente, el tropèl con que es atropellada la justicia del digno, la razon del que saben,

que

que se aventaja en algo à su naturaleza inculta, y barbara. Tales lugares, y ocasiones no respetã, ni assisten, sino à los facinerosos, y delinquentes: assi corren las cosas de estos cansados siglos, los que por sus excessos, y pecados debieran sepultarse en el eterno olvido: essos son aplaudidos, essos hallan favorables Juezes, Mecenas protectores; y en conclusion, de sus atrocidades, y delitos, la salida, y escape. Mas bolvamos al mio, que por lo menos, era en esta sazon harto dificultoso; con que por no caer en mayor precipicio, huve de esperar el ultimo sucesso, que no se dilatò segun pensaba. Porque una de aquellas luces, causada de discurrir en busca mia, y guiada por un Frayle, diò, quando menos deseaba, en mi secreto asylo. Creì perder el juicio, confundido de vèr, que sin embargo de sus Avitos, los Religiosos huespedes solicitassen mi perdicion: assi lo presumi, bien que engañado, hasta que adelantandose con un Deo gracias, y assegurado mas con mi proprio nombre, salì del cauce, adonde condolido, me atendia el buen Frayle con los brazos abiertos, y llamando à otros muchos, que andaban en mi alcance, juntos me bolvieron à mi aposento: en quien en vez de la Justicia, que albororò mi pecho, y originò mi fuga, hallè, que aviendo echado por el suelo las puertas, me tenian dentro del alojado un Cavallero herido, aunque en distinta alcova, y apartado. Parece ser, que à la sazon que dixe, llegò este al Convento, pidiendo su sagrado refugio, y el Superior piadoso, no solo se le diò en mi mismo quarto, mas juntamente le procurò el remedio de algunas heridas peligrosas, que le traian desalentado. Assi que de esta suerte y à este tan justo fin se encaminaron las voces, el tropèl, y las luces, que con tal desatino, como yà aveis oido, me sacaron del lecho, y aun pusieron mi vida en no poco cuydado; pero no obstante todo lo padecido, remiti mi consuelo à mejor coyuntura, tratando solamente en aquella del mas urgente daño del nuevo compañero; cuya sangre derramada por diferentes bocas, no sin sin grande trabajo pudo restrañarsele aora, dexandole, si bien descaecido, y desmayado, por lo menos seguro de una muerte improvisa.

De esta forma aviendole curado, fuè forzoso confiarle de mì, y de un Hermano Lego, mientras la Comunidad acudiò à Maytines. Mas porque à los sucessos referidos se acumulassen esta noche otros nuevos, apenas se salieron los Frayles, y apenas mi camarada, y yo, advirtiendo la robusta persona, conjeturabamos por ella el valor de su [illegible] quando abriendo èl de re[illegible]

los ojos, frenetico, y terrible interrumpiò nuestros discursos, arrojando la ropa, y poniendose en pie con espantosa ligereza. Avianle dexado inadvertidamente sobre un bufete sus vestidos, y espada; y en viendola, incitado de su furor, y desacuerdo, envistiò con ella, y en un instante con nosotros, y repitiendo con turbada voz estas mismas palabras, dixo: O traydores, como con tan infame alevosìa me aveis acometido? Esto es de Cavalleros, y Soldados? Zelada me teneis apercebida, pues no importa, que mi razon, y el Cielo seràn en mi defensa. Esto, y el dàr al pobre Lego un desvariado golpe, fuè todo uno; y en mì hiciera lo mismo, si poniendo enmedio las paredes, no me saliera fuera, y escusàra el encuentro. Apellidè favor, y acudiendo los Frayles, como siempre la flaqueza del cuerpo desminuye la alteracion del animo, sin mucha dificultad, respecto de la sangre vertida, le reprimimos, y bolvimos à la cama. Con tales naufragios se entretuvo la noche, y llegò el dia, y à mis oìdos, juntamente con èl, no pequeñaas vislumbres de esta confusa maquina; pero aunque las causas principales eran estrangeras, y ocultas, la cortedad del Pueblo, hizo que se entendiessen, si no las essenciales, à lo menos las que en aquellos terminos pudieron rastrearse: porque mientras mi herido huesped, con silencio mortal, y apresurados parasismos, pronosticaba el ultimo. La Justicia solicita, averiguò el delito, y diò en cierta posada con uno de los agressores homicidas: era este un bizarro manzebo, Flamenco de Nacion, y que segun se supo, avia venido desde aquellos Paises, con otros compañeros, en seguimiento de su sangrienta execucion: mas saliòle frustrada, pues en ella quedò tan mal herido, que al prenderle al presente los Ministros, dexò el alma, y el vengativo intento entre sus brazos, necessitandolos à enterrarle, y por el consiguiente à poner Guardas al Convento, que previniessen el escape de nuestro retraìdo: el qual à esta sazon, casi puedo decir, que caminaba à no menor desdicha. El origen, y fundamento de esta estuvo por entonces secreto, porque los que acompañaron al difunto, se pusieron en cobro, y el que pudiera declararle, estava sin habla, ni sentido, y en agena, y distinta jurisdiccion, con que tuvo el lugar (el vulgo digo) materia suficiente en que discurrir, y entretenerse, fingiendo, y artizando, segun suele, à sabor de su gusto, diferentes razones, y novelas. Mas no quiso la suerte, que se igualasse la mia con tan confuso numero; y assi, por donde menos la curiosidad presumiò investigarla, consegui su noticia,

qui-

quizà ſolicitada del amor, y cuydado, con que acudia à la ſalud, del dueño. Si bien ni fue tan breve, ni por camino tan poco extraordinario, y peregrino, que por lo menos no merezca ſer la fuente, y principio, de adonde redundaron, y procedieron eſtos diſcurſos.

Aſsi pareciò ello, al quarto dia del paſſado ſucceſſo, en quien de parte de vnas Religioſas ſeñoras (no ſin admiracion) tuve vn corto villete, y con el otro papel cerrado, y ſin ſobreſcrito. Causòme novedad, pero librème de ella, leyendo en el primero las ſiguientes razones.

Vueſtra opinion, y proceder, han llegado à eſta caſa con tanto credito, quanto mi temor, y peligro necesſitaban de remedio: ſuplicoos ſeñor mio, que eſta noble confianza, halle en vos la acogida, que experimenta à coſta de mi vida, el dueño de ella, que eſtà en vueſtro poder: à quien tambien os pido, que deis eſſe villete, y el conſuelo, y amparo, que piden ſus deſdichas, y de vueſtra piedad me he prometido.

Tales palabras contenia mi papel, mas en tanto que dandole yo el ſuyo, iba leyendole el incognito hueſped, atento à ſus ſeñales, y mudanzas, eſperè que acabaſſe, inveſtigando en ellas algo de lo mucho, que me tenia perplexo; y no del todo me deſvaneciò mi penſamiento; pues las eſpeſas lagrimas, y ſuſpiros, con que en eſta ocaſion cediò el varonil eſpiritu al nuevo ſentimiento, claramente comenzaron à abrirme las entradas, y puertas de tantas confuſiones: Cayòſe leal preſente (con un triſte gemido) el papel en el ſuelo, y en largo eſpacio, ni èl me dexò lugar, ni yo le tuve por conveniente, para preguntarle el origen, ni tratar ſu conſuelo. Parece que aqueſta voluntad previno, y abreviò mi deſeo; pues poniendome el villete en las manos, al entregarmele quiſo que le leyeſſe, diciendome primero ſemejantes razones. Por eſſa carta vereis, ò amigo mio! las interiores cauſas, que mas me atormentan, y afligen; ruegos, ſeñor, que diſculpen con vos mi flaqueza, y deſcuydo; y que asſimiſmo en coyuntura ſuficiente, recibas los deſpojos que me ha dexado mi fortuna, ſegun me aviſan. Con eſto ſe callò, mientras yo obedeciendole leyendo ſu papel, vì que decia de eſta ſuerte:

Amado ſeñor mio; encarecer mi ſentimiento con palabras, quando el caudal de entrambos eſtà compueſto yà de tan buenas obras por vueſtra parte, como de obligaciones, y prendas por la mia eſcuſado parece, y aſsi cierta de que à mis lagrimas, penas y deſconſuelos, dareis el juſto

credito que merecen; remito à su consideracion, lo que falta à mi pluma. Solo os dirè, que quedo como nave sin leme, como perdida oveja de su aprisco; y finalmente, quien en un punto se vè privada del remedio del cuerpo, del alegria del alma, del alivio de aquesta, y el contento de aquel; y para decirlo de una vez, del sèr, y vida, y de la conservacion de uno, y otro; pero ni en tan triste naufragio, en aprietos tan miserables, y terribles, como nunca los Cielos cerraron à nuestras ansias las piadosas orejas, assi tambien aora, no han permitido que me falte esperanza. Confio en ellos, que tendremos remedio, y que ni la desastrada muerte de mi hermano, ni las crueles heridas que teneis por su causa, seràn fatal opuesto, à nuestros justos, y entrañables deseos. Quien de tales peligros nos escapò hasta aqui, darà salida, y libertad al ultimo. Este firme proposito suspende con fuerza superior el fin desesperado de mis cosas; mas si se desvanece, tened por cierto que seguirà Isabela los mismos passos de su querido Pindaro, vuestra muerte, y la mia, seràn à un tiempo mismo despojos de las Parcas; mas en tanto que esto se nos dilata, bien es que yo me guarde viva, al mas perseverante, y verdadero amor que vieron nuestros siglos. Por esta causa, oy que he sabido teneis mejor salud, salgo à esperarla con firmada con vuestro fiel Roberto, adonde en los vecinos montes desta Villa, estarè mas segura, que enmedio de ella, acosada, y perseguida de sus averiguaciones, y pesquisas. Temen estas santas mugeres que sea incapàz de la inmunidad de su casa, nuestro excesso, y delito, y presumen que mi assistencia en ella les podrà acarrear algun escandalo, y yo quiero escusarsele, y obedecer à la fortuna. Pero impossible es, señor, que me alexe de vos, perded de mi cuydado, y solo le mostrad al presente en vuestra restauracion, y mejorìa; y juntamente, en que vuestro amigo recoja estos baules, y ropa, que mi solicitud librò de los ministros de justicia: iràn en siendo noche con el portador de este, estad assi advertidos, y Dios permita que en muy en breve nos bolvamos à vèr.

Assi tuvo su fin el papel precedente, cuyo fondo sin poderle alcanzar aun prometia mas intrincados labyrintos: acrecentabàse estos con mi corta noticia, y con el profundo silencio de su dueño. Es demasìa, y aun ignorancia grande, presumir el tercero, penetrar, y descubrir, lo que no le tocando, se le encubre, y recata. Pero ni este respeto justo, desviò mi proposito, si bien templandole, morigerò la voluntad curiosa, sustentando con espe-

ran-

ranzas sus deseos. Con tanto, aquella tarde recibì de secreto quanto por el villete se advertia, baules, maletas, cogines, y diversas alhajas. Todas las encerrè en mi propio aposento, y puse en la presencia, y ojos de su Dueño, el qual yà en aquesta sazon, recobrandose en las perdidas fuerzas, no solo mejorò por la posta, mas dentro de quinze dias se hallò fuera de riesgo. No aguardaba yo mas buena coyuntura, aviame ofrecido en diferentes lances, larga, y estrecha quenta de su vida, obligòle à su efecto, el que mostraron mis cuydados, y voluntad en su cura, y reparo. Pediale yo con esta confianza, el cumplimiento de la promessa, à la qual correspondiendo agradecido, quando menos juzgaba, abriendo los baules me dexò satisfecho, y aun mucho mas de lo que yo pudiera prometerme. Sacò de ellos dos legajos en forma de quadernos, y puestos en mis manos, con alegre semblante me dixo: Essos fragmentos son progressos de mi vida, y el mejor desempeño de mi palabra, vedlos, y corregidlos, pues para todo ay tiempo en vuestra reclusion, y mi convalecencia, y si yà os parecieren dignos de publicarse, vuestro consejo serà su execucion; de estos, y de su Dueño podreis hacer lo que por bien tuvieredes. Tal fue su beneplacito, y licencia: y assi con ella sumamente contento, leyendolos de espacio, y viendo atentamente casos tan peregrinos, y prodigiosos, no quise que careciesse el mundo de ellos, por mi pereza, y cortedad. Este respeto justo, los hà puesto en la estampa, de adonde salen oy, à que la curiosidad los admire, y la severidad los censure, y enmiende, y por lo menos esta, siendo siempre deudora à mi buen deseo, no la podrà negar, el metal rudo, y pobre, que con tales discursos, ofrece à sus martillos cada dia; ni aquella la entretenida variedad, con que procura divertirla, y grangearla.

Ninguna cosa he permitido se le quite al verdadero original, solo en algunos nombres, materias rigidas, y circunstancias mal digestidas, mudè lo conveniente al estado que corre. Pero su titulo es el mismo que contiene este libro, que por mejor acomodarle, le dividì en dos partes. Y la primera es la que sale aora. Tenga el Lector paciencia, que yà verà à su tiempo desatado el comenzado nudo: sabrà quien fue Isabela, las causas de la muerte de su hermano, heridas de su amante, y otros apuntamientos, cuyas hebras quedan aqui troncadas, por dàr principio igual al prometido intento, termino, y precedencia mas conforme, y segun los sucessos, y vida del Soldado. La qual èl mismo escriviò

viò en la siguiente forma.

EL SOLDADO.

ES mi intento, plegue à Dios se consiga, instruir al Lector en los varios sucessos de mi vida, la imitacion de lo que en ella pareciere digno de alabanza, como el desprecio de lo vituperable, y vicioso. Y aunque es verdad, que siendo Chronista de mi mismo, expongo la opinion à evidentes peligros; pues los defectos se admitiràn con nota, y las buenas acciones con incredulidad; todavia en cambio de alcanzar el principal motivo, los atropellarè con paciencia. Advertido este punto: Mi nombre es Pindaro, y mi patria una de las mayores poblaciones de Castilla. Callo por licitos respetos el apellido noble de mi solar, y casa, en quien aviendo sucedido, por muerte de sus padres, el mio razonable parece, que en èl tengan origen, y principio mis progressos. Quedò aqueste huèrfano, y en floreciente edad, quando por la riqueza, y sangre ilustre, suelen los tiernos mozos precipitarse, desenfrenados à grandes desventuras: y no assi como quiera fue la que se ocasionò en el poco recato de sus ojos, pues aviendolos puesto en cierta dama, admitidos, y logrados sus ruegos, creciò en la posession su voluntad, de suerte, que sin tomar estado, viviò por muchos años rendido à las delicias de su lascivo amor, abismo miserable de la inesperta juventud, porque como anda encadenada siempre de tan fuertes passiones, muchas veces sale de todo termino: su cautiverio siente, y deseandola, ni apetece, ni quiere la amada libertad: su llaga advierte, y no admite la cura; quemase, y menosprecia el refrigerio: dulce le es la ponzoña, deleytable, y sabrosa, su amargura mortifera, apacibles sus daños, sus tormentos gustosos, descanso su trabajo, y la muerte suave; y finalmente, ningun consejo abraza, ningun remedio escucha mientras la edad no se resfria, y la castidad la madura vejèz. Assi fue necessario para tan grande incendio, que otro fuego mayor, otra llama furiosa con rigor impensado, arrebatasse, y consumiesse en los efectos torpes de tanta mocedad, aun hasta las memorias de sus secas cenizas. No dilato este cuento, porque para la inteligencia de los mios sobra su brevedad; demàs, que si pudiera, aun lo que escrivo, dèl me dexàra en silencio. Deben los hijos por la obligacion natural que les corre, antes encubrir, y zelar los minimos defectos de sus padres, que publicarlos, perdiendo à su memoria semejante decoro; mas si à la posterioridad es de essencia, ò porque de tales causas suele redundar su perjuicio, descredito, y infamia, ò razon que

la

la iuduzga; en un caso como este yà que mas no se pueda, hanse de disponer con el recato, y tiento que prosigo. Tenia pues, en el mayor concurso de su amor, un solo amigo, hombre de quien mi padre fiaba sus intimos secretos; igual en sangre, en años, y en hazienda; si lo fuera en juicio, me atreviera à afirmar, que ansi debian los hombres hacer tal eleccion. Parece detestable, que se acompañen como amigos, un viejo, y un rapàz, un noble, y un mecanico, como un rico, y un pobre; donde ay desigualdad, nunca ay firmeza; el poderoso se cansa del mendigo, el noble del humilde, y el viejo retrocede en la edad. No era la de mi padre para tantos discursos, fuele preciso hacer una jornada, y en su ausencia, fiò de aqueste la mejor prenda de su alma, digo el cuydado de su dama, y dos hijas que yà tenia por fruto de su empleo; mas èl anduvo demasiadamente confiado, su dama poco honesta, y menos leal, y firme su amigo, y compañero. No se pudo encubrir este trato, diò la buelta mi padre, y presumiendole aun acrecentò su sospecha, la mal sana conciencia de su amigo, que temiendo el castigo, fue poco à poco retirandose de su conversacion; y mayormente, de que su compañia le hallasse en descampado. Todos estos motivos, conferidos con igual advertencia, fueron confirmando su agravio. Pedia este venganza, y apresurò la tibieza con que era yà correspondido en sus amores, tacita confession de su mudanza. Induce mayor culpa el silencio en el reo; diò con tanto mi padre por averiguado el delito, y con rabiosos zelos, sin tomar otro acuerdo, le escriviò un papel, q̃ entre diversos sentimientos, le advertia se viessen en el campo para su satisfacion; adonde acudiendo el amigo como buen Cavallero, le hallaron en el siguiente dia muerto de diversas heridas. Suponese brevemente el agressor, contra el qual procediò la justicia, y con mayor rigor; quando desnudando al difunto, se descubriò en el pecho el papel, y su firma. Secrestaron los bienes; buscòse la persona, publicaronse edictos, y pregones; y finalmente tal fue la diligencia, tanto creciò el peligro, y se enconò la culpa, que convino se saliesse del Reyno, abandonando deudos, hacienda, patria, y aficion tan costosa; perdiòlo todo al fin, y perdionos à todos, porque ninguno yerba para sì solamente: entròse en Portugal, quando se prevenia la fatal, y misera jornada, decantada por tan varios autores hallòse en ella, entre otros Castellanos, que en compañia del Capitàn Aldana, fueron sirviendo al Rey D. Sebastian: muriò, y con èl murieron diversos Españoles, y de los vivos que quedaron cauti-

yos;

vos, fue mi padre uno dellos; si bien cobrò la libertad, quando por razones de estado hizo Muley Hamete presente de diversas personas, à la Magestad de Phelipe Segundo. Poco despues de aquesto, se casò en Portugal, sino con muchos bienes, con sugeto de calidad, y deudos que por materia de interesses, y hazienda, le movieron en pocos dias tan graves inquietudes, que tuvo por mas sano dexarlas todas, y con sola su esposa, mudar casa, y asiento.

Avia en el interin corrido casi en toda Castilla, largamente la fama de su muerte, creida, y fomentada, aun por personas que le tenian obligacion, y sangre; cosa que en cierto modo aprovechò à mi padre; pues cuidando de sì, con cercenar su nombre, si yà no en su patria, podia en otra qualquiera vivir seguro. Abrazò este consejo, y executandole, convirtiendo en dinero los despojos, y bienes de su corta fortuna, eligiò su morada no lexos de Toledo, en la mas deleytosa, y alegre poblacion de sus contornos. Temeridad parece haverse asi acercado à sus enemigos, mas quien supiere su clausura, y recato, y el modo, y proceder con que passò su vida, antes lo attribuirà à virtud, y prudencia, ò à penitencia justa de sus pecados. Veinte años le durò el estado presente, en quien cargò de hijos, cierta cosecha en casa de los pobres: y aunque no todos se lograron, quedamos los que bastantemente acrecentamos sus cuidados; si bien enmedio de ellos, viviendo con mayor respalndor que pedia su escaleza, tal vez (entre los cuerdos, y advertidos) se presumiò el brocado, q̃ de su buena sangre, encubria el sayal tosco de sus muchos trabajos. Serian en aquesta sazon mis años doce, y aunque las travesuras no salian de pueriles, todavia para mi educacion, y mejor sossiego, que el que no sabe letras, teniendo ojos no vè, me entregaron à los Padres Jesuitas, hombres à quien Europa debe en estos ultimos siglos, la gloria, y enseñanza de su nobleza, y juventud. Y por el consiguiente los illustres sugetos que la han honrado, y enriquecido.

Alli estudiè en compañia de mi menor hermano, el fundamento verdadero de las mayores ciencias; y siendo razonable Gramatico, passàra à alguna de ellas, si malas compañias, y una ocasion bien facil, no interrumpieran estos intentos. Hice à mi ocupacion algunas faltas, temì el castigo, y sin otro discurso, con dos reales, un Tulio, y un Virgilio, tomamos el camino de Toledo yo, y otro mancebete llamado Figueroa. Este fue el escalòn primero de mis peregrinaciones.

§.II.

§. II.

GUardabanse de pest e los Lugares vecinos, y no llevando testimonio de aquel adonde veniamos, passabamoslo mal, y como poco acostumbrados à semejante carestia, sintiendo yà el trabajo, el cansancio, y la hambre, dieramos de buen grado la buelta à nuestras casas: mas llegando la noche, remitiendo à una viña (donde por ser el tiempo) maduraban las ubas, nuestra afliccion, satisfecho el estomago, con tan facil consuelo, nos alentamos, y proseguimos hasta un Lugar que se llama Torrijos, al qual yendo rodeando, por negarnos la entrada, siendo yà bien claro el dia, dimos en una choza, donde llegandome à mirarla curiosamente, hallè que estaba sola, y mas escudriñandola, entre unas pajas una muy buena espada. Pareciòme muy apropósito para nuestra jornada, y juzgandolo asi, la saquè al compañero que muy alegre por ser de mayor cuerpo, se la puso en la cinta, y yo lo consentì. teniendo por mejor, que si el dueño viniesse en seguimiento de ella, la hallasse en su poder, y no en el mio. Y sucediò ello asi, porque apenas haviamos caminado una pieza, quando llamandonos à voces, vimos que por la misma parte nos seguia un hombre. No fue dificil el conocimiento de la causa, porque la culpa le traìa tràs de sì; mas con todo esso sin perdernos de animo, no pudiendo correr con el grande cansancio, huvimos de esperarle, aunque yo à barlovento, disimuladamente me apartè del compañero un poco. Llegò en esto desalentado el de las voces, y alzandolas al Cielo, nos llamò ladrones, y sin mas reparar enviſtiò con su espada, y tomandola, no obstante las disculpas que le dabamos, que raras veces se admiten con la colera, comenzò à duplicar cozes, y cintarazos sobre mi pobre amigo. Vi el pleyto mal parado, y aligerè los pies, mas con todo me igualaràn la sangre, si à este punto viendose Figueroa cubierto de ella, no empezàra à gritar que le havian muerto. Esta voz que turbò al agressor, efecto del pecado, me diò algun aliento; y viendo que assomaban muchas carretas, corriendo à ellas con la lengua, y las manos, empezè à llamar à los que las guiaban, y apellidando al Rey, y à su justicia, les dì à entender que nos havia salteado por quitarnos el dinero, y las capas. Y no fue necessaria mayor informacion, principalmente autorizada con la sangre que le salia de la cabeza à mi amigo, y sobre todo con vèr ir retirando con mucha priessa al reo, (accion que induce probanza en el delito) y asi enfurecidos, y

las-

lastimados, dandole por precito, con palos, y con piedras, le presiguieron de tal suerte, que en breve espacio, bien molidas sus carnes, le echaron en el suelo. Y sin querer oirle, atandole las manos, dieron buelta con nosotros al Pueblo, y alli bastante cuenta de lo que havia passado, à las guardas que estaban à la puerta. Y aunque aquellas, conociendo al buen hombre, por ser su viñadero, y quizà no de tan ruines tratos como yo le inputaba, le quisieran librar, viendo la sangre, y las heridas, no se atrevieron. Acudiò un Alcalde Ordinario, y empezando à informarse, me apartò à una parte à solas. Estabamos Figueroa, y yo advertidos; y assi sin tomar la espada en la boca, convenimos en uno, confirmando el pretexto referido. Deseaba el Alcalde que no huviesse cuerpo de delito, porque serìa por dicha su criado el paciente; y en fin, como à muchachos nos acallò con facilidad. Mas à mì que repetia me bolviessen los dineros que no me havian quitado, con ocho reales me dexò contento, mientras recogiendo à una casa al compañero, se dispuso la cura. Con aquesto no permitiò querella; pero aunque mandò prender al hombre, yo no me tuve por seguro, temì que su inocencia, y nuestra culpa nos trocassen la flor; y assi viendo que Figueroa estaba yà acostado, y con achaque para mas de diez dias, despidiendome dèl por muchos años, tomè otro camino, y antes de ser las doce, lleguè à unas Ventas muy cerca de Toledo. Alli comì, y passada la siesta bolvì à mi viage, cerca de la Ciudad, por encubrir mejor la romeria, sacudi el polvo del vestido, labème el rostro, y sacando los libros en la mano, con lindo ayre, y despejo, cosa muy necessaria para dissimular, y fingir, me colè por las puertas de Visagra, engañando las guardas de la peste, y sin mas detenerme, en la consideracion de aquel bello espectaculo, de aquella hermosa perspectiva, que con generosa magestad muestra à los ojos la variedad de tantos Edificios, fuertes murallas, barbacanas, torres, y chapiteles, y en su vega tan ricos Santuarios, Conventos, Hermitas, y Hospitales: llevado de el concurso de la gente, corrì tràs della unas cuestas arriba; y con esta priessa, sin saber por què causa, atravessando calles, passado un breve termino, me hallè en su famosa plaza de Zocodover, donde creciò el bullicio, y en mi el deseo de entender la razon; y mayormente quando hallè en su mitad un tablado cubierto de bayetas, y los andamios, rejas, y ventanajes

de

de mayor muchedumbre. Atonito con esta novedad, y poco acostumbrado à vèr tales concursos, sali de la duda en que estaba oyendo que este aparato era querer cortar la cabeza à un hidalgo, al qual no mucho despues, bien rodeado de diversos ministros, y de Religiosos, y cruces, vi entrar por una calle. Venia el miserable hombre con un largo capuz, y la barba, y cabello mas blanco que la nieve, hasta la cinta, desacreditando en su venerable presencia, la verdad del delito, que los altos pregones hacian notorio. Decian aquellos, que por un homicidio aleve sucedido en el campo, se executaba tal justicia: mas no obstante, la conmiseracion, y lagrimas, que de todo el Pueblo havia, valiente testimonio de su inocencia, la contradeciã de manera, que à no venir con tantas varas, recato, y opresśiõ, se pudiera temer algun escandalo. Al fin à fuerza de temores, y atropellada de los muchos cavallos, huvo de dàr la gente (retirandose) lugar à que subiesse el reo al cadahalso, bien que tan desfallecido, y mortal como pedian sus años, y el passo temeroso en que se hallaba. Creciò entonces la priessa, el rumor, y embarazo de los que le ayudaban, y assistian: ò quanta indiscrecion he visto yo en semejantes accidentes, en todo quiere entrada nuestra curiosidad, y devaneo. Solicitos los unos con voces entonadas, le repetian diversas devociones, estos mostraban su energia, y verbosidad, aquellos su afectada retorica, unos con el Christo en las manos varias, y exquisitas razones, procuraban su aliento, y mejor animo mientras los otros le rezaban los Psalmos, y decian anticipadamente el Credo; assi q̃ desta suerte atropellandose los unos à los otros, su buen celo se convertia en confusion, y voces, y el duro trance en campo de batalla, sin saber à quien se responder, ni à quien bolver los ojos, el desdichado, y misero sugeto que lo padecià. Pero de tan amarga turbacion, si assi puede llamarse, le sacaron aora las manos del verdugo, que atandole las suyas, y pidiendole perdon le acercò à el escabèl, junto al qual hincado de rodillas, y vendados los ojos, en un mudo, y espantoso silencio esperò con el Pueblo el fin de su tragedia. Mas en tan crudo punto, y quando yà queria darse el ultimo golpe, turbò su execucion, no sin muy grande alboroto, los gritos, y tropèl con que rompiendo por la gente, llegaron al palenque dos hombres de à cavallo, los quales en haciendo notoria una real provision, que mandaba suspender la Justicia; con general aplauso, y regocijo, bolviendo à nueva vida aquel cadaver, le quitaron la venda, y en los brazos de muchos, porque

yà entonces casi estaba sin alma, le tornaron à la prision.

Quedò con tanto despejada la plaza, y siendo puesto el Sol, con gran deseo de saber el sucesso, y sobre todo la causa principal, me recogi à un mesòn, à donde hallãdo à otros forasteros con igual volũtad, quiso mi buena suerte, q̃ entendiendolo un venerable Sacerdote que alli posaba, nos la satisfaciesse, contando asi el origen de lo que haviamos visto.

§. III.

BIen os puedo afirmar honrados huespedes, que de el presente caso, pocos mejor que yo pudieran daros tan buena cuenta, porque demàs que la tengo del muy particular, soy de su propria tierra, del hombre que haveis visto, y no al que menos dolian sus desventuras. Asi comenzò el Clerigo, y nosotros pendientes de su boca, escuchamos lo que asi proseguia.

Quatro leguas de aqui està un Lugar, jurisdicion de aqueste, en el qual desde las Montañas de Burgos, ayrà mas de cinquenta años, que siendo mancebico, assentò su vivienda el que oy mirastes viejo, y lleno de canas, adquiridas tanto del presente naufragio, quanto del trabajo continuo, y sudor de sus manos; pues tan solo con ellas, y el proceder virtuoso, vino à adquirir hacienda, muger, credito, y casa, la mejor de aquel Pueblo, y la opinion mas rica de todos sus contornos. Mas como à los bienes, y contentos mundanos, nunca faltan retornos de mayor contrapeso; enmedio de su tranquilidad, y en el fin de sus dias, llegò à experimentar la variedad de la fortuna, que hasta entonces nunca se le mostrò contraria, sino fue en la escaseza de hijos, dulce, y amable compañia de los poderosos, y ricos. Muchas veces pedimos, y queremos lo que menos conviene, y muchas veces importunando al Cielo de nuestros ruegos, y demandas, permite para castigar tal ceguera, que de la misma causa procedan nuestros males, y daños. Sucediòle lo mismo à este buen hombre, que viendose sin hijos, no dexò diligencia, votos, ni sacrificios que no interpusiesse, ni natural remedio que no experimentasse, hasta que aviendose Dios servido de darle una hermosa hija, librò en ella, quizà el azote de su terca porfia. Criòse aquesta dama, mas como unica heredera de un grande Cavallero, que como hija de labradores llanos, y siendo la niña de los ojos de sus padres, vino al fin à quebrarselos con su poca advertencia. Vivia en este Lugar un noble personage, por sangre, ilustre, y generoso por hacienda; y con tener lo mejor de la suya en aquel circuito, y otros particulares que no digo, temido, y es-

estimado, mas como señor absoluto, que por vecino, y morador. Tenia tan solo un hijo sucessor, si no de sus virtudes de un grande Mayorazgo, sedicioso, y terrible, causa por quien sobrevinieron à sus padres muchos disgustos, y no pocas desordenes al Pueblo; y no fuè la menor prendarse en los amores de esta doncella; y para sus efectos solicitalla, y perseguilla por caminos estraños. En toda enfermedad se desea, y apetece remedio: solo para dexar de amar, se aborrece, y desprecia; assi, aunque bien mal correspondida, durò esta voluntad muy largos dias, encubierta de sus padres, y deudos, resistida con valor de su dama; y por el consiguiente, viendose desdeñado, perseguida mas de èl, como tema, y locura, que por otros motivos: con que resuelto à conseguirla, sin reparar en promessas, que no avian de cumplirse, teniendo grangeada una criada de Theodora (que este era su nombre) se resolviò à escrivirla un papel, cuyo tenor fuè despues tan notorio, que no es mucho, que llegando à mis manos, oygais aora, que fuè como se sigue.

CARTA.

TRes años hà (ò gallarda Theodora) que son despojos tristes mis sentidos, y el alma de vuestra ingratitud, sin que en tan largo termino aya esta mejorado de suerte, ni aquellos cobrado libertad, siquiera para conocer su desdicha, ò restituidlos yà en vuestra gracia, ò permitid, que en ella trate de su remedio, quien si à vos oy le pide, mas es para vuestro honor, y descanso, que para reprimir sus ardientes deseos. Yo sè, señora mia, que no os merezco, y tened por creìdo, que si de aquesta suerte lo entendieran mis padres, ni temiera descubrirme à los vuestros, ni el testimonio verdadero de mi amor viviera tan sin credito en vuestro noble pecho. Considerad en èl estas breves razones, y si yà mi fortuna quisiere, que se admitan, satisfechos, y bien galardonados quedaràn mis trabajos. Discreta sois, y la ocasion no indigna, ni el tiempo tan adverso, que sin que passe mucho, curandose el disgusto, vos os hallareis con marido, vuestros padres con yerno, y los mios desenojados. Vuestra respuesta espero. Dios os guarde, y à mi me haga agradable à vuestros ojos.

Tal fue el villete de Don Luis (llamabase èl assi) leìdo de Teodora con algun sentimiento, porque aunque dissimulaba con honesto recato, la perseverancia del mozo havia repicado mas de dos vezes en su alma; y assi con pocos ruegos de la diestra criada, le recibiò, y leyò, como tengo dicho, que es muy dificil condenar-

narse las cosas que naturalmente nos deleytan, y agradan; demàs, que raras vezes determinan las mugeres, el fin de los sucessos en el consejo de su resolucion, sino los medios de executarla. Parecióle, que en tan larga aficion no podia aver engaño, juzgòse por capàz de mayores empleos, casada con Don Luis, y ultimamente echa principio, y vasa de su casa, y linage. Este desvanecerse, attropellò todo mas sano acuerdo, hizòla dàr de mano otro amante, y pariente, con quien los suyos pretendian casarla; y finalmente solicitò el enojo, y afrenta de sus padres; dorò su yerro, y libiandad, y con tal presupuesto, admitido el papel, dispuso el verse con su Dueño, como se efectuò por una fuerte reja, por quien los dos se hablaron, Don Luis con el pretexto de que fuesse su esposa, y ella con pedirle licencia para decirselo à su gente.

No era este el intento del mozo, porque de dàr tal cuenta, presumia que lo sabrian sus padres, y por el consiguiente se le opondrian, assi procurò disuadirselo, y con tan dissimuladas, y engañosas razones, que la tierna donzella se satisfizo; y dentro de no muy largos dias, frustrada la esperanza del antiguo galàn, dandole franca entrada, y possession de su persona, tuvo de Don Luis por retorno, palabra, y fee de su esposo, y marido, hallandose presente un pagecillo suyo, y una criada della.

De esta suerte se prosiguiò su amor, aunque como el Amante no andaba verdadero, al passo, que se viò posseedor, comenzaron sus intercadencias, y pausas; y no contento aun de ellas, como la mayor parte del deleyte està en su vanagloria, y alabanza, con indigno decoro, publicò todo el caso, siendo en breve notorio à la mayor parte del Lugar. Entendiò tal desdicha la madre de Teodora, porque abrasado, y consumido de rabiosas sospechas, se lo dixo al pariente; mas como èl no ossaba declararse, y ella supo al momento el nudo con que estaba soldada; aunque al principio mostrò gran sentimiento, despues mas consolada mitigò su dolor, con là esperanza del vèr à su hija remediada con tan honroso emplèo; pero durò este alivio, lo que tardò en mostrarse el excesso de la dama, que viendose preñada, y al galàn resfriado, tratò de consultarlo con un Religioso su deudo. El qual con acuerdo de madre, y hija, tomò à su cargo dàr un tiento à D. Luis. No dilatò la empressa, hablòle luego al punto, mas fuerõ envano sus palabras y sus Christianas persuasiones; dichas en el desierto; porque el perdido mozo, apenas entendiò la demanda, quando cubriendose de Cruzes, y admiracion fingida, la negò por entero. Hizo jura-

ra-

ramentos; y votos; y en conclusion, burlandose de algunas amenazas, se partiò de sus ojos.

No ignoraba el tercero el natural perverso de Don Luis; y assi juzgando por perdida su diligencia, fiado en los testigos, y villete que Theodora tenia, no aviendo otro remedio por atajar la infamia brevemente, en ocasion de hazerlo, notificò su agravio al ignorante padre. Considerad señores en vuestra misma casa semejante desdicha, y con tanto quedarà ponderado el sentimiento, que yo no me atrevo à encarecer en el honrado viejo, solo os puedo afirmar, que si no fueran tales las prudentes disculpas, que alegò el Religioso en favor de su hija, no le aprovechàra el ser la prenda mas querida, y amada de su alma, su unica heredera, y el baculo de sus cansados años. Viò el papel Don Luis, supo de los testigos, y creyendo, que el caso estaba tal que no podia escaparsele, aguardando para el ultimo trance los medios de justicia, solo quedò acordado por entonces verse èl mismo en buena coyuntura con èl: esta le ofreciò el tiempo muy à pedir de boca, porque encontrandole en el campo una tarde, sin dexarla passar, se valiò de ella, y tomando con cortesia, y respeto al mancebo por la mano, le suplicò, se sirviesse de oirle.

***

§. IV.

PArece, que tan grande sufrimiento, y blandura en persona, à quien Don Luis tenia tan ofendida, moderò sus costumbres: y assi condescendiendo con sus ruegos, no ignorando el proposito, le atendiò desta suerte al razonamiento que se sigue.

El Cielo sabe, generoso mancebo, quanto gustàra yo que mi corta fortuna, no huviera reducidome à tan estrecho termino, mas como en vuestras manos consiste el mejorarla, no escusa mi verguenza el pediros su remedio con lagrimas: Suplicoos, señor mio, que bolviendo los ojos à vuestra noble sangre, no assi como hasta aqui degenereis en ella, presumiendo la deshonra, y afrenta, que nunca os merecì. Yo sè por mi gran desventura el miserable estado en que oy teneis à mi hija, la palabra que la negais, y la sinrazon que me hazeis, y con todo esso, sin desconfianza alguna, resuelto à no salir de vuestro gusto, vengo determinado à ofreceros para quando la tuvieredes de honrarme; quarenta mil ducados en lo mejor parado de mi hazienda, y en el fin de mis dias la resta de ella. De nuevo os pido, que admitiendo tan honestos partidos, desistais del que vais prosiguiendo, muevan, y las-

timen mis canas vueſtro eſpiritu noble, y no querais que ſe miren ſin honra, por quien avia de ſer mas conſervada, pues los hombres qual vos, para aqueſto nacieron, no para tyranizar, y ofender los humildes. Conſiderad mejor eſtas juſtas razones, y diſponed en todo à vueſtra voluntad, que yo la ſeguirè.

Con aqueſto, humedeciendo el roſtro con ſu llanto, ceſſando el triſte viejo, moſtrò Don Luis, como efecto de ſus juſtas palabras, mas blandura; y viendoſe por todos los caminos atajado, ſin ſaber què alegarſe, tomò por ultima ſalida el confeſſar de plano. Prometiòle de nuevo cumplir ſu obligacion, y ſolo le puſo por delante la dilacion que convenia ſufrir, en tanto que ſu padre vivieſſe, que por ſus enfermedades, y vejèz no podia ſer mucho. Temiaſe (ù diòlo aſsi à entender) que haciendo tan desigual empleo ſin ſu conſentimiento, aſsimiſmo ocaſionaria la muerte, y à Theodora, y à ſus padres inquietudes, perdiciones, y afrentas. Pero como todas eſtas razones iban ſin fundamento, y tenian baſtante abſolucion, no queriendo admitirlas el que las eſcuchaba, y advertido el punto principal de ſus dificultades, mas alentado, tornò aſsi à replicarle.

Mucho eſtimo, ſeñor, que ayais aſsi con tal facilidad declarado vueſtro pecho conmigo, pues mediante eſto, y entendida la cauſa que mas ſe nos opone, vos hallareis ſalvados todos ſus inconvenientes, y yo verè mis canas con mas honra, y deſcanſo. Parece, Don Luis, que lo que mas lo dificulta ſegun dixiſteis, es mi poca nobleza; aſsi es verdad, le replicò el mancebo, y èl proſiguiò, pues atended un rato, que aunque es llano, y ſeguro, que la mayor nobleza conſiſte en las proprias virtudes, meritos, y excelencias de cada uno, todavia no como imgainais en la heredada de mis padres me hizo el Cielo de tan ruin penſamiento, que por èl no os merezca, ni de ſangre tan vil, como de la llaneza, y proceder de un labrador, ſe puede prometer. No ſon patrañas las que intento contaros, ſino verdades puras, que ni aun quiero creais ſin muy gran teſtimonio. Preſto tendreis aqueſte, no obſtante que mis años no eſtaban para tan largo viage, pero ſabed aora parte de lo que apunto. Yo, ſeñor, aunque la careſtia de las nobles montañas, me hizieron ſalir mozo à otra mas grueſſa tierra, ni por eſſo puedo nunca negar natural tan iluſtre. Mi apellido, y ſolar es de los mas antiguos de ſus terminos, hijo ſegundo ſoy del ſeñor de la Caſa de Quevedo, ſu mayor, y cabe-

beza es oy mi proprio hermano. Ved si probada tan buena Executoria quedareis satisfecho, ù si en el cumplimiento de la palabra que me dais avrà nuevo embarazo, que al punto sin dilatarlo mas calzarè las espuelas, y no cansarè, hasta que hallandose todo, vos quedeis muy servido, y mi honor reparado.

Aqui sin dexarle proseguir, con muy grande alborozo, mostrandose contento, le abrazò estrechamente Don Luis; y repitiendole, que aun con menores testimonios, quedaria satisfecho, y por el consiguiente sus padres, y deudos sin razon de culparle, èl se bolviò à su casa; y Quevedo dando el negocio por concluso, contandolo à su muger, y hija, el dia siguiente se partiò à las Montañas, y para no alargarme en menos de ocho meses, citado el Fiscal de la Real Audiencia, probò su intencion bastantemente, y con vista, y revista sacò su Executoria, y hidalguia.

Yà en este interin se criaba con recato, y secreto en una Aldea vecina un hijo de Don Luis, y Theodora; y aunque en los exteriores con reciproco amor de entrambas partes, no assi en el corazon del cauto mozo; pues apenas entendiò el buen sucesso de Quevedo, y el testimonio honrado de su sangre, y nobleza, quando sin vèr mas à su dama, totalmente se encubriò de sus ojos; y si paràra en esto, aun no fueran sus excessos tan depravados, pero aquel su natural tan fiero, y terrible, los fuè aumentando hasta irritar al Cielo, y mayormente aora, que considerandose prendado, y sin ninguna otra escuela, le pareciò preciso dàr alguna salida à sus empeños: valiòse para hacerlo de una traza diabolica, y por lo menos su consejo se forjò en el infierno. Yà se os acordarà como dixe al principio, de otro amante, y pariente de Theodora, y no sè si algo tambien de sus zelosas ansias. De este, pues, formò Don Luis aora el principal instrumento de su enredo: contrahizo un villete de la inocente dama, y en su nombre, pagandoselo bien à un esclavillo, se le hizo dàr, no sin mucha alegria del que desfavorecido, y olvidado bebia los vientos por bolver à su empleo. No discurren los hombres heridos de este mal con mas discreto aviso. Leyò el villete el engañado mozo, y tuvose por bienaventurado, y del todo restituido en la perdida gracia de Theodora, luego que viò lo que se le ordenaba. Era esto despues de algunas rèplicas, y engañosas disculpas, pedirle arrepentida la ignorante señora, que la viesse la siguiente noche por un puesto seguro, que salia de un jardin al campo; y assi resuelto à obedecer, partiò sin mas rezelo à esperar la hora, que

tuvo por eternas: y principalmente, quando viendo que se tardaba, y no salia la causa què èl creia averle traido alli, juzgandose burlado, desesperado, y triste cayò en la quenta tarde, y quando por su desdicha, saliò D. Luis à tomarsela con tres enmascarados, que acrivillandole à estocadas le tendieron en el suelo; y aun nò contentos, teniendole por muerto (porque aun se enderezaban sus motivos à mas infame fin) tomandole entre todos, le arrojaron por las vardas del huerto en casa de la dama. No se dispuso tal inhumanidad tan en secreto, que su rumor dexasse de alterar parte de los vecinos, demàs que sus sequaces, y Don Luis le crecian de proposito, porque acudiesse gente, y el caso fuesse publico, que aqueste era su blanco. Pusieronse en seguro los delinquentes, mientras el Lugarcillo comenzò à murmurar lo que oyeron los unos, y contaron los otros. Echòse menos en su casa el criado, acudiò la Justicia, y entendido el escandalo, por el rastro que dexaba la sangre, y el que avia sobre las mismas vardas, fundò bastante indicio; mandò, que subiessen por ellas algunos hombres, los quales en haciendolo, vieron al triste mozo, que con mortales ansias, rebolcandose, estaba rodeado de su madre, de Theodora, y criadas, que à la misma sazon, avisadas del caso, salieron al huerto à ser testigos de su afrentã, y deshonra. Con tanto la Justicia, no pudiendo otra cosa, prendiò toda la familia, dexando à las señoras con Ministros de guarda: tratòse de la cura del herido, pero èl estaba tal, que por mas que se hizo, no acertò en mas de quatro dias à hablar palabra: termino en quien bien descuydado estaba de lo que le atendia. Llegò Quevedo con sus informaciones à su casa: diòsele al punto cuenta del sucesso, y teniendo por culpada à la hija, pensò bolverse loco, y perder la paciencia, y con tan grave estremo, que fuè forzoso el sacarle à otra parte. Lloraba el triste viejo su publica deshonra; era este su mayor sentimiento; y luego los trabajos infructuosos gastos de su largo viage: suspiraba frustrados sus intentos, perdida su esperanza, y juntamente juzgaba por desobligado à Don Luis (cuyo fin solo se encaminaba à aqueste punto, como yà queda dicho) y ademàs asimismo, sin cara, ni verguenza para pedirle el cumplimiento de su palabra. Pero no quiso el Cielo, que tan grandes injurias quedassen en silencio, no permitiò, que padeciesse mas la fama, y nombre de la inocente Theodora. Cobrò el herido aliento, y en su cabal sentido, refiriò todo el caso, confirmandole con entregar el fingido villete, de adonde redundò su desdicha, y el descubrirse aora la

verdad. Porque comprobada la letra, se viò ser contrahecha; y apretado el esclavo (que fuè su portador) dixo con miedo del tormento su legitimo autor, el qual en sabiendolo, se retraxo à la Iglesia, y desde ella dando, sin respeto ninguno à entender al honrado Quevedo, que de zelos lo avia dispuesto assi, procurò entretenerle, hasta vèr si el herido vivia; y sucediendo segun su voluntad, como los padres eran tan poderosos, y por el consiguiente temidos, acomodòse todo, fuera de que Quevedo entrando de por medio, hizo de la fuerza virtud, y que sus deudos callassen, pensando assi obligar mas à D. Luis al afecto de la promessa concertada; pero no estaba èl de semejante acuerdo, antes considerando, quan mal aquella traza le avia salido, iba yà imaginando, para si le apretassen, otra, sin comparacion mas afrentosa.

Dos meses poco menos se passaron entre estos accidentes, sin vèr Theodora à su querido dueño, ni el buen Quevedo al yerno deseado; con que cansado, è impaciente, temeroso de tan largo silencio, sin mas contemporizar, bolviò à refrescar los passados disgustos, y à remitir à la ocasion todos, con nuevas quexas, y nuevas amenazas el Religioso deudo, que arriba dixe. Advirtiò, pues, à este, que yendose à Don Luis, no solo le traxesse à la memoria el concierto à que se avia obligado, y la promessa de su palabra, y fee, mas juntamente el principal efecto, que con tanto trabajo de su vida, y persona, y expensas de su hacienda, avia intentado, y conseguido por su respeto, y voluntad; y en conclusion, que sobre todo le dixesse, que si en quietud, y paz no pensaba cumplirlo, se declarasse, para que assi pudiesse acudir à otros medios, que no podrian faltarle por justicia; pero que en semejante caso quedasse persuadido desde luego, que interviniendo aquella, èl quedaba tambien desobligado en la promessa de su hacienda, de la qual no le daria ninguna parte, aunque mil veces le viesse casado con su hija.

Tales fueron las sentidas razones, con que informado el Frayle, partiò à la presencia de D. Luis, à quien sin discrepar, y con otras iguales, y tan fuertes palabras se las propuso, si bien no fueron admitidas de èl, como se esperaba: mas dissimulando con alegre semblante, sintiendose apretado de la amenaza por justicia, determinò en su pecho la traza imaginada. Respondiò al Religioso muy conforme à su gusto, y aviendo satisfecho, rogòle, que bolviesse à Quevedo, y le dixesse de su parte, que sin dilacion se viessen en su casa. Tuvo el Frayle en oyendole por acabado el casamiento, pidiò albricias al vie-

jo, que sin más aterderle, saltando de contento, obedeciò el mandato, y hallò à Don Luis, que yà estaba en su espera (el qual recogiendose à una quadra con èl para mejor hablarle) por largo espacio, ò yà turbandole sus venerables canas, ò yà la vergonzosa disculpa, que tenia maquinada contra ellas, casi no acertò à pronunciar palabra; pero no tienen las resoluciones de los malos tan faciles enmiendas. En fin, determinado à descargar de sì la dura carga, procurò concluirla de suerte, que no huviesse recurso, ni modo, ni camino para bolver à ella. Y assi ayrado el rostro, y el alma despeñada en el infierno, le comenzò à decir este triste discurso:

Con pesadumbre, y colera suelen hablarse las cosas mas superfluas, y aunque la mucha que me causan las vuestràs me pudiera irritar, todavia mirando à aquesas canas, y à mis obligaciones, dirè tan solamente las que mejor à mi, y à vos nos conviniere, pues por el riesgo, y fuerza con que me veo apretado, aunque lo deseaba, yà no puedo escusarlo. Y assi saben los Cielos quanto Quevedo siento el expidiente triste que yà os espera, quanto mas me affige, y desconsuela, aver de echar del pecho, y tomar en la boca, secreto tan celado, y guardado de mi, hasta el presente punto. Pero vuestra porfia me disculpa; y vuestra corta providencia me salva. Pues si esta fuera igual à tan ancianos dias, facilmente huviera penetrado, que mì inresolucion procedia de superiores, y mas urgentes causas, y cuerdamente mudàra de proposito. Pero yà en fin es tarde, no ay sino prestar paciencia, y recibir la pena merecida: pues no es razon, que por obedeceros quede yo expuesto, à la que el Cielo quisiere executarme, como seria sin duda tan cierta como justa, si aviendo yo gozado, y posseìdo antes de aora à vuestra misma esposa, añadiendo pecados à pecados, tomasse por muger à su propria hija. Siendo esto assi, como quereis señor, (lo que Dios no permita) que yo sea vuestro yerno, y Theodora su marido; pareceos que podrà disponerse, sin la experiencia de un general castigo. Yo à lo menos no pienso ocasionarle; muy justo es buen Quevedo, que le escusemos todos. Resuelto estoy à no dexar perderme, y aconsejaros igual determinacion. Perdonadme os suplico: pues casos son los talesq̃ tienen el exemplo, y consuelo, por casas muy honradas, y ilustres. Bolveos aora à la vuestra, y si os parece echemos tierra enmedio, que ni le ha de faltar remedio à vuestra hija con grandiosa hazienda, ni à su excesso disculpa que le ponga en olvido. No ten-

go mas que hablaros, ved si tan sano acuerdo es digno de abrazarse, y si yà atropellandole, juzgaredes por mas licito, y bueno, que la justicia ponga en ello las manos; yo cumplo con lo dicho, hazed lo que mandaredes, que aunque me pesàra mucho por vos, viendo que no aveis de ganar mas que nueva deshonra, todavia, por lo que toca à mi, se me darà muy poco, pues llano es, que quando turbio corra, dos lanzas en Oràn, no me han de echar por puertas, ni dexar en la calle. Con tanto, sin esperar respuesta, bolviendo las espaldas, dexò al cuitado viejo tan fuera de sentido, que sin poder valerse, quebrantando el dolor de su afrentosa injuria, el macerado cuerpo, diò consigo desmayado en el suelo.

O quan grande inventora es de semejantes desventuras, la arraygada maldad! Avia estado acaso, ò por descuydo de Don Luis, presente al triste cuento un pagecillo suyo, y siendo el mismo que antes, se hallò testigo à la infelice boda de Theodora, viendo à su pobre padre, aora en tan amargos terminos, compadecido, y alentado, segun sus pocas fuerzas, le puso en pie, y le sacò de casa, dando lugar asi para que el anciano Quevedo se fuesse à la suya; y su advertido Dueño, conociendo el descuydo, y aun el peligro que de su boca le podia resultar; le desaparecielle, y ausentasse del Pueblo. Pero en el interin no fueron pocos dias los que el afligido, y afrentado viejo, desesperado, y mudo, con larga enfermedad ocupò una cama, guardando en todos ellos con profundo silencio, en lo interior de su alma la recibida injuria, y diabolico enredo de Don Luis. Porque en quanto à su esposa, siempre creyò lo que debia à su inocente vida; mas sin embargo, fue insufrible, y cruel, la que los unos, y los otros, padre muger, y hija padecieron. Hasta que teniendo con tal recogimiento suspendido el lugar, y al incauto mancebo assegurado (prudentemente) diciendo à todos que se queria venir à esta Ciudad, fue poco à poco reduciendo à dinero lo mejor de su hacienda; y dispuesto este punto, y su familia en cobro, èl se quedò ordenando el demàs expediente, ò por hablar mejor su mas cuerda venganza. La qual siendo encaminada discretamente, se le vino à las manos muy conforme à su voluntad, y deseo. Y asi estando advertido que cenaba Don Luis con sus padres, y gente, en una huerta, ribera del caudaloso Tajo, aviendo antes llamado con secreto de las montañas algunos allegados, y deudos, junto con ellos en ligeros cavallos, de tal manera resolvieron el caso, que sin decir: Dios

valme; con lanzadas crueles le quitaron la vida; ſin cierto, merecido de la que tan mal ſe avia gaſtado, y con igual preſteza, dexandole en los brazos de los ſuyos, en un inſtante ſe deſaparecieron de la viſta: mas aunque entonces corriò buena fortuna el honrado Quevedo, como ſu gran vejèz no pudo tolerar el continuo trabajo, queriendo deſcanſar, fue perſeguido de la Juſticia, y ſus contrarios, de tal ſuerte, que antes de llegar à Aragon, quedò infelizmente en ſu poder, ſiendo traido de alli à eſta Ciudad como cabeza de ſu juriſdicion. Cargòſele el delito, y convencido dèl, aunque alegò la injuria de ſu hija, el teſtimonio que levantò à ſu eſpoſa, las heridas del deudo, y otras muchas maldades, como las mas no tenian probanza ſuficiente, ſi bien ſe dilatò ſu ſentencia, al fin ſaliò de muerte; mas en el interin, aviendo el Cielo permitido que parecieſſe el page que el difunto Don Luis avia hecho auſentar, entendido de ſu madre, y Theodora, le huvieron à las manos: pero advirtiendo que no ſe avia de dàr lugar à ſu declaracion, por el mucho poder con que era atropellada ſu juſticia, hallandoſe en los boſques de Acequia el Rey nueſtro ſeñor, ſe fueron à ſus pies, y informandole en uno, y en otro caſo, aunque entre tanto el Corregidor (ſolicitado de ſus padres del muerto) como ſentencia en reviſta, deſeò apreſurar ſu execucion: compadecido ſu Mageſtad, y aun irritado de tan graves ofenſas, diò mayor diligencia en proveer la ſuſpenſion que viſtes, apreſurada en tan terrible trance, y con orden, para que recibida la declaracion del criado, ſiendo conforme à la relacion que ſe le avia hecho, dieſſen por libre al reo, como podeis creer que yà ſe avrà efectuado.

Aqui diò fin à ſu notable hiſtoria, el Sacerdote nueſtro hueſped, con que los circunſtantes, dandole juſtas gracias, admirados, y alegres, ſe retiraron à ſus quartos; y yo à un apoſentillo, de quien pagando un real la mañana ſiguiẽte, eſcapè carmenado de ſabandijas viles, y ſalì de Toledo, con preſupueſto de ſeguir mi viage haſta la gran Sevilla.

§. V.

ASſi penſando à ratos en el paſſado cuento, y otras veces cantando por engañar el canſancio del camino, anduve haſta alcanzar un carro, que por ir de vazio me acogiò en ſus eſpaldas; con que entretenido, y agaſſajando al dueño, aunque ſe rodeaba, me fuì con èl haſta un Lugar, que ſe dice Tembleque, en donde hallando à la ſalida un Convento de Frayles, lleguè

(que

(que no debiera) à pedir de beber à su porteria; vereis aora quan caro me costò. Abriò en tocando una rexilla baxa, el Hermano portero, por quien oida mi demanda, sin responder à ella, se suspendiò, mirandome un breve espacio, despues del qual abriò toda la puerta, y me metiò dentro, y haciendome sentar en un poyo, sacandome para mejor entretenerme unas peras, y una botija de agua, mientras yo alegremente las comia, èl cerrando su puerta, se desapareciò de mis ojos por un muy largo termino, que no sin harto enfado le asisti à mi pesar. En fin, molido de esperarle, bolviò en compañia de otro Frayle, que segun despues supe, era el Guardian. Y quando presumì que se me abrian las puertas (buelto el sueño del perro) vì, que con gran deshonra, puestos unos anteojos, comenzaban entrambos à leer un cartapèl, con quien de quando en quando, mirandome à la cara, al cuerpo, y al vestido, hablaban entre sì, con admiracion, y silencio; pienso que conferian mis señas, haciendo otras acciones, que me pusieron temor, y confusion. Nunca, aunque lo sospechè, me persuadì à que fuessen cartas, ò avisos de mi padre, tanto por la brevedad, y ciencia del camino, imposible à mi vèr, quanto por el recato, y poca inteligencia de su persona; estos, y otros iguales pensamientos me tenian rodeado, quando acabando su escrutinio, me sacò dellos una gran voz, y luego tràs de aquella, una recia palmada, que el Padre Guardian se diò en la frente, diciendo en alto modo: Què ay que dudar hermano? El es sin falta alguna, todas aquestas señas le competen, he recibido un grande beneficio, mucho plazer me ha hecho, Dios se lo pague, que no assi creerà, quanto hà que espero la vista deste incorregible rapàz. Esto hablò buelto àzia el Padre portero, agradecido à mi prision; y prosiguiendo, torciò la cara adonde yo escuchaba, y asiendome de un brazo con severo semblante, discurriò desta suerte. Y pues, sobrino Enrique, es buena vida aquesta, es este aquel descanso, y alivio que esperaba de vos mi pobre hermana en su triste viudèz; no correspondeis à su sangre, no por cierto, à la del malogrado Don Pedro: Jesus, Jesus, què picaro, què negro; què indecente le trae el Sol, y el ayre! Fuera mejor asistir en tal calma, y con tan recio Estio en las salas, y alcovas del Jardin de mi casa, y andar por las calles, y plazas de Plasencia en un cavallo, ò en el coche passeando, y no à pie, solo, corrido, y afrentando de aquesta suerte vuestro honrado linage: Harà biẽ,

harà

harà bien: llegado aveis, el Cielo os hà traìdo adonde tendràn fin vuestros distraimientos, ò en esta reclusion nuestra deshonra, y vuestra vida. Escoged brevemente lo que por bien tuvieredes, porque yo sin tardanza pienso resolverme muy presto.

Quien oìa semejantes razones, tanta amenaza, y determinacion, y no era Enrique, ni tenia madre viuda, coche, ni aun cavallos de caña, alcobas, ni jardin, què tal se sentiria, ò qual seria su encanto, y turbacion. Comenzè à persignarme, y aun à reirme, sacando fuerza de flaqueza; y queriendo replicar à su harenga, ofendido de mi despejo, y risa, embistiò conmigo qual si fuera un Leon, y tapandome con las manos la boca, repitiò muchas veces: O libre, y sin verguenza! de mi te ries, y responderme quieres, piensas que lo has con tu madre? acaso presumistete en su fragil presencia? Por vida de los habitos que traygo, que has de ir à un calabozo: asgale padre mio, dè con èl en mi celda, y echele un par de grillos, verà Enrique de el modo que sabrèmos aqui curar sus libertades, y locuras. A esto, dando yo un fiero grito, sin poder yà sufrir tantas inadvertencias, y ignorancias, dixe: Què Enrique, ò què demonio se le antoja que soy Padre Guardian; porque à mi no me llaman mas que Pindaro, y tengo padre, y madre veinte leguas de aqui, y nunca oì jamàs aun nombrar à Plasencia, sino es quando en mi tierra pregonaban castañas de su Vera. Todas estas razones iba yo duplicando, no obstante que assi de mi portero, como de otros cinco, ò seis Frayles, que yà havian acudido, era llevado como el anima del Sastre por el claustro en bolandas. Comenzè à conjurarlos, creyendo fuessen infernales espiritus, y el presente sucesso algun pesado sueño; mas conociendo que mientras yo alentaba mas su desengaño, se confirmaban mas en el parecer del superior; y que èl muy vano, y satisfecho con su hallazgo, replicaba: pues como à mi Enriquillo? à mi engañarme quieres? no te valdràn tus maquinas: en el lazo has caìdo, no lo avràs con mi hermana. Tuve por mas sano consejo callar, dissimular, y obedecer al tiempo, y sin negar, ni confessar, conservarme en su engaño neutralmente. Pero ni aun de este acuerdo, me dexò aprovechar la ignorante porfia de mi supuesto tio, que à fuerza de los diablos quiso que fuesse su sobrino, y pariente. Lleguè en fin à la celda, y allì viendome mas rendido, y sujeto, dexan-

do-

dose rogar de los demàs, suspendiò los grillos, y poco despues mitigado el enojo, con caricias, y alhagos, comenzò à persuadirme la buelta de Plasencia: ofreciòme dineros, y vestidos, y remitirme à ella muy bien acompañado, y otras tales razones que hicieran blandear, y conceder en desvarios mayores à un hombre muy prudente, y asi no es mucho que viendo yo tal determinacion, promessas tales, y tan santa inocencia, me dexasse vencer de ella, como en efecto lo hice, confiado en que pues el Cielo me ofrecia, y aun esforzaba à una tan buena dicha, no era justo perderla, ni imposible el salir despues honradamente de semejante labyrinto. Con este acuerdo me echè à los pies del Frayle, y con fingidas lagrimas, dixe que me ponia en sus manos. Quedò en oyendome sumamente contento, y haciendo regalarme, desde aquella noche comenzò à disponer mi buelta: y aunque en ello se tardaron seis dias (termino en quien pudiera perderse otro muy advertido) con todo esso, hablando las razones muy medidas; y equivocas, atento à las preguntas, ambiguo à las respuestas, le confirmè en su engaño, y conservè la sangre, y parentesco. Hizo tambien de mi seguridad algunas experiencias, como fueron dexarme salir solo del Convento, y que otros me tentassen, è induciessen à proseguir mi fuga, mas aun quando yo ignoràra las espias que andaban à la vista, por no perder un muy galan vestido, ropa blanca, y camisas que se me iban haciendo, no me ausentàra por ningunos respetos: sirvieron estos de grande confianza, y por lo menos, de que dos hombres del lugar, que havian de ir conmigo hasta Plasencia, se assegurassen, y perdiessen recelo en el camino. Llegò, pues, el deseado dia, confiesso que lo era de mi con notable cuidado, por el mucho que tenia del desengaño, y mejor cuenta del inocente Frayle. Levanteme temprano, vestime lo flamante; y por presto que lo hice, yà hallè puesta en razon una muy buena mula, rellenas las alforjas, y à mi buen tio solicito, encargando mi regalo, y custodia à los que me llevaban: diòme su bendicion, y al besarle la mano puso en las mias el Syndico dos doblones de à quatro: mal dixe, dos luceros, dos Soles, dos Angeles de Guarda, que me alumbrassen, guiassen, y sirviessen de alivio toda su duracion. En fin nos despedimos, y bolviendo las riendas à Toledo, tuvimos la siesta antes en Almonaci de Zurita, regalè à mis colegas, y yà entrada la noche, llegando à

la

la Ciudad, nos apeamos en un meson, que està junto à la puerta que entra à Zocodover. Descargaron la ropa, y mientras aviaban en la cavalleriza sus cavalgaduras, y la mia los buenos hombres, siendo aquel el esperado punto, valiendome de la ocasion, mis alforjas al ombro, desamparè los demàs despojos, y no sin gran temor bolvì à salirme por la Puente de Alcantara, y tomè esta derrota, pareciendome que tornando àzia la misma parte que veniamos, se asseguraba mejor mi escape. Dexè el camino de la huerta del Rey, y sin llevar ninguno, atravessando el Real de Sevilla, el rio à mano diestra, me dexè andar un hora; al cabo de la qual, divisando unas lumbres, guiado de ellas, y de los ladridos de los perros, corrì, y parè en una Aldea; mas advirtiendo el sospechoso modo, vestido, y proceder de mi viage, arrimado à unas tapias, sin querer entrar dentro; cenè lo que traìa, que era repuesto para mas de seis dias, y el siguiente, bueltos por dissimulo los embeses del vestido àzia fuera, tomè senda à lo largo, por los nombrados montes de Toledo, y sin intercadencia, ò sucesso de consideracion, me puse en Guadalupe, y desde aquella milagrosa Casa, poco à poco en una gran Ciudad de Estremadura. Aqui comenzando las aguas del Invierno, agradado del sitio, me resolvì à parar un breve tiempo. Aderecè mi ropa, y un Domingo salì, à mi parecer, mas galàn, que Narciso; y dando por las calles ciertos bordos, subì à lo mas alto, y superior, que llaman Villa, y allì vì su castillo.

§. VI.

MOraba à esta sazon en el un Principe de los que en Castilla llaman Grandes, y aunque se celaba la causa de sus retiramientos, y tristezas, el Pueblo, que no siempre desatina en sus juizios, penetraba, y decia, que por haver faltado à la disposicion, y buen consejo de acciones, que à su cargo desvanecieron la mas grave jornada, que contra los enemigos de la Iglesia se intentò en nuestros dias; y de quien, à efectuarse, pendia el mayor remedio, y el paradero, y fin de las desdichas, pèrdidas, y invasiones, que despues la han venido. Mas yo, menos vaticinante, que Catholico, no pude dexar de reirme mucho de aqueste fundamento; siempre burlè de el que tan facilmente (hombres mas estadistas que piadosos) quisiera dàr à aquella memorable desventura; bueno es que nadie piense que estando nuestra maldad, y excesso irritando à los Cielos, y pidiendo

do à voces su venganza, y castigo, le pueda atribuir à contingentes casos, culpar acciones humanas, ni andar buscandole otras causas remotas.

No crean, no, los Principes, y Monarcas de el mundo, que quando se consumen sus subditos en perdurables guerras, y quando el mar alterado no perdona sus flotas, y navios, y el ayre corrompido inficiona sus Pueblos, y la tierra, y el Cielo, con terremotos, y rayos, y exalaciones, afligen sus Provincias, sea siempre por natural efecto de influencias; tenganse por sabido, que las mas veces son sus pecados mismos el principal origen de tal calamidad. Y si no abramos las historias, trastornèmos los libros, y veremos, que nunca sucedieron las semejantes, que antes no precediessen gravissimas ofensas, y delitos. Bien claro testimonio nos da de esta verdad, la triste assolacion del Imperio Griego; y bien poco se mostrarà Christiano quien juzgare, que en fee de su valor, y barbara potencia, triunfaron dèl las armas Otomanas. Tenga por cosa cierta, que fue azote de Dios su dura lanza, efectos de sus iras fomentadas de aquella general corruptela, ambicion, tirania, guerras, y sediciones, en quien todos los Principes Christianos de aquel tiempo concurrieron en uno. Toda la Europa se trastornò, y bolviò de arriba abaxo: la Christiandad se dividiò, y partiò en opiniones, y sus mayores Reyes, y Potentados, por interesses proprios, particulares odios, y rencores, despedazados entre sì, con horrendo espectaculo dieron lugar à aquel infame triunfo; no viò el Orbe mas deprabado siglo: de aqui nacieron nuestros males, y daños, y el encerrarnos en tan estrechos limites; entonces, no acaso, ni por yerro, no por faltarle à esta accion, ù à la otra, y assi no es mucho que al presente (quiera Dios que me engañe) no siendo, ni la enmienda mayor, ni menor el escandalo, lloremos justamente por iguales excessos, el ultimo castigo, sin que achaques politicos, fracasos, ò contingentes razones de estado, ni yerros de ministros, puedan soldarle, ni disculpar en ellos la generalidad de tantas culpas. Mucho me he desviado del proposito, escuseme la causa que dilatò la pluma, pues no pudo sufrir, que tan obscenamente quisiesse dàr el Pueblo origen, y ocasion al retiramiento de aquel Principe; al qual dando la buelta, digo, que estaba en el alojamiento referido, y aunque muy melancolico, y triste, no sin el explendor que su casa pedia numero de criados, deudos, parientes, y familia concerniente à su sangre. Gozème

gran-

grandemente viendo sus ricas libreas, su adorno, y aparato, y en grado superior, quedè mas satisfecho del bizarro despojo de un su sobrino, mancebo hermoso, de notables virtudes; siempre estas por si solas son amables, y dignas de respeto; pero en los personages tan ilustres, en tan altos sugetos, adquieren mayor lustre; tienen un no sè què, que las haze mas admirables, y excelentes. Llamabase este cavallero Don Gutierre, y su edad aun no era de veinte años, si bien querido en ella, sumamente del tio, por sus grandes esperanzas; y asi animado destas, no es de culpar, que yo librasse el acrecentamiento de las mias en su favor, y sombra. Regido de este intento, busquè trazas, y modos, con los quales tuve tan buena suerte, que antes que se passassen largos terminos, assentè en su servicio. La confrontacion de las sangres (hablo por las segundas causas) raras vezes desdice del uniforme efecto, asi por simpatia mas que merecimiento, fui amado de mi Dueño, fui segun la comun, su privanza toda; y en pocos dias, archivo de su alma; y segundariamente, terrero de la embidia, blanco, y emulacion de los demàs criados. Gran juicio, y gran ventura ha menester un hombre para conservarse en tan semejante estado: raros han sido aquellos que pusieron el clavo al continuo bayvèn de tal fortuna, aun en los dominios inferiores, digo, con los señores, y Principes particulares, y de tercera classe como el mio, es muy dificultoso, ò impossible; pues què serà con los poderosos Monarcas, tuviera yo à los tales mas lastima que embidia. Tiene este nombre, y apellido de privanza, su operacion, y efecto, diversas distinciones, porque yà algunas vezes, ò bien sucede por conforme gracia de personas, ò bien por obligaciones de servicios, y yà otras muchas, por ser el instrumento à la inclinacion natural del Principe que sirve, ò finalmente, por grande entendimiento, valor, y partes del criado. Si procede de gracia personal, aunque esta se prosiga eslabonada de muy conformes gustos, y voluntades: no ay flor de almendro mas inconstante, y fragil: mucho hermosea, y resplandece; pero passase presto, efecto natural de varios accidentes, que califican los exemplos que han visto nuestros tiempos: mas si esta và fundada en solo obligaciones, si son pequeñas, llano es, que serà menos grande la esperanza del fruto; y si grandes, tambien es evidente el desgajarse la rama con el peso, pues nadie sufre carga de muchas deudas; y si se apoya en la satisfacion del instrumento cessando el exercicio de la incli-

nacion que la arrastra, cessa tambien, y aun se deshace su favor: porque los Reyes si bien aman la satisfacion de sus inclinaciones, tal vez, corridos con el tiempo, buelven los ojos à la honra del oficio, y con la carga de las quexas del Pueblo, murmuraciones de mayores estados, se descargan con el castigo, y exclusion del Privado. Pero en conclusion, si este solo se encumbra en fee de su valor, y noble entendimiento, aqui si se aparecen los baxios de la baxeza humana, aqui sì es menester terrible tiento, y navegar continuo con la sonda en la mano; porque no ay Principe, nõ ay hombre, que dure en el sufrir mayor capacidad: mas si esta sabe templar el favorecido, y allegado, no ay uso de privanza de mayor duracion, y con razon, pues nace del entendimiento, y prudencia. Tal pienso, que miramos en los presentes siglos, retrato vivo de esta pintura muerta, gloria, y honor del Blasòn, y Casa de Guzmanes, dichoso Efestion del mayor Alexandro: mas no se juzgue mi intencion à lisonja, tan cortas alabanzas en tan humilde pluma, antes ofenden, que ensalzan, y descubren su claro resplandor. Buelvo assi à mi proposito, y prosiguiendo, digo, que es ilustre advertencia moderar el ingenio, quando se conoce superior al del Principe; porque mientras mas es la potencia de este, mas siente el rendimiento, que aun tiene por ofensa; y mayormente se debe assi emprehender siempre que se le ofrezca resolver, y conferir; pues entonces, como se pone enmedio la propria adoracion, ni se sufre estrecheza, ni se permite familiaridad en parangon; y como no ay criatura, que no tenga su natural estimacion, al fin, como formada de unos mismos elementos, sin que ninguna sea de aquello que sobrò al material hermoso de losCielos, segun dicen, pretende el desvanecimiento: sientense mas los zelos del ingenio, ydiscurso, que los de la muger, pues la fortuna iguala à los humanos en los bienes exteriores: mas no en los naturales, porque los tales son de su dominio. Pero à este proposito, no me acuerdo adonde lei un exemplo, que quisiera escrivir, si bien el ser notable, y digno de saberse, suplirà en parte el no alegar su autor: passò por un grande privado del Rey Don Manuel de Portugal, y era este el Conde Don Luis de Silveyra.

Parece ser, que vino del Pontifice un Despacho, y papel de consumada erudicion, y estilo. Llamò el Rey al tal Conde, y en consultan lo, y resolviendo con èl la respuesta, le ordenò, que dispusiesse una, advirtiendole, que èl mismo queria escrivir otra; porque aquel grande, y dichoso Principe, no solo se preciaba

ba de eloquente, mas lo era sin duda. Sintiò mucho el Silveyra poner la pluma donde su dueño proprio; pero resignòse en su gusto, y obedeciòle humilde, y disponiendo su papel, se fuè con èl à la mañana al Rey, el qual yo tambien tenia ordenado el suyo. Oyò el del Conde, y conociendo la ventaja, cuerdo quisso encubrir las obras de sus manos: mas la instancia del criado hizo que fuessen publicas: leyò al fin su respuesta, pero con el conocimiento referido, determinò, que fuesse la del Conde al Pontifice. Esta resolucion entristeciò al Privado, de manera, que yendose à su casa, sin dilacion alguna, mandò, que se ensillassen dos cavallos para dos hijos suyos, y con ellos se saliò al campo, y en èl les dixo: Hijos mios, cada uno vaya à buscar su vida, que yo le seguirè en la misma demanda; pues aviendo el Rey confessado, que sè mas que no èl, ni ay que vivir aqui, ni esperarnos un punto.

No es malo el cuentecillo, ni enseñan poco semejantes doctrinas: aprovechese de ellas, quien en iguales terminos advirtiere el peligro. El mio, segun dixe al principio, corriò entre los criados por la posta: tuvo el mar levantado, ayrado, y borrascoso, mas finalmente le sossegò mi cortesìa, y modestia, y el usar con templanza del favor de mi dueño, al qual sintiendo aficionado à las buenas letras, con los fragmentos cortos de las mias, me transformè en su inclinacion, escalòn principal de introducirse, y aun apoderarse de la voluntad mas austera. Igualdad de costumbres confirman los afectos, y no pueden durar amor, y compañia en su disformidad, y dissonancia. Tenia muchos, y buenos libros, varias, y diversas materias, Moralidad, Historia, Poetas, y Filosofos; y como los mas de estos andan en la vulgar, ù en lengua Latina, facilmente en tan dichoso estado, con el ayuda, y mano de Don Gutierre, sus curiosidades, y escritos, que no eran pocos, ni poco sustanciales, me hice capàz de mucho (mal dixe) de las tribialidades, que he entregado à la estampa; pues nunca en abundancia se hizo uno muy docto, si bien todo esto puede, y aun milagros mayores, la continua leccion de estos Maestros mudos, de estos amigos fieles, consejeros seguros, verdades sin afeyte, palabras sin lisonja, castigos con blandura, y desengaños verdaderos de nuestra ceguedad. Viene al mundo nuestra alma, embuelta entre tinieblas, y llena de estupenda ignorancia, la qual sumergida una vez en la misera carcel de este cuerpo, en el hediondo cieno de su mortalidad, crece, y se aumenta, tanto mas, quanto dura, y se prolonga mas la vida, si antes la luz, y res-

plan-

plandor de la doctrina, y las ardientes lumbres de la sabiduria, no la acrisolan, limpian, y purifican. Este efecto admirable hacen los buenos libros, esta mudanza noble de un sèr rustico, y basto, à un perfecto, y hermoso: assi miramos transformaciones semejantes cada dia, y essa ventaja lleva el docto al ignorante, que el muy sano al enfermo, el hombre racional à los brutos silvestres, el cavallo domado, y corregido, al indomable, y fiero; y segun Aristoteles, la que hace el vivo al muerto: Tanto valor, estimacion, y precio se alcanza, y grangea con los libros: ninguno ay, por insulso que sea, de quien, si le buscamos, no saquèmos provecho. No ay muladar tan vil, que escarvado, no tenga algo de utilidad: assi dixo Virgilio, viendo las Obras de Ennio. Pues si aquesto se afirma de los malos, què no podrèmos esperar de los buenos? què virtud? què excelencia no se encierra en su abismo? què piedad, què justicia, fortaleza, y templanza? què prudēcia, y avisos no enseñan sus renglones? El que los trata es justo, con ellos es mas santo? si discreto, mas sabio; si entendido, mas cuerdo, y si bueno, mejor; porque su leccion, y discurso refresca la memoria, despierta el juicio, inflama los deseos para seguir à la virtud, y caminar adelante con ella. Mas para no cansarnos en tales digressiones, concluyo aquesta solamente, diciendo: Que en tres cosas consiste el ser un hombre perfectamente sabio, tratar los que lo son, peregrinar por varias tierras, y la leccion continua de buenos libros: esta ultima es la mas essencial, y diga cada qual lo que le pareciere, que la teorica es mas segura, que la practica, y los libros muestran en poco tiempo, lo que con gran trabajo enseña la experiencia en muchos años. En efecto, con este dulce empleo, y loable exercicio, en gran tranquilidad vivì seis meses, pero no es mas durable nuestro mayor gusto, y contento. Interrumpiòse el mio, y mas el de mi dueño, por el camino que menos esperabamos.

§. VII.

HAcese por San Marcos una grande Romerìa desde aquella Ciudad de Toro de las Brozas: no censuro este abuso, intruso à devocion, aunque me acuerdo, que Fray Juan de Castro, Arzobispo del nuevo Reyno de Granada, en un Sermon, que yo me hallè presente, rompiendose los Avitos, la llamò supersticion. Parece, que anteviendo el decoro, y excomunion, que pronunciò el Pontifice poco despues sobre esta misma causa. En efecto à esta Fiesta se partiò Don Gutierre, y de su tio los mas gra-

ves criados; pero el fruto que traxo fuè muy estraño, y peregrino. Bolviò à su casa melancolico, y triste, muy mudado, trocados todos sus designios, y condicion alegre, lleno de seledad, intratable, y cetrino, sueño con inquietud, comida sin sosiego, pensativo, confuso, acompañado mudo, solo hablando, y murmurando entre dientes, agradable la noche, desapacible el dia, achaques sin dolores, enfermedad sin terminos, los ojos lacrimosos, seco, y crudo el aliento; y en conclusion, forzando, y encubriendo una amorosa pena, con mucha dissimulacion, y grande prudencia, mas grande, que sus años pedian. Dixe amorosa pena, porque segun al fin se declara, yà su tyrano fiero le tenia aprisionado, y cautivo.

Parece ser, que aquel tragico dia acompañò à la Hermita quatro hermosos rebozos, quatro damas tapadas, que de la Ciudad fueron à divertirse. Serviòlas cortèsmente, admirò su belleza, prendòse en su despejo, y sin pensar, la una se quedò con su alma. Llamabase esta Hortensia, que en edad de diez y ocho años, segun vieron mis ojos, daban los suyos belles unico resplandor à su Provincia: el de escrivir sus tragicos amores, y para disculparlos en alguna manera, me ha parecido dar de sus cosas aun mas larga noticia. Serviràles de aviso à muchos padres el exemplo siguiente; digo à los que desacordadamente creyendo ser, no dueños, sino tyranos de las almas, y cuerpos de sus hijos, por sus caprichos, interesses, ò conveniencias, fuerzan sus voluntades, tuercen, conforme à su apetito, la inclinacion de aquestos, casando al que la tuvo religiosa, y dando estudio, y letras al que se encaminò para las armas; y por el consiguiente à los que apetecieron conjugal compañia, metiendo en los Conventos; con que errandolo todo, llega el desengaño à su casa, quando la apostasia, flaquezas, vicios, y libiandades, que destruyeron (en su contrario estado) aquellos breves idolos de su inmortalidad. Advertido este punto, digo pues, que siendo esta señora hija de unos honrados Ciudadanos, fue deseada, requestada, y pedida por su grande hermosura, de personas muy graves, Cavalleros muy cuerdos, mancebos muy ricos, y gentilhombres, sobre todo muy conformes à su edad juvenil, partes, y requisitos; pero no obstante aquesto, atropellandolos, y desvaneciendolos sus padres: y lo que mas debe ponderarse contra su gusto, y aun contra su natural inclinacion, que aspiraba à ser Monja, por fuerza la casaron con un Indiano, hombre de grande hacienda, si bien de mas dineros, que gentileza, y partes, mas años que cinquenta, exteriores indignos, inte-

teriores escasos, mezquino como Perulero, menudo como Mercader, caviloso como Tratante, desconfiado como humilde, celoso como feo, y importuno, y pesado como viejo. Mirad què union haria mezcla tan discordante; dicha se estaba ella, sì bien ni es mi proposito las tales, ni otras causas mayores disculpen el pecado, y delito: solo querria que entrassen à la parte, y castigo de èl los que le ocasionaron, y previnieron; porque aunque en Hortensia no huvo mas que deseos, estos fueron tan grandes, tan continuados, y crueles, que pudieran passar plaza de execuciones, y merecer la pena de los efectos, y obras; mas vengamos al caso. Gozaba su admirable belleza Camilo, tal era el nombre de su esposo: supolo assi mi dueño, y sin embargo de tal inconveniente, arrebatado de tan rara hermosura, quedò vencido. Assi se aventajaba Hortensia en esta romeria à sus tres compañeras, como en el mes de Mayo la fresca rosa à las menudas flores; tenia gallardissimo cuerpo, rubios cabellos como madejas de oro, frente espaciosa, y lisa, cejas en arco perfiladas, vivos resplandecientes, y attractivos los ojos, labios, garganta, y dientes de coral, de marfil, y de alabastro, algo encendido el rostro, mas su circulo oval, templado blandamente de una blanca frescura; que mas le hacia perfecto; tal era su retrato, acompañado de un espiritu noble, gallardo ingenio, despejo, y gentilezas ved si su agrado minora el rendimiento de aquel incauto, y descuidado mozo. Diòme à mas no poder (no sin mucha verguenza) parte de su desdicha en bolviendo à casa; mas mi corta experiencia, si le negò el consejo, no le faltò en su ayuda. Supe luego la de ella, y Don Gutierre continuò su passeo, y acrecentò su llama, comenzando à abrasarse en el amor de Hortensia; pero mientras mas se acercaba à su graciosa vista, tanto menos se hallaba satisfecho, y contento, tanto mas se aumentaban sus ansias, y deseos; pero hazaña tan grande, victoria tan costosa, no assi la ganò Hortensia con tan poco peligro. Maravilloso caso, que assi como diversas almas, y corazones, quedando el suyo libre, y assi como mi dueño, advertido, y essento triunfò de muchas damas, sin prendarse en ninguna, assi aora el amor, con castigo reciproco, hizo iguales sus penas, y cuidados; bien que no en este dia, ni aun en dos meses conocieron los dos la conformidad de sus intentos, antes creian se amaban de valde. Acabòse la fiesta, y Hortensia bolviò à su posada; mas si mi triste, y afli-

gido señor pagaba su pecado, no menos (segun despues lo supe, y entendì de su boca) peleaba en su pecho la inquietud, y desassossiego de su nuevo accidente. Todos sus pensamientos eran en Don Gutierre, con que no sè quien duda que pueda el pensamiento de una tan sola vista crecer, y fomentar prodigios semejantes, de voluntad, y amor.

En ningun tiempo antes estos nuestros amantes se havian visto, ni oido, ni por fama, ni por nombre se conocian, mi dueño era Andaluz, y ella de Estremadura, diferentes en tierras, en trages, en costumbres: solo batallaron los ojos, solo complaciendose entrambos, prosiguieron su guerra. Herida, pues, la dama de enfermedad tan grave, ciego el entendimiento, yà no se acuerda de sus obligaciones; y si la compañia, trato, y comunicacion de su marido, havia templado en parte el duro sentimiento de la fuerza de el padre, refrescandole aora, empieza à aborrecerle, y sin pensar en mas que en la reciente llaga, en el querido amante, pospuestas, y olvidadas las demàs cosas, sin consejo, ni alivio, solamente llorando repite assi su miserable estado, dice consigo misma. Què mortal desventura me ha venido? Què enfermedad me aprieta? Què daño me sucede? Què ha passado por mì, q̃ assi me impossibilita los brazos, y alhagos de mi esposo? Su calor me resfria, sus brazos me enflaquecen; nada de èl me deleyta; solo el bello mancebo, que anduvo mi jornada, està siempre en mis ojos: ay misera muger! despide, arroja de tu pecho sus encendidas llamas, sus lascivos deseos; bien cierto es, si en mi mano fuesse, no como quiera triunfaria de mi honor con tal facilidad: nueva, y horrible fuerza me tiene arrebatada, uno me aconseja su amor, y otro mi honestidad, conozco lo mejor, lo mas dañoso sigo; pero ay de mi! à quien no rendirà su gracioso semblante? à quien no moverà su cortesia, su edad, su ilustre sangre? Todo me vence, y atropella. Harè traycion al talamo, darème à un peregrino, entregarème à quien mañana, harto, y satisfecho de mi, me desampare, y burle; mas què imagino, y pienso! no tiene èl tan mal nombre, no dice tan vil trato con su opinion, y fama, ni puede haver en tan gallardo cuerpo espiritu tan baxo: no ay que temer engaños, ni esperar villania de tal sugeto; pero por què prevengo, y cuido tantas cosas? por què las tiemblo todas? yo acaso no merezco ser de èl tambien amada? mis caricias, y alhagos no podràn reducirle à que me quiera, y los

los muchos amantes que desean, y sirven, no podrán empeñarle, y aun picarle mejor? pues què me aflijo, y lloro? Busquèmos el remedio, que si èl llega à enlazarse en mi amor, este le tendrà firme; y si se fuere, èl mismo le obligarà à que me lleve cõsigo: hartos exemplos antiguos, y modernos tengo que me disculpen, y minoren la culpa. De esta suerte razonaba entre si la hermosa dama, cuya casa estaba de manera, que no podia baxar Don Gutierre del quarto de su tio, ni del Castillo à la Ciudad: sin vèr sus rexas, y balcones, en quien yà mas afable se dexaba mostrar, pero con tal modestia, que ni vislumbres se pudo presumir de su voluntad, con que el cuitado amante padecia, y ella con la continuacion de su vista mas encendia, y abrasaba.

§. VIII.

POstròse al fin al natural mas flaco, y sin poder templar, ni resistir su ardor, yà no de recatarse, sino de buscar remedio à su dolencia, trataba Hortensia. Era entre los criados de su marido, Laurencio, hombre anciano, y fiel, y à quien desde pequeño havian alimentado los padres de la dama, y por esta razon todo su aliento de ella, y mayor confianza era èl; y assi en el presente trance le descubriò su pecho; mas no assi tan ligeramente la ofreciò su favor, antes lleno de ira, y honrado enojo, mostrò gran sentimiento, y con razones graves, miedos, temores, y amenazas, procurò dissuadirla, aunque en vano, porque yà estaban incapaces, y ciegos los sentidos. Repitiò Hortensia de nuevo sus desdichas, mostrò Laurencio mas resistencia, y colera: con que viendo perdida su esperanza, llorando tiernamente la dama, le comenzò à decir assi: Bien veo quanto es, Laurencio, justo lo que me significas, mas el furor me apremia, y el amor supedita sobre mis tres potencias; de manera, que ninguna para poder valerme me ha dexado: tyranizadomeha, y estoy resuelta à no contradecirle, assaz me he defendido; un siglo hà que padezco rendirme à tanta fuerza; vencida, y prisionera soy, ni quiero, ni espero libertad, su voluntad he de seguir, no està en mi mano otro remedio; si quieres que no me precipite, y afrente con un publico estrago mi linage, tèn compassion de mi, y dexate de mas aconsejarme. Llorò oyendo tanta resolucion el honrado criado, interpuso entre afliccion, y lagrimas sus venerables canas, sus servicios, obligaciones, y crianza, y con respeto humilde la pidiò, que siquiera mitigasse aquel indigno fuego, y quisiesse ser sana, ayudan-

dose à sì misma, pues muy gran parte de la salud, y cura de un enfermo, consistia en sus deseos, y en admitir la medicina con voluntad, y afecto. Mas ni con tan buen consejo consiguiò otro espidiente, antes con mayor ansia, y casi desesperadamente, viendose rebatida, respondiò: No pienses, dixo, yà que no me socorres; que asi del todo me olvidò la verguenza, yo quiero obedecerte, y à este fiero vestigio, que no presume sujetarse à razon, yo le atropellarè, yo atajarè de este rapàz gigante, que se anida en mi pecho la intentada torpeza con mi muerte: esta salida sola me ha quedado, y de esta quiero usar: vete, y dexame sola. Contòme Hortensia despues de aquestas cosas, que en haviendo entendido Laurencio tales resoluciones, menos colerico, y severo, tratò de mitigarla, replicando, que templasse su animo, y suspendiesse tan sangriento remedio, pues hasta entonces no estaba cometido delito, que mereciesse semejante castigo; y que ella mas ayrada repetia, que pues viviendo no le podia escusar, que antes queria morir, que executarle; con que temeroso, y afligido uno de rendirse, diciendola: mas quiero, hija, y señora mia, remediar tu vida, que tu fama: prometiò hablar à Don Gutierre, y Hortensia, inflamada en su amor, quedò dando esperanzas à la dudosa voluntad. Pero es justo advertir, que aunque el siervo forzado ofreciò obedecerla, fue con diverso acuerdo: creyò poder (con demandas, y respuestas) entretenerla, y dilatar el caso, y el efecto hasta llegar la auséeia de mi dueño; mas la passion de aqueste, descubriò sus designios, y le obligò à tomar otras veredas, y salidas. Andaba una tarde Don Gutierre gozando el Sol à vista de su dama, yo acompañandole, y ella sentada en un balcon; viò este lance Laurencio, y asi queriendo aprovecharle, y con su credito hazerse confidente, y engañar à su ama, passo à passo se llegò à mi señor, y en baxa voz le dixo: O dichoso mancebo, y quan bien quisto eres, aun con las mas hermosas: no le hablò otra palabra, porque para su intento, y estratagema, bastaban menos. Sospechaba Hortensia, que andaba el criado entreteniendola con fingimientos; pero en viendole aora hablar con su amante, asseguròse mas, y quedò satisfecha: mas no asi lo quedò Don Gutierre, antes entrè confuso, y alterado, aunque conociò bien al escudero, no creyò su ventura, sì bien todavia alentado de aquella, y juntamente de la blanda asistencia con que dexaba festejarse Hortensia, tratò conmigo de escrivirle un villete, no obstante,

que

que primero que lo determinasse por la obra le vì suspirar, y gemir, resistiendo su excesso, y aun tal vez à deshora quexarse, solo diciendo estas razones: Adonde, ò ciego mozo caminas à perderte, donde vàs despeñandote tràs una perecedera voluntad, mira à quien te sometes, mira de quien te fias, que si una vez te vès en sus cadenas, no se te escusaràn largas desdichas, placeres breves, muchos temores, y pocas alegrias, siempre estaràs muriendo, y nunca acabaràn con la vida tus congojas; dexa yà esta locura, pues conoces los daños, que de su liviandad han de nacerte. Assi se lamentaba suspirando los venideros males, mas como en vano anhelaba à su esfuerzo, facilmente tornando mas rendido, bolvia à decir: Ay misero de mi! en valde me resisto, quien soy yo, que presuma aventajarme al invencible Alcides, al famoso Virgilio, ò al sutil Aristoteles; aquel tomò la rueca, el otro se mirò dentro de un cesto, y este con acciones, y freno espoleado, qual si fuera un cavallo de su amiga. Natural es esta passion aun en los mas irracionales brutos, todo viviente ama, igual poder tiene el amor sobre los cerros, que sobre los arados, pues para que me opongo à la naturaleza: todo lo vence amor, no ay sino sujetarse, y obedecerle. Determinado yo busquè una muger, y pagada muy bien la dimos esta carta.

Hermosissima Hortensia, imposible me ha sido hacer mas resistencia, mi atrevimiento es grande, mas yo espero que tu piedad serà mayor, que merece este su triste dueño, cuya esperanza sola salud, y vida pende de tì, como de mì, el quererte mientras viviere, y no creo que esta resolucion te es encubierta. Los ardientes suspiros mensageros seguros de mi pecho, son testigos fieles de su verdad; sufre pues, ò unico bien mio, con mansedumbre, el descubrirte aora mis amorosas ansias. Tu belleza arrebatò mi alma, cautivò mis sentidos; què cosa fuesse amor nunca lo supe, hasta que tu à su Imperio me rendiste, venciò tu resplandor à mis esfuerzos, cegaronme los rayos de tus ojos, tu esclavo soy, y en mi no tengo parte, tu me quitas el sueño, y sin ti no reposo, en ti contemplo, y pienso las noches, y los dias, à ti solo deseo, à ti llamo, en ti espero, en ti me deleyto; tuyo es mi corazon, tuya mi alma, tu sola me puedes amparar, me puedes confundir, matar, ò dàr la vida; elige lo que de esto pretendes, y esso mismo me escrive; merezca yo besar papel que tocaron tus manos, y mas que venga en èl mi ultima sentencia.

Recibida esta carta, se partiò

el mensagero, y no faltando achaque, se la puso en el regazo à Hortensia, diciendo al darla: esta es, señora mia, del sugeto mas noble de la casa del Principe su sobrino, es por lo menos quien te ruega, que ayas dèl compassion, lo mismo te suplico. Era esta muger conocida en la Ciudad por su mala opinion; y llano es, que siendo yo muchacho, y forastero, no avia de hacer eleccion mas hontada: y assi en viendola Hortensia con terrible pesar la despidiò de sì, haciendo primero en su presencia pedazos el papel; temiò sus iras, y saliòse corriendo, antojandosele muy angostas las puertas. Esperabalo yo; pero por no perder las albricias, dissimulò su miedo, y engañòme diciendo, que avia sido gratamente admitida; dì esta nueva à mi amo, y con tan nuevo gusto pensò bolverse loco; fuese el correo, y nunca mas le vimos, quedando en nuestro engaño, mientras la hermosa dama, ausente la tercera, y mitigado su enojo, recogiò las ruinas, y pedazos de la amorosa carta, y encima de un bufete, besandolos mil veces, los juntò, y concertò de manera que se pudieron leer, y despues repitiendo mas tierna, y abrasada su dulze razonar, echando yesca al fuego, llamò à Laurencio, y determinada à escrivir, le rogò llevasse su respuesta. El qual viendo rematado el negocio, frustrados sus consejos, y en eminente riesgo la que amaba como à hija, si se fiaba de otro, huvo de obedecerla, y hazer su gusto; diò en efecto este papel à Don Gutierre, cuyos breves renglones son los siguientes.

Quando fuera señor tu pretension, y intento, menos dificil, y no tan impossible, como en efecto lo es, y sin ningun remedio, tèn por indubitable, que le hiciera del todo inaccesible, la misma causa por do le encaminaste; pues fuera accion mas noble, que antes de executarla, consideràras, si yo podia ser de las mugeres que se conquistan por semejantes medios, y por el consiguiente, tu de los hombres, que por ningun respeto debia valerse de instrumentos tan viles; mas yà que el hierro se hizo justo, parece, què los dos le soldèmos; y assi supuesto aquesto, lo que à mi pertenece es suplicarte, que mudes de consejo, y con tal desengaño, quiero que assi lo hagas; mas lo que toca à ti, es solo obedecerme, busca nuevo sugeto que merecer te sepa, porque en el mio, jamàs podràs hallar mas grato acogimiento que el que debo à mi esposo.

Este villete, si bien tan lleno de aspereza, y desvio (ageno total-

tal-

talmente de su interior deseo) abriò mas que cerrò las puertas de esta empressa. No ay señal mas segura de admitirse un amoroso emplèo, que ponerse con èl en demandas, y respuestas. La muger recatada, que honesta, y cuerdamente quiere prevalecer à semejante engaño, no le escuche, ni atienda, absuelva las dudas, y argumentos de estas dulces Sirenas, bolviendo las espaldas, y cerrando los oìdos à su nocivo canto, no llegue à conferencias, ni à razones con ellas, que faltaràn las suyas, y llegarà su ruina, y vencimiento, quando menos pensare. Bastantemente entendiò tal verdad Don Gutierre; y assi alentado con la presencia de Laurencio, sin dedexarle partir bolviò à escrivirla esta discreta rèplica.

Si mi desdicha ha errado el primer escalon de su fortuna, no por esso he de ser condenado à un tan grave castigo; yo amante, y estrangero, mal podia conocer, si debaxo de aquellas blancas tocas, y aspecto venerable, se encerraba tan humilde persona, como tu significas: nunca pensè cosa tan deshonesta, juzguè por lo exterior, engañeme como hombre, perdon merece quien confiessa su yerro. No he dudado señora tu honestidad, y partes, antes (muy advertidas) el gran predicamento con que las reverencio, me hà obligado à adorarlas con mas incendio, y fuerza; porque la muger prodiga de su fama, y honor, mas es digna de desprecio, que estima, menos de amor, que de aborrecimiento; pues perdida la verguenza, y decoro, no ay que loar, ni apetecer en ella, y la hermosura aunque es bien deleytable, si honestidad le falta, deshazese qual humo; y assi las que guarnecen como tu su belleza de este virtuoso afecto, mas justamente deben alabarse, y quererse, segun yo lo executo: y siendo aquesto assi, como serà possible que dexe de adorarte, como podrè escusarme de servirte, y quererte, suplicote señora no me lo mandes, pues yà no està en mi mano el obedecerte.

Assi diò fin, y lo entrgò à Laurencio con una buena joya, paga de su trabajo, y otras quatro muy ricas; para la bella Hortensia, que aviendo recibidolas, luego el siguiente dia le bolviò à replicar.

Las disculpas que has dado en tu descargo, son de tal condicion, que avrè forzosamente de romper su processo. Yo olvido mis enojos, y te perdono; pero adviertete de passo, que aunque en la resta del papel mas te esfuerces, y animes à decir que adòras, en vano, y por demàs trabajas en su empressa, nunca podrà tu fuego abrasarme en sus llamas; cree que no eres el solo, ni el primero que se

ſe llamò vencido de mi breve hermoſura; muchos antes que tu preſumieron rendirla, y engañarme; mas aſsi ſerà fragil tu cuidado, como el deſeo de aquellos. Hablar contigo, ni me es poſsible, ni aun quiero imaginarlo, contentate aora con lo que hago por ti. Recibidolhe tus prendas; pero por no dexarte por ſu obligacion, y recompenſa en alguna eſperanza, te embiò eſſe anillo, y diamante, que no es de menos valor que todas ellas; quiero que pienſes que he comprado de ti, no que me has cohechado.

Mas conſolado, y mas agradecido, bolviò à eſcrivir mi dueño, dando las juſtas gracias de tus grandes favores; pero con ſu gallardo ingenio, y diſcreta eloquencia, de tal manera deſvaneciò à la dama, y apretò ſu argumento con tan fuertes razones, pintò ſu ardiente amor con tan vivos colores, y matices, que baſtàran à conmover las plantas, enternecer los marmoles, rendir, y convencer, no el tierno corazon de la abraſada Hortenſia, mas el mas duro, y barbaro, de la muger mas ruſtica, y ſelvage. Y aſsi no es de arguir, que ella ſe declaraſſe aora algo menos eſquiva; en el primero embite eſtuvo el daño, llano era, que admitiendoſe aquel avia de ſer aqueſto. Finalmente digo, que Hortenſia ſignificò ſu amor, ſus dudas, y temores en aqueſte villete que ſe ſigue, y que yo, aunque por no canſar, deſeaba eſcuſarle, todavia no me atrevì, por no ofuſcar la mejor inteligencia de el diſcurſo, que paſsò de eſta ſuerte.

Querria complacerte, ſeñor, y que tuvieſſen tus meritos, y partes, de mi fee, y voluntad, conforme recompenſa. Callar pienſo el deſeo, y aun lo mucho que me agradan aquellas. Temo lo que nunca he intentado, no me atrevo à querer, porque ſi me abalanzo, y arrojo sè que no he de ſaber reprimir mis afectos: demàs, que conſidero, que aviendo de irte tarde, ò temprano de eſta tierra, ni tu me has de querer llevar contigo, ni yo entonces ſin tì he de poder vivir auſente. No es de deſpreciar eſte miedo, ni el grande, que me aumenta, vèr à Dido burlada por Eneas; à Medea por Jaſsòn; y por Teſeo Ariadna, ſi tal me ſucedieſſe ay triſte, y què ſeria de mi! Los hombres ſon de corazones grandes, y poderoſos, mejor refrenan ſus movimientos, y paſsiones, mas los de las mugeres, ſi verdaderamente aman, con ſolo morir, y perecer, ſe ſuſpenden, y atajan, no aman, mas pierden el ſentido; no ay animal mas bravo, ſi ſon ingratamente correſpondidas. Deſpues de recibido el fuego no curamos de la vida, ò la fama, ſolo en la coſa amada, buſ-

buſcamos, y queremos reciproca igualdad, abundancia de amor, ſiempre aquello de que mas carecemos, mas apetecemos, y deſeamos; y en tanto que nueſtra voluntad ſe ſatisface, ningun peligro, ningun rieſgo tememos. Si eſto es como publico, què remedio me queda mas que cerrar las puertas al amor, y mayormente al tuyo, que por ſer eſtrangero, ha de faltar, y no permanecer. Dexa, pues, ſeñor mio, de ſolicitar mi fragil pecho, pues para reſiſtir la cauſa que te mueve, tu ſabes quanta mas fuerza tienes que eſta miſerable.

Aſsi titubeaba la firmeza de Hortenſia, entre temor, y amor vacilaba confuſa. Levantò mas de punto Don Gutierre el diſcante, no deſmayò en la empreſſa, perſiſtiò en ſus combates, y ſin tomar deſcanſo, con nueva artilleria aſſeſtò à ſu omenaje la reforzada pieza de eſte ſu ultimo papel, dixo:

Archivo de mi alma, los Cielos te acompañen, que aſsi con tus renglones, diſte à mis ſoledades alegria, eſpero que ſi guſtas de hablarme, trocaràs en dulzura, y ſuavidad, el azivar amargo con que venia mezclados. Muchas veces he beſado, y leido tu carta, y no sè como ſatiſfacerte, porque una coſa me aconſejas tu miſma, y otra me amoneſta, y perſuade ella. Mandaſme, que dexe de quererte, por no hallar conveniencia en mi eſtrangero amor, y viene eſcrito aqueſto tan tierna, y blandamente, que mas me empeñas à eſtimar tu preſencia, que à olvidar ſu aficion. Quien dexarà ſeñora de amar ſugeto tan diſcreto, ſi querias que yo te obedecieſſe; no tan prudente, y ſabia te me havias de moſtrar, porque tales virtudes, y excelencias, aun de los brutos, y ſilveſtres barbaros ſon reſpetadas, y apetecidas, fuera de que no es tan facil, y poſsible en el hombre, como has imaginado, templar, y reſtringir ſus encendimientos; antes lo que tu condenas en èl, ſe halla en voſotras con mayores exceſſos; pero no quiero altercar ſobre aqueſto: pues ſolo me conviene deshacer los temores, y exemplares con que ſe han alentado en mi daño tus ſoſpechas; porque ſi aquellas tres mugeres fueron de ſus amantes deſamparadas, ſon numero infinito los que por el contrario fueron dexados, y burlados de otras. Griſeida engañò à Troilo, Adeiſebo hizo traicion Elena, y Circe convirtiò en animales à quantos la adoraron, y ſirvieron: mas no es mucho que pierdan muchos buenos por la malicia de unos pocos, no reconvengamos ſuceſſos, que en proſiguiendo la materia, tu es fuerza que aborrezcas los hombres, por la culpa de aquellos, y yo por conſiguien-

guiente à todas las mugeres, por la maldad de aquestas. Aun ay exemplos muy dignos de alabanza; y justo es, que imitemos los favorables. Yo con la voluntad de quererte siempre, menos estraño soy, que tus mas naturales, ninguna patria tengo sino la tuya, y si mi ausencia tal vez se ocasionare por algun accidente, ò he de bolver aqui do es mi centro, ò he de morir de fuerza, como quien se halla fuera dèl, y creee que assi podrè dexarte, y apartarme de ti, como ningun viviente alentar sin espiritus. Tèn, pues, lastima de este afligido amante, que como nieve al Sol se deshace, y consume, tales efectos hacen los ardientes deseos que le alimentan, no me fatigues mas, pòn fin à mis congoxas, à tantas noches tristes, à tantos dias prolixos; buelve à mi rostro sus colores, y sus fuerzas à mis dèbiles miembros; mira señora, que si te tardas mucho, quando quisieres darmele, vendrà el remedio, como à desahuciado termino, en quien postrada la salud, falta el vigor para admitir la medicina.

§. IX.

COmo la torre que pareciendo inexpugnable, està deshecha, y cascada interiormente; y si con ingenios, y artificios la combaten, luego se vèn en el suelo, assi aora en la expugnacion de la Fortaleza de Ortensia, pudieron admirarse las recias baterias de la eloquencia de su amante; pues como abiertamente conociò sus entrañas, assi clara, y abiertamente, à sus dulces combates descubriò las ruinas interiores de su alma: hizo patente el mal, dissimulando, y confessando su verdadero amor, sin mas rodèos firmò en este villete su rendimiento.

Yà dueño amado, no puedo resistirme, confia en mi amor, vencida soy, y tuya: desde el dia que admitì tus papeles, que escuchè tus palabras, adivinè, y llorè este vencimiento; expuesta estoy à gran riesgo, y peligro, si tu fee no me vale. No olvides las promessas de tus papeles, yo quiero obedecerte. Seràs, si me desamparares, el mas aleve, y falso de los hombres; ligera empressa alcanza quien engaña una fragil muger; y mientras mas ligera, tanto mas torpe; aun està en buen estado mi desdicha; si piensas olvidarme, dimelo antes que acabe de perderme, no emprendamos jornada, que llorèmos despues; el fin se ha de mirar de los sucessos; yo muger sin consejo, no penetro, ni alcanzo los inconvenientes, y estorvos; tu varon, y advertido, debes tener de ti, y de mi cuydado.

Assi

Afsi fue fazonandofe el entrañable afecto de eftos firmes amantes; la vifta continuada aumentaba fu fuego, y eftos villetes tiernos le fomentaban. Nunca con tanto ardor efcriviò Don Gutierre, que no fueffe con mayor correfpondido: unos eran los defeos de entrambos, fi bien dificultofos, è inaccefibles, por el recato grande, y afsiftencia que velaba à la dama. No afsi con mas ojos, y efpìas guardò Argos la vaca de Juno; quantos tenia Camilo, rezelando à fu efpofa (vicio es de viejos femejantes pafsiones, à mi juicio errada diligencia.)

Son las mugeres, cafi ordinariamente, repugnantes al natural del hombre, con mas fuerza codician lo que mas fe les veda, fiempre aborrecen lo mifmo que amamos, y queremos, apeteciendo lo que vituperamos, y perfeguimos; mas fi les dais la rienda, mucho menos fe arrojan que refrenandolas; tan dificultofo es guardarlas, como refiftir à los rayos un tejado de vidrio: fi de fu voluntad la muger no es cafta, en vano pone candados el marido.

Cerca de la Ciudad, entre otras pofsefsiones, tenia Camilo una huerta, ò jardìn, donde los dias de Fiefta, fu familia iba, fiendo de Invierno, à tomar el Sol, y fi Verano, à gozar de fu fombra; y à la fazon, no sè porque accidente eftaba fin caferos, y cerrado con llave, y eftaba en poder de Laurencio; entendiòlo afsi Hortenfia, y viendo la ocafion, no mal confiderada, y advertida, quifo valerfe de ella; Llamò al criado; y encareciendole quan en fu mano confiftia todo el remedio de fus cofas, le propufo efta traza.

Rogòle, que avifaffe à fu amante, para que en la primera Fiefta, haciendo que iba à caza, madrugaffe, y dexando la compañia en lugar feguro, èl folo, y disfrazado fe fueffe à fu jardin, y Laurencio afsiftiendole, le recogieffe, y metieffe en lo mas efcondido de la cafa, para que afsimifmo ella, yendofe como folia otras veces à recrear allì con fu gente, y criadas, tuvieffe fin fofpecha, ni efcandalo, tan buena coyuntura de verle; pues fingiendo qualquier necefsidad de las que las mugeres acoftumbran, podia efectuarlo, y mitigar fu fuego. Afsi fe ordenò, y pareciendo facil, Laurencio, aunque quifiera, no fe atreviò à contradecirle: obedeciò à fu ama, y avisò à fu galàn, afignandole el dia, que fuè tres, ò quatro defpues del concierto, que parecieron años, y figlos largos à quien los efperaba: Cofa ordinaria dilatarfe las horas, quando el bien aguardamos; y por el configuiente, abreviarfe

à

à los que temen algun daño, ò peligro; pero ni con estàr dispuesta con tanto aviso, surtiò efecto la empressa: desvaneciòse su alborozo, como vereis aora, y ellos mismos pensaban.

Tenia en este tiempo madre, y viuda Hortensia, si bien por algunos disgustos de los que nunca faltan entre yernos, y suegras, no corria con su hija; y sin embargo de esto, el dia señalado, sabiendo adonde iba à Missa, sin que entendiesse nadie, si la movia otra causa, se hizo encontradiza con ella, y en pocos lances, en viendose una à otra se abrazaron, se hablaron, y bolvieron à la antigua amistad; y además, para dexarla confirmada, la tierna madre (bien à pesar de su hija, que yà casi adivinaba lo que avia de suceder) quiso comer con ella, y con su yerno; y assi bolvieron juntas. Regocijòse la familia, alegròse Camilo, banqueteò à su suegra, y juntamente diò licencia à su esposa, para que con explendida merienda la llevasse al jardin. No era razon aquesta que ella podia escusar (pero del mal lo menos) presumiò aun aprovecharse mejor del esperado lance, en compañia de su madre; y con tanto alentando el espiritu, ordenò la jornada, mas de otra forma, iba yà enderezandola su fortuna. Sintiòse despues de aver comido, indispuesta su madre, y sin bastar los ruegos de Camilo, ni los alhagos, y peticion de Hortensia, no quiso salir fuera de casa, con lo qual tuvo la fiesta fin. Pues cosa llana era, que no podia la dama dexar sola à su madre, sin incurrir en mil inconvenientes: pero con todo esto, aunque maldixo entonces su mala suerte, no assi para otro dia, desconfiò de la dispuesta traza: creyò, que mientras la casa del jardin estaba de vacio, podia en el primer Domingo executar su intento: mas ni esta brevissima esperanza permaneciò dos dias, pues antes de la Fiesta, solicitado de quien menos pensabamos, tuvo la casa morador, hortelano el jardin, y nuestras pretensiones un firme valuarte, que por aquella via las dexò sin remedio. Siempre creimos, ò por lo menos sospechamos, que Laurencio, fiel, y cautamente prevenia, y contraminaban nuestros designios: mas como el darnos por entendidos era muy peligroso, con dissimulacion contemporizabamos con èl, esperando otros medios.

Quedaron con el sucesso dicho afligidos, y tristes los tiernos amantes, mas creciò su passion sin termino, y medida luego que Don Gutierre supo que ordenaba muy apriessa su tio, que se partiesse à Cordova: hizolo à la ligera, pedialo assi el negocio, mas ni con esso quiso salir sin beneplacito de Hortensia, huvo de concedersele; pero desde el momen-

mento; que comenzò su ausencia (juzgandose viuda) clavò sus ventanas, vistiòse de tristeza, y à toda la Ciudad, que ignoraba el origen, causò tal novedad gran maravilla, y como si su sol se eclipsara, suspirò sus tinieblas. Acostòse en la cama, nunca ninguno la mirò el rostro alegre; buscaronla, y hizieronla diferentes remedios; mas como el daño estaba en el espiritu, contrario efecto obraron medicinas del cuerpo.

Sin alma caminaba el de mi dueño, obedeciendo al tio, con tan poca alegria, que en los primeros dias de nuestra jornada, ni comiò, ni bebiò, ni tuvo otro mejor sustento, que el de sus muchas lagrimas, y gemidos. Siempre en las tristezas grandes, es el mismo cuydado que de ellas nace, el mejor alimento de los que la padecen. Iba yo con aquesto fuera de mi, considerando los efectos de tan estraño, y peregrino amor. Assi corrimos hasta cerca de Cordova, de noche siempre, por los recios calores, y sin suceder cosa para escrivirse, hasta el ultimo dia, que baxando por entre diversas arboledas, granjas, caserias, y cortijos, al llegar à vn arroyo, fin de Sierramorena, interrumpiò nuestro camino el caso, que al presente sabreis. Serian entonces las nueve de la noche, y el poco gusto de mi amo, causaba en todos tan notable silencio, que ni el sordo rumor de las vezinas aguas, embate de las ramas, y poderosos vientos, estorvò que llegasse à nuestros oidos el temeroso estruendo de diversas espadas, que cerca del camino, sin vèr quien las regia, batallaban. Era Don Gutierre dotado de vn animoso aliento; y no obstante que le traian enagenado sus passiones, en vn instante desamparò la silla, y terciando la capa, guiar àzia aquella parte, y arrancar de la espada, todo fue uno: causa q̃ nos obligò à imitarle, y seguirle, à mi, y à otro criado, y dos mozos de apie, que nos acompañaban: mas por muy en breve q̃ quisimos alcanzarle, yà quando llegamos à èl, le hallamos, que aviendo baxado hasta un pequeño valle, que regaba el arroyo, se avia metido entre quatro hombres, que con corage, y brio, dos à dos se herian mortalmente. Estaban assimismo otros tantos cavallos atados à un arbol, no lexos de sus dueños, por donde presumimos su calidad, y partes; y mas quando al pedirles Don Gutierre, suspendiessen su enojo, obedecieron juntos, mitigandole, y respondiendo el uno assi con cortesia: El veros acudir à ocasion semejante en tierra, como aquesta, y à tal hora, dice vuestro valor, y lo digno que sois de vuestro buen respeto; obligados estamos à vuel-

vuestra diligencia, ved si nos mandais algo, que como no sea dexar la obra comenzada, en todo lo demàs, los quatro que mirais os serviràn con gusto. Locura fuera mia, dixo Don Gutierre (haciendoles primero igual acatamiento) pediros tan gran cosa, sin informarme antes, si lo permite la ocasion que os traxo à tales terminos. Esta os suplico aora me conteis, si es possible, hacedlo por quien sois, y por mi justo zelo, porque me ha dado al alma, que podrè componeros, y aun con secreta fuerza, barruntos, y sospechas que tengo entre vosotros, cosa que la toca en lo vivo. Replicarle queria el que le hablò al principio, quando atajò su platica una grave desdicha, que no assi como quiera acrecentò las nuestras. Cayò en aqueste punto uno de los tres que callaban, dando en el duro suelo (con gemidos profundos) un fiero golpe, y tràs dèl (bien que à favorecerle) el que le apadrinaba en aquella pendencia. Tocòle el pulso, y hallandole sin èl, y el rostro lleno de la reciente sangre, inopinadamente dixo: Don Geronymo es muerto, à cuya voz, sin esperarse mas, tomando sus cavallos los otros dos, se desaparecieron de la vista; lo qual notado del que quedaba vivo, arremetiendo al suyo, se puso en èl, y llamando con voces, y amenazas à los que huian, los comenzò à seguir con la misma furia, dexandonos à todos tan suspendidos, y temerosos, como à Don Gutierre confuso en lo que hacer debia; mas no obstante el peligro, viendo que aunque passado de crueles heridas, respiraba el caìdo, sin reparar en ninguna cosa, haciendole atravessar en su cavallo, y que uno de los mozos de apie, puesto à las ancas le governasse, prosiguiò su camino cō harta prisa, por vèr si por su medio antes de despedirse hallaba absolucion el alma de aquel cuerpo. Con tanto al dàr las diez, tocamos en las puertas de Cordova, al mismo tiempo, que por ellas salia un gran tropèl de gente con linternas, y luces; de quien (siendo Ministros de Justicia) fuimos en un instante rodèados: todo le sale incierto al que no favorece la fortuna.

Avia poco antes de esto sido avisado el Alguacil mayor de algunos caminantes, y passageros, que oyeron la pendencia que quedaba travada, y por esta ocasion acudia à su remedio aora: mas como hizo en nosotros tan buen encuentro, aunque le dixo Don Gutierre su nombre, y el modo del sucesso, viendo en mortal indicio que nos acompañaba, mientràs para reconocerle le lavaban el sangriento rostro, mandò avisar à su Corregidor, y

nos

ños detuvo à todos en la primera casa. Sabrèis muy presto què fin nos aguardaba; pero es razon, que antes entendais este punto.

Era Don Gutierre por parte de su madre natural de Cordova, y aviendo esta muerto algunos meses antes, no sè por qual derecho, un primo suyo se metiò en su legitima, de que entre los dos se recrecieron pleytos, y no pocos disgustos. Tenia aquel una hermana muy hermosa, y lo que mas hace al caso, muy amada, y querida de su tia, y madre de mi dueño, y de este amor estrecho, y conocido, dicen que assiò su hermano, y fingiò un codicilo, por el qual, despues de mil contrastes, le quedò adjudicado un pedazo de hacienda, quitandosela à cuya era, con tal enredo. Es aora de saber, que el que guiò la danza, y à quien se atribuyò la dicha estratagema, quiso nuestra desgracia, que fuesse el mismo hombre, que yà del todo muerto, hallò el Alguacil Mayor en nuestro poder; y por el consiguiente hermano de la dama, llamado Don Geronymo, primo de mi señor, y sobrino de su difunta madre, con que tan recientes encuentros, ignorado otro origen, legitimaron bastantissimamente nuestra prision. Notable cosa es, que siendo siempre los casos contingentes de su naturaleza tan desiguales, se eslabonan à veces de manera, que mas parecen efectos de causas concertadas, que accidentales, y sin orden. Quien no se persuadirà à este confuso engaño, viendo nuestro sucesso, sus requisitos anteriores, los indicios presentes, y la correspondencia de unos, y otros? por cierto que à mi vèr, no digo yo el rigor de un Juez, pero qualquier sugeto pudiera tenernos por culpados, y presumir, que todos eran medios dispuestos, y acordados para un efecto, y fin: assi sin oir nuestro descargo el Corregidor, en viniendo se llevò à Don Gutierre, y con seguras guardas le recogiò en su casa; y dando con nuestros tristes cuerpos en la carcel, divisos, y apartados los unos de los otros, nos dexaron dormir mas de lo que quisieramos: ni sè si lo hizo entonces mi corta edad, ò mi corta experiencia, que con el juicio de inocente tuve en poco los grillos: mas si como entendi despues en diferentes trances, supiera quantos han padecido el ultimo suplicio, sin tener culpa, menos gusto tuviera, que desprecio, y descuido; si bien el que me ocasionaba la justicia, me le trocaron en cuidado unos animalejos importunos, en forma de conejos, que luego comenzaron à acompañarme. Fue tal la desverguenza, y animo de estas comadrejas, ò ratas, que como si yo fuera

una estatua de bronce, assi cruzaban, y passeaban sobre mi misma ropa, haciendome erizar los cabellos; y mayormente, quando trayendo à la memoria el caso de Apuleyo, sobre el difunto, y guarda, que introduce en Larisa de Tesalia, temì, que como à aquel en cerrando los ojos me avian de dexar sin narices, y assi no sin trabajo hice toda la noche centinela al mas notable miembro de mi rostro.

§. X.

ENtre tales desvelos llegò el dia, conocido de mi, mas por el gran calor que empezaba à abrasarme, que por la escasa luz que entraba por las junturas de la puerta, la qual no se me abriò en mas de mil horas, ò à lo menos tantas se me antojaron las que huvo hasta la de comer, que para que yo lo hiciesse, un ministro de Caco me entrò en una escudilla un poco de potaje, digo de tarquin frio, en quien nadaban los bofes de una oveja. Esto, y un pedazo de pan, mas negro que un carbon, y un jarro de agua, èl desbocado, y sucio, y ella ardiendo, y no limpia, fue el triste refrigerio que conociò mi estomago, al cabo de veinte y quatro horas que ayunaba. Por cierto amargo, y misero consuelo, indigno en todo de la piedad christiana; pues no es encarecimiento, pluguiera à Dios lo fuera, y no tanta verdad como yo testifico, y no de esta vez sola, ni de sola esta carcel, sino de las mayores, y mas principales de España. Y es de considerar, que aqueste barbaro, y cruel tratamiento no lo padecen los facinerosos delinquentes, los homicidas, y ladrones, porque estos siempre tienen alli sus Angeles de guarda, digo su cierta inteligencia, con que passan holgados. El Alcayde, de quien son tributarios, los favorece; los Alguaciles, con quien parten, y viven les dàn la mano; los porteros, y guardas que comen con sus hurtos, les regalan, y ayudan; y assi las ordenes terribles, las asperezas, y rigores que justamente se dispusieron para el castigo, y enfrenamiento de estos, solo se executan, y cumplen con el pobre inocente, y con el hombre honrado, y de verguenza, que su desdicha, mas que no sus pecados (como aora à nosotros) les traxo à semejante desventura: porque como su buena vida, quietas, y virtuosas costumbres, les hacen de razon, si bien no de accidente, essemptos de tan viles lugares, no conocen en ellos persona alguna, que los pueda amparar, y assi caen de golpe sobre sus tristes cuerpos las cadenas, y grillos, las injurias, y afrentas, las clausuras, y encierros, y todas las inhumanidades de tan fieros

ver-

verdugos. Tres dias nos tuvieron en tan obscuras tinieblas, como tengo advertido: al cabo de los quales, y à cada uno de por si, nos sacaron à tomar confesion, y sin discrepar (que esso tiene la verdad) todos convenimos en una. Aviase hecho antes con D. Gutierre otra igual diligencia, y en su comprobacion, embiado à diversas partes, y en primer lance a los alojamientos, y lugares que venimos tocando en toda la jornada, y los huespedes, y Mesoneros, primeros, y ultimos, hicieron mas patente nuestra inocencia, à que tambien ayudò su parte el gran favor, deudos, y tio de mi dueño. Supo la nueva aquel, y el riesgo en que quedabamos, y con cartas, y gente embiò por la posta quien solicitasse con mayor brio el negocio.

No fuè en Estremadura, ni en aquella Ciudad de su assistencia tan secreto este caso, que dentro en breve termino, no lo supiessen aun en los Arrabales, y vecinas Aldeas. Entendiòlo Camilo, è ignorando el mal, ò bien que llevaba à su casa, al comer con Hortensia, lo primero que hizo fuè, en muy sana paz referirlo, y contarlo: mas como siempre se acrecientan las nuevas de mano en mano, quando las nuestras llegaron à las suyas, iban yà de manera, que lo menos que dixo fuè, que amo, y criados, por un grave, y alevoso homicidio quedabamos condenados à muerte. Estaba Hortensia esperando muy diferente aviso, y como este llegò sin prevencion à su noticia; fuè gran muestra de su mucha cordura, no descubrir la repentina alteracion algun indicio, que aclarasse su pecho, y aun el origen del achaque, que la tenia en la cama. Dissimulò su pena, quanto pudo bastar à que se atribuyesse à otro accidente: mas siempre vemos, que una gran resistencia, un dolor atajado, y suspendido violentamente, sufoca los sentidos, y debilita, y enflaquece las fuerzas. Assi aora cansada de sufrir, y vencida de la interior batalla, con un ay lastimoso cayò desfallecida, y desmayada sobre los brazos de su esposo. Dicha se està su turbacion, y la celeridad de los remedios: acudiòse à los familiares, y caseros con priessa, rociaronla el rostro; fricaronla los brazos, y las piernas, tironla los dedos, echaronla quatro, ò cinco ventosas: esto en tanto que el Medico venia. Entrò à la sazon su criado Laurencio, y con el grande amor que la tenia, llorò tambien su tardanza, y la falta de otros medicamentos: mas no le traxo el Cielo à este punto de valde. Parece ser, que notando Camilo el aprieto con que Hortensia tenia ceñido el pecho, y una almilla de raso para su desahogo, juzgò por saludable desabrocharla: hizolo por su mano,

pero huviera (para entrambos) hallado en su piedad un miserable lance: apenas la quitò los botones, quãdo cayò en el suelo un pequeño legajo de papeles, y cartas. Turbòse en viendolas el zeloso Camilo, mas mucho mas Laurencio, que lo estaba mirando Reparò este en lo que ser podrian, y previnose al punto, mientras el otro embarazado con la cabeza de su esposa (que tenia en el regazo) perdida la color, le mandò, que los levantasse, y se los diesse. Obedeciòle asi, pero con fin muy diferente: yà dixe, que se avia prevenido, abaxòse por ellos, y con la una mano los encubriò en su faltriquera, y con la otra, haciendo que los iba cogiendo, sacò unos suyos, que contenia diversas devociones, oraciones, è indulgencias, que èl, como hombre buen Christiano, y piadoso, traia siempre consigo: estos, pues, diò à Camilo, el qual, aunque caviloso, y despierto, no conociò su cambio, antes con la experiencia de tan grande virtud en una muger bizarra, y moza, cayendo en nuevo engaño, y mayor confianza, la estimò en mucho mas; teniendola desde entonces por una santa, tanto vale un discreto aviso. De esta suerte diò la vida Laurencio à su querida Hortensia, la qual bien ignorante del segundo peligro, recobrado el aliento, en breve termino se viò libre de entrambos; y fingiendo proceder de diferentes ocasiones, y congojas, y consolando al marido, y suspendiendose el llamarse à los Medicos, pidiò à todos, que la dexassen sola, para mejor romper sin sospecha, y testigos la presa de su llanto, las dos corrientes de sus hermosos ojos, que por muy largos dias no se vieron enjutos.

Bien pienso, que en el interin igualaron sus lagrimas, y mayor sentimiento las muchas de su amante, el qual à esta sazon estaba en Gordova, yà con mas libertad, y nosotros fuera del triste encierro, esperabamos un facil despidiente; porque aunque los verdaderos delinquentes no avia rastro ninguno, nuestro descargo era tan cierto, y evidente, que nos le podia prometer, demàs de los grandes favores que teniamos, si bien estos nos ocasionaron mayores dilaciones, y daños. Lloraba la madre del difunto tiernamente su mal logrado fin, y no podia creer, que D. Gutierre estuviesse sin culpa; y asi, viendo aora la justicia inclinada, temiendo le absolviesse, pidiò secretamente un pesquisidor en la Corte, que en quince dias, sin ser oido, ni visto, se plantò dentro de la Ciudad.

O si mi humilde pluma fuera en esta sazon la de un Cornelio Tacito, mi eloquencia de un Tulio, mi concision, y estilo

de

de un Saluſtio, de un Lipſio, pienſo que ni con todos baſtarà à dàr matices, y colores tan vivos, como el caſo requiere: para ponderar las maldades, las circunſtancias, trazas, y eſtratagemas, que usò aqueſte miniſtro de el demonio, el brevè termino, que como infernal furia, durò ſu comiſsion. Son eſtos hombres un genero de gente, miembros baſtardos de la Juriſprudencia; llamanlos en la Corte, Bartulos en docena, Baldos de toda broza, y en general Catarriberas. Y como alli ſe portan de ordinario en continua miſeria, hambre canina, y hechos quita pelillos, pantuflos, y alvanares de Relatores, y Eſcrivanos: Dios nos libre, y nos guarde, quando por pecados del Pueblo ſe ençaraman ſobre alguna peſquiſa, quando para ſalir de ſu laceria, les pone ſu negociacion importuna, un Don Phelipe, &c. en las uñas, porque entonces no ay Luzbèl tan ſobervio, no ay Caco tan ladron, Tantalo tan ſediento, como ſe mueſtran en la cautiva ſangre, que traen en encomienda. No ay rayo abraſador como ſu pluma, ni ay blasfemia de renegado infiel, que ſe iguale à ſus textos, y gloſſas; no ay Toga Paſtoral, Mitra, Tiara, Corona Real, Imperio, magiſtrado, en cuya fama (ſin reſpetar à la Deydad que injurian) no pongan algun dolo, ò mancilla; no ay fuego, no ay azogue como ſu ingenio, y manos, buſcan, rompen, deſpedazan, penetran, y deſtruyen los humildes plebeyos, y generoſos Heroes; pero por què me canſo, ſi ellos ſe traen ſabido, y aun pocos lo ignoramos, que han de hallar mucha, y raza en la miſma limpieza, en la verdad mentira, en la juſticia agravio, en la inocencia culpa, y cuerpo de delito; y ſi no atended con paciencia, y vereis donde le preſumiò formar eſte prodigio, para mejor perdernos, y deſtruirnos; porque tales miniſtros ſon como los demonios, que ſiempre eſtan deſeando delitos, y pecados; y por lo menos, eſte es, de quien ſe dixo por coſa cierta, que quando le faltaba andaba triſte; y en ſucediendo algun fracaſo, ò muerte entraba muy alegre en ſu caſa, y repetia con la familia à voces, carne, carne, carne tenemos. En concluſion, luego como llegò arrebatò la cauſa. Reduxonos à todos à mayor clauſura, y ſin ceſar, hizo traer quantos Meſoneros avia, deſde Eſtremadura haſta Cordova; y como acaſo, uno de eſtos, que era de cinco leguas de la Ciudad, huvieſſe antes cometido, no sè què exceſſos, y al preſente temiendo ſu caſtigo, ſe puſieſſe en ſeguro, aſiendoſe el Juez à eſta tan fragil rama, fundò en ſus hojas, mas de mil de proceſſo. Diò

por acabado el negocio, juzgò, segun decimos, que se le avia caido la sopa en la miel, y sin mas advertencia, ni discurso, llenò al Consejo de criminales relaciones, y à las partes, y à todo aquel contorno de ficciones, y embustes. Insistiò en que la fuga de aquel hombre se originaba del concierto, y espera que en su posada hicimos, para prevenir el sucesso, y que à persuasion nuestra se encubria, atajandose asi su declaracion, y la probanza de el delito que se nos imputaba. Pero lo que mas debe, y puede advertirse, y notarse, usò de esta diabolica cautela. Hizo que su Escrivano (siempre corren aquestos la misma fortuna, y passos de Juez) amedrentado, y persuadiendo Don Gutierre con assechanzas, y diversos temores procurasse sacarle algun dinero, porque solo à este fin se encaminan, y enderezan de continuo las diligencias de tal gente. Deseaba mi dueño la vista de su Ortensia, con tan terribles ansias, y sentia el dilatarle con tan fiero dolor, que no digo yo de aquellos medios, pero de otro qualquiera q̃ allanasse su gusto, se valiera aunque fuesse mas lleno de inconvenientes, y peligros; y asi no reparando en el daño notable que hacia al principal negocio, con sinceridad, y lisura ofreciò quanto se le pedia, en orden à facilitar la libertad. Anduvieron sobre ello demandas, y respuestas, en que el astuto Juez introduxo otros interlocutores, para que rugiesse el cohecho, del qual dispuesto en forma, y depositada su cantidad, que eran ochocientos ducados; denunciaron por su orden al punto, y sirvieron (los mismos que avian sido terceros) de testigos, y Autores. Con tanto acomulado este à los demàs indicios, huvo bastante cuerpo para que por la inadvertencia de mi amo, malicia de su pesquisidor, y cabilacion del Escrivano, adjudicassen los dineros del cohecho por tercias partes, y à nosotros nos condenassen à tormento; y como las cosas de este genero vàn por la posta, apenas el Juez pronunciò el auto, quando puso à uno de mis compañeros en el potro. Este fracaso sonò por la Ciudad, reprobando unos tanto rigor, y otros calificandole por justo; mas como siempre la buena obra tiene quien la favorezca, y ayude, asi no permitiò Dios que la nuestra se quedasse frustrada. Encaminò su amparo, por adonde menos bienes que males esperabamos, siendo su instrumento la hermana, y madre del difunto, las mismas que hasta entonces nos avian acusado, y perseguido. Y fue el caso, que sabida la determinacion del pesquisante, la prisa con que empezaba los tormen-

mentos, como quiera que ninguno entendia nueſtra inocencia mejor que Doña Juana (llamabaſe aſsi la hermoſa hermana) y aſsimiſmo quien fueſſen los verdaderos homicidas de Don Geronymo, ſin mas diſsimular, aunque entre ellos tenia harta ocaſion, que pudiera obligarla, con todo fue mayor ſu nobleza: y poſpueſtà la cauſa de ſu remedio, y guſto; yendo à ſu madre la diò quenta de todo, haziendoſe à sì propria, no menos que principal origen, fuente, y manantial, de adonde procedian ſus mayores deſdichas; pero juſto parece, que ſepa eſto el lector con mas extenſion, y claridad.

Vivia en Cordova Don Franciſco Vanegas, galàn mancebo, rico, y muy poderoſo, intimo amigo del Cavallero muerto, y mucho mas amante de ſu bizarra hermana. Era ſu pretenſion la del caſarſe; pero no obſtante llegando à noticia de Don Geronymo, por ſer la de los dos amiſtad tan eſtrecha, tuvo à mal caſo el averla intentado, y prendadoſe ſin ſu ſabiduria: Sobre eſte punto de honra, deſpues de otras palabras, y razones, de tal ſuerte ſe fueron empeñando, que parò en deſafio, al qual con gran ſecreto, ſaliendo con iguales padrinos, ſucediò en el campo lo que yà queda dicho. Huyeron ſegun viſtes los dos contrarios, y el compañero del caido, aunque los ſiguiò por entonces; deſpues viendo yà perdido, y rematado el trance, ſe convino con ellos, en quanto à ſepultarle, y encubrirle en ſilencio. Eſte no pudo aver con Doña Juana: ſupolo, y aunque lo ſuſpirò, y llorò con notables eſtremos, como quiera que amando à Don Franciſco, ſi hablaſſe le perdia, ſin dàr la vida à ſu querido hermano, huvo de callar aſsimiſmo, pareciendola, que la inocencia de ſu primo, y criados, no ſolo aſſeguraria ſu buen ſuceſſo, mas dexaria para ſiempre inaveriguable el homicidio; mas como ſe trocaron los dados con la venida del Juez, y eſte procedia aora con tantas extorſiones, mudò conſejo, y advirtiendo la ſangrienta malicia, y juntamente lo mal que andaban yà aquellos cavalleros, pues en ley de quien eran, debieran (viendo à Don Gutierre en tan grave peligro) antes aventurar ſus vidas, que permitirlo, ſin mas eſpera, lo que avian de hacer ellos, obrò ella, y con ſer coſa tan temeroſa, y repugnante à ſu natural flaco, con generoſo, y varonil eſpiritu, abandonò el amor, y aun ſu buen credito; y dando, como dixe, larga quenta à ſu madre (que ſiguiò ſu parecer, y acuerdo) entrandoſe en un coche, ſin dàr à nadie parte de ſus intentos, ſe fueron à la Carcel, y aviſando al Peſquiſidor, que à la ſazon ſacrificaba

un inocente de los nuestros à su furor, y rabia, apartandose à un lado, le dixeron todo esto. Viò el honrado ministro abierto el Cielo con tan clara noticia, y no por el contento de la averiguacion del delito, sino por el campo anchuroso que de nuevo se hallaba para prolongar la comission; y assi alegremente con los paxaros grandes que le venian cayendo sin pensar, suspendiò los tormentos, y con la misma prisa, cogiendo descuidados à los padrinos: Don Francisco Vanegas, que andaba sobre aviso, se puso en cobro, y ellos confessaron de plano. Y con tanto mientras nuestra libertad se disponia, nos sacaron à vèr la luz del patio, con el contento de mi dueño, y nosotros, que de tales aprietos se puede colegir.

§. XI.

LA noche siguiente à este dichoso transito, aunque con menos ratas, no sin inmensos tabanos, y otros animalejos asquerosos nos alojaron en diferentes quadras, donde el rigor de aquellas sabandijas, y el fatigable hedor, el rumor de los grillos, y cadenas, los gemidos de aquestos, la griteria, y musica de estotros me tuvieron inquieto hasta mas de las once, y entonces, quando pensè dormir, acrecentò el desvelo una pesadumbre mosquita; que se armò entre las pajas. Perdoneseme la tribialidad de contarla, pues no es razon que sean todas tragedias. Tenia nuestro aposento, ù calabozo, tres, ò quatro ventanas, desde adonde los presos matraqueaban los del patio; y principalmente à un negro muy gracioso, que servia de una de las velas, y guardas de la carcel. No era este bozal, y sentia sumamente, que entre otras triscas, y burlas, le dixessen, que su muger le avia parido un hijo blanco; y si estaba de humor, hablaba en defensa de su honra tantos, y tan diversos disparates, filosofias, y milagros, que era todo el entretenimiento, y solàz de la carcel; pero si se enojaba, ò el licor de las vides lo tenia de su vando, no despide un nublado mas piedra en el Estio sobre los montes Pyrineos, que èl arrojaba ripios, à unas partes, y à otras: sucediò esto aora tan repentinamente, que antes de prevenirle, yà en un momento tenia rompidos mas de quarenta jarros, cantaros, y botijas que estaban al sereno. Deste destrozo, y riza redundò la mohina; apassionòse grandemente uno de los matantes, y perdidosos, y contra el promovedor de las matracas, que no era menos, dixo desde el macho. Voto (y echòle, como dicen, redondo) que es el moreno honrado, y ha andado muy honrado en lo

hes

hecho; y eſto yo le defenderè à pagar de mi bolſa, yà que el ſeñor Peſtaña no quiere que callemos, mas algun dia podrà ſer que durmamos, y que ſu merced vele. Eſtas palabras ultimas, fueron dichas con una cierta pauſa, y remoquete, de que mas ſe ofendiò mi temerario que de otra coſa; y aſsi reforzandoſe el vigote (mientras yo rebentaba por engullir la riſa) le reſpondiò con tono, y voz de un cantaro, en la ſiguiente forma. Yà yo ſabia que avia de defender el Azambuja la cauſa del hermano moreno, como coſa tan propria; mas de eſto no me eſpanto, doy la tal circunſtancia por abſolvida; pero eſſe dormirèmos con tanto retintin, y cabalache, acoto haſta mañana, que lo averiguaremos en el patio. Como vuarce mandare ſeor hidalgo, replicò el Azambuja; pero advierta, que ſi yo ſoy mulato, como me ha motejado, ningun infame comitre, ò verdugo ha burrageado haſta oy en mis eſpaldas. Aqui, levantandoſe en pie, dixo entonces Peſtaña: Pues hombre de tres uñas vino ſobre las mias ſemejante trabajo, menos que con mucha honra: acaſo no fue eſſa la laureola, de nueve reſiſtencias, y quarenta antubiones: viò Sevilla mas juſtas alabanzas, que las que de unos, y otros oyeron mis oidos, el dia venturoſo de tal triunfo, ò viò por dicha en mis deſnudas carnes, tres ſellos de ladron ratero, y guro que te puſo Ceſpedes en Granada, en Toledo Ribera, y en Malaga Solorzano el Alcalde: Yà en llegando à eſte punto impacientes los dos con el deſcuerno de ſus flores, ſe enviſtieron (deſpues de deſmentidos) con ſendos orinales, y eſtos rotos acudieron à las ollas, y caſcos, con que diſpuſieron los ſuyos en breve eſpacio de ſuerte, que en dos meſes gaſtaron trementina, y hilachas. Apagamos las luces, porque ellos en tinieblas ſe apagaſſen: mas como aſsi mejor participabamos todos de ſu ira, dimos voces, y acudiendo porteros, hechas las amiſtades, y cubiertos de ſangre, dieron (bueltos unos manſos corderos) en la enfermeria con entrambos. Eſte fin tuvo la matraca del negro, y en ſu ruido, y eſcandalo, ſe nos paſsò la noche, mas no el entretenimiento de la carcel, quiero que tambien lo ſepais.

Amaneciònos, pues, el deſeado dia, sì bien el mas amargo, y doloroſo, que nunca por ſu caſa penſò vèr el Alcayde, que cierto era buen hombre, y no tan cruel, y rigido, como ſiempre lo ſon los de ſu oficio. Era regocijado, y de manſas coſtumbres: y aſsi juzgaba, que con tal condicion tenia prendados, y cautivos ſus ſubditos, mas que con los grillos, y cadenas; pero engañòſe, que

el deseo de la libertad, supedita à todas las riquezas, y obligaciones de la tierra. Tenian todos los presos de importancia, concertada una gran fiesta para aquella tarde, prevenida de muchos tiempos antes, con invenciones, mascaras, y libreas (no es nuevo este alivio en las Carceles) para la qual combidò nuestro Alcayde casi toda la Audiencia, Alguaciles, Procuradores, Escrivanos, y las mugeres de estos, aderezando un corredor con tapices, y alsombras, como si verdaderamente fueran acciones publicas. Llegò la hora, y en lo baxo del patio, huvo diversas danzas, bayles, juegos de manos, esgrima, y bolteadores. Y despues prosiguiendo se comenzò la entrada de las cañas, con sus adargas, lanzas, cifras, y vanderillas, y cavallos de palo. Diòse principio à aquesta, entrando de dos en dos corriendo, desde un portàl hasta un aposento que avia à lo largo del patio. Passaron de esta suerte veinte y quatro su carrera, regocijada de los què los mirabamos, con grande aplauso, y grita. Y estando assi esperando que bolviessen à salir, y que se continuasse la fiesta, viendo el Alcayde que sè tardaban demasiado, mandò que uno baxasse, y los hiciesse dàr mas priessa: partiò à esto un portero, y entrando en el aposentillo, y no hallando en èl à nadie, ni mas señales de los Cavalleros del juego, que las adargas, lanzas, y ruzios de madera, diò tan grandissimos gritos, que yò pensè que rebentàra por los hijares: corrimos todos al socorro, creyendo le mataban, y otra semejante desdicha, y no fueron los ultimos sus combidados, y el Alcayde; pero quedamonos los unos, y los otros como matachines, mirandonos pasmados, y aun condolidos de un tan grave infortunio. Mas los menos embarazados, y confusos, hallando debaxo de unas Imagenes, y pinturas de papel la puerta de la fuga, que era cierto guzpatarro, ò boquerón de casi media vara, se arrojaron por èl, corriendo en el alcance, mientras el triste Alcayde, sus Oficiales, y Porteros, dexando à un Alguacil las llaves, se retraxeron à la Iglesia. Los que siguieron à los presos cogieron tres, y veinte y uno escaparon; no sè en lo que parò el demàs successo, solo sè, que por su confession de aquellos desdichados, se entendiò, que avia un mes que aviendo por su industria, alquilado la muger de uno de los huidos una casilla, que alindaba con la Carcel, y salia al aposento dicho, tomado bien el rumbo, miraron la pared, dispusieron, y trazaron la fiesta; y assi juntos en ella, y sin sospecha, ni nota, consiguieron la de-

deseada libertad. Tambien no se tardò aora mucho tiempo la nuestra, solicitada de la gallarda prima de mi amo; à quien reconocido, y olvidado de los passados pleytos, agasajò, y visitò en viendose libre: despues de lo qual, solicitado de su furioso amor, tanto como de las cartas de su tio, y efectuada la ocasion principal de su jornada, proseguimos la nuestra, bolviendo à Estremadura, mientras el Pesquisidor tuvo harto paño en que meter las manos, aunque no sè si satisfizo sus deseos. Condenò à los presos à muerte, y à D. Francisco en rebeldia; mas aunque se anticipe el fin, al fin medios, è intercessiones, y el no aver en el caso supercheria, ni aleve, facilitò los animos de sus deudos, y cessando las causas, cessaron los efectos de su averiguacion. Con tanto D. Gutierre llegò à su tio, causando en èl, y en toda la Ciudad; adonde era bien quisto, general alegria. Pero la que sintiò con nueva tal el dueño de su alma, no ay pluma, no ay pincèl, que emprenda su dibuxo. Nunca hasta entonces en quatro meses que durò nuestra ausencia, se dexò vèr el rostro, ni saliò de su camara. Mas aora, qual si se viera libre de un pesado letargo, de un profundo sueño, assi abriò los hermosos ojos, diò franca puerta à sus passiones, y sentidos, dexò el tragico arrèo, vistiò preciosas galas, saliò al punto à las rexas, y gozò de la vista de su amante.

Yà en tal tranquilidad (si bien aun mas ansioso, y congojado, por la impossibilidad de sus deseos) andaba D. Gutierre anhelando, y yo no menos, por sacarle de tantas confusiones, y cuidados. Ofreciòme la suerte un pequeño remedio, advertì una casilla, que à las espaldas de la de Camilo estaba, de tal modo, que facilmente podia comunicarse por ella la ventana de el aposento adonde dormia Hortensia. Todo lo vence la diligencia porfiada: vivia aqui una pobre muger, dos requisitos, que animaron mi resolucion, muger, y pobre. Emprehendila, y con algunas dadivas vencì, y puse à mi dueño en los esgonces del tejado à tan venturosa hora, que sin esperar mucho espacio, se logrò mi trabajo, y viò à la bizarra dama, que salia bien descuydada de su encuentro. A la qual, sin perder la ocasion, brevemente, porque no se espantasse, y le conociesse con mas facilidad, la dixo en baxa voz. O dulce governadora de mi vida! Possible es, que te veo tan de cerca. Aqui reparando al momento, aunque turbada Hortensia, contemplando, y advertido su amante, quedò un rato suspensa; mas en rompiendose la verguenza, y empacho, le respondiò: Què es esto, señor mio? Veo por ventura tu cuerpo, ò es ilu-

sion

sion fantastica la que mis ojos miran? Mas sea lo que se fuere, dime quien aqui te ha traido, y si es vivo retrato de mi querido amante el que agora gozo? Ay si tal experiencia pudiera hacer mi propria mano! Esso en ella consiste, replicò suspirando Don Gutierre, à poca costa, querida prenda mia, si tu me dàs licencia pondrè una escala, y besarè tus pies. Con menos riesgo, dixo la dama, pienso verte, y hablarte: escusalo, mi señor, al presente, si mi vida deseas, no es justo, que esta fies de una muger vendible, assaz no basta que podamos hablarnos por su medio quando sea necessario. Muerte es (respondiò Don Gutierre) esta deseada vista, estoy sediento con el agua à la boca; mas fuerza es que padezca, quien solo naciò para acometer impossibles. No quedaron sin amorosas rèplicas semejantes palabras. Despidieronse entonces, y tornandose à vèr en el puesto otras muchas noches, entretuvieron su aficion.

§. XII.

LAurencio en este tiempo; advirtiendo que yà con èl no se comunicaban sus progressos, creyò que Hortensia se ayudaba de otro, y temiò por el consiguiente su perdicion. Decia entre sì, si astutamente no prevengo este riesgo, mi señora se pierde, y la casa se infama de tales daños, pues mas no se puede hacer, igual empressa serà el escusar el uno, si ello ha de aver amor, justo es que no sea publico; yà que no la sustento como quisiera casta, razon es, que se conserve cauta, y recatada, quiero estorvar su muerte, y otras desdichas; mucha diferencia ay entre el hacer el mal, ò el disponerle de suerte, que se ignore: enfermedad comun es en el mundo esta ardiente passion, pocos se escapan de ella; essa es mas honrada, y honesta, que la encubre mejor, y dissimula. Diciendo aquesto se fue à vèr à Hortensia, y à solas prosiguiò las razones siguientes.

Què cosa es, hija, y señora mia, que assi guardas de mi el discurso de tus amorosos cuidados? Pues bien sè, que aun viven en tu pecho, y que le fias de alguno, quando conmigo le recatas. Mira en esto lo que haces, que el primero escalòn, ù muestra de prudente, es no amar; y el segundo, que amando sea secreto. Tu sola sin ayuda no lo puedes hacer, bastantemente conoces mi aficion, no te aproveches de otra, guardate, mandame à mì, que yo te obedecerè resueltamente, y pondrè con aviso en mejor esperanza tus deseos. Ay padre de mi vida! (respondiò Hortensia) y como si esso hiciesses, puedes ponerme una S, y un

clavò; y venderme en publica almoneda. Confiesso que me has tenido algun tanto temerosa, y perplexa, tanta fidelidad me ha causado cuidado, por sospechosa he tenido tu ayuda, aquesta es la verdad, si la tratas conmigo lisamente, y no quieres perderme, mas en breve con tus cautelas, y desvios, dalas de mano, dexando de estorvarme; porque ninguna cosa ay oy mas impossible, que resistir mis encendidas llamas. Haz de manera, que yo vea à Don Gutierre, que si una sola vez me socorres en esto, por cierto tèn que menguarà mi fuego, y que el uno, y el otro amarèmos con mas templanza, y nuestra voluntad serà mas encubierta. Vè, pues, Laurencio mio, que un modo se me ofrece muy apropposito, no es repentino, no, sino muy meditado; dile (yà tu lo sabes) que mañana comienza Camilo à traer obra en essos quartos altos, à que avràn de acudir ocho, ù nueve albañiles, que se vista como uno, y à las dos de la tarde, el rostro disfrazado, pues con el polvo, y càl podrà bien encubrirse, se entre sin reparar en nuestra casa, que ademàs que en tal hora, mi esposo estarà fuera, ella es bien grande, y el alboroto, y ruido serà por esta causa mucho mayor entonces. Yo le estarè atendiendo en los entresuelos de la escalera, tu en su espera à la mira, y la puerta juntada, con que lo tengo por seguro, y sin ningun peligro, como tu no me faltes. No harè, dixo Laurencio; y aunque le pareciò la traza ardua, y dificil, temiendo otra mas fuerte, acetò su mensage, hablò à Don Gutierre, diòle cuenta de todo; y èl sin dudar en cosa (menos teme el que mas ama) se ofreciò à la empressa, y solamente sintiò, y llorò que se le dilatasse. O mancebo arrojado! ò corazon atrevido! què obra, què peligro por muy grave que sea, ay en el mundo, que à un amante no le parezca facil? No ay guarda, no ay marido, no ay deudos, no ay criados, que le pongan estorvo; ni el mismo Jove tiene seguras destos Cacos sus fabulosas vacas, ningunas leyes obedecen, ni guardan, ningun miedo, ni verguenza conocen, toda dificultad desprecian, y atropellan, nada se les opone, ni resiste. Considerèmos esto, muy digno es de admirar, casi impossible de creer, que un varon tan ilustre, de tanta autoridad, de tantas partes, tan discreto, y aun docto, con solo el pensamiento de aquel bien que esperaba, velasse assi la noche, consumiesse assi el dia, y todo para què, para transformarse en un picaro, para arrinconar su grandeza, trocandola con un pèon de albañil. O amor! yugo invencible, doma-

dor

dor poderoso de las gentes, quien buscarà en Ovidio otro Metamorfoses. En efecto con el de Don Gutierre llego tambien la hora señalada, y cambiando sus ambares, y sedas, con el tosco sayal, una espuerta debaxo de los brazos, y escurecido el rostro con polvo, y càl, entrò en casa de Hortensia, subiò por la escalera, y como era advertido, sin otro inconveniente abriò en el transito la puerta de su quarto: y bolviendo à cerrar, la hallò à su hermosa dama, que bordando sobre un bastidor, y sentada en su estrado, estaba atonita, y confusa, mirando, y no creyendo su venturosa entrada; pero accercandose à ella, temblando el corazon, y con la voz turbada, viendo tanta hermosura, y tan vecina à sì la lumbre de su esfera, la comenzò à decir estas breves palabras: Dios te guarde alma mia, llegada es yà la hora que tanto he deseado, yà mi señora Hortensia, ni ay puertas, ni ay paredes, que me impidan tocarte. Esto hablò; mas sin embargo dee llo, y no obstante, que como aveis oido, era la misma dama el principal Autor de su venida, y quien con mayor ansia la avia assi prevenido, y concertado, ni con todo dexò al presente de quedar embarazada, antes alborotandose luego que viò al amante dētro de su aposento (ageno de discurso, tanto puede un deseo) no por quien era, sino por algun espiritu fantastico le juzgò, y presumiò; y assi en muy largo espacio no acabò de quietarse, ni aun pudo persuadirse à que persona tan ilustre huviesse puestose en semejante riesgo. Pero quando passados estos primeros impetus, viò, y conociò mejor su claro desengaño, no ay pluma, no ay retorica, que baste à ponderar facilmente su excesso. Cobrò nuevo vigor, y tomando por tema el disfrazado arrèo que à mi amo encubria, mezclando alegres lagrimas con mil tiernos suspiros, diò à su amorosa platica este principio, dixo: Pues como, amado mio, tù eres mi Don Gutierre? tù eres mi dulce dueño? tù, miserable, y roto, eres mi mayor bien? tù solo, y pobrecillo, mi refugio, y contento? tù mi esperanza sola, que al fin te toco, y veo? que al fin estàs conmigo? possible es, mi señor, que à tan dichoso estado pudo llegar mi suerte? Y aqui queriendo proseguir, cubierto el rostro de una purpurea grana, la subita verguenza interrumpiò su curso, librò en favores mudos otras muchas palabras, que por entonces no pronunciò la lengua. Si bien despues de un breve termino, tornando à contemplar el que tenia delante, reiterando de nuevo los amorosos lazos, otra vez, y otras mil los bolviò à repetir; y al cabo mas quieta, prosiguiendo

do en ſu platica, bolviò à decirle en la ſiguiente forma: Ay conſuelo dichoſo de mi alma! Ay unico ſeñor de eſta canſada vida, y à quan terrible trance te has pueſto por mi cauſa! Quien yà en tal experiencia podrà jamàs negarſe à tu amor verdadero? Quien con tan grande abono ſe atreviera à olvidarte? yà reconozco, y creo tu firme voluntad, yà tu fee me es notoria; pero confia, y eſpera, que nunca ſerè ingrata à tal correſpondencia: tèn por cierto, ſeñor, que mientras los vitales eſpiritus dieren luz à eſte cuerpo, ſerà Hortenſia tu eſclava, jamàs tendrà otro dueño, nunca ſe llamarà vencida de otro, ni aun de ſu eſpoſo miſmo, ſi à la verdad, debe llamarle aſsi, y tenerle por tal, quien le admitiò forzada, y oprimida, y ſin guſto, le ha obedecido ſiempre: mas para què me tardo perdiendo el tiempo que tanto he deſeado? Para què tan ſin fruto gaſto tantas palabras? Vengamos à otros terminos, dexèmos las razones, y en el interin dexa, ſeñor, tambien eſſos veſtidos viles, mueſtra tu gentileza, dexa eſſa forma ruſtica, deſnuda, ò prenda amada! la corteza que disfraza, y cubre tu gallardo sèr. Aqui ceſsò la dama, y D. Gutierre mas loco que remiſſo, comenzò à obedecerla, quitandoſe de encima el ſayal, que le ſervia de caxa à ſu mejor adorno. Pero en queſte punto, no eſtando aun la fortuna de parecer conforme con eſtos dos amantes, interrumpiò ſu hiſtoria con tal inconveniente, que à no velar Laurencio, que era ſu fiel eſpia, corrieran ſus diſcurſos una mortal deſgracia: mas eſcusò algo de eſta ſu mucha diligencia, porque advirtiendo aora, que muy aprieſſa bolvia Camilo à caſa, con diſsimulo cuerdo, y una ſegura ſeña, les hizo abrir los ojos, y dàr vado al peligro. Por cierto que aqueſte fue eſpantoſo, y la nueva terrible, mas ni con todo ſe perdiò Hortenſia de animo; grande es, è incomparable la audacia, y brio de una muger reſuelta. Metiò ſin alboroto en oyendo el aviſo à Don Gutierre detràs de las cortinas de una cama de campo, que de reſpeto eſtaba en aquel apoſento, y con deſpojo igual abriò las puertas, y bolviò à ſu labor, dando entrada à ſu eſpoſo: el qual yà à eſta ſazon llegaba à ſu preſencia; pero con tal ſemblante, que aſsi en èl, como en la voz turbada, la color macilenta, y el roſtro demudado, caſi repreſentaba la miſma efigie de la eſpantable Atropos, con que (reſpecto de ſu exceſſo) viendo tales ſeñales, viendo tan triſte anuncio la afligida ſeñora, juzgò por cierta ſu temeroſa muerte, y tengo por ſin duda, que no obſtante ſu eſfuerzo, à tardar mas Camilo en deſcubrir ſu pena, ella, y ſu turbacion, dieran al traſte con ſu en-

encubierta maquina. Mas diciendola entonces, que un repentino achaque, aviendo salteadole le obliga à bolverse, puso en sus miedos treguas, y bolviò el alma al cuerpo; mas ni aun parò en aquello, porque creciendo el mal, fue preciso hacer cama; y assi determinado, y advirtiendo, que la obra que andaba en los corredores le causaria molestia, no se quiso subir à su ordinario quarto, antes poniendo en nuevo riesgo à los que le escuchaban, comenzò à desnudarse, y hizo eleccion de la que avia en la sala.

O Poderoso Dios! y qual seria el rezelo, que viendo tales cosas, y oyendo tal concierto, rodearia à Don Gutierre: no es dificil su credito, y mayormente siendo tan evidente, que en llegando à efectuarse, la estrechura del sitio donde estaba escondido, avia de hacer patentes sus amorosos hurtos. Era esto inescusable; y assi no pongo duda, sino que entiendo, y creo, que aunque su noble sèr trisaba siempre con su alentado espiritu, ni con todo en semejante lance, hallandose sin armas, y sin defensa, ni ayuda, dexaria de sentir que era de carne, y sangre; y no obstante su amor, de renegar de sus desvelos locos, hacer varios discursos, juramentos, protestas, y aun quizà esclamaciones no fuera de proposito. Yo por lo menos, aunque me hallaba ausente, como quiera que conocia su humor, su gran puntualidad, y su mayor recato, confiriendo el suceso, me atreveria à afirmar, que haria y diria al presente estremos lastimosos. O quantas veces se hallaria arrepentido! quantas desconfiado! y quantas afligiendose, y culpando sus passos, assi hablaria semejantes razones: Ay misero de mi! (pienso yo, que diria mi atribulado dueño) quien me traxo à este punto, quien me puso en su estrecho, quien me aprehendiò, y conduxo, sino mis liviandades, sino mis devaneos? Tomado soy en hurto, en el lazo he caido, oy quedan descubiertas mi locura, è infamia: la gracia de mi tio he perdido del todo; y què digo la gracia, quando la misma vida corre tan gran peligro. O cautivo frenetico! ò ciego inadvertido! Possible es, que con mi proprio gusto, y solicitado de mi proprio deseo, me vine yo à meter en este labyrinto? Què placeres espero, si estos tan estimados, y apetecidos me cuestan tan gran precio, y me han salido tan caros? Breve, y momentaneo es el deleyte de amor, mas sus pesares grandes, y prolongados. O si afficciones tales passassemos los hombres por nuestra salvacion! Terrible es, y espantosa nuestra triste ceguera, no queremos sufrir, ni padecer en esta vida pequeños trabajos por infinitos gozos,

zos,

zos, y por causa tan inconstante, y fragil, nos sometemos à mil calamidades.

En conclusion, dexando esto à una parte, digo, que à la sazon no estaba Hortensia con menos desconsuelo, porque no solamente su salud, pero la de su amante recelaba, y temia; mas como en los sucessos repentinos es mas prōpto, y sutil el ingenio de qualquiera muger, que el de ningun varon, viendole en tal estado, y à su marido, que executando su designio, comenzaba à desnudarse, mostrando mas grave sentimiento que pedia su accidente, y dexando la labor se levantò à ayudarle, si bien con diferente presupuesto: llevaba yà en la idèa fabricado otro engaño. El qual dispuso al punto sin tomar nuevo acuerdo, y assi al cruzar por cerca de la puerta, que salia à la escalera, fingiendose turbada, perdiò el color del rostro, y qual si assi passàra, diò à entender à Camilo, que assomandose un hombre, se queria entrar por ella, con lo qual apresuradamente soltando los chapines, apechugò à cerrarla, y como si realmente hablara con alguno, levantando la voz, dixo de aquesta suerte: Pues como, hasta mi estrado se han de subir los hombres? què desverguenza es esta? què lindo atrevimiento! ola mozos, criados, no ay nadie en esta casa? no ay quien tome un recaudo? gentil descuido es este! Assi hablò, y sin mayor tardanza, dando un furioso golpe, juntò, y cerrò la puerta; pero con tanto espanto, y confusion de su marido, que la escuchaba atonito, que sin poder sufrirse (como quiera que aun de menores causas, formaba su condicion zelosa mayores desconfianzas, y sospechas) arrebatando de la espada, casi medio desnudo, embistiò con las puertas; y aunque dissimuladamente la cauta dama fingia irle à la mano, al fin, la abriò, y impaciente, y colerico (si bien no viò en las escaleras un atomo de sombra) baxò corriendo hasta la misma calle, y consiguientemente, sin detenerse un punto, tràs dèl mi Don Gutierre, el qual con su azada, y espuerta, reparando en el patio, y cogiendo unos cascotes, y ladrillos, que caìan de la obra, cargado muy bien de ellos, saliò, dando à entender, que los llevaba à un muladar cercano, al mismo punto que preguntando à unos, y à otros, si avian visto baxar à un hombre de àcia sus entresuelos, bolvia el engañado esposo, despechado, y corrido de no averle alcanzado: assi de tal estrecho escapò à su querido la hermosissima Hortensia. Mire aora el Lector, si pudo el mismo Ulises vencer, ni executar semejante ossadia. Dad credito à mugeres oyendo tales maquinas,

ninguno ay, (si bien tengan mas centinelas, y ojos, que se quentan de Argos) que no viva sujeto à sus engaños: aquel se escapa dellos, que quieren ellas mismas eximir, ù reservar; mas por ventura, que por ingenio, y arte son los hombres dichosos. Pero bolvamos al fracaso, en quien mi triste dueño, fiado en su disfràz, ni sè si arrepentido, ni si desesperado, con tan contrario efecto, felizmente, sin ser notado, ù visto atravesò la calle, y se entrò en nuestra casa, adonde aunque senti su grande desventura, no se lo dì à entender, antes procurè consolarle al parangon, que èl fue olvidando el peligro, y por el consiguiente, quizà deseando bolverse à vèr en otro.

Dos veces con aquesta vieron los dos amantes, puesta su mayor dicha en contingente termino de poder concluirla, y otras tantas desvaratò su efecto la contraria fortuna, ò para hablar lo cierto, fuerza mas superior, que desviaba la perdicion, y ruina de sus almas; mas quando esta ciega passion las tiene avassalladas, y rendidas, quando à tales avisos, à tales toques, y aldavadas intrinsecas, no responde, ni ablanda su dureza, por demàs es llamarlas, mas empedernidas se quedan, mas tenaces, y tercas en su porfia, ni reciben consejo; ni estàn capaces de èl. libre el Cielo nuestras cabezas de este infelìz estado. No se pudo maquinar en el suyo traza, disposicion, engaño, tropelia, mascara, ù fingimiento, que Hortensia, y Don Gutierre, cada uno por su parte, no le emprendiessen, y intentassen; pero dexando unos, y tomando otros, sin contentarse, ni satisfacerse de ninguno, desalentados, y afligidos, como la blanca cera calentada del fuego, la nieve regalada del sol, y la sal del agua, assi por instantes, y puntos, poco à poco se iban deshaciendo, y acabando. Y à tan estraño, y desesperado termino, les traxo su furioso deseo, que al fin se resolvieron à confiar sus honras, y sus vidas, de aquella pobrecilla muger, por cuya casa se hablaron, segun dixe la primera vez. Esto saliò de Hortensia, y lo que entonces tuvo por detestable, y peligroso, eligiò aora por ultimo, y mas sano remedio. Luego, pues, pondria mi amo algun inconveniente, apenas oyò su voluntad, quando se puso en orden. Mandòme hacer una fuerte escala con dos ganchos de hierro, que asiendo de los marcos de la ventana bastassen à sustentar el peso. Dispusela en tres dias, y con tanto quedamos aguardando ocasion: ofreciòse esta muchas veces al mes, porque Camilo, siempre que iba à una Casa de campo, donde tenia labranza, no bolvia hasta otro

otro dia; si bien en tal ausencia dexaba en su lugar ordinariamente un hermano suyo, tan avariento, sospechoso, y taymado, que fuera por demàs, gastar tiempo en valde el querer echarle dado falso por la puerta, y assi nos convenimos con estotra. Y luego como un Viernes tuvimos el aviso de Hortensia, en siendo anochecido, recogida la casa, y advertido Laurencio (en esto ultimo sospecho que lo erramos, porque siempre creì, que aquel honrado criado nos barajaba el juego prudentemente) mi amo, y yo dentro de la casilla, dimos principio al ultimo combate.

Echò la dama desde arriba una cinta, y atandole la escala, informada de lo que avia de hacer, la subiò, y prendiò en la ventana, como mejor le pareciò, que fue muy mal; pero disculpanla sus cortas fuerzas, y menor experiencia. Con esto empezò Don Gutierre à subir escalones, y yo à tenerles tirantes desde abaxo las cuerdas; todo hasta que iba muy sazonado. Estaba yà mi amo cerca de la ventana, levantado del suelo mas de cinco, ò seis tapias, y mientras mas se le acercaba (tan sin inconveniente) la dulce possession, porque anhelaba, mas se subia de punto el sobresalto alegre, que nacia de su gusto. Ninguna cosa aora se le podia estorvar; Camilo ausente, el hermano acostado, hecho Laurencio espìa, y su Hortensia esperandole: quien no diria que estaba conseguida la empressa; assi lo juzguè yo, mas engañaronme las mismas apariencias que lo solicitaban; pues en aqueste punto oyendo Hortensia grande, y desacostumbrado alboroto por su casa, corriendo inadvertida à escuchar lo que era, desamparò la escala, dando lugar assi à mayor desconcierto; porque como quiera que la escala no estaba muy bien firme, desbarahustando por un lado, se desprendiò el un garfio, y su bayvèn descompuso à mi dueño de manera, que sin poder tenerse, en un instante le vì sobre mi cuerpo, y fue tan grande el golpe, que à mi me privò de sentido; y assi la guarnicion de su propia espada le desconcertò dos costillas, y le dexò por muerto. Pero no obstante, esforzandose quanto le fue possible, viendo que à toda priessa cerraba las ventanas Hortensia, temiendo otro peligro, guardò la escala, y cargado conmigo, se entrò en el aposento de la vieja, en donde al cabo de hora y media, bolviendo en mi me hallè en sus brazos, quebrantado los huessos, bañado en sangre, y tan desfallecido, y desmayado, que sospecho que pedì confession. No andaba Don Gutierre en mas graciosos terminos, tomòme acuestas, y cayendo, y levantando diversas

veces; dimos en casa, y en las camas con nuestros cuerpos, y no faltando achaques con que fingir una caìda, nos curaron los Medicos; si bien huvo algunos mordaces, que casi hablando à tiento, dieron cerca del blanco.

§. XIII.

NO escusa una vez què otrà quien anda en semejantes passos, dàr en semejantes abismos; llano es, que ha de tropezar, y caer el que sin govierno, ni guia, ciego camina por tan grandes barrancos; assi yo aora padecì la pena de seguir à mi dueño, y èl no se quedò atràs en el pagar su parte. Tres dias passaron sin saber de su dama, y esto, mas que sus propios males, le aventuraban la enfermedad. Doliente el cuerpo, blandeaba, y gemia; mas el gallardo espiritu embebido en amor, y transportado en sus dulces, y abrasados deseos, supeditaba sobre sus mismas fuerzas; mas entrando à deshora con un escudero de Hortensia su papel Laurencio, saliò de confusion, y dudas, y informado del caso precedente, digo de alboroto, que à todos nos costaba tan caro, quedò con mas sossiego, y aun no sè si me afirmè con menos ansias.

Parece ser, que como arriba dixe, yendo al campo su esposo Camilo aquella tarde, poco antes de llegar à la Quinta; por nuestra gran desdicha, se le espantò el cavallo, y derrotandole, le maltratò de manera, que no se atreviò à passar adelante; bolviòse à la Ciudad, y aquexado de muy graves dolores, y una pierna rompida, llegò à su casa entre diez y once, hora en quien andaba nuestra obra en terminos, que como yà leìsteis, à tardarse muy poco, corriera gran riesgo su honra, y aun quizà juntamente la vida de aquestos dos amantes, mas la piedad Divina lo dispuso diferentemente.

Estas razones, y otras diversas lastimas, y sentimientos de su desgracia, y de la nuestra contenia el villete de Hortensia; pero fue esto muy poco, en comparacion de lo que despues entendimos. Convaleciò su marido, y luego como se levantò de la cama, sin dàr razon, ni muestras, aun del menor indicio de sus cosas, mandò echar una rexa muy fuerte à la ventana del aposento, y juntamente tuvo modo de comprar la casilla, incorporandola en unos trascorrales de la suya. Si le moviò à tales diligencias, mas que sus propios, y acostumbrados zelos, esso siempre fue oculto para mi, y assi no lo puedo escrivir; mas solo se me alcanza, que anduvo felizmente discreto, y nosotros mas que demasiadamente venturosos.

Tenia claro, y despierto juicio

cio Don Gutierre, considerò profundamente quan mal se encaminaban sus pretensiones, viòlas tres veces casi en su possession, desvanecidas, huirle el Gavilan de las mismas piguelas, siempre por nuevos, y nunca oìdos escapes, siempre en riesgo la vida, y siempre rescatandola, aun de las manos mismas de la muerte. Abriò los ojos del entendimiento, cayò en la quenta de la razon, creyò sin duda alguna, que el Cielo se oponia à sus intentos, creyò que con particular assistencia, nueva, y secreta causa impossibilitaba sus deseos, suspendia, y atajaba su perdicion; bolviò mas sobre si, y aunque por luego no quiso darlo à entender à su querida Hortensia, temiò muy de veras el tornar à su emplèo, si bien no la olvidò del todo, ni la dexò de amar; porque aquel fiero monstruo, que anidaba en su pecho con tan larga assistencia, no assi dexò la possession, sin grande resistencia, y particularissimo favor de Dios.

Pero lo que en esta sazon dispuso su mas breve remedio, fue la mudanza de su tio, ocasionada de vèr que iba picandose la Ciudad, y aun toda Estremadura de aquella peste cruel, que no ha veinte y seis años, que consumiò en España la mitad de la gente. Supo la dama (no sè por què camino) aquesta amarga nueva, y como Don Gutierre no se la denunciaba, ni su mucha tristeza le dexaba mostrarsele tanto como solia, sentida tiernamente, le escriviò este papel.

Si mis espiritus, señor, fueran capazes de enojarse contigo, yà con justa razon pudieran oy hacerlo, pues dissimulas tu partida à quien te ama mas que à si misma; mas ay dulce amor mio! què causas son las que à callar te mueven? Vaste, y no hablas? Ausentaste, y no escrives, quando mas necessito de consuelo? Ay, infeliz muger! como podràs vivir? Adonde bolveràs tus cansados ojos? Què descanso te espèra? Por estas letras manchadas de mis lagrimas, por la fee q̃ me diste, por todo aquello que en mì te fuere agradable, te suplico, señor, que tengas lastima, y compassion de mì: no tepido que quedes, sino que me lleves contigo; no repares en la injuria deste mi injusto dueño, pues assi como assi, de necessidad me ha de perder, ò yà muriendose, ò matandome yo, en sabiendo tu partida, y ausencia, &c.

A este lastimoso, y apretante papel, respondiò Don Gutierre (si con muchos suspiros) con la prudencia, y discrecion que prometia su claro entendimiento, dixo de aquesta suerte:

Si te encubrì hasta aora mi partida, cree señora, que fue mas por no prevenir antes de

ella tus penas, que por faltar un punto al amor que te debo; no pienses que aunque parto, es para no bolver, que si à esto se persuadiesse el alma, nunca mi cuerpo saldria de aqui con ella. Respira, pues, aliento de mi vida, no te quieras postrar, y deshacer, antes debes esforzarte, y vivir, si, como dices, me amas con aquesta esperanza. El llevarte conmigo, muy alegre, y agradable me fuera; no ay contento en el mundo que yo no pospusiera por conseguir cosa tan deseada; mas es justo, que pues lo quiere el Cielo, yo le obedezca, y me niegue à mi mismo: muera assi mi deseo, y viva para siempre tu honra. Este parecer nace de la noble confianza que has hecho de mi; mas quiero rabiando padecer, que destruir tu fama: bien sabes quan generosa es esta, quan limpia sangre te acompaña, y lo mucho que te adora, y respeta (tal qual es) tu venturoso dueño, y quan horrendo escandalo causaria en todo este contorno tu perdicion, y fuga. Tenida estàs, assi por hermosura, como por honestidad, y virtud, por su mayor lumbrera; pues si yo te llevasse, y la dexasse à escuras (dexo aparte mi credito, que esse, à respecto del tuyo, no estimo en un cabello) tu no adviertes la infamia que volaria por ella, la qual alcanzaria à tus deudos, à su afligida casa, à tu pobre marido: no mi Ortensia; no lo permita Dios. Hasta aora nuestro amor fue secreto, y el robo le haria notorio, y publico; nunca tan alabada fuiste, quanto seràs vituperada; yo no he de traer de tierra en tierra como amiga à la muger, que estimàra por propria, si Camilo, y su buena fortuna, no se me huvieran anticipado. Estas circunstancias tan fuertes, contradicen tu gusto, tu honor, y mi amor verdadero lo defienden, y escusan. Por quien eres te pido, que olvides semejantes torpezas, no quieras lisonjear mas à tu furor ardiente, que à tu mismo provecho: bien sè, que otros amantes te aconsejarian lo contrario; pero aquestos mas apetecian el gozarte, y aun burlarse de tì, que el mirar por tu honor, ni por la prevencion de los casos futuros. Sossiegate mi bien, que yo bolverè à verte, y no imagines, que por lo que assi te digo, ay en mi incendio menos ardor, y llamas que tu padeces; cree firmemente, que si me aparto, es mucho contra toda mi voluntad.

Este final, y ultimo papel hizo que Hortensia, aunque mal de su grado, consintiesse en el consejo de su amante, suspendiendo, y enagenando la pena, por venir en el interin que le tuvo presente. Mas al fin, quando llegò el amargo dia, quando sin poder libremente despedazarse el ros-

rostro, arrancarse el cabello, dàr voces, dàr gritos, y gemidos, le viò partir à vista de sus ojos, se viò quedàr à sus espaldas, y en poder del forzoso enemigo, que la dieron sus padres; del violentado dueño que la diò su codicia, no ay sufrimiento. Rompiò el acervo golpe del intimo dolor, lo mas secreto, y puro de su pecho, y entrañas, y desconfiada de salud, desesperadamenre cerrò las puertas à todo genero de discurso, y consuelo, abriendolas à sus tristezas, y congojas; y en conclusion quiso perderse de proposito: abandonò la vida, y aperciò la muerte. Cayò sin aliento en el suelo, de adonde sus criadas la llevaron à la cama, en quien si bien se reportò algun poco, fue para recibir mas esforzada sus rabiosos tormentos, y dolores. Dexò para siempre los preciosos tocados, las ricas vestiduras; apartò totalmente de sì los contentos, las platicas, los solaces, y fiestas. Y convertida en lagrimas, deshecha poco à poco, gastado el natural, estinguido el calor, se rindiò à una enfermedad, que sin remedio humano arrebatò del mundo la mas hermosa, y constante muger, que sujetò el amor; digna de grandes loores, si como (no pudiendo, por ser de ageno dueño) amar diversos lazos, la huviera faltado antes un tal inconveniente, para poder tener mejor postrimeria; mas no prometieron otro fin mas seguro las violencias, y fuerzas con que sus padres previnieron su estado, y la presente desventura.

Don Gutierre en el interin, ignorante de aquesto, desde que se viò ausente de su Hortensia, ninguno le mirò el semblante alegre, ni èl hablò con ninguno quanto durò el viage; solo embebido en la contemplacion de sus desdichas, entretuvo aquel termino, siguiò llorando, y obediente à su tio, hasta que por aviso de Laurencio supo en Sevilla, no el tragico sucesso de su dama, porque quando escriviò aun no avia llegado sino el peligro grande, cursos, y crecimientos de la terrible enfermedad. Juzgaba el buen criado, que cartas de mi dueño, fueran en tal sazon remedio eficacissimo; y assi aquel mismo dia, despachandome al punto por la posta, partì con ellas; y no ay duda sino que si llegàran mas à tiempo, pusieran su salud en mejor esperanza. Prometia Don Gutierre venirse tràs de mi, y assistir para siempre donde Hortensia quisiesse; y sospecho que no todas estas promessas eran tan solamente cumplimiento, ò estratagema para entretener la dama; porque ademàs, que su dolor, y pena le iba tambien matando, y consumiendo, ni èl podia con tal vida permanecer ausente, quietarse un punto, sossegar un momento; y

aſsi forzoſamente avia de ſer àquel el ultimo remedio, ò parecer como ella, mas de otra ſuerte lo avia ordenado Dios. Hallèla quando lleguè difunta, y mi trabajo en vano, y aun à todo el Lugar con ſentimiento grande, y que en varios corrillos hablaba cada qual acerca de ſu muerte, y de algunas notables, y triſtes circunſtancias que en ella huvo, ſegun le parecia, no ſon para eſcrivirſe, fue prenda de mi dueño; demàs, que biẽ viſto ſe eſtà quales ſerian, ſegun la enfermedad, ſu origen, y cauſas. Mas dexando aparte eſtas, no aſsi ſon de callar ſus funerales honras; nunca tales ſe vieron, ni con tanto aparato en muger de ſu ſuerte.

Pero lo que yo mas notè en todo ſu diſcurſo, fue el de algunos Sermones, que ſirvieron de encomios, Epitalamios, y Panegiricos de la hermoſa difunta. Eran los Oradores por ſus letras, y partes, de los mas conocidos, y nombrados en aquella Ciudad; y aſsi con noble emulacion, y competencia, procuraron eſmerarſe en ſu alabanza, y direccion, acomulandola virtudes, y excelencias notables; con que ſin olvidar la caridad de Eſtèr, la diſcrecion de Abigail, conſejo de Micòl, y piedad de Ruth (en ſu aplicacion, y ſemejanza) tampoco ſe les quedò entre renglones la prudencia, y hermoſura de Raquèl, honeſtidad, y fortaleza de Judith, fee, y obediencia de la primera Sara, y de Suſana la caſtidad famoſa. Mas no obſtante todo eſto, como quiera que en mi eſtaban tan patentes, y freſcos, groſſeros muy diſtintos, y aun deſiguales, y como quiera que (ſegun dexò dicho) avian por mi paſſado, y regiſtradoſe ſu ardiente penſamiento, ſu mas torpe deſeo, ſu mas furioſo amor, ſus mas tiernos papeles; y ultimamente aun las reſoluciones con que (à no refrenarla) diera al traſte con ſu marido, y caſa: en concluſion, el fin deſeſperado de ſus amargos dias, no me pude eſcuſar, (reſpecto de uno, y otro) de lo advertido entonces, y de lo oido aora, de admirar, y encoger; reverenciando los profundos, y ſecretos juicios de Dios; y mayormente, quando trayendo à la memoria cierto exemplo terrible, que à la ſazon vertia ſangre en Eſpaña, juzguè en parte, al preſente (digo à ſu origen eſſencial) por un retrato vivo del tal ſuceſſo. Y aunque muy raras veces acoſtumbro traer por los cabellos iguales digreſsiones, todavia, yà que por el decoro debido à eſtas materias, no le es licito à una pluma tan lega, ni à una tan ronca citara como la mia tocar en ſu cenſura, me ha parecido remitirla à la que èl por sì miſmo obràra por entrambos. Yo con-

fio;

ño, que se conocerà mi buen proposito, y que el Lector verà, que no es muy fuera de èl, ni aun à pospelo el caso que le ofrezco; el qual es tan reciente, y su verdad tan llana, que ademàs de que la califica cierto moderno Autor, Religioso gravissimo, tiene inmensos testigos, y aun yo mismo conozco hijos, y hermanos del principal sugeto; passò pues de esta forma.

No ha mucho tiempo que muriò (segun tengo advertido) en un Lugar del Reyno de Valencia, un Letrado famoso; y es en aquella tierra, como tambien en otras por donde yo he discurrido, costumbre muy antigua, que el dia que se entierran semejantes personas, se comprometa el pulpito con el mejor Predicador que ay, y que èl entonces diga muchas, y particulares alabanzas en su favor, y abono; y yà, tal vez, algunas, que no les competieron, como à estotra; mas yo lo dexo al dia que Dios les pedirà quenta de tal lisonja. Encomendaron los deudos del difunto el que se avia de hacer à un grave Religioso, el qual queriendo dàr buena razon de sì, y sacar la barba de verguenza à quien le avia elegido, procurò desvelarse en estudiar conceptos, argumentos subtiles, y peregrinos loores, que à los del muerto levantassen del punto, y à èl le adquiriessen nueva opinion, y fama. Assi, pues, como digo, en esta ocupacion gastò la tarde, y la mayor parte de la noche, hasta que en su mitad, siendo yà hora de Maytines, quando menos cuydaba, y quando mas su estudio le tenia divertido, y le interrumpiò del todo la temerosa voz de una trompeta, que poco à poco, con estupendo assombro, venia acercandose àzia la Libreria del Convento, que era donde èl estaba; con cuyo horrendo trance, de tal manera se hallò sobresaltado, que sin saber si erraba, ò acertaba, en sintiendola cerca, casi desfallecido, se dexò caer entre los escaños, y bancos en que estaba assentado: mas ni aun con tal sucesso (dandole aliento el Cielo) dexò de vèr, y oir quanto despues avino. Y assi, abriendo bien los ojos, viò, que passo entre passo iban entrando por la anchurosa puerta gran multitud de gentes enlutadas, y que el ultimo de ellas, mostrando ser la principal cabeza, en tomando su assiento, mandaba à los demàs con imperiosa voz, que le traxessen luego à su presencia la miserable alma del Letrado difunto, que avia muerto aquel dia. Lo qual aviendose hecho dentro de un breve espacio, se la presentaron delante, cercada de cadenas terribles, de mil llamas furiosas, y de demonios crueles, que al retumbante sòn de trompeta, y à la des-

despedazaban, y afligian: Con que sin mas tardarse, levantando otra vez la infernal voz el Presidente, bolviò à decir assi à los circunstantes: El que le toca de vosotros aora, lea el processo, y sentencia, que ha dado Dios contra este desdichado. Y al punto disponiendolo, y saliendo el uno enmedio de la sala, comenzò à leer un libro, y en èl quantos pecados avia aquel cometido; y ultimamente en llegando al fin su temeroso fallo, cuyo breve tenor, fue el que se sigue. Por estos crimines, y la final impenitencia en que muriò fulano, le sentenciamos à la perpetua Carcel del Infierno, en cuerpo, y alma, desde el presente dia.

Aqui llegaba este fracaso horrendo, quando levantandose en pie otro de los oyentes, dixo al que presidia: què forma hemos de dàr para que tal sentencia sea manifiesta al mundo, segun nos es mandado? y como, ò de què suerte cobrarèmos el cuerpo de este infeliz espiritu, pues yà sabes, que aora no nos es permitido, ni aun licito el tocarle? A lo qual, en cessando, respondiò el Presidente: no os dè cuydado aqueso, que yà yo sè el remedio, que ha de aver para hacerse; sacad de alli debaxo aquel Frayle, que està escondido, que esse serà testigo, y publicarà mañana este fallo, y sentencia, y èl en essa sazon nos entregarà juntamente el desdichado cuerpo de este maldito. Esto se executò, y yà podreis pensar qual estaria, y saldria el pobre Religioso; y luego, prosiguiendo su platica, bolviendose àzia èl, y mostrandole la miserable alma, le dixo: Advierte, que mañana prediques en el pulpito lo que has visto, y veràs, no los injustos loores, y excelencias indignas, que tenias prevenidas, y estudiadas en favor de esta triste. Con tanto, levantandose todos, y caminando la buelta de la Iglesia, que era la del Convento, y en quien la tarde antes fue enterrado el Jurista; aunque llegaron à ella, y al sepulcro, y le abrieron, no por esso se ossaron acercar al condenado cuerpo; antes apareciendo innumerables hachas encendidas, tomandolas unos, y otros, se arrodillaron à la redonda dèl, con increible respeto, hasta que el Superior tornando à hablar al Frayle, le mandò, que fuesse à revestirse à la Sacristia, y que en estandolo, bolviesse con un Caliz, como en efecto lo hizo, dandole Dios esfuerzo para estas estaciones. Y en conclusion, hallando de par en par la Sacristia, entrò, y saliò vestido segun se le ordenaba, y bolviendo al sepulcro, sacada yà la tierra que sobre el cuerpo avia, visto que el Presidente le proponia de nuevo, que llegando à la boca del difunto el Caliz, despues le diesse un golpe en el cele-

lebro, obrando èl assi; apenas lo huvo hecho, quando saltò la Hostia consagrada, que indignamente avia recibido, y en aquel proprio instante, quedando el Religioso con tan divina guarda, unos le acompañaron hasta el Altar con luces, y otros arrebataron el miserable cuerpo, y lo desparecieron, con tantos terremotos, tristes ahullidos, y truenos, y relampagos, que toda la Ciudad sospechò, que era llegado su ultimo conflicto; mas el siguiente dia, no sin notable assombro, saliò de aquel recelo, oyendo en el sermon, que predicò el buen Frayle, no aquellas alabanzas, y estudiados Encomios que esperaba, sino estupendo origen, y ocasion verdadera de su espanto, y temor, segun la he referido. Tal fue este admirable caso! bien es digno de leerse, apliquele el curioso, pues yà sabe mi intento, y el fin porque se ha escrito, mientras yo buelvo à Don Gutierre con las amargas nuevas de la muerte de Hortensia, cosa, que grandemente temi emprehender, juzgando que esso tardaria yo en darselas, que èl en desesperarse: pero en esta ocasion, no como imaginè, mas con estraña buelta mostrò mi dueño su cordura, y valor, su constancia invencible, y su verdadero amor; y ultimamente, en su resolucion ultima, el peso, y claridad de su assentado juicio; evidente señal de su predestinacion. Pues movido, y llevado de aquel terrible golpe, y compelido de otras supremas causas, que quisieron tomar esta por instrumento para su salvacion, dexando à sus criados, no sin algun amparo, y à mi, aunque el mejor librado, sumamente afligido, atropellò constante las honras de este mundo, su vanidad, y pompa, sus altas esperanzas, y à pesar de su tio, del sayal que otra vez cubriò sus liviandades vistiò aora su cuerpo, para acabar con èl, y en la regular observancia de San Francisco, con mas seguro fin, que su misero amante.

§. XIV.

NO se mostrò enojada la fortuna, con quien no hizo desgraciado, pues bienaventurado ninguno lo es en esta vida. Bien me holgàra yo ser del numero primero, yà que en el mundo se conocen del segundo tan pocos; pero la inconstancia de mi estrella repartiò de tal suerte sus influencias, que como ireis siempre advirtiendo, ni permitiò mis dichas menos mudables, ni mis facilidades mas permanentes: yà pluguiera à los Cielos, que la certificacion de tal verdad, no corriera parejas con mi triste experiencia; apenas me mostrò el semblante alegre la fortuna, que

no

no la contemplasse juntamente de espaldas. En efecto, aunque considerè mi desamparo, siempre me alentò, y diò la mano la esperanza, compañera engañosa de los hombres; y con ella, y con los dineros, y alhajas, que heredè de mi dueño, comencè à desparramarme por Sevilla, inclita, y memorable poblacion, grande agassajadora de la mocedad, y juventud. O quantos son sus incentivos! quantas sus delicias, y alhagos! Mucho promete de si: quien no tropezò en ellos? quien no cayò en sus trampas? Confiesso, que el aver oido hablar muy largo de estas, aunque yo era mozuelo, me hizo andar muy cuydadoso, y atentado: mas no es possible, que pocos años, y mucha libertad, y ocasiones, repriman, y asseguren el hervor de la sangre. Traiame aqueste fluctuando de unas partes à otras, como Nave sin leme, como cavallo sin govierno, y à veces presumido con nuevas galas, yà con las pocas letras que iba perficionando, y yà con cierta confianza y propria estimacion; ni sè si originada de mi locura, y devanèo, ni sè si de otra causa mas intima, y secreta, que alentaba mi espiritu; de suerte que sin saber la noble estirpe de mis padres, y abuelos, daba por infalible su verdad ignorada. Ceñime espada, no sin cuerpo, y edad suficiente à regirla: entraba yà en diez y ocho años, y dos antes, gracias al generoso arrimo de Don Gutierre, me avia hecho en todas armas algo practico, y diestro. El compàs de los pies, la desembultura de los miembros, y la gracia, y despejo, suplen notablemente la multitud de reglas; los angulos, los obtusos, y rectos, puntos, y observaciones matematicas, tengo por superfluas muchissimas, no obstante que me cansè en saberlas; porque en diferentes ocasiones, y aprietos me sirvieron tan poco, quanto por el contrario me aprovecharon, y valieron las primeras, si bien digase esto con salva paz de los señores angulistas, ni las unas, ni las otras son de importancia, donde se abrevia el animo, y falta la resolucion. Quedaronme de las privanzas, y favores de mi dueño algunos emulos en casa de su tio, y por el consiguiente tambien amigos, y de estos el mayor era Don Francisco de Silva, mancebo de mi tiempo, alentado, y con quien (mientras se disponian mis cosas) quedè alojado: teniamos los dos muy conformes deseos, anhelando por passar à las Indias, y dàr al mundo (como si fuesse España solamente) tres, ò quatro rodaos. Y con este proposito, importunado aquel señor de peticiones nuestras, nos prometiò aviar en la primera Armada; y en el interin, como si yà lo fuessemos, con colores, y plumas, y licencio-

ciosas galas de Soldados, hizimos mas de dos travesuras. Desplegamos las hojas, y aun las manos, con tan buena fortuna, que en dos dias, sin tres pelos de barba, se nos daba lugar en el corral de los naranjos, digo entre los oficiales de la muerte, ministros del Dios Marte. Era entonces Archimandrita de este grande Colegio Afanador el Bravo, natural de Utrera; Presidente el famoso Pero Vazquez Escamillas; y Senadores Alonso de la Mata, Felix, Miguel de Silva, Palomares, y Gonzalo Geniz; mas no assi de rondon nos admitieron en esta Cofradia, sus ciertas circunstancias huvo en mi conocimiento. Salimonos mi camarada, y yo una tarde passeando por la Puerta que llaman de la Carne, y al atravessar de San Bernardo, por el camino que vàn à Porta-Cœli, yendo parlando con ciertas ninfas, vimos, que à largo passo se embosçaban dos bravos por los callejones de las huertas, y un gran rato despues, que con algun desassossiego, guiaba àcia la misma parte Pero Vazquez Escamillas. Tenia yo à este hombre (aun sin averle hablado) yà por el desvanecimiento de mi negra valentìa, yà por las muchas que de èl se referian, particular afecto, y deseaba lance, que me le conociesse, como se ofreciò al presente, y tal, que pudo desempeñarse mi deseo. Juzguè, y juzgamos el caso por pendencia, y sin mas reparar, dexando à Don Francisco (que por venir sangrado, en vez de espada, traia al cuello una vanda) dissimuladamente le comenzè à seguir, hasta un espeso olivar, à cuya entrada divisè, de los que primero passaron, tan solamente al uno, el qual viendo à Pero Vazquez, le embistiò con un buen brio, aunque con gentileza, porque, lo que Dios no permita por ningun bautizado, era el señor, con perdon de las barbas honradas que nos oyen, lo que llamamos Zurdo. Luego en viendo su mengua, le pronostiquè una desdicha: no ay sobreescrito mas patente de que uno es mal nacido, ni señal tan segura de su ruin natural, como mandarse à zurdas, ò no saber leer, y escrivir. Finalmente de conformidad se acometieron con bizarria, admitiendo su embite Pero Vazquez con tanto señorio, que qual si fuera una flaca muger, desbaratado con una punta, y otra, le echò à rodar. Quedòsele la espada como un cayado, y mientras èl quiso enderezarla, su contrario, que tenia yo por muerto, se puso en pie, dandome à entender, que venia bien armado. Mas todo lo huviera menester, y no bastàra, porque cierto Pero Vazquez (si no le desdoràran ciertos malos respetos) era valentissimo hombre. Pero à esta hora, viendo el que estaba escondido la mala

suer-

suerte de su camarada; saliò de improviso por detràs de un vallado, y puso el sucesso en grandissima contingencia, y al enemigo en evidente riesgo.

Riome, y con razon, de los que sin muy larga experiencia blasonan, atropellando con la lengua montañas de hombres; pues es sin duda, que dos poco briosos bastan à contender con el mismo Hercules. Esta supercheria escalentò mi colera, que no necessitaba de muchos brindis; y dando à Pero Vazquez una voz, para que se guardasse del que venia sobre èl, yo, corriendo una pieza, me igualè con su lado; y sin poder compassarme en sazon, me arrojè entre los dos, à tiempo que quando lo advertì por mi daño, fuè resentido de un piquete en la frente: mas bien en breve quedamos satisfechos, dexando à pocos lances tendido al suyo Pero Vazquez, y yo al mio; cejando contra al Monasterio vecino. Seguìle quãto perseverò el corage, y no sè si passàra de los sagrados limites, si al arrimarse à Porta-Cœli, viendose acosado, no me arrojàra la capa, y espada por aligerarla persona. Estos despojos llevè contento àlos pies del nuevo conocido, que me abrazò con voluntad notable; y concertando el vernos en Triana, èl fuè campo traviesso àzia la Trinidad, y yo à ponerme en cobro, que lo podia bien hacer, por ser entonces muy poco mirado, y advertido. Siguiòme Don Francisco à lo largo, y en entrando en Sevilla, y en nuestra casa, mudè vestido, y con unos anteojos; no siendo el piquete de importancia, me salì à passear, como si tal no huviera sucedidome; y sin gran diligencia supe, que el retraìdo en Porta-Cœlí, curadas dos heridas en el brazo, y cabeza, quedaba sin peligro, y el compañero con tres golpes mortales muy al cabo, en el Arrabal de San Bernardo; no obstante que procediendo honradamente, callaban uno, y otro todõ el sucesso. Con que al anochecer me vì con Pero Vazquez, y trayendole à la torre, y corral de los naranjos, entendì de su boca, que por razon el juego se avian desafiado; y yo quedè introducido alli desde aquesta batalla, y en predicamento, y numero de jaque. Sanaron los dos emulos, y conferida la ocasion, entre la Germania, juzgaron mal del solapamiento, y antubion, con que su Presidente fuè embestido. Privaron de el corral, y de otras preeminencias por mes y medio à los contrayentes, y ademàs en las costas: digo en el gasto de una comida explendida, en quien ahogada la pendencia, se efectuaron las amistades. Assi con otras inquietudes, que à las passadas fuimos acomulando, raras veces perdiendo, y ganando muchas, quedò el nombre de Pindaro entre los mas ilustres

tres de aquella noble Armeria. A este grado me avian subido mis temeridades, y locuras, quando con nuevo, y peregrino acaecimiento estuvo mi cabeza (segun presto vereis) casi en termino, y punto de pagarlas todas.

Andaba Don Francisco de Silva en este tiempo amartelado en la calle Catalanes, guardandole yo el cuerpo algunas noches, mientras hablaba con una doncella, hija de un Mercader, aunque entonces sin padres. Su nombre era Rufina, y su morada la de un Clerigo tio suyo, requisitos bastantes para poder prendarse qualquier discreto, yà por los intereses de su hermosura, yà por la libertad que avia para facilitarla, y emprehẽderla. En este requiebro nos cogiò à mì, y à èl una de las mas obscuras, y tenebrosas noches de Diciembre. Parlaba con su dama mi amigo, y yo, mientras los dos discretaban, sintiendome cansado, me quise recostar al umbral de una puerta: cosa, que apenas hice, quando no sin admiracion, ella, que solamente estaba junta, se abriò de par en par. Levanteme al momento, mas por presto que quise desviarme, y retirar el cuerpo, yà avian de la parte interior sacado un brazo, y asidome del mio, tirandole àzia adentro. No era tal accidente para dexarse de alterar un hombre; y assi al punto acudi con la mano diestra para escusarlo, y resistirle; pero el tacto, y manejo que alcanzò mi experiencia suspendiò la intencion, porque en llegando al brazo que me tenia agarrado, assi, en su arrèo, delicadèz, y blandura, como en la suavidad, anillos, y sortijas de su mano, conoci ser de muger: Con que sin mas considerallo me calè por la puerta; si bien no sucediò el negocio como yo sospechaba, juzgandome transformado en un nuevo Neptuno de la hermosa Ifigenia; antes sin poder dàr tres passos adelante, dexandome aquel brazo, sentì, que se baxaba el dueño à levantar del suelo un bulto, y que poniendole en mis manos, al entregarmele, me decia: poned en recaudo esso, y no seais perezoso, pues yà no avrà otro mejor lugar para la conclusion de nuestras cosas. Con lo qual, dandome à mì mucha priessa, y aun casi rempujandome para que me fuesse, me hizo salir afuera; cerrò la instante, y yo me quedè atonito, y pasmado; pero bolviendo en mi, advertido el peligro, corrì adonde estaba mi compañero; dixele me siguiesse, y poniendolo por obra, comenzamos à guiar à la pageria, trasudando mis huessos con el peso, y congoxa de la carga, y rebentando Don Francisco por entender la causa.

Seria la media noche entonces, y con ser tal hora, el diablo, que

que no duerme, no quiso que gozassemos de semejante suerte sin retorno; y asi antes de llegar à la posada, nuestro alboroto, y prisa nos puso, sin verlo, ni sentirlo, entre el Alguacil, de la justicia, y un su esclavo corchete: ibanse yà recogiendo à su casa, dexando à los demàs ministros en las suyas, mas ni hallarse tan solos bastò para que nos dexassen passar. Quisieron reconocernos, y escusarlo nosotros, temiendo el mal descargo del cargo que llevabamos. Pero no obstante, sin poder estorvarlo palabras, y razones corteses, remitimos los ruegos à las espadas. Puse yo mi embarazo junto à una pared, y mientras el esclavo, y su dueño gritaban resistencia, y justicia, y meneaban juntamente las manos, yo, y mi amigo, con despejo, y corage, les cargamos de suerte, que mal de su grado nos desembarazaron la calle, pidiendo el uno en voz de Mozambique, confession, Sacramento. Este ahullar del mulato nos turbò los sentidos, y con tanto ayudando tambien la grande obscuridad, no sin terrible pena desatentadamente errè el lugar donde dexè la carga, cosa, que me causò tal desconsuelo, que no temiendo la gente que acudia, aun me estaba en el puesto; y lo peor es, con una herida que me passaba un brazo, y otra no menos importante en la cabeza. Mas cayendo en la quenta, no quise echar la soga tràs el caldero, seguì à mi camarada, que iba por no ser visto, incorporado con las mismas paredes; pero no avia andado muchos passos asi, quando dando un terrible golpe le vì caer de su estado. Aqui fue mi dolor, aqui fue el apretar los dientes, y el temer un desastre, creì sin duda que le rendia al amigo alguna penetrante, y mortal estocada; y asi en dos saltos, yendo à arrojarme sobre èl para favorecerle, casi mi discurrir acelerado, me huviera de salir à la cara, pues tropezando yo tambien, fuì à parar con los ojos donde fue buena suerte no romperme los cascos: finalmente caì sobre mi dulce, y deseada carga, que este fue el mismo encuentro que atropellò à mi amigo; levantòse, y alceme, y no obstante que deshecha una pierna, y tan mal herido como dixe, todavia alegre, me abrazè de aquel bulto ignorado, el qual poco despues llegado à mi posada, y aposento, vì, y viò Don Francisco, que era un cofre de azero de cosa de tres quartas, obrado de atauxia ricamente, con labores menudas, y embutidillos de plata, y oro, y tres cerradurillas de admirable artificio. Todo esto nos causò maravilla, mas sin comparacion mayor al camarada, luego que entendiò el modo por do vino à mi poder. No veiamos

la hora de abrirle; y aunque quisimos reservar en su sèr aquella hermosa pieza, como nos faltaban las llaves, y sobraban la codicia; al fin fue condenada à tormento de cuerda; pero era à la sazon tanta la sangre que me salia del brazo, que aunque me fatigaba mas, la dilacion de vèr lo que venia en el cofre, que el peligro presente, todavia por no desangrarme, se suspendiò el acuerdo.

§. XV.

TRatando estabamos de mi cura, y remedio, bien que con menos aderezo del necessario, quando interrumpiò nuestra obra, un gran rumor, y voces que discurria por el patio. Escuchamos atentos, y presto conocimos, que nos avian seguido; y pareciò ello asi, porque aquel breve termino que nos tardamos, buscando el cofrecillo, se le diò à algun curioso (soplones llaman à estos en mi tierra) para prevenir nuestra fuga, y sacarnos de rastro trayendo à la justicia.

Estaban las puertas del palacio (costumbre de tan grandes señores como el tio de mi dueño) abiertas hasta las dos de la mañana: y asi no hallando estorvo, entraron hasta el patio con linternas, y luzes, diferentes Ministros, un Theniente, y algunos Escrivanos. Este fue el ruido que atajò mi cura; y mayormente, el oir asimismo, que à voces decia el cañuto advertido, las siguientes palabras: Aqui señor Theniente entraron los dos Reos, y que vienen heridos es cosa averiguada: este es el rastro, por aqui và la sangre, sigala V.m. que à la escalera guia, no es caso de respetos, un Ministro està muerto; y por el consiguiente el Alguacil de la justicia en semejante passo. Asi alentaba aquel demonio infernal la circunspeccion del Juez; pero èl andavo tan cuerdo, como remisso, y atentado. Avia en Palacio mas de docientos hombres, y sobre atropellar su inmunidad se perdieran todos: no admitiò el tal consejo, caminò à lo seguro, puso en la calle, y puertas muchas guardas, y espias; y hecho esto, mandò avisar, que èstaba alli, à nuestro dueño, el qual mandandole subir hasta su propria cama; y entendida la causa, los indicios, y sangre, mientras con grandes cumplimientos, y cortesias, hinchò la cabeza de viento al Theniente, diò orden para que por diferente quarto, con gentil dissimulo, nos sacassen del nuestro. Executòse asi, dexando yo encerrado el cofrecillo dentro de un baul. Y despues licenciando la casa, mandò buscarla toda: abriòse mi aposento, viòse la mucha sangre; y aunque no nos hallaron, las sospechas vastaban pa-

ra hacernos secresto. Mas avisado el Mayordomo, dixo, y declarò, que todos aquellos bienes que alli estaban eran de la Recamara de su señor. Y assi con esto los señores Ministros se quedaron en jolito: si bien no faltò quien de los embidiosos de mi casa, les dixesse otro dia nuestros nombres, y señas, con que comenzaron al punto los pregones, y edictos, y nuestro mayor encogimiento, y reclusion.

Muriò luego el esclavo corchete, y el Alguacil aunque estuvo en peligro, sanò, y yo juntamente, y en tal disposicion se tratò de conciertos, y satisfaciendo con generosa mano nuestro dueño à las partes, cessò algun tanto el rigor, y persecucion de la justicia, bolviendonos los dos de un Convento à do estabamos, à nuestra casa, y aposento; y aunque para no salir en muchos dias alegres sumamente, por dàr en ellos fin, al encantamiento de el cofre. No le aviamos visto dende la noche del fracaso; y assi haciendosenos cada momento un año (tal nos parece el tiempo, quando algun bien se espera) abrimos mi baul para romperle à èl: pero fue en valde aquesta diligencia, porque èl era tan fuerte, y de materia, segun he referido tan solida, y maciza, que dos mazos de herrero no le hicieran pedazos; importaba en su empressa, menos fuerza, que industria; fuera de que tambien no convenia se oyesse mucho estruendo en su expedicion. Tuvimos por mejor el prestar paciencia hasta tener limas, y botadores, con que poder desbaratar las chapas, y los muelles; pero en el interin que se buscaban estos, entendida en Sevilla nuestra assistencia, comenzaron visitas, y trasplantado à nuestros aposentos, el nombrado corral de los Naranjos, no quedò jaque en èl, professado, ò novicio, que no viniessen à darnos gracias, y muchos parabienes.

A la sombra de aquellos nos atrevimos à salir por las calles, y no solo de noche, à su antiguo requiebro Don Francisco de Silva, mas en mitad del dia, no sin pequeño escandalo: mas nuestra libertad era tan disoluta, que de los excessos, y delitos haciamos gala, y de los atrevimientos temerarios, honor, y valentia; siendo assi la verdad, que la cierta, y segura, es respetar à la justicia, rendirse à su obediencia, favorecerla, y ampararla, y honrar à sus Ministros; pero segun aquesto, què puede disculpar mis torcidos caminos, sino à la misma causa que me guiaba à ellos mi corta experiencia, mi desatada juventud, y locura?

Hacianse en esta ocasion ciertas ferias en un Lugar no lexos de Sevilla, ignoro si le nombran Morales, si bien sè que en èl ay una

una torre, fundada de tal modo, que qualquiera persona de no muy grandes fuerzas, arrimandose à ella la hace bambolear. Alli los campesinos, y labradores tenian esto à milagro, mas yo que tengo leido; que aquel no se dispone sin gran necessidad, no viendo cosa que le obligasse aora, mas presumi, (quando lo vi) que era algun artificio, ò travazon de las barras de hierro, sobre que està pendiente. Pero bolvamos à la feria, y al viage, que Don Francisco, y yo hicimos à ella, tanto por gozar del concurso, y aun de la vista de Rufina (que con una su tia se puso en tal jornada) quanto por comprar con menos nota, las limas, y erramientas de que necessitavamos. Finalmente, à las nueve del dia nos plantamos en el dicho Lugar, y à poca costa conseguimos el principal intento, y llenamos los ojos, el gusto, y el deseo en la diversidad de tantas cosas, que con hermosa variedad alegraron el dia. Andaba Don Francisco transformado en su amor, y convertido en sombra de su dama, sin perderla de vista, dando los mismos bordos, y passeos, y valiendose de ocasiones (que à hurto) dieron lugar de hablarse, y aun tocarse las manos, favor que enloquecia à mi cautivo amigo, no sin gran risa mia, por vèr la estimacion de sus estremos locos, porque como hasta entonces (por beneficio de los Cielos) aun se estaba cerril, y libre mi cerviz. Juzgaba como necio por perdurable, y verdadera semejante essempcion, y al contrario por notable vileza, sus rendimientos, y blanduras: mas ayudabame à esto, y à esforzar mi opinion, el tener aun entonces muy frescos, y presentes (pluguiera à Dios que siempre los huviera guardado) algunos documentos, enseñanzas, y avisos, que para nuestro exemplo, nos dexaron diversos Escritores. Avia leido varias veces en muchos los enredos, y maquinas, las mentiras, y engaños de las mugeres de este genero, sus dissimulos cautos, su doctrina amorosa; sus muestras falsas, sus lagrimas fingidas, y alambicadas de los ojos, como si las tuvieran en las mangas; sus lisonjas, y halagos hasta quitar las fuerzas à Sanson, tresquilandole para despues dexarle entre los Filisteos. Aun no estaba olvidado de lo que dice de ellas el mismo Salomon: panal de miel, escrive, que trae en los labios la muger deshonesta, y su garganta mas blanda, y mas suave, que el deleznable aceyte; y que con lo que ceba, es mas rigido, y agrio, que el amargoso acibar, y su tajante lengua, cuchillo de dos filos, como por consiguiente, sus miserables passos: tristes caminos, y veredas confusas;

por donde al fin, al fin nos guian, y precipitan à la infelice muerte. Asi de aquesta forma avisa, y amonesta la Sagrada Escriptura à los que descuidas, y desvanece la ardiente juventud, à los que encanta, y entorpece el dulce canto de estas crudas Sirenas. Y assi no es mucho que advertencias tan grandes, y el temor de mirarme entre sus duras, y ponzoñosas garras, me hiciesse aora abominar, y aborrecer su compañia.

En tales pensamientos iba yo discurriendo, quando me sacò de ellos un ruido de pendencia, trovado cerca de mis espaldas. Guiè àcia aquella parte, dexando los discursos, y vì (no sè si se creerà con tanta admiracion como embidia mia) cercado de veinte hombres, un viejecillo mas blanco que la nieve, rodeandose entre ellos con espada, y broquel, con mas vigor, animo, y bizarria, que cuentan de Teseo con los fieros Centauros, y bodas de Tesalia. En el grande peligro, gran diligencia, y brio es necessario siempre: pasmòme el caso, y el que mis ojos vian, y su dificultad (segun mi juicio) acrecentò decrepitud en el que le representaba, mas antes que passe à su sucesso, y à lo que yo hice en èl, quiero que como la entendì, sepais la causa de la empressa. Parece ser, que jugando en la feria algunos Macarenos, ò Caymanes con un pobre mancebo, iban tres al mohino, y haciendo tal figura, un mozo labrador, mas inocente, y bueno, que malicioso, y zayno, todos quatro barajaban los naypes, y el dinero, sobre la mesa de un señor Turronero, y à vista de otra gente, entre la qual era vestido de pardillo, montera, y capa hasta casi el empeyne, el viejo de quien hablo, que advertida la treta, y la que señalando entre los botones, fomentaba otro Guro à los jugadores. No quiso permitir, que se hiciesse delante de èl tal sacrificio, antes intrepido, y terrible, echò la mano al naype interrumpiendole, y luego mirando al mancebete, le dixo con una ronca voz: levantese vuarced, y por mi cuenta, recoja, y guarde el Gueltre, y vuarcedes (dando una miradura à los demàs) contentense por oy con lo que le han ganado, y esto sea sin rèplica. Assi dixo, y no fue menester mas arenga, y razon, ni el sabia otra retorica, para que se alborotasse el bodegon, y mayormente viendo, que el que le rebolvia con tan estraño terminò, era un caduco viejo de mas de sesenta años. No hu-

yo

vo entonces hombre de los presentes, que advirtiendo uno, y otro, no lo tuviesse por mentecato, ù loco: todos le juzgaron por muerto del puntapie primero. Ninguno de los fulleros, y rufianes se estimò de mirarle à la cara, nadie le respondiò con la boca, y todos sì con la mesa, y los bancos, con el turron, y naypes; todo le cayò encima de repente, y qual si fuera un desapoderado torvellino, y assi llevado de èl, rodò una pieza entre las baratijas, y aunque pretendiò levantarse, estuvo un breve espacio embuelto entre ellas, que en quatro, ò cinco veces nunca le fue possible: mas alza Dios tu ira, quando en efecto pudo, quando puesto en razon, sacò la temeraria, arrancò de la cinta un broquelete de corcho, no mayor que un sombrero, no ay furia, no ay Toro de Xarama, que assi se haga lugar, y anchurosa rueda. Acudieron à los fulleros otros, y yo sin poder reprimirme, llamè à mi camarada, y juntos le tomamos en medio. Tenia yà tendido entre sus pies uno de los contrarios, otro con una herida, vile que iba cayendo, y advertido el peligro, deseando que se salvasse tan valiente hombre, le hice que nos siguiesse, y aunque con gran trabajo (pero es flaco el varon à quien en la mayor dificultad, no se aumenta el esfuerzo) creciendonos aqueste, à pesar de quantos los impedian, le llevabamos à la Iglesia. Aqui se acrecentò el bullicio, acudiò un Alcalde à sacarle; mas levantandose una voz, que publicaba ser el viejo retraido, no menos que famoso, y nombrado Afanador: no quedò hombre de Utrera, ni de todo el contorno, que no acudiesse à su defensa. Vencedora es de leyes la ossadia: huviera de perderse el Lugar, si la justicia quisiera entonces executar la suya; mas atajòlo el Cura, que requiriendo, y protestando las inmunidades de la Iglesia, puso al Alcalde mas en termino, y le sacò de ella; y en el interin por diferente parte, mientras duraban las contenciones, y protestas tuvimos puerta, y venturoso escape.

No via yo la hora en que abrazarme de aquellos flacos miembros, de aquella Herculea senetud; y assi lo hice en llegando à unas viñas donde nos reparamos, nos conocimos, y quedamos obligados, y amigos. No quiso Afanador, temiendo le siguiessen, guiar à Utrera. Llevamosle à Sevilla, y aquella noche nos entramos en casa, de adonde dentro de quatro dias, sossegado el negocio saliò para la su-

ya, y no muy bien dispuesto, pues no veinte despues supe su acabamiento, y aun le hice decir algunas Missas. Este fue el fin de Afanador, y el modo con que vino à mi noticia, que no quise escusar, porque quede memoria de un tal hombre, tan valiente, y honrado, que con ser labrador pobre, y con muchos hijos, y necessidades, nunca hizo en su vida cosa indigna; nunca en su vida, con tener tales espiritus, y manos, las empleò en obras ruines. Mas bolviendo à mi quento, bien pienso, que el Lector tendrà tanto deseo de vèr abrir el cofre, como entonces le tendriamos nosotros de salir de su duda; assi en despidiendose el huesped comenzamos la empressa, prolixa por nuestra corta maña, y dificil, por la union, y dureza con que estaba ligado. Era mi insufrimiento terrible, viendo su resistencia, dabale dos mil bueltas, echabalo de mi, y bolvia à abrazarme con èl; y finalmente tanto le rodee, y tan menudamente le adverti, que sin pensar hallè lo que buscaba. Hallè, que debaxo de una de las aldabas, estaba un muellecillo, à manera de perno, puesto con tal destreza, que casi no se echaba de vèr, apenas echè mano de este, quando saltò una gavetilla, que con èl se juntaba, y en ella vì las llaves, y medi oabierto el Cielo. Alborotòse Don Francisco, y clavados los ojos uno, y otro en la cubierta, y tapa, como si dentro huviera la engañosa hermosura, que Fisiques traxo del Infierno, assi temiamos no se desvaneciesse como aquella nuestra codicia, y esperanza. Mas què me direis, que esto nos sucediesse, que si por dicha os hallaredes entonces à la vista, y semblante que pusimos los dos, luego como abrimos el cofre, luego como miramos en èl, con grande compostura diez legajos de cartas, diez arrobas de nieve, que nos elaron las entrañas, que nos entorpecieron los miembros, cierto, que nos juzgàra por dos hombres de marmol, ò por artificiosos mascarones de lienzo, y aun lo encarezco poco, pues no tanto por relacion, y escrito, como con la misma experiencia se puede encarecer nuestra afliccion, y espanto.

Gran rato durò esta suspension, ni sè si de afrentados, ù condolidos. Mas al fin, salimos de ella, y yo algo consolado empezè ha abrir papeles amorosos, y comenzè à desparramar por la quadra sus diversos cōceptos, hasta que ahondando mas el fondo, topando cosas mas sòlidas, y duras, bolvieron mi alma al cuerpo. Saquè muy bien empapelada, una rica bujeta de marfil, y evano, cabos, y guarniciones de oro; y de ella, quando esperaba una preciosa joya, sino lo aveis

por

por enojo, dos hermosos retratos, el uno de muger, y el otro de hombre; ella linda, y bizarra, y èl gallardo, y gentil. Pero ni tanta lozania escusò, que uno, y otro no fuesse por el ayre à parar à mi cama. Creciò mi furia, y la desesperacion del amigo, que yà sin poderlo sufrir, tendiò una manta, y de golpe bolcò sobre ella de una vez el cofrecillo; de quien(ò poderoso Cielo!) no Jupiter en lluvia para gozar à Damne, no Baco en falsas ubas para engañar à Exione, sino pedazos de oro, doblones de dos caras, diversos bultos embueltos con papeles. Uno, Cruz de diamantes, otro ricas sortijas, y otros con dos sartas de perlas, gargantillas de aljofar, pretadores, firmezas, vandas, manillas, y una grande cadena. Valdrian à mi vèr todas aquestas cosas, dos mil ducados, y otros tantos, y alguna cosa mas lo que venia en dinero, tal fue el lastre del pequeño Navio, el manà que lloviò su Cielo, que saliò de aquel abreviado Potosi, dexando à nuestros ojos voluntad, y deseo hartos, pero no satisfechos. Recogimos al punto nuestro tesoro, y en acuerdos, y consultas diferentes, igualmente resolvimos (aunque à bulto) su partija, y expedicion: esta dispuse yo con buen consejo, confirmandome en el viage de las Indias; y apresuròse aqueste en Don Francisco, y en mi, mediante las assechanzas, malicias, y chismes, con que nuestros antiguos emulos nos iban desacreditando, y descompeniendo con su tio Don Gutierre, dueño, y señor de mi compañero, el qual aora, no sin muchas lagrimas se despidiò de la hermosa Rufina, en cuya calle, no quiero que se me olvide advertiros las grandes diligencias que entre los dos hicimos, por entender la casa, de donde saliò el cofre: bien que en vano, y sin fruto, porque la obscuridad, y turbacion que me causò el sucesso de aquella noche, perturbò mi cuydado, y no me dexò hacer mejor quenta, ò discurso tomar bastantes señas de la puerta; y ignorandose aquella, y callando nosotros, fuerza era que avia de ser para siempre encubierto. Tuvo con todo esso diferente salida, entenderàse en allegandola su tiempo.

§. XVI.

EN el interin, siendo ya tiempo, tratamos nuestro avio, y acomodados (con plazas muy honrosas acerca de la persona misma del General, que entonces lo era aquel buen Cavallero Don Luis de Cordova, hermano del Marquès de Ayamonte, y por el consiguiente deudo de nuestro gran Mecenas, y à cuya intercession nos admitiò debaxo

de su amparo,) hicimos nuestro empléo, aviendo yo convertido en moneda mis alhajas, excepto los vestidos, y joyas, porque de aquesto me asseguraron hombres practicos, mejor ganancia en Indias. Carguè una caxa de mantos, y medias de seda, y (sin saber si erraba, ò acertaba) de cinquenta resmas de papel, y cantidad de agujas. Burlaba Don Francisco de mi ultimo empléo, mas èl se hallò despues no poco arrepentido; porque no tienen numero las veces que hallan los hombres embuelta en miserables y despreciados trapos, su buena dicha: Quedaronnos demàs de lo advertido, mas de dos mil ducados en doblones, y piezas, que no ossamos trocar, ni descubrir à nadie, temiendo dàr de ojos en alguna sospecha; temor discreto, pues ninguno se ha hecho de repente, rico con justa causa, y mayormente, viendo el riguroso azote, que comenzaba à descargar el Cielo sobre nuestros amigos, y las colunas, y Atlantes de la gràn Germania, Pero Vazquez, Geniz, Felices, y el Mulato, cuyas tristes tragedias, cierta representacion de tales sugetos, ò à lo menos sus fines, y lastimosos sucessos escrivirè à la buelta si Dios fuere servido de traerme de este viage.

Para darle principio, remitimos al Puerto nuestras caxas, y ropa, con intento de hacer otro mayor empléo de lienzos en San Lùcar. Y nosotros por la banda de tierra tomamos el camino, deseando escusar hasta el Lugar de Coria las bueltas, y rebueltas, que dà en aquel breve espacio Guadalquivir. Seria al ponerse el Sol un Lunes de Quaresma, quando salimos de la insigne Sevilla, anocheciendonos casi à su vista, yà fuera de las calles, y huertas de San Juan de Alfarache; donde comenzando à levantarse unos nublados, en breve termino, el Cielo se cerrò de campiña, y de manera, que aunque llevabamos buena guia en el mozo de mulas, si los relampagos espesos no nos alumbràran con su luz temerosa, perdieramos diversas veces el camino. Con aqueste trabajo, proseguimos una legua; si bien quando pensamos que menguara, creciò alentado de nuestra necia curiosidad. Vimos à esta hora, no lexos de la senda una pequeña lumbre, y pensando escapar del turbion, que nos venia amenazando, creyendo fuesse alguna Caseria, guiamos campo traviesso à ella: mas no aviamos andado muchos passos, quando se nos desapareciò la luz, y quedamos à escuras, con que tornamos juntamente las riendas al mismo punto, que ella bolviò à mostrarse en diferente parte, y muy poco despues, variando en uno, y otro lado, cosa que nos dexò algo suspensos. El mozo decia, que sin

sin duda eran cazadores de perdices, pero el tiempo tan fuera de sazon desvanecia su juicio, y Don Francisco hecho ha hallarse tesoros à poca costa, afirmaba, que podria ser algun brillante resplandor, alguno de los animalejos, que crian en sì la piedra que llaman carbunclo. Reiame yo de esta patraña, y aun de su parecer, y viendo mas atento, que la luz por instantes mudaba puestos, mudaba resplandores; porque yà unas veces se aclaraba, y otras se amortiguaba, y estinguia (juzgando que la movia alguna persona) di mi voto, y propuse, que nos tornassemos al camino derecho; pero sin admitirle Don Francisco, mas intrepido, y resuelto à saber la aventura, se apeò, y me obligò à lo mismo. Parte es de necedad, querer escudriñar mas de lo necessario: dabase al diablo el mozo con tal curiosidad, mas que quiso, que no, trayendo de las riendas sus mulas, huvo de seguirnos, hasta que llegando muy cerca, divisamos sin distincion un bulto, y que por el consiguiente, aviendonos sentido, bolvia à encubrir la luz. Alargamos el passo, y Don Francisco, no sin turbada voz, le preguntò quien era? Mas ni tuvo respuesta, ni menos la tuvimos nosotros, que le repetimos lo mismo. Con que alentados de aquello, que pudiera desanimarnos mas, por ultimo consejo, sacando las espadas, le embestimos. Pero à èsta hora, que casi nuestras armas se sentian sobre su cabeza, sacando de repente la luz, nos dexò encandilados, y tan suspendidos, que por un breve espacio, ni abrimos boca, ni levantamos pie, ni mano. Mas sossegandose aquella alteracion, y el ofuscamiento de nuestros ojos, con terrible temor, vimos delante de ellos, lo que aun acordandoseme al presente, me entorpeze, y eriza los cabellos. Digo, que vimos un cadaver horrendo, tan descarnado, y dessemejable, que si las canas, y ensortijadas trenzas, y la voz tremulante, con que aora hablò, no testificàran, que era una arrugada vieja, creyeramos sin duda, que era el demonio mismo, que la traìa por semejantes lugares engañada. Mirònos en llegando con semblante infernal, y entre un ronco bramido, dexandonos como piedras inmobiles, sacò del pecho las siguientes palabras: Quien, hombrecillos viles, os ha dado tan grande atrevimiento? quien alentò vuestros flacos espiritus, moviendolos à que assi interrumpiessen las obras de mis manos? Bolved, bolved, tornad à vuestro viage, que si essa inocente edad, si os escapa de culpa, no assi os librarà de mi furor, y ira, si mas me replicais, ù os deteneis en mi presencia. Esto dixo aquella nueva Circe, y haciendo con las ropas un circulo pom-

pompoſo, ſe dexò caer. Y noſotros mudos, y temeroſos, ſin mas tardanza la obedecimos.

De eſta ſuerte, mirandonos los unos à los otros, eſtrallando las piernas del gran temblor del cuerpo, bolvimos veinte paſſos atràs, termino en quien ſe eſtinguiò nueſtro miedo, y de repente otro mejor diſcurſo bolviò por nueſtra honra. Conſideramos como las trataria à nueſtras eſpaldas el mozo de mulas, viendo al preſente tan grande cobardia; y con nuevo valor encomendandonos al Cielo, tornamos muy reſueltos à experimentar la furia de aquella torpe vieja, vèr en lo que entendia; y conviniendo atarla pies, y manos, y dàr con ella en poder de la Juſticia. Eſta era nueſta cuenta, mas bien diferente la tomàra de tal temeridad aquel veſtiglo, ſi la Divina Volunrad ſe lo permitiera; porque apenas reſolvimos lo dicho, y dimos buelta à executarlo, quando abriendoſe (à nueſtro parecer) la cueva, y carcel de los furioſos vientos, fueron tan repentinos, los que bramando nos lo contradixeron, que ſin poder contraſtarlos de otra ſuerte, huvimos de arrojarnos en el ſuelo, y caminar baxados la diſtancia que avia haſta donde dexamos la muger: en cuyo lugar (aviendoſe al momento deſaparecido) hallamos una linterna ſola, y un aſqueroſo hedor de piedra azufre, que nos atafagaba los ſentidos, y con todo eſte eſtorvo no dexamos de remirar en los contornos, quanto alcanzò la viſta. Tuvimos por eſcuſado nueſtro trabajo, y juzgamos, que el demonio ſe la avria llevado, ò encubierto; y haciendonos mil cruces, caſi arrepètidos de la empreſſa, nos quiſimos bolver; pero à eſte punto, hallando Don Franciſco blanda, y muelle la tierra, y de manera, que parecia, que la avia recavado; mas advertido en ello, comenzò à rebolcarla, y à poco que ahondò, no ſin harto cuydado, topò un pequeño bulto, y ſacandole tan mala vez (por la terrible obſcuridad que lo eſtorvaba) determinamos ſer un hombre de cera, uno de los embuſtes aſqueroſos, con que el padre de mentiras engaña, y trae perdidas las mugeres de ſemejante genero. Era el tamaño poco mas de una quarta, y eſtaba hecho un erizo de agujas, y alfileres; quatro le atraveſſaban los riñones, dos por el corazon, dos por las ſienes, y uno mas grueſſo, y grande por medio de la mollera; tenia un grueſſo en la boca, y dos carboncillos pequeños en vez de ojos, y lo demàs del cuerpo rodeados de cuerdas de viguela, cuyos lazos diabolicos, nudos, y enredo, ni la noche nos los dexò advertir, ni la ocaſion, y el tiempo conſiderar. Comenzaba à llover eſpantoſamente, y à veces entre el agua caian diſformes pie-

piedras, y granizos. Roguè con tanto, se bolviesse à su puesto aquel embuste, mas no le pareciendo justo à mi camarada, se le echò en la faltriquera de la espada; y tomando las mulas, al subir en la suya, el peso, y golpe de la guarnicion, ò la fuerza que puso, apretò de tal suerte contra el muslo la cera, y alfileres, que le lastimaron muy mal, y con todo sufriò el dolor, y no mudò de parecer.

Con este buen principio comenzamos à andar, al mismo punto que tambien comenzò à enfurecerse un terrible, y furioso ventisquero, dexandose caer tan impetuosamente, que juzgabamos se avria abierto las cataratas de los Cielos; y mas ayrados los procelosos vientos, àzia qualquiera parte que bolviamos, les hallamos opuestos, y contrarios. Y no obstante, atravessando el campo, llegamos al camino de Coria. Tomò entonces la delantera Don Francisco, à cuya mula desde este punto le nacieron dos alas, tal fuè su caminar, y ligereza repentina. Quisimosla seguir, pero siempre nos llevaba arrastrando; con q̃ no fue possible durar mucho con ella. Perdimos de vista al compañero, porque aunque le dimos voces para que se aguardasse, el rumor de las aguas, y otra secreta causa, le tapò los oidos, y le cegò los ojos. No dexaron de causarme algun rezelo aquestas novedades, mas conociendo que iban oliendo el rastro nuestras mulas, proseguì mi jornada, cierto de que su instinto natural nos bolveria à juntar dentro de breve espacio, como en efecto sucediò; pues antes de media hora, reconociendo casas, y tapieria, muy alegres nos hallamos cerca de un buen Lugar. Aqui el mozo de mulas hablando entre los dientes, y bolviendo la cabeza à unas partes, y à otras, empezò à santiguarse; y yo à mirarle con igual suspension, pero sacòme de ella, con decirme, que nos aviamos perdido, porque el Pueblo presente no era Coria. Tampoco era muy nuevo para mì semejante disgusto, y mayormente ocasionado de tan terrible noche: mas fuèlo mucho, el oirle afirmar con grande admiracion, que no sabia como, ni quando erramos el camino; porque demàs de ser passos contados, su experiencia, y cuydado hacia impossible, ò por lo menos sobrenatural semejante sucesso. Siempre aviamos venido con el rio à mano izquierda, y su margen, y orilla junto à nosotros: juraba, y aun creia, que tal acaecimiento guardaba en sì otro mayor mysterio. Creciò este, y nuestras impaciencias se subieron de punto, luego que en entrando en el Lugar, no tan solo supimos no ser Coria, pero nos hallamos con un rodèo espantoso, en Castilleja de la Cuesta, aviendo buelto atràs

una legua muy grande. Pues no fuè este accidente cosa considerable, en comparacion de los que restan, aun comenzaba entonces el naufragio. Apenas passamos por delante de nueve, ò diez casas, quando à la buelta de una calleja angosta, que salia de la Real, oimos entre vario rumor, la voz de Don Francisco, y las herraduras de su nuevo pegaso. Guiamos àzia èl, mas alentados con su hallazgo; pero templòsenos el gusto con una subita desgracia, que casi le sobrevino à nuestros ojos; y fuè esta, que como huviesse antes llegado al mismo puesto, y con la velocidad, y priessa que yà he dicho, sin poder repararse, segun lo pretendiò, para esperarnos, no haciendo caso la mula de la rienda, de la espuela, ni el freno, mal de su grado desapoderadamente se le arrojò por aquella calleja, que siendo sin salida, y teniendo por frontera una casa, huvo forzosamente de chocar con sus puertas; à las quales, aunque estaban cerradas, assi se abalanzò, como si las viera abiertas; y dando en ella muy crueles cabezadas, sin querer desviarse, qual si algun demonio informàra sus miembros, no solo impidiò el apartarse Don Francisco, sino que con bufidos, coces, y pernadas, alborotò à toda la vecindad.

Sacaron luz de dos, ò tres ventanas, y de la misma casa, viendo el peligro de mi amigo, hicieron otro tanto; y ademàs un buen hombre baxò à la puerta para favorecerle; pero huviera de costarle la vida, porque en sintiendo el animal furioso que la iba abriendo, intrepido se abalanzò al zaguan, atropellandole, y dexando à mi camarada tendido en los umbrales medio muerto; porque como le cogiò entre las puertas, y su desapoderamiento fue tan grande, no pudiendo valerse de sus fuerzas, con el terrible encuentro, le arrojò por las ancas, y assi el grave golpe, y la caida de celebro, no fue mucho que le dexasse desmayado. No lo crei yo assi, antes pensè, q̃ avia caminado al otro mundo: apeeme al momento, y por muy presto què alleguè à su socorro, yà le hallè rodeado de dos, ò tres mugeres, y el dueño de la casa, que si bien maltratado, piadosamente acudiò à levantarle, mas fue escusada diligencia, porque estaba sin pulsos. Echòle agua en el rostro una de las mugeres que le tenia mejor que razonable, y viendole mortal, dixo à voces que llamassen al Cura; y yo con harta pena de mi alma, temiendo que acabasse sin Sacramentos, solicitè lo proprio. Pero advirtiendo, que nadie se movia, y que el hombre se escusaba, y las demàs mugeres se escondian, y à un culpaban el aviso de estotra, algo es-

trañandolo, recibì en mi compañia un muchacho que me enseñasse à su posada, y fui volando por èl.

Hallèle, que se estaba acostando, referile el desastre, y no obstante, bolviendose à vestir sin ninguna tardanza, se dispuso à mi ruego. Saliò à la calle, mas en reconociendo la guia que yo traìa, y la casa adonde le llevabamos, subitamente reparò, y sin querer passar de alli, hizo alto. Dabale mi cuidado mucha prisa, mas èl desengañandome, me diò à entender, que por cosa del mundo no podia entrar en casa semejante. Abominè el escrupulo ignorando el misterio, y comencè à afligirme, y reprobarselo con diversas palabras; pero advirtiendo mi razon para salvar la suya, me ordenò, que como se pudiesse mejor, sacassemos à D. Francisco de donde estaba, y le llevassemos à su misma posada. Ofreciòme con esto todo alvergue, y regalo, con que satisfaciendome, mas alegre, y contento le dì las gracias, y lo puse por obra, poniendonos entre yo, y el criado el amigo à los ombros, hasta depositarle en su aposento, y cama.

§. XVII.

A Todo esto mi camarada estaba sin sentido, desnudamosle, y mientras llamado un Cirujano (para que le cobrasse) le aplicaba varios, y precisos remedios, apartandome el Cura à un lado de la sala, quiso saber de mì, quien eramos, y adonde caminabamos, y lo mas principal, què causa nos avia traido à la casa en que cayò mi amigo. A esta final pregunta (conocido su cuidado) le satisfice luego con la ocasion que aveis oido; si bien entonces, solo era presumida de mi. Contèle segun (yà he referido) el adelantarse Don Francisco, el desatiento de su mula; el arrojarse en la calleja, y consiguientemente el entrarse en abriendole en la casa advertida. Dixele mi sospecha, la principal jornada, el caso horrendo de la hechizera vieja, el avernos perdido en el camino, lo que el mozo inferia de semejante yerro; y finalmente otros varios misterios hechos por mi discurso, yà dando à estas desdichas mas cuidadoso origen, y yà atribuyendo las muchas, y temerosas circunstancias que sucedieron à la curiosidad de mi camarada, à su infernal hallazgo, y al averse resuelto à traerle consigo. Con que mas admirado de lo que yo pensaba, haciendose mil cruces, y arrugando la frente, quedò el buen Cura pasmado por mas de un quarto de hora, dando con tal estremo mas nuevas causas à mis admiraciones, y cuidados. Bien adverti en mirandole, que

que tanta suspension (fuera de nuestro cuento) tendria fundamentos mas graves: y assi queriendo preguntarselos, èl me saliò al encuentro, y absolviò mis dudas en la siguiente forma. Informòme primero como era Comissario del Santo Oficio, cargo por quien sabia particulares secretos de aquel Pueblo; y que assi tenia por cierto, que no acaso, ni perdidos (como nosotros presumiamos) se encaminàra à èl nuestra venida; y singularmente à aquella casa, que era muy sospechosa, mas que esperaba en Dios, que no avria sido en vano, ni para que quedasse nuestra burla, y trabajo sin su satisfacion, ni quien la avia trazado, sin la pena, y castigo merecido, por aquella, y otras semejantes maldades. Pidiòme que le diesse el hombrecillo de cera, y yo sacandosele de la bolsa à mi amigo, que yà se iba alentando se le entregò. Tomòle, y preguntandonos, si bolviendo à encontrar à la endiablada vieja la conoceriamos, respondimos que sì, y no aguardando mas, llamando gente, nos bolviò las espaldas, y caminò en su busca.

Yà en el interin, hablaba Don Francisco, y aun se sentia aliviado con un par de sangrias: dile razon de quanto me passaba, y èl à mi juntamente de otros mysterios. Dixome el grande desacuerdo con que se avia sentido, desde el momento en que se hallò en la mula; pues no tan solo perdiò el cuidado de ella, mas la memoria de nuestra compañia, sin tratar de otra cosa que de picar apriessa, y anhelar muy solicito por llegar al Lugar, y entrar en la casa donde fue su caìda. Con lo qual, cargando mas indicios, acabò de entender, que alguna infernal fuerza le avia violentado, y puesto en tales terminos, y no mucho despues conforme mi sospecha; porque al cabo de media hora, vì entrar al Cura, rodeado de gente, y en medio de ella la espantosa muger, à quien apenas vimos en el aposento, quando erizandosenos los cabellos, la conocimos, afirmandonos todos tres, en que era ella la misma.

Recibieronse al punto nuestras declaraciones, y viendose convencida tan presto, sin mas rodeos, confessò, y con el nuestro otros varios sucessos, y delitos. Mas aunque por entonces todo estuvo encubierto; sin embargo, antes que nos partiessemos, supimos claramente quanto al caso tocaba. Dixonos nuestro huesped, que avia referido, y confessado su salida, y nuestro triste encuentro, y en conclusion, la causa principal que la llevò à aquel sito, la qual era, à hacer ciertos conjuros, embelecos, encaminados à enhechizar à un mozo, que estaba de

via-

viage para Indias, y à instancia de una sobrina suya, que pretendia atajarle, y entretenerle. Entendimos, que el galàn era un pariente del Cura, que andaba en los Galeones, y la dama hija de aquel buen hombre, y la misma que echò el agua en el rostro à Don Francisco. De manera, que forzado este, y traìdo de la infernal violencia del hechizo que llevaba consigo, sintiò el efecto proprio, que si fuera el mismo ausente, contra quien se dispuso. Tenia el Cura larga noticia de los dichos amores, y asi aun menor advertencia que la nuestra, bastàra à acomularle mas indicios, y sospechas. Por las antiguas suyas, aborrecia la casa, y à los dueños; y esta fue la razon porque la noche antecedente, rehussando el entrar en ella, quiso antes traernos à la suya. Caìmos al presente en la cuenta unos, y otros, y mas que nunca maravillados, y confusos, advertimos, y experimentamos sus efectos.

Yo confiesso, que està el presente caso, aunque diversas veces, muchos de aqueste genero tenia oidos, y vistos en muy graves, Autores, no los avia mirado con el credito, y atencion que merecian, mas oy puede decir, que fue castigo de mi incredulidad tan costosa experiencia. O quan bastantemente dice el passado exemplo, la fragil poquedad de nuestras fuerzas, pues un breve temor, originado de sujeto tan debil, como es una muger, puso en tales aprietos nuestra temeridad, y arrogancia. Asi, haciendo estos, y otros discursos, y riendo la burla que padeciò (mejor que yo) mi camarada se entretenia los dias que estuvo enfermo, sì bien no llevaba su condicion con mucho gusto, mis matracas, y triscas. Sentiase avergonzado, pareciendole, que ni ann todo el infierno era bastante à ofender su valor. Disputabamos esto, y èl se estaba en su yerro, mientras yo en mi opinion: pero arrimabase à ella nuestro huesped el Cura, el qual no solo era hombre despejado, y cortès, mas muy docto, y leìdo: y asi notando un dia en mi amigo, su demasiado pesar, y corrimiento, y el poco esfuerzo de mis argumentos, y razones, le pareciò alentarlas; y queriendo con un mismo exemplar rendirle, y consolarle, sentandose en la cama, le comenzò à decir las palabras siguientes: Mucho, señor, me maravillo, q̃ vuestro claro juicio desprecie el credito de verdad tan segura, mas porque os conozcais, y salgais de essa duda, os pienso referir un caso tan notable; que asi por su progresso, como por el valiente espiritu de el Heroe principal, à quien le sucediò, vereis

reis patentemente que vivis engañado, y quanto es poderoso à mayores efectos, la mas minima sombra permitida del Cielo, y ministrada por el medio diabolico que visteis, y sentisteis. Escuchadme con gusto, que el cuento lo requiere, y el buen intento con que procuro desvanecer vuestra melancolia, y aprehension, no lo desmerece. De esta suerte hablò, y fue atendido con gusto de los dos. Ofrecimos silencio, mejoramos asientos, y abrimos los oidos, y todo muy bien dispuesto; el Cura prosiguiò assi su prometida historia.

Notoria, y conocida ha sido en todo el mundo, y mas particularmente en la Europa, la fama, y opinion del Capitan Don Alonso de Cespedes, Cavallero del Avito de Santiago, morador del Orcajo, y vecino de Ciudad-Real, tanto por el valor de su nobleza, y sangre, quanto por sus hazañas mostruosas, y peregrinas fuerzas. Este es de quien se escriven acciones inauditas, y memorables; assi en Italia, y Flandes, como en Francia, y Alemania, sirviendo à Carlos Quinto; y ultimamente siguiendo sus vanderas con el gran Don Fernando Duque de Alva. Lo menos que viò España de este ilustre portento, fue tener con sus brazos en su mayor concurso, una furiosa rueda de molino, testigo es Guadiana de esta verdad, pues oy vive con su imagen aquel prodigio, mis ojos mismos han mirado la piedra, y leido en ella, que por memoria suya tiene en su reverso escrito: Don Lope no pudo, y Cespedes la detuvo. Por cierto hecho increible, que ni de el bravo Alceo, ni de Milòn Cretense se escrive semejante. Su tirar à la barra era con un grande peñasco, y mas de alguna vez le sucediò yendo camino, sacar à fuerza de sus ombros un carro muy cargado, que estaba empantanado, haciendo èl solo lo que dificultaban quatro mulas. Reventaba un cavallo apretando las piernas, arrancaba una reja de sus quicios, y desenquadernaba con un brazo tan solo los huessos, y costillas del Manchego mas doble, hacia pedazos cinco herraduras juntas; y para no cansaros, lo mas que ay que admirar, en diversas facciones, èl solo con su espada, y rodela embistiò con Esquadras, atropellò, rompiò, quitò mil vidas de hombres, y passò en confussion los contrarios Exercitos.

Quando despues de tantas guerras se convinieron el prudente Filipo, y Enrique Segundo, Rey de Francia, yendo el Duque de Alva à la confirmacion de aquel tratado, llevò à Parìs consigo à este Cavallero. Hizose el casamiento de Isabèl de la Paz, nuestra Reyna, y señora, y en sus grandes alegrias, y regocijos per-

perdiò la vida Enrique, justando en un tornèo con Mongomeri, Cavallero Escoces. En tal sazon quieren decir algunos, que conmovido Cespedes del lamentable caso, siguiò, y previno al reo, atajando su fuga, ò intentandolo, de cuya causa induxo contra sì odios, y enemistades, que al fin pararon en desafios, y muertes. Diòse por mas sentido el Varon de Ampurde; travòse de palabras con Cespedes, y llegando à empeñarse, remitiendolo al campo salieron à èl. Y estando batallando, y el Francès mal herido, y cerca de rendirse, acudiendo en su ayuda otros deudos, y amigos, que vergonzosamente estaban en celada, pusieron en condicion el vencimiento, y à no ser la de Cespedes, en muy grande peligro la persona del adversario. Sintiò terriblemente Don Alonso tan vil supercheria, y apretando los puños, con su corage acostumbrado, no solo se librò, mas los puso en huìda, matando crudamente al Varon de Ampurde, y digo crudamente, porque aunque se le rindiò, y pidiò de merced la vida, ò tiempo para se confessar, no se lo concediò su indignacion, y colera; antes à puñaladas dando salida al alma, puso su salvacion en contigencia, y en opinion su buen credito, y fama.

Nunca la ira, y el deseo de venganza, executaron mejores obras, no obstante que estas, no han de tener lugar en los grandes espiritus; tales passiones, indignas son del corazon magnanimo, como anexas, y propias, la piedad, y conmiseracion. Matar al que se rinde, mas se puede decir torpe venganza, que gloriosa victoria; lo mismo es que matar desarmado al que no se defiende, porque quanto es cosa mas feliz tener à discrecion el enemigo, tanto es mayor la gloria, si con èl se usa de liberal clemencia, assi que por vencer se debe trabajar; pero no por vengarse, que aquello es de varones fuertes, y estotro de mugeres flacas, y yo no sè por cierto quien es el que apetece, y quiere mayor venganza, que no vengarse del que puede tomarla. Dàr libertad, y vida al enemigo, pudiendo darle muerte, y cautiverio, es la mayor victoria, y el genero mas noble de vengaza. Quede aora advertida la circunstancia desta muerte, y vengamos al caso principal, para el qual ha sido esta forzosa prevencion: bolviò à su patria Don Alonso de Cespedes, y quando despues de infinitas hazañas, puesto su nombre entre los nueve de la Fama, pudiera descansar en su casa, y vivir con reposo; nuevos, y mas propinquos accidentes, se le quitaron, y alteraron à España, tornando à oir dentro de sus contornos los temerosos ecos de las armas Moris-

cas. Revelaronse contra su natural señor los Moros de Granada, causando aquel desmàn, yà por desprecio, yà por mal entendido, prolixos daños, largas, y memorables desventuras: vieronse en breve espacio llenos de confusion, atambores, y caxas, belicos instrumentos, Banderas, y Soldados: toda el Andalucia, Mancha, y Castilla, y lo mejor de aquestos Reynos: acudiò el de Mondejar, despues el de los Velez, y el señor Don Juan de Austria, siendo uno de los ultimos el Capitan Cespedes, que en aquella ocasion sirviò al Rey à su costa, no tan solo con una lucida compañia de ciento y cinquenta hombres, mas juntamente con el valor temido de su prodigioso brazo.

§. XVIII.

LUego como llegò à Granada, tuvo el lugar, y aplauso, que su persona merecia; y en tanto que los Ministros superiores ventilaban con maduro consejo lo essencial de la empressa. Aloxado en la Ciudad con otros Cavalleros, entretenia el tiempo, hasta su execucion en exercicios loables.

Venia, pues, de jugar à la pelota Don Alonso con sus criados una tarde, quando al emparejar de cierta Iglesia, saliendo de ella una muger tapada, se le puso delante; y aviendole mirado un breve termino, como admirandose de su gentil presencia, le hizo una seña, y acercandose à èl, le pidiò que la atendiesse à solas. Obedeciòla Cespedes, y apartandose à un lado, y diciendola que hablasse, escuchò de su boca estas breves palabras: Desde que entrasteis en Granada (como quiera que vuestros grandes hechos, estàn tan estendidos por todas partes) dos damas à quien sirvo, y que no los ignoran, desean sumamente vèr en original su verdadero dueño: assi me han governado, que en secreto os lo pida, y suplique de su parte, y viendo aora la ocasion no he querido perderla; precisa obligacion corre à vuestra nobleza; mugeres os esperan, no Exercitos, ni Esquadrones de Moros, y pues sabeis tambien acometer aquestos, como honrar nuestro genero, cierta podrè bolver de vuestro beneplacito à quien me embia por èl, y os està aguardando. Assi podeis hacerlo, respondiò el Capitàn, que muy mal andaria quien no satisfaciesse vuestra demanda, y el bizarro deseo de essas señoras: ved donde tengo de ir, y guia, y seguirèos. No le replicò, mas la encubierta muger, humillòse un poco, y dando muestras de su agradecimiento, comenzò à caminar unas calles arriba; fue tarde este concierto, y assi quando arri-

arribaron al Albaycen era noche cerrada. Entonces llegando à San Christoval, Parroquia de aquel barrio, dixo la guia al Capitan, que mandasse esperar à los criados, y èl sin ningun rececelo lo dispuso, y prosiguiò adelante, dexandolos para que le aguardassen junto à las mismas gradas de la Iglesia; con lo qual siguiendo à la muger otro pequeño espacio, y pareciendole que siempre caminaban à la redonda de el mismo cimenterio, ella le enseñò unas ventanas, y èl por su orden quedò alli en tanto que avisaba en su casa por diferente parte. Fuesse, y dexòle solo, mas no lo estuvo mucho, porque sin passar media hora, abriendo las ventanas, se assomaron en ellas dos mugeres, que con la luz que una traia en la mano, parecieron dos Soles muy hermòsissimos, en cuyo bello semblante, aunque Cespedes era mas inclinado à Marte, que à el tierno, y ciego Dios: le dexò suspendido.

Dixole la una de ellas, por cierto Cavallero, que vos nos aveis puesto en grande obligacion, bien se conforma con vuestra fama, y nombre, vuestra puntualidad, y cortesia, solo el tiempo, y la hora ha de templar en parte este presente gusto, pues aunque hemos de oiros, avemos de carecer de lo que mas deseamos, que es vuestra vista. La falta que decis (aunque assi la conozco) respondiò el Capitan, no ha sido por mi culpa, vuestro aviso fue tarde, y assi no pudo ser mi venida temprano; pero no os fatiguais, que si me dais licencia, yo buscarè la puerta, y entrarè adonde estais, aunque lo contradiga todo el mundo. No confiamos menos de vuestra valentìa, replicaron las damas, mas no queremos poneros en aquesse peligro, tenemos muchas Guardas, muchos Argos, testigos que nos velan, y miran, y sobre todo nuestra reputacion, que es lo mas importante. Pues si ay tantos estorvos por la puerta (bolviò à decirla Cespedes) y este puesto juzgais por mas solo, y oculto, arrojadme unica cuerda, vereis quan en breve cumplo vuestro deseo. Es tan grande el que tenemos (respondieron las dos) que à trueque de conseguirlo, y veros mas de cerca, admitirèmos el partido; pues por aqui es seguro; pero ha de ser dandonos primero la palabra de usar desta licencia, como requiere, y pide tal confianza. Prometiòselo assi con muchos juramentos, si bien pocos se cumplen en la ocasion; y estando convenidos, atando al bastidor una muy fuerte cuerda, se la echaron abaxo, con la qual sin tomar otro acuerdo, èl como un bolatin su-

biò allà arriba : entrò por la ventana, mas no lo huvo bien hecho, quando (cosa es que atemoriza) con un grande, y furioso estampido, se juntò la pared, y sin quedar señal de puertas, ni ventanas, mugeres, ni otra cosa, se hallò metido en una larga, y anchurosa quadra. Estaba esta vestida de presagios funestos, paños, y bayetas obscuras, lo mismo todo el suelo, y en la mitad un tumulo, vassa de un ataúd, à quien tambien cubria un tapete negro. A la cabeza, y pies tenia dos hachas encendidas, con que unas cosas, y otras representaban tristemente un tragico, y funebre teatro. Realmente nadie podrà negarme quanto lo era el presente, ni menos yo podrè creer, que el valor de aquel invencible hombre, por superior que fuesse, dexaria de alterarse mucho, ni el caso pedia menos, mas no obstante, aunque admitado el generoso espiritu, diò una vista à la sala, y pasmado, y atonito, contemplandose entre quatro paredes, casi tragò la muerte; pues llano era que no querria la hambre perdonarsela; pero su grande esfuerzo, primero presumiò tentar qualquier recurso. Dispusose à abrir puerta, ò yà desladrillando el suelo con la daga, ò yà rompiendo las paredes con ella; y aunque lo uno, y lo otro tenia mil impossibles, su intrepido furor facilitò la obra, si bien antes de empezarla, quiso vèr por menudo lo que encerraba en si el ataud.

Con este pensamiento se fue acercando à èl, mas si en aqueste fortissimo varon cupo en algun tiempo temeroso rezelo, sin duda alguna; pienso que seria en el presente, y que se hallaria arrepentido de su intento, pues apenas comenzò à descubrir el tragico tapete de la tumba, quando dando tristes gemidos, viò que iba poco a poco saliendo de ella un espantoso hombre; y doyle tales titulos, no porque su persona fuesse monstruosa, ò desigual à los demàs comunes, sino por el prodigio lastimoso, que representaban en su cuerpo infinitas heridas, de las quales venia acribillado, y roto, desde el palido rostro à la punta del pie. Suspenso quedò el animoso Cespedes, viendo tan impensado, y sangriento espectaculo; pero sin querer impedirselo, esperò à que se levantasse, y en fin de su salida. No estuvo mucho tiempo en semejante duda, porque el horrendo huesped en poniendose en forma, bolviendose al Capitan la enrizada vista, y notando su grande suspension, con ronca, y triste voz, le dixo de esta suerte: Què miras arrogante Español? Abre mejor los ojos, y conoceme, que aun tienes causa, y obligacion de hacerlo, obras

son

ſon de tus manos, las que tienes delante; golpes ſon tus heridas de tu inhumanidad, y rigor barbaro; yo ſoy, yo ſoy aquel Frances Varon de Ampurde, à quien impio, y cruel diſte en Paris la muerte. Allì te pedì entonces la vida de merced, y no quiſiſte darmela; confeſsion te pedì, y no me concediſte termino para hacerla: grandemente irritaſte la juſticia Divina! tales hechos, y acciones, la eſtàn clamando ſiempre por venganza; mas mientras eſta llega, librada en las Moriſcas lanzas de las vecinas Alpujarras, no eſtèmos aſsi los dos ocioſos: vengamos tu, y yo otra vez à los brazos; quizà podràn los mios deſpedazados, y ſangrientos, executar aora lo que ſanos, y enteros no pudieron entonces. Con eſto dando un terrible ſalto, le llevò de boleo al miſmo punto, que apagandoſe las hachas, dexaron en lobregas tinieblas el apoſento, y el corazon magnanimo de Don Alonſo; no ſin algun horror de tan eſtraña, y temeroſa empreſſa. Flacos, y debiles eſtaban los quebrantados miembros del herido, mas no aſsi le parecieron à Ceſpedes ſus eſpantoſas fuerzas, pues con ſer las ſuyas las mayores del mundo, aſsi ſe le poſtraron, y envilecieron, como ſi verdaderamente las miniſtrara un niño de dos años; mas què mucho, ſi el poder humano tan limitado, y corto, y el ſobrenatural tan diſconforme. No ay eſtatura, y cuerpo giganteo, no ay animo invencible, no ay fuerte corazon tan temerario, que no ſe mueſtre muy pequeño, puſilanime, y flaco, quando ſe oponen de eſta ſuerte, esfuerzos prodigioſos, y ſobrenaturales, y aſsi baſtantemente (ò Don Franciſco) puede tal exemplar, no ſolo ſuplir conſolar vueſtro corrimiento, mas haceros creer, que ſi no fue mas grave ſu ocaſion, fue porque no murieſſedes de ſu temor, y eſpanto; coſas que raras veces permite el Cielo, menos que por ſecretos, y grandes fines; pero lo mas comun es, conformarſe con la capacidad, y fuerzas del ſugeto; qual es el animo, tales ſon los ſuceſſos, nunca es mayor la carga que el ombro que la lleva; mas demos concluſion à eſte eſtupendo caſo, en quien dexamos à los dos en deſigual contienda: bien que tan porfiada, que por mas de tres horas la continuaron igualmente; pero no pudo ſer tal el teſon de Ceſpedes, que al fin como mortal no ſe rindieſſe entre los brazos de aquel furioſo eſpiritu: el qual dando con èl un eſpantoſo golpe, tendiendole en el ſuelo ſe deſapareciò, dexandole ſin ningun ſentido. Avianle haſta eſta ſazon eſperado ſus criados à la

puerta de San Christoval, mas viendo su tardanza, y recelando algun siniestro caso, se resolvieron à buscalle por diferentes calles; pero siendo superflua semejante diligencia oyendo aora un espantoso estruendo, y creyendo, que algun rayo se desenquadernaba de su esfera, ò que algun edificio se venia al suelo, atemorizados, y confusos dexaron lo que hazian, y corrieron à ampararse à la Iglesia; mas en aquel instante, viendo caer un bulto de lo alto en sus mismas gradas, no siendo tal fracaso para poder sufrirle, tan recios como iban, bolvieron àcia atràs, y dudaron la empressa; pero eran quatro, y no todos cobardes, y assi el que quiso tenerse por mas brioso, alentando à los otros, los incitò à seguirle, y à que llegando al temeroso bulto, hallasen que era (en vez de la fantasma imaginada) no menos que su mismo dueño, cosa que les dexò sin ningun discurso. Creyeron al principio que estaba muerto, porque ni bullia pie, ni mano, ni tenia pulsos; con que dando principio à un doloroso llanto, tomandolo en los ombros, dieron con èl en su posada. Alborotòse la Ciudad, y estendiòse el sucesso, y como nadie sabia el origen, todos le atribuyeron à la maldad, y alevosia de los Moriscos; creyeron, y afirmaron, que su traycion le avria traido à tan mortales terminos. Entre esta variedad de pareceres llegò el siguiente dia, en quien ayudado de medicinas, y remedios (con general gusto de los presentes) abriò los ojos Don Alonso, y sintiendose bueno, como si de un profundo sueño despertàra, se levantò del lecho, y hallandose en su casa rodeado de amigos, y fuera del peligro en que se reputaba, dio gracias à Dios, y à todos los circunstantes, juntamente que cuenta particular de sus acaecimientos. Pero no passaròn estas muy adelante, llegò la flecha quanto pudo alcanzar el arco de la Parca, y dentro de seis dias, viò en sì cumplido aquel fatal anuncio: pues aviendo salido con su gente la buelta del tablante, fue infelizmente muerto, como lo escrive Marmol, y no assi como quiera de una muerte ordinaria, sino despedazado, y molido, con las piedras, y galgas, que le precipitaban de lo alto los Moros rebelados de las Albuñuelas. Tales postrimerias tuvieron el valeroso Cespedes, y sus monstruosas fuerzas, indignas ciertamente de sus merecimientos, si bien yà huvo quien dixo, que fueron de esta suerte apresuradas, por no acudirle como pudiera Don Antonio de Luna, mas no es de aqueste cuento su calificacion; recibiò Don Francisco mi buen de-

deſeo, y admitir eſte exemplo, ſiquiera para que ſus eſcarmientos no os dexen otra vez intentar curioſidades ſemejantes.

Aſsi diò el buen Cura concluſion à ſu hiſtoria, con que interrumpiendo mi camarada, y yo el guardado ſilencio, ſumamente admirados de tan notables coſas, le rendimos las gracias; y quedamos en oyendolas menos curioſos, que advertidos: y viòſe brevemente de eſta verdad, mas grave teſtimonio, pues antes de deſpedirnos de èl, la ſellamos los dos, haciendo (llenos de muchas lagrimas) una general confeſsion de nueſtros pecados; de manera (ò inveſtigables juicios de Dios!) que de adonde preſumiò nueſtro eſcandalo el demonio, naciò ſu burla, y rabia, y el mayor enfrenamiento de nueſtra vida. Eſte principio tuvo la jornada de las Indias, ocaſionado en el encuentro de aquella mugercilla. Gracias à la incanſable diligencia, con que la venerable, y ſanta Inquiſicion, opueſta à ſu maldad en nueſtra Eſpaña, extirgue, y deſvanece ſemejante ſemilla. Finalmente convaleciò mi amigo, y deſpedidos de nueſtro honrado hueſped bolvimos al viage.

§. XIX.

EN llegando à San Lucar, cobramos, y diſpuſimos nueſtro empleo, y mientras el General venia, y nos haciamos à la vela, aviendo tomado poſada en un Meſon, comenzamos conformes, y en cumplimiento de la orden de nueſtro Confeſſor, à tratar con un docto, y grave Religioſo Dominico, el remedio, y ſalida conveniente en el caſo del cofre. Tenia ſu efecto hartas dificultades, muchas joyas trocadas, y caſi todo lo demàs, mudada eſpecie; pero ninguna ſe igualaba, con la que procedia de la ignorancia de ſu dueño, de los medios, y trazas, que ſe podrian tomar para buſcarle. De eſta manera, dando, y tomando ſobre tan juſto expediente, ſe nos paſſaron algunos dias: al cabo de los quales, aviendo yo quedadome en la cama ſolo, y aun agraviado de aquellos penſamientos, oì, no ſin muy grande eſpanto, y alteracion de mi eſpiritu, como de rato en rato, lloraban, y gemian, cerca de mi cabeza; coſa que ſiendo repetida, y advertida de mi, diverſas veces, eſtando el ſucceſſo de la hechizera vertiendo ſangre, ſoſpechando otro igual, causò en mi alma no pequeños recelos. Sentème ſobre el lecho, enſanchè el corazon, y alarguè las orejas, y con grande ſilencio, bolvi à entender aquel run run confuſo; tornè à oirle mejor, tanteè el apoſento, y al fin bien ſatisfecho, caì en que proce-

de otra pared en medio, y con quien alindaban unos flacos tabiques. Arrimè la cabeza, y menos inquieto, y con mas distincion escuchè aquella voz, que entre suspiros, y ansias lastimosas repetia muchas veces estas razones: Decia, ay triste, y sin ventura! infame deshonor de tu linaje! como es posible, que viendo sobre ti carga de tantos yerros, tan cierta perdicion, tan justo desamparo, tienes animo, y fuerzas para tolerarte con vida? ay indigna ocasion de mis piadosas lagrimas! ay atrevidos ojos que tan incautamente os dexasteis perder, y me perdisteis! à donde bolvereis que os enjuguen? adonde miraréis que os consuelen? todo vuestro alivio, y remedio, toda mi esperanza, y descanso se ha desvanecido, y acabado; mas ay sujeto vil! de tantos males, como asi te acobardas, y desconfias? respira, y buelve sobre ti, no desesperes, que el mismo Dios, que permitiò tu flaqueza, y caida, esse mismo podrà levantarte del cieno, y esse mismo podrà trocar esta barrascosa tormenta en tranquilida, y seguro puerto: aguardale con humildad, y veràs de su inmensa bondad: esperale de su misericordia infinita: buscale en sus entrañas pias, confia, y cree, que en ellas le hallaràs. Asi mezclando sus sentidas razones, con tiernos, y profundos gemidos solicitaba aquella voz mi compasion; y lagrimas; quando el venir mi amigo la interrumpiò, y comunicandolo con èl, acrecentò en entrambos el deseo de investigar la causa, y conocer al dueño. Mas aunque lo advertimos, y procuramos con cuidado, no tuvo efecto, ni por entonces conseguimos otras mejores señas, que el vèr (que à nuestra escusa) secreta, y recatadamente, de quando en quando la propia huespeda, abriendo con su llave, salia, y entraba en el vecino aposento: y mas principalmente à las horas de comer, ò cenar: con que acabamos de entender, que alli estaba à su cargo el incognito origen de este desvelo, de quien no obstante su cuidado salimos poco tiempo despues en la siguiente forma.

Sabida costumbre es de qualquiera lugar bien governado, las visitas, que en tales casas, y estalages suele usar de ordinario la Justicia, ò yà por reprimir las estafas, y rodeos, que alli se emprehenden, ò yà para espurgarlas de gente sospechosa, mugeres, y hombres de mal vivir. A este fin, ò con tales pretextos entraron una mañana en mi posada ciertos Ministros; y no siendo muy bien agassajados de la huespeda, hicieron en satisfacion, y venganza de su enojo, lo que en razon de oficio estaban obligados. No es disforme el estilo de semejante gente;

gente. Trastornaron de arriba abaxo todo el Meson, hasta parar en el referido aposento. Avian primero entrado en el nuestro; pero como nos conocian, y aun reputaban en mas de lo que valiamos, sin inquirir en èl, passaron al siguiente, y en viendole cerrado, pidieron se les diesse la llave. Rehusòlo al principio la huespepeda, apretò la Justicia, y oyendo que afirmaba aversele perdido, creciendo la sospecha mandò descerrajarle; pero entonces, mirando mal parado su pleyto, y fingiendo que yà la avia hallado, la traxo, y se la diò; si bien primero apartandose à un lado, hablò con los Ministros, mas sin ningun efecto en lo que les pedia: pues sin mas dilatarlo abrieron, y se arrojaron dentro, y nosotros tràs ellos.

Miraron à unas partes, y à otras, y no hallando la presa que buscaban, uno mas diligente tirò de las cortinas de una cama, adonde aunque mucho se les quiso encubrir, su violencia, y furor, hizo patente al fin la persoque la ocupaba; descubriò en ella, el mas hermoso rostro de muger, que hasta entonces mis ojos avian visto. Pudo ser, que causasse el impensado hallazgo, tal encarecimiento: comenzò luego à llorar lastimosamente, y tapando la cara con las madexas rubias de un brocado precioso (tal era su cabello) con temerosa voz dixo assi à los libres Ministros: Sola tan grande publicidad, y afrenta, faltaba al colmo de mis graves desdichas, si bien no sè, que os la aya merecido, ni la causa porquè os toque este excesso, no aviendola en mis cosas, ni aun de corta sospecha. Ruegoos, que me dexèis, pues el amparo de las mugeres de mi suerte, tanto os pertenece por ser hombres, como por oficio, y razon. No pudo; siendo la suya tanta, ablandar los Ministros: hombres en quien siempre falta la cortesia, la piedad, y el decoro, y sobra al mismo passo la intemperanza, el robo, la torpeza, la rapiña, y el vicio; de suerte, que los mismos, que debieran amparar los miserables, essos los despedazan, y confunden; porque debiendo ser aquestos lo mas acrisolado, y mejor de las Republicas, son, por nuestros grandes pecados, la bascosidad, y escrementos de ellas. Mas Don Francisco, y yo, que desde que vimos aquel hermoso rostro, nos pareciò no ser la vez primera; y la huespeda, que por su parte porfiaba, y afirmaba, que se la avia dexado su marido, y que estaba esperandole; y la hermosura, y gracia, que mostraba la bella dama, facilitò su ruego, y ablandò su vigor, oponiendonos à lo contrario con respeto. Querian al principio, que se vistiesse, y fuesse à dar cuenta de sì en su compañia al Alcalde Mayor;

yor; màs ella resistiendo, y nosotros intercediendo, acabamos, que los unos lo hiciessen, y los otros esperassen en su guarda otra orden. Executòse assi, y en el interin, reconociendo yo por los estremos, y lastimas de la dama, quanto suspiraba, y temia el futuro riesgo. Aconsejandome con su parecer, y sentimiento, y animandola, para que en fee de mi palabra me siguiesse, resolvi brevemẽte el sacarla de èl. Adverti à Don Francisco, y haciendola vestir, mientras èl dando colacion à las guardas las entretenia, y descuydaba, nos salimos los dos por una puerta falsa, llegando en breve espacio donde quedò segura, y menos affigida en cierta casa de mi conocimiento. Di la buelta à la posada, y hallandola rebuelta, y mi camarada enfadado, de que me atribuyessen la tal fuga, sobre calificar mi inocencia, huvieramos de sacar las espadas, y alborotar el bodegon. Acudieron Soldados, creciò el desassossiego, supolo el Duque, mandòlo apaciguar, fueronse los Ministros, y quedamos contentos. Y en conclusion, despues de aver passado todas aquestas cosas, libres de aquel estorvo, resolvimos la proteccion fiel de aquella dama; y siempre creyendo, y sospechando, que antes la aviamos visto, assegurada con juramentos, y promessas en nuestro trato, y su mejor decoro, regalada, y servida de nuestras flacas fuerzas, acariciada del hospedage en que la agassajamos, y ofreciendola con muy sanas entrañas su remedio, y nuestra ayuda, la convencimos, y obligamos, à que nos diesse cuenta de las desdichas, que continuo lloraba. Y assi una siesta, despues de aver comido, no pudiendo resistir mas à nuestra importunacion, comenzò à relatarlas, desempeñandose con el razonamiento que se sigue:

§. XX.

NO os sea molesto, ò amparadores mios! el encubriros, y zelaros mi patria, mi linage, y parientes. Pues no son circunstancias forzosas al cuento de mis males. Supliceos, permitais, que solamente las que puedan decirse, satisfagan mi deuda. De esta suerte comenzò, y prosiguiò diciendo:

En una de las grandes Ciudades de aquesta Andalucia naci no ha muchos años. Disculpen las experiencias cortas, que mirais con los ojos el excesso, y flaqueza, que yà està à vuestra sombra: Al punto que vì luz quedè sin madre, porque falleciò de mi parto: presagio cierto de las presentes desventuras! No inducen las cosas mortales mas sazonado fruto, principios tan contrarios, y tristes. Assi como tan presto me faltò tal arrimo, no fuè mi edu-

educacion la que debiera ; ademàs, que tornando mi padre à tomar estado, diò madrastra à su hija, aversion conocida à mis flacos progressos ; y mayormente luego que cargò de hijos, no obstante, que en su hacienda, el dote de mi madre, y por el consiguiente mi herencia, era lo mas adelantado. : causa de quien se originaron todas mis desdichas. Porque olvidados facilmente los primeros empleos, abriò mi padre puerta à diversos disgustos, que entre mì, y mi madrastra fueron creciendo al passo que su enojo, y mi edad, y discurso. Con que aun sin tener diez años, tuve por bien, que mi assistencia se dispusiesse en un Convento, adonde esperando los convenientes para tomar estado, se me passaron otros seis. Mas como ni la malicia humana perdona, ni exonera tan essemptos lugares, de quien debiera justamente redundar mi sossiego, naciò el principio de mis daños.

Digo, pues, que aviendome depositado alli mis padres, la misma guarda, y la persona propria à cuyo cargo, y enseñanza entregaron la mia: essa fuè quien la puso en mayor contingencia. Tuvo aquesta señora mas mira al acrecentamiento de sus deudos, que à mis educaciones. Y no ignorando el grande, y rico dote que me esperaba, de tal suerte ordenò las cosas, que en breves dias con su resguardo, y dissimulo me hallè prendada de un sobrino suyo. Llamabase este Don Alonso, mancebo de veinte y quatro años, gentilhombre, y gallardo, ò à lo menos assi lo retratò mi corta providencia, mis pocos años, y experiencia menor. Dispusose su cebo con anzuelo tan delgado, y sutil, que ni conocì sus peligros, ni advertì mis daños, hasta aora que no tienen remedio. Hizose conmigo encontradizo una tarde en cierto locutorio, hablamonos al vuelo, y segun yo juzguè, pareciòme, que entrambos quedabamos igualmente cautivos : mas el tiempo ha enseñado, que me engañè, como muger, pues no fue assi reciproco nuestro amor, y deseo. Con todo animò este incentivo mi ignorancia, de suerte, que no tuve por dia, por gusto, ni consuelo al que no acompañassen la presencia, ò villetes de mi amante.

Durò assi mi aficion tres, ò quatro años, en cuyo termino tuve de mi padre, y madrastra para que tomasse el habito de Monja terribles persuasiones. Pero teniendo yo tan buena maestra al lado, y por el consiguiente premissas claras de lo que les movia ; aconsejadamente les respondia siempre, que lo haria, si con su beneplacito me dexassen renunciar al Convento mis derechos, y hacienda. Sabia bastantemēte su tia de D. Alonso, y aun yo lo

lo comprehendia, que no me lo avian de permitir, y tuvo igual efecto. Supoles mal mi rèplica, presumieron mis fines, y yà desesperados me reducieron à su casa. Dirè luego el intento, y aora las ansias, y congojas, que padeci, impossibilitada, y ausente de mi amor; pero quando este es verdadero, no ay guarda, no ay recato, que no venza, y atropelle. Nada teme el que perfectamente ama: fième de una esclava, y por su medio, con recaudos, y papeles se engañò mi esperanza: bien que alentada con tanta privacion. El fuego de este genero, es como el de alquitràn, mas crece, y mas se aumenta, mientras mas agua le echan: su mayor furia assiste en su opression, y mayor resistencia. Tenia yo de este rostro infeliz un retrato, pedile à Don Alonso, que traxesse otro suyo; y trocando los dos, passamos uno, y otro con mas alivio; pero en mi casa no poco importunada para que me casasse, y esto de aquellos mismos que antes me aconsejaban lo contrario. Porque à mas no poder, luego que penetraron mis intentos, y desconfiaron de los suyos, desengañados de quedar con mi hacienda, quisieron por lo menos, que mi estado se trazasse de forma, que al fin se aprovechasse alguno de sus deudos, y parientes: assi lo disponia mi madrastra, presumiendo casarme con un su hermano. Este concierto tan fuera de mi gusto, diò à mis resoluciones mas esfuerzos. Tuvo aviso mi amante, y yo traza, que buscada, y hallada de la necessidad, pudo ponerme en parte, que le hablasse una, y diversas noches: bien que guardando à mis respetos el debido decoro; porque aunque Don Alonso, y mi amor solicitaban sus efectos, todavia nunca tan ciega anduve, que expusiesse la honra à tan evidente peligro. Pediale yo, que en secreto se casasse conmigo, ò me depositasse por el Juez de la Iglesia; y si bien mi nobleza, y dote le brindaban, el verme tan sujeta, y por el consiguiente tan impossibilitada de posseerle, sin muchos pleytos, gastos, y contradiciones, le hacian dudarlo, y suspenderlo. Apretè lo propuesto, y conociendo en èl mayor tibieza, que el negocio pedia, zelosa, y afligida, atribui lo dèbil de su espiritu à la voluntad enagenada. Crei que no me amaba, segun debia, y dandoselo à entender assi, enojada, y colerica, no solo le privè de mi comunicacion, pero le pedi mi retrato, y papeles, Debia èl de saber quan arraygado, y prendado estaba en mis entrañas el incendio amoroso de su verdadero original; y assi viendo la ocasion en las manos de añadir yesca al fuego, y acrecentarle, muy à su salvo lo hizo; pues con

obe-

obedecerme, y bolverme mis prendas, sin otra rèplica, ni mayor sentimiento, me acabò de perder, y su restitucion hecha tan facilmente, me dexò mas encendida, y abrassada.

En este interin, para que yo del todo desesperasse, se aumentaban por dias las importunaciones de los mios, en quanto al referido casamiento, mas yà no era posible arrancar de mi pecho la antigua voluntad, empleada en un mozo gallardo, y confrontado con mi sangre, por sujetarme à un hombre de desiguales meritos, y principalmente mal afecto à mis ojos: dificultosamente se apetecen las obras executadas con violencia! Hice gran resistencia al que yà me amenazaba, mas tan à costa de malos tratamientos, que su excesso llegò à noticia de Don Alonso, y despertò nuestra aficion dormida. Era comun el daño, y assi reconciliandonos, y olvidado el enojo, quisimos que lo fuesse nuestra fortuna; y mayormente, quando errandolo todo ciegamente mi padre, quiso de hecho, que yo jurasse las escrituras, con que assignada la hora de su forzosa execucion, por muy breve que fuè, se anticipò la mia à salir de su casa. Esso tienen los pecados, y yerros, que forjado el primero, unos se enlazan de otros, hasta formar una larga cadena. Adverti à Don Alonso, que alentado del evidente riesgo de perderme, y assimismo de que yo me ofrecì à sacar muchas joyas, y haber, con que bastantemente, ò me pusiesse en salvo; ò pudiesse depositada sustentarme, y fomentar el pleyto. Una noche antes de nuestra fuga, aviendole ordenado ciertos puntos, y señas, aunque tardò en cumplirlas, al fin vino à ocasion que pude por la puerta darle un cofre de azero, en quien demàs de unos retratos, y papeles, iba en joyas, y dineros mas de quatro mil escudos. Tomòle, y la noche siguiente, bolviendo mas temprano, tuvo nuestra intencion dichoso efecto: y puesta en sus manos, y eleccion, fue la suya embarcarme en el rio de Sevilla, hasta aqueste Lugar. Pusimos por obra, y luego en continente se comenzò el viage, juzgando que acertavamos en huir à los primeros impetus, esperando casados à mejor coyuntura. Con tanto, aunque temerosa caminè mas alegre que lo iba mi amante. Dabame esto cuidado, y acrecentabamelo el vèr que no iba en todo el barco, el cofrecillo de mis joyas; pero sin mostrar desconfianza en un dia natural, llegamos à este Puerto, y à la posada en que me hallastes. En quien queriendo D. Alonso sin otra prevencion, ni seguridad, atropellar mi honor; no selo consintiendo sin bendiciones de la Iglesia: avergonzado de mi gran resistencia, presumiò

miò atribuir à falta de mi fee, y voluntad, lo que solo nacia de respetos honestos. No ignorè sus designios, mas viendome en su libre alvedrio, sujeta à su poder, y rodeada de tan ciertos peligros; valime de otra fuerza, remitì à las razones, y al ruego (valiente estimulo para hombres generosos) la templanza de su ciego desseo, y la satisfacion de mis verdades; y asi con este intento, acompañadas de espesas lagrimas, le comencè à decir las que se siguen. No sè dueño querido mio, de què suerte podrà mostrar mejor esta flaca muger el verdadero amor con que os adora, si yà por confirmarle, obligada de èl solo, y por obedeceros ha faltado à sus padres, à su buena opinion, y al credito, ò descredito, de quantas cosas podian en esta vida serle de beneficio, todas las he pospuesto, perdido, y olvidado, ¡por seguir vuestro gusto. Y siendo aquesto asi, muy mal se compadece, que persona tan noble, en vez de la correspondencia que me debe por ello, quiera afrentarme con tan indigna paga, ademàs, que no es justo, ni aun sè como os parece, que oy sea vuestra dama, y amiga la que ha de ser mañana uuestra muger, y esposa; en sujeto tan grave, yo sè que no ignorais, si se permite macula, ò minima sospecha. Y si la honra del marido, y muger, debe ser una misma, como gustais quitàdomela, estàr sin ella un punto? Y como tendreis despues à vuestro lado la que se viò sin ella un instante solo? Ni es posible señor, que siendo vos quien sois, mireis con buenos ojos la que entrò à vuestro talamo por caminos tan libres? No ay otra puerta que haga sus lazos licitos, sino es el matrimonio, y dilatar aqueste, anticipando asi el cumplimiento de vuestra voluntad, sospechoso parece: tratad de efectuarlo segun os lo merezco, y escusad el cansarme antes de ser mi esposo; breve es la dilacion, conformaos con lo justo, y creed Don Alonso, que quien decis que oy os mata con ella, quiere que para siempre se assegure con honra vuestra quietud, y vida. Acuerdeseos quien soy, y no aquello que puedo, como tuvisteis sufrimiento para esperar seis años, tenedle aora para esperar seis dias; y si yà todavia lo contrario mejor os pareciere, y en premio de mis buenos servicios, presumieredes dàr puerto à vuestros gustos, echando à fondo mis honestos propositos, antes quiero que me quiten la vida vuestras manos, que me dexen sin honra vuestros deseos. La espada traeis al lado, el incendio en el pecho, y à mi à vuestro alvedrio, ò concluid con vos, ò fenecer conmigo, y acabaràn vuestros cuidados, y los mios. Vos prendeis

atro-

atropellar mi voluntad, y yo que la resista es temor de burlarme; vèd si andamos conformes. Seaos aqueste mi ultimo desengaño, primero os pedirè que me bolvais à casa de mis padres; y en recompensa de ello, os servirè contenta, con quantas joyas, dineros, y preseas os tengo yà entregado, que consienta otra cosa.

§. XXI.

LLegaban mis razones al estado que he dicho, y passaran adelante, si oyendo aquellas ultimas, no las interrumpiera Don Alonso, respondiendo por el camino mas indigno, y menos esperado de lo que yo pensaba, ni aun escuchandole me atreviera à errer. Siempre mis pocos años, mucha ignorancia, y ceguedad tuvieron à este hombre por bien nacido; porque si bien sabian su cortedad de hacienda, aconsejados mi amor, suplian la falta de ella, con el valor, y credito que acomulabã à su sangre; mas muy presto hizo patente la infame, y vil, que informaba sus venas. Presto se viò mi engaño, presto su villanìa, y mi ruin emplèo; justo, y merecido castigo de mis desobediencias. Pues apenas acabò de entender la resistencia de mi resolucion, y el noble espiritu, con que haciendole (de depositario, y Mayordomo) dueño absoluto de la riqueza, y bienes que remitia sus manos, me contentaba solamente, con que me bolviesse à mi patria, quando echando en olvido las persuasiones de su amor, los incentivos importunos de su torpe deseo, solo bolviò la cara à los particulares interesses, à lo que segun mi estimacion era mas accessorio. A lo tocante al dinero, y las joyas, dirèis que à restituirmelo, ò juzgarèis que à agradecer mi animo, pues no fue assi, que fue el suyo mas baxo, mas villano, y soez. Negòme rasamente aver tal recibido, negò la entrega que en èl hize del cofre, y passando adelante, sin respeto, y decoro, me tratò de falsa, y engañosa, diòme afrentosos titulos, y sin esperar otra rèplica me bolviò las espaldas. Quisiera entonces mi triste corazon convertirse en lagrimas, como en sus ojos Argos, dàr mil voces, y gritos; pero la verguenza le detuvo, y por la misma causa no le seguì como à ladron, templòme el vèr que aunque me llevaba la hacienda me dexaba la honra, y mas me consolàra, si en cambio del dinero, y las joyas, me dexàra tambien diversas cartas, y papeles, testigos ciertos de mi excesso, y delito, y dos retratos, que yendo assi en el cofre, hacian patente, y publica la ingratitud, y injuria de sus dueños. No diò tiempo à pedirselos, huyò de mi presencia; y mes y medio avrà, que sin

ſin eſperanza le eſperò, entretenida, y amparada de la piedad, y laſtima de aquella Meſonera, que muchas veces ayudò à llorar la dificultad de mi remedio; el qual compadecido el Cielo, ſe ha ſervido al preſente de remitirle à vueſtras entrañas generoſas, quando de mis deſdichas, y confuſsiones me amenazaba la ultima.

De aqueſta ſuerte, no ſin muy tierno, y laſtimoſo ſentimiento, diò remate à ſu hiſtoria la hermoſiſsima dama: y por el conſiguiente, origen bien notable à nueſtra mayor admiracion; principio, medio, y fin, al mas arduo, y intrincado negocio que entonces nos rodeaba. Vimos con evidencia, y claridad, la prueba, la informacion, y el verdadero dueño de mi hallazgo; y como yà tocados del brazo ſuperior, que aſsi lo encaminaba, ò por efecto de la reciente confeſſion que haviamos hecho, ò por el temor juſto de embarcarnos con tan valiente eſcrute eſcrupulo, en una tan arrieſgada, y peligroſa jornada, ò finalmente, por nueſtra buena ſangre, y natural. Juntadas unas coſas con otras, y conformadas con nueſtro particular deſeo que (ſegun dixe arriba, muchos dias antes) buſcaba corte y medio à la reſtitucion. Vencidos facilmente de eſte nuevo ſuceſſo, reſolvimos el emprehenderle aora: y aſsi apurada de mis mayores ruegos; en diciendonos la dama (harto contra ſu guſto) como era de Sevilla, y ſu morada en la calle Catalanes, no aviendo circunſtancia en que poder dudar, demàs de que ſu roſtro era muy cierto original, de uno de los retratos, ſin mas eſperar, yo por una parte la hize patente el cofre, retrato, y papeles referidos; y Don Franciſco por otra, las mas precioſas joyas, que aun eſtaban en sèr.

Paſmò con ſemejante acaecimiento, la afligida ſeñora, y como ſiempre en caſos tan poco prevenidos, acuden à la idèa, diverſas objecciones, y fantaſias; y eſtas conforme à nueſtra inclinacion deprabada, ſon ordinariamente las peores. Creyò que por robarſelas, abriamos deſpachado à Don Alonſo en algun camino; y, anhelando aun entonces las cenizas de ſu paſſado fuego; no ſolo aquella imaginacion la privò el ſentido, mas à un eſtuvo en terminos (ſegun deſpues nos lo contò) de abandonar ſu honra, y ſalir à la calle, pidiendo à voces el caſtigo de nueſtra preſumida maldad, con que ſi aſsi lo huviera executado, quedàra nueſtro buen zelo, premiado harto, al contrario de lo que merecia. Pero haciendola ſaber menudamente, quanto yà aveis oido, las palabras, las ſeñas, el termino, la hora; traido todo aqueſto à ſu memoria, ſe viò libre de dudas, y menos alterada.

El gallàrdo despejo de nuestro ofrecimiento, y restitucion, la acabò de satisfacer, y confirmar en nuestro proceder; arrojandose à los pies de entrambos; y sin cessar de encarecer obra tan increìble, de nuevo se puso en nuestras manos, y de nuevo librò en nosotros su remedio. Procuramoslo assi, entendida su voluntad, que era recogerse à un Convento, para lo qual, aunque dexamos à su disposicion quanto teniamos; ella anduvo tan noble, que se contentò con lo menos. Dimos cuenta al Religioso Dominico, y encaminados por su orden, y traza, propositos tan justos tuvieron efecto. Tomò la dama el havito en un Monasterio de Xerèz, y nosotros depositado el dote, las propinas, y gastos para su profession, y comprando para su regalo, y avio una poca de renta, la dexamos alegre, dando al Cielo las gracias de aver assi atajado su mayor perdicion. O quan dichosa, y acertada eleccion hace la honesta dama, que antes se acoge à tan divino asylo, cerrando en èl las puertas à los grandes combates, y peligros, que la castidad corre con el trato, y conversacion de hombres mozos, y libres; que como ociosos, y peor inclinados, por la mayor parte juzgan por vida mal gastada, la que no emplean desempedrando calles, y solicitando, y pervertiendo su mas precioso, y virginal tesoro: el qual no todas veces sale de estos aprietos con el vencimiento, y laureola que aveis oìdo. Por esto debe recibirse con tiempo tan saludable antidoto; mejor es que aunque cueste dolor, se anticipe la clausura momentanea, y temporal del cuerpo, que no se arriesgue la eterna carcel, y prisiones del alma.

Yâ el tiempo abria camino en las procelosas ondas del Occeano, vino à San Lucar nuestro General Don Luis de Cordova; y con el primer viento nos hicimos à la vela en su mismo galeon; mejor dixera, confusion abreviada, carcel voluntariosa de locos, ignorantés, y codiciosos. Mas en tanto que damos vista à las Canarias, passamos el temeroso golfo de las Yeguas, nombrado, assi por las que en èl se le perdieron à su mayor explorador. No escuso el oponerme à muchas objecciones, que si entonces, como despues acà, han puesto algunos menos piadosos, que curiosos, al generoso efecto de nuestra restitucion. Y no ay duda, sino que como la malicia humana tiene tantos valedores, quantos contrarios, y emulos la virtud. Mas avrà parecidoles afectada, y compuesta la que alli exercitamos, que verdadera, y real, y segun sucediò. Pareceràles, que no se compade-

cen con nueſtra edad, y vida acciones tan heroycas; porque la impiedad de ſus animos, no les dexa ahondar mas profundos cimientos: ſon los ſuyos de arena, y como deleznables, cotejan, y regulan por sì miſmos los efectos agenos: niegan los tales, à ſu modo, otra mas ſoberana previdencia. Pero baxèmos las cuerdas al diſcante, torzamos puntos à las clavijas, y vengamos à exemplos. Suele ſer eſte genero de doctrina (yà lo he dicho otras veces) mucho mas eficàz para convencer, y perſuadir; y aſsi no ſerà fuera de propoſito calificar el mio con un caſo de la propia materia, y ſin comparacion de mayor conſequencia; el qual me refiriò en el progreſſo de aquella embarcacion cierto Capitan, hombre de largos años, y experiencia. Moviòle à ello averle yo contado el de mi reſtitucion; y preſumiendo acreditarla con algunos ſoldados, que la dificultaron; deſpues de un corto preambulo, en que alabò el ſuceſſo, y abonò ſu verdad, para mas allanarla, comenzò el ſuyo, diciendole en la ſiguiente forma.

No ha treinta años, que paſsò en Aragon el caſo que ſabrèis al preſente; que no ſolo harà facil el que yà avrèis oido, mas aun ſoſpecho, que le ha de dexar muy atràs en vueſtra eſtimacion: ruegoos, que le eſcucheis atentos: En cierto Lugar pequeño de aquel Reyno vivia un hombre llano, cuyo caudal no paſſaba de ſetenta ducados; eſte, pues, tuvo modo para hacerlos moneda, y con ella ſe entablò con un tratillo, donde bautizando los vinos, y revendiendo baratijas menudas, con falſos peſos, y medidas ganò mas de tres mil y mas, en lo reſtante de ſu vida. Tuvo eſta fin; muriò, y entrò en la herencia un hijo de veinte años, tan cuerdo, y deſeoſo de ſalvarſe, como el padre avia andado remiſſo; porque el Cielo muchas veces, del peñaſco mas duro, del pedernal mas toſco, ſaca las fuentes saludables, y puras. Eſte mozo virtuoſo, teniendo delante de los ojos la ruina de aquella alma, guiò mejor la ſuya, y queriendo con entrañas piadoſas deſcargar à ſu difunto padre, sì bien era dificultoſo el modo de tal reſtitucion, ſu grande caridad le abriò camino: mas què impoſsibles no atropella, què dificultades no vence eſta excelentiſsima virtud? Siguiò, pues, las piſadas del padre (digo en quanto al oficio) pero con muy diferente proceder; porque ſi aquel vendia ſus vinos, y coſas comeſtibles, con peſas, y medidas diminutas, y faltas; eſte al contrario, creciendo unas, y otras mas de la ordinaria taſſa, y peſo, fue poco à poco ſatisfaciendo al pueblo por unos miſmos filos, haſta que el tranſcur-

curso del tiempo, perdiendo siempre, y nunca grangeando, le dexò sin hacienda, y en la miseria, y escaseza de sus principios; por cierto obra admirable, y por sus requisitos, y circunstancias (baxeza del sugeto, escusa, y buena fee, à la possession de la hacienda heredada, y no adquirida, piedad, y amor con el difunto padre) mas que de hombre mortal: y juntamente por la disposicion discreta de la restitucion, rigor notable en executarlas; digna de eterno loor, y de inmortales laminas. Mas nunca Dios olvida à los que por su causa acometen tan heroycas empressas. Diòle doblado el galardon. Tenia por costumbre este mozo, yà en su prosperidad, y yà en su pobreza voluntaria, acoger, y alvergar en su casilla los mendigos, y passageros que hallaba por las calles, sin posada, ni abrigo. Y acaso en tal empleo, cogiendole una noche muy cerca del meson, viò que con estàr lloviendo muy apriessa, despedian de èl à un hombre de acavallo, diciendole, que no tenian posada, siendo lo cierto, que si se la negaban, era por parecerles, que venia muy enfermo, y ello era assi sin duda, mas lastimòle tanto à nuestro pobre mozo, que no obstante, que la estofa del huesped, y su persona noble, mostraban calidad diferente, que las que èl acogia, ni pedia su estrecheza, con todo esso, alentado, le propuso su intento, y el forastero tanto al fin se viò apretado de sus ruegos, del aguacero, y hora desacomodada, que lo huvo de acetar, y seguirle à su casa; adonde despues de aver buscado de comer à la mula, y aposentadola, no teniendo mas que una sola cama, ofreciendosela con dos sabanas limpias, le hizo acostar en ella, y le lavò los pies. Venia (algo achacoso el huesped, y aquella noche por el gran cansancio del camino, ò por estàr calado de la enfadosa lluvia, le creciò su dolencia, tan apretadamente, que huvo de dexar suspendida la jornada. Mandò llamar un Medico; y finalmente, sin reservarse gasto conveniente à su cura, servida, y ordenada esta, con entrañable amor, y paciencia del virtuoso mancebo; y yà menguando, y creciendo con diferentes accidentes, en veinte dias que le durò la enfermedad, le llegò el ultimo, y final de su vida, en quien haciendo testamento, y declarado ser un Cavallero Italiano, y rico, que por su gusto, y curiosidad andaba viendo el mundo: dispuestas largamente las cosas de su alma, diò dineros para que le depositassen, y dixessen Missas: y concluyò, nombrando por heredero absoluto de quanto en su casa

avia metido: vestidos, mula, coxin, silla, y portamanteo, y otras alhajas, à su honrado dueño: encargandole mucho, que en recompensa de ello tomasse por su cuenta el despacho, y avio de unas cartas, que para Italia dexaba en su poder. Con esta ultima voluntad espirò, y enterrado su cuerpo, tratò con dilacion el expediente de su descargo, sì bien juzgaron, no pocos del Lugar, semejante gravamen por mayor que la herencia; pues de aver de embiar proprio con los despachos, que quedaban, poco menos, saldria comido por servido. Pero dispusolo de otra manera el Cielo, porque al querer desembarazar la maleta, entre el aforro de ella, hallò pegados con engrudo docientos doblones, y haciendole este cebo curioso explorador, remirando una, y diversas veces los vestidos, y alhajas en las bueltas de las botas de camino, descubriò otra mina, y entre la borra, y fustes de la silla, otra no menos rica. Serian por todos mil y quinientos ducados; con que dentro de breve espacio bolviò su casa al aumento, y valor en que su padre la dexò, bien que mejor sin duda, por ser aquesto adquirido, y grangeado con su gran caridad, y aquello con robo, y daño general del Lugarcillo. Assi tan de contado tienen las obras de este genero satisfacion, y paga: y aun no parò en lo dicho la presente, porque Dios (como lo que por su amor se dà à los pobres, lo recibe emprestado) no solo en esta vida buelve ciento por uno; pero para la eterna, y perdurable ofrece la Bienaventuranza. En fin, nuestro buen hombre, con persona fiel remitiò la carta; diòse en Italia, y su madre del muerto, que era una señora muy poderosa, despues de aver llorado le, embiò por su cuerpo, y mas agradecida, en cumplimiento de las recomendaciones de su hijo, con los mismos que vinieron por èl, le embiò muchas joyas, muchas ricas preseas, con que oy ha llegado à ser el mas bien hacendado de su tierra; y aunque ha cargado de hijos, no por ellos ha aflojado en el alvergue de los pobres, gastos, y limosnas continuas, necessidades publicas, y secretas de todo aquel contorno, antes parece siempre, que andan èl, y los Cielos en competencia: estos, à aumentarle los bienes, los ganados, y frutos; y aquel, à despenderlos en semejantes obras; pero fuerza es que ha de quedar vencido; porque aunque la caridad de los hombres sea muy prodiga, la largueza de Dios es infinita, tiene mucho que dar, y siempre le queda el brazo sano. Veis aqui el milagroso efecto de la restitucion, y las grandes ventajas que tiene aquesta, à la que aveis juzgado

gado

gado por imposible. Dixo assi el Capitàn, y concluyò su piadoso exemplar, no sin consuelo, y admiracion de quantos le escuchamos embidiosos, y algunos mas de la caridad del Tabernero, que de su buena dicha, y prosperas riquezas, porque à estas solo las acompaña en nuestra corta vida una felicidad, que es à saber expenderlas, y en su distribucion consiste su bienaventuranza: quien esta acierta, abraza en sì, de todas las virtudes la mas suprema, que es la Justicia, cuya excelencia pende de su distribucion. Siembra buenas obras, y cogeràs el fruto de ellas; consejo es de un Gentil. Assi lo escrive Tulio, bien es, que le sigamos, pues al contrario vemos, que el avariento escaso, èl mismo es el origen de su miseria, y ruina; para ninguno es bueno, y para sì es muy malo, efectos tristes son de su fortuna prospera; que assi como ella es ciega, assi quita la vista, y embriaga à los que favorece. Pocos ricos vereis, que no sean muy sobervios, y muchos vicios ay donde ay muchos tesoros; y pues los depravados, y viciosos pueden gozar riquezas, no assi deben llamarse, ni aun tenerse por bienes los que posseen los tales; no es licito, ni justo, que se les dè este nombre, à los que mientras mayores, y mas crecidos son, mucho mas se apetecen; mayor hambre; y sed causan, y siempre aumentan las ansias, el rezelo, y cuidado, ù nunca menguan su deseo, y agonia. Y assi el prudente, y cuerdo no los ha de adquirir, mas que para expenderlos, como Despensero, y Mayordomo de aquel alto Señor, que los concede solo à este glorioso fin, y para que imitando exemplos tan ilustres, como el que aveis oido, se anime à merecer otra igual recompensa.

§. XXII.

JUsto es que yà bolvamos al viage, cuya navegacion fue felicissima, como tambien lo fue la venta, y la salida de nuestro emplèo; mas nada se igualò à la que tuve en el papel, y agujas: escuso el escrivirlo, porque no se desacredite mi verdad. Uno, y otro lo tocante à mi parte, valiò seis mil ducados, porque aun de los vestidos propios me deshice. Assi buelto en patacas el caudal, y las joyas, esperàmos mi camarada, y yo el bolver à España, como en efecto se hizo, sin que en todo el camino nos sucediesse cosa digna de ser contada; solo à mi en Puertovelo, Cartagena, y la Habana, luego como lleguè, y despues à la buelta se me antojaron, y supieron siempre aque-

llas tan decantadas, y peregrinas frutas, que escrive el Docto Acosta, y el Palentino, y otros encarecieron (digo los Platanos, Guayabas, Zapotes, y Guacates;) antes à xirapliega, y unguento blanco, que à los sabores dulces que refieren, y escriven; y trocàra contento quantas mirè en las Indias, por seis guindas de España, dos peras Bergamotas, quatro ubas moscateles, ò un melon de Guadix.

En fin llegamos à San Lucar, y antes de sacar nuestras caxas, salimos à prevenir posadas, ù à tomar la que tuvimos al principio. Mas para que se confirme la constancia con que variò conmigo la fortuna, pondrè en estos discursos el trance que en la tierra nos tenia aparejado, porque con èl templassemos las suertes venturosas que nos concediò en el agua. Fue, pues, que apenas pusimos los pies en el meson, quando como en los ayres nos hallamos cercados de un tropèl de corchetes, y Alguaciles, cuyas voces, espadas, y alboroto aumentò el nuestro, tanto como sus ahullidos, y protestas. Unos imploraban al Rey, y otros al Duque, y todos se encaminaban à prendernos, y salieran con ello, si tan vario lenguaje, y su mal termino no nos obligàra à sacar las blancas. Comenzamos con gran resolucion à resistir su intento; pero fuera muriendo, ò por demàs, si à la pendencia, ò ruido no acudieran mas de treinta Soldados del Armada, con cuya ayuda, por hallarnos muy cerca, tomamos el Convento de Santo Domingo; de adonde aun creo nos sacàran, si creciendo el rumor, y llegando aun mas gente, no se metieran enmedio diversos Capitanes, que con su autoridad, y ofreciendose à entregarnos à la Justicia, siendo caso de hacerlo, templaron el negocio, si bien su fundamento no era assi como quiera de tan facil salida. Justo es, que la sepais, antes que prosigamos la causa de mi peligro.

Yà se os acordarà del cuento de la dama, referido en San Lucar, y en èl del desamparo, y fuga en que la dexò su amante Don Alonso, al arbitrio, y piedad de aquella Mesonera. Es de entender aora, que la misma tarde que aquello sucediò, ciego de su passion, y arrepentido, y mucho mas confiado de su secreto amor, se bolviò à Sevilla, pareciendole que la dama tambien, viendose sola, le seguiria despues, y se reconciliaria con sus padres; mas haciendo la quenta sin la huespeda, frustrada su esperanza, dentro de quatro dias, revelando la esclava (archivo de esta historia) à su afligido padre quanto ya aveis

oido,

oìdo, el galàn fue preso, y tan apretado en la Carcel publica, que sin embargo de su nobleza (como quiera que los delitos eran indignos de ella, pues se le acomulaban el quebrantamiento de la casa, el rapto de la doncella, y el hurto de las joyas) fue condenado aun antes de dos meses à tormento, y executado con rigor, castigo merecido, sino de los excessos contenidos, à lo menos de la ingratitud, y villania, que usò con su dama. Finalmente el acervo dolor hizo patente el caso, publicò su vileza, la ocasion, y el lugar donde le avia desamparado. Y con tanto, mientras con nuevos Autos se procedia à sentencia, acudiendo su padre al referido puerto, y no hallando en el meson que estaba declarado otro rastro de su hija, que el que la huespeda, y los Ministros de justicia sospecharon de nosotros, el dia que quisieron llevarla ante el Corregidor, cierto de que sin duda se avria embcaardo en nuestra compañia. Previno à la Justicia, para que nos prendiesse à la buelta, como aora se pretendia; bien que esto se impidiò luego, que supimos la causa, porque dando razon al Religioso Frayle del aprieto presente, como èl avia sido el instrumento de nuestra buena obra, assi ayudandonos à la calificacion de su verdad, tomando consigo al padre de la dama, se fue à Xerez, donde satisfecho, y alegre en viendose con su hija, no solo diò por bien empleado quanto ella nos diò (pues siendo de su dote, y legitima lo pudo hacer) empero nos quedò para siempre obligado, y agradecido. Publicòse este caso, y nuestro proceder, llegando à los oìdos del Duque, y à noticia de nuestro General, y de toda la Armada, se celebrò con aplauso, y estimacion comun; viendo nosotros, aun en aquesta vida pagado (aunque en bosquejo) el galardòn, y premio de nuestra buena obra.

Professò Don Elvira, (fue entonces su nombre) y desde aqueste punto, con visitas, y cartas, comunicandonos continuamente, perpetuamos el fraternal amor, que nos dura hasta oy. En este medio Don Alonso, que yà estaba sentenciado à degollar, fue perdonado de su padre, y saliò de la Carcel con destierro al Peñon; y Don Francisco, y yo, yendonos à Sevilla, mientras los Galeones invernaban, nos comenzamos à dàr à la buena vida, èl prosiguiò, y aun consiguiò los antiguos amores de Rufina; bien que con tantas costas, como despues dirè; y yo mas reducido, pareciendome justo el acordarme de mis padres les

hice un mensagero , y en teniendo respuesta , y aviso de su salud , parti con ellos segun mi obligacion , y sus muchos trabajos ; accion por quien el Cielo patentemente me librò de infinitos.

Casi se me iban olvidando los que padecieron entonces mis quatro amigos viejos. Pero Vazquez , Geniz , Felizes , y el Mulato : supe , que del primero (quando lleguè à Sevilla) avia hecho justicia el Assistente , Marquès de Montes claros, acomulandole lastimosos insultos, muertes assesinas , robos, y estafas sin medida. La novedad de aquestas me obliga à relatar algunas: Era Pero Vazquez valiente , temerario , y sobervio , y sus supercherias train cuidadosos à muchos. Entrò una noche en cierta casa de gula , y aviendo cenado , y hecho de escote mas de cien reales èl , y sus camaradas , vno de ellos,que venia de concierto, sobre assentar la cuenta , tuvo palabras con el huesped , hasta llegar à desmentirle. Fingiò entonces averle pesado de su descompostura à Pero Vazquez, y queriendo reprehender al actor, alabando el buen trato de su casa , y bolviendo à sabiendas por el dueño , se encendiò, entre los dos amigos una mortal pendencia , en la qual embistiendose al punto , à las primeras idas , y venidas cayò el compañero , echando de la garganta , y boca espadañadas de sangre , y dando dentro de breve espacio tres boqueadas. Tal fue,segun el parecer , el fin de la tasquera , despues de la qual , no sin gran turbacion, viendose en tal peligro , cerrò el pobre figon su casa , y comenzò luego à despejar ; y poner en cobro las alhajas , y bienes, para escapar de la Justicia.

No estaban mas testigos de fuera , que Pero Vazquez , y los suyos , por ser la media noche , y porque cautamente se avian esperado , y detenido hasta aquella hora. Y assi mas à su salvo , viendo el alboroto de la gente ; tomò à una parte el huesped , y concertando el daño venidero en ducientos ducados , se obligò à hacer callar con ellos à sus camaradas , y sobre todo à dàr con el difunto cuerpo en Guadalquivir. Mirò abiertos los cielos el que tal escuchaba , diòle al punto el dinero , y entre una , y dos de la mañana los unos tomaron al compañero acuestas , y los otros assegurando las esquinas , dexaron al huesped tan agradecido , y consolado , que creyò le avian assi del todo redimido su hacienda. Pero Vazquez , y sus amigos, en llegando à la Torre de la Iglesia mayor partieron dulcemente los opimos despojos,

dan-

dando al hermano muerto, que reviviò à esta sazon un tercio mas de parte, por lo bien que avia fingido, y representado su figura, y puestose en la garganta artificiosamente una tripa de sangre, tramoya que inventò su malicia, y aprovechada à tiempo, como ya aveis oìdo, realzò de punto los quilates de esta tragicomedia.

No fue la que se sigue de menor artificio. Tuvo noticia de un Mercader muy rico, que con fama, y opinion de Morisco se avia venido desde Valladolid à vivir à Sevilla. Supo su casa, y tienda, y pensando otro embuste, con sus tres camaradas se fue una tarde à ella. Pidiò, llevando consigo un Sastre, que le mostrasse paño para un vestido, y hizo sacar para ello diversas piezas de Baeza, y Segovia; y andando entre unas, y otras escudriñandolas; sin ser visto, ni oìdo; escondiò en los dobleces de la que mejor le pareciò, una caxa cerrada, y mandò bolverlas à la percha, diciendo, que no le agradaba ninguna. Con esto diò la buelta à otras tiendas, y en conclusion no tornò à la primera hasta el siguiente dia, en quien muy de mañana, porque no huviesse gente, bolviò à plantarse dentro, y à rebolver los paños, y pidiendo unas piezas, y desechando otras, nunca se satisfizo menos que con la misma que ocultaba el secreto embeleco, de alli ordenò, que comenzassen à medirle; y no parò hasta que diò en el doblez donde escondiò la caxa, que era bien plateada, aunque de hoja de lata. Tomòla el sacre, fingiendo admiracion, y alàbando la hechura, hizo muestras de abrirla; pero cayendo entonces de hozicos el codicioso Mercader, reprobando en èl tanta curiosidad, y juntamente el entremetimiento de su hacienda; y creyendo que la caxa encerraca algun rico tesoro, se abalanzò por ella, diciendo à Pero Vazquez, que no la abriesse, ni tocasse, porque estaban en ella cosas que importaban no verse. Mas como el cauto artifice solo se esperaba à este punto, à que con razones, y afectos semejantes confessasse ser suya; apenas la soltò de la boca, quando descubriò la caxuela, hallando dentro bien diferente joya de la que presumia el Mercader. Era esta no menos que un Mahomita de oro, digo sobredorado, con la Luna à sus pies, el Alcoràn en la mano, y otras diversas circunstancias que agravaban el caso. Quedò muerto el Morisco, y todos los circunstantes camaradas espantados; y absorto passò la suspension, y el autor de la maquina levãtando la voz, comenzò à maltratar al Mercader, y entre agravios, y injurias à decir, que fuessen à lla-

llamar à la Justicia. Aqui fue el lamentarse el triste Arabigo, y el llorar, y gemir, y aun el negar à pie juntillas la possession, y sabiduria de la caxa, que poco antes avia su avaricia confessado. Echòse à los pies de Pero Vazquez, imprecò la intercession, y ruegos de los cantos amigos, y en conclusion ofreciò, sin pedirselo, satisfacer con larga mano su silencio, y secreto. No venian à otra cosa, ni el Christiano nuevo estimò en una paja quatrocientos ducados que diò por su rescate: con lo qual, y otros semejantes insultos, acomulados à sus graves delitos, y à una gran resistencia que hizo al propio Asistente, fue puesto à Pero Vazquez en manos del verdugo, padeciò por justicia, y felices, no dos meses despues, fue condenado à moneda de vellon, y Xeniz matò à traicion al valiente Mulato, y à èl le sobrevino el mismo fin que el de sus compañeros, el mismo paradero, y desventura, de quien nunca escaparon la malicia, y el robo. Y asi no imagine ninguno, que porque muchas veces prevalezcan los malos en esta vida, se ayan al cabo de quedar sin castigo. Ley justa, y santa es, que sea remunerado con beneficios, y mercedes el que siempre obrò bien, como por el contrario, compelido, y atormentado el que siempre hizo mal.

Mirad si aquestas cosas me harian abrir los ojos, y assentar el pie llano. No sè si Don Francisco igualaba mi intento, porque la ceguedad de sus amores le traian remontado, y los mas dias encubierto de mi. Cosa que sentia yo con voluntad de hermano, y mayormente viendo que el reprehenderle la ruina, y perdicion, que con gastos exquisitos, y grandes le encaminaba muy apriessa Rufina, fuesse parte à enfadarle, y à que se deslabonasse nuestra amistad, y compañia; llegando aquesto à tanto, que quando menos esperaba la dama con su tia, y èl con quanto tenia se desaparecieron de Sevilla sin hablarme palabra.

Este fin tuvo por aora aquel cordial amor, y correspondencia, que con tantos Sacramentos, clausulas, y firmezas establecimos mi camarada, y yo. Sucesso, que casi lo estimè por imposible: mas que vinculo estrecho, que Religion, que obligacion, y juramento, no romperà la fuerza de aquel indomito, y furioso rapàz. Mal pueden governarse dos ciegos, cierta es su precipitacion, y caìda. Quiero asi disculpar à mi primero amigo, y consolar con tal escusa mi justo sentimiento. Confiesso que me durò muy largos dias, y que fue necessario que otro dolor mas grave le sacasse del pecho. Fue este aquel infelicissimo viage del

del buen Don Luis de Cordova. La ultima jornada que hizo à las Indias, donde favorecido bolvì aora en su compañia, bolvì à hacer nuevo empleo, y à salir de èl en ella con dichosa ganancia. Converti con efectos en barretillas de oro, enfadado del embarazo que me dieron los reales de à ocho Mexicanos en el passado viage, y por la facilidad, y poco bulto de tan rico metal.

§. XXIII.

ACOmodòse el tiempo; y estando yà embarcado para bolver à España, un pequeño disgusto que tuve en el galeon (era la Capitana) me obligò à salir de èl, y en forma de castigo, mandandolo Don Luis, me pusieron en otro, llamado S. Christoval. Accidente, que èl solo inopinadamente me dexò (por lo menos) lo mas rico, y precioso que se estima en el mundo; presto lo entendereis.

Daba mi General, juzgando los vientos favorables, gran prisa à la partida, y el Piloto mayor, hombre de notable experiencia, contradecia su efecto, oponiendose con razones bastantes à tan grã parecer, mas no le aprovecharon, porque estaba del Cielo decretado su miserable fin. Cerròse de càpiña D. Luis, y el Piloto corrido, y aun desdeñado, de no verse creido, pidiò licencia para saltar en tierra; y dandosela, hizo en ella su testamento, dispuso de su alma, y bolviendo à la nave, dicen que protestò el peligro en que iban, y que como unico, y experto marinero, enseñado del tiempo, temiò adversas señales, opuestas conjunciones, y anunciò nuestra pèrdida.

Salimos, pues, de Cartagena sin embargo de todo, y dentro de ocho dias, ò poco menos, vimos su cumplimiento, y en su tanto la mas grave desdicha que hasta oy llorò España. Ibamos caminando en conserva, no sin este, y otros muchos recelos; quando sobre los baxos de la Serranilla, cerca de la prima noche, nos salteò un uracàn, con furia tan diabolica, que en un instante todos los Galeones nos perdimos de vista; podrè contar el sucesso del mio, el qual fue el que se sigue: Escuciòse el Cielo con horrendos nublados, y los ayres bramaron de repente, levantando las hondas sobre los dos Castillos de popa, y proa: tambien al mismo passo, que fue entrando la noche, creciò un bravo sueste, y con tan espantosa, y desacostumbrada violencia, que luego al punto temblamos, y advertimos el ultimo rigor, y calamidad. Con este sobresalto comenzamos à usar de los remedios tristes, que entonces se acostumbran; alijeraronse pesos, las caxas, las haciendas, y hasta la plata misma, quanto se

ha-

hallò sobre cubierta, y en baxo de la puente, todo lo viò la mar, todo lo amontonò en sus entrañas cavernosas; si bien mis barras de oro, con silencio profundo, acompañaron siempre, fueron alegre epictima à mi afligido, y turbado espiritu. Embraveciase à mas andar, aquel monstruo indomable, batallaban bramando los dos furiosos elementos, y pareciò precisso que se les apartassen de delante, todas aquellas cosas que pudiessen hacer pressa sus garras. Cortamos los mastiles de gavia, y arrojaronse al agua las caxas de reserva; y viendo que ni esto basta, y que el ayre crecia, y las olas se levantaban à las nubes, lanzamos fuera (sino el artilleria) la municion, y parte de su avio. Assi corriendo en tan amargo termino, nos embistiò por proa un gran golpe de mar, que casi al retirarse nos arrasò el timòn, y en breve tiempo quedamos sin govierno, y la nao en travès la mayor parte de la noche. Pero aquel Dios inmenso à quien llamabamos humildes, y afligidos, diò aliento à nuestras fuerzas, traza, y arbitrio conque la nave governasse, y empezasse à virar luego que fue de dia. Mas en aqueste punto (serian entonces las seis de la mañana) nos sobrevino otro accidente nuevo, y nunca oido. Cercònos con espantoso horror un nublado tan negro, que de imprevisso nos dexò mas à escuras que si fuera la mitad de la noche: No menos se juzgò la cerrazon, y sombra, de quien se entapizò el hermoso Cielo, y de suerte, que tan solo se veian los miseros celajes, las vislumbres horrendas que formaban al romper sus encuentros, las impelidas hondas, los relampagos fieros con que se hendian las nubes, dando espantosos truenos, y estampidos. Y en tan grave conflito, quando el rumor del viento, los bramidos del mar, el cruxir de las jarcias, las voces del Piloto, los gritos roncos de Marineros, y Soldados, el trabucarse aqueste, el levantarse el otro nos tenia à todos llenos de amargas lagrimas, confusos, y sin ningun sentido, si alguno nos quedaba, acabò aora de quitarnos otro golpe infernal, que en un instante se llevò tràs de sì el mastil del trinquete, la vela, verga, y jarcia, y el de la cebadera, el Castillo de proa, quatro Soldados, y un pobre passagero: diò al traste con la puente, y hizo dos mil pedazos el batèl de el galeon, y este mismo se viò, de la popa à la proa, cubierto de las aguas por un muy largo espacio. Llamamos todos, dandonos por perdidos, con lastimosas ansias à la Virgen Santissima: y como los que yà tenian la muerte entre los labios, en confuso rumor, nos comenzamos à confessar (tan turbados estabamos) los unos à los otros; y no desanimados con esta

ac-

accion piadosa, acudiendo à la bomba, mientras con furia, y prisa procurabamos juntos dilatar nuestro fin. Tres refriegas de viento, governadas de un impetuoso torvellino, nos arrebataron con mastil mayor lo restante, y essencial de las jarcias, quebrantando al caer diez y siete hombres, que luego fueron echados al mar, la qual enfurecida, y mas que nunca sobervia, y procelosa, quando desconfiados de la vida, y sin ningun remedio, abandonabamos el navio, por particular favor del Cielo, bolviò atràs con nosotros. Y puedo decir, que milagrosamente, despues de varios casos, y sucessos notables, nos metiò en Cartagena, adonde sin comer, ni dormir (el tiempo que durò la tormenta) llegamos tan desfallecidos, y acabados, que casi aun mirando la deseada tierra, nos faltaba el aliento para salir à ella; y aun pisandola luego, no creiamos nuestra buena fortuna, ni que estabamos libres de el alterado Occeano.

Alli paramos los que llegamos vivos algunos dias: no estaba el galeon para bolver al agua, mas no obstante, sabiendo yo que iba à España una caravela de aviso de aquesta desventura, tal fue mi mucha diligencia, y solicitud, q̃ me embarquè en ella, y abonanzando, salì, y en treinta y quatro dias, gozè los campos de la antigua Vandalia. Entrè en San Lucar con mi caudal entero, y todos los demàs con bien diversas lastimas.

No tuvieron la ventura que el mio los restantes galeones, derrotados à unas partes, y à otras se perdieron los mas, muriendo en su naufragio aquel buen Cavallero Don Luis de Cordova; y yo siguiera igual calamidad, si antes no permitiera el Cielo, que me mandàra sacar, por lo que arriba dixe, al Galeon San Christoval. Renunciè para siempre tan arriesgado oficio, hice mis barras doblas; y sin mayor espera, teniendo luego como lleguè à Sevilla cartas, de que mi padre estaba muy al cabo, con un mozo de mulas, èl en una, y yo en otra, tomè el viage de Cordova, y por mis passos contados arribè à Malagòn al quinto dia. Es Lugar regalado, aunque en los precios Venta: comì, y aviendo descansado, con harto frio proseguì la jornada, y por priessa que dimos, era muy bien de noche, quando nos acercamos à las nombradas, y conocidas Ventas de Arazutàn. Iban floxas las mulas, y sus amos sedientos, y para remediar esta necessidad, hallamos (lo que à nadie suceda) sin morador el estalage: pensè desesperar, y el mozo anduvo en terminos de ahorcarse, pero advertido, que estaba cerrado por dedentro, apeòse, y llamò, pero no le respondieron. Veiase

por

por entre las rendijas una confusa luz, y este pequeño indicio le engendrò nuevo espiritu: diò à la Venta un rodeo, y por el trascorral, hallando un buen portillo, saltò, y calòse en ella, abriendome las puertas. Tuvelo à buena dicha, y en dexando la silla (mientras el criado trastornaba la lumbre) quitè el portamanteo, y descarguè el coxin. En esto andaba mi obra, quando la interrumpiò el vèr subitamente, que muy desalentado salia huyendo de un aposento el mozo, no es assi de creer su espantosa carrera. Turbòme el corazon, venia cayendo, y levantando, y con terribles gritos, bolviendo la cabeza àzia atràs, como si verdaderamente algun demonio le viniera siguiendo. Creilo por sin duda, y sin mas dilacion, desnudando la espada, acudì à su socorro; pero juzgando el pobre, que yo iba à detenerle: tal fue su desatino, y miedo, que atropellò conmigo, y me echò à rodar; mas ni por esso se me fuè de las garras, asile, y que quiso, que no quiso, se estuvo quedo: sì bien no respondiendo à ninguna pregunta, solo satisfizo à las mias, señalando con las manos, y rostro el aposento dicho. Con lo qual, sin mas interrogarle (por vèr el desengaño, y salir de este encanto) no sin algun rezelo me arrogè por sus puertas, cosa, que apenas hice, quando me hallè delante un bien notable, y espantoso espectaculo. Estabatendido en aquel suelo sobre un paño de cama un cuerpo amortajado, q̃ con la escasa luz de un candil, tan mala vez determinè ser de hombre; y dixe tan mala vez, porque la ferocidad de su espantable rostro, buelto en blanco los temerosos ojos, la boca abierta, y el pelo enherizado: no me dieron lugar à mayor cala, y cata, y con todo esto saquè por conjeturas, que era el triste Ventero; y esta mi presumpcion me causò mas horror, y disculpò bastantemente la confusion de el mozo. Alentème, y llamèle, y assi juntos en compañia, uno tomò la luz, y otro comenzò à desvalijar el aposento. Hallamos colgando de unas perchas, y en otros apartados, longanizas, morcillas, y solomos, vino, queso, azeytunas, pan, y cebada; y hinchendo las alforjas, los vientres de las mulas, las tripas de las botas; y diciendo dos responsos al alma del difunto, antes que nos tomassen cuenta, cerrando, nos salimos al campo, supliendo la deseada refaccion con parte del despojo grangeado en tan breve guerra. Mas no sè si lo hizo el engullir de valde, y otra secreta causa, que ello en toda la noche, aun que caminamos muy largo, dexò el sueño al criado, con lo qual huve yo de ir alerta; y viendo, que la senda, y camino se nos enmarañaba por unos encinares, con-

consideràndo, que ibamos à perdernos, se lo adverti à mi mozo; con que dexando de dormir, y mirando àzia el Norte, hablò un pequeño rato con las siete cabrillas; y despues muy confiado, dixo, dando un bostezo: Dexese voarce llevar, seo mi amo, que enderechura vamos à Toledo. Assi lo hice, pero à èl le engañò Baco, y à mi su confianza; pues al cabo de aver andado rebentando casi toda la noche, al apuntar del dia (no sin grande disgusto) me hallè sobre la misma Venta, de donde aviamos salido. De esta suerte escotamos los daños referidos, sin que nos valiesse el refràn tan valido en el mundo, de quien hurta al ladron, &c. pues una vez que quise executarle por ganar sus perdones, me saliò casi al doble, perdiendo una jornada de camino. Con todo dissimuladamente llegamos à la puerta à pedir de beber; y al darnoslo un tasajo de baca, un pulpo en carne momia: digo una mugercilla, enquadernada de raices de enebro, con un barredor de horno por volante en el rostro, y sollozos, y lagrimas sin numero, nos empezò à preguntar, si aviamos encontrado unos ladrones, que aquella noche la avian dexado en puribus: mas haciendonos de nuevas, y fingiendo gran lastima, ella con roncas voces, y dissonantes ahullidos, prosiguiò su desdicha. Contònos, que aviendo muerto su marido el dia de antes, mientras partiò la triste à avisar à una Aldea, donde tenia su entierro, la escalaron la casa, la robaron el trigo, seis hermosos tozinos, dos caices de cebada, diez fanegas de harina, y en dinero cien reales. Ved si estaba la dueña bien acostumbrada à mentir, y à fingir embelecos. Consolamos su llanto, y con mejor estrena bolvimos al viage, y sin estorvo alguno, comiendo aquel dia en Toledo; y aun si và à decir verdad, en el mismo Meson, de adonde me escapè à los de Tembleque. Luego en la siguiente noche vì los deseados muros de mi patria, y entrè en ella, y en la casa en que naci: mas aora con siete mil escudos en dineros, y galas, aviendo antes salido con dos reales, y dos libros Gramaticos, y mi buen camarada Figueroa, del qual, ni entonces, ni en muchos dias despues supe nueva ninguna, ni se quedò en Torrijos por las costas, muriendo de la herida, que le diò el viñadero.

Pero bolviendo al caso, no quiero cansaros al presente, refiriendo el alborozo, y gusto de mi corta familia; pues entendido està qual seria aqueste, y mayormente siendo yà publicada por España la tragi fortuna del Armada, en cuya Capitana sabia mi padre que yo andaba embarcado. Hallè, à este, porque mis alegrias fueron

ron siempre templadas, enfermo, y tan fatigado, que convino callarle mi venida, ò à lo menos irsela descubriendo poco à poco. Tan presto sobreviene la muerte de un sobrado contento, como de un dolor grande, ò disgusto improviso: tal es la fragilidad, y miseria humana, sobre que nuestra sobervia, y ceguedad funda torres de viento. Con todo le aliviò mi presencia, mas gozè de la suya muy breve termino, aunque me fuè de algun consuelo, aver llegado à tiempo, que recibiendo su bendicion, pudiesse entre el ultimo abrazo, cerrarle los paternales ojos. En espirando se abriò su testamento, y en èl, con harta admiracion, y contento mio, me hallè con mas noble explendor, predicamento, y requisito del que nunca esperaba. Declarò en èl su nombre, su calidad, y sangre, su natural, y hacienda, y la ocasion de su destierro, y peregrinacion, segun oìsteis en las hojas primeras de este libro. Con esta novedad tan estimable para mì, despues de aver cumplido con el entierro, y honras, condignas à mi amor, con otro hermano, algo menor que yo, muy gentil estudiante, me partì à la Corte, visitando primero el origen, casa, y solar de mis abuelos, que como està advertido, era en el mejor Lugar de todo el Reyno; en quien à pocos lances entendimos, que de èl, y de su hacienda se avian apoderado (no sin contradiciones) dos damas, à titulo de hijas naturales de mi padre, y de aquella señora, ocasion de su amigo, y juntamente de los daños, y pèrdidas de su prolixa ausencia. Mas como la Justicia, à mayor cautela, previene siempre los futuros sucessos, aunque ellas con seis testigos, à su modo, averiguaron, que mi padre era muerto algunos años antes en la batalla de Africa, no por esso las entregò los bienes, y raizes menos que con bastantes fianzas, de que en pareciendo posseedor mas legitimo, se los bolviessen cō los frutos, y rentas, como en efecto se hizo aora: bien que con largo pleyto. Concertamos lo tocante à los reditos, y no obstante quedamos con un gruesso caudal: traximos à mi madre à su casa, y con mayor descanso la dexamos, y passamos à Valladolid, en quien à esta sazon residia la Corte. Alli nos dimos à conocer mi hermano, y yo con algunos parientes, que iban sirviendo al Rey; y aviendonos agassajado, cada qual comenzò à pretender su acrecentamiento, segun su profession. Seguiamos dos, armas, y letras; y assi mientras el uno aspirò à algun govierno, el otro, que fuì yo, se encaminò à adquirir una ventaja para Flandes. No era esta tan dificil empressa, como la de mi hermano; porque demàs que mis viages de Indias, passando

do plaza de servicios, aprovecharon. El gran favor de los deudos, amigos, bastaba entonces à allanar impossibles; porque venir solo à la Corte, ò sin aliento, què anime su fortuna, lo mismo es, que esperarse sin hombre en la probatica piscina. Y con todo, no obstante las ayudas que tuve, passaron muchos meses antes de efectuarse mi intento, y juntamente en su dilacion, por mi persona, notables, y peregrinas aventuras; pero en particular, es la una de ellas muy digna de ponerse en la estampa: si bien quiero primero, con breve intercadencia, dàr alivio à mi pluma, concluyendo este libro, para que en el segundo, nueva fuerza, y historia le dèn mejor principio.



LIBRO SEGUNDO DE LA VARIA FORTUNA DEL SOLDADO PINDARO.



O ay causa en este mundo, que mas pueda corromper à los hombres, que la felicidad, ni que menos los haga acordarse de Dios, que el deseo de descanso. Por lo qual han juzgado muchos Sabios, que en esta vida no son mas necessarias las adversidades, que los sucessos prosperos; y aunque esta opinion disgusta los sentidos, es saludable medicina para el animo, porque las cosas prosperas le hacen adolecer, y las contrarias le sanan. Estas muestran mejor nuestra paciencia, y acrisolan, y afinan nuestra prudencia, y juicio, y aquellas manifiestan nuestra sobervia, y los mas interiores, y depravados vicios, y causan juntamente, que descuidandose los hombres en los placeres, y deleytes, usen dellos, y del tiempo que corre, como si huviesse de ser perpetuo, y no faltarles con tanta brevedad, y sin que los exemplos de otros semejantes à ellos, y llegados por la demasiada felicidad à estado miserable, los muevan à mudar de proposito. Este, pues, es el ordina-

rio efecto de las felicidades de esta vida: la qual en el concepto de los bien entendidos, es comparada al vidrio. Y yo, que al presente, olvidado de mi adversa fortuna, de mis principios cortos, de mis necessidades, y trabajos, caminos, y prisiones, y por el consiguiente desvanecido con tantas buenas dichas, con el hacienda, y deudos, en vez de dàr al Cielo las justas gracias, tomè el freno en la boca, y sin ninguna rienda me dexè despeñar de mis inclinaciones, y deseos, y en empressas tan grandes, y desiguales de mi capacidad, que estuve muy apique de imitar à Faeton en su tan decantado precipicio. Pero bolviendo aora à mi discurso, su misma consistencia darà mas alma à este concepto obscuro, y mayor testimonio, y claridad à su inteligencia verdadera. Andaba yo à este tiempo por Valladolid, con licenciosas galas de soldado, señalado, y lucido: yà unas veces, pintado de diversas colores, y yà otras, con los estremos de ellas, plumas, guarniciones, y vandas, y yà con mas cadenas, cintillos, y botones, que muestra una facha de platero. En breve espacio tuve muchos amigos, y aun valedores de mayor gerarchia; pude, si me entendiera entonces, grangear para aora diferente lugar; y el puesto que alcanzaron otros menos dignos, mediante patrocinios, y favores, que en aquella era fueron los que dominaron las gentes, pero mis cortos años desbarataron mis mas cuerdos designios. Dificultoso es fabricarse buena suerte en la Corte, por grande industria que se ponga en su efecto, si un poderoso brazo, ò muy grandes servicios no lo hacen el cimiento. Quantos bellos espiritus se han marchitado alli, à falta de este Sol; son los tales como preciosas piedras, que pierden de su estima, y valor, por no estàr bien labradas.

Sobervio, y loco, con mi despejo, y talle, alcè la mano de otras inteligencias, y ocupaciones; solo se encaminaba mi principal motivo, al lucimiento, adorno, y aparato del havito, y personas: con estas fantasias, y desvanecimientos (segun mi poco juicio presumia) aunque sin perjuicio de tercero, titulo de galan entre los mas gallardos. Confiesso mi pecado, en quanto aqueste articulo, en todos los demàs previne con recato mi conservacion, y quietud: siempre guardè en la memoria mis primeros principios; y assi, ni era arrogante, ni sobervio, antes comedido, y afable; largo, no siendo prodigo; advertido, no siendo muy curioso; hablaba poco, y escuchaba atento; qualquier lugar, ò assiento me parecia aproposito; todos los lados me

me los hallaba à pelo; ni diestro, ni siniestro conocia, aborreciendo siempre tan enfadosa afectacion: nunca fuy porfiado, contradiciente, censurador, ni critico, y tal estilo guardè ordinariamente, y no me saliò malo, sino muy provechoso, muy como procedido del enseñamiento, y escuela de mis necessidades, y trabajos. En ninguna ocasion puede mostrar un hombre su capacidad, y discurso, como en las assistencias de la Corte; tanto por la infinita variedad de sabandijas, sugetos exquisitos, que la componen, y alimentan, como por los accidentes forzosos, que nacen siempre de su confuso abismo. O què de tiempo es menester para desenredar sus marañas! quanto cuidado, y vigilancia para librarse de ellas! què de peligros, y desvelos traen consigo sus honras! quantas calumnias por huir de la embidia! y quantas cosas asperas se encuentran, que sola la paciencia, ò la costumbre envejecida las sufre, y disminuye! Pero la principal es aquella aniquilacion de sus proprios humores. Quien piensa conservarse, y executar su voluntad enteramente, no puede hacer grandes progressos en la Corte. Es una dura carcel, en la qual al entrar es menester dexar las armas, quiero decir, la libertad, el gusto, y el reposo, sin tener otra accion, que esperanza, y paciencia. El que cuidare sin aquestas conseguir sus intentos, milita en vano, y se hallarà sin fruto. Nunca, aunque siembre mucho, verà lograda su cosecha, si el Importuno sufrimiento, y dissimulacion cavilosa, no acompaña à sus obras. Pero tornèmos à las mias, las quales en faltando al agassajo, y adulacion de los Ministros, à la adoracion, y reverencia de sus Deydades; eran oìr comedias, dàr seis bordos al prado, musicas en el rio, y matracas en el espolon. En tales exercicios casi se me passò el Verano; quando al entrar Agosto, sus grandes calmas, y carestia de vientos, sacandome de casa, me plantaron una tarde en el prado. Lleguè à la Magdalena, rezè, y en su misma portada me salteò el principio de uno de los mas notables casos, que han passado por mi en el discurso de mi vida; no tardarà el Lector en juzgar si con razon le he exagerado.

Estaba el campo hecho una selva de carrozas, y coches, que frisaban hasta con los umbrales de la Iglesia. Era fuerza, que yo saliesse della, y era fuerza, que me emboscasse por ellos; assi lo hice, no sin algun trabajo, y peligro de ser atropellado: mas en aqueste medio, al querer desviarme de uno que venia de travès, acercandome à los estrivos de otro, di lugar (sin pensar) à que

una de dos damas tapadas, que en èl iban, sacando el brazo, y mano por debaxo del manto, me asiesse por la capa, y suspendiesse, con tan dulce violencia mi camino. No dexò de causarme la novedad mucho cuidado, y confusion; pero no pudo esta compararse con la que se me recreciò, luego que quitada la gorra, presumiendo ofrecerme à su servicio, atajò mi buen proposito, el sonido apacible de su voz, que con gracioso brio, poniendome en silencio, con grave admiracion de mis sentidos, me comenzò à dezir las palabras siguientes.

Mas ha de veinte dias, que he procurado tan venturoso, y alegre encuentro; alegre por ser tan de mi gusto, y venturoso, por las eternidades, que ha que le espero. Nuevo os parecerà semejante lenguage, si bien aunque suceda assi, podeis tambien creer, que no lo ha sido vuestra vista à mis ojos, ni à mis afectos tiernos vuestro conocimiento. Preciso es, que el ignorar el mio, ha de dificultar su justo credito: pero trocad vida, y estilo, que yo os darè mas altos testimonios. En vuestra mano està poner un firme clavo à la comun fortuna de los dos, y della pende la confirmacion de mi verdad, y vuestra mejor dicha. Sumamente deseo declararme con vos; mas no me es licita, mientras la mudanza que advierto no assegure mi espiritu, y disculpe en su modo este terrible excesso. Suplicoos, señor mio, que hallen perdon en vos los que al presente oyeredes, pues mi fee lo merece, y el afecto de mi mejor empleo, no es de èl indigno. Qualquiera diligencia, encaminada à una empressa tan ardua, tiene en su mismo efecto la disculpa, y salida.

No sè como comienze, porque por una parte rehuso el enojaros, y por otra considero, que si yo no lo advierto, ni han de verse menguadas mis ansias, y congoxas, ni el sugeto à que aspiro, ha de poner à sus defectos limite. Estos son, noble Pindaro, los que me contradicen, y atemorizan; porque justo parece, que un hombre que ha merecido mis rendimientos, y ha de ser oy el archivo secreto de mi alma, no solo tenga el titulo, mas sea, si no perfecto, à lo menos tan bueno, que su virtud, y meritos, escusen tales arrojamientos, y libertades.

Aqui llegaba la encubierta dama, dando espesos suspiros, y haciendo en sus razones mil descansos, y pausas: teniendome con ellas, y el labyrinto obscuro de sus quimeras mas encantado, y loco, que con cordura, y juicio. Cien veces sospechè, que hacia burla de mi; y que eran vernardinas quantas me habla-

bas

ba; pero bien en breve sali de confusiones, para meterme en otras de mayor consequencia. Presto sali de dudas, y vì lo que nunca creyera: oì lo que ni aora escrivo sin muy grande verguenza, retratado en sus labios el vivo original de mis acciones, lo mas intimo de las imperfecciones de mi vida. Avia (pienso yo) mi silencio, y blandura dado entonces mas esfuerzo à su platica; con que dexados los circunloquios, y rodeos, que hasta alli tuvo, la prosiguiò, aun con mas claridad, y distincion, que nunca imaginàra, dixo de aquesta suerte: Mi calidad, y estado, piden, señor, en su resguardo, la misma confianza, y su conservacion el recato, y secreto que contradice en vos vuestra misma desorden; porque llano parece, que la tendrà mayor en las cosas agenas, quien (à mi parecer) vive tan desigual entre las suyas propias. A quien consume, y pierde el tiempo inestimable en obras tan insulsas, y fuera de su genero, fuerza es, que para tal empressa ayã primero de mirarle à las manos; à la mudanza digo, de su satisfacion. Hermosa es, y agradable vuestra presencia, y si como ella me ha robado el sentido, no me huviera templado su abstera condicion, su variedad, y estremos exquisitos, yà yo estuviera rendida à vuestros pies; pero menos acelerado, que colerico, os quisieran mis ojos, y aun vuestros mismos criados, que experimentan cada dia la furia, y el rigor de vuestras impaciencias. Pequeñas causas os irritan, y encienden; y el hombre noble, quanto mas ofendido, y enojado, tanto mas reportado, y dòcil debe mostrarse, demàs (y esto es lo que me importa) que siempre aborrece amor ayrado imperio; es niño, y como tal, se govierna mejor con suavidad, y alhagos, que con apremio, y fuerza: mas justo es, que lleguèmos à diferentes puntos: dexo aparte otros muchos, sì bien no es el menor el comer à deshora, y fuera de orden, sazon, y concierto; pero el postre es terrible. Muchos ay, Pindaro, loables exercicios, que aprovechados mal, dañan mucho mas que aprovechan. Los libros, despues de aver comido, segun vos los tratais, todos los entendidos los reprueban, y escusan; y no obstante os miro apadrinarlos con eterna asistencia; mas si es curiosidad, dadla por perniciosa; y si es estudio, el tiempo se condena. Leccion sobre comida, se rèputa à veneno; y mal podrà mirar por mi salud, y vida, quien hace de la suya tan poco caso: esto es quanto à vos toca, que en mi favor no alego: dicho se està, quan mal se compadecen amor, y letras: raras veces se vieron Clio, y Venus conformes; mas dixe, que quisiera: passemos

adelante. Tambien puede juzgarſe à loco deſac[illegible], ſi yà por mi decoro no le llam[illegible] ſobervia, trocar al tiempo ſu natural concurſo: caſi en ſu cierto modo, preſume reprobar el que tal intenta la perfeccion de las mayores obras. Lo miſmo os veo imitar, quando ordinariamente vueſtra deſorden hace un Metamorfoſes de las noches, y dias, cambiais todas las horas, acoſtaiſos al Alva, deſpertais à la ſieſta; y viviendo al rebès, barbaramente confundìs, y turbais vueſtras acciones miſmas: tanto ſe ofende aſsi la ſalud mas robuſta, como ſe perjudican las pretenſiones, y negocios. En los humanos cuerpos es malo, y pernicioſo el demaſiado ſueño, la ſobrada vigilia, la mucha hambre, y demaſiada hartura, y todo aquello que excediere de la mediocridad, y conveniencia. Mas torzamos aora la clavija al diſcante, y vengamos, Pìndaro, à mas eſtrechas quentas: facil enmienda tienen las coſas referidas, quanto me aveis oìdo tiene baſtante eſcuſa, vueſtra edad floreciente es ſu mayor deſcargo. Mas no sè de què ſuerte podràn tenerle otros defectos grandes: No sè como deciroslo, pues aun ſu mayor credito tengo por impoſsible, con ſer de èl los teſtigos no menos que mis ojos. Mas quien nunca penſàra, que en tan gallardo eſpiritu pudieran encubrirſe tan indignas acciones? Pero yà fuerza es, que nada ſe limite. Decidme, pues, ſeñor, de què forma ſabrà ſufrir la que en vos ſe empleare, que faltando ſu agrado, à ſu viſta, y paſſeo, conſumais las mas horas de un breviſsimo dia, afeminadamente laboroſo, en atavios, y aderezos indignos de vueſtra profeſsion, y aun del sèr de hombre? Pindaro, no advertis, que aquel à quien el Cielo concediò tan buen talle, le es ſuperfluo, y perdido tan exquiſito arreo? Siempre el mancebo cuerdo tuvo por mayor gala ſu aſpecto varonil, que eſſe inutil adorno, y ſolo en la muger fuè licita, y tratable ſemejante coſtumbre. Poſsible es, que no os ofende, y canſa ſu moleſto artificio? Si os le huvieran librado por ſentencia, pienſo, que la tuvierades por peſada, y terrible; y ſi no reſpondedme: qual puede ſer mas grave, que ſe iguale, ò parezca à la atencion continua, al eterno cuydado con que os contemplo tan fatigado ſiempre, y aun à las veces con hierros, y tenazas, cintas, y vigoteras para el copete, y barba; y yà otras muchas con aguas aromaticas, gomas, colirios, untos, jaboncillos, y ſebos, unos para los dientes, y otros para la tèz, para el cabello, y manos; y yà tambien con moldes para el cuello; roſas para las ligas, ormas para el zapato, olor para el veſtido, ambar para el coleto, perfume à la

camisa, y anis para el aliento, y otros cuydados torpes, garruchas, y tormentos crueles de vuestra juventud? Sin fruto es en los hombres mucha hermosura, y por la misma causa su afectacion infame, y condenada.

Y siendo assi todo esto, no es mucho, que yo juzgue, que quien tanto presume, y trata de la suya, sea igualmente de sì amante, y confiado, y por el consiguiente sin voluntad, y amor, desconversable, y tibio. Temo (lo que Dios no permita) si vos tal me saliessedes, un desdichado empleo: poca estabilidad para mis proprias cosas, como para las vuestras menos perseverancia, que secreto. Y assi atenta à mi remedio, y à la entrañable fee con que os adoro, he querido advertiros quanto se opone, y contradice à mis deseos ardientes; possible puede ser, que no me salgan vanos, tratando vos su enmienda. Pindaro, abrazad mi consejo, que yo me perderè, y vos nunca os vereis arrepentido; pues sois varon, mostradlo en vuestras obras, y assegurad assi mis temerosas ansias; no presumais con tal estimacion de vuestras muchas partes, y vereis contentos, y escusados los mayores excessos, y menguas de las mias: vivid con mas templanza, y encendereis mi fuego: mis yerros dorareis, si los vuestros se acaban; y en conclusion, señor, no seais confiado, que al mismo punto me confiarè de vos con alguna disculpa, si es que la puede aver en muger de mi suerte.

§. II.

CON aquesto cessò, dexandome aturdido, corrido, y mudo tan estraño accidente; no por su novedad, y arrojamiento, sino por vèr, que aquel diablo, ò muger huviesse tan al vivo retratado mis mas indignas, y secretas acciones. Hice sobre mi cuerpo infinitas cruces, eran verdades puras quantas su boca dixo, todas razones ciertas, saberlas impossible; y assi pensè (cuidando en esto) perder el juicio, si bien entonces dissimulè mi afrenta, y con despejo alegre, renegando del relator curioso, que tan bien diò el informe, y aun de mi infame abuso (pues à todo lo honesto menosprecia, quien se entorpece con tan viles delicias) la prometì la enmienda, anular tal costumbre, creer que era muy hombre, no Adonis, ni Narciso, y otras galanterias con que huyò la verguenza, y yo quedè mas dueño de mis cinco sentidos, y ella menos divina que mortal, y tratable. Servila de escudero, gastè en ello la tarde, no vì mas que sus manos, ni por cosa que dixe, pude penetrar la razon, ò arcadùz por donde se avia encaminado un tan intrinseco conocimiē-

to còmo el mio ; pero advirtiendo ella esta curiosidad, y diligencia, queriendo, que se desvaneciesse, bolviò la hoja, y astuta, y cautamente pretendiò persuadirme, que todo lo passado era entretenimiento, y gitaneria ; y jurando, que nunca me avia visto, mandò al Cochero, que guiasse à su casa ; mas no obstante el mandar tambien al despedirse, que la atendiesse alli el siguiente dia confirmò mi cuydado, ù à lo menos diò causa à que creyesse para el suyo mas hondos fundamentos. Partiòse, y con gran priessa, porque deseaba averiguar quien hizo relacion de mis defectos : lleguè à la posada, y rebolviendola, sin dexar piedra sobre piedra, aunque mas lo inquiri, fuè mi cansancio en valde: ni hermano, ni criado confessò cosa à pelo, ni mis ojos, ni ingenio, por mas que se desollinaron, dieron en el blanco seguro. Pero con todo, yo mudè de consejo, y me tratè como à persona, à quien (segun creia) miraban, y advertian con tanta nota ; y como si me viera continuo delante de aquel bulto, que me reprehendiò en el coche, assi me mostrè en el obedecerle prevenido.

Era mi casa (porque quede dicho) una posada, no lexos de San Pablo, y en ella unas ventanas à la calle, quadras, y alcovas, y en forma de entresuelos, alojamiento mio, y de mi hermano. De aqui solo salì al señalado puesto ; pero aunque anticipè la hora, no logrè mis deseos: tuve por entendido, que el infinito numero de coches que baxò al Prado aquella tarde, encubriò el mio : assi lo imaginè, mas quando el dia siguiente me sucediò lo mismo, cai de mi asno. Persuadime à la burla, y tuve por chacota, y embuste, quanto por convenir tanto con mis necios cuydados avia creìdo ser verdad. Esto me consolò en alguna manera ; porque realmente yo no podia olvidar el sentimiento que tenia, de que tan aninfados adherentes anduviessen en publico ; y por lo menos el adivinar de aquella dama (por tal lo juzguè entonces) sirviò de que en mi juicio se anulassen, y extinguiessen para siempre Autos tan indignos de hombres. Sì bien me atreverè à juraros, que no los deprendì en los galeones de la Armada, no entre los jaques, y germanos valientes de Sevilla, sino entre los atildados amigos de la Corte, entre los vanos lindos, y pisaverdes, estrago, y ruina de la inexperta juventud, aquellos; de quien puedo afirmar, que aun quando yo me huviera criado en gran reformaciõ, su mala compañia me acarreàra mayores perdiciones, y daños. Bien sè, que viendo estos renglones han de alegar los tales en su abono, que me instruyeron, y enseñaron

ron lo mismo que se usaba entonces, y aun aora; mas yo dirè con Seneca, quan cierta viene à ser la assolacion de la Republica el dia que los vicios se bautizan, con el nombre de costumbres, y estilo, pues si se sigue de aquesto, que no se tenga por infame el vicioso. Mas bolviendo à mi cuento, casi un mes se passò despues de este sucesso, termino en quien, aunque le iba olvidando, no assi las liciones, y avisos de mi salud, y vida, nunca reincidì sus defectos, solo por no averme privado del reposar las fiestas (debiò de ser olvido, porque tambien no es aprobado) iba con sus progressos adelante.

§. III.

COn semejantes pensamientos, me echè à dormir una tarde de aquestas, y enmedio de mi sueño, quando menos cuidaba, me privò de èl, y de ellos un facil golpe, que pareciendome avia sido en mi cama, me hizo levantar en dos saltos con harta turbacion. Puseme en pie, y con priessa mirè toda la quadra de arriba abaxo: pero no hallando causa de novedad, sospechè, que era antojo, y creyendolo assi, quise mas sossegado bolverme al lecho; mas en aquel instante, estando yà los ojos menos dormidos, con las escasas luces de una media ventana, que estaba abierta, vì encima de la colcha un villete cerrado, y ligado con una pedrezuela, por donde colegì, que le avian acomodado assi, para mediante el peso poder mejor arrojarle desde la calle, si bien para emprenderlo se ofrecian dificultades impossibles, que sin pararme à investigar las di de mano por abrir el papel, que contenia semejantes razones.

Con justa causa avreis, señor, burladoos de mis veras; mas yo tambien confiesso, que pudisteis hacerlo: Pues quien falta al cumplimiento de su palabra, no es mucho se le niegue tal confianza; pero bien creo, que entendida la conveniencia, y importancia de esta breve experiencia, quedarà disculpada mi tardanza.

Quien mucho arriesga, y tiene que perder, mucho lo difiere, muchas cosas previene, diversas pruebas hace, diversos testimonios recibe, y de varios consejos se aconseja. Mas hà de un mes, que estoy metida en este labyrinto, y un siglo he peleado por salir libre de èl; mas aunque no lo estoy todavia, vuestra mudanza grande en termino tan corto, promete à mi esperanza dichoso efecto, mejor seguridad a mis temores, y à vuestro proceder mayor perseverancia. Fio, que mi excessivo amor no serà

mal-

mal pagado; y que sabrà callar, y obedecer en las cosas arduas, quien se ha mostrado tan dòcil, y enfrenado en las cosas dificiles. O quiera el Cielo que salga verdadera mi confianza, y que halle aora para tan grave empressa un animo cōstante, que la execute, y un secreto prudente, que la prosiga! Esta noche hallareis en los portales de San Pablo una silla de manos, entraos en ella, y sin ningun recelo, dexaos traer de quien estuviere en su guarda, librando en mi vuestra segura buelta.

Esta confusa obscuridad contenia el villete, dudoso el dueño, incierto el portador, y por el mismo caso, mas dudosa, è incierta su aventura. Certificar os puedo, que me tuvo indeterminable; porque segun dixo un Filosofo, de ninguna muger se ha de fiar la vida; mas como nunca los acaecimientos tan notables se consiguen sin trabajo, y peligro, dispuesto el animo para qualquier sucesso, sin consultarlo mas, fui al puesto señalado, donde hallando la silla, dos esclavos bozales, y un anciano Escudero, aunque se me encubriò, atropellè por todo, y me entreguè en su arbitrio. Cerraronla en sentandome, y no dexando ventana, ni resquicio por do entrasse una mosca, caminaron conmigo un grande espacio, hasta que al cabo, sintiendo que paraban, y abrian, me levantè, y tomando al Escudero por la mano, en obscuras tinieblas, me fue guiando una escalera arriba, que por las bueltas, y angostura juzguè ser caracol; al fin del qual llegamos, adonde dexandome sentado en una silla, despedido de mi, se bolviò por la misma parte.

No sè si mis recelos alargaban el tiempo, ò si en efecto de verdad, fueron dos largas horas las que esperè, sin otra novedad mas de la que me causaba la fragrancia, y olor del aposento, los bordados adornos, que atentaban mis manos en sillas, y paredes. Pero aviendo passado este tan prolixo termino, y oyendo abrir una pequeña puerta, alertando la vista, mirè por ella entrar una reverenda muger, que con tocas de dueña, y una luz en la mano, haciendo una profunda reverencia, la puso en un bufete, y se bolviò à salir, tornando en breve espacio con varios dulces, confituras, conservas, y aromatico vino, con los quales, mandandomelo asi, no bien importunado, hice colacion, y despues levantò los relieves, y dexòme, como antes, en tinieblas, y aun mucho mas pasmado, porque como crecian los mysterios, crecian juntamente tambien su singularidad, y admiracion. Pero ninguna se igualò à la que aora me sobrevino,

vien-

viendo otra vez la dueña entrar, acompañada de un resplandor hermoso de un bulto de muger, cuyo gentil donayre, ni me dexaron discernir los visos relumbrantes de sus preciosas ropas, ni las escasas luces, que de industria la dueña solo me concedia para distinguir las personas, y siempre me negaba, para notar la que (aun teniendo al lado) su respeto, y beldad me obligaba à temer, y aun à dudar en mi mejor fortuna: Sentòse junta mi en otra rica silla, y queriendo yo hablarla con voz blanda, y suave, atajò mi verguenza, comenzando à decirme estas mismas razones.

Quien sabe como vos aventurar la vida tan facilmente, mas justo fuera que yo le reputàra por temerario, que obediente galàn? porque si bien no ay cosa, que asi atropelle imposibles grandiosos, como el fuego de amor, ò la secreta causa que encierra en sì la hermosura de la muger para atraer, y prendar à los hombres. Todavia el que sin tal objeto se mueve, y abalanza, mas puede reputarse por loco, que por prudente, y cuerdo; pues es cierto, señor, que ni vos conoceis à què aveis venido, ni menos la ocasion, que os induze, y provoca; antes es evidencia, que ignorais llanamente mi fealdad, y belleza; y asi claro parece, que faltando sugeto sobre que cayga amor, ni vos podeis negarme que venis sin ninguno, que sois menos amante que curioso; ni yo tambien, sin gran verguenza, puedo dexar de confessaros, que estoy muy arrepentida de lo que aora he hecho, porque si bien disculpè à mis afectos locos, la continuada vista de essa vuestra presencia, y el encendido amor en que me abraso siempre, ni con todo, si esto fuesse adelante sin igual recompensa, ni vos me estimareis segun merezco, ni yo me atreverè à mayor confianza. Tened, pues, dueño mio por bien este recato, y permitid que por aora, hasta que se conozca la voluntad que os falta, suplan, y satisfagan los presentes favores à la curiosidad, y trabajo que aqui os conduxo. No hablo mas, y por Dios, que aunque me vi apeado de tan gran possessi on, ò por lo menos no tan puesta en las manos como yo presumia, que me confundieron sus razones, de suerte, que no sè como tuve discurso, que bastasse à convencerla: mas como no ignoraba que tan alta ocasion no era asi de perder, y que por mas que dissimule, mientras mas se resiste la muger principal, mas desea, y apetece lo mismo que con mayor esfuerzo muestra aborrecer, y despreciar. Todavia no sè con què respetos me resolvi à oponermela, y con tal presumpcion comenzè su respuesta de esta suerte.

Quien

Quien se aventura sin esperanza de galardòn, y premio, donde, como decis, es tan cierto el peligro, mas descubre valor, y animo resoluto, que precipitacion, y locura: estas, señora, nacen de ignorancia, y muchas veces de desesperacion, ò cobardia; por el contrario aquellos, pues proceden de un corazon magnanimo, de un generoso, y constante espiritu; porque este solo es capaz de emprehender cosas grandiosas; no los baxos, y obscuros, y sin obligaciones; y assi yo juzgo, que si el decoro de las mias no os huviera movido antes, vuestro noble discurso reprimiera su gusto, y templàra su ardiente voluntad, que la expusiera aora à mi corto alvedrio.

Con que segun aquesto, ò aveis de confessar, que mis partes (tales qual ellas son) no os merecieron, y por el consiguiente, que ha sido muy errada vuestra misma eleccion. Y si la quereis defender, fuerza es que me aveis de admitir con mayor confianza, sin que os ponga por delante mi temeridad, ò precipitacion, pues seria gran baxeza pensar, que lo que mucho vale, no aya de costar algo para alcanzarle. Pero viniendo al caso hasta el presente punto (aunque es daño menor padecer el castigo, que averle merecido) si yà os determinasteis, no pienso que en mi ha avido culpa, ò razon, porque podais miraros arrepentida; mas si lo estais, señora, mejor podrè quexarme de tal mudanza, que assegurarme de quien (aun al principio) pronostica, como seràn los medios, y juntamente la infeliz variedad de sus contrarios fines. Tambien es llano, y cierto, que no os conozco, yo lo confiesso assi, conforme lo decis; pero tambien es cierto, y mas digno de creerse, que si sola una mano, y vuestra dulce platica tuvo poder para tenerme tantos dias colgado de un cabello, y esfuerzo, que bastò à reducirme à tan incierto asylo, mucho mayor efecto causarà el todo en mì, q̃ tan pequeñas partes. Y mucho mas se debe agradecer, y estimar el que en lo poco supo aventurarse tanto, que despreciarlo aora, por no satisfacerlo. Mas no obstante lo dicho, si el serme agradecido contradice otra causa, permitid à lo menos, que no padezca yo su inmortal dilacion, teniendome assi aora, sin comerla, la fruta entre las manos, y à los labios el agua, sin beberla. Confiessoos, dulce dueño, que no sabrè tener sufrimiento tan grande, y que corre gran riesgo mi cortesia. Con aquesto, pidiendo la licencia, me puse en pie, quando ella suspirando en silencio hizo lo mismo, mas sin replicarme palabra; cosa que suspendiò mi intento, y mayormente luego, que largo espacio la advertì inmobil, y mirè

transf-

trasportada; y muy poco despues, que en vez de licenciarme, dando un tierno gemido, se recostaba de repente en la silla. Turbòme el accidente, y sin saber si erraba, ù acertaba, puse en mi boca sus hermosas manos, y aquel tacto dulcissimo, mas sabroso, y suave, que enmedio del Estio la fresca, y blanca nieve, alentò mis espiritus, refrigerò mis venas, y encendiò mis entrañas, de manera, que à un tiempo mismo experimentè dos contrarios efectos; y sin gozar la causa, ni aver visto el objeto, me sentì elar, y arder: mas què temo el decirlo? me hallè rendido casi ignorantemente al cautiverio incierto de aquella oculta, y animada belleza, que estaba en mi presencia tan fuera de su juicio, y sentido con la honesta batalla de su amor y verguenza; como yo receloso de que tan gran silencio, desmayo, y turbacion no fuesse origen de algun inconveniente. Toquèla el rostro, y hallèsele mojado, ni sè si de sudor, si de lagrimas; y juntamente, que temblando su cuerpo, daba tristes señales de su fin. Creilo assi, y con mi desvario, di una voz à la criada, dixèla lo que avia, y sin pensar, causè lo que no imaginàra; porque la pobre dueña, governada de otra igual turbacion, no reparando en cosa, llegò corriendo con la vela en las manos, y hizo patente el mas raro, y hermoso simulacro, que pudo delinear la fabrica de Apeles; y de la misma suerte que las tinieblas de la noche privan los ojos de su mayor potencia, y con la venida de el Sol, trocandose aquella sombra obscura en luz resplandeciente, buelve à su perfeccion: assi aora, despues de tal tristeza, alumbrado de tan dulce vision, me juzguè à media noche en el Carro de Apolo. Perdonense à mi pluma encarecimientos tan hyperboles; pues es cierto, que aun yo creyera mayores desatinos, si à este punto, herida de la luz, no tornàra en su acuerdo aquel bello portento, que me tenia sin èl; y mucho mas, quando cubierto de un rubì el gracioso rostro, la vì mostrarse ayrada, y de improviso embravecida con la dueña, diò al traste con la luz; arrojò el candelero, y con voz temerosa turbada la comenzò à reñir. Ay misera de mi! dixo (y vertiò dos fuentes de cristal en vez de lagrimas) què has hecho incauta mugercilla? Como assi me has perdido, y descubierto? Essa es la confianza que de ti hize? Essas las advertencias? Ay ciega inadvertida, y quan amargamente (aun sin tener principio) has dado triste fin à mis intentos locos! Aqui callando, deshaciendose en llanto, y haciendosele un nudo à la garganta, se bolviò à desmayar, y yo à mirarme en semejante termino. Cogila à tiento

la cabeza, y las manos, y humedeciendoselas con mis espesas lagrimas, acompañè con largo espacio su sentimiento; hasta que aviendose amansado, bolviendo sobre si, con algunos gemidos, se recobrò del todo; y considerando sin remedio el sucesso, huvo mal de su grado de consolarse, y templar sus enojos con mis muchas promessas, con los juramentos tan grandes que la hize de guardar el secreto, y sobre todo con los requisitos, y clausulas que la ofrecì rendido, un eterno, y perdurable amor. Y no parezca à nadie facilidad la mia, pues no ha nacido quien hasta aora aya puesto en razon los accidentes de Cupido: unas veces se aviene con blanduras, y alhagos, con dilacion, y terminos, y otras en un instante rompe, atropella, despedaza, y confunde la mas abstera, y essempta voluntad. Finalmente dispuesta la principal parte de la obra, que es su principio, yo me vì alegre, y al cabo de veinte y quatro horas, por la orden que entrè, salì para San Pablo, tan cautivo, tan preso, como si dos mil años huviera posseido, y gozado aquel dichoso emplèo, dexando la silla, acompañado de el anciano escudero; lleguè à mi casa, adonde en despidiendose fuì recibido de mi hermano, con el admiracion, y deseo, que mi ausencia le podia aver causado. Con tanto, sin dàr parte del caso, esperè nuevo aviso, haciendoseme un año los pocos dias que passè sin tenerle, y aun sin otro contento, que el que me procedia de la contemplacion de mis pensamientos, del refrescar en la memoria la felicidad de mis dichas, los internos favores que no escrive la pluma; porque tales estremos, por lo que tienen mas de practicos, que de los especulativos, hanse de celar en el alma, y no entregarlos à la estampa, y papel.

§. IV.

ASsi passaba con tal elevacion, tan ageno de lo que ser solia, que ni aun me conocia mi propio hermano. Preguntaba la causa de tal mudanza, saber la ocasion de mi retiro, de mis tristezas, y silencio; y aunque yo procuraba encubrirla bien, no pudo ser muy largo tiempo, porque muchas veces lo que mas deseamos guardar, mas facilmente se nos suele perder. El por entonces, aunque dissimulò, yo creo que sospechò la causa; mas en el interin, de ai à seis dias hallè en mi cama otro villete semejante al passado, cosa, que me dexò à un mas cuidadoso que la primera vez, por faltar en esta totalmente puerta, modo, ò camino con que facilitar aquel encanto, cō que allanar la entrada del mensagero que le avia conducido: porque ni para una mosca se la dexabamos de noche en mi aposento

ſento. Eſto, y el vergonzoſo alarde que hizo de mis ſecretos, y el inviolable grande con que ſe recataba: la eſtratagema de mi entrada, y ſalida, la invencion de la ſilla, eſclavos, y eſcudero, la obſtentacion, y adorno de la caſa, las ricas colgaduras, los bordados tapetes, y ſobre todo aquel hermoſo roſtro, ſus juveniles años, ſu diſcrecion madura, ſu profundo ſilencio, libertad para verme, ſeguridad para aguardarme, aniquilaban mis diſcurſos, y confundian ſus imaginaciones; porque forzoſamente, viendo la repugnancia, y contradiccion de tantas coſas, ò avia de bolverme loco en ſu inquiſicion, ò avia de perſuadirme, q̃ tales ſuceſſos ſe encaminaban por infernales, y diabolicos medios, y eſta ſoſpecha necia, y à mi mucha aficion la deſacreditaba, y deſvanecia: en concluſion abrì, y leì eſte villete, y ſu conſiſtencia es la que ſe ſigue:

No eſtà muy ſecreto, y ſeguro lo que ſe fia de papeles. Bien veo eſta verdad, Soldado mio, mas hecho menos tanto vueſtra milicia, que atrueque de vèr hazañas ſuyas, la atropellan, y vencen los deſeos. Falta por culpa de mi eſtrella, que lo endereza aſsi, tiempo, y lugar acomodado para ſu execucion; y aunque he querido ſufrir, y padecer tan larga intercadencia, no me ha ſido poſsible ſin vueſtro alivio. Eſcrividme, ſeñor, conſolad mis auſencias con palabras tan dulces, y apacibles razones, como os dixera aqueſta, que ſolo por ſer vueſtra, ſe ha perdido, y cegado, aunque no arrepentido; porque ſi bien, lo que aſsi ſe poſſee, y ſe alcanzò tan preſto, pierde de ſu valor: aſsi tambien, lo que es tan defendido, con mas fervor, y aliento ſe deſea, y apetece, mientras mas ſe conoce, y mas ſe impoſsibilita (como à noſotros) ſu comunicacion. Aſsi, plegue à los Cielos, ſuceda en vos lo miſmo; porque como no puede aver muy verdadero amor ſin temor de perderſe; aſsi rezelo, y lloro, que mi felicidad os le ha de aver templado. Mas ay de mi! que eſte cuidado, y miedo en los principios ſe avia de prevenir, no al fin de la dolencia, quando las medicinas hacen tan corto efecto; pero no querrà Dios que ſea mi ſuerte tan adverſa, y terrible, ni vos ſereis mi dueño tan ingrato, y cruel, ni yo tan infeliz. Pues aunque raras veces ſe acuerda el que poſſee, que recibiò de gracia lo que goza, y adquiere, eſte argumento barbaro, no ha de friſar con Pindaro; porque el ſugeto noble, en mas precia, y eſtima los ſervicios yà hechos, que no los que conſiſten en eſperanza ſola, y dàr por buenas obras galardòn tan injuſto, aun de los Citas fieros no ſe debe creer. Tambien, amado mio, recelo ſumamente, que mis arrojamientos tengan

ta-

facil renombre en vuestra discrecion, si tal me sucediere; suplicoos, mi señor, que les deis mejor titulo, y advertid, que dos veces se muestra pròdigo, y generoso, el que sin largos terminos, ò importunas arengas, concede el beneficio, y una el que dà rogado la merced que le piden. Mas donde me llevais, tristes temores mios? Suspended la corriente, pues yà han salido los dados de la mano. Pindaro, si no basta lo hecho para que mas seais agradecido, no ay, que esperar otro mejor remedio, sino morir, callar, y obedecer à la fortuna.

Tal fue el sangriento alarde, que las fuerzas de amor hicieron en aquel tierno pecho, tales las muestras, y señales que diò mi hermosa dama de ellas, y de su abrasamiento en el papel que he escrito, el qual si no me dexò mas loco, y ciego de lo que yo me estaba, por lo menos conservò en mis entrañas su perdurable incendio. Consideraba absorto mis cortas partes, y por el consiguiente, conociendo, que aun siendo muy perfectas, eran indignas de parecer delante de quien mostraba tan alta esclavitud, encogiendo los ombros, y confundiendome à mi mismo, magnificando las hazañas de amor, abrì puertas al alma, porque no desmayasse con la incapacidad de tantas glorias. Pero en este concurso, no queriendo dilatar su precepto, advertido, que por fin del villete me ordenaba llevasse al puesto conocido su respuesta, obedeciendo la escrivì, y lo puse por obra; y hallando allì embozado al escudero, se la dì, y me bolvì, porque no sospechasse, que pretendia seguirle. Mas porque no ignoreis la menor circunstancia, escuchad el papel que se llevò en retorno.

Poco sentis, señora, lo que suspiro, y siento, pues quando muerto por gozar el bien que recibì, y anhelando espero, divertis su remedio con mas desconfianzas, y temores, que vinieron palabras en vuestra carta. Yo, dueño de mi alma, no tengo yà mas vida, ni aun mas gusto, ni aliento para aliviar males, que el conocer quan dichoso fuì en poder conoceros. De mis sentidos todos ningun otro refugio me ha quedado sino este: todos, señora mia, me han negado su operacion, y fuerza; todos, por confessaros, y quereros, me han dexado confuso: unos me hacen mas triste, que contento; y otros mas temeroso, que arrepentido, y en tal conformidad, tengo tan grande guerra, que aunque es con mis efectos, huyo de mi, y aun de ellos, por nunca estàr sin vos, y en su compañia: mas donde irè sin mì, que no me halle con vos? Y adonde irè sin vos, que pueda estàr sin vida? Pues si me la sustentan mis cuidados, es por solo guiarme don-

donde vuestra esperanza me conduce; y si nũca me dexan sus mortales deseos, es tambien solamente por refrescar mejor à la memoria glorias, que no merecen referirse; si bien mi firme fee, puede ser mas capàz de recibirlas, que de fomentar las sospechas, y miedos, que tan injustamente me matan, y os afligen. Pero yà vuestras cosas tienen, querida prenda, tanta parte en mi pecho, que pueden dàr la vida à la misma muerte; y asi, ni el verme ausente mitigarà su ardor, ni el posseerle siempre, templarà el desearle un instante solo, ni vuestras desconfianzas me haràn desconfiado; ni cobarde, ni tibio vuestros temores, ni en bien, ò en mal, despreciado, y amante dexarè de adoraros, y obedeceros; porque asi podrà mi alma vivir sin esse cuerpo, como podrà mi cuerpo respirar sin vuestra alma.

Con el pequeño alivio de estos, y otros villetes, consolamos el tiempo que tardò nuestra vista, que no se dilatò; pues nuevo aviso (siendo el Iris dichoso de mi tormenta) me hizo prevenir para la siguiente noche. Advirtiòme por èl el largo espacio (que para mejor comunicarnos) ofrecia cierta ocasion, y que asi convendria escusar à mi hermano del cuidado que tuvo la vez passada. Obedeci tan bien dispuesta orden, acreditando mis sospechas, con tan singulares requisitos como cada dia experimentaba: si bien no era muy impossible, que quien sabia mis intimos secretos, supiesse juntamente, que yo tenia hermano, y el disgusto que padeciò en mi primer salida. Esperando la de oy estuve tan contento, que aun el mas ignorante advirtiera mi inquietud, y alborozo. Passò el coche de Apolo su carrera; y aunque seria en su acostumbrado termino; con todo, si se la preguntàran, juràran mis deseos, que avia retrocedido por largas horas. Llegò en efecto el punto, la silla, esclavos, y escudero embozado; y en la parte asignada, no dexa tan alegre el misero cautivo su cadena, el delinquente preso el calabozo, quanto yo entrè, y me dexè llevar regocijado à aquella alegre carcel que me aguardaba, à aquel hermoso Alcayde, que en viendome debaxo de sus llaves, y en su jurisdicion, los grillos que me echò fueron sus dulces brazos; y los estrechos nudos, y lazadas suaves, que estos dieron al cuello: las cadenas fortissimas con que mi libertad, mi cuerpo, y alma vivieron presos, sus venturosos plazos; no ay cautiverio tan seguro, y terrible como es el voluntario.

Siempre los primeros embites del nectar amoroso, se admiten con verguenza, se reciben con

turbacion, y miedo; mas quando se continùan, quando en segundos terminos se reyteran, y brindan, tal ratificacion es mas estimable. El conocido trato, destierra el vergonzoso encogimiento; assi me sucediò aora con mi dama, à la qual hallè tan cariciosa, tan alegre, despejada, y amante, quanto la vez passada timida, grave, recatada, y abstera. Pude mejor que entonces, determinar sus partes, contemplar su belleza, y bizarria, y pude juntamente hacer plato à mis ojos de quanto en esta vida pudo alcanzar merecimiento humano. Assi corriendo las horas por la posta se nos passaron cinco dias, al cabo de los quales (porque tan buena suerte tuviesse sus azahares) un sucesso impensado huviera de turbar nuestra tranquilidad. Eran las once de la noche, fines de Agosto, entradas del Otoño, tiempo en quien suelen congelarse las nubes, enmarañarse borrascas, y turbiones supitos, y espantosos. Estabamos los dos tan agenos de esto, como embelesados, y sumergidos en nuestro ciego amor, quando rompiò su profundo letargo, un alboroto repentino, y tal, que verdaderamente parecia, que desde el mismo centro se arrancaban los ultimos cimientos de la casa. Todo era confusion, y alboroto, todo bramidos: el viento, los granizos, y el agua, formaban tristemente una terrible, y temerosa consonancia, que como nos cogiò descuidados, el presente delito, aun le subiò de punto. Mas no ay que encarecer nuestro grave conflicto, luego que enmedio de este se nos recreciò otro mayor, comenzando à oir unos temerosos golpes, que daban à las puertas del quarto en que dormiamos, tan pressurosos, y continuos, que juzgando mi dama, que se la hacian pedazos, forzada de algun temor secreto, con acelerado espiritu me dixò: perdidos somos, Pindaro de mi vida; pero esta voz tan triste, que pudiera desmayar à la sazon, sì bien me turbò mas que la tormenta horrible, con que el Cielo se hundia, todavia me dexò con el animo, que bastò à prevenir parte del daño, que amenazaba semejante accidente. Cogì todas mis ropas, y vestidos dentro de los calzones; y en dos saltos, mientras mi dama partiò à escuchar lo que ser podria, abrì con la llave que me diò un postiguillo, que baxaba por unos caracoles hasta una cochera; y hecho esto, con igual diligencia bolvì adonde ella estaba, resuelto à no salvarme sin librarla, y hallela, que en vez de ser espia del fracaso, estaba con la dueña (que tambien dormia en el mismo quarto) sin juicio, ni sentido lamentandose. Pedila se animasse, y me siguiesse; y afectuo-

sa-

samente la roguè no causasse con su poco valor la perdicion de entrambos; mas ella estaba tan desmayada, y sorda, que me dispuse à ser Eneas de tal Anquises. Comencè à executarlo, y queriendo ponerla à los ombros, unas voces confusas, y terribles, que à la parte de afuera comenzaron à darse interrumpiò la obra, y en lugar de aumentarla, asseguró nuestra gran turbacion. Conociò mi dueño, que eran de sus criadas, y que de rato en rato, con suspiros, y lagrimas, claramente se dexaban entender, repitiendo diversas veces estas razones: Ella sin duda es muerta, sin duda alguna ha caìdo sobre las dos el techo de la càmara; ea corred à mi señora, y decidla esta triste desdicha, levantadla al momento mientras nosotras desquiciamos, ò rompemos la puerta. Estas, y otras palabras restituyeron en mi dama los perdidos espiritus, bolvieron el rosado matiz, à su hermoso rostro. Mandòme que tornasse à cerrar el caracol, y que me recogiesse entre las cortinas de su cama; hicelo assi, y abriò sin mas tardanza, fingiendo dissimuladamente, que despertaba al mismo punto. (ò fragilidad miserable de los gustos de amor) Corrieron todas à besarla los pies, y ella con mas gusto, y semblante que el caso la pedia, las recibiò, y agassajò, y en el interin, unas la contaron la furiosa tormenta, y otras dixeron su destrozo, los daños, y ruinas, que avia hecho en la casa, rompiendo las ventanas, deshaciendo los tejados, arrasando, y echando por el suelo canceles, atajos, y tabiques. Y no fue encarecimiento todo lo dicho, nunca se viò en Castilla semejante borrasca, igualmente circundò la Provincia por todas partes: tres rayos espantosos cayeron sobre Valladolid aquella noche. Assi hablando turbada, y temerosa, discurria la femenil caterva, quando dando alaridos crueles, efecto de la nueva que se le avia llevado; vì (por entre los damascos, y cortinas, que me encubrian) entrar à suspenderla, con una ropa de terciopelo azul, una anciana muger, la qual en viendo à mi querida, santiguandose apriessa, y cessando en sus llantos, se arrojò sobre ella con los brazos abiertos, y repitiendo los mismos lazos, alhagos, y caricias, como muger sin juicio (tanto puede el contento) inventaba, y hacia otros varios estremos. Era su madre al fin, parentesco, que supe bien, sin querer mi dama, ni imaginarle yo; porque si và à decir verdad, hasta aquella hora (como tenia diversas veces entendido, que su voluntad era encubrirseme) ni yo sabia su calidad, y estado, ni si era casada, ò soltera, si plebeya, ò si noble, ni como me escrivia,

ni como me azechaba, ni donde era su casa, ni tal fue mi cuidado, ni anhelè por ninguno, que no fuesse su gusto, que no fuesse adorarla, y obedecerla, pagado con tal resignacion su grande amor. Porque como este era el centro de mis deseos, teniendola por mia, injusto fuera apetecer cosas tan accessorias; si bien no fueron pocas las que aora llegaron à mi noticia. Diò fin su madre al amoroso excesso, y tornando à admirarse dixo: ay hija de mi alma, y què susto me ha causado tu pesado sueño! Los Cielos sean en tu guarda, querida, que assi han servidose de mejorar las horas. En un momento oì tu muerte, y gozo de tu vida, y un mismo punto ha sido para mi infelice, y alegre: como te ha ido, consuelo de mis años, en tanta soledad, y con tan gran borrasca? Possible es, que enmedio de su curso reposabas? no lo quiero creer, antes sospecharè de tu virtud, que te tenia elevada en el Oratorio, y suplicando à Dios, que librasse à tu primo. Tales, y tan tiernas razones, bien agenas de nuestra ocupacion, que assi se engañan los juicios humanos, repetia, y duplicaba la ansiosa madre, pagandole mi dama (no sè si me lo afirme) que en desigual retorno, porque su turbacion, nacida tanto del peligro presente, quanto del vèr abrir los secretos que me encumbria, la tenia sin acuerdo; y mayormente (conociselo yo, no obstante, que la incomodidad que padecia, tan sin ropa, ni abrigo me tenia traspassado, y aun ageno de tal curiosidad) quando el diablo, que nunca duerme, y la bachilleria de una de las criadas, por mostrar mas su amor, y mayor lisonja, dixo: Valgame Dios, y què seria si aqueste torvellino, y borrasca huviesse salteado en el monte al Conde mi señor! Mas aqui atajandola su madre de mi dama, la mandò que callasse, y prosiguiò riñendola. Jesvs què necedad, y disparate! y esso os dexais decir? tal cosa avia de averle sucedido? No se caza à estas horas, discreta sois; bien sabeis consolar, dexad aquessa platica, y idos à recoger, que yà que falta el Conde, yo supilrè por èl, y acompañarè esta noche à mi hija. Estas razones ultimas me atravessaron las entrañas, porque demàs del eminente riesgo, yà mi estomago basqueaba con la intensa humedad de los ladrillos. Pensò, en oyendolas, divertirlas mi dueño; mas por muchas que dixo, y por mas que rogò à la piadosa madre, no mudò su consejo; con que no atreviendose à apretarla, huvo de obedecerla, rezelando, que no cayesse en alguna sospecha. Todas las criadas, temiendo salir à vèr relampagos, ocuparon las sillas, todas se acorrucaron unas

con otras para passar la noche, y su madre, y mi dama en nuestro alojamiento; solo yo miserable, en el suelo frio, desamparado, y solo, padeci lo que no sabrè encarecer lo restante de ella; yà con grandes dolores, yà sin poder siquiera descansar alentando, y yà por la vecindad, siendo participe de las muchas miserias de nuestra mortalidad, porque como la buena vieja saliò calurosa de su caliente cama, y vino à vèr la hija tan ahorrada, y sin ropas, ò el frescor de la noche, ò el susto del fracaso, hizo en su cuerpo defectos indecibles. En conclusion llegò el fin dilatado de la mas larga, y prolija noche, que experimentaron mis ojos; con que madre, y criadas dexaron el aposento, y se fueron al suyo, con dos mil bendiciones, ò maldiciones mias, y de su hija. La qual no sin muy gran pena, viendome, que yà no podia mover pierna, ni brazo (de donde estaba escondido) como dieron lugar sus flacas fuerzas, ella, y la dueña, al cabo de siete horas me sacaron à luz, en tanto que con abrigo, y ropa recobraron mis miembros su calor estinguido: no digo por mi honra, en què pararon las bascas del estomago; solo es fuerza decir, que crecieron sus alebosos vomitos de suerte, que convino, para escusar otro mayor desastre, que nuestra compañia se dividiesse, y yo, en anocheciendo, me bolviesse à mi casa.

§. V.

LLeguè à ella temprano; però tan desfigurado, y macilento, que qualquiera en mirandome conociera mi daño, si yà los peligrosos passos en que andaba no le hiciessen creer otro mayor desmàn. No sè si sospechò mi hermano algun grave desastre si bien sè solamente, que en advirtiendo mi semblante, y color, me apretò de manera, que fue preciso decirle algo de mi sucesso para tratar la cura. Mas no obstante, como èl me porfiasse, yà dudando en lo uno, y yà dificultando en lo otro, como quiera que yà se avia soltado el primer punto, dando, y tomando se fue toda la media, digo el secreto, que tantos dias se avia elado, y encubierto en mi pecho. Y aunque para contarle despejè el aposento, aùn de los mismos atomos, alguno se quedò, que por mi gran desdicha se lo soplò à mi dama. A lo menos entonces creì, que hablaba con el diablo; porque el siguiente dia, en medio de mi achaque, tuve por desayuno otro papel, que hallè donde solia; dandome en èl mas que bastantemente à entender su disgusto, y aun las mas intrinsecas razones, con que quiso mi hermano pon-

derar el riesgo de mi emplèo, y persuadime, que le diesse de mano. Esto ultimo debió de acrecentar su irá, y enojo; y assi no contentandose con amenazas crueles, con injurias, y oprobios, con el llamarme perfido, y alevoso, indigno de su amor, quebrantador de mi palabra, violador de su fee, en mas de veinte dias (aunque estuve muy malo) no se acordò de mi. Mas como ella me tenia mas presente de lo que yo cuidaba, y el negocio aun no estaba rompido por saberlo mi hermano, mitigada su colera (que nunca es mas durable en los que bien se quieren) tornò à escrivirme menos dura, y mas blanda; y juntamente en lugar de la piedra con que venian ligados otros villetes, vino aora à mis manos un precioso joyèl en forma de Agnus, orlado el cerco con veinte y seis diamantes, y de tan linda hechura, artificio, y primor, que pudiera ser joya de un Principe. Yà yo avia en el discurso de mi amor recibido otros tales favores, y regalos; pero ninguno fue del precio que este, y assi quedò con èl confirmada la paz, y mas soldada la interrumpida tregua.

En tal estado andaba el concurso amoroso de nuestros pleytos, en la Audiencia, y Tribunal de Cupido. Yo, anhelando por bolver à enlazarme, y mi dama sedienta por cumplir mis deseos, y uno, y otro en continua esperanza de la ocasion, que siempre suspirabamos. No ay duda sino, que esta debia de ser dificultosissima, como lo confirmaban las estratagemas, y intrincados caminos, por donde se guiaba, y las diversas veces, que con encarecerla, avia mi dueño contrastado mi curiosidad. Deciame ella, que si yo le supiera, ni arrastrara al peligro en que evidentemente me ponia, ni queriendola bien, permitiria, que de su parte se atropellassen otros, sin comparacion mucho mayores; y que este miedo era una de las razones porque la hacian encubrirseme con tan grande cuidado, demàs que la essencial de todas era juzgar de mi, que en conociendola, y en sabiendo su casa, y sus salidas, como amante las avia de inquirir, como celoso las avia de recatar, y ponerme quizà, sin poder reportarme, en otros excessos amorosos, que si yà no la vida, la quitassen la honra, y opinion; fuera de que tambien no presumia de mi, que siendo el fin mayor del humano deleyte la jactancia de su participacion, seria tan cuerdo, que me privasse de sus mayores glorias; las quales (en llegando à este punto) me afirmaba llorando, que no seria en su mano dexar de convertirlas en muy mortales penas. Porque aunque en la conservacion de

mi

mi vida ; consistia claramente la suya, à trueque de vengarse, y no vivir infame, se la quitaria por quitarmela ; lo mucho pierde quien lo mucho no guarda. Assi considerando aquesto, y su grande Justicia, me traxo siempre atento, y advertido en obedecerla, y nunca deseoso de investigar secretos que la ofendiessen, y me hiziessen indigno de su gracia; pero por demàs es querer firme fortuna : igual bayvèn espera de su mano, el que llegò à su cumbre tan aprisa ; fuerza es lo que sube, ò sale de su centro, aya de bolver à èl, porque muy pocos son los que se hicieron subitamente ricos, que muy en breve no se llorassen pobres. Mas no ha llegado el tiempo de gemir estos males, digamos aora el que gozamos, los presentes bienes que duraron seis meses, en quien no solas las que yà he referido, mas otras muchas veces me vì como solia con mi dueño, yo recibiendo tiernos regalos, y caricias, y aun segun dixe, cosas de mucha estima ; y èl de mi mano, y boca, no mas que el reiterarle las promessas, y juramentos de mi secreto, porque por ninguna importunacion, y ruego mio, quiso tomar un brinco, ò casa semejante. Assi passè gran parte del Invierno, embidiandome yo mi propria dicha: y siempre en continuos temores de perderla, efectos tristes de nuestra natural inconstancia. Seria por la mitad de Enero, quando la escasa luz del Sol, el dia que se muestra en Valladolid, conmueve, y alborota la gente que sale à festejarle. Fuimos à gozar la ocasion mi hermano, y yo, y otros dos Cavalleros, mas queriendo uno dellos dàr antes en la calle de su dama quatro passeos, guiamos todos à acompañarle, interrumpiendo el intento principal. Hecho esto, paramos à una esquina, que casi hacia frontera à unos grandes Palacios, con cuyo ventanage eran continuas las rexas, y balcones de la dama de nuestro compañero, de manera, que haciendo èl su festejo, igualmẽte se podia presumir, què los demàs cortejabamos las ventanas vecinas, en quien aun pienso, que sin irnos, ni venirnos, algunos de nosotros (como en los mas avia mas barreno, que juicio) viendo mugeres mozas, tambien con señas, y visages las galanteamos. Assi gastamos buen rato de la tarde, y fuera toda, si saliendo à este punto un coche de aquella casa grande, y en èl unas mugeres no ocasionàran con su impensada vista, el caso que sabreis. Era la una, segun mis camaradas lo encarecieron, de estremada hermosura ; y estando yo à esta sazon buelto de espaldas, queriendo que confirmasse su opinion,

me hicieron (dandome uno del codo, y tirandome el otro de la capa) que bolvieſſe el roſtro; nunca pluguiera al Cielo lo imaginàra, porque apenas lo hice, quando me hallè de repente ſalteado, y no menos que de los dulces ojos de mi ſecreto, y reſguardado amor, de mi querido, y mas precioſo empléo, que era la dama, que ſalia acompañada de una de ſus criadas. O poderoſo Dios! y quanto diera yo por hallarme al preſente cien leguas de ſemejante encuentro, y mayormente luego que conocì, que avia quedadoſe en mirandome muerta. Perdiò al inſtante las colores de roſa, ofuſcòſe de turbacion, cayeronſele de las manos el lenzuelo, y los guantes; y ſin ſaber ſi erraba, ù acertaba, mandò al cochero, que la bolvieſſe à caſa. Ninguno huvo de los que eſtaban à mi lado, que no advirtieſſe en tan grande alboroto, que no admiraſſe ſu repentina buelta; cada uno la atribuyò ſegun ſu voluntad, ſolo yo triſte caì por mi daño en la cuenta. Juzguè, que ſu diſguſto procedia, no del averme viſto, ſino del ſoſpechoſo pueſto, compañeros, y acciones reprobadas, las quales, como deſpues pareciò, todas las preſumiò en ſu deshonra; creyò, que por mi orden ſe avria ſeguido la ſilla, ò Eſcudero, deſcubierto la caſa, revelado el ſecreto, y que aſsi las ſeñas, y figuras que hicieron mis amigos para que bolvieſſe el roſtro eran mis advertencias, y jactancias, que no ay bien deleytable ſi no es comunicado. Quede eſto anticipado, porque ſi bien fue cierta mi ſoſpecha, no es aqui ſu lugar, ni pude creer, que tal imaginaſſe de mi verdad, y amor; mas engañòme ſu juſtificacion, y mi inocencia aſſegurò por entonces el preſente cuidado, con que buſcando otros achaques, y accidentes, que podian haver originado el de mi dama, yo miſmo me hice el cargo, y deſcargo, yo miſmo fuì Fiſcal, y Juez, ſentenciè finalmente en mi favor, dì por ninguna (ſegun era razon) la culpa que aun no avia imaginado, y alegre, y confiado bolvi à mi pecho la perdida quietud. Fuime con los amigos àzia el prado, y en el camino, aun ſin querer ſaberlo, entendì, que mi dama era prenda, y muger de cierto gran ſeñor Titulo, y eſtrangero; ſupe tambien, que no hacian vida juntos, y ſupe, que por eſto la llamaban en la Corte, la Bella mal caſada. Con tales novedades divertì la primera, lleguè à mi poſada, cenè con guſto, y reposè contento, y mucho mas luego, que à la mañana confirmò mi quietud un papel de mi dueño, cuyo tenor es el que ſe ſigue.

Satisfecho eſtaràs yà, ſeñor mio, de aver viſto en la calle contra mi guſto lo que tan en tu

mano has tenido siempre en mi aposento, y casa. Mas yà vino muy tarde el yerro cometido: impossible me es enojarme contigo, no ha dexado mi amor parte en que pueda el alma recatar su passion. Contentarème con que yà que has querido saber mi casa, y entender mis secretos, no ayas hecho participantes de ellos à quien sacandolos en publico, nos eche à perder. Tu daño, y riesgo sentirè mas entonces, que el proprio mio. Bien creo, que no ignoras semejantes finezas, mas no lo querrà Dios, ni tù avràs andado tan mal aconsejado. Pero dexemos aora estos tristes temores, pues la fortuna favorece à los atrevidos. Querido Pindaro, dentro de quatro dias avrà ocasion de verte: el Cielo me es testigo, que no anhela el deseo por otra cosa, ni mi aliento respira quando te tiene ausente; mas no se puede mas, sufre, y espera, pues tienes en mi quien en lo mismo te acompaña continuo.

Assi decia el papel, pero yo bien quisiera, que mi respuesta la desengañàra antes del plazo. Mas viendo, que no me daban orden, tuve paciencia, y aguardè quatro dias: al cabo de los quales, no dos horas de noche, con el contento, y alegria que siempre, y aun pienso que mayor, fui recibido de mi mejor empleo, que à pocos lances, con lo que yo le dixe, mostrò satisfacerse, y desenojarse. Con tanto, no aviendo hasta entonces cenado juntos, quiso, que lo hiciessemos, favor, que encarecì con notables estremos, y muy poco despues el mandarme acostar.

Comencè obedeciendola à despojarme de la capa, y espada, y desnudàrame del todo, si un repentino caso no me lo suspendiera. O como importan poco todas las prevenciones de los hombres, quando el Cielo se sirve de atropellar su intento! un atomo, un cabello, guiado de aquella Providencia, desvarata, y confunde los mas ciertos consejos: digolo aora, porque un liviano, y pequeñuelo achaque desentablò, y deshizo el riesgo mas seguro, que nunca amenazò mi inocente cabeza. Tenia por entretenimiento, y gusto (no es muy nuevo entre las damas) la mia, en el regazo, y manos un perrillo faldero, juguete tan hermoso, que le era compañia en la cama, y en la mesa. Andaba à la sazon este por la sala, y alcova, con el regocijo q̃ suelen tales animalejos, saltando, y traveseando de unas partes à otras, hasta que llegandose à un aposento, camarin de su ama, y alojamiento de la dueña tercera, hallandose (aunque à escuras) entreabierta la puerta, se entrò por ella; mas bolviendose al instante à salir huyendo, comenzò desde afuera à gruñir, y à ladrar,

y hacer tales estremos, que verdaderamente parecia, que con instinto superior me enseñaba, y decia, ser el cavallo de Sinon aquel retrete. Adverti luego en ello, y no obstante, mas por curiosidad, que por sospecha, dixe à mi dama, que era bien se mirasse lo que ladraba el perro; y diciendo, y haciendo, tomè una luz, y caminè al intēto; mas por presto que lo hice, dando ella un recio grito, se me puso delante; al mismo punto, que saliendo tres hombres del aposento, embistieron conmigo como furiosos leones. O quan amargo trago es el de la muerte! Y quan breves discursos se previenen en èl! Tuvela por certissima, y viendome sin espada, y casi encima las enemigas armas, y cerca de mis manos à aquella mi cruèl, y alevosa homicida, soltè la luz, y me abracè con ella; y aunque se resistiò, la obliguè con mi fuerza à que fuesse escudo de mi vida.

Desta suerte bolviendola à unas partes, y à otras, como por no matarla, reprimieron los tres sus primeros golpes, mientras assi se embarazarō un punto solo, de dos ligeros saltos me puse dentro del camarin, dexando tendida en sus umbrales à mi fiera enemiga, que queriendo levantarse del suelo, aquella misma accion tambien me fuè de ayuda. Embarazaronse con ella, temiendo atropellarla unos, y otros; y yo, en el interin, apechugando con la puerta; y llamando à Dios, y poniendo en hacerlo el estremo, y corage ultimo de mi esfuerzo, con un duro tesòn, al fin le echè un cerrojo. Todo lo dicho sucediò en un momento; y si bien me sentì herido en dos, ò tres lugares, como el peto guardaba lo principal del cuerpo, no me desanimè, antes (aunque en tinieblas) comencè à arrimar à la puerta quanto encontraba à tiento, y juzgaba de peso, ò importancia, para dilatar algun tanto la miserable muerte, que yà me amenazaba, pues el romper la puerta, siendo los golpes, que para hacerlo daban espantosos, y grandes, no podia durar mucho: mas ella era de madera tan fuerte, y tan bien assentada, que largo espacio se cansaron en valde. Pero aora conferido el negocio con mi sangriento dueño; y viendo que este estruendo redundaba en su daño, mandò cessar en èl, por no ser descubierta, y que se procurassen desencaxar los quicios mañosamente. No sabe tornar à su morada la verguenza, que una vez se perdiò, quien tales arbitrios, y consejos oia de aquella misma boca, que tan poco antes avia escuchado regalados requiebros: què tal se sentiria! què tales juicios fulminaria aora en su pecho, de trayciones tan grandes, y de inhumanidades tan sangrientas! mayormente conside-

tan-

randose sin culpa, porque mereciesse tal castigo. No ay duda, sino que es la muger el sugeto mas blando, mas tratable, y hermoso de todas las criaturas: parece que los Cielos le criaron para alivio, y recreo de nuestra humanidad. Pero no obstante, encendiendose en demasiada colera, y enojo, viene à tanta locura, que intenta cosas, que los tyranos mas crueles no imaginaron. O quantos son los daños, y los males, que han visto sobre si el mundo, y los hombres por su causa! Y quantos testimonios sagrados, y profanos califican esta verdad, aun desde sus principios! Y si no adviertase, quien tuvo mas raras perfecciones, mas noticias, y ciencias, que nuestro Padre Adàn, y del primer embite le venciò la muger? Quien mas robusto, y fuerte que Sanson, y otra le arrebatò las fuerzas, y quitò los cabellos? Quien mas casto que Lot, y sus mismas hijas triunfaron con engaño de su honesto decoro? Quien mas religioso que David, y Bersabè turbò su santidad? Quien mas prudente, y sabio que Salomòn, y aqueste inutil genero lo enloqueciò, y perdiò tan tristemente? Pues què me quexo yo de este, presente excesso que admiro, que exagero esta traycion enorme? Ay por ventura alguna que escape de sus manos? que su maldad no emprehenda? que su malicia no penetre? que su atrevimiento no execute? que su crueldad no consiga? En conclusion, no ay para què cansarme, pues en quanto quisiere obrar la muger, hallarà salida, y despidiente: librenos Dios de sus iras, y venganzas.

§. VI.

ANdaba yo con tan mortales ansias, como yà aveis oido, trastornando todo aquel aposento, buscando assi à mi vida algun amparo, ò por lo menos alguna resistencia, que dilatasse el fin, y le entretuviesse; y assi aora metido en tal aprieto, tentando con las manos à unas partes, y à otras, y guiado del Cielo (quando menos cuydaba) di con un escritorio, ò tocador de plata, el qual queriendo levantar para tambien acomularle con las demàs cosas à la puerta, apenas lo hice, quando (como en la grande obscuridad qualquiera lumbre se reconoce, y vè mas facilmente) debaxo de èl, me deslumbrò un pequeño resquicio, y tentando lo que era, hallè, que arrancados dos ladrillos, y socavado el suelo hasta la bobeda, avia en ella un pequeño agujero, que no estando bien apretado con un pedazo de lienzo, que le servia de tapa, daba de sì, por àver luz debaxo, aquellos breves, y confusos resplandores; y como si al espiritu afligen semejantes desdichas, qualquiera sombra del bien

le

le consuela, y anima; assi aora me pareciò, en viendo aquella luz, q̃ el corazon, y el alma avian resucitado: tanto puede en el grande peligro un rastro de esperanza! Muchas veces, entre las cosas arduas, y contrarias, resplandece con mayor claridad la providencia de la buena fortuna: assi lo pareciò al presente conmigo; quitè el inconveniente, desatapè el lenzuelo, è inclinando los ojos, vì que correspondia à unos aposentos muy grandes, vi que los alumbraban dos velas encendidas encima de un bufete; y vi, y oi, bien que sin distincion, q̃ passeaban, y parlaban en ellos algunos hombres. No pude conocerlos, ni el tiempo, y turbacion me concedieron tan atento cuidado, ni el subito consejo, q̃ entonces acordè pedia mas dilacion: hallò el peligro inopinadamente remedio à lo que la razon no pudo darsele. Avia, segun yà tengo dicho, dos ladrillos quitados, y un suelo destos es como media calza; en faltan sola un punto, toda se và por èl; en faltando un ladrillo, todos se pueden arrancar: valìme de la daga, y quitè quatro, ò cinco, y por el consiguiente, la tierra hasta igualar las bobedillas. Son aquestas de yesso, y el ordinario modo con que en aquella tierra se fabrican los techos; y assi, quitando su mayor embarazo, à pocos golpes desmoronè la mitad de una bobeda; y como yà en el interin la puerta del retrete se ibà rindiendo muy apriessa, sin esperarme mas, teniendo yà rompida diferente salida, aunque estaba muy alta, y las voces que debaxo se daban, y el peligro presente, me confundian, y turbaban algo, todavia, encomendandome à la Virgen, por entre viga y viga me dexè despeñar. Mucho importa en los tan arduos casos igual resolucion; pues por aquesta, tal vez avemos visto nacer de la necessidad la virtud, y el remedio. Caì de lado à los pies de una cama, y aunque mi cabeza diò en ella un terrible golpe, los colchones de encima repararon su mas sangrienta ruina. Pero no fuè esta sola mi mayor contingencia, porque aun no avia caido, quando me vì rodeado de diversas espadas. Abrazòse uno de los que las regian fuertemente conmigo, y fuè con esto tan desigual mi ultima alteracion, que ciego de la sangre, y de la gran congoja, aun casi en largo espacio, no acabè de advertir, ni conocer, que quien me tenia asido era mi proprio hermano, y sus criados, y los mios los que me avian cercado. Turbòme, y atentòme igualmente tan impensado encuentro, y el primer movimiento lo atribuyo à prodigio, y milagro: hablè, y llamè por sus nombres à unos, y à otros, y con todo la misma novedad que à mi me suspendia, embarazò tambien su conoci-

mien-

miento, demàs, que lo imposibilicaba la mucha sangre con que venia bañado, yà de una herida que traìa en la cabeza, y ya de una estocada, que me passaba el rostro. Finalmente, entendido el peregrino sucesso, mi hermano quedò atonito, y yo considerando, que de esperar alli corria mi vida notorio riesgo, pues de un arcabuzazo podian desde arriba quitarmela: siguiendome mi hermano, salì de casa, y atravessè la calle para encerrarme en otra, al mismo punto, que abriendose las puertas de una cochera, que estaba pared enmedio de mi casa, salian por ella tres hombres, rodelados, que con impetu, y furia (siendo el Cielo servido que no nos viessen) denodadamente se arrojaron por mi posada. Entraron en mi quarto, y escudriñandole enmascarados, y no hallandome, se bolvieron por donde avian venido: que bien conjeturado, sin dilatarlo mucho, conocì claramente, que eran la misma parte por quien me metian en la silla los negros, y escudero. Reventabame entonces el corazon dentro del pecho, mirando tales cosas; aunque desangrado, y aturdido del golpe, y la caìda, no obstante si mi hermano no me lo resistiera cuerdamente, fuera escusado el dexar la venganza para otra coyuntura; mas yo echàra un desastrado lance, porque como despues supimos de los criados, que quedaron en casa, parece ser, que acompañaron su atrevimiento, y temeridad con tres pistolas.

Con tanto, aquella noche me alojè en la posada de un amigo, adonde fui curado, y adonde sin poder sossegar, passè quatro, ò seis dias, tan acosado, y lleno de diversas congojas, que sino las templàra el fin de mis amores infelices, pienso que hallàra el alma en breve termino, franca, y facil salida por los golpes, y heridas de mi cuerpo. Disculpe este dolor, el abrasado amor con que era adorada de mì mi bella ingrata; pues para que se entienda su vigoroso esfuerzo, y mi mucha terneza, aun aora, enmedio de la sangre, enmedio del peligro, que ocasionò su mano, en vez de aborrezerla, procuraba disculpar su rigor, y desvanecer su maldad con lo aparente, y verosimil en que fundò mi culpa, y sus sospechas, si bien fueron aquestas con la inocencia de mi parte, que aveis notado. Y assi, entiendo por cierto, que no tan solamente ella me librò de tan peligroso trance, mas juntamente cegò el juicio, y los ojos de mi dama, para que errasse el modo, y se desentablasse su injusta, y alevosa venganza. Pues es bien cierto, y llano, que si la dispusiera al traerme en la silla, viniendo yo con tan mortal descuido, ò yà en la calle, ò yà dando conmi-

migo en el rio, ò en algun despoblado, me pudieran à su salvo matar. Mas ella no se atreviò sin duda alguna, à fiar de dos viles esclavos. Temiò algun contingente, ò descubrirse el caso, y con esto abrazòse al consejo mas secreto, y seguro, como realmente lo era, acabarme en la cama en el primero sueño, y enterrarme despues sin ruido, ni escandalo, adonde no fuesse hallado eternamente. Pero dispusolo mejor la piedad Divina, de quien dixo el Profeta, que entre las cosas mas perfectas, y grandes, que puede contemplar nuestra mortalidad, ninguna es en sus obras mas ilustre, y notable que su misericordia: pues quando esta se sirve de dilatar sobre sus criaturas, no ay fuerza poderosa, no ay invencion humana, no ay astucia diabolica, que llegue à su señal determinada; todo queda frustrado, desvanecido, y sin efecto: mas què podrà ofender à quien ella le ampara? Bien patente quedò con aqueste sucesso la ocasion que en mi dama originò el principio de su amor, y mi conocimiento; pues en viendo el agujero que caia à mi aposento, y cama, estaba claro su desencanto; y sabido el camino por donde me venian los villetes, por donde se advertian mis acciones, y escuchaban mis platicas. Cosa, que algunas veces (segun yà he dicho) atribuyò mi confusion à hechiceria. En efecto aquel breve resquicio, hecho por su curiosidad, ò por otros respetos, puso mi persona en sus ojos, y la continuacion de su vista, su ociosidad, su privacion de gusto, y el corto que tenia con su esposo (quizà culpa de todo) en su pecho, y entrañas, el apetito, y torpe liviandad, que ella calificaba con titulo de amor. Pero aprobado està, que no merece tan honroso renombre. Porque aunque diga Seneca, que son muchos aquellos, que amando matan, y ofenden à la cosa amada, impossible parece su decreto; no es creible, que donde ay fiel amor, aya injustas venganzas, aya alevosias, y traiciones. Continuabanse aquestas, y temiendo sus assechanzas engañosas, no bien convalecido, aunque mas consolado, tratè con gran secreto ponerles tierra enmedio, ausentandome. Era mi hermano de este mismo consejo, y assi dexandole al despacho de nuestras pretensiones, con un solo criado lo executè, y me puse en camino, y hallando un coche de retorno para Madrid (aunque estaba ocupado de dos señoras, y una doncella, y paje) si bien yà iba aborreciendo tan peligrosas compañias, por encubrirme mas, y no pudiendo menos, huve de entrarme en èl, y seguir mi derrota.

§. VII.

COmo los Cielos estàn en un continuo movimiento, assi las cosas humanas inferiores parece que los siguen, rodàndo juntamente con ellos, pues vemos, que nunca permanecen en un estado, y sèr: testifica bien esto la variedad inmensa de mis sucessos, la inconstancia notable del discurso, y progresso de mi vida, que escapandola (no sin favor de Dios) del passado peligro, si gozò un corto espacio tranquilidad, y gusto, fue como siempre, para con nuevo aliento poder atropellar otros innumerables, que la estàn esperando.

Cinco dias gastò la tardanza, y flema con que caminaba mi coche en llegar al Puerto de Guadarrama, que con el nombre de Montes Carpentanos, hace raya, y divide las dos Castillas. Pero para subirle con mas comodidad, tomamos, segun es la costumbre, cavalleria de jamugas, y sillas, unas para nosotros, y otras para las tres mugeres que conmigo venian, las quales (digo las dos señoras) eran madre, y hija, aquella de cinquenta años, y esta de quince: mas muy bella, y graciosa, y sobre todo de estremados cabellos. Son estos la mas hermosa parte de la muger, ò yà porque primero ocurren à la vista, grangeandola, ò yà por ser vestido, y ornamento del miembro principal, que es la cabeza. Y aunque aora, otras menos escarmentadas que la mia, pudieran precipitarse con el cebo, todavia las frescas cicatrices de mis heridas la tuvieron constante, y tan advertida, que aun con averse ofrecido en la jornada diversas ocasiones, y lances, no para deshechar, ella, y su dueño las divirtieron, y despreciaron; mas ni esto basta, adonde yà una vez se diò entrada al amor, y mayormente fomentado con la continuacion del hablarme, y verme, y la frequencia de los muchos regalos, que yo (mas por mi cortesia, què por otros intentos) vine haciendo à la dama, y à su madre todo el viage. Pero demos conclusion al presente, que su ocasion vendrà en que aquel tenga fin.

Digo, pues, que aviendonos apeado del coche, que tomò otra vereda, nosotros à cavallo desde el Espinar proseguimos enderezando al Puerto. Era, aunque à los primeros de Marzo, el Sol tan apretante, la tarde tan sin viento, que en breve espacio, de la calma, y polvo, nos hallamos vencidos. Iban sedientas las mugeres, y los hombres abrasados, y muertos; y assi, dandonos priessa por mitigar la sed, hizimos alto en la Venta, que està al subir de la cuesta, y entrando en ella de tropèl, como ibamos, pedimos mas alegres agua, y vino para refri-

frigerarnos à un hombre de pardillo, que se estaba encima de un ericaño, que parecia ser el Ventero. La demàs de su gente majaba lino en unos trascorrales; mas ni aquella saliò, ni aquese se levantò, aunque oyò mi demanda, antes dando un resuello, y dos, ò tres bostezos, con la voz de un barraco, nos dixo: Par Dios que traen grande priesa, ò vayanse, ò esperense. No nos dexa la sed, ni el calor lo permite, le respondi riendome: Despachanos, hermano, que no venimos para tan larga sorna. Hermano sea èl de Judas, replicò el Venteron, y yà tan presto queria que huviessemos emparentado: Voto al Sol, que estos ninfos muñecos de la Corte, piensan, que en viendo à un hombre con un gabàn de paño, no ay mas de hermanear, y echar un vos redondo; pues juro à San, y callo, que no somos Judios, ni advenedizos. Ni yo imagino tal, amigo mio, bolvi à decirle, casi medio enojado, dexaos de essas quimeras, y dadnos lo que os pido. A esto me respondiò, si traiamos plata; y yo, con mi paciencia, le enseñè un real de à quatro, con que en viendole al ojo, comenzò muy de espacio à levantarse: diò en mal hora algunos esperezos, y despues mirandose al capote, una à una, fue limpiando de encima algunas pajas, cosa en que debiò de estarse un quarto de hora, y tan poco apropoSito, como lo repugnaba nuestra sed, y cansancio; pero esta gente mas rustica, y mas barbara, que la de Terranova, ni tienen piedad, ni compassion, ni de el humano sèr, mas que la sombra. Pues ni aun parò en lo dicho su villania, aun presumiò irritarme por otros modos. Entrò en un aposentillo, y al cabo de media hora, que debiò de gastar en cercenar medidas, y bautizar à Baco, saliendo con un jarro, bolviò à medirle en el otro, con tan estraña flema, que yà, aunque tarde, acabè de entender que lo hacia adrede, burlandose de todos el malicioso villano. Pero no obstante, aun tuve sufrimiento, si bien solo le dixe: Hermano de mi vida, basta la burla un poco, despachadnos apriessa, que se nos passa el dia. Mas què echè de mi boca? Apenas oyò la palabra hermano, quando paguè el descuido; y sin mirarme à la cara, cogiò el vino, y medidas, y me bolviò las espaldas, repitiendo entre dientes, otra vez soy hermano, pues juro à Dios que ha de beber el lindo, donde bebiò mi mula. Què sentiria mi pecho, viendo tan descarada desverguenza? Yo confiesso, que aunque por no travarme con tal persona, quise disimularla, me venciò la passion, y el disgusto; y aun la lastima de las que me miraban rabiando de sed. Arroième de el macho, y yà sin sufrimien-

miento; corrì tras del Ventero con la espada en la mano; pero apenas vido relucir la de Juanes, quando dexando el vino apretò àcia el corral. Mas siguiòle mi colera, y sin dexarle un punto, le obligò à que saltasse por las bardas, y hiciera yo lo mismo, si las voces, y gritos de su muger, y unos pequeños niños que se me echaron à los pies, no lo impidieran. Sali al fin à mi gente, y dandola de beber, pagando el coste, bolvimos al camino santiguandonos, y maravillados del sucesso.

Esto passò en la venta; y dexandola atràs, comenzamos desde ella à subir el nombrado puerto. Pero es tan intratable, y su cumbre tan alta, que una hora no pudimos vencerla: si bien antes de hacerlo otro mayor inconveniente dificultò su empressa. Fue este el que sabrèis aora. Serian las cinco de la tarde, casi al ponerse el Sol, quando un tercio de legua de lo alto, ibamos uno à uno, porque la senda no daba mas lugar, subiendo en forma de procession la cuesta arriba, y yo muy deseoso de llegar à Guadarrama, por el buen hospedage que me aguardaba en ella, en casa de un amigo, que governaba entonces el Real de Manzanares. Mas podriase decir por la presente quenta, que uno pensaba el bayo, y otro el que le ensilla. Bien diferente alvergue presumiò prevenirme la contraria fortuna. Haciendo iba yo con mi cõpañia semejantes discursos, quando saliendo de detràs de una peña, à tiro de ballesta, se me pusieron delante, à cavallo, dos hombres de no mala estatura. Traian entrambos dos chuzos en las manos, si bien luego à el principio, creì que eran escopetas; y sin hablar palabra, en llegando mas cerca, comenzaron juntos à disparar torvellinos de piedras. Milagro fue evidente, que esta impensada lluvia, no cogiesse à ninguno con su granizo, vì el peligro notorio, y aunque siempre (quando es tan grande) suele faltar consejo, con todo le tomè, y sin mayor tardanza, mandè que se apeasse mi compañia. Y llevando los criados, y yo las cavalgaduras por delante, haciendo escudos dellas, pudimos resistir el ventisquero: no obstante, que yà huvo pelota, que hizo volar sin alas, uno de los rocines. Los demàs, bamboleando con los furiosos golpes, que quisieron que no, nos fueron amparando, hasta que emparejamos (no sin grande trabajo.) Pero entonces, en viendome à la iguala, conocì que era el uno de los dos salteadores el honrado Ventero. Creciòme en su maldad el animo, y esfuerzo; y assi rabiando por venganza le embestì, aunque yà me esperaba con el chuzo. El otro en tanto, acometido de los criados

dos, continuò su pedrisco. Pero aunque me previno con un gran pelotazo, no interrumpiò por esso, el juntarme con el infame, y alevoso Ventero. Arrojòme un chuzazo, echè à fuera la punta, y en aviendo ganadosela, de un salto le rompi un geme de cabeza. Perdiòse luego de animo, y dando grandes gritos, puso su remedio en las plantas; corriò un buen trecho, y sintiendose algo lexos de mi, sacò una baretilla del tamaño de un palmo; y subiendo encima de una peña, levantò el bramo, y comenzò à apellidar la justicia de la Santa Hermandad. Mirad si esta señora es servida de Ministros honrados; à un Ventero ladron, salteador de caminos, le hace su Quadrillero, para que el mismo efecto que avrà de castigar sus robos, y maldades, sea el pretexto, y capa de este, y otros delitos. Pero vaya con Dios, y sea como mandare, que por lo menos no importò su reclamo por aora. Avian los criados en el interin corrido al compañero (quien duda, que seria su semejante) y assi en bolviendo à mi, temiendo mas fragelos, siguiò el trote tràs de èl por entre aquellos riscos; con lo qual no poco fatigado prosegui à Guadarrama, adonde con mi atribulada compañia, por el encuentro dicho, huvimos de arribar, muy de noche. Tarde nos pareciò nuestra llegada; però aunque lo fuera mas, no perdieramos cosa; porque si no lo habeis à pesadumbre, el regalo, y descanso que hallò nuestra calamidad, y molimiento, fue un golpe de villanos, que nos esperaban à la puerta: Los quales en entrando, nos rodearon por todas partes, diciendo à voces, que les rindiessemos las personas, y espadas. No era para burlarse la demanda, y como la passada nos traia rezelosos, menos razon nos alteràra. Temì, y pensè, que esta era la venganza del Ventero. Y no queriendo morir à sus rusticas manos sin defensa, apeandome, al punto la comencè à disponer con despejo, y animo. Mas no lo huve intentado, quando los cautelosos Aldeanos, levantaron el grito, repitiendo favor al Rey, justicia, resistencia: con que en un momento, no quedò à su bramido, persona de diez años arriba, que no acudiesse, yà con lanzas, y espadas, yà con palos, y piedras. Bien cuidè, que de esta hecha pagàra mi cabeza los pecados antiguos, y modernos. Pero con todo, sin passarme por la imaginacion que fuessen diligencias de justicia, tomando de dos saltos la primera casa, assegurando las espaldas, me resolvi à no venderlas tan varato. A esta hora, los gritos que sonaban, atronaban el Cielo, y mis pobres muge-

geres presas, y maniatàdas, eran despojo injusto de los Ministros, mientras su criado, y el mio, cayendo, y levantando, lo dilataban. Encarnizòse la turba multa en ellos, y aquel estorvo los hizo que aflo-xassen conmigo. Y assi hallando lugar escabullì, corrì, y volè por aquellas calles, hasta que cerca de la plaza, viendo que de una casa grande salian luzes, guiè acia ellas, mas tan desatinado, que primero atropellè dos hombres, que me pudiessen detener: y al fin, quando lo hice, fue cayendo entre los pies de el uno, que luego al punto se arrojò sobre mi; y pidiendo à los demàs ayuda, en vez de darmela, y ampararme en su casa, me asiò muy fuertemente, y me dexò sin espada, ni daga. Quedè perplexo viendo seguirse assi una detràs de otra, tantas desgracias: realmente, que si decirse puede, creì que todo el pueblo estaba conjurado, y lleno de demonios contra mi, y muchas veces (para mas persuadirmelo) me vino al pensamiento, si era este caso venganza redundante de la hechicera vieja de Castilleja. Finalmente, casi tuve por cierto, que algun secreto encanto, obraba en mi esta noche; creyèralo sin duda, tal me tenia el sucesso, si aquel agarrador, cuyas uñas me asian, pidiendo aora que acercassen las luces, no me sacàra con su vista de semejante disparate, y erronia; pues por lo menos en ella conocì, que estaba delante de la mia aquel amigo grande, que (segun yà advertì) governaba el Real de Manzanares, y avia de ser mi huesped aquella noche. Pasmè en mirandole, y èl haciendose cruces, acrecentò la admiracion de los circunstantes, siendo mucho mayor, quando abrazandonos, advirtieron nuestra estrecha amistad. Hablamonos alegres, y sin mas dilatarlo, le fui dando razon de quanto nos passaba, assi en el puerto, como allì, y en la Venta. Cosa, que aviendo oìdola, le dexò mas atonito; y no porque la ignorasse del todo, sino por la siniestra, y contraria relacion, que le àvian hecho della. Era precisso que la supiesse yo, y assi me refiriò como aviendo llegado poco antes muy mal heridos el Ventero, y el otro, dieron ante èl querella de nosotros, en la qual delataron que eramos tres rufianes, que con otras tres mozas, alvergandoen su Venta, y comiendole medio lado, nos aviamos querido escapar sin pagar el escote: y porque èl, y su colega, salieron à rogarnos que pagassemos, les dexamos por muertos, y les pusimos en semejante estado. Mirad si el señor Venteròn, ladronazo, pudiera ser maestro de qualquier tropelìa, y si acertaba

à disponer el caso; mas en derecho de su dedo el mismo Bartulo. Yà no ay villanos en Castilla la Vieja, la frequentacion de Cortesanos (digamos Cazoleros, y Vallenatos) corrompiò sus costumbres, trocò su original simplicidad, en malicia, y cautela; todo al fin lo pervierte el vicio, el uso, el tiempo, y mala vecindad. Y assi no es mucho aora, que en Guadarrama hallasse yo la suya tan contraria, con semejante informacion; ni que tampoco su Juez, irritado con ella, y ageno de la verdad, avisado al presente de nuestra resistencia, saliesse à remediarla, y à poner en efecto nuestra prision. Si bien el averla antes ordenado tan mal como aveis oìdo, mejor pudieramos llamarla salteamiento; porque llegar de noche, y de repente, en parte sospechosa, sin luces, y sin vara de justicia, y sin decir, que nos tuviessemos à ella, ò al Rey, como es costumbre; mas pareciò ocasion cautelosa, para que assi se acriminasse nuestra causa, que buen deseo de executar su oficio: Adviertase esta traza, porque es muy ordinaria en los ruines ministros. Pero no tuvo aora efecto su maldad; contradixola el Cielo, y librò à la inocencia, y adonde pensaron los villanos tener cierta venganza, tuvieron el castigo.

§. VIII.

Estaba yà mi gente en la carcel, mandò sacarla al punto el Governador, y que la traxessen à su casa, y en su lugar heridos, y emplastados quedassen el Ventero, y su amigo. Mas no ay consuelo que se iguale al que tuvieron las dos señoras, la doncella, y criados, en viendose conmigo; porque como ignoraban lo que me avia passado, y el caso era capàz de mayores sospechas, temieron, y lloraron, que las traìan à dàr algun tormento; mas este redundò sobre los que eran causa de sus lagrimas. Pues el siguiente dia, aviendonos la noche regalado, y agassajado grandiosamente, antes de la partida nos recibiò los dichos; y vista su sustancia, sin darles largos terminos, condenò à los dos presos à galeras, y azotes. Harto pedì, roguè, è importunè para que no se pronunciasse tan pesada sentencia, porque el hombre de bien debe pagar los males con buenas obras; mas mi piadoso intento parò en solo el deseo. Pedia el delito semejante rigor; por una parte los juramentos falsos le agravaban; y por otra le hacia terrible, y capital el avernos salido al camino. Considerando aquestas circunstancias, no quise que mis ruegos, ni las importunidades de las

damas torcieſſen la juſticia, y obligaſſen al Governador. Eſtimè ſumamente ſu entereza, porque el Juez que admite ruegos, y ſe dexa llevar de ellos, y de las dadivas, impoſsible es, que ſe adorne de aqueſta, ò que por lo menos eſcape, ù de ingrato, ù de injuſto; ingrato, ſi no hace algo por el que le obligò; y injuſto, ſi lo hace contra juſticia. En concluſion, por no hallarme preſente à ſu execucion, tracè luego el viage, y deſpedidos llegamos à Madrid la miſma tarde. Eran las dos ſeñoras de aquella Villa, y ſabian, que avia de reparar alli, porque temiendo no ſiguieſſe mis paſſos el ſangriento deſeo de mi dama, no me atrevì à paſſar à un aldea en quien vivia mi madre, y en quien mucho peor podria encubrirſe mi perſona. Por eſta cauſa, agradecidas à mi buen agaſſajo, aunque lo reſiſtì con harta porfia, fue la ſuya mayor para hoſpedarme en ſu miſma caſa. Huve en efecto de rendirme à ſu importunacion, y corteſia, sì bien muy cuidadoſo de la aficion, y exceſſo, que la hermoſa Julia (llamabaſe aſsi la dama moza) moſtrò en la ſolicitud de mi reſolucion. Raras veces venciò tales porfias la ardiente juventud; mas en la mia prevaleciò el temor del reciente fracaſo la memoria de otra igual deſventura como la que tuve en la Corte; y ſobre todo la noble confianza que ſu madre librò en mi proceder, razon, que no admite contraſte en ningun hombre de honra. Con eſte preſupueſto pude decir, que vivì ſeis meſes en una continua, y permanente guerra. Yo era centinela de mis ojos, adalid de mis paſſos, guarda de mis ſentidos, ſiempre huyendo el encuentro, ſiempre alguna celada, y mayormente que no me hallaſſe à ſolas la ocaſion. Pero el ciego rapàz viò mas que mi cuidado; y eſtuvo en poco que no atropellaſſe mi juſta reſiſtencia. Dormiamos mi criado, y yo en unos quartos baxos: Julia, ſu madre, y criadas en los mas altos. Fingiòſe enferma un dia de fieſta, y mientras ſu madre, y la familia eſtaban en la Igleſia, mi ſirviente en la plaza, cierra las puertas ella, y arrojaſe por las de mi apoſento, con un faldellin ſolo, y en mangas de camiſa; y para aſſegurar mi rendimiento, tendidas por los ombros las mas ricas madexas de oro fino, que viò el Tajo en ſu arena, ni el Arauco en ſus minas. Aſsi la vì, caſi ſobre mi roſtro, quando ſus blandos paſſos quebrantaron el repoſo del cuerpo, y puſieron con tan hermoſa viſta, en no pequeña turbacion mi alma. Confieſſo, que me quedè arrobado, y tanto mas afligido, quanto advertì mas el peligro; y vì, que ſegun mi determinacion, no podia eſcapar

de èl, menos que desengañando sus intentos: cosa, que à veces suele aumentarlos, y crecerlos, si yà no precipita à mayores desordenes. Hablòme Julia sentandose en mi cama, y yo dissimulando su passion, y la mia, alegre la escuchè, dixo: Què ay que dudar, Soldado de mi vida, sino que yà en tu pecho se me avràn condenado estas acciones atrevidas, impropias ciertamente del natural honesto, tan ageno à nosotras; pero la misma causa mientras me ofende mas, mas te debe obligar, y mas se debe agradecer el despreciallas. Tu, señor mio, la ocasionaste con tus ojos, y tu con tus desdenes, y descuidos, añadiste à sus llamas mayor incendio: tèn compassion de mi honra. No pudo, ò no la diò lugar su llanto, ò su congoxa à passar adelante; comenzò tiernamente à derramar mil Orientales perlas de sus ojos, y yo del pecho varios conceptos, y razones, con que templar su fuego, y divertir su pena. Estaban en mi idèa tan fixas, y presentes las engañosas ansias, los fingidos desmayos, afectados suspiros, lagrimas, y embelecos de mi cruel ausente, que fuera por demàs, estando en mi entero, y acordado juicio, presumir enlazarme de nuevo los encantos de la engañadora Circe, quanto, y mas las palabras sin termino de aquella rapacilla, à quien mas incitaba, y apresuraba la poca resistencia que hacia à sus torpes deseos, que el verdadero amor, que ni avia conocido, ni aun experimentado. De otras partes, y medios se engendran; este primero hecha profundas raizes, forma cimientos hondos, que se advierta su fabrica. Desde que entrè en el coche, mirè, y fuì visto de ella, sin otra intermission advertì sus deseos; luego al punto me descubriò su facilidad, y cuidado; no convenian à tan frescos escarmientos tan ligeros empleos. Assi aora, por no desesperarla, aunque la dì à entender mi desengaño, todavia con ambiguas razones, dexè abierto un resquicio à su esperanza, dixela: Julia mia, aunque mi buena dicha es la mayor que nunca tuvo hombre, pues trocadas las suertes, lo que debiera hacer contigo el mas bello, y gallardo, esso mismo contemplo executado en mi por tu graciosa boca; todavia, gloria tan grande, y de que mi humilde pecho se conoce incapaz de merecerla, no puede dexàr de templarse mucho, conociendo, que lo mismo que tanto me ha obligado à servirte; esso mismo me ha de forzar à tenerte respeto. Justo, es señora, que pague quien tanto ha recibido, en moneda, y valor, que satisfaga tal deuda; conservarte con honra, guardarte casta, y limpia es lo que toca à mi fiel correspon

den-

dencia; si otra cosa emprehendiesse, de ingrato, y torpe se me pudieran dàr iguales titulos: esto es tenerte lastima, esto es tenerte amor. Seame licito que no imite à Jasson, ni à Tesseo en el hospedage, y seate licicito, que como aora te contemplas ardiendo, te consideres juntamente gozada, y mal correspondida, como se vieron Ariatna, y Dedèa; pues todo te puede suceder, y remediarse aora en tan frescos principios. No fies en los gustos que te prometen estos, porque el desabrimiento, y amargor de sus fines, es mayor, y aun mas cierto. Yo, señora, precisamente te he de dexar mañana ausentandome; y tu forzosamente has de quedarte sola, mas encẽdida, mas ayrada, y enojada conmigo; pues mas quiero perder este contento momentaneo, que tu gracia, y amor. Este es mi ultimo parecer, abrazate con èl, ù obligarasme à que dexe tu casa, y mi comodidad, porque tu no te olvides de tu honra.

Aqui llegaba yo, quando escuhãdo à Julia tan desiguàl salida à su proposito, pensò quedar sin vida; enmudeciò por grande espacio, mas en passando el primer accidente, abalanzandose desatinada sobre mi pecho, con nuevas rèplicas, bolviò à poner su intento en contingencia, y mi perseverancia, y temor en mayor peligro. Dixo, què es esto que te escucho, ingrato Pindaro? possible es, que correspondas de essa suerte à un prodigio de amor peregrino: què desdèn, què desprecio, tan ageno de tu generosidad, y cortesia, es el que triste veo? Como assi degeneras en lo que debes (si no à tu estado, y sèr) à tu edad floreciente. Tan agena estoy de ella, tan largas canas peyno, tan poco apetecibles son mis años, y mi sugeto (tal qual es) merece ser estimado en tan poco. Mal conforma tu gentileza, y brio con tan tibia respuesta; mal tu donayre, y gracia, con tu severidad. Si eres discreto, y sabio, por que pones mi vida en tal desesperacion; si eres cortès, y humano, porque no amas à quien te adora: no es esto (ò noble Pindaro!) lo que de ti esperaba; mira señor, q̃ me muero si no me favoreces, facil es el remedio, crueldad es el negarmele. No temas (si algun secreto amor suspenden tus favores) que jamàs los revele, si fuere digna de ellos, llano es, que no querrè afrentarme. Ea, bien mio, no te muestres tan aspero: si no bastan à moverte estas tiernas razones, estos suspiros abrasados, ablandente à lo menos estos ojos convertidos en fuentes; enternezca, y derrita tu corazon elado el fuego ardiente, que està abrasando el mio: mas ay de mi! què risco avrà tan duro, que yà no huviera mostrado sentimiento?

què bronce empedernido, que no se huviera yà enternecido en esta fragua? què Caribe, ò què Fiera, que no se huviera yà domesticado, à los incultos barbaros del mar no conocido; pensàra que pudieran mudar, y reducir mis lagrimas; perdida soy, pues tu no las precias, y estimas. Aparta, arroja de esse espiritu dèbil el yelo que te enfria, deshaganlo las encendidas llamas; que consumen mi pecho; vesme aqui, señor mio, à tus pies rendida: mira que muero, ardiendo por tu causa; la voz me falta yà, y las fuerzas se postran, y debilitan. No puedo mas, si en lo que te suplico no quieres, Pindaro, conformarte conmigo; oyga yo de tu boca una sola palabra que me consuele, y quizà templarè el impaciente fuego de quien me veo tan rendida, y tan vencida.

Por cierto maravillosa; y nunca oìda fuerza de un loco amor, de un torpe, y desordenado deseo. Assi llorando concluyò sus razones, y suspendiò las mias la enamorada Julia; si bien aunque me vì tan apretado (presente, y fresca en mi alma la reciente desdicha, vertiendo aun sangre las injustas heridas de aquel mi indigno dueño, viva en mi entendimiento su memoria, y siempre temeroso de otro igual accidente, de otro empleo semejante) forcè mi inclinacion, opuseme de veras à su fiero apetito, morigerè sus llamas, templè su ardiente sangre, y con resolucion mas que de hombre, determinè del todo escusar el peligro. Hize muestras vistiendome con priesa de querer ausentarme, y dexarla, como el casto Joseph, mis ropas en despojo; quise significarselo, mas apenas lo intentè, apenas sospechandolo ella, colerica, y ayrada me presumiò cerrar la boca con sus manos, quando dichosamente, llamando mi criado à la puerta, me sacò de ellas, y de tan grande riesgo. Mudò Julia la hoja, y siendo fuerza interrumpir la platica, antes de abrirle se despidiò, diciendome: no te vayas, señor, que yo procurarè obedecerte, y mitigar mis ansias. Prometiòselo assi, fue se, y dexòme atonito, y aun descompuesto; y luego con mi criado, sin otra dilacion, comencè à disponer el irme con mi madre.

§. VIII.

HUrtar el cuerpo à ocasiones tan fuertes, es el remedio que solo puede vencerlas; pero las dificultades, y contingencias de los tiempos, dàn muchas veces leyes a la naturaleza. Assi, aunque el hacer ausencia fuera muy conveniente, por otra parte embarazos precisos la suspendie-

dieron muchos dias. Escriviòme mi hermano, q̃ estaba de camino con el buen despacho de mi ventaja: huve al fin de esperarle, y en tanto contemporizando con la dama, diverti sus deseos, y aun mis peligros, con passar las mas horas, y dias fuera de casa. Este retiramiento, y mi mucho cuidado, fue poco à poco (segun mi parecer) templando su furor; mostrabalo assi Julia, con grande gloria mia, quando una noche de estas, viniendo recogiendome tarde (seria muy poco menos de la una) solo con mi espada, y broquel; y atravesando desde la Moreria las principales calles de aquel gran Lugaron. Era mi posada à San Luis, y preciso cruzar por la puerta del Sol; pero aun con ser tan à deshora, la claridad de la Luna daba bastante luz à las tinieblas. Y assi desde que mediè la calle de las Carretas, pude divisar en la plaza dos bultos, que parecian mugeres. Tuvelo à novedad por la sazon, y el puesto, y curiosamente deseando azecharlas, me fui incorporando con las paredes, hasta que passo à passo, sin perderlas de vista lleguè hasta los caxones de las fruteras. Pero sintiendome à este punto, y metiendose entre ellos se me desaparecieron. Acordòseme entonces el camino de Coria, y temiendo otro tal, quise acabar el mio: mas el mismo motivo que alli induciò à mi camarada Don Francisco, venciò aora mi cuidado, y rezelo; mayormente siendo el presente en lugar tan seguro, y aquel en un desierto. Este en el centro de Madrid, y aquel en escampado, y una legua de Sevilla. Di principio al buscarlas, y en su empressa rebolvi los tablados, y las messas, no dexè piedra sobre piedra, que no bolcasse en todo aquel quartèl, mas fue escusado. Juzguè, que se avrian encerrado en alguna casa, y sin mas detenerme guiè à la mia; pero acordandoseme entonces, que no avia escudriñado los caxones, bolvì à tentarlos todos por dentro, y no saliendo vana esta diligencia, casi en el ultimo sentì blandura, y gente. Quiso callarse aquesta, y aun sufrir algunos conterazos, pensando que yo me cansaria: mas engañòse, porque si bien al cabo de un espacio comenzò à lastimarse, y à llorar una muger, pidiendome con encarecimiento, que la dexasse; no lo recabò conmigo; antes me hizo que metiesse las manos, y no mucho cortès, topando unos andrajos en vez de saya, tirasse de ella, y sacasse arrastrando à su pobre dueño, que era, si por bien lo teneis, una Gitana. Traia esta desgreñado el cabello, y en las manos no sè què baratijas, que luego al punto dexò caer à mis pies; pudiera investigarlas; pero el preguntarla què hacia, divirtiò mi deseo.

Al principio, con mentiras, y embustes me entretuvo ronceando, mas en viendo, que se las antendia, y que la amenazaba con la justicia, hincandose de inojos en el suelo, y desviandose un poco del caxon, me pidiò la escuchasse. Dixo: pobreza, señor mio, y el tener à mi marido en un gran trabajo me hace andar en tales passos; busco en ellos mi vida, y el sustento de quatro criaturas, esto los puede disculpar. Sabreis, señor, que tiene una doncella como un Angel, que es la que me acompaña, voluntad à cierto hombre: mas por mas adquirirla, y para obligarle mejor à que se case con ella (ignorante de lo poco que valen nuestros embelecos, y maquinas) me ha pedido remedio, y yo engañandola, y por sacarle algo, que temple mis lacerias, se le he ofrecido; si bien como he apuntado, ni se lo puedo dàr, ni sè otro hechizo, que el de mis tropelias, y quimeras, con las quales la voy entreteniendo; yà con varios enredos, yà con varias salidas, que ha emprehendido conmigo hasta esta encrucijada, en quien la he persuadido, que consiste (à ciertos terminos) el tomar punto fijo para la conclusion de sus deseos. Todo ha sido embeleco, mi aventura es aquesta, por Dios, y por quien sois os ruego, que no me hagais mas daño, que el que se me recrece de mi necessidad, y desventura. Callò con esto la embustera Gitana, y yo sin responderla, no teniendo por nuevas sus engañosas trazas, passè adonde, aunque lo resistiò muchissimo, sacandola por fuerza, hizo patente el rostro la doncelleja amante. Quiso encubrirle con la toca, quitèsela de encima, tapòse con las manos, porfiè con las mias, y en fin, aunque mas lo escusò, yo conocì, à quien direis? à Julia. No era el hallazgo menos, Julia la hija de mi huespeda, cansada de esperar, y de sufrir mi tibia correspondencia, era quien pretendia por medios tan indignos grangearla. Turbòme tal sucesso, no tanto por el riesgo presente, quanto por verme en èl amenazado de otros mayores. Quando la muger se determina, no ay maldad que no intente, nunca piensan en el daño que puede redundarla, y assi su resolver, y executar es una misma cosa; mas quien tiene tan corta providencia, como sabrà acertar en los medios, y fines del intento? Afeèla con grã disgusto el suyo, quedò muda, y sin rèplica, tomèla por la mano, y queriendo con ella bolver à reprehender à la honrada Gitana, su ausencia me escusò de este trabajo. Avia puestose en cobro; y assi, sin detenerme (para darle en mis cosas) guiè con Julia, no sin gran confusion à su posada.

Hallè la puerta, aunque juntada

da abierta, hice que la doncella entrasse, y yo quedème à vèr si algun curioso nos avia conocido, pero escuchando entonces que me llamaban con un baxo ceceo, desde las ventanas mas altas de mi casa, creyendo fuesse Julia, aunque me pareciò muy breve la subida, alzè los ojos, y en su lugar vì un hombre, que diciendome, poned aquesso en salvo, sin mas ni mas, arrojò sobre mi un grande lio de ropa. Yà vereis, si me alborotaria este caso, y mayormente, oyendo al punto, entre gran ruido, y voces, que repetian mi nombre Julia, y su madre. Apechuguè al momento con las puertas, metì el lio en el zaguàn, echè un fuerte cerrojo, y queriendo entrar en mi aposento à despertar el criado, llevando la espada por delante en el cancèl de afuera, topè un bulto de persona. Aqui dando una voz, y saltando àzia atràs, esgrimiendo la punta, atendì à que oyendo aquel rumor abriesse mi mozo, y sacasse luz. Hizolo asi, y con ella, sin mayor dilacion mirè un hombre, que echandose en el suelo me pedia tuviesse de èl misericordia. Crecian en esto los gritos de las mugeres, y con tanto, mirandole primero si traia algunas armas, hallandole un puñal, se le quitè, y con mis ligas le atè fuertemente las manos: O quanto se acobarda cogido con el hurto el mas valiente caco! Dexè en su guarda mi criado, y en breve espacio arranquè la escalera, y encontrè à Julia llorando junto à la misma quadra de su madre, y à ella, que con sus criadas, encerrada por la parte de adentro, se estaba lamentando tristemente, y repitiendo algunas lastimosas, y afligidas razones: mas què mucho si se veia amenazada de temerosa muerte? Este repentino cuidado creciò mi turbacion, y aun aumentò mis fuerzas. Di atràs dos, ò tres passos, y tomando carrera, con el impetu, y furia, que alcanzò mi corage, dì un puntapie à la puerta, y quebrantando el aldaba, y pestillos, abriendola entrè dentro, al propio instante que por las ventanas se iba otro hombre arrojando à la calle, con tal celeridad, que aunque quise prevenirle en la fuga, yà quando lleguè, como gentil grumete baxaba por dos sabanas, que atadas à los marcos le sirvieron de escala, y le pusieron en el suelo: de adonde à pocos brincos se desapareciò de mis ojos: visto esto, bolvì à Julia, y à su madre, à las quales no hallè en el aposento; avian con el temor corrido al mio, en quien hallando otra igual ocasion, se pensaron caer muertas. Baxè, y con mi presencia se sossegaron, y asistieron à las demandas, y respuestas que tuve con el preso, que à esta hora, assi en el talle, como en el lengua-

ge-

ge, y color, no me pudo negar el ser Gitano. Confessò, que tambien lo era su compañero, y obligado de que yo le ofrecì libertad, dixo, bien à pesar de Julia, la causa, y coyuntura que hizo facil su hurto. Contò como una Gitana, muger, y hermana de los dos, les avia inducido à èl: advirtiendoles de la suerte que traia engañada, con ciertos embustes amorosos, à una dama doncella, hija de la señora de aquella casa, y de quien salia algunas noches en su compañia, dexandosela abierta, y que en tan buena hora podian ellos robarla seguramente, segun lo presumieron, y executàran, si como los prometiò la Gitana, huviera entretenidose, sin dàr la buelta con tanta brevedad. Dixo tambien, que aviendose èl quedado en la calle para coger los lios, que arrojasse de arriba el compañero, sintiendonos venir, y juzgando que eramos otra gente, y que passariamos adelante, se avia escondido en el zaguàn, ocasionando con su ausencia el engaño en que cayò, teniendome por èl, y arrojandome el lio desde el balcòn, y quarto de su madre de Julia, cuyas puertas hallandose abiertas, y à ella, y à sus criados reposando, asseguraron juntamente el buen sucesso, que trocò mi venida desvaneciendole. Tal fue la relacion del ladron Gitano, con la qual, y otras diversas rèplicas, cierta, y assegurada la sospechosa madre en mis buenos respetos (quizà no assi estimados, ni creidos, luego que aquella noche despertò, y se hallò sin su hija, y en su lugar el passado peligro) no sin verguenza de averme ofendido aun por el pensamiento, me abrazò tiernamēte, y con mayor afecto, quando acabò de entender (porq̃ pareciò fuerza el decirselo) mas en particular quāto se me debia, y aveis oido. Pero dexando estas cosas, y à Julia, y à su madre no poco disgustadas, si bien no perseveraron largo tiempo semejantes enojos; porque poco difieren unas mugeres de otras: yo, con su beneplacito, puse en salvo al Gitano, haciendolo, no tanto por la palabra dada, pues en tales excessos no avia lugar su cumplimiento, quanto considerando, que de entregarle à la Justicia, era preciso, que con su averiguacion se mezclasse la liviandad de Julia, sus pensamientos torpes, y sus passos indignos. De todo lo qual podia redundar su perdicion, y afrenta. Advertì aquesta cuerdamente à su madre, y dentro de dos dias, con achaque de que venia de la Corte mi hermano con mis despachos, mandè al criado, que buscasse posada, y con agradecidas cortesias, dexè la que tenia, y me passè à ella.

De prudentes, y prevenidos es conocer el estado de los tiem-

pos, y de ignorantes, no quitar los encuentros, en que yà tropezaron otras veces. Retirème, y con razõ, de los ojos de Julia: puse distancia enmedio, que aunque no fuè de leguas, todavia fuè mayor, que estàr junto con ella de las puertas adentro de una casa. Terrible inconveniẽte! ocasion apretada! No admite el fragil natural de la muger lances tan à la mano; su resistencia es corta, y assi ha de ser mayor su rezelo, y cuidado. No sè como sanean (no es fuera de proposito) los padres de familias, y aun señores de Titulos, el uso que oy està introducido, sirviendose de escuderos galanes (gentiles hombres los llaman en la Corte.) A estos tales fian lo mejor de sus honras, y la mas rica joya de sus alhajas. Mas autorizan canas, que rizos, y copetes: mas asseguran sesenta, y setenta años, que veinte y quatro, y veinte. En tiempo de mis padres, para los escuderos de las damas, mayordomos, y criados intrinsecos, mas se buscaban Laincalvos, y Rasuras, que Gerineldos, y Medoros. No es este juicio nacido de mi caudal pequeño: muchos son los cuerdos, que los han reprehendido: bien se dexa entender, quan mal se compadecen mancebos arreados, y dispuestos, y damas mozas dentro de unas paredes. Finalmente, yo me sali de las de Julia, mas aunque pude hacerlo, no assi tan facilmente pude salir de sus entrañas. Nunca, mientras estuve en Madrid, se passò dia, que no tuviesse papeles, ò recaudos, que los admiti, y escuchè: mas fuè por no dessesperarla, ù exponerla à otro daño mayor (que la esperanza es manjar de atribulados) que no por mi gusto, y voluntad. Pero en el interin llegò mi hermano, y con su venida tuvieron nuestras cosas diverso modo. Ofrecianle al cabo de sus largas assistencias, y pretensiones cierta plaza en las Indias: mas aunque su estudio, y muchas letras merecian aquel fruto, todavia la calamidad de aquellos siglos, mezclaba con licito, y justo condiciones indignas. Eran las que à èl se le oponian un casamiento, y en cosa tan dificil, y mala de acertar, pudiera aver tales inconvenientes, que el premio redundasse en castigo, y el honor en infamia. Assi, siendo la dama, y deudos de Toledo, convino con el secreto, fuessen mis mismos ojos à informarse. Parti para esto de Madrid, dexando à Julia (segun su sentimiento) por muchos dias en obscuras tinieblas.

§. IX.

ES Toledo, segun dixe al principio, un magnifico, y notable Lugar, y el verle à la sazon de mi viage arruinado, y solo, tan sin oficiales, y gente, tan falto de comercio, y tan ageno de aquellos ricos tra-

tos

tos, lustroso ornato, y opulencia de sus Ciudadanos, y hijos, me causò melancolia terrible. Acordabame quan diferente en todo la hallaron mis niñezes; y no sabiendo aora à què causa, ò razon attribuir una tan breve, è increible mudanza, gastè no pocos ratos en comprehenderla. Pudiera aqui escrivirla como la alcancè entonces, y aun como despues acà la entendi de hombres cuerdos; y no tan solo aquesta, sino la que amenaza con ruina general el despueblo de España: mas no es incompatible materia semejante con el presente assumpto. Temo tambien, que me culpen los Criticos la introducion del estado politico. No es este de mi cargo, quien cuida de èl, tratarà su remedio, ò llorarà sus fines, si se dilata. Buelvo, pues, à mi historia, buelvo à los muchos passos que dì en Toledo, en el progresso, y caso de mi venida, si bien no tuvo efecto, por las siniestras partes que lo impidieron.

En su escutriño andaba yo con cautela, y aviso, quando una tarde, passando por la Carcel Real, las voces de los miseros presos, que pedian limosna, me hicieron para darsela levantar la cabeza à unas rexas. Estaban esperandola en ellas quatro, ò cinco mancebos, de tan mal pelo, y ropa, como de tal palacio se podia prometer; si bien el uno mas roto, y macilento, luego como le mirè me causò mayor lastima. Repartì con los demàs unos pocos de quartos, pero à este, no sin secreta fuerza, le hice mayor socorro: quiso èl agradecermelo, mas apenas su voz llegò à mis oidos, quando (lo que el largo, y enmarañado cabello de la barba, amarilla color, y despreciado arreo me recataban) hizo patente su sonido, y pronunciacion, conociendo con evidencia clara, que quien tenia delante era Don Francisco de Silva, el que en Sevilla me dexò, y se fuè con Rufina; y en fin, el mayor amigo, y compañero de mis mocedades, y locuras. Dicha se està mi admiracion, y aun sentimiento, luego que advertì tal desventura, porque ni yo pude resistir mis lagrimas, ni negarle aquel antiguo amor, ni el favor, y ayuda debida à su amistad, ni menos la disculpa, y abono, que de la mia le avia apartado; pues siendo esta fuerza de un ciego amor, de suyo traìa consigo el descargo, y perdon. Demàs, que por ninguna causa se ha de menospreciar al afligido, pues quando à todos no fueran los trabajos tan contingentes, y comunes, su provecho grangea al que al amigo favorece. Assi, aunque aora advertì, que aviendo conocidome se retiraba con algun corrimiento, ni por esso dexè con mucho mas deseo de entrar en la Carcel, y buscarle

por toda ella, hasta descansar en sus brazos. Lloraba el preso, ni sè si de alegria, ni sè si de verguenza (para uno, y otro le sobraba ocasion) como en mi pecho voluntad de saber la que à tan triste estado le avia traido: tomèle por la mano, y apartandonos del confuso bullicio à unos corredores, sentados en un poyo, yo con sinceridad, tiernos, y piadosos alhagos (que estos, y las palabras suaves son el mejor medicamento de los tristes) me ofrecì à su remedio. Y èl, despues de alguna intermission, que gastò en sus disculpas (satisfaciones vanas del averse ausentado sin despedirseme) aviendo antes oido los mas nuevos discursos de mi vida, comenzò à darme cuenta de la suya, desde la hora que faltò de Sevilla, diciendo assi las siguientes razones.

Templanza son (ò caro amigo!) de las prosperidades los trabajos: assi no ignoro la conveniencia de los que aqui padezco, (dexo aparte la causa de mis culpas) tanto porque no resvalasse en otras mas sangrientas, quanto para morigerar con ellos la altivez, y arrogancia, que se me iba apegando de los sucessos prosperos de nuestra compañia. Quien esta interrumpiò, fuè la passion de amor, de quien teneis noticia, alimentada para mi perdicion, tanto del bello agrado de Rufina, como de su facilidad, y condicion. Muriò en Sevilla aquel su tio Eclesiastico: faltòle tal arrimo, y con èl el sustento. Cargas de obligaciones, respetos, y decoros, y pocas fuerzas debieron de moverla à valerse de las mias: si bien siempre mi aficion loca juzgaba, que solamente amor la avia puesto en mis manos: mas engañème al fin, y el tiempo dixo, que fuè solo interès; y amor fundado en este, no es mas permaneciente, que èl es durable. Esta fuè en suma la ocasion de mis males, pero justa cosa es, que os singularice, y ellos os sean patentes con mayor extension.

Tres años hà que resolviò Rufina el dexar à mi sombra su natural Patria. Pienso, que governada, mas de curiosidad, que de las causas dichas: si yà tambien el entregarse con menos nota à sus delicias, y torpezas, no le obligò à semejante salida. Quiso, que aquesta fuesse en primer lugar à la insigne Granada, y antes entrar en Cordova, aunque rodeaba diez leguas. Venia con nosotros su tia, canonizada con el nombre de madre, muger de edad madura, y de cautela grande. Creo no fuè mayor la de la decantada Celestina. Esta era el archivo mayor de sus secretos, y su govierno, y guia; y yo, aunque creia, que era todo su gusto, no era mas, que el cuydadoso mayordomo, y suplemento de sus necessidades. En efecto, en Cor-

do-

dova estuvimos veinte dias, sin que huviesse ninguno, que mi dama no pisasse sus calles, viesse su peregrina Iglesia, Templos magnificos, Alcazares, Palacios, Puente, Rio, Jardines, y Huertas. Juntabase à su natural inclinacion, que era demasiadamente novelera, otro afecto, muy mas perjudicial para mì, deseo insaciable de vèr, y de ser vista, causa de quien entre los dos nacieron desde luego muchos disgustos. A los primeros no mostrè tan en breve desconfianza: mas viendo que passaban de limite, y que con la ocasion que se les daba, acudian à la caza sacres, y xerifaltes, temiendo mayor ruina, tratè de quitarles el cebo, y de que se prosiguiesse la jornada. Pero dos noches antes, y una, en que yo tan zeloso, como mas abrasado, reposaba junto à la misma causa, y origen de mi fuego, despertando à deshora, y no hallando à mi lado à Rufina, se acrecentò su llama, y creciò mi sospecha. No obstante, que aunque la novedad pudiera alborotarme, y aun sacarme de juicio, no lo hizo; antes reprimiendo mis impetus, con silencio, y recato, quise, que fuessen mis ojos, y oìdos testigos, y juezes de mi seguridad, ù de la confirmacion de sus rezelos. Con este acuerdo me levantè muy quedo; y aunque estaba à escuras, llevando sin pensar las manos por delante; esta advertida diligencia pudo librarme de un peligroso golpe. Avianme puesto, con cautelosa traza, junto à la puerta de la quadra dos sillas encaramadas sutilmente, para que en encontrandolas, con el ruido que hiciessen, se avisasse su excesso, y yo quedasse siempre ignorante de èl; mas no caì en la trampa, y sin rumor alguno lleguè hasta una sala, en cuyas rexas, que salian à la calle, hallè à mi dama con su bendita tia en gran conversacion. Saben los Cielos quanto sentì, y llorè mi desengaño; y mayormente quando por las demandas, y respuestas de los interlocutores de la parte de afuera, advertì, y conocì la inconstancia, y liviandad, que tenia de las puertas adentro. Esta congoja temerosa alargò mis orejas, que entonces se dexàran cortar, y aun trocar por las bestiales, y grosseras de Midas; pero con todo oyeron lo que bastò, y sobrò para bolverme loco. Decia Rufina hablando con su tia: ay madre de mi alma! vamonos de aqui presto; mirad señora no despierte mi esposo, (ved si eran muy honrados los titulos que me calificaba) y proseguia; tanto le temo como le quiero, y amo; tan fresca està oy la llaga, que me causò su fuego, como el primero dia, que me vi de su mano à la puerta de la Iglesia: por demàs es cansaros, ni cansarse el señor Don

An-

Antonio; fuerza es, que quien ſe reconoce tan amante, ha de acudir primero à ſu remedio, que no al ageno daño. A eſtas razones la reſpondia ſu tia, dandome mil lanzadas con ſus rèplicas. Jesvs! loca, bobilla, quan mal has entendido mis palabras! y como ſoy acaſo eſtrangera, ò ſoy tu miſma ſangre, y aconſejarte avia la que te traxo en ſus entrañas coſa, que redundaſſe en ſu deshonra? Jesvs! Jesvs! y què de impertinencias has creido! No hija mia, no lo permita Dios, tengo muy en la mente tu noble padre, y mi difunto dueño: no es lo que yo te dixe coſa tan torpe, favorecer cortès, y agradecida à quien te ha celebrado con tan grandes eſtremos como el ſeñor Don Antonio: recibir de ſus manos una joya, y brinquiño, ſe puede hacer muy bien ſin incurrir en nota; ni tu por eſſo ſeràs menos honrada de lo que eres, ni tu marido Don Franciſco de Silva podrà perder reputacion alguna, deſpejo, y agrado de las damas de aora; no deshace ſu fama, y opinion, ni el ſer blandas, y afables les quita ſu decoro, antes en cierto modo ſe le aumenta: bueno fuera, que eſtos pequeños ratos, que has gaſtado parlando con eſte Cavallero, huvieſſen de robarte el honor? No mi querida, todo aqueſte es palacio, à la Corte con eſſo; aſsi eres tu para vivir en ella, como yo para Frayle, harà bien, harà bien: aqueſto ſe ha de hacer, porque lo quiero yo, que tu honra es la mia, y queda por mi cuenta; alargad eſſa mano Don Antonio, que à buena fee, que aunque mas lo rehuſe la rapaza, ſe ha de vèr el diamante donde guſtaredes tener la boca. Con eſto ſentì, que tomaba la joya, y à Rufina, que fingiendo eſcuſarlo, al fin ſe la ponia en el dedo, coſa que ſolemnizaron aclamando victoria, aſsi la tia, como el galàn incognito, con el qual acordaron bolverſe à vèr alli la ſiguiente noche. Aſsi bamboleaba mi mejor edificio, no alcancè otras particularidades, tornème à la cama antes que me ſintieſſen, y rebentando con enojo, y con zelos; eſtos batallaron un rato con mi arraygado amor, y en efecto, venciò el que ſiempre. Reſolvìme à callar por entonces, poniendo brevemente tierra enmedio. Llegò Rufina, diſsimulè dormido, y ſin mas eſperar el ſiguiente dia (mientras las dos fueron à un Convento de Monjas, donde tenian ciertas parientas) yo aviè nueſtra ropa, tomè un coche, y con èl, dandolas à entender, que por eſcuſar el canſancio de la buelta lo hacia, ſin ſoſpechar mi intento, ſe dexaron traer, y con igual quietud ſalimos por la puente, y della entramos por el real camino de Gra-

nada: en quien las descubrì (bien, que fingidos) ciertos avisos, y temores, que en nuestro daño prevenia la justicia: con lo qual dissimulando unos, y otros, yo partì mas alegre, juzgandome escapado de los cuernos del toro, y ellas no sin rezelos de mi interior cuidado. Tales fueron, amigo, los primeros passos de mi loca jornada, fatal anuncio de los presentes fines. Llegamos à Granada, maravillosa poblacion, unica, y singular por su templanza, y amenidad: alli alquilè cerca de la Vitoria una graciosa casa, adornada de jardines, y fuentes; bastante habitacion, y precio moderado. En todo le ay con mil comodidades para passar la vida en aquella Ciudad; assi faltassen ciertos respetos importunos, que la divierten, y desnudan de la mayor nobleza del Andalucia; pues à no estàr aquellos tan enseñoreados con imperio absoluto de sus delicias, no huviera en ella Principe, ni señor, de quien Granada no se viera ilustrada, y su morada aun mas enriquecida; pero no puede aver cosa sin contrapeso. Assi, ni aquellas breves felicidades, con que me juzguè assegurado, y fuera del peligro que se trazaba en Cordova, dexò de tenerlos muy grandes, antes que passassen dos meses.

§. X.

AViase yà comenzado à desmoronar el edificio de mi amor, y raras veces dexan de executarse los amigos de semejantes ruinas. Eran mis fuerzas cortas para que les sirviessen de puntales, y arrimos grandes los excessos, y gastos, con que adrede Rufina las hizo flaquear sin tiempo: su condicion libiana, ambulatiba, contraria de la mia; su compañia no igual à mis deseos. Todo, con otras causas, que entendì mas secretas, se juntò en daño mio; todo fue poco à poco deslabonando; y deshaciendo su aficion, hasta romperla, y quebrantarla de una vez. Era cautelosa, y astuta, y su maestra, y tia sobre tan buen esmalte infundiò grandes ciencias. Assi consultando las dos el fondo de mi bolsa, y las arracadas ultimas de mi pobre caudal, antes de verlas, determinaron otro empleo; si bien para emprehenderle se les ofrecian muchas dificultades, respecto de mis manos; pues llano era, que no estando estas, ni cortadas, ni mancas, se ponian en gran riesgo, y discrimen. Este temor las traxo algunos dias sin resolverse, assi lo creì entonces; bien que despues por lo que sucediò, entendì claramente, que el dilatarlo, fue para assegurarse de otro due-

dueño. Querian antes de soltar el paxaro, tener asido otro de mejor pluma. Efectuòse el caso, y para disponerle, y ausentarse de mis ojos mas à su salvo, hicieron, que su nuevo galàn me quitasse de enmedio. Era la traza mas segura el prenderme, y pusola por obra, concertandose con un Alguacil, que diò conmigo en la Real Chancilleria. Fue el achaque, y pretexto, que tenian soplo, de que yo me venia huyendo de Sevilla por una muerte: y este embuste bastò à calificar el embargo, y à dexarme con grillos. Pero con todo, aunque me doliò el golpe, mi mas cierta inocencia, consolò su disgusto. Veìa, que segun ella, no podia ser muy tarde la libertad. Avisè à mis amigos, y no olvidè à Rufina; la qual (mientras aquellos solicitos, y diligentes informaron à los Alcaldes, buscaron medios, y favores apretados) mostrando maravilloso fingimiento, con desmayos, y lagrimas me visitò al momento, quizà para mejor satisfacerse de mi prision, y disponer su fuga.

En efecto, mi abono fue tan grande, que en la primera audiencia de otro dia, me mandaron soltar, ayudandome mucho la relacion del Alguacil, que apremiado de los mismos Alcaldes, para que justificasse su razon, huvo al fin de decir, que dos gentiles hombres, y personas de suerte, le dieron el aviso: y que quando, despues de averme preso, quiso bolver à ellos, y tomarles sus dichos, no los avia hallado. Bien se viò la tramoya; pero aunque la conocieron los Juezes, por no desacreditar al tal Ministro (mirad que despidiente) dissimularon, y me pusieron en la calle, pagando yo las costas.

No advertis estos puntos, pues yo os prometo, que son dignos de nota. Prendenme sin justicia, y en vez de hacerla del perfido Alguacil, condenanme en las costas. Por mi vida, que và el negocio bueno para que el Cielo no se irrite, y se ofenda. O quantas veces Pindaro, (dexo aparte mi causa) han visto, y han llorado mis ojos en estas carceles, iguales, y mayores miserias. Cosa muy ordinaria es prender à un hombre sin mas culpa, ò razon, que el gusto del Ministro. Hacen los tales mercaderia del oficio, ò yà por interès, ò por venganza; y esto es lo menos; porque tambien suelen prenderle para (en el interin) escalarle la casa, ò quitanle la honra, q̃ à tanto alcanza su tirania, y imperio. Quien no suspira, y llora oyẽdo semejantes maldades! y quien no se lastima, si considera que al propio tiempo, y mientras en la calle le estàn al desdichado, ò robando la casa, y solicitando la muger, el quede hecho aqui despojos de Porteros, y Alcaydes, de Grille-

ros, Bastoneros, y Guardas, Inmundos, Meneſtrales, y Artifices de eſte retrato vil de los infiernos, abortos de la tierra, baſcoſidad, horrura de las Republicas. Què harà, pues, el miſero inocente entre aqueſta canalla? què ſentirà, quando ſe vea ſin culpa, deſollado del uno, y ofendido del otro? Apenas planta el pobre los pies en eſtas carceles, quando forzoſamente incurriò en pecheria de cinquenta tributos: El de la entrada ſe le pide entre puertas; echarle grillos le ha de coſtar dinero; dar la patente es coſa irremiſsible. Eſte pide el aceyte, aquel la rancheria, eſte el calabozaje, y el otro la limpieza: aqui le hurtan la capa, alli dexa la bolſa, aqui pierde el ſombrero, alli dexa las barbas: uno le eſcupe al roſtro, otro le dà matracas, aquel le injuria, y aqueſte le maltrata. Ay del hombre infeliz, que à tal eſtado llega! que ſufre ſemejante borraſca! que padece tan grave deſventura! No eſpere, no, el remedio de la tierra; no libre, no, en ſus deſcargos, y inocencia la ſatisfacion de ſu venganza; porque ſi la intentare, acà eſtarà mas preſto, y ſi la pidiere le tendràn por frenetico; ſi ſe quexare le taparàn la boca; y ſi clamare ſu razon, y juſticia, aquellos que debieran hacerſela, eſſos le formaràn cabeza de proceſſo. No ay en tales trabajos ſino tener paciencia, fingirſe mudo, y ſordo, y abrir las faltriqueras; porque aunque eſtè ſin culpa, ha de correr por eſtos torvellinos; y por bien que libre, ſi le abſolvieren repagarà las coſtas; y ſi tuviere culpa, de ſuyo es el ſacarlas; y ſi no, por mas eſtà la prenda. O juſticia de Dios, tu brazo imploro! mas à mi, què me tocan eſtos exceſſos? Bolvamos à mi hiſtoria, y perdonad la digreſsion. Digo, pues, caro amigo, que apenas me vì en la calle, quando ſali de dudas, y acabè de entender el cauteloſo origen de mis cadenas; pero aun antes me encaminè à mi caſa, llegando à ella cerca de medio dia; y con tan buenas ganas de alimento el eſtomago, como de vèr mis ojos los precioſos, y dulces de mi adorada prenda: mas eſtaba eſperandome ſuſtento mas amargo, menos apetecible, y ſabroſa comida. Mirè en las puertas, y ventanas otro del que ſolia, deſacoſtumbrado, y profundo ſilencio; ni con el guſto que yo penſaba era Rufina mi centinela, y norte; ni con el alegria que otras veces ſentì baxarme à abrir. Yà el corazon fiel pronoſticaba (con eſtraño alboroto) ſu mayor deſventura: pero ni aun con tales indicios, me perſuadi à creerla. Llamè con el aldava; dì, como no me reſpondian, deſvariados golpes; mas repetì muy pocos para confirmar mis

mis sospechas. Pensè en tal ocasion rebentar de corage, perdì el decoro à la paciencia, y sufrimiento, dì voces como loco, alborotè la vecindad, busquè, inquirì, llorè, y desconfiè; pero todo fuè en vano, pues al fin, mal que no quise, oì mi ultima sentencia. Quien me la declarò fuè una muger, vecina à mi posada: esta, llamandome à la suya, y compadecida de mis amargos sentimientos, me sacò de cuidados, para dexarme en nuevas confusiones. Dixome, que la tarde passada se avian mudado mis baùles, y ropa, y mi dama, y su tia, dexandole à ella las llaves de la casa; y dixome tambien, que un galàn muy bizarro avia sido el manejo de aquesta circunstancia, quien traxo palanquines, quien assistiò à los tercios, quien los acompañò, quien bolviò por Rufina, quien pagò su trabajo, y dispuso las cosas. Con esta luz, teniendola por grande, me despedì, y corrì à hacer mis diligencias; las quales fueron tales, que antes de muchas horas dì con los palanquines, acabando tan venturosamente de entender de su boca la segunda sentencia de mi tragedia triste. Confessaron al momento de plano, y aver puesto mi ropa, por mandado de aquel galàn, y de mis buenas señoras, en poder del harriero de la Corte, y adonde se partiera cargandola la tarde antes; y poco despues ellas y su nuevo guardian en muy gentiles mulas. Este ultimo aviso, no pudiendo escucharle, diò al traste indignamente, con el respeto justo que debia à mi persona: mas quien puede tenerle en tan amargos trances? quien amando fuè cuerdo? quien viendose engañado, sufriò tales desprecios con tolerancia? Nunca tan apretado, y afligido como aora se viò mi corazon. Por una parte le acosaban tan ingratos desdenes, paga tan inferior à mis deseos, y obras; y por otra tan confirmados zelos, y sospechas tan seguras, viendome tripulado, y puestome en su lugar su sobstituto. No sè qual de estas causas le fuè mas rigurosa, qual diò mayor esfuerzo à su resolucion. Finalmente, abrasado, y inducido, tanto del ciego amor, quanto del apetito de venganza, perdido, y loco, sin detenerme un punto, me puse en una mula, y acompañado de un mancebo, caminè esta derrota. No os cuento mi viage, porque no es aproposito, solo os puedo afirmar, que vine de milagro, porque ni parè, ni comi, ni peguè los ojos casi en los quatro dias primeros; y pienso viera el ultimo, si el mozo, lastimado de tanto afligimiento, no me hiciera por fuerza tomar algun reparo, que alargasse mi muerte. Este duro tesòn, y diligencia me fuè de gran provecho; pues no obstante que el cuerpo lo sintiò, pre-

vino la ventaja, que le llevaba aquel su ingrato dueño; y quando menos lo esperaba de mi contraria suerte, y Rufina de su buena fortuna, al viento en popa con que caminaba contenta, me opuse una mañana al entrar en Toledo, adonde apenas (queriendolo mi mozo) me apeè à dàr cebada en un Meson, que alinda con el Carmen, quando lo primero que vì, fuè, en la sala frontera, à Rufina, y su tia almorzando, y en cabecera de la mesa su nuevo empleo. Venia mi rostro, yà del ayre, y del Sol, y yà de las vigilias, y abstinencias tan consumido, y otro, que le desconociera el padre que me hizo; pero ni todo esto fuè parte para que en ojeandome Rufina, no cayesse en la cuenta. Diò muestras de su efecto, temblò de miedo, y levantòse al punto; y apechugando con las puertas, intentò cerrarlas, dexandome en el patio. Pero sirviò su fragil diligencia de poner en su punto mi enojo, y colera; y de aumentarla mas el oìr la refriega, que entre ella, y el galàn traian sobre la execucion. El preguntaba la inopinada causa que la movia à cerrar, y ella, sin referirsela, proseguia su proposito, y apretaba las puertas. El uno presumiendola, resistia con furor, y arrogancia; y el otro con suspiros, y lagrimas, suspendia la salida. Pero à todo venciò el arrimar mis ombros: abrì, y à su pesar entrè con la espada en la mano. Y aunque para mi ofensa no hallè al contrario menos apercebido, ni esso pudo librarle de sus rabiosos golpes: à los segundos dì con èl en el suelo, y lugar juntamente à que se escapassen con vida Rufina, y su maestra: sì bien esta ultima no saliò sin retorno: llevò por paga de sus buenos consejos escrita mi corazon de oreja à oreja, cosa, que acrecentò sus lastimas, y ocasionò mayores gritos. Bolviòse con aquesto el Meson un caos de confusiones, comenzaron à dàr voces los huespedes al mismo passo, que de diversas quadras, y aposentos iban saliendo diversos passageros, y caminantes: unos, y otros llamaban la Justicia, imploraban su auxilio, y los mas atentados, temiendo algun sequestro, sacaban sus maletas, ensillaban sus mulas, y daban priessa à los mozos. Solò yo, rompiendo por entre mil espadas, furioso, ciego, intrepido, proseguia mi venganza, desempedraba patios, y aposentos, buscando la ocasion de mis desdichas. En este intento barbaro me cogiò un Alguacil, digo la voz tremenda, que suspendiò mis iras, aquel noble respeto, y afecto natural, con que estamos unidos, y subordinados, conque nos conservamos en igualdad, y paz. Apenas oì retumbar con imperio un teneos à la Justicia, quando me quedè

in-

inmobil; pero recobròme el peligro. Sabia yo quan cerca tenia el Carmen, hiceme largo campo, tomè calle, è Iglesia, de adonde, aunque aleguè su immunidad, me sacaron, y pusieron aqui. Cargaronme al momento de grillos, y mientras se bolvìò el Alguacil à averiguar la causa, temiendo lo que al fin sucediò, y aconsejado de algunos presos viejos, dì poder à un buen Procurador, dineros, y orden para que probasse mi Iglesia, cuyas censuras, y la infelice nueva de la muerte de mi contrario, llegò à un mismo tiempo à mi noticia. Supe tambien lo que mas mal me estuvo, su calidad, apellido, y naturaleza: este era de Cordova, su linage muy noble, su hacienda grande, y su nombre Don Antonio: razon, que facilmente me le hizo conocer, y no menos que por el principio, y fundamento, que en aquella Ciudad tuvieron mis sospechas, y zelos. Bien se os acordarà, que se llamaba assi el galàn con quien hallè parlando à Rufina, y su tia, una noche antes que saliesse de Cordova, el qual entonces, regido de su amor, es sin duda ninguna, que nos siguiò à Granada, y que en ella, sacandonos de rastro, prosiguiò sus intentos, solicitò mi empleo, y se saliò con èl; pero con fin tan triste, como yà aveis oìdo. Creyò el pobre mancebo, que segun mi dama le afirmaba, yo era su marido; y assi, temiendo mucho mas el rigor de la ley, y quan mal la Justicia lo recibe, para mejor guardarse, y encubrirse en la confusa maquina de la Corte, quiso guiar à ella su viage, y juntamente su perdicion, y ruina. Pues es certissimo, que si se fuera à Cordova, ni mi venganza tuviera igual efecto, ni mis passiones fuerzas, y atrevimiento para emprehenderla entre los suyos. Mas quien à las determinaciones de los Cielos es bastante à oponerse? Digo, pues, noble Pindaro, que con tal novedad se apretò mi prision de suerte, que en mas de mes y medio salì de un aposento, vi, ni hablè à hombre humano, ni menos entendì el discurso, y progresso de mis negocios; hasta que (no obstante que yà avian acudido los deudos del difunto, en seguimiento de la causa; y que assi ellos, como la tia de Rufina, con su herida en el rostro, solicitaban mi castigo) à fuerza de censuras, excomuniones, y diligencias, flaquearon las suyas: digo en quanto à mi encierro, que en quanto à lo demàs, poderosos han sido à entretener mi restitucion casi aquestos tres años: en quien tanto han valido sus enredos, y estorvos, que aunque ha sobrado termino para poder tener tres sentencias conformes, oy solamente me hallo con la primera: y mis necessidades tan por el cabo, que yà he desconfiado de verme

me librè. Rufina, y su engañosa tia estuvieron algunos meses presas, pero su buena cara, y mucha liviandad las abrieron las puertas y con un leve destierro se fueron de Toledo, y me dexaron en paz, si es que la puede aver en tan continua guerra, entre tormentos tan disformes, como padece mi alma, sin mas esperanza de remedio, que el que oy la ha prometido este dichoso encuentro, y la nueva alegria, de quien se han revestido mis fragiles espiritus desde el momento que merecieron veros, bolviendo à vuestra gracia.

§. XI.

LLorando tiernas lagrimas, y acompañado de las mias, diò assi Don Francisco de Silva remate à la triste ocasion de sus prisiones; y por el consiguiente, principio à mi mayor cuydado. Llano es, que hallandole tan impossibilitado, avia de cargar de mis ombros la justa obligacion de amistad tan antigua. Con este presupuesto, assegurandole, que no me partiria de Toledo sin èl (promessa bien dificil) le dexè consolado, contento, y con algun dinero; y advertido el Notario, el Procurador, y el Juez, me vi con todos el siguiente dia. Vi el processo, y la causa, tomè el pulso à las cosas, y de unas, y otras alcancè cuerdamente, quan en los principios se estaban, quan sangrientos sus emulos, quan dispuestos à dexarle morir con dilaciones cautelosas en aquel cautiverio. Desmenucè su intento, penetrè sus caminos, y hallandolos en todo asperos, y confusos, resolvì otra vereda (bien que mas arriesgada) pero menos prolixa. Con tanto di aviso à Don Francisco, à quien el natural deseo de cobrar lo perdido, hizo possibles mis temeridades, cierto, y seguro lo mas dificultoso. Tanteè bien la Carcel, y considerada, y advertida singularmente, no descubrì por su fortaleza fuga mas aproposito, que sus puertas. Eran aquestas tres, y dispuestas en la forma siguiente: Una con su portal, y que sale à la calle, sin Guardas, ni Porteros, esta es la primera; y à la segunda se sube una escalera, en quien reside el principal; y poco mas adentro està la ultima, pero cerrada siempre, y à cargo de aquel mismo. Entre estas dos ay un pequeño transito, al qual salen raras veces los presos, que no son de mucha confianza, y de segura, y cierta libertad. Entraba en este numero (segun el concepto del Alcayde, y Ministros) mi camarada, tanto por la quietud, y cortesia que lo avia grangeado, quanto por la sentencia, que yà tenia de la Iglesia en su favor; y assi, notando aora la seguridad con que le permitian salir hasta alli, abracè la ocasion, y resolvì

mis determinaciones, que aunque terribles, nunca estas mudaron de consejo; antes de la promessa debe mirar un hombre sus circunstancias: primero se ha de determinar, y luego, si prometiò cumplir, ò morir en la demanda. Solo faltaba yà para la nuestra, su breve execucion; no quise suspenderla, temì no se advirtiessen mis entradas, y passos, no que se publicasse su secreto, porque de èl, ni aun à mi mismo criado hice participe. A este, pues, el dia señalado, le ordenè, que pagasse la posada, y con el coxin, y la maleta, esperasse à la noche, junto à San Agustin. Era preciso, que se emprehendiesse el caso entre dos luces; por el menos bullicio, y por la menos gente que ocupaba entonces el portal de la carcel, y ademàs, tener lugar seguro donde acogernos, y encerrarnos por tres, ò quatro dias. A semejante fin, elegi aquel Convento, donde aunque tenia conocidos, y amigos, no los quise avisar hasta el tiempo mas crudo, cosa que estuvo en terminos de costarme la vida. Llegò en efecto la hora prevenida de mi algun espacio antes; entrè en el aposento de mi amigo, pusele un puñal en las manos, y yo con otro, y mi espada en la cinta, comenzamos la obra encomendandonos à Dios. Acerqueme dissimuladamente à la puerta del patio, llamè, y acudiòme el portero, y abriendo (como solia otras veces) se entrò juntamente conmigo Don Francisco, y mientras nos abria la segunda puerta (alargando la platica de intento) yo me fui muy poco à poco, arrimando à ella, y mi camarada se quedò en la primera esperando, que yo me atravessasse al salir de la segunda; entonces fingiendo, que queria destocarme el sombrero, obliguè al buen portero, à que hiciesse lo mismo; y en viendole embarazado assi, cerrè con èl, y le apartè de un embion del cerrojo, y la puerta, dando lugar con esto, à que Don Francisco la ocupasse, y de dos grandes saltos se pusiesse en la calle, dexando atràs la escalera, y zaguàn; y sobre todo à mi, asido fuertemente de las garras, y manos del portero, que yà vista la burla, llamaba à voces quien le traxesse ayuda. No estaba acordado tan mal nuestro concierto, mas la presente turbacion confundiò à mi amigo, y le hizo olvidar con el suyo mi riesgo. Razon, que me obligò à lo que no llevaba imaginado; pues si èl se detuviera (mediante su favor) me dexàra el portero, y no me pusiera en necessidad de darle dos heridas para que me soltasse. Con esto, no sin grave peligro, porque yà iba baxando alguna gente, seguì à Don Francisco, digo el rumor de sus pisadas,

has-

hasta que entre diversas luces de fruteras, que ay en Santo Thomè, se me perdiò de vista. Nunca en las grandes priesa, se guardò mejor el orden, busquè, mirè, y corri; pero no pude hallarle, y assi sossegandome un poco (aunque con harta pena) huve de encaminarme al referido puesto: Mas antes de llegar, me sucediò un caso graciosissimo, bien que al principio no le tuve por tal; estaba atravessado por la calle donde iba un carro con dos bueyes, que casi la dexaban sin passo: y no obstante aun el corto que avia, le ocupaba harta gente; pero con todo me quise aventurar, y no ser el postrero, comencè à executarlo, mas al punto adelantandoseme dos hombres de buen olor, y ropa, sus lustrosos arrèos, y su anticipacion me causaron respeto. Aguardè que passassen, y aun à que su necio pundonor me bolviesse impaciente; porque sin consideracion de los que se esperaban el uno con el otro, sobre qual seria el ultimo, comenzaron una larga porfia; llenando el viento de cortesias superfluas, y de furor, y rabia à quantos las oiamos: y particularmente à mi, que como venia huyendo, menor estorvo se me antojàra un monte, pero vengòme el Cielo de sus escusados cumplimientos; pues al cabo de una hora que tardaron, vencido el menos cuerdo abaxò la cabeza; y entrò por el estrecho, à la misma sazon, que uno de los dos bueyes, tocado por ventura de la contera de la espada, ù de otra causa intrinseca, levantò el pie derecho, y le assentò una coz, dada en tan lindo tiempo, que el golpe, y su caida se advirtiò en un mismo tiempo. Tendiòle con aplauso de todos enmedio de aquel lodo, adonde muy bien encenagado, le dexè, y discurri passando con mas tiento, y con menor peligro. Ciertamente, que aunque mi condicion no es nada criminal, que me holguè en parte de aver visto librada entre los duros pies de aquel rudo animal la merecida pena de este presumido ignorante, la qual si bien conozco, que ha sido impertinencia el escrivirla, no se me ha de negar, quanto mayor lo es siempre la que tales sugetos emprehenden cada dia: y assi yo me he resuelto à sufrir esta enmienda, à trueco que ellos admitan su advertencia, y aviso. En conclusion lleguè à San Agustin donde hallè à mi criado, que me estaba atendiendo, y adonde no sin mucho recelo esperè à Don Francisco; mas como mi temor me asseguraba poco, llorando su tardanza, y adivinando su pèrdida, tratè de resguardarme. Llamè à la porteria, pero quando

creì

creì; que tenia negociado mi retraimiento, en oyendo la causa me despidiò el portero como si fuera un Turco. Y aunque le dì razon de los amigos Religiosos, que en el Convento avia, se cerrò de campiña, y me dexò à buenas noches. Mas si en tan grande riesgo quedè perdido de animo, antes despavilandome los ojos, y viendo, que en el mismo portal avia unas pequeñas vigas, discursando el remedio, salì à la plaza, y Juego de pelota; mirè las vistas, y notando un pretil no fuera de proposito, arrimando à èl una de las viguetas, gateando por ella, me puse en el tejado, y mi criado tràs de mi.

Pocas cosas consultan el miedo, ù el peligro, assi fuimos por ellos con harta turbacion, quebrantándo mil tejas, hasta llegar à una ventana, que à pocos golpes nos diò rompida en partes la entrada, y puerta, que nos negò el portero; mas no assi como quiera se ganè esta aventura, sin trabajoso riesgo. Apenas entramos à una sala (parecia transito al dormitorio) quando con lanzas de pendones, varapalos, y latas, nos rodearon quince, ò veinte capillas: y dando gritos. Al ladron, al ladron, nos empezaron à sacudir el polvo. Y esto con tanto brio, que primero que fuimos escuchados, pudieran nuestros huessos quexarse largamente de sus inadvertencias; y rigores, y aun pagar de contado (aunque por diferente mano) el carcelage, y costas que debia Don Francisco. Finalmente, llamando yo por sus nombres à los Frayles que tenia conocidos, favorecido de ellos, se aplacò la tormenta; si bien sabido el caso que me traìa en semejante forma, no assi como pensè admitieron mi guarda. Juzgaron, que aviendo sido preso mi camarada, como yo presumia, diria luego apretado todo nuestro concierto, y por el consiguiente, se sabria mi resistencia: con que quedàra expuesta à un notorio peligro. Pareciòles obviarle, y sin mas esperar (con gusto del Prelado) nos vistieron dos havitos, y con la misma priesa, acompañados de dos Frayles, y un mozo de la casa, que llevaba el cogin, y avia de ser mi guia hasta un cigarràl, y granja del Convento, me sacaron de la Ciudad por la puente de San Martin, al cabo de la qual dexando la librea, sin ser de nadie vistos, los Religiosos se bolvieron à dentro, y yo, y mi compañia, por entre la aspereza de fornidos peñascos, timbres con que corona su margen por alli el celebrado Tajo, proseguì mi jornada.

De esta suerte, sì bien muy afligido por el sucesso cierto de

mi compañero, caminè media hora, pero al fin de ella, porque no se menguassen mis desconsuelos, interrumpiò el camino, y acrecentò mi pena, el comenzar la guia que llevabamos à temer su peligro, y à dudar mi remedio. Parò lleno de confusion el mozo de los Frayles, y con medrosas ansias me importunò, y pidiò le dexasse bolver. Dixome suspirando, que èl avia considerado aquel negocio, y veia claramente, que si lo que Dios no quisiesse me seguia la justicia, y le hallaba conmigo, pagaria sin duda su inocente persona las costas, y aun la pena de lo que no avia comido, ni bebido. Resolviòse con esto à no passar delante; diònos, segun su turbacion, las señas de la Granja, y sin mas esperar, bolviò por el camino mas ligero, que un corzo, dexandome en el campo desamparado, y solo, al arbitrio de mi mala fortuna, y de la escasa luz de las estrellas, que yà à esta hora enmarañadas de diversos nublados, fue fuerza, que en faltandonos perdiessemos la senda, y juntamente la esperanza que nos traia alentados, anticipando assi la pena, y el castigo, que yà me amenazaba. Mas parte en el cruel tormento el tiempo que se espera, ù se està dilatando, que sus efectos proprios; pero aunque esto es verdad, todavia me dexò el sentimiento discurso, y fuerzas para no desmayarme. Anduve vacilando de unas partes à otras casi toda la noche, hasta que rendido del cansancio, y del sueño, pareciendome, que yà me avria alexado dos, ò tres leguas de la Ciudad, me dexè caer al pie de una carrasca. Y haciendo mi criado otro tanto, sin poder soportarlo nos dormimos. No obstante, que apenas presumì cerrar los ojos, quando me despertò un gran rumor de gente de acavallo, y juntamente la salida del Sol, que al mismo instante iba resplandeciendo en su Orizonte. Turbòme tristemente, el vèr, que alli me huviesse hallado el dia, y sobre todo tan cerca del camino, que de mi à èl no avia treinta passos; pero lo que mas me afligiò, fue el mirar à Toledo dos tiros de arcabuz del puesto donde estabamos. Cruzaban por el campo à cavallo, y à pie diversos passageros, y como el miedo del castigo trae consigo tan continuas sospechas, qualquiera de ellos se me antojaba un Alcalde de Corte, las yervas, y las plantas, Alguaciles, y Guardas, y ojos de Argos que buscaban mi muerte, las hojas de los arboles. No ossaba resollar, ni mover pie, ni mano, antes aunq era en la mitad

de Agosto, me convirtieron las presentes congoxas en los carambalos elados de Diciembre. A esta sazon, bolviendo la cabeza, vi no lexos de mi, q̃ blanqueaban unos hornos de cal, y assi, guiando àzia ellos, con el pecho en el suelo, hallando desocupado el uno, sin mejor advertencia me vali de su sombra, arrojandome dentro, pero si bien mi criado, y yo nos quitamos del riesgo de ser vivos, dimos en otro tal, que si milagrosamente el Cielo no nos favoreciera, fuera impossible escapar de sus manos con la vida. Sin exageracion me atreverè à afirmar, que fue aqueste el mas terrible, y lastimoso dia, que ha passado por mi desde que naci, porque al passo, que fueron poco à poco cobrando aliento los rayos del Sol, y el calor aumentandose, à esse mismo las paredes, y suelo de aquella infernal gruta, que de su natural eran de un vivo fuego, comenzaron à arder, y abrasarnos intensamente, de manera, que solo el triste fin que de tan cierto amenazaba los gaznates por el fresco delito, pudiera darnos fuerza para sufrir, y tolerar su martirio. Pues lo bueno era, que para ayuda de tan grande desdicha, se hallaban nuestros cuerpos con algun refrigerio. Desde que comimos el dia antecedente, no tuvo nuestra boca aun una gota de agua con que templar su incendio. Lastimàrase viendo tanta afliccion el mas fiero pirata; pero què cosa ay tan dificil que no venza el temor, este nos entretuvo, bien que muriendo, y rebentando casi hasta la noche, que yo sali, y dexando al criado, lleguè al camino, y los primeros que passaron en preguntando por la granja de los Frailes, me la enseñaron à la vista, y tan vecina del triste purgatorio en que aviamos estado, que de èl hasta sus bardas no podia aver medio quarto de legua. Tal fue nuestra ceguera, ò por mejor decir, miserable fortuna, que teniendo el remedio casi junto à nosotros, nos cegò los sentidos, para que assi perdidos pagassemos en aquel breve infierno, con tan prolixa pena, parte de la mucha que entonces estarian padeciendo el Alcaide, y Ministros por nuestro atrevimiento.

§. XII.

CON tan alegre aviso, algo mas alentados, guiamos al cercado, cuyas puertas hallamos tan cerradas, como nuestra ventura. Estaban estas de la casa muy lexos, y assi tuvimos el llamar por escusado, mas no el meternos dentro, saltando por las tapias. Aqui al caer, no nos faltaron cambroneras, zarzas, y espinas, pero todo se atropellò, y aun templò facilmente con unas ciruelas amacenas, que nos hicie-

cieron brindis, de las quales, aunque ni frescas, ni maduras, hinchimos lindamente los vientres, y si bien no los sacaron de mal año, todavia por su aliento le tuvieron los pies para llegar al sitio deseado, mas aun no estaban acabadas nuestras desdichas, vimos la casa à obscuras, mudos, y ensordecidos à nuestras voces, y aldabadas los moradores. En conclusion creimos, que no los avia, y no fue poco poder, yà entonces tener sufrimiento; comenzè à renegar de mi corta fortuna, y aunque no arrepentido de la buena obra hecha à mi camarada, todavia tales dificultades, y infortunios desde que la executè, me tenian muy escandalizado. Sentia con esto mi criado la presente aficion, y deseando su remedio, y el mio, diò una buelta à la casa, hallandola en silencio, y por el consiguiente muy altas, y fornidas las tapias del corràl: fue su consejo, que buscassemos modo para entrar en èl, y que assi nos quitassemos del evidente riesgo en que alli estabamos. Ninguna medicina nos es grave, ù dificil si promete salud; pareciòme acertada la que me aconsejaba, y levantème de un poyo en que me avia sentado para emprehenderla luego, pero aun no avia puestome en pie, quando abriendo una ventana que resguardada de su rexa, caia encima de mi, sin vèr quien nos hablaba, saliò por ella una voz de la parte de adentro, y como si huviera oido nuestra determinacion, y concierto, se opuso à èl diciendo: N oimporta que ayan hecho los ladrones la cuenta sin la huespeda, que pardiez, que de esta vez se han de bolver en jolito; no està tan solo el campo como han imaginado, otro poco à otro cabo, hermanos vagamundos, una, y no mas, veniades por el gallo. Estabamos los dos à semejantes cosas, y mayormente à las ultimas, pasmados escuchandolas, y viendonos absortos, prosiguiò la misma voz: Què esperan los tacaños, oyendolo, y no se vàn? Pues por los santos havitos que tengo, que con un par de valas, yo los haga salir mas aprisa que entraron. Y con tanto, el decir, y el obrar, casi todo fue à un tiempo; sacò el cañon de una escopeta larga, y el verla, y su estampido llegò sobre nosotros en un punto. O quan fiero vestigio, que es la muerte, no vì la lumbre del fogòn, quando me tendi por el suelo: sebe Dios, que me juzguè con quatro, ò seis pelotas, mas aunque me tentè de arriba abaxo, por una parte, y otra, ni me hallè herida, ni el criado tampoco; creì que apuntaria por alto con sola la polvora para espantarnos, y dando de ello muchas gracias al Cielo, levantandome en pie con espantosos gritos, le comenzè

zè à conjurar, diciendole: Hombre, ò demonio, quien quiera que tu eres, què rabia te enfurece? Què locura te irrita? Que assi ciego, y sin juicio tratas como à piratas salteadores, à quien ni te hà ofendido, ni conoces? Tu no es possible que seas como significaste Religioso, pues tales obras, ni de un barbaro bruto se pueden esperar, quanto y mas de quien dices. Y las que vosotros (respondiò aquella voz) me veniades à hacer, son acaso mejores? Pues no entendais, que ha de ser lo de la otra noche, que ni me han de engañar vuestras razones, ni vuestros fingimientos me han de bolver al vomito. Què fingimiento, y vomito son estos, bolvi à decirle con harto desconsuelo. Atendednos, hermano, por vuestra vida, y sabreis de la nuestra, que no es la que pensais, ni estas personas las que aveis presumido. Con orden, y mandato de vuestro superior, hemos venido aqui: à noche tarde salimos del Convento, reportaos, y escuchadme. Hizolo, y prosiguiendo le contè todo el caso, la fuga de la guia, el perder el camino, las señas que nos dieron, y otras circunstancias, que juzguè convenientes para que se asseguraffe, como en efecto sucediò, cayendo al fin en la cuenta, y su yerro, quando pudieramos nosotros estàr en la otra vida; si fuera verdadero el temeroso amago de el arcabuz; avianle aquel dia avisado sus Frayles, y aun remitido, creyendo que yà estariamos con èl diversas cosas para nuestro regalo; pero nuestra tardanza, y su gran desatiento baraxò su advertencia, y confundiò el negocio, ajuntandose à esto cierta pesada burla, que aun estaba muy fresca en su experiencia, y assi temiendo otra igual de nosotros, no fue mucho, que aora nos recibiesse con tan ruin agassajo, si bien yà satisfecho, abriendonos la puerta, procurò se enmendasse con mayores excessos. Pidiònos perdon, arrepentido el hermano lego, cosa, que yo le concedì de muy buena gana, y como despues de la tormenta, no parecen las hondas del mar tan desapacibles, y furiosas, assi abrazandome de sus mugrientos havitos, reputè por un Angel, al que poco antes llamè demonio: no ay trabajo tan grande, que en esta vida no tenga algun consuelo. Cenamos largamente, segun necessitabamos, y en el interin alegres, nos fue contando el Frayle en descargo de su precipitacion este breve sucesso. Dixonos, que avria cinco, ò seis noches, q̃ estandose acostando, le suspendiò un rumor que oyera muy cerca de las puertas, y que queriendo ver lo que era, determinò salir à la ventana, desde la qual reconociò dos hombres, el uno tendido en el umbral, y el otro sustentando-

dole; y que este mostrando gran congoja, hablando al compañero, y animandole, decia: No os colijais, amigo, que pues la sangre se os và yà restañando, no ha de ser tanto el daño, como hemos presumido. Y luego que tràs de esto le respondia el herido: ay Alonso, no veis que esso no es restañarse, sino que yà no tienen mis venas mas que poder verter? triste de mi, que muero sin confessarme! mas siento tal desdicha, que mis propias heridas. Pues no os desconsoleis, le repetia el primero, que si yo no me engaño, nos ha traido el Cielo donde tendreis remedio. Por infalible tengo, que esta es la Granja de los Frayles, y siendo assi, no ay duda sino que alguno avrà que os confiesse, y ayude. Aqui dixo mi Lego, que llegaba su platica, quando compadecido, oyendo aquel trabajo, sin esperar à los hombres le llamassen, baxò corriendo à abrirles, y les recogiò muy piadoso. Venia el uno entrapajada la cabeza, lleno de sangre el rostro, y casi desfallecido, y desmayado. Este, pues, en conociendo los Religiosos havitos se echò à sus pies, besandoselos, y repitiendo confession. Mas como èl era Lego, desengañandole en quanto aquel articulo, en todo lo demàs que tocò à su regalo, le acudiò agassajandole. Ofreciòle su cama, hizole un par de huevos, confortòle, alentandole con presupuesto, que el siguiente dia le prometiò traerle Medico, y Confessor luego en amaneciendo. Con tal oferta decia, que los avia quietado, y obligado à esperar con mayor reposo, durmiendo con alguno lo que restaba de la noche: Despues de la qual despertando solicito para cumplir lo que estaba à su cargo, queriendo hacerlo, y mirarlo por los hombres, ni hallò rastro del herido, ni barruntos, ni sombra del compañero, cosa, que teniendo por sueño, le hizo quedar pasmado por un grande espacio; porque presumiendo algun daño, baxò al punto à la puerta, y tocando el pestillo, y viendole bien cerrado, creciò su admiracion, y comenzò à llamarlos, no persuadiendose que estando assi encerrados, podian aver salidose por otra parte. Assi nos refiriò que avia estado gran rato sin caer en la cuenta, casi yà sospechando, que fuesse algun encanto, hasta que discurriendo en su busca, de unas partes à otras, viò desde el corredor que señoreaba los corrales, que por do menos entendia se le avian escapado. Eran las paredes de aquellos de cinco, ò seis tapias, y por su altura tenia por impossible semejante salida, mas todo puede facilitarse con la industria: estaban en el corral unas horcas de parra, y valiendose de ellas, les aprovecharon de escalas; mas ni con

con tales muestras; acababa de entender donde se enderezaban, porque ninguna prenda, de muchas que pudieran robarle, faltaba de la casa. Mas en esta sazon, y quando sus confusiones, y discursos le tenian agotado, viò patente à los ojos el desengaño, y claridad que tanto deseaba; viò con mucho dolor de sus entrañas, que poco à poco salia del gallinero, arrastrando una larga bayeta un pequeñuelo bulto, que si bien al principio no conociò lo que era; dentro de breve termino despavilando mas la vista, hallò, que el enlutado era su triste gallo, que si pudiera hablar en vez del canto alegre con que recibe al dia, relatàra en endechas la miserable historia de su viudèz, y soledad. Avianle los engañosos huespedes dexadole sin cinquenta gallinas. Tantas afirmaba el buen lego que eran sus compañeras, y aun el cuitado gallo en su modo afirmaba el referido numero, porque en las espaldas del capuz, trayendo un epitafio, contaba el Frayle, que decia de esta suerte:

Si el que pierde una muger,
Se cubre de luto triste,
Con mas razon oy le viste,
Quien perdiò cinquenta ayer.

Esta graciosa burla, quiso que abonasse su yerro, y disculpasse su inadvertencia nuestro huesped, el qual regocijandonos aquella noche con ella, y otros cuentos; luego que se passò, y vino el dia, tratò, que por su medio tuviessemos avio, y assi yendo, y viniendo de Toledo à su Granja, bolviò con mulas, y mancebo de apie, en cuya compañia, despidiendonos de èl, en siendo anochecido comenzamos el viage. Y bolteando por mas seguridad à la cumbre del monte, muy cerca de la Sissa, Convento de Geronymos, salimos al camino real, y enderezamos al de Ocaña, donde dos horas antes que amaneciesse, tanto como esto solicitamos las espuelas, entramos por sus puertas.

§. XIII.

PArece que corrian tras de mi, y àzia qualquiera parte, que se encaminaban mis passos, los acaecimientos peregrinos, y grandes, de que yà juzgo enfadado al Lector, ò por lo menos muy dudoso en su verdad, y credito; mas siempre los sucessos notables traen consigo iguales objeciones. Muchas cosas suceden à los hombres, que antes de sus efectos les parecieron impossibles, otras convierte en facil uso la fortuna, ninguna en este mundo se debe tener por sumamente incontrastable; aunque no ignoro, que lo menos dificil siempre lo reputamos por mas seguro. Si los varios progres-

ſos de mi vida fueran tan ordinarios, y caſuales, que les faltàra lo nuevo, y admirable que en otras no miramos, ni yo tenia para què referirla, ni para què apetecer, y deſear ſu noticia el curioſo Lector. Sirvale, pues, aqueſte advertimiento de ſonda, que aſſegure en la navegacion de mis jornadas, la certeza, y verdad de ſu relacion; ſin que tan varios caſos pierdan ſu autoridad por ſacarlos en publico para ſu exemplo, y diverſion.

Al fin hecha eſta ſalva, entramos, como dixe, en Ocaña al ponerſe la Luna, cuya auſencia, aun ſiendo las tres de la mañana, dexò el lugar con mas obſcura ſombra; pero ni aqueſto pudo eſcuſar, que no fueſſemos viſtos deſde una alta ventana, por la qual al atraveſar una calleja angoſta, yo, que iba el ultimo, fuy llamado con una facil ſeña. A los principios mal pude diſcurrir ſi era hombre, ò muger, mas en proſiguiendo la voz, ſu blandura, y ſonido confirmò lo poſtrero: dixome, hà Cavallero, ſuplicoos, que pareìs, y me digais ſi ſois de aqueſta Villa; aqui reparando la mula, la reſpondi, que no, con que moſtrando mas contento me bolviò à repetir, pues de nuevo os ſuplico, que yà que el Cielo me ha hecho tan dichoſa, guiando à eſte pueſto coſa tan conveniente para mi vida, y honra, que os ſirvais de atenderme. Ceſsò, y obedecila; y mandado al criado que paſſaſſe adelante, ella ſe entrò al momento, y yo quedè eſperandola un eſpacio muy corto; deſpues del qual, bolviendo otra vez à ſalir à la ventana (con decirme, obligacion es de hombres ſuplir nueſtras flaquezas) fue poco à poco deſcolgando una cuerda, y della bien aſido cierto pequeño bulto, que en llegando à mis manos tentè, que era una ceſta cubierta, y rebozada con un cendal de tafetan. Pero no preſumiendo entonces deſcubrirla, alzando el roſtro para entender la orden que me daban, los grandes golpes con que ſentì cerrar apriſa la ventana, y conſiguientemente los gritos de hombres, y las voces de fragiles mugeres, que claramente llegaron à mis oidos, interrumpiò mi intento, y apreſurò los talones, con los quales apretando à la mula, ſin eſperar à mas, eſcarmentado de mi corta fortuna, me eſcurrì de la calle, y alexandome della quanto mas pude, y ſupe, no ſuſpendi la rienda haſta la otra ſalida del Lugar, que junto con mi gente me entrè en la ultima Poſada. Aqui, pues, en tomando apoſento, pidiendo luz, y quedandome ſolo deſcubrì mi aventura, ſi bien en vez del rico cofrecillo, que me topè en Sevilla, hallè aora una criatura, ſegun mi parecer, recien nacida, coſa, que me tuvo

paſ-

pasmado, una gran pieza, y mas el aparato, adorno, y atavio de sus embolturicas, y aderentes. No siempre avia la suerte de encontrarme con tesoros, y minas, si bien no tuve esta en tan poco, que porque le faltasse de aquello, dexasse al punto de buscarle el remedio de que necessitaba. No se podia disponer aqueste, sin dàr à alguno cuenta para que le guiasse, demàs, que aunque quisiera recatarlo no me fuera possible, por las voces, y llanto con que el pequeño infante hizo patente aora nuestro secreto. Assi valiendome de la piedad, y lastima de su genero, tomè à la huespeda por instrumento, que le facilitasse, y con ser à deshora, hallò en ella tanta acogida mi justa pretension, que sin mayor consulta se levantò del lecho, y animada con mis ofrecimientos, y promessas, buscò, y traxo muger, que dentro de mi quadra, paladeasse, y diesse de mamar à la criatura. En el interin, por sossegar el pecho, desbaligè la cesta, vi con cuidado quanto dentro venia, que aunque todo era ropa concerniente al sugeto, brincos, juguetes, dixes, y cosas de este modo; ni à estas cortas alhajas les faltò estimacion, yà tanto por su curiosidad, olor, y buen asseo, como por la abundancia, nobleza, y calidad de sus especies: pero muy mucho mas sin comparacion, por un papel cerrado, que venia al fin de todo, el qual abriendole, no solamente vi en èl escritos los siguientes renglones: mas juntamente una rica sortija, cuya piedra, siendo un fino diamante, diò mas luz à la quadra, que la vela que me estaba alumbrando. Quedè admirado viendo cosa tan bella; pero ni esta suspension escusò mi advertencia. Notè, que en torno della, venian catorce letras esculpidas, que juntas unas, y otras formaban esta breve razon: AUN SOY MAS FIRME. Bien conocì, que era concepto del amor, aludiendo à la dureza del precioso diamante; mas sin querer cansarme en otra inteligencia, passè à la del papel, que decia de esta suerte.

Esse niño infelice, desde su nacimiento và sin Bautismo; hazedle mas dichoso dandosele al momento con el nombre de Enrique, y ruegoos mucho no le desampareis, hasta dexarle con el remedio, que se espera de la piedad Christiana, pues para mejor facilitarle, el valor de essa joya, suplirà su estrecheza; pero sobre todo, os suplico, que os sirvais de esperar, en qualquiera posada desta Villa, solamente dos dias, que yo os harè buscar, sin que passe este termino, y por quien, en hallandoos, podrèis de èl confiar, lo mismo que os confio; y dexar para

siempre obligada à una muger, menos venturosa, que agradecida, y noble. Dios os ampare, y guie.

Tales razones contenia el villete que digo, con que arguyendo dèl, y del hermoso anillo, la calidad del dueño, con mas gusto, y afecto determinè ayudarle; pero ante todas cosas, viendo desfallecida la criatura, temiendo su peligro, luego en amaneciendo le hize dàr agua de Bautismo, y sin mas dilacion, yo mismo, sin fiarlo de nadie, fui à una cercana Aldea, y guiandome el Cielo, hallè, y traxe conmigo una ama muy conforme à mi gusto, à quien con recato, y secreto entreguè el niño, y por quenta, y razon sus vestidos, y arrèus, la paga de seis meses, y otros muchos regalos, con que bolviò contenta, y advertida donde avia de escrivirme, para que se le fuesse pagando, y acudiendo, y yo quedè esperando los dias que me pedia el villete. Si bien en todos ellos fue por demàs, y de ningun efecto mi assistencia, y cuidado; causa por quien estuve algo dudoso en lo cierto del caso, pues casi presumi, q̃ me avian engañado, echando à mis espaldas aquella carga: mas no obstante, dispuesto à no faltarle, desechè esta sospecha, y como la del sucesso incierto de mi perdido amigo Don Francisco, solicitaba mi partida, no quise suspenderla mas tiempo; y assi creyendo, que avia de hallar nuevas de èl en Madrid, ò en casa de mi madre, me encaminè àcia ella, encargando primero à mi buena huespeda, que si por dicha, alguno me buscasse, le dixesse el lugar donde me avia de hallar; y con tanto, no queriendo ausentarme sin vèr antes à mi nuevo ahijado, tomando bien la madrugada, guiè al Aldea con un corto rodèo, y mirandole yà mucho mas alentado, sumamente contento, y alegre, me despedì de èl, y su ama. Bolviendo à mi jornada, y al camino derecho, à poco mas de las ocho del dia.

De esta suerte, por suplir la tardanza, y llegar à Madrid aquella noche, apretè los hijares de la mula, y fue con tantas ganas, que en breve espacio me dexè atràs à quantos iban por el mismo viage, y aun alcancè, y previne algunos, que avian salido antes que yo hora, y media. Eran de estos dos hombres de acavallo, el uno con havito Eclesiastico, y de galàn el otro; y que aunque caminaban con harta diligencia, en saludandolos, y advirtiendo la mia, y que se conformaba con su proprio deseo, queriendo no dexarme, y yo, no rehusando su compañia, juntos alegremente proseguimos el comenzado intento.

Lle-

Llegamos à almorzar à Aranjuèz, y en el interin, siendo yà grande fiesta, acordamos passarla en aquel paraìso. O si fuera mi musa aora la del divino Garcilasso! dixe poco, la del mismo Mantuano, cierto que nunca se quedàra en silencio, entre aquestos discursos, la descripcion fiel de tan raro sugeto, de aquel famoso, y singular jardin, portento de la Europa, obra insigne, y magnifica del generoso ingenio, prudencia, y traza del segundo Filipo. Mas ni mi humilde estilo basta à tan grave assumpto, ni pienso, que aya alguno, que pueda cabalmente, y segun èl merece, atreverse à su empressa. Con tal desconfianza no hice mas que admirarla, y callando engrandecerla. Lo mismo hicieron mis nuevos camaradas; y como la familiaridad del camino ablanda el trato, y halla docilidad aun en los mas absteros, facilmente nos agassajamos, y convenimos, trávando varias platicas con que divertir el cansancio, y entretener la fiesta; y assi, dexando para mas dulce lyra nuestros buenos deseos, comenzamos politicos à governar el mundo, sus estados, sus fuerzas; yà confiriendo unas, y yà encareciendo, y reprobando otras: mas como siempre adonde ay hombres mozos pàran sus conversaciones en sucessos de amor (sin embargo, y respeto del habito Eclesiastico, q̃ teniamos delante) yo empecè à maltratar al Rapacillo ciego, y el compañero à defenderle con abundancia de razones retòricas. Alegabàse por mi parte, y para reforzar mi opinion, la inconstancia, y liviandad de las mugeres, sus trayciones, y engaños, como tan escarmentado de sus efectos: Mas èl por el contrario presumiò confundirme, trayendo de Porcias, de Penelopes, de Lucrecias, y Tisbes diferentes exemplos, à que despues de otras respuestas, yo para convencerle, y desengañar le, idiendo el beneplacito del que nos escuchaba, en breve espacio resumì todo el encuentro, que me passò en la Corte, y luego el de Rufina, segun teneis noticia. Mas quando imaginè, que con tales fracasos estarian los oyentes rendidos, y atajados, el seglar, sonriendose, saliò mas obstinado, con decir, que cada uno contaba de la feria como le iba en ella; y su amigo, tomandole la mano, y atajando mis rèplicas, con una breve arenga se opuso à su defensa de esta suerte, dixo: Aunque no es de mi havito semejante materia, todavia, por no dexaros persuadido à que es vuestra opinion comun, y general, avrè yo de salir de mi termino. Bien pudiera traeros à la mia con argumentos faciles, con razones tan claras, como pide el intento: mas porque los exemplos concluyen, y persuaden mejor que silogismos, quiero,

ro, que estos os venzan; quiero, que con licencia de mi compañero, uno, que entre los dos està vertiendo sangre, merezca el lauro de vuestro rendimiento. Tan frescos han de ser los instrumentos, y armas de este certamen, tan fuertes, y poderosas sus razones, que no solo confio teneros presto de mi vando con ellas, mas que me aveis de confessar, que son injustas las que aveis alegado contra el amor fiel, valor, perseverancia, y firmeza de las mugeres. Assi encareciò el Eclesiastico el prometido cuento, con que creyò rendirme, aunque antes de empezarle aguardò el beneplacito del que le acompañaba, que era un bizarro, y gallardo mancebo. Confirieron entre los dos un rato, debiò de ser dificultar el uno, y hacer facil el otro, y sin incōveniente, el cumplir su promessa. Aviales dado yo cuenta de alguna parte de mis cosas, sabian, que era muy estrangero, de su tierra, y que por consiguiente, ni las personas, ni el secreto corrian detrimento, ò peligro; y con tanto, resolviendo sus dudas, no con pequeño gusto mio, y aplauso, diò el principio siguiente à su amorosa historia.

Cerca de este contorno ay un grande Lugar, tan ilustre por su origen antiguo, como famoso, y rico por su nobleza, abundancia, y fertilidad, terreno, y otros diversos requisitos, que le hacen uno de los nombrados, y mejores del Reyno. De este, pues, es natural Anselmo, Cavallero, mancebo de excelente sugeto, yà por sus partes naturales, yà por las adquiridas con sus grandes estudios; finalmente (dexo aparte su sangre) es uno de los hombres, que en este nuestro siglo merece dignamente el generoso titulo de docto. Aqui, oyendo tal razon, juzgandola à blasfemia, sin poderla sufrir, arqueè entrambas cejas, accion con que atajandose el curso de su cuento, huvo antes de proseguirle de salvarla mas cuerdo, y advertido, diciendo assi en la siguiente forma.

Mucho os parecerà, que me he adelantado en honra de mi amigo, si yà no presumis, que el hacer tal varato de tan alto atributo, ha sido porque ignoro su mayor excelencia; y assi, justo parece, que no quedeis dudoso en lo que aveis oido, y que yo os desengañè, haciendoos entender, que sè lo que me he dicho. Universal en las materias, general en las ciencias, vario en toda doctrina debe ser el varon à quien se diere semejante renombre; pues no es capàz de este el que à tan cortos limites, como son los que incluye una facultad sola, pretende reducirle: docto serà, à mi juicio, quien como Anselmo sabe un utrum de Theologo, y quien en declarar lugares de Escritura, muestra que està leido, y versado

do en los Santos; y el que en los ſuceſſos del mundo no ignora ſus hiſtorias, ſus eſtados politicos; el que en cenſurar una lengua, habla con propriedad, y noticia; el que quando ſe trata la inteligencia de algun Canon, Ley regia, ò municipal, no eſtà encogido, y mudo, y en los ſecretos naturales dice ſus efectos, y cauſas; y quien ſi el Aſtronomo platica de influencias, el Geometra de lineas, el Ariſmetico de numeros, ſus conſonantes el Poeta, ſus tiempos, y compaſes el Muſico; mueſtra generalmente, que ſabe de los Aſtros, que entiende Arquitectura, que conoce unidades, que alcanza conſonancias, y medida; y en fin, que ni aun ſe fuè por alto, bemol, ni be quadrado. Tales ingenios merecen tales titulos, eſtos ſolos deben ſer embidiados de los hombres, y aſſi llamarſe doctos: he hablado ſegun ſiento, y reſpectivamente, ſegun la eſtimacion, y concepto, que ſe tiene de Anſelmo.

Aſsi de aqueſta ſuerte diſcurria el Orador en los elogios de ſu amigo, quando bolviò à atajarle el compañero, haciendole, que proſiguieſſe el caſo (ſoſpecho que corrido) porque moſtrò en ſu roſtro, tocarle parte de tan grande alabanza: mas ni por eſſo faltò à ſu exornacion, concluyòla, y bolviò à relatar de eſta ſuerte ſu hiſtoria, diciendo: Pues ni tan altas partes, dignas por cierto de mejor fortuna, pudieron reſiſtir la violencia de una paſsion de amor, veneno irremediable, que ni admite remedio, ni le es antidoto la mas fina triaca; pero què medicina? què ciencia? què experiencia ſe opuſo con efecto à eſta enfermedad? Ella es quien mas afflige el eſpiritu humano, debilita las fuerzas, obſcurece el ingenio, priva la libertad, entorpece el ſentido: es un fuego eſcondido, una agradable llama, una ponzoña ſuave, una dulce recama, un alegre tormento, y una guſtoſa infamia; y finalmente, eſte mal amoroſo ſiempre tuvo de los nocivos, y aſperos el primer lugar en nueſtros cuerpos, y almas; porque en tomando poſſeſsion de ſus fuerzas, mientras el ſugeto es mas noble, y mas diſcreto, hace mayor operacion, y es de la calidad del humor corrompido de la calentura, que ſiendo ſu principio el tierno corazon, dexa incurables los otros miembros infimos, y ſenſibles. En tal eſtado ſe hallò el gallardo Anſelmo, luego que en un feſtin viò la hermoſura de Eſtela, doncella de admirables virtudes, à quien abandonando ſus loables eſtudios, diò aora en ſu doliente pecho el lugar que antes avian ocupado tan diferentes exercicios. Era eſta dama, ſi no tan noble en ſangre, como Anſelmo, mas poderoſa de temporales bienes: no menos arreada de peregri-

grinas partes, y requisitos, cosas con que bastantemente se igualaban entrambos. Y assi, creciendo à un punto sus conformes deseos, facilmente se entendieron los ojos, y se hablaron las almas. Tenia Estela padre tan solamente; pero aqueste, como rico, sobervio; poco tratable, por no menesteroso; aspero, por lo inculto; y en conclusion, notado, y conocido, por su terrible condicion, por su avaricia, y grosseria: mas estos impossibles fueron atropellados brevemente de Anselmo, el tiempo largo fuè mediando el contraste; y no obstante el gran recato, que avia sobre la dama, no faltò à la ocasion de poder conformarse.

§. XIV.

ESTaban yà por la continuacion de la amorosa vista en diferentes lances reiterada, casi rendidos estos dos corazones: bien que el de Estela, como mas encogido, y vergonzoso, andaba menos prodigo de lo que merecian sus deseos. Pero ofreciendoseles suficiente ocasion en cierta fiesta, hallandose muy juntos, sin escandalo, ù nota, Anselmo dixo su amorosa passion, à quien, aunque la atendiò recatada, ni la admitiò muy facilmente, ni tampoco la despidiò desdeñosa.

Primeros brindis son siempre del virginal concepto la ambiguedad de las palabras, señales ciertas son de su secreto incendio sus equivocaciones, y desvios. Entendiòlo el amante, y no desconfiando, prosiguiò sus intentos, y hablò de esta suerte: O quantas veces, hermosissima Estela, considerando mi desdicha, y vuestro merecer, he temblado el llegar à tanto atrevimiento! pero ni mi dolor, que està yà incorpotable, ni vuestra gran clausura, y recogimiento, que siempre me han negado el lugar oportuno, me han permitido mayores dilaciones, ni menos que en esta coyuntura, dexe perder el tiempo, que yà el Cielo me concede. Yo confiesso, mi señora, que tan alto favor debiera averse antes grangeado por mi, con papeles, y cartas, con servicios de mayor consequencia: mas ni de vos han sido recibidos con gusto, ni de mi violentados, por no daros enojo. Assi he buscado (sabe Dios con què miedo) sazon igual, para que en ella pueda mejor que en papel certificaros mi passion, y juntamente con el acento tierno de sus razones fieles, abrasados suspiros, y lastimosas ansias, parte del mar furioso, en que se anega el alma, si vos no la ayudais, si no la ampara vuestro piadoso brazo. Tengo Estela por cierto, (tanto confio de aquese noble espiritu) que llegando à entender estas amargas quexas, harà

que

q̃ en ellas repareis mas piadosa, hará que en vuestro pecho se conozca algo del bien, y el malq̃ se anida en el mio; puesto que su encendido ardor le tiene de tal forma, que no ha de saber daros en el vivo exterior, tan eficaces muestras, que no sean desiguales, à las q̃ internamẽte le consumen, yacaban.

Asi el vencido Anselmo pronunciaba turbado semejantes palabras, acompañandolas con tantas lagrimas; y profundos gemidos, que fueron testimonio de la verdad del alma; con que teniendola la que le escuchaba alguna compasion (quizà encucubriendo otras mayores llamas) dissimulada, y cuerda, respondiò en este modo: Pienso señor Anselmo, que si estais olvidado de vuestra discrecion tanto como de lo que se debe à mi decoro honesto, no tengo duda, si no que tambien aveis mucho estrañado mi desdeñosa presumpcion, y aun puede ser, que la ayais atribuido à algun vicio; pues esso suele ser lo que mas se aplica à la virtud. Y haraos pensar aquesto, el vèr, que aunque por tantos dias, y con tan largo amor, con tan varios mensages, y con tan grande estremo, aveis solicitado mi voluntad, no la aveis conseguido. La verdad es Anselmo, que esto no es de culparme; pues debiendo seguir la senda mas segura, ni como principal muger podia hacer otra cosa, ni como recatada doncella abrazarla, ò quererla; pero tambien es justo, que se entienda, que si no he recibido vuestros papeles, ni vuestras pretensiones admitido; no tan poco he reprobado aquellos, como ni condenado tambien estotros. Y esta neutralidad no debe imaginarse que nazca del desprecio, ò desdèn de vuestras muchas partes (que esso seria locura) sino del tener por certissimo, que aplaudiendo su empressa, forzosamente creceria vuestro mal, y la dificultad del remedio, en el qual impossible es su fin, sino me engaño por el camino que vos le governais. Yo hasta aora no sè quien es amor, no me puedo quexar de su sobervio imperio, la primera experiencia està en mi por hacer; y assi vivo advertida, que quando llegue aquesta, ni olvidarè el respeto, que mi honestidad pide, ni soltarè las riendas à su passion de suerte, que ponga mi honra al canto del tablero. Y con este temor, porque no prevariquè propositos tan justos; y porque no los contrastè, y atropèlle mi amor, y vuestro excesso, pongo venda en mis ojos, candado en mis oidos, que impidan su veneno, que interrumpan su canto, que atajen sus hechizos, queriendo mas assi ser descortès grossera, que en los fines hallarme arrepentida. Mas no obstante lo dicho, quie-

quiero, que no tan poco me tengais por ingrata. Salvad mi honra, y viva siempre aquesta, que siendo tales vuestross intentos nobles, yo entonces gustarè de perder el nombre de cruel, y desdeñosa, porque vos le ganeis de honesto, y virtuoso. Siendo tan buen galàn, yo serè agradecida, hacedlo, assi, señor, se alinde entre los dos, mi honor seguro, y vuestra verdad firme.

Aun passàra adelante la hermosa dama, si llegando sus criadas no la atajàran, y hicieran, que Anselmo con dissimulacion (metiendose entre la mucha gente) se despidiesse de ella, y si bien no del todo satisfecho, y alegre, por lo menos mucho mas alentado à proseguir sus passos, como en efecto lo hizo, siendo correspondidos hasta los justos terminos de Estela; yà con los dulces ojos, dulces, y agradecidos, yà con favores dignos de su perseverancia. Assi continuaron los dos su amorosa porfia muchos, y largos dias, bien pudiera afirmar, que fueron años; y aunque en diversos lances reiteraron sus platicas, y esforzaron su incendio, ni con todo se satisfacia de aquel tan solo objeto el afligido amante. Este desassossiego le traia las mas noches desvelado à la contemplacion de las paredes archivo venturoso de su querida prenda. Pero una de ellas, que no con mas alivio Estela (por vèr si le veria) estaba à una ventana, que caia à las espaldas de su casa, siendo advertido de ella con el resplandor de la Luna, al mismo tiempo, que aviendo èl conocidola, queria aventurarse hablandola, mas diligente que sufrido, sin perder la ocasion le atajò, y dixo semejantes razones. Pareceme, señor, que quien anda à tal hora por partes tan ocultas, y sospechosas, tiene su vida en menos de lo que yo la estimo; pues no quisiera veros con el menor peligro, aunque perdiera, y arrestàra mis mayores consuelos; demàs, que tengo quien me recata, y guarda, de suerte, que seria muy possible que descubriendonos, yo arriesgasse mi honra, y vos vuestra salud. Hermoso dueño mio, respondiò Anselmo, no imagineis, que llego aqui con tan poco recato; mis ojos me asseguran el silencio, y la hora puede desvanecer vuestros temores, fuera de que, ni tengo quien me siga, ni carezco de amigos; y quando por su dicha huviesse algun curioso, que pensasse oponerseme, tambien sabrè arriesgar mi vida en vuestro servicio, como perderla, porque vuestro decoro nunca se disminuya por mi causa; pero si todavia fuesse tal mi desgracia, que me privassen del vivir en semejante empressa, creed señora, que me tendrè por satisfecho, y que solo po-

podrè ſentir mi muerte, porque es fuerza, que en ella quede imperfecto mi verdadero amor; y vos menos ſervida de lo que piden ſus ardientes deſeos. Aqui ceſſando el tierno enamorado, aficion, y piedad, comenzaron en el pecho de Eſtela à fomentar ſu fuego, y ſin poder ſufrirle, ſin algun diſsimulo, dixo mezcladas de profundos ſuſpiros eſtas palabras. Ay Anſelmo querido! ruegoos ſeñor, que no me traygais à la memoria coſas tan triſtes; nunca, aunque aſsi os hablè, juzguè en los dos tan miſerable ſuerte, ni el Cielo juſto ſe moſtrarà contrario à nueſtro intento; ſolo os ſuplico aora, que con ſinceridad, ſi deſeais vueſtra vida, y la mia, os declareis conmigo. Decidme ſin rodèos, à què ſin ſe encamina vueſtra larga porfia, porque tambien os digo, que ſi eſta no ſe abraza con lo que mi honra pide, vos os canſais en valde, y yo vivo engañada; mas ſi con ella ſe conforma, y pretende lo que merece mi lealtad, y firmeza, para que lo empezado ſe concluya (admitiendome por legitima eſpoſa) deſde luego tendreis tanta parte en mi alma, que ſin reſpeto, del que à mi padre debo, y del emplèo que me và diſponiendo en un ſobrino ſuyo, y ſin temor de ſus enojos, iras, y de ſu furioſa condicion, y de ſu mas terrible proceder; me pondrè en vueſtras manos, y os obedecerè como à ſeñor, y como à marido, y padre, y eſtarè aparejada à ſeguiros haſta morir à vueſtro lado con igualdad de animo; mas ſi como imagino, vueſtro propoſito es repugnante à eſte mio, pidoos, que me dexeis deſde oy en mi quietud honeſta, para que aſsi con ella pueda mejor vivir ſegura, y ſatisfecha entre mis iguales.

Nunca preſumiò Anſelmo aun tener tanta dicha, propia condicion de diſcretos, confiar menos mientras merecen mas; y aſsi ſumamente contento, y aun receloſo del apuntado primo la reſpondiò ſin dilacion: Querida Eſtela, pues de tal ſois ſervida, no ay para què alargarme en mi encarecimiento, no ay para què exagerar mi guſto, referir mi alegria. Digo, ſeñora mia, que aunque me reconozco indigno de favor ſemejante, deſde luego le acepto, y deſde luego en prendas de mi fee, ſi antes de aora no tuvierades mi alma, os la entregàra al punto, con la mas ſingular, y firme voluntad que ſe viò entre los hombres; mas pues vos ſois dueño, pues en vos ſolo vive, tenedla apriſionada, ponedla una S, y clavo, haſta que con efecto mueſtren ſus obras mas cierto teſtimonio, y còn inſtrumentos, y teſtigos dignos de confianza, ò por los medios, que mejor eligieredes, quede ratificada mi palabra, y aſſegurada vueſtra noble promeſſa: Con aqueſto aca-

acabaron sus platicas, quedando muy de acuerdo en la resolucion menos dificil, que facilitasse el nuevo estado, y juntamente la resistencia de su padre, y la oposicion del pariente, con quien yà andaba en venta; razon, que fuertemente (por ser Anselmo pobre) imposibilitaba en su modo el negocio, porque pedir à Estela por esposa à su padre, tratarlo con sus deudos, echarlos rogadores, ù aprovecharse de iguales diligencias, à entrambos à dos les pareciò escusado, iuzgando por certissimo, que antes darian al traste con su amorosa maquina, que la conseguirian por tal medio, ù camino. Por esta causa passaron à otros atajos, y veredas mas cortas, consultaron, guiaron, y emprehendieron la ultima. No fue tan secreta esta platica, ni su resolucion como Estela creia. Tenia una dueña por aya, à quien reconocia por madre desde sus tiernos años: cuidaba esta de su persona, y guarda, mas que si verdaderamente fuera su hija, mereciendo este afecto la grande confianza, que de ella hacia su padre. Dormia en su aposento; despertò, y echòla menos, y levantandose alterada, buscandola con silencio, y cautela, llegò à la ventana, y atendiò (no sin terrible sentimiento) à las determinaciones, y conciertos que aveis oido; los quales concluidos, queriendo Estela bolverse à la cama, dando de repente en el lazo, y conociendo à su aya, llorò, y gimiò el verse descubierta, y mucho mas las reprehensiones, y amenazas con que reprobò sus progressos. Pero como yà aquellos avian echado firmissimas raizes, ni alhagos, ni temores bastaron à interrumpirlos, è menguarlos un punto; antes mientras mas quiso disuadirselos, crecieron en su pecho, y la dexaron victoriosa; porque finalmente tales razones dixo, tales argumentos produxo, tantos exemplos traxo, tantas lagrimas vertiò, tanta fuè su fuerza, respondiendo, alegando, contradiciendo, y confirmando, que en conclusion, persuadiendo à su aya; la obligò à que viniesse en su mismo proposito, y no se le opusiesse en sus execuciones. Amabala, y queriala con mas amor que madre; temiò, que no se arrojasse desdeñada en otro mas sangriento inconveniente; obedeciò su gusto, porque tan facilmente como suelen ayrarse, se conforman, y convienen mugeres, discurren poco, y ahondan menos para la direccion de sus consejos; y assi de adonde Estela creyò su perdicion, y mayor ruina, resultò su bonanza, y mas seguro puerto: pues con ayuda semejante mejorò su partido,

y dando aviso à Anselmo, mandabale venir la siguiente noche à una reja baxa, q̃ salia del jardin à una secreta calle, en presencia del aya, y de vn criado de su querido amante, le diò la mano, y el la recibiò por esposa, quedando con tan estrecho nudo, con vinculo tan fuerte, enlazadas sus almas en mucho mas perfecto, y legitimo amor.

§. XV.

BIen pudieran tan felices, y mas dichosos principios, guiar los medios, y assegurar tambien los fines; mas siempre vereis, que se sigue tràs de grande bonanza, muy grande ruina, y tormenta; pero al presente ignorãtes, y descuidados los dos de otro nuevo infortunio, solo trataban del deseado efecto de su dulce, y amada pasion. Buscaron en el interin muchas, y muy diversas trazas, y muchos, y diversos remedios para templar sus amorosas llamas: mas como todas no les salian tan apelo, ni tan aproposito, tomando unos, y reprobando otros, gastaron mucho tiempo, y se alargaron muchissimos dias, sin elegir ninguno, entretenidos con la amorosa platica que de noche, y à deshoras, mas los apresuraba, y encendia, que no los divertia, y reportaba.

Tenia Estela un primo hermano, llamado Claudio, mozo de gentil talle, rico, y sobre todo aquesto mucho mas su amartelado, que requeria parentesco tan grande; pero no obstante juzgabase, por conveniencias, y respetos de hacienda, mas por marido que por galàn, y amante. Assi le reputaban en el Pueblo, en su casa, y aun en la misma de la graciosa dama, y esto aun se apretaba aora con mayores esfuerzos. Venian en ello los parientes, y deudos, no lo negaba el padre; antes se la tenia ofrecida, aun sin saber su voluntad; pero escusabala ella, yà con su tierna edad, yà con otras disculpas, que pudieron dilatarla dos años. Mas yà en la presente concurrencia, casi se viò perdida, y en terminos (por tan continuo aprieto, y importunacion) de declarar el justo impedimento, pero costarale la vida, no era su padre hombre de tales burlas. Assi el temor de su terrible furia la tuvo à raya, padeciendo sobre su resistencia muy malos tratamientos, clausuras, y rigores increibles; mas templabanse estos con la agradable vista, breve consuelo, y platica de que gozaba con su amante las mas noches; y mayormente aora, que hallandose cercada de tanto afligimiento, el mismo riesgo, y aprieto en que se veia, animò sus deseos hasta determinarse, à que haciendo una escala gozasse Anselmo la prenda que era suya, y andaba vacilando, y en contingencia de per-

perderse. Efectuòse assi, y por una ventana, inaccessible por su altura, no dudò el ciego amante de ir previniendo la temerosa empressa; pero aun no avia llegado su sazon, otros nuevos trabajos, se pusieron enmedio que la impossibilitaron, y aun pervirtieron, como presto vereis. En este interin, el enamorado pariente, solicitaba de manera su pretension, que no contento con las persuasiones, y diligencias referidas, hizo que su misma madre, y tia de Estela le hablasse y procurasse cautamente entender sus consejos, y el ultimo de adonde nacia su larga dilacion. Pusose assi por obra, mas aunque la propuso con razones discretas, muchas con que à ella le pareciò que concluia, y juntamente con el gentil despejo de su hijo, su bizarria, sus partes, sus mayores riquezas, sus bienes de fortuna, causas con quien podia prometer à su posteridad perpetuas honras. La dama, que antes se dexàra morir, que faltar à su Anselmo, en vez de cuerdamente (como otras veces) divertir sus intentos, cansada yà de tanto importunar, y aun juzgando que al ausente ofendia, no declarandose precipitadamente, sin reparar en cosa; y con no acostumbrado atrevimiento la respondiò las palabras siguientes. Maravillada estoy, señora tia, de que ayais sido tan facil en disponer de mi persona, como arrojada, y liberal en prometerla sin entender su gusto; mas no importa, que con quedar aora advertido con mi desengaño vuestro descuido, se tomarà la enmienda. Tened, señora, desde oy por muy sabido, que aunque mi padre, y vos inventeis mas tormentos, mas crueles martirios, que escrivieron de el inhumano Falaris, y todos juntos se executen en mi, los passarè primero, que obligarme à seguiros: Resuelta estoy à padecer mil muertes, antes que dàr la mano à quien en sangre, y parentesco me es una misma cosa. Tengo por muy creido, que casamientos tales, union tan poco licita, si yà no es detestable, suelen muy de ordinario tener tragicos fines, lastimosos, y miseros sucessos, no he de exponerme à ellos por vuestra voluntad; sola una causa suele facilitarlos, y essa falta en nosotros. Mi primo tiene bastantissima hacienda, y yo no estoy sin dote, pues en què forma, ò à titulo de què pedis dispensacion? Impossible parece, que segun nuestro estado, y mediania se nos conceda, menos que con alguna relacion muy siniestra, que no he de consentir, aunque pierda la vida. Esta es, señora, mi resolucion ultima, mi final parecer; en lo justo, y honesto deben los hijos obediencia à sus padres, no en las cosas que traen

ca-

tales inconvenientes : la ofenſa de los Cielos, y un paradero triſte, y irremediable es el que aora rehuſo. No me mueve otra coſa, à Claudo eſtimo como à mi ſangre propia, como à primo le quiero, mas no como à marido, no eſpereis con aqueſto mas claro deſengaño, ruegoos amada tia, que pues yà le ſabeis, no apreteis mas la cuerda, ſi no guſtais, que para mal de todo ſe quiebre, y deſpedace con el arco. Aſsi hablò, y concluyò, dexando à quien la oia eſpantada, y confuſa. Nunca pensò la tia eſcuchar de ſu boca tan abſoluta rèplica. Paſmò, y ſin ſaber lo que avia ſucedidola, ni al vado, ni à la puente, eſtuvo largo eſpacio; pero al fin, haciendo mas hondo fundamento à ſus razones libres, callando ſe deſpidiò de Eſtela. Fueſe à ſu padre, y con la miſma turbacion le contò lo paſſado, y añadiendo algunas circunſtancias, irritò mas ſus iras, llenòle de ſoſpechas, y temores, y como ſegun ſu condicion, menos preambulos baſtaban à ſacarle à barrera, ſin mas tardanza, colerico, y furioſo ſe entrò bramando al apoſento de ſu hija; la qual en viendole venir, conociendo ſu enojo, para templarle aſsi, bañados de lagrimas los ojos, ſe echò à ſus pies, y en ellos atendiò à las terribles, y ſangrientas palabras, que de eſta ſuerte la comenzò à decir:

Como aſsi ingrata, y deſobediente, hija mia, te has atrevido con tanta libertad à negar à eſtas canas el decoro, y reverencia, que por tantas razones debiera ſiempre eſtàr permaneciente en tu memoria? Como aſsi ſe ha borrado de ella, y tu entendimiento aquel dominio, aquel imperio grande, y abſoluto, que ſe les permitia à los padres en los tiempos antiguos, ſobre el eſtado, y sèr de nueſtros hijos? Pues no ſolo nos era entonces concedido ſuplir, con empeñarles, qualquier neceſsidad, mas permitido el venderlos, y aun matarlos en ſemejantes ocaſiones? O con quanto rigor te caſtigarian aquellos inclitos, y Varones Romanos, ſi reſucitàran aora à ſer teſtigos de tu deſobediencia, y libertad! pues no imagineis (ò liviana, y atrevida rapaza!) que ſi ſe proſiguiere eſſa terca porfia, faltàra en eſtas venas igual valor, y ſangre, mayor reſolucion para derramar, y verter la que tienes mia, bolviendo à renovar aſsi en aqueſtos ſiglos (para mejor exemplo de tan ingratos hijos) aquellas juſtas leyes que eſtàn oy tan confundidas, y olvidadas. Trata de reſolverte, ſiguiendo mi eleccion, ò eſpera en breve termino vèr ſobre tu cabeza el cumplimiento de aqueſtas amenazas.

Con aqueſto, ſin querer eſcucharla, bien, que ſin hacer molla

lla alguna en la dama (tan fuera estaba de ofender à su amante) la bolviò las espaldas: saliò, y hablò à su hermana, advirtiendola, que assegurasse à su hijo Claudio, que sin duda tendria cumplido efecto su amoroso deseo. Hizolo asi, y no obstante que el disgusto, y contradicion de Estela turbè sus alegrias, no por esso desconfiò del buen sucesso.

Comenzò desde este punto à recatarla, y asistirla con mayor diligencia, guardabala de dia, rondabala de noche, ni sè si amartelado, ò si receloso: creyò, que tanta resistencia tenia secreta alguna grave causa. Tales cuidados descubrieron los ardientes de Anselmo: impossible es, que largo tiempo se le encubra à un celoso la ocasion de su pena. Avian yà en esta coyuntura determinado los amantes el acuerdo que dixe, posponiendo para ello grandes, y temerosos inconvenientes. Era forzoso al comenzar la empressa, tiempo muy oportuno, asistencia secreta, guarda dentro de casa, centinela en la calle, y finalmente, animo resoluto para subir hasta las mismas nubes por una escala. Estaba esta dispuesta, bien advertida Estela, buelta un Argos su aya, Anselmo yà en el puesto, las hora media noche, la obscuridad muy grande, el silencio profundo, y con todo, mientras un su criado, archivo fiel de los amores, ataba fuertemente, y afirmaba las cuerdas, èl solo discurriendo, y assegurando las esquinas, asistia vigilante à qualquier sucesso. Pareciale, que sus mismos deseos se avian de atropellar, y impedir su remate, andaba como en ascuas, no sossegaba de unas partes à otras. Mas porque raras veces desacredita la fortuna los anuncios, y presagios del pecho, no permitiò, que aora saliessen en vacio los recelos de Anselmo. Apenas con las fragiles fuerzas de su Estela, se avia subido en lo alto, brevemente la escala, quando sintio que por la propia calle venia rumor de gente; no dexò de turbarse, porque no asi tan presto sin mucha detencion, estruendo, y embarazo, se podia desarmar, ò encubrir el artificio, y asi, no consintiendolo, dexando en su guarda al criado, guiò al canto de la calleja angosta, al propio instante, que un hombre bien dispuesto iba entrando por ella. Opusose al encuentro, y queriendo impedirselo, mudando la voz, con mucha cortesia le pidiò se bolviesse; mas no era el personage sugeto de tan cortos espiritus, desembozòse oyendo tal demanda, y apercibiendo la espada, y el broquèl, dando àzia atràs un passo, respondiò lo siguiente: Ninguno con titulo mas justo puede ocupar la calle que yo piso, ni aun el passo que quereis defenderme, haceos à

un

un lado, ò mi espada sabrà abrirse camino para mi, y para ella. No avian estas palabras pronunciadose, quando mal de su grado Anselmo conociò, que era su dueño Claudio, primo de Estela, ningun desastre pudiera encaminarle su destino, que mas caro le fuesse, porque no obstante, que su pretension no ignorada le tenia indignissimo el ser de sangre, y pariente tan cercano de su dama, le templaba, y aun forzaba à respeto. Pero con todo, reconociendo aora, que teniendoselo, quedaban sus amores aventurados, ù casi descubiertos: esta como causa mas fuerte, venciò à los demas decoros. Viò, que al fin estaba el caso en terminos, que no podia sin arriesgar mas daño, escusar la refriega; determinòse, y sacando la espada con singular destreza, floreando la punta, se fue en gentil compàs desviando de el puesto, y recibiendo del valiente contrario, y (mucho mas viendose retirada) terribles golpes, y espesas cuchilladas, que reparaba, y rebatia con despejo admimirable. De esta manera, el uno defendiendose, y el otro apresurandose, fueron sacando pies, hasta que yà alexandose, quando Anselmo juzgò, que podria su criado aver recogido, y guardado la escala, tomando diferente postura, se reparò, y dixo, à Claudio assi: Bueno està Cavallero, cesse vuestro rigor, baxadla espada, que assaz bastantemente queda bien conocido el valor de esse brazo, passar por do mandaredes, que yo no he pretendido defenderos la calle, sino para admirar con mi poca experiencia, lo bien que aveis sabido franquealla, segun de vuestras manos se publica. Razones eran estas, que pudieran templarle, mas como estaba el mozo picado, y aun herido de zelosas sospechas, no le satisfacieron, antes la cortesia, y blandura tan fuera de proposito, le causò mayor rezelo; y assi con este, sin querer admitirlas, le respondiò: Mientras no me dixeredes quien sois, y à lo que alli assistiades no curèis de otra cosa que defenderos. Descomedido andais, le replicò Anselmo, pues os dà atrevimiento, lo mismo que debierades agradecerme; pero poco me importa, que muy presto verèis si era bueno el consejo. Menos se curò Claudio de aquestas amenazas; apretò con mas furia, y obligando à que Anselmo guardasse mas el pecho, que recatasse el rostro, en siendo descubierto fue conocido de èl, sì bien en breve espacio se mirò arrepentido, perdiò la tierra que antes avia ganado, y desastradamente de una dura estocada el amor, y la vida. Pero no fue esto tan presto, que primero al estruendo no acudiesse la Ronda, Corcheres,

y Alguacil Mayor, en cuyos brazos, diciendo (en vez de pedir los Sacramentos) quien era su homicida, se le arrancò el alma. Bien creyò nuestro amante, aunque engañandose, que no era conocido, y assi aunque pesaroso de tan triste sucesso, por mas dissimularle guiò à su casa, en quien yà hallò al criado, que le estaba atendiendo. Mas en el interin dexando la justicia, y ministros por la vecindad, y ceroanìa el cuerpo difunto en casa de su tio, caminaron apriessa à buscar la del reo.

Es en aquel Lugar Anselmo muy amado, y bien quisto; y por aquesta causa, ò por otra permitidò al contraio del Cielo' llamãdo antes de cercarle la casà, quizà de industria, ò quizà por descuido, dieron facil escape à su peligro, porque apenas llegaron à sus oidos los golpes, quando desengañado de su primer parecer, se persuadiò, al cõtrario juzgò que le aviã visto, y seguido, ù lo q̃ realmẽte fue, q̃ Claudio conociendole diera tales auisos, y con tanto, mientras aquellos echaban por el suelo las puertas, saltando Anselmo por las tapias de un huerto, los dexò à buenas noches, y se puso en casa de un amigo en suficiente cobro, y antes de amanecer, con secreto inviolable en un cierto Convento, del qual aunque le visitaron y desembolvieron diversas veces los Alguaciles, y su Governador, se salieron ayunos. Pero justo serà que bolvamos los ojos al alboroto grande de que se llenò todo el pueblo con tan triste fracaso, y mayormente la morada de Estela, luego q̃ por ella metieron al yà difunto Claudio. Pensò el padre de la dama, q̃ le tenia por yerno, rebentar de congoja, mientras ella recogida en su quarto (considerando el daño general, que en tan breve, y por tantos atajos, y caminos avia salteado todas sus cosas) no ay lengua, no ay estilo, que baste à ponderar sus lastimosas quexas. Representaronsele entre ellas con la muerte del primo (que al fin era su sangre, y aunque no tan amado, no tan acervamente aborrecido) el ausencia forzosa de su querido dueño, los peligros, y riesgos, que assi presente, como estrangero, y peregrino le amenazaban uno, y otro; suspiraba, y gemia, quando aprobando la ocasion infelice, y quando reprobando la determinacion del amante. Unas veces le culpa, y otras le disculpa, y escusa; yà le es Fiscal, y yà le es Abogado; por reo le condena, y por inocente le absuelve; y assi metida en tantas desventuras, muchas veces ratificò sus lagrimas, muchas saliò de juicio infamando sus ojos, injuriando su alma à aquellos por causa de sus males, y à estotra por facil al rendirse. Mas à esta hora entendien-

diendo su padre el llanto que ella hazia, tan admirado de semejante novedad, como del caso lastimoso, confiriò cautamente, que segun lo passado, tales desigualdades no conformaban bien con la aversion que à Claudio avia mostrado; reconvino unas, y otras, y al cabo sacò dellas, que quien tan poco antes, y con tan grave excesso resistiò ser esposa del que agora lloraba, sin duda era inducida de mysterios mas hondos. Y desde aqueste punto, si bien remotamente ignorò el fundamento, anduvo siempre mas sospechoso, y recatado, y no obstante por vèr si rastreaba, aun quiso cabiloso informarse del aya de su hija, en sus procedimientos, en sus mas intimos, y menores discursos. Mas yà verèis, què tal seria el informe; pudieran, siguiendose por èl, canonizarla; y assi, yà por aqueste, y yà por el predicamento de la fiel criada, quedò, si no como antes satisfecho, por lo menos no con tantos temores, y cuidados.

§. XVI.

NInguno en el Lugar, por mas que se atendiò à desembolver las piedras, ni por mas que la ociosa curiosidad procurò investigarla, pudo dàr con la causa gracias al cuidado de Anselmo, y al gran secreto con que su dama, y èl la prosiguieron, y fomentaron. Assi fueron muy disformes, y varios los motivos, que dieron al triste Claudio. Era aqueste mancebo comunmente tenido por sobervio, y aunque adornaban otras muy buenas partes su persona, todavia el defecto primero le grangeò grande aborrecimiento, y Dios nos libre de un tan cierto peligro; no ay daño que se iguale al del aborrecimiento, y odio publico. Muy al contrario se reputaba Anselmo, la general estimacion de estudioso, de cuerdo, de afable, de apacible, de humilde, y cortesano; hablaba en su descargo por las calles, y plazas; todos en voz, y grito pregonaban su abono, todos en secreto, y publico afirmaban conformes, que alguna libertad indigna de sufrirse, obligò la desgracia del difunto, y forzò à executarla à un sugeto tan noble; esto es, vèr cumplido el refràn: Cobra buena fama, y duerme descuidado. Gran voz es la del pueblo, terrible, y temerosa su sentencia, y decreto: digolo, porque con ella se templò poco à poco el rigor de la justicia, y las diligencias, y assechanzas con que por varias vias, los parciales, los amigos del muerto buscaban, y afligian al retirado Anselmo: el qual en mas de un mes, ni saliò de un rincon, ni tuvo noticia de su persona, deudo, ni conocido.

Todos ſus criados eſtaban preſos, y aun el miſmo que le llevò la eſcaſa, con cadenas, y grillos padecia igual deſdicha; porque como viò Anſelmo, que ſegun la declaracion, que infiriò del difunto, ſolo por tal indicio ſe podia proceder; confiado de ſu buen animo, le mandò que atendieſſe antes de hacerſe reo, mas aora no aviendo prueba para tenerlos preſos, fueron ſueltos los compañeros, y eſte; coſa que llegò à ſu noticia por medio de los Frayles, no con pequeño guſto, porque en ſu libertad tenia èl librados el deſcanſo, y alivio de ſus penalidades; y como la mayor era no ſaber de ſu querida Eſtela, ni menos en la forma que avia tomado el ſangriento deſaſtre, temeroſo cuidò, que la tendria indignada, y el deſeo de ſalir de ſemejante duda, le hizo atropellar ſu evidente peligro; llamar al fiel criado, y poner en ſus manos cordura, y diligencia; el medio principal del ſaber informarſe; buſcar ſazon, y aprovecharſe della. Y no contento para mejor valerſe de ſus nuevas, y aviſos, poſponiendolo todo, ſe ſaliò de ſagrado, y ſe plantò en la caſa, y amparo de un ſu amigo; confianza por cierto llena de graves rieſgos; pero qual no atropella, facilita, y deshace la cauſa poderoſa de quien era regido. En eſta coyuntura (como à los cazadores de los amantes, dicen, que ſiempre informan unos miſmos efectos) la hermoſa Eſtela, menos perezoſa, y negligente, entendiendo de ſu aya la libertad de los criados, llenò de varias maquinas, y trazas el eſpiritu, y eligiò una por donde ſe conſiguieſſe ſu propoſito, y pudieſſe ſaber de ſu querido auſente. Para eſte fin eſcriviendo un villete, ſe le entregò à la ſecretaria de ſu amor, la qual poniendole à recaudo, y fingiendo una Novena, y devocion, à que avia de ſalir algunos dias; apercebida de èl con recato prudente, paſſaba ſiempre la ida, y la buelta por la caſa de Anſelmo, por vèr ſi ſu fortuna le encontraba tal vez con el criado dicho; orden tan bien diſpueſta, que al fin por ſu camino ſe conſiguiò el deſeo, dando con lo buſcado al quarto dia. Vieronſe, y conocieronſe los dos exploradores, y como bien expertos en ſu oficio, entendidos los animos, ella paſsò derecha haſta el Templo, adonde iba, y èl haciendo lo miſmo, ſe puſo en lance, que recogiò el villete ſin nota, y advertencia de los ojos, y eſpìas que ſiempre los rodeaban; y ſin poder hablarſe, el uno proſiguiò en ſus ipocreſias, y el otro muy alegre eſperando la noche, fue, y ofreciò à ſu amo las primicias dichoſas de ſu terceria. No encarezco al preſente las locuras de Anſelmo, por

no

no alargar la historia, entendido se està de su perfecto amor, què tal seria su estremo. Abriò el papel, juzgando siglos largos los puntos que tardaba; y besandole primero mil veces, temblandole la mano, y el corazon dentro del pecho, rompiò la nema, y en èl leyò las siguientes razones.

Poco amor tiene quien el peligro de su cuerpo antepone al contento del alma. Anselmo, si vuestras palabras amorosas, confirmadas con tantos juramentos, y promessas, fueran fieles, nunca oy Estela llorára vuestro olvido, ni à sus quexas, y lagrimas huviera dado causa, quien mas le era obligada: mas no es mucho, que aviendo yà empezado vuestras manos à bañarse en la sangre de mi infelize primo, quieran aora, quedando encarnizadas, quitar la vida à esta triste doncella, si bien con armas mas crueles, que vuestra aguda espada; pues si aquella pudo matar en un instante à Claudio, no assi vuestra memoria, fiero cuchillo de mis cansados dias, podrà de un golpe hacer igual destrozo; y esto, no por piedad, sino por mas tormento, que el que se passa en breve, no es tan duro, y cruèl, como el què se dilata. Si darme tales penas, teneis por cosa justa, sepa yo, señor mio, que es esse vuestro gusto; pues el solo entenderlo, me harà, que los reciba con mas constãte espiritu, que vos me aveis amado; y con esta victoria morirè satisfecha. Mas si à tantas desdichas han quedado esperanzas de acabarse, y vuestra esposa Estela no se arrancò del todo de esse pecho, ruegoos, Anselmo, que siquiera, escriviendola luego, os acordarèis de ella, y de mì. Duelaos, querido dueño, su soledad, y desventura: lastimen os las persecuciones que padece, los malos tratamientos, y rigores, por quereros, y amaros, en continua desgracia de su padre, aborrecida de sus deudos, guardada, y reprimida de sus criados, murmurada del Pueblo, assombrada de un muerto por su causa, y olvidada de un vivo por su ofensa. El Cielo os guarde, y consuele à esta triste.

Bien muestra este papel en sus efectos varios, quantas ventajas tiene à las demàs passiones à que el humano sèr està sujeto, la violencia de amor; pues se puede decir, que los dolientes de tal enfermedad (sì bien en carne humana) viven casi en cierta manera, fuera del mismo sèr en que fueron criados, sin uso verdadero de los sentidos, sin libre operacion de sus potencias, sin discurso, y razon; y finalmente, separados, y agenos del resplandor, y claridad, que la Deydad Suprema informa à sus criaturas. Claro, y visto se està, quanto autoriza esta verdad el des-

vario de Estela ; quanto la califica, presumir el amante, que un pequeño contento se aya de anteponer à la vida, y sossiego de la cosa amada. Bien se vè esto, si es locura, ò prudencia, y si decirse à uno afrentosas injurias, se compadece con estarle adorando. Creer por una parte, que Anselmo la ha olvidado, y por otra pedirle, que la escriva: llamarle matador sangriento, infiel, y perjuro; luego por otra amado esposo, dueño, y señor querido: clamar misericordia, quando se està ofendiendo; rogar, quando se està desconfiando; y finalmente, amar, y aborrecer, injuriar, y adorar, despreciar, y pedir, olvidos, y memorias, misericordias, impiedades, desconfianzas, y finezas; cosas tan enemgas, y contrarias, como impossibles de assistir à un sugeto. Quien serà el ignorante, que las ignore? Quien serà el torpe, y ciego, que no las vea? Quien el que no las califique, y condene por desatinos? Pues advertid aora, que no obstante todo esto (quien lo podrà creer) es infalible, y llano, que en tales desvarios, principalmente està, y consiste la mas fuerte señal, la probanza mas firme, la confession mas clara de un fuerte, puro, y sencillo amor. Todo su sèr, verdad, constancia, esfuerzo pende de estos contrarios, de tales esperanzas, y temores, descuydos, y cuydados, seguridades, y inconstancias, desconfianzas, y finezas, discrecion, y locura; y assi se puede vèr amante verdadero, sin tales requisitos, como el Sol sin sus rayos, y la noche sin tinieblas, y sombras. Misero, y desdichado de aquel, que assentò plaza en tan orate compañia, debaxo de vandera de tan contrarios, y disformes colores; pues, à bien escapar, al cabo se hallarà, ò muy cercado de aflicciones, como padece Estela, ò de tristes confusiones, como à Anselmo ofuscaron, luego que huvo leido las quexas, y sentimientos de su querida. Es sin duda, que si las persuasiones del criado no le tuvieran, y el peligro, y respeto de la casa de su amigo no le estorvàran, que sin mas dilacion se pusiera en la calle, se pusiera, no digo yo en tan notorio riesgo, mas en las manos de sus emulos, à trueco de obedecer à su dama, y dàr satisfacion à sus injustas quexas. Pero supliò al fin en la impossibilidad de sus deseos, el discurso amoroso del papel que se sigue, respuesta del primero, y descargo mayor de su verdad, y fee.

Possible es, archivo, y fiel secreto de mi alma, que tanto os aya atropellado, y pervertido nuestra comun desdicha, que

assi os tenga privada de el discursar discreto, con que tan varias veces aconsejasteis mi salud, y reprimisteis (por no arriesgarla) nuestros mayores gustos? Possible es, mi señora, que al fin de tantos años de experiencia, viva con tal descredito aqueste vuestro esclavo, que dudeis en su fee, que ayais imaginado menguas en su verdad, engaños en su amor, olvido en su memoria; y lo que yo mas lloro, creido, que pudo aver en èl manos para ofenderos, primeros movimientos para enojaros? Cierto, Estela querida, que si por mi passion no juzgasse la vuestra, que este solo entender me quitàra mil vidas: mas lo que en mi culpais, os descarga, y escusa; y una misma dolencia, una enfermedad misma, como me tiene à mi loco, y frenetico, no es mucho, que os tenga à vos afligida, y turbada; y no es mucho, que os tenga tambien ciega, para no conocer, que el exponer la vida, y el perderla (como vos ordenais) en el presente caso, arrastra tràs de si el perderos à vos, que sois mi propria vida, y el perder vos la vuestra, que consiste en la mia. Y por el consiguiente (si esto es verdad) considerad aora, si pretendiendo Claudio privarnos de este bien, quitarnos con una herida sola dos vidas tan conformes, sacar de un cuerpo dos almas tan unidas; fuera justo no ponerme en defensa, fuera licito, que esta, que permite el comun, y natural derecho, no me la concediesse vuestro amoroso afecto, si no por mi provecho, à lo menos por la mayor quietud, y tranquilidad de vuestras cosas. El desvario, y arrojamiento de las suyas, precipitaron, y aun echaron à Claudio sobre mi misma espada: su sobervia le hiriò, no mi deseo: partidos le hice, que antes pudieran reputarse à cobardia, que à animo; y con todo, aun precediendo yo su opinion à mi honra, no pude reportarle. Preciso fue valerme de la mia; sed oy nuestro juez, y ved, Estela, quien fue el actor, y reo; y luego juntamente, si estando en tal estado, estimarèis mas à vuestro esposo sin honra, y con la vida, que con lo uno, y lo otro, aunque à tan grande costa. Clara està la eleccion en muger tan prudente, vivo, y honrado teneis à vuestro Anselmo, y tan amante tierno, como el primero dia; porque antes tendrà fin la maquina del mundo, paz la guerra continua de sus quatro Elementos; que falte en mis entrañas la llama de esse fuego, en mi pecho esse espiritu, con que alienta, y respira, y en mi memoria, y alma la mas dulce presencia, obligacion, fidelidad, palabra, y mano, que debe Anselmo à su mejor Estela.

Asi humedeciendo este papel, con mal lagrimas tristes, que rasguños de tinta, escriviò el abrasado mozo à su mas rico empleo, à cuyo poder llegò el siguiente dia por el mismo camino, que vino antes el suyo. Quedò la dama, en viendole, alegre, y aun no sè si corrida de sus quexas. Prosiguiò aquel consuelo, y en todo lo restante de la novena de su Aya, no dexando perder hora de aquella estratagema, con villetes de reciprocos divirtieron, y engañaron los dos su larga ausencia: dispusieron los medios de su comunicacion, y continuandola el criado, yendo, y viniendo à prima noche, tomaba los papeles, y ataba en una cinta, que le arrojaba Estela, los de su dueño.

§. XVII.

En tales obras consumieron seis meses, termino en quien tomaron los negocios mejor disposicion. Echòse fama, que Anselmo estaba en Aragon, y aquel respeto estimò la Justicia, y morigerò la colera de sus contrarios; pero lo que mas empleò su deseo de venganza, fuè, el ir esparciendo poco à poco sus amigos, aficionados (exceptuando el origen, porque este ninguno lo sabia) la ocasion essencial, que diò la muerte à Claudio, su descomedimiento, su arrogancia, y sobervia; la cortesia, blandura, y paz con què le rogò Anselmo; los partidos que le hizo, sus indignas respuestas; y finalmente, su defensa forzosa. Esto, con el credito grangeado por el discurso de su vida, fue probanza bastante para la inocencia del ausente, para su descargo, y escusa: ninguno huvo en el Pueblo, que assi no la juzgasse, y se lastimasse; juntamente de sus peregrinaciones, y trabajos. Tal general abono, tan general satisfacion como esta, parece, que allanaba qualquier dificultad; y assi, queriendo aprovecharse de ella, hablò el amante à su huesped, y amigo; advirtiòle, como el que entonces lo acordaba (digo con aconsejado descuido, y dissimulo) que muy acaso procurasse tentar, si para su perdon podria ser expediente el casamiento con la prima de Claudio. Era aqueste remedio el puerto mas seguro de sus naufragios, y aun algo mas invencible, que antes que se cansassen; todavia faltar aora la oposicion del muerto facilitaban mas su mejor acierto. Decia Anselmo à su amigo, por deslumbrarle mas, que no obstante que èl se hallaba prendado de otro amor muy antiguo, antepondria à su gusto esta nueva eleccion, por quietarse, y quietarla. Juzgòlo assi su huesped, y aprobando el consejo, tomò à su cargo la disposicion del tratarlo; pero mientras, valiendose de medios,

fue venciendo contrarios. Anselmo avisò à Estela, y advertida de lo que avia de hacer, sì bien desconfiada; esperò el quando llegassen las noticias del caso à los oidos de su padre, que no tardò gran tiempo. Propusole el concierto un grave Religioso, y juntamente algunos de sus parientes; y como la calidad del reo era tan aventajada, quanto mayor su aborrecimiento, y passion, queriendo salvar esta, sin ofensa de aquella: remitiò, con palabras generales, y equivocas, la determinacion de su respuesta à la consulta, y parecer de los demàs deudos de la madre del muerto, y consentimiento de su hija: Mas no obstante, èl quedò indignadissimo, y acabò con aquesto de persuadirse, à que no fueron vanas sus antiguas sospechas. Creyò aora del todo, que esta secreta causa quitò la vida à Claudio, y que la inobediencia de la dama en tomarle por dueño, avia procedido de este ignorado amor. Assi entendiendolo, con una infernal furia, casi estuvo resuelto à matarla antes de permitirlo. Pero difiriendo su enojo hasta mayor probanza, librò lo principal, y verosimil de ella, en la resolucion negada, ù aceptada de su hija. Mas como yà ella estaba sobre el caso, y avia cuerdamente notado, y colegido quan mal lo recibia, temiendo algun desmàn, tomò mejor consejo: apenas se lo propuso el padre, quando (sì bien èl procurò darla à entender, fingido, que lo tendria por justo) libremente arrogada, afeò tal empleo, y con mayor cautela le advirtiò claramente, que antes se dexaria morir, que ponerse en poder del que matò à su primo. Con lo qual revencida su astucia, quedò engañado el cabiloso viejo de aquel flaco sugeto, à quien pensò engañar; diò gran credito, y abrazos estrechissimos à Estela, hizo desde aquel punto mas firme confianza de su persona, alzò la mano de su recato, y guarda, sossegò el corazon, y en tal conformidad respondiò à los terceros desesperandolos de las tratadas bodas. Mas no assi se perdieron los amantes de animo en la desconfianza de su remedio, antes gozando la ocasion (vista la tranquilidad, y quietud del sospechoso padre, el seguro descuido con que yà descansaban sus rezelos, y miedos) se aprovecharon de ella; y por la misma parte, calle, ventana, y hora que primero intentaron, Anselmo subiò alegre, mediante la referida escala; y Estela viò en sus brazos sus mas altos empleos. Quedò entonces la dama entre su aficion, y verguenza, deshecha en dulces lagrimas; y sin hacer otra mudanza, que mirar à su esposo, passò à los ojos toda la

fuer-

fuerza de su alma, dando assi por su objeto, puertas al corazon, porque gozasse lo que con tales ansias avia deseado. Pero en aquestos extasis, tomandola las manos su querido galàn, besandolas mil veces, este nuevo favor quebrantò su silencio, y con mayor esfuerzo la comenzò à decir: Quien creerà, señora de mi vida, que presencia por mi tan deseada, sea de tan alta fuerza, que prive al cuerpo, y al espiritu de sus acciones naturales, segun aora siento contemplando vuestra gran hermosura? Señal bien cierta es esta del poderoso afecto con que soy governado: mas aunque mi contraria fortuna ha impedido mostraros hasta oy, quanto aquel puede en mi, y quanto he padecido por vuestra causa, creed bien mio, que su menor passion ha sido de mas pena, que la muerte; y que con ella gran tiempo hà la huviera puesto fin, si la esperanza que he tenido de llegar à este punto, no huviera sustentado mi vida, para recibir oy la venturosa paga de sus trabajos, y aflicciones. Pero yà justo es Estela, que sin mas renovar nuestros passados males, demos orden aora en la seguridad de los presentes bienes, governando sus cosas con tan sanos consejos, que ni nuestros contrarios los puedan prevenir, ni perderlas nosotros en sus execuciones. Lo bien dispuesto de estas remito à vuestro gusto, y lo que toca à mi, que serà obedeceros, fiadmelo señora, que como esclavo vuestro, ni huirè de la prision dichosa en que me veo cautivo, ni faltarè à vuestras ordenes mientras tuviere aliento. Aqui, bolviendose à abrazar, aun mas estrechamente, Estela con entrañable amor le respondiò, diciendole: Querido esposo mio, què prision puede aver donde el cautivo, y preso, es de mas calidad, que el que llama su dueño? Dexaos de esse atributo, si no quereis que os pague con iguales renombres, y no sè si en su mayor verdad os llevarè ventaja, pues yà mi firme amor me tiene en tal estado, que se olvida de mi por buscarme en vos mismo; y en tanto estremo vivo, que por quereros vengo à aborrecer à mi sangre, y obedeciendo à vos, quito à mi propio padre lo que os ofrezco, y rindo; y no curando de su respeto justo, atropello los mios, y antepongo à mi honra vuestra noble confianza; tanta es la que he librado en su promessa, y fee, que primero creerè, que faltaràn todas las cosas, que ella se disminuya, ò falte à esta muger; de quien tened por cierto, que si vivis amante, sois muy correspondido, y si yà padecisteis atendiendo à su gusto, no ha suspirado menos por acudir al vuestro, y que no fue otro su

amor;

amor, que el que à vos os govierna, y à ella la supedita, sì bien jamàs podrèmos mitigar sus ardores, reprimir su furor, templar sus crueles llamas, menos que con la union, con el honesto vinculo, que por tantos caminos se nos ha dilatado. A estas razones entrò la dueña, y sonriendose de oirlas, mirando la perplexidad de los amantes, les comenzò à decir: pues què medio esperais, para poner los dos en perfeccion igual essas partes divisas? Si teniendo tal tiempo le consumis en disuadir su gloria, quien le tiene, y le pierde, tarde, ò nunca le cobra. Asi dixo, y sin mayor tardanza, tomandoles las manos, ratificaron los juramentos ante vistos, capitularon los conciertos, y clausulas de este casamiento clandestino: y cerrando su camara, dexò lo demàs del discurso presente à la discrecion, con que en conforme amor, pusieron dulce limite à sus antiguos, y encendidos deseos. Desta suerte gastaron los dos tiernos amantes gran parte de la noche, hasta que reconociendo la venida del dia, huvieron de poner treguas à su descanso, despidiendose con protestacion de reiterar el mismo trance, siempre que la fortuna lo permitiesse, ò concediesse sazon mas apropósito, para poder sin miedo descubrir estas bodas. Asi, pues, por el mismo lugar, recato, y hora, continuaron sus vistas termino de dos meses. Mas en el interin substanciando el processo de ausencia, por el Governador, visto que los conciertos, y caminos de pàz se resfriaban, y que ni Anselmo se presentaba, ù parecia, no pudo dilatar la primera sentencia. Condenòle por ella, harto contra su gusto, à cortar la cabeza en rebeldia, aviendole antes llamadole à edictos, y pregones, y procedido, no sin murmuracion de los contrarios, con larga remission en otras muchas, y grandes diligencias juridicas.

Con esta novedad se refrescaron los passados rigores; deciase publicamente, que estaba en su casa el delinquente, y no faltaron testigos, y personas de no buena intencion (que en un lugar tan grande nunca falta de todo) que afirmassen averle encontrado, conocido, y seguido diversas noches, en diversos parages. Y asi, despiertos los Ministros, y irritados los Emulos, buscaron su posada, y la de otros amigos, y en conclusion, tanto se desvelaron, que al fin dieron con el secreto asylo del que le receptaba en la suya: mas quiso su venturosa suerte, que esto fuesse en sazon, que le hallaron ausente. Gozaba à la misma hora de los brazos de Estela; pero no obstante, como el soplo, y aviso era de buena data, tomando las esquinas, y bocas de las calles, creyeron, que podian esper-

perarle ſeguramente, y emprehenderle quando vinieſſe à recogerſe. Aſsi tambien trazada tenian armada à nueſtro enamorado, ſus contrarios la trampa; mas quien entonces les refiriera à ellos, en quan diverſos lazos reposaba? quien les dixera como podrian hallarle en caſa del mas fuerte, y mortal enemigo? O por mejor obrar, quien al preſente diera razon à Anſelmo, del mal recibimiento que le atendia en la morada de ſu mayor amigo. Llegò en efecto el punto acoſtumbrado, y deſpedido de ſu adorada eſpoſa, ſin ſoſpecha, y rezelo, baxò la eſcala, recogiòla el criado, que ſiempre le aſsiſtia, y juntos caminaron la buelta de ſu alvergue. Pero ordinariamente ſon fruſtrados de la prudencia, y diſcrecion las cautelas, y engaños. Traia Anſelmo la barba ſobre el ombro; nunca por mas que durmiò la juſticia, ſe reputò quieto, antes avizorando ſiempre, mudaba calles, las derrotas, y rumbos; y no contento, por mas aſſegurarſe, antes de llegar à ſu caſa, quedandoſe èl con la eſcala entre unos ſoportales, embiaba delante ſu eſplorador, que deſcubrieſſe el campo. Tambien tenia de noche por coſtumbre abaxarſe haſta el ſuelo, poner en èl la oreja, y taparſe la otra con la mano; traza con quien recogido el ſentido, penetraba, y oìa con gran ventaja, y à muy largas diſtancias, el mas pequeño ruido. Aſsi aora executandola aguardando al criado, ſucediò al contrario, porque apenas le vieron los corchetes, quando alborotados, y contentos, juzgando, que era Anſelmo, le dexaron llegar haſta tocar la puerta, en donde ſaliendo de repente con eſpadas, y luces, le rodearon, y luego le prendieron.

§. XVIII.

AQui llegaba el amoroſo cuento, quando le interrumpieron (entrando donde eſtabamos) los mozos de las mulas; dixeron, que era tiempo de ponernos en ellas, y por ſer la jornada haſta Madrid muy larga, harto contra mi guſto lo huvimos de hacer. Prometiò concluirle ſu dueño, en el diſcurſo del camino; y aſsi cerca de las tres de la tarde, alentados de un viento freſquecico, volvimos juntos al comenzado viage, por el qual no ſin mucha calor anduvimos una hora, yo deſeoſiſsimo de oìr el fin del caſo, y mis dos camaradas, no sè ſi dilatandomele, quizà la reſta de èl, era mas de encubrirſe; pero no les valiera con mi curioſidad, ſi el ſuceſſo que aora me eſperaba, no lo acabara de eſtorvar, y ſuſpender. Venian à eſta ſazon por un ancho camino, q̃ cruzaba el que noſotros ibamos un tropel de villanos, tra-

yen-

yendo enmedio un hombre en un macho de albarda. Luego en viendo la forma, presumimos, que le llevaban preso: picamos à las mulas, y emparejando los unos con los otros, ellos nos saludaron, y passaron delante, y nosotros verificamos nuestras sospechas, bien, que no assi pude yo hacerlo libremente, porque apenas mirè el rostro del preso, quando con gran lastima mia, conocì en èl al infelìz D. Francisco de Silva: parè las riendas, y perdido el color, sin poder encubrirlo, claramente entendieron mi alteracion los nuevos compañeros; de los quales queriendo despedirme para seguir la miserable suerte de mi amigo, tantas, y tales fueron sus razones, y rèplicas, que no pude escusarme de contarles la causa. Apartèles à un lado del camino, y en breve suma les referi nuestra amistad antigua, la historia de Rufina, la prision de Toledo, su libertad, el quebrantar la carcel, el perdernos entrambos, mi viage à Ocaña, y juntamente, como despues, aviendome sucedido en su entrada un notable fracaso, que me detuvo en ella dos, ò tres dias, tenia agora por cierto, que avia sido ordenada del Cielo semejante tardanza, para que à tal sazon, guiado por èl mismo, ayudasse à mi afligido amigo, y escusasse su muerte, la qual tendria sin duda en llegando à Toledo. Assi les informè, y bolviendo à abrazarlos, llamando à mi criado, quise torcer la rienda, mas avia yà hecho mi relacion en sus nobles espiritus, harto diferente efecto del que yo imaginaba. Mandòme reparar el honrado Eclesiastico, y echandome los brazos, lastimado del cuento, me diò à entender, quanto pudiera fiar de su valiente mano, si el havito, y las Ordenes no lo contradixeran; pero que su precisa falta supliria largamente su compañia, y amigo; el qual era varon tan esforzado, que aunque por su peligro deseara estorvarselo, no se lo suplicaba, porque segun su aliento, sabia muy bien, que seria por demàs. Esto me hablò, quando su camarada con obras, y palabras calificò su testimonio: pusoseme à mi lado, y con tanto, acordandome, que el compañero con los mozos de mulas, bolviesse à esperarnos en Aranjuèz, encomendandonos à Dios los dos, y mi criado, proseguimos contentos. La derrota que llevaba la gente, à la qual alcanzamos dentro de un quarto de hora, y para no alterarla, fingiendo, que antes aviamos perdido aquel camino, y que el Clerigo que vieron con nosotros, yendo por otra parte nos le vino à enseñar, les dexamos quietos, y alabando piadosos la caridad, y buena obra, que se nos avia hecho. Assi travamos platica, y de

una

una, y otra; quedandose algo atràs uno de los villanos, nos comenzò à contar, sin preguntarselo la ocasion de su viage. Dixonos, que aviendo llegado à su Lugar, que era una Aldea dos leguas de alli, ciertas Requisitorias de Toledo, con avisos, y señas del hombre que llevaban, y con noticia grande de un muy grande delito; heridas de un Portero, fuga, y quebrantamiento de su Carcel. Fuera tan sazonada la suerte de su Alcalde, que sin pensar en ello le cogiò bien descuidado en el Meson, y que al presente le remitia con ellos, cierto de que en llegando, no tan solo serian bien pagados, pero èl mas en particular galardonado por la gran talla, que con pregones publicos avia la Justicia prometido para quien le prendiesse. Esto nos refiriò el villano con mucho regocijo, mientras mi amigo, y yo, advirtiendolo todo, visto, que eran seis guardas las que le acompañaban, las quatro con espadas, las dos con escopetas, sin perdernos de animo (sì bien el riesgo era notorio) acordamos su salida mejor, con mas sano consejo. A grandes, y arriesgadas empressas, grande constancia, y determinacion se requiere. Resolvimos el caso, y enterado cada uno en lo que le tocaba, antes de dàr sospecha con nuestra detencion, haciendo muestras de que nos despediamos, mi camarada, y el criado rompieron por enmedio, y al passar, alargando las manos, asieron por los cañones de las dos escopetas, que llevaban al ombro, y apretando los puños, y las espuelas à las mulas, à un mismo tiempo, arrancandoselas con gran presteza, y valor notable, les dexaron sin ellas. No estaba yo durmiendo, porque aun sin vèr el sucesso, yà andaba por el campo la espada en la mano, mas no fue necessario ensangrentarla mucho. Apenas la turba de pardillo, mirò, y vido en poder ageno las dos armas de fuego, quando juzgandose por blanco de sus pelotas, corrieron como gamos, desapareciendose por entre unos barbechos. Traìa yo desde que salì de Toledo, para desconocerme, y deslumbrar el rostro, un gran parche en un ojo, y otros varios disfraces, y assi no es mucho, que hasta aora no huviesse caido en mi D. Francisco de Silva; mas quando quitè el tapon à la ventana izquierda, quando me quedè sin vigotes, moños, y cabellera; quando tendi por aquel prado semejantes zurrapas, y quedè en mi figura; no ay pluma que encarezca su espanto, no ay palabras que basten à significar su admiracion, y agradecimiento. Bien quisiera abrazarme al momento, y yo no le negàra iguales agassajos, si unas fuertes esposas, y una cadena gruessa no le tuvieran impe-

dido ſus acciones, y manos. Tambien no era el ſitio, ni el tiempo convenientes para eſcuchar laſtimàs dilatadas, ni à un para deſherrarle, ſegun lo pretendì. Picamos velozmente, y ſin tomar deſcanſo, atraveſando valles, cerros, y varios montes, ſin mas certeza, que nueſtro buen diſtinto, dimos en el mar de Antigona. Es eſte una laguna, que ay junto Aranjuèz, adonde no ſin grandes rodèos llegamos à Maytines; alli con mi criado aviſamos al Clerigo, advirtiendole el pueſto en que quedabamos, y las herramientas que ſe avian de traer, y executado aqueſto, nos embreñamos riberas de Xarama, tomando por aſilo ſus mas incultos, y enmarañados boſques.

Aqui cortando con la daga unas cuerdas con que venia apretada la cadena al albarda, la deſaſimos, y puſimos nueſtro preſo en el ſuelo, y à pocos golpes, con dos lindos guijarros tambien le hizimos que preſtaſſe el candado; ſaltò la chapa, y hallando el ramal ſolo, quedaron los pies libres, ſin arropea, ni eslavon. Mas no aſsi fue tan facil el deſpoſorio de las manos; tuvimos por preciſo el eſperar al dia, y la venida de nueſtra gente; pero en el interin, haciendo de cabeſtros, y jaquimas travas para las mulas, las dexamos pacer. Y yo por no dormirme, y caer ſin los ojos en algun labyrinto, no queriendo que Don Franciſco, haſta eſtàr desherrado, me contaſſe ſu pèrdida; pedì al nuevo compañero, que en ſu lugar proſiguieſſe la hiſtoria, que comenzò ſu amigo. Avia yo notado, que quando el otro lo contaba, en dudando algun punto, era de èl advertido; y aſsi, no pudiendome aora alegar ignorancia, para evadirſe de mis ruegos, tan obligado de ellos, como el termino oportuno de la prolixa noche; por mas entretenerla, y divertir el ſueño, dando atencion los dos, y yo en particular primeramente, breve razon à Don Franciſco de lo que eſtaba referido, y èl diſcurriò en la reſta; y tomando el cuento donde le dexò ſu amigo, dixo, pues, de eſta forma.

No àſsi tan facilmente prendieron los Miniſtros, como atràs ſe apuntò, al criado de Anſelmo: temiòſe à los principios de otro daño mayor, y con tal penſamiento, primero que rindieſſe las armas, y ſe dexaſſe aſir, huvo muy grandes voces, eſtruendo ſuficiente, para aviſar con èl à otros menos advertidos, q̃ lo eſtaba ſu dueño; el qual apenas lo eſcuchò, quando dando en la cuenta, ſin curar de la eſcala, haciendo alas los pies, la dexò, y corriò haſta fin del Lugar; diligencia tan buena, que por preſto que acudiò la Juſticia, viendo errado ſu lance, le dexò ſin la preſſa, ſi bien en ſu retorno hallando la eſcala, mal que

que no quiso se contétò con ella. Con este indicio, y el toparle à deshora, huvo el criado de dormir en la carcel, mas como no declarò cosa de algun perjuicio, dentro de pocos dias le pusieron en salvo. En el interin, Anselmo acogido à un Convento, considerandose tan perseguido, y acosado, hizo llamar sus deudos, y juntos todos, confirieron el caso; siendo de parecer, que se hiciesse de Corte. No estaban yà las cosas para mas dilatarlo, y era este acuerdo el ultimo remedio, y por el consiguiente bastantissima causa para poder guiarlo de esta suerte, el gran poder, y fuerza de sus contrarios, y el dinero, y riquezas con que atropellaban el pleyto, y supeditaban la Justicia. Assi quedò assentado, y qne Anselmo se fuesse à presentar al Consejo de Ordenes, por ser aquel districto de su jurisdicion. Avisò al punto à Estela, y aunque la costò muchas lagrimas, huvo de dàr licencia, consolandese con la esperanza cierta, de que por tales medios su esposo grangearia la libertad, y quietud. Y con tanto, dispuestas otras cosas (dexando al fiel criado para la continuacion de su correspondencia) partiò à Valladolid, y allì se presentò en la carcel de Corte.

Oyeronle en Consejo; citò à sus enemigos, y como quanto alegaban ellos, era la confession del muerto, y el averse ausentado èl, siendo aquestos indicios solamente, y Anselmo Cavallero; no assi como pensaron, se dispuso el negocio, luego se diò à entender à la primera vista, menor rigor, y mas facilidad. Mas tan buen expediente, y este correr con vientos favorables, y las velas hinchadas su sucesso, parece que en alguna manera se le templò una impensada nueva; aviso tal, que le entristeciò aora, lo que en otra ocasion le diera mucho gusto. Supo por cartas de su Estela, que se hallaba preñada con dos faltas, y con dos mil temores, de que su padre no entendiesse su excesso, y la diesse un bocado, como podia esperarse de su furiosa condicion. Assi lo creia Anselmo, y con terribles ansias arrepentido (aunque tenia su pleyto en tan buen termino) de averse puesto en èl en semejante coyuntura: procurò consolarla, y entretenerla en su breve despacho, al qual sin perdonar estudio, gastò desvelo, y diligencia; comenzò à dàr mas priessa con mas solicitud, y con mayores veras. Las congojas, y lastimas, que cercaban aora à la afligida dama, no son para escrivirse; entendidas estàn quales serian, mayormente hallandose tan sola; ausente de su esposo, y en la presencia, y ojos de un hombre tan feròz, y arrebatado como su padre. Pero con todo su misma absteridad, y aspereza intratable;

ble, fue en parte provechosa à su grande desconsuelo; porque no obstante, que al fin la amaba como à su unica heredera, su natural circunspeccion, zelaba esta aficion de tal manera, que los mas de los dias se passaba sin verla. Asi, valiendose de tanta sequedad, y fingiendose enferma, y en la cama, en los meses mayores pudo encubrir el daño, y llegar hasta el ultimo, en quien tambien Anselmo, purgados los indicios, con ocho meses de carcel, y prision, saliò à la calle, y sin parar un punto, por llegar mas ligero, corriò siempre la posta. Pero los males, quando siguen à un bombre, buelan con muchas alas, y se adelantan de ordinario al remedio.

§. XIX.

Llegò, pues, mientras su amante caminaba el fatal punto, y hora tan temido de Estela, y aunque fue venturosa en que su padre yà estuviesse acostado, no asi lo anduvo en los demàs progressos. Pariò cerca de media noche, con la ayuda, y aliento de su aya, un infante: y si bien quedò tan quebrantada como lo requerian sus pocos años, y flacas fuerzas, no por esso faltò al avio necessario, parte del qual yà estaba prevenido, aunque su mayor pena era la de salir de un cuidado tan grave, y temeroso como tenia entre manos: y asi determinada à anteponer su vida al tierno amor del hijo, yendo, y viniendo à las ventanas de la calle, atendiò con su criada hasta las tres de la mañana, que teniendo à buena suerte el vèr passar dos hombres de acavallo, con varonil animo llamò al postrero, y preguntandole, si era forastero, y èl respondiendo à su proposito, se le entregò metido en una cesta, advirtiendole el modo de portarse en su disposicion, y juntamente dandole para ella una rica sortija, prenda de su querido esposo.

En este passo, sin poder reportarse, vertiò con mil suspiros, y sollozos espesas lagrimas el valiente mancebo, cosa, que en mì causò novedad harto grande, y sospecha, y admiracion mucho mayor. Mas ninguna igualò à la que yo experimentè, y conocì en mì mismo, viendo tan sin pensar descubiertos, y hallados los encubiertos padres, y encantado secreto del niño; que dexaba criando en el Aldea; pero con todo dissimulè, y callè con indecible gozo, hasta saber el fin que yà iba prosiguiendo de esta suerte.

No ay felicidad tan perfecta, en quien no falte algun derrumbadero, parece que hasta aora, aunque no sin bayvenes, y desvios avia favorecido à la fortu-

tuna, los notables discursos de amor tan verdadero: mas poco satisfecha de su perseverancia, bolviò à medirle con su inconstancia natural, y atropellò de un golpe quanto su poderoso brazo avia por tantos dias encumbrado, y sabido. De ninguna fortuna se debe menos fiar, que de la prospera, porque entre sus alhagos, y desdichas, no se interpone nunca mas que un tumbo de rueda. Apenas se viò Estela fuera de tan mortal desassosiego, libre, y desembarazada del passado peligro, quando se hallò cercada de otro no menos importante, y terrible, del ultimo, y mayor, que en esta vida la pudo suceder: assi pagò à la suerte aquel pequeño alivio. Siempre en los casos arduos, y presurosos se atropella por desordenes grandes: no era possible, que huviessen faltado estas, en negocio tan triste, como un parto secreto, y mayormente con remedios tan cortos, primitivo el sugeto, tiernas, y flacas fuerzas, sin partera, y socorro, mas que el de una muger llena de turbacion, y confusiones. Estas sin duda crecieron de manera, que llegaron à noticia del padre. Grandes serian, pues le quebrantaron el sueño, y le hicieron andar lo restante, hasta el dia buelto perdida centinela de su casa: y como con mas facilidad en el silencio de la noche, se escucha, y se previene qualquier breve rumor, oyò todo el passado; y no sin falta de rezelo, levantandose, abriò unos quartos baxos, cuyas rexas caian à la misma calleja, y cautamente en una esperò el fin, y consiguiò su intento. Viò passar los hombres de acavallo, que yà dixe. Oyò la voz de su hija, que los llamaba, parte de sus razones; y en conclusion, el descender la cesta, y el enrregarse de ella el que dexo advertido. Y con tanto, creyendo, si no el sucedido daño, otro de igual afrenta, y contrapeso, rebentando de colera, y apresurado de su insufrible condicion, subiò al instante al aposento de la dama, y dando con toda su potencia un espantoso golpe en la puerta, como esta no tenia mas que una sola aldaba, quebrantando el pestillo, à un tiempo mismo, abriò, y entrò, y cayò su hija desmayada en el suelo. No assi la sobrevino à la animosa criada, corriò, y metiòse (sin cegarla el presente temor) en un fuerte retrete, donde caia la ventana por do hablaban à Anselmo, y cerrando al momento con valor mas que dehembra, ayudò con sus ombros para mas resistencia. No curò por entonces el irritado viejo de embestir con las puertas; creyò, que de una suerte, ù de otra estaba bien segura su sangrienta venganza: Mas creciò este deseo, luego que advertido,

y mirado quanto en la quadra avia en un rincon el mas secreto della, diò con las partes, diò con las reliquias miserables de su infeliz tragedia. Con lo qual, mal, y tarde, advirtiò su desdicha, acabò de entender quan poco le avian servido, y aprovechado sus recados, y guardas, sus cautelas, y espias. Llorò, bien que en silencio, rabiosas lagrimas, nacidas de su afrenta: y acomulando à sus ayrados impetus, las causas de esta injuria, la inobediencia de su hija, su torpeza, y deshonra, ciego, y precipitado con tales incentivos, se resolviò à matarla. No discurren la passion, y la ira mas atentamente; con mas facilidad se embriagan los hombres del enejo, y la colera, que del vino mas fuerte, y si aqueste accidente cae sobre naturaleza melancolica, es sin comparacion mas tenàz, y protervo. Assi, aunque la desgraciada Estela se le arrojò à los pies, y quiso disculparse, ni hallò piedad, ni rastro de razon en su sobervio espiritu. Mandòla con tremenda severidad, que le siguiesse, y yà casi mortal la miserable dama, con tardos, y temerosos passos, levantando, y cayendo, baxò hasta unas tristes bobedas, adonde viendo yà tan vecina la horrenda, y fiera cara de la muerte, bolviendo sus lagrimosos ojos à los piadosos Cielos, implorò su favor, y temiendo al fin, como mortal, aquel amargo trago, pidiò de nuevo à su ofendido padre, que pues queria sin oirla satisfacer sus iras con la muerte del cuerpo, no assi diesse lugar à la eterna de su alma. Suplicòle con entrañable afecto, que antes la permitiesse confessar sus pecados.

Quando las cosas se emprehenden con justicia, y razon, igualmente suele seguir el efecto al deseo, mas quando no son ilicitas, casi ordinariamente se yerran, y confunden en sus execuciones. Permitiòlo assi el Cielo, pues quiso aora, que su padre de Estela, contra todo discurso, y providencia humana, concediesse su ruego. Fiò el secreto de su resolucion à un antiguo criado, hechura de sus manos, y mañas, y muy conforme con su voluntad, y condicion terrible. Reposaban entonces dos, que tambien dormian dentro de casa, llamò tan solo à aqueste, y diciendole, que le avia dado à su hija un accidente repentino, le mandò, que llamasse por mas presto, y vecino al Cura mismo, que vivia en la Parroquia. Pusolo por la obra sin detenerse un punto, y fue en razon tan oportuna, que aun (con no ser de dia) le hallò, que yà estaba vistiendose para otra diligencia. Pero juzgando aquella por mas grave, y urgente, siguiò tràs de la guia hasta en casa de Estela. Cerraron

ronle en entrando con presteza las puertas, y hallando al viejo, que asistia en el portal, aviendo saludadole èl le asiò por la mano, y sin mas circunloquios, le llevò àzia la bobeda, adonde en allegando, solamente le dixo, que confessasse brevemente à la persona que alli dentro hallaria. No pudo menos de alborotarse el Cura con razon semejante, porque sì bien es hombre de valor, y experiencia el caso tan ageno de su intento, y cuidado le avia forzosamente de causar novedad: y llano es, y evidente, quanto creceria aquesta, luego que desengañada, palida, y macilenta à la luz de una vela, conociò muy llorosa à la infeliz dama. Inclinò Estela en viendole à sus pies las rodillas, y con turbada voz, sin tratar de confessarse (tal la tenia el sucesso) breve, y sumariamente le diò cuenta de todo, dixole sus amores, su desposorio, y parto, y ultimamente para tan triste passo le pidiò su favor, quedando el que la oia, que por lo menos era (dexemos à una parte persona noble, de piedad, y de honra) intimo, y caro amigo de su querido Anselmo, mas suspenso, y turbado, que el caso requeria. En esta confusion estaban uno, y otro, sin saber resolverse, quando oyendo la dama, que alternativamente daban algunos golpes en otro soterraño vecino, facilmente escuchando, conociò, que cavaban: y cayendo en la cuenta, acabò de entender, que hacian su sepultura, y quan aprisa caminaban sus cosas. Y no pudiendo resistir aquel trance, perdidos los alientos, buelta à su Confessor, le dixo: Veis alli, padre mio, estàn yà disponiendo el misero, y funeral sepulcro de este cuerpo, ved si tal desconsuelo, si crueldad tan sangrienta, podrà dificultar, y aun turbar aora el ultimo beneficio de mi alma. Esta (aunque amarga) epictima segura, este medicamento saludable, que mediante mis lagrimas, mi razon, y mis ruegos me concediò el mismo que me engendrò, y diò el sèr, que al presente me quita por tan disformes, y violentos caminos. O quan fiero espectaculo es la muerte! Pero sin duda alguna es mas espantoso, quando es acarreada, como vemos aora: muchos con los primeros impetus la apetecen, y abrazan, pero deliberadamente muy pocos, ò ninguno. Estaba yà entre aquestos cuidados el buen Cura (que quiero, que sapais, que es el mismo que nos ha acompañado, y el que en Aranjuez diò principio à esta historia) tan compadecido, y lastimado del presente sucesso, como dispuesto, y resoluto à disponerse en su contra, ò aventurar la vida. Y assi, confirmando su valeroso intento, barbaridad

dad tan inhumana, mirando bien la puerta, y divisando en ella, por la parte de adentro, una muy recia aldaba, hablò à la triste Estela, è informandola en su determinacion, dixola, que animosa, en viendole salir de la bobeda afuera, cerrasse al punto, y lo demàs librasse en las manos de Dios; y con tanto, sin esperar respuesta, bolviendo el rostro donde estaba su padre, que era en los umbrales mismos, le pidiò, que mandasse cessar aquellos golpes, si queria, que su hija pudiesse confessarse; pareciòle la demanda muy justa, y assi, queriendo disponerla, apenas desamparò el umbral, quando en dos grandes saltos desamparò el Cura la bobeda; y la afligida Estela, aunque estaba sin pulsos, cerrò sus puertas con igual brevedad. Mas à què infernal furia? à què tygre de Ircania podrè yo comparar la indignacion del viejo, luego que viò la burla? Pensò morir de pena, arrancò de la espada; mas por presto que embistiò con el Cura, yà èl (como la yedra al muro) se avia enredado entre sus brazos, y ombros. Con todo aquesto peligràra sin duda, porque muy facilmente saliendo aora el criado, le matàra, ò hiriera; pero de otra manera lo hizo el piadoso Cielo. Oyeronse à este punto grandissimos, y espantosos bayvenes en la puerta de la calle; cada golpe que daban estremecia la casa, como si la moviera un terremoto, y no se oia, ni entendia mas, que un ciego rumor de alaridos, y voces. Todo era confusion, todo era gritos, hasta que enmedio dellos mostrò su grande imperio la voz de la Justicia, conjuro poderoso para romper, y abrir las puertas de Plutòn, quanto y mas las de un particular Ciudadano. Obedecieronle sus criados al punto, y en quitando el cerrojo, se hinchò el patio, y la casa de innumerable gente del Governador, y sus Ministros. Partieron estos la refriega del Clerigo, y miẽtras se informaban de la afligida dama, descuidados del padre, èl, viendo yà perdidos sus rabiosos intentos, quiso executar en la dueña, que se le avia encerrado, la venganza, que no podia en la hija. Subiò en un instante las escaleras arriba, y en llegando al retrete, à pocos puntapies dexò abierta la puerta: mas hallandole solo, faltò muy poco para desesperarse. No assi con tal descuido avia portadose la discreta criada, apenas con su peligro cierto conociò el desdichado fin que amenazaba à Estela; quando con animo invencible (empressa al fin de una muger resuelta) valiendose de aquella cuerda, con que avian descolgado la criatura, dichosamente se dexò derrumbar hasta tomar la calle; y con igual presteza,

buſcando à la Juſticia, la refiriò el ſuceſſo, y el remedio eficàz de que neceſsitaba, ocaſionando con tan prudente aviſo, ſu llegada à tan fortuito tiempo, como yà aveis oido.

§. XX.

EN ſemejante eſtado ſe hallaban eſtas coſas, quando ſin parar noche, y dia, entrò Anſelmo en ſu patria: en quien no tomando ſoſsiego, haſta poder andar libre por ella, no quiſo dilatar la preſentacion de ſus deſpachos. Fueſe al punto en perſona à diſponer ſu diligencia con el Governador, llegando à ſu poſada, aun no ſiendo las ſiete de la mañana. Pero no obſtante, hallandola muy ſola, y con mayor ſilencio que requeria la hora, queriendo entrar à preguntar la cauſa, las primeras perſonas, que ſe le puſieron delante en un recibimiento, fueron el Aya de ſu querida eſpoſa, y un Alguacil, que la aſsiſtia por guarda. Fuerza era, que eſta impenſada viſta le avia de hacer eſtremecer las carnes: temblòle el corazon dentro del pecho, y las palabras entre la lengua, y labios, no bien articuladas, ſe bolvieron àl cuerpo. Igual temor turbò à la afligida dueña, ſi bien mas alentada, deſpues de un breve eſpacio, interrumpiò el ſilencio, llorò, y con ſuſpiros triſtes le diò, ſin dilacion, razon de todo el caſo: dixole el grande rieſgo en que eſtaba, ſu venturoſo eſcape; y juntamente, quanto ſe avia diſpueſto para el remedio de ſu mas cara prenda. Mas como aun eſte eſtaba tan dudoſo, è incierto, y el verdadero amante ſiempre rezela mas, que aſſegura el peligro, repreſentandoſele aora quantos ſu tierno amor, y el eſpantoſo caſo pudieron ofrecerle, juzgando yà delante de ſus ojos muerta de crueles heridas à ſu eſpoſa, no pudiendo ſufrir dolor tan penetrante, dando furioſos gritos, ſe arrojò por el ſuelo: venciò por grande eſpacio la paſsion de ſu animo al varonil ſugeto, quedando de eſta ſuerte deſcubierto, y patente el ſecreto amoroſo, que con tanto cuydado, y por largo termino avia eſtado callado. Mas paſſado aquel impetu, recobrandoſe, conſiderò, que no aſsi con gemidos, y mugeriles lagrimas ſe avia de reſtaurar la ſalud de ſu Eſtela. Encendiòſe en furor, y qual ſi fuera loco, corriò à buſcar la muerte en ſu juſta venganza: mas apenas con eſte deſacuerdo anduvo algunos paſſos, quando encontrò con un tropèl de gente con el Governador, y ſus Miniſtros, que dexando primero con guardas muy bien preſo al padre de ſu damas, venian con ella miſma, trayendola cer-

ca-

rada en una silla, para depositarla en un Convento. Hizose de esta suerte, y dissimulando el dolor el afligido Anselmo, bien que yà mas alegre, con vèr tan recobrado el bien mayor, que tuvo por perdido. Fuè en esta coyuntura conocido de todos, pero èl mas en particular echò los brazos, y diò agradecido oìdo al valeroso Cura, à quien èl, y su esposa debian tales efectos; y de quien al presente (sabiendo por extenso quanto passaba) no se quiso apartar, hasta que con su consejo, y cuerdo parecer se encaminasse la salida mejor de sus negocios, como al fin se dispuso; porque considerando todos los deudos, y demàs parientes de la dama el termino forzoso à que se avian sus cosas reducido, solicitados del bueno, y honrado Clerigo, rogados del prudente Governador, è importunados casi de todo el Pueblo, tuvieron por cordura conformarse gustosos; y con agradecimiento general en lo que en breve espacio se avia de executar, aunque no quisiessen, porque es muy gran prudencia, y discrecion acomodarse con los tiempos. Assi determinados, hablando juntos al padre de la dama: tanto al fin le apretaron, y tantos fueron los respetos, y causas, que le pusieron por delante, que uno (à mas no poder (de rendirse à la carga, à todos sus parientes, à todo un Lugar, à su amor paternal (que Estela era su hija) y sobre todo, à la disposicion del Cielo, que por tan varios modos mostraba ser aquella su voluntad. En conclusion, el dia siguiẽte, siendo el Governador, y su muger padrinos de su boda, Estela, y Anselmo vieron el premio de sus trabajos, à los quales, aun no quisieron dàr el ùltimo reposo, sin atender primero à la pèrdida triste de su hijo.

Supo luego el amante la forma de su entrega, y lo que en un papel se contenia; y en consequencia de èl, en compañia del Cura, buscò quantos Mesones, y Casa de Posadas avia en el Lugar, hasta que desconfiando del buen sucesso, y teniendo por cierto, que la persona se cansò de esperar, ò la criatura tierna muriò vencida de las incomodidades de aquella amarga noche, queriendo desconsolados bolverse, por no faltar à alguna diligencia; aunque les pareciò cosa impossible, que alli, por ser tan lexos, se huviessen apeado. Todavia passaron al ultimo estalage, que ay en los Arrabales, y sin pensar hallaron en èl bastantes nuevas de lo que procuraban. Supieron de la huespeda el agassajo que alli tuvo el infante, el cuydado de su incognita guarda, y lo que despues de aver atendido los dias señalados la dexò dicho, para que lo advirtiesse, quando assi le buscassen.

Aqui dando un tierno suspiro, con nuevo afecto, bolviendose àzia mì, prosiguiò: Esta noticia es la que aora (ò noble amigo!) nos lleva presurosos en seguimiento de aquel piadoso hombre, tanto por conocerle, y dar à su gallardo proceder las debidas gracias, quanto para traer mediante su favor à la afligida Estela aquellos dulces, y primeros despojos de sus entrañas.

Assi diò alegre fin à su historia el gallardo mancebo, al mismo punto, que con la luz del dia vinieron juntamente los dos mozos, y el honrado Eclesiastico; en cuya presencia, no queriendo tener mas suspendidas sus congójosas ansias, cierto de su verdad, y sin ninguna duda, quitandome los guantes, descubrì el rico anillo; y sacando del pecho el papel de la dama, uno, y otro se lo puse en las manos, diciendoles: Vuestra jornada ha tenido mas breve conclusion, que sospechabades, dad las gracias à Dios, que queriades ofrecerme; pues con su Divina Providencia nos juntò à todos en ocasion tan oportuna, quizà para que yo, con el favor de vuestra ayuda, dando la libertad à mi compañero, tuviesse el galardon de esta buena obra, y vosotros, con entregaros la prenda, que buscais, la satisfacion, y premio de la vuestra. Estas palabras dixe, quando pasmados, y encogidos del subito contento, el uno, y otro se abrazaron conmigo; y no sabiendo, què cortesias hacerme, mientras quitaron los criados con ciertas erramientas, que traìan à Don Francisco las esposas, yo les dì larga cuenta de la Aldea, señas, y requisitos, que con el ama dexaba concertado para en semejante accidente. Pedile al Cura, que de mi parte bolviesse el rico anillo à la gallarda Estela; y no queriendo èl admitirlo de ninguna manera, en las demandas, y respuestas, que sobre ello tuvimos, huvo de declararse el gentil mancebo, y no menos que por el sugeto principal, y Eroe de este sucesso, bolvimos à abrazarnos entonces aun mas estrechamente; y quedando assi todos conocidos, y amigos, ellos, no viendo yà la hora para bolverse à Ocaña, pidiendonos licencia, se despidieron; y Don Francisco, y yo, esperando à la noche, acompañados de los mozos campo traviesso dimos buelta à Madrid. Era forzoso ir con aquel recato, por el peligro tan cierto, que uno, y otro corriamos; y assi, sin camino, ni senda, regidos por el Norte, nos governamos como diestros Pilotos.

De esta suerte anduvimos dos horas, entretenido yo en escuchar mi camarada, y ella en irme contando la ciega confu-

sion;

ſon, que ſe apartò de mi la noche toledana. Dixo, que como no ſabia la Ciudad, quando menos cuidò, ſe avia hallado metido en una calleja ſin ſalida, adonde oyendo el gran rumor de los que iban en nueſtro ſeguimiento, turbado, y temeroſo, ſe valiò de una caſa, cuya gente, que eran quatro pobres mugeres, pidiendolas ſu amparo, compadecidas ſe lo dieron, guardandole dos dias: al cabo de los quales; huyendo del camino Real, y deſpedido de todas ellas, atraveſsò la Sagra, haſta que muy cerca de Pinto, en una corta Aldea, por las ſeñas fue preſo en el meſon, y pueſto en el eſtado de que yo le librè. En tal converſacion ibamos divertidos, quando reconociendo un pequeño lugar, yà cerca de las diez, guiamos àzia èl, para ſaber, què derrota llevabamos.

§. XXI.

DEleytoſo nos es eſcrivir coſas dignas de leerſe, y ſaber juntamente, coſas no indignas de eſcrivirſe, por no faltar à la empreſſa que ſigo, que es deleytar, y divertir à los Lectores, no eſcuſo en los progreſſos varios de mi vida, parte, ni circunſtancia que pueda darles guſto, que no le ſaque à plaza, aunque ſea muy mediana, conſiguiendo con eſto el primer requiſito de nueſtro concepto. Aſsi permita el Cielo, no ſe pierda mi pluma (como otras veces he advertido) en el aprobacion de ſu verdad, y mas ſi por ſus coſas, como acontece ſiempre, quieren medir algunos, los agenos ſuceſſos, ſi preſumen ſu mar los acaecimientos ordinarios, y propios, con los admirables, y peregrinos de otros varones. Bien sè, ſegun yà he dicho, que muchos caſos antes de ſuceder, por ſu eſpantoſa empreſſa, ſe tuvieron de los hombres por impoſsibles, y caſi viendo los executados, no los creyeron: Y aſsi conſolarème, de que los accidentes de mi varia fortuna, padezca igual pena, ò la miſma, que otros mas importantes han padecido; y no por eſſo dexarè de eſcrivir los demàs que me reſtan, aunque como en el que aora ſe ſigue el credito de ſu dificultad.

Pero advertido aqueſtò, digo, que entramos en aquel Lugarcillo, con penſamiento de informarnos del parage en que eſtabamos. Serian entonces tres horas deſpues de anochecido, tiempo en quien del trabajo del dia repoſaba el fatigado villanage. Todas ſus caſas rodeaba Morfeo, con un tacito, y profundo ſilencio: ſolo las deſabridas voces de maſtines, y perros, repetian entre las iras de Diana, la miſerable muerte de Anteon. Eſtos hacian ſu oficio, en tanto, que las mu-

las menudeando las plantas olieron la cebada, y se arrojaron con regocijo, por las vecinas calles de la Aldea en la qual apenas se viò la de mi camarada, que por ser con albarda venia en ella mi criado, quando con resonante aliento, mirando à las estrellas comenzò à dàr espantosos bramidos, ò por hablar en su lenguage, desabridos rebuznos. Tendràse esto por burla, no asi huvo implorado el favor de la Luna, como escrive de sì, transformando Apuleyo, quando por secretos mysterios, que sabreis adelante, la respondiò à una voz todo el bestiamen del Lugar. Replicò el quadrupeo, y sin embargo de las cozes, y palos, que descargaba en ella mi mozo, hizo, que à consonancia, repitiendo de establos, cavallerizas, y corrales, se hinchese el ayre de su disforme musica, y la pequeña aldea de rumor, y alboroto. Con todo esso, sin caer en la cuenta lleguè à llamar à la primera casa, hice varias preguntas, satisfice mis dudas, y no mal informado, quise, que prosiguiessemos nuestro viage. Bolvì para esto donde estaba mi gente, à la qual, bien sin pensar la hallè metida en una graciosa confusion. Aviaseles, mientras yo hice mi informe, entrado debaxo de un portal la mula cantadora, y arrojado, porque queria estorvarselo por entre las orejas al que iba encima. Estaba quando lleguè, buelta un fiero leon, yà tirando con las hermanas herraduras, puñaladas al techo, y yà con bocados, y coces, haciendose ancha rueda. A este infernal rumor, abrieron de la casa vecina una ventana baxa, por donde assomandose un hombre, viendo lo que passaba tan mala vez descubriò la cabeza, y hablò no sè que cosas, quando la mula por natural distinto, bolviò à solfear en su enfadoso canto, mostrandonos los dientes, y riyendose, ò yà por dicha triscando de nosotros, ò yà notificando en el bestial idioma à su perdido dueño, su venida; y hallazgo; y pareciò ello asi, pues apenas el aldeano, y ella de rabo de ojo se miraron las caras, quando se conocieron, esta por subdita, y aquel por su señor. Alborotòse el rustico, y con voces, y grita, llamò apriesa sus mozos. Dixo: hà Bartholo, hà Domingo, acudid à la puerta, abrid al momento, que aqui està nuestra mula, y los grandes tacaños, que nos salcearon, y quitaron el preso. Assi garlò el villano, y asi por nuestro mal, tarde, y turbadamente dimos en el secreto, dimos en que era aquel el Lugar donde prendieron à mi amigo Don Francisco, y el presente portal, la casa de la mula, su amo, el que gritaba, y nosotros la caza que avia caìdo en la red, para pagar me-

mejor el passado delito. O poderoso Dios! y quan valiente estimulo es el miedo, què Gigante tan grande? què fantasma tan fea? Aun no aviamos oido semejantes razones, y yà estabamos convertidos en marmoles elados; un sudor abundante discurriò igualmente por los miembros de todos, y un mismo pensamiento, diligencia, y cuidado, sin mas comunicarnos los unos à los otros, moviò en un punto nuestra voluntad, y deseo. Corriamos sin concierto, y camino hasta salir del campo, y nuestro desaliento improviso, animò al villanage. No aviamos caminado cien passos, y yà se hundian todas las campanas de la Iglesia, cuyo triste rebato, acabò de entorpecernos, y afligirnos, y aun nuestras propias mulas, correspondian con desigual pereza al amargo conflicto. Mas no me admiro de ellas, costumbre es de su mala ralèa, salir assi de qualquiera Lugar; si yà tambien aora, para que no sintiessen las espuelas, les ayudò el creer, que se les defraudaban algunos piensos. Con estas ansias, dexando à un lado las mas trilladas sendas, viendo algo cerca de una muy espesa arboleda, guiamos à ella, para ampararnos de su sombra, y hallamos, que eran guindaleras, y almendros, y un viñedo espacioso por quien nos embroscamos con alguna esperanza; si bien yà à esta sazon, heria, y retumbaba en nuestras orejas, y corazones el grande rumor, y algazara con que se iban juntando los aldeanos, y concitando los unos à los otros al futuro combate; mas no imaginamos acetarle, su gran desigualdad disculpò nuestra fuga; la qual aligeramos quanto nos fue possible, no solo abriendo sin piedad los hijares de las mulas, mas juntamente llevando en sus caderas gentiles bardascazos de los mozos de apie. Assi fuimos andando à vista de los barbaros, una legua mortal, mas en los fines della, divisando un castillo, y en torno de èl un Lugaron cercado, tuvimos à gran dicha tan impensado encuentro. Pero templòsenos este gusto muy presto, porque al estruendo, que los quatro traiamos, salieron de una choza dos viñaderos, se nos pusieron con dos chuzos delante, y presumieron, levantando las voces, sobre el aver entrado por su jurisdicion otra contienda. Mas bien apriesa nos desembarazamos de aquesta, si el tiempo que gastàramos en ello, no huvieran de ganarle los que venian siguiendonos. Assi por tanto quisimos atajarla con razones corteses, aunque ni nos aprovecharan, si otro menos grossero, levantandose aora de detràs de unas cepas, no les pusiera en orden, diciendoles: Para què deteneis aquesos hombres? dexadlos, que se acojan, pues les bas-

basta la pesadumbre con que vienen huyendo, sin que tambien querais acrecentarsela. Valgame el Cielo! dixe entre mì, oyendo tales cosas; sin duda alguna, que mi propio pecado, ò algun demonió và previniendo, y avisando delante de nosotros nuestra fuga, y desdicha. Pero en esto, prosiguiendo en su platica, me sacò de sospecha; hablando como de antes con sus dos compañeros. No veis, les dize, que vienen advertidos de algunos caminantes, y que por esso se desvian de Torrejon para no caer assi en las manos de las dos compañias, que estàn alli alojadas; ellos hacen muy bien, dexadlos ir en paz, que à fee mia, que se escapan de buena, pues por lo menos en llegando al Exido les avian de dexar sin las señoras mulas. Pues en verdad, respondiò mas reportado el uno de los primeros, que en pago de la mala obra, que hemos querido hacerles, que les he de guiar, y sacar del peligro. Executadlo asi por vida vuestra, replicò el compañero, que el bien nunca se pierde, y el mal siempre se paga con el doble.

Con aquesto en cessando les agradecimos el intento, y prometimos por el trabajo, que tomaba larga satisfacion, con que mas alentado se nos puso delante, y comenzò à saltar como una cabra por diferentes trochas, y rodèos. Este termino breve, que asi nos detuvimos, fue de grande importancia para nuestros contrarios, los quales yà à esta hora, casi llegaban à ser reconocidos, pero cruzando nuestra guia entre unos valladares, sin saber lo que hacia, nos embreñò de suerte, que totalmente nos perdieron de rastro; mas lo que mejor dispuso nuestra fortuna, fue lo que en este punto sucediò à los villanos.

§. XXII.

AVianos antes contado el viñadero, como dos compañias de Soldados, que passaban al Puerto de Cartagena, llegando à Torrejon, por via de concierto se avian alojado en el cercano Exido, adonde no tan solo los regalaron con la cena, y comida, mas juntamente con prometerles carruage demàs del que ellos se buscaban, haciendo estorsiones, y agravios à muchos passageros; para este fin decia, que andaban esparcidos por el campo Sargentos, y Oficiales: sobre quien al presente ignorantes de lo que alli passaba, dieron por nuestra dicha, los que venian siguiendo nuesrro alcance. Tales milagros son proprios de la noche, efectos son de la obscuridad, y tinieblas; porque asi como aquellos creyeron lo que menos debian, asi tambien los desmandados Soldados, presu-

sumieron en viendo su confusion, y tropa, que eran acometidos de algunas gavillas de los mozuelos del Lugar en que estaban, y por lo menos primero que unos, y otros cayeron en la cuenta, quedaron, segun despues supimos, muy biẽ descalabrados. Y en el interin nosotros, pagado, y despedido nuestro Adalid, nos pusimos en cobro, y antes de amanecer dentro de Madrid, y en la posada de mi hermano.

De esta forma permitieron los Cielos, que nos viessemos libres de un tan grande peligro, y realmente, que èl fue uno de los mayores que yo tuve en mi vida: otro tanto juzgò por sì D. Francisco, y aun con mayor recato, pues sin poderselo estorvar, tuvo por acertado salirse de Castilla por entonces; tenia sus padres en Portugal, y assi por esta causa, como por aviarse, y prevenirse con mayores expensas, informado primero de mi viage à Flandes, nos abrazamos, y despedimos, con protesta de vernos en aquellos Paises, para los quales, mientras èl hizo el suyo, dispuse mi camino dentro de breves dias: termino en quien, porque el Lector no piense, que se ha olvidado la voluntad de Julia, tuve de ella, de su madre, y criadas diversos agassajos, y visitas. Comenzaron de nuevo sus mensages, y cartas, subiò de punto su importunacion, y ruego, con que no tan solamente se refrescaron los incendios passados (crecidos en mi ausencia, mas q̃ disminuidos, pero juntamente, temiendo fomentarlos, aligeraron mi jornada). En conclusion, no sin muy tiernas lagrimas, quedò desesperada, vereis en su ocasion el fin, y paradero de tan furioso amor. Mas yà entretanto, acompañado de mi hermano, y militares galas, fuì à recibir la bendicion materna, y con ella me partì à Barcelona, con solo mi criado. Teniamos antes avisos ciertos, que salian de alli las galeras de Genova; y por aprovecharme de tan buena coyuntura, caminè noche, y dia, visitè à Monserrate, y con feliz sucesso lleguè poco antes que se hiciessen à la vela; causa, porque no pude, segun lo deseaba, vèr aquella memorable Ciudad, Fundacion del Cartagines Amilcar: si yà no damos credito à Hercules, y à la tradicion de su Barca Nova. En fin, con viento prospero salimos de la playa, dimos vista à Palamos, y Colibre, y haciendonos al mar, descaeciendo un tanto, fuimos à dàr en Ibiza, y su Puerto. Aqui el General, ò Cabo de esta esquadra, cuyo nombre no digo por algunos respetos, tuvo aviso que estaban quatro leguas de alli dentro en la Formentera, siete Galeotas de cosarios de Argèl; y con grande alborozo, mandando prevenirnos, zarpò volando, porque

que por pies no ſe le fueſſen. Aſsi por no ſer deſcubiertos, pegados con la tierra, caminamos la buelta del contrario, y aviendo llegado cerca de anochecer al Cabo, que ſe llama las Salinas, junto à la Ciudad de Ibiza, embiò una Fragata con ocho marineros, para que con las obſcuras ſombras de la noche, llevaſſen à la Isla, y reconocieſſen con ſecreto, ſi eſtaban en ſu deſpalmador los Enemigos. Diſpuſoſe eſto al punto, y dentro de breve eſpacio, tornando adonde eſtabamos, confirmaron la nueva; con que bolviendo el General à proſeguir la empreſſa, partiò para ellos con intencion gallarda, de que los avia de hallar ſobre los ferros. Navegaban nueſtras galeras muy en orden, y aviendo dadoſe la que avian de guardar, ſeguros de la preſa, liſtas las armas, y todos muy alegres, quando menos penſamos, todo aqueſte contento ſe nos deſvaneciò, y ſe trocò en diſguſto. Ibamos à eſte tiempo bogando fuertemente aquellas quatro leguas, que ay de Ibiza à la Isla; pero en el miſmo termino, nos cargò de improviſo una tormenta de Poniente maeſtral, y con tan grueſſa mar, que aunq lo procuramos, no fue poſsible bolvernos al abrigo, ni ir en conſerva, ni en conveniente forma. Deſconcertamonos, y en breve eſpacio, diviſas unas de otras, cada qual ſiguiò ſu derrota, buſcando algun reparo. Aſsi de aqueſta ſuerte, ſola la Capitana entrò en el Puerto, donde hallò las Galeotas muy deſcuidadas, y tendidas las riendas. Pero en viendo à la nueſtra, y que entraba tocando arma con los fanales encendidos, las abatieron luego; y aunque con turbacion, temiendo mas peligro, zarparon ferros, y ſalieron huyendo, y echando las tres de ellas, por la via de Levante, ſe cubrieron del borraſcoſo mar, al amparo de la Isla, y las otras corriendo al cabo de Poniente, proejando, y contraſtando con las ondas, y el viento, paſſaron por las proas de tres de las galeras, que con igual peligro, iban acercandoſe al puerto, y aviendo dado, y aun recibido algunas cargas, nunca nos fue apropoſito el embeſtirlas; porque el ayrado mar, y fortuna deshecha, nos lo impidiò, y aun puſo en los ultimos terminos. Huyeron, y no obſtante les ſiguieron las nueſtras; mas no pudo ſer mucho, porque à coſa de dos leguas de diſtancia, creciendo la tormenta, ſe perdieron, y dieron à la Coſta las enemigas, repreſentando à nueſtra viſta el miſero naufragio, que fue tal anuncio, del que nos eſperabà. En eſte medio, hallandonos ſin guia, y no ſabiendo lo que de nueſtra Capitana, y las quatro reſtantes, huvieſſe ſucedido, ſì bien yà eſtaban juntas, con gran fuerza de remos, quiſimos ſupe-

di-

dicar el mar, y bolver à buscarlas àzia el Puerto: mas aunque con indecible trabajo llegamos cerca de èl, fue en vano el fatigarnos, porque se nos opuso el temporal, y con bramidos fieros, el viento, el agua, y las obscuras sombras, que sobre todo acrecentaba nuestro miedo, subieron de punto la horrenda tempestad. Nunca vieron mis ojos tan espantosa noche; facil, y mas gustosa se me antojò en su comparacion, la que en Valladolid me puso tan apique. O quantas veces viendome en tan mortal peligro, injuriè mi osadia, y culpè mi codicia temeraria.

El interès, y la honra, deseos de gloria, ù de adquirir tesoros, ponen siempre à los hombres en semejantes desventuras. O si lo menos de esto emprehendiessemos por lo mas importante! no asseguramos los eternos honores, y riquezas, con tan faciles medios, y caminos, como la Fè nos dice, y anhelamos sedientos, atropellando montes, y surcando las inconstantes, y procelosas ondas, confiados de una tabla sutil, por los perecederos, y momentaneos. Bien pudiera la pèrdida infelice de Don Luis de Cordova, el peligro de entonces, y las protestas que hice aver mas reprimido mis curiosos espiritus; pero muy raros son los que despues de la tormenta se acuerdan de sus males. Iba en esta sazon, al peso de la noche, aumentandose la que nos acosaba; y assi, à mas no poder, huvimos de dàr fondo, contrastando lo restante hasta el dia, por no chocar en tierra. Pero al amanecer, y quando con la luz esperabamos algun alivio, ò refrigerio, cerrando el Cielo (por nuestros pecados) à las plegarias que le haciamos las piadosas orejas, permitiò, que perdiessemos esta breve esperanza, y que el furioso viento, quebrantando las gumenas, que tenian quatro ferros, diesse al travès con lastimosa ruina, con una de nuestras tres galeras, sin escaparse de ella un hombre solo, si bien eran trecientos, entre Soldados, marineros, y forzados, los que le acompañaban. Quedamos con tan triste espectaculo, todos desanimados, y prometiendonos con tan dura amenaza, otro desastre igual. Cada qual comenzò à disponerse, y à cosa de las diez, se nos doblò el cuidado, viendo conforme fin en nuestra compañera; aunque de aquesta se escaparon cien hombres. Yà no quedaba entre las uñas de aquel bravo leon, mas que mi pobre leño, turbados, y afligidos los que le governaban, llorando unos, dando gritos los otros; este se confessaba, y si aquel no podia por la priessa, y el numero, publicamente à voces, referia todos los delitos, que en otro algun tiempo no dixera, con tormentos crueles. En esta parte

vi, escuchè increibles delirios; mas quien es tan constante, quiẽ tan considerado, y circunspecto, que à la disforme cara de la muerte, no confiesse que es de carne, y de sangre? A este proposito, no se me hicieron tan detestables (aunque lo fueron mucho) las presentes desdichas, ni el acordarme, lo que en otra borrasca escrive à este proposito Fr. Juan de los Santos, Dominico, en su Etyopia Oriental, lib. 1. c. 19. Dice, pues, este Autor, que enmedio del naufragio que padecia su Nao camino de la India, se les apareciò aquella clara luz, à quien los mareantes dàn nombre de San Telmo (si bien ay quien afirme, que es exalacion sola) y que viendo el milagro, se arrodillaron todos; y particularmente un valiente Soldado, que con serlo, y muy cuerdo, no pudo reprimirse; antes vencido del temeroso riesgo, cuenta, que ainojado en el suelo, con suspiros, y lagrimas, dandose recios golpes en los pechos, repetia muchas veces estas palabras: Adoroos mi señor, San Pedro Gonzalez Telmo, vos me salvad en este peligro por vuestra misericordia; y que reprehendiendole èl, y otro su compañero, advirtiendole, que tal adoracion solo se debia à Dios, y no à los Santos, y que por tanto orasse de otra forma, les avia respondido otra mayor locura, diciendo; mi Dios serà aora quien de este peligro me librare.

Asi confunde, y corta, aun en el mas robusto, y fornido roble, la afilada segur, la tixera sutil de la sangrienta Atropos: y asi, no es de admirar, que viendo tan de cerca el verdugo, y garrote huviesse entre nosotros semejantes miserias. Mientras llegaba la ultima, yo, y mi criado nos pusimos en camisa; pero tan desmayados, yà del no aver dormido, ni reposado un punto en tan prolixa noche, como de los golpes del mar, y el temor de la muerte, que casi no me hallaba con fuerzas para siquiera dilatarla; y mayormente aora, quando rindiendose à su furia, viò el mar en sus espaldas abierta por mil partes nuestra galera. Tenia yo prevenido un mediano barril; y asi, abrazandome con èl, y llamando à la Virgen, desde las ruinas de la popa, donde me avia quedado, me dexè arrebatar de las primeras ondas, las quales con impetu terrible me arrojaron en tierra, quando despues de un breve espacio, puestos los pies en ella, creì estàr en un profundo abismo, abriendo los lacrimosos ojos, con mas ventura que los que me rodeaban entre diversos cuerpos, que dexaron la vida; me hallè con ella, aunque molido, y quebrantado. Di gracias à los Cielos por tan feliz sucesso, si bien fue tan templado, que hasta oy lloro, y suspiro el contrapeso con que le

con-

conseguì. Pareciò mi buen criado, no me dexò el naufragio una sola camisa, perdì quanto traìa, que no era poco, y solo escapè dello el anillo de Estela, y unas dos letras para Milàn, y Genova, porque estas, y otros muchos papeles, venian al cuello en una hoja de lata; y aquel traìa en el dedo, desde que Anselmo no quiso recibirle. La mayor parte de la gente, que venia en mi Galera, se guareciò en la Isla, bien, que los mas desnudos, ò heridos de los golpes del Màr, refriega de la noche, raxas, y astillas, que estaban en la Costa; y no obstante estos males, temiendo otros mayores, comenzamos conformes à prevenir nuestra conservacion, y su defensa. Era forzoso, que aviendo dado al traste las Galeotas que dixe, y à dos leguas de alli, no podia dexar de aver muchos Turcos en tierra: Asi lo confirmaron mas de ochenta Christianos, de los Cautivos, y forzados, que de ellas se escaparon, y se vinieron à nosotros, y con tan buena ayuda nos animamos algo, y maniatamos al momento à los que avian tambien libradose en las nuestras, porque en viendo la suya no se fuessen, y aunassen con los otros, y luego aunque tan acabados, traspassados de el frio, sangrientos, y desnudos, hicimos dos trincheras, fortificandonos con la mucha madera, que el Màr nos embiaba, y con las picas, mosquetes, y alabardas, que arrojò su resaca. Asi passamos la noche de aquel dia, sin mas sustento, que afflicciones, y lagrimas, procedido de el miserable estado que llorabamos, y aviendo buscado entre las reliquias del naufragio alguna municion, recogida à una parte, de mi acuerdo, y consejo, pusimos guarda, y embiamos seis soldados à que tambien la hiciessen en un grande barranco, por donde podian venir tambien los Turcos, y acometernos descuidados; mas no lo permitiò el Cielo, pues aunque sucediò segun yo sospechaba, cerca de media noche, disparando un mosquete, nos dieron el aviso; y siendo assi sentidos, no ossaron acometernos. Pero à la madrugada, bolviendo à su porfia, retirando los seis, passaron el barranco casi trecientos Turcos; los quales con escopetas, y arcos vinieron acercandose con muy gentil denuedo. Entonces arbolando nosotros las pocas picas, y alabardas que avia, hizimos cuerpo al reparo de nuestras dos trincheras, si bien docientos passos antes, juzgando ser mas numero del que les atendia, hicieron alto, dandonos fuertes cargas de arcabuceria, y flechas. Pero en este rebato, y quando por nuestra gran flaqueza, debili-

dad de espiritus, pocas armas, y gente, todos suspirabamos, yà el ultimo, y mayor; pues era cosa llana, que resolviendose los Turcos nos perdieramos en su primero embite. Inspirado del Cielo, viendo tan cerca el daño, y violentado de un secreto furor fuera de mi costumbre, con un valor mas que de hombre, salì de las trincheras, y rebolviendome al brazo un capotillo de dos faldas, arrancando con furor la espada, intrepido corrì àzia donde paràron, y diciendo à voces; los perros huyen, à ellos compañeros: No fue menester mas, antes con este exemplo incitados los mios, siguiendome embistieron al punto, que advirtiendo los Turcos nuestra resolucion bolvieron las espaldas. Assi los dimos caza hasta el barranco dicho, en quien tornando à repararse, hicieron de nuevo alto, y repitiendo cargas de flechas, y arcabuces, su Abanguardia diò tiempo para que à su calor, y abrigo passasse la Retaguardia, y esta en estando en cobro, executò lo mismo hasta passar la otra, en que anduvieron tan cuerdos, y advertidos, como soldados practicos. Y despues, con el barranco de por medio, se tramò escaramuza con gran pèrdida nuestra, assi por ser tan pocos en la sustancia, y numero, como por no tener bastantes arcabuces, y municiones, porque quien se halla con ellos, no tenia cuerda, ò polvora, y si algun rastro avia, era mojada, y de ningun efecto; y con todo durò dos horas nuestro tesòn, y el suyo. Al fin, los retiramos con muerte de unos pocos, à la parte donde estaban sus perdidas galeotas.

§. XXIII.

NO es la desgracia grande, mientras en muchos males no viene dilatada, pues raras veces dexan de encadenarse, siguiendo unos à otros, hasta acabar la vida, y el remate del hombre. Y assi segun aquesto, bien puedo referir, que fue la nuestra de las mas superiores, y no de las medianas; pues à red varredera, y por tan varios modos, acumulò desdichas, desastres, y miserias, sobre tanta afliccion sin descansar un punto, hasta que en conclusion, nos dexò sin remedio. Estaba este al presente librado, y con razon en el poco sustento, polvora, y municiones, que aviamos recogido con trabajo increible; parecia verisimil, que en tanto que duraban, pudieramos resistir los contrarios, y tratar de nuestra conservacion, esperando el socorro del General, y las demàs Galeras, que aunque al presente tardò mas de lo justo (si bien se hallaban cerca, y yà juntas con èl)

to-

todavia su esperanza nos animaba mucho: mas sucediendo aora por el descuido de un soldado otro nuevo fracaso, claramente con èl, tuvimos por segura la muerte, ò à bien librar amargo cautiverio. Iba en esta coyuntura nuestra gente recibiendo la polvora, y como la prisa no era poca, uno, que presumiò mostrase mas solicito, inadvertidamente, cayendosele la cuerda emprehendiò los barriles, y ellos con infernal furor, y espantoso estampido, no solo quanto avia en la redonda, vizcocho, carne, vino, mechas, y valas; pero mas de veinte hombres, sin otros diez, ù doce que quedaron, de suerte, que si no era nombrandose à sì mismos, nadie los conocia. Tal fue el efecto triste de aquel fiero Elemento, y tal nuestro desmayo luego que sucediò, que les fuera muy facil, si acudieran los Turcos maniatarnos à todos, y acabar su empressa: mas no permitiò Dios, que ellos, ni los forzados diessen entonces en la cuenta, sì bien no tardò mucho el remate de toda. Parece ser, que el fuego de la polvora, y su estruendo terrible, sirviò de aviso, y almenaras, para que el General sintiesse nuestros daños en el Puerto en que estaba, y assi algo mas condolido, no obstante, que la Màr andaba por los cielos, hizo à fuerza de brazos passar una barquilla à la otra parte de la Isla; en quien por ser opuesto al temporal terrible avia mejor bonanza, y metiendose en ella con ocho Cavalleros, y personas de cuenta, vino adonde mirò su lastimoso teatro, la ruina de su gente, las orillas del Màr llenas de cuerpos muertos, rompidas las Galeras, sus despojos deshechos, y los que quedaban, que eran trecientos hombres, traspassados, desnudos, hambrientos, miserables, y sin defensa, ni aparejo para poder hacerla. Con que no dilatandolo, lleno de confusion tratò al punto el remedio, que se podia tener en tanta desventura, y apartandose à un lado para tomar consejo, èl, y los que le daban fueron de parecer, que en siendo anochecido en gentil orden atravessassemos la Isla hasta el vecino Puerto; pero no quiso el Cielo, que esto se executasse. Aun no se avia resuelto, quando para estorvarlo, y proseguir nuestra perdicion, se descubrieron por un cabo las tres Galeotas gruessas, que la noche passada escaparon del Puerto, huyendo el rostro à las demàs, y à nuestra Capitana. Estas, pues, segun dixe, aviendo echado al Levante de la Isla, siendo della abrigados repararon alli, hasta que algunos de los Turcos del naufragio, yendo àzia aquella parte, les contaron su desdicha,

y la nueſtra; con lo qual, tierra à tierra, viniendo à acrecentarnosla, en poniendoſe à tiro, comenzaron aora à cañonear nueſtras trincheras, y à matarnos la gente. Y no parando en eſto, acudiendo à otra banda los Turcos de la Isla, nos cogieron enmedio, mientras nueſtros eſclavos miſmos, que eſtaban maniatados, advertida ſu dicha, valiendoſe del lance, y aprovechandoſe para ſu libertad de nueſtro acoſamiento; con los dientes, y manos, unos à otros ſe quitaron los lazos, y arremetiendo de tropèl à noſotros, à pedradas, y à palos, hicieron ſu deber por cobrar lo perdido. De manera, que en eſte duro trance, en un momento ſolo nos vimos ſalteados por la frente, por el lado, y eſpaldas y conſiguientemente, por fuerza reducidos à una infame, y vil acogida. Yà he dicho como eſtabamos muy faltos de municiones, y de todas las armas, y aſsi no es mucho, que cediendo à tan ſobradas fuerzas, nueſtra infeliz fortuna nos rindieſſe, y obligaſſe al ultimo refugio. Fuimonos retirando, dandonos animo, y abriendonos camino los Cautivos Chriſtianos, que avian huido de las perdidas Galeotas; eran aqueſtos mas practicos, y expertos en los baxios de la Isla; y pueſtos los primeros, por entre unos peñaſcos nos comenzaron à guiar, no ſin gran peligro; porque como el Màr rebentaba tan furioſo, y el eſcarceo, y las ondas hallaban reſiſtencia, rompiendo alli inexorablemente anegaron à algunos. No eſcrivo en eſte paſſo mas particularidades, no obſtante, que pudiera, y las huvo terribles, pues aun el miſmo General caſi ſe viò perdido. Entrò en el Màr veſtido, que fue grave inadvertencia, mas yà tal vez, con rieſgo de mi vida (bien lo puedo decir, y èl no moſtrò negarlo) puſe en ſalvo la ſuya, ſiendo deſpues de Dios, mis pobres brazos, aunque deſfallecidos, el mas ſeguro apoyo de ſu ſalud. Llegòſe al fin à el Puerto, y à las quatro Galeras, donde ſobre acogerſe, no nos faltaron nuevas calamidades, y deſventuras. Venia la gente medroſa, y fatigada, tranſida de hambre, y toda ſin aliento, y como tal, en viendo los eſquifes, y bateles, ſe abalanzò à ellos ſin termino, ò reſpeto, y de tal ſuerte, que ſin aprovechar la autoridad del General, ni aun grandes cuchilladas, y heridas, que ſe daban, tanto cargo de golpe, que ſe hundieron los dos con mas de cinquenta hombres, y fuera mayor el daño à no ſer ſocorridos con priſa, demàs, que otros nadaron animoſamente haſta llegar à las Galeras.

En el interin, los Turcos vic-

toriosos (mas por causa del tormentoso mar, y nuestra dura suerte, que por su esfuerzo proprio) recogieron ufanos nuestros esclavos, libres, y embarcados, en breve, sin esperar un punto à que nos rehiciessemos, se alargaron al mar, dando la buelta à Argèl; y luego el dia siguiente, algo mas animosos, hicimos nosotros à Genova otro tanto; si bien primero, queriendolo el General assi, recorrimos mas armados la Isla. Cobramos la artilleria de las Galeras perdidas, y juntamente cosa de ochenta Turcos, que quedaron escondidos en las desiertas breñas, por no averlos podido embarcar à todos en las suyas. Este fuè el triste fin de esta infelìz tragedia: perdimos tres Galeras; y ochocientas personas, y los contrarios quatro, con no menos descuento. Cobraron libertad sus cautivos Christianos, y los nuestros gozaron de iguales privilegios; y en conclusion, los unos, y los otros llevamos que llorar para mas de seis dias. Estos, ò pocos mas, sin otro inconveniente, tardamos en llegar à Genova. Avian venido conmigo en mi galera los mas de los Infieles, que cautivamos en la Isla, y valiòles no poco; porque como los daños recibidos por su parte, eran tan frescos (dexo à una parte la aversion natural) muchos de los Soldados les maltratàran mucho, si yo no lo impidiera con razones, y ruegos. La caridad christiana, los mas fieros caribes la han de experimentar, y conocer; esta virtud piadosa, justo es, que siempre resplandezca en nosotros, y nos distinga de las demàs Naciones barbaras. La que usè con los Turcos les fuè incentivo para que se me aficionassen; y particularmente, uno, à quien no sè con què secreta fuerza yo tambien me incline desde el punto, y la hora que le vi en mi presencia. Era la suya gentil, y despejada, su edad de veinte y siete años, su trage bizarrissimo, y su trato, y cortesia (aunque en lenguage estraño) mas del riñon de España, que del origen rustico, que yo le presumia. Assi por estas causas, deseando tenerle (como por los servicios que le hice, y otros respetos singulares el Capitàn me estava aficionado) con poca diligencia consegui aquel deseo; y con tanto, mudandole el vestido, alegre, y satisfecho me encaminè à Milàn, atravessando antes las asperas montañas de Liguria, en cuyas faldas està la hermosa Genova, de quien sali à quatro de Septiembre, andando con mi Moro, y un mancebo de à pie, el mismo dia, ocho leguas, si bien una, ù dos antes de llegar al alvergue me sucediò el caso, que sabreis aora.

Iba yo descuydado, y quando menos podia esperarle, siento un grande rumor; y pareciendome ser tropèl de cavallos buelvo el rostro, y por la misma senda veo venir àzia mi corriendo à toda furia en quatro cavallos muy ligeros quatro gentiles hombres, que empatejandose conmigo, y reparando un poco, uno de ellos, con turbado semblante, juzgando por mi havito, que yo era Español, en el mismo lenguage me dixo de esta suerte: Cavallero, vuestro buen natural os acredita con mejor confianza: suplicoos, que como tal hagais, qué unos Soldados, que nos vienen siguiendo, no tengan en vos señas, ni aviso de nosotros. Esto me dixo, y yo se lo ofrecì con igual cortesia; y luego, despidiendose, bolvieron à su curso con igual diligencia, dexandome confuso, y aun no poco alterado del sobresalto, que me dieron; pero en perdiendolos de vista, proseguì mi jornada casi otra media legua; al cabo de la qual, en una encrucijada de diversos caminos, los tres por las espaldas, y seis por ambos lados, en un momento me cercaron nueve hombres con sus armas, y lanzas en forma de cavallos ligeros. Causarame este encuentro pesadumbre terrible, si no viniera prevenido; y assi con muy gran quietud atendì à sus preguntas; y entendiendo, que todas se enderezaban à informarse de los que iban huyendo, haciendome de nuevas, dissimuladamente desmentì su camino, persuadiendole, y afirmandole, que nadie iba delante; con que quedandose los seis, todavia los restantes passaron juntamente conmigo à mejor enterarse en unas hosterias, donde los unos, y los otros nos alvergamos aquella noche. Temia yo, que alli no lo supiessen, y me cogiessen en mentira: mas Dios lo dispuso de otra suerte, y sin tener mas rastro, pidieron de cenar. Pero tomando por mi cuenta semejante cuydado, con algo mas de lo que para mì se previno, les combidè, y contentos, aceptando la oferta, nos regalamos, y brindamos alegremente. Anhelaban yà entonces mis curiosos deseos, por saber la ocasion de la fuga de aquellos, y el furor con que estotros iban en su alcance; y assi, en viendolos calientes del licor, y agradecidos al que lo avia gastado, se la pedì, y roguè con palabras corteses. A que correspondiendo sin largos circunloquios, levantadas las mesas, el uno en no mal Español, la fuè diciendo en la siguiente forma, y manera.

No es el caso que me pedis secreto, sino tan publico, y notorio en la Ciudad de Genova, de quien somos Ministros, que po-

podrè relatarle muy sin inconveniente de agraviar à ninguno: mas advertido aquesto, sabreis, que à noche passò el sucesso, que os cuento, en casa de Alexandro Fregoso, Gentil hombre de aquesta Señoria. Tienese alli grande conversacion, vario entretenimiento, y sobre todo, juego de gran quantia, en que han dexado algunos lo mejor de su hacienda, y otros ganadola; si bien, que hasta oy se ha visto, que tales grangerias ayan adelantado el caudal de sus dueños, siempre se desliza, y trassuena la bolsa del tahur, por el mismo arcadùz, que la dispulsò en colmo. Aqui, pues, entre sus muchos feligreses, no eran los mas tardìos Oracio Milanès, Cavallero Lombardo, y Fabricio Lercaro, hijo de Senibaldo, Ciudadano riquissimo. Parece ser, que este, mas con su grande credito, que con presencia de dineros, ganò en diversas ocasiones à diversas personas, sumas en numero, que cobrò de contado, y con que satisfizo sus pèrdidas con igual recompensa. Mas como el dado, y naype no siempre dice con favorables pintas, una, que las tuvo en su contra, perdiò Fabricio, y ganò el Milanès ocho mil escudos en confianza de su palabra. Quedò el primero de satisfacerle dentro de quatro dias, pero avia sido Oracio mas puntual, y breve en pagar à Fabricio en otras ocasiones; y assi, con poco gusto le concediò aquel termino, y aun otros dos mayores, que le pidiò con fingidos achaques: mas ni en los unos, ni en los otros tuvo efecto la paga. Cansòse Oracio al fin de esperar mas escusas, y Fabricio, sintiendose apretado, mandò decirle con un su amigo, que, ò tuviesse paciencia, hasta que su padre le pusiesse en estado en que poder pagarle, ù que al presente se contentasse por lo menos, con lo mas, que como hijo de familias avia juntadolo, que eran tres mil ducados.

Este recaudo oyò con tanta pesadumbre, y desconfianza el Milanès, que desde luego en ella se conociò su indignacion, y el triste paradero, que tendrian estas cosas: no admitiò la resulta, y resolviòse en responder, que de todo el dinero no perderia una blanca. No hizo de esta brabata mucho caso Fabricio, hallabase en su patria muy emparentado, y seguido; al revès el contrario, forastero, y muy solo, aunque no tanto como èl imaginaba. Passaronse despues mas de otros treinta dias, en quien medio reconciliados, y avenidos, dando, y tomando en ello, tuvieron otros lances, sin dexar de acudir, como solian, al juego, y à la conversacion; si bien el assistirla Oracio, mas

era para prevenir su negocio con profunda disimulacion, que por la esperanza de otro mejor afecto. Y pareciò ello assi; pues à noche à las nueve, no aviendo antes podido cogerle en escampado, viendo, que de un bufete donde estaba jugando, Lercaro con no sè què necessidad se levantaba, y baxaba al zaguan, siguiendole el contrario cautamente, apenas igualò con Fabricio, quando acudiendole otros tres embozados, que tenia apercebidos, mandandole callar, le pusieron tres pistolas al pecho, y sacando al momento al Meno artificioso, Oracio se le echò à la garganta, y le cerrò con un sutil secreto. Y diciendole, que entregaria la llave luego que le llevassen los ocho mil escudos à Sarrabal, Lugar primero de Milàn, le dexò yà casi medio ahogado, y se puso en cobro. Mas antes que passemos mas adelante, no me parece excesso presumir advertiros esta invencion diabolica; pues no siendo conocida, ni sabida en España, fuerza es, que la aveis de ignorar. Es, pues, el Meno (llamanle assi en Italia, pero no assi en Alemania, adonde le han inventado) una argolla de bronce, cercada de espesas puntas de diamante agudissimas, de anchor de quatro dedos, y forjada con tan estraño temple; y de tan fuerte massa, que no ay lima tan dura; que la pueda mellar, quanto y mas romper; demàs, que si lo intentan, apenas le tocan con alguna, quando, en vez de cortarla, saltan chispas de fuego, como de un pedernal, que abrasan, y fatigan al misero paciente, con igual daño, que el que causa la argolla; la qual es obra, aunque diabolica, y terrible, muy comun en Alemania. Y por robusto, y recio que sea el que la tiene encima, raras veces llega à vivir treinta horas; porque el aprieto es tan estrecho, y grande, que no le dà lugar para tragar un pisto; y assi desalentado en tormento tan duro, faltando el alimento, el sueño, y el reposo, ò pagan lo que deben, aunque vendan sus hijos; ò perecen rabiando; porque tratar de abrirle, tienese de ordinario por impossible empressa; si no es con su llave; la qual, despues de echada, cubre de tal manera el hueco, y abertura, que no dura con ella, menos que por milagro, otro del que le sabe, y forjò el labyrinto. Pero aveis de advertir, yà que estais bien informado de este, que el que se vale de èl, ò usa semejante cautela, tiene pena de muerte, perdimiento de bienes, y otros castigos, que siempre se executan irremissiblemente. Mas no obstante, Oracio (como verèis) atropellò por todos, y Fabricio

cio Lercaro, bolviendo desmayado à la sala, hizo patente su desdicha à los que alli se hallaban, q̃ en viendole quedaron tan turbados como lastimados, y tristes por el mal remedio que nadie podia darle; pero como el mas breve, y seguro era la referida paga, sin detencion partieron à una quinta donde estaba su padre; y para conseguirla, le dieron larga cuenta de quanto avia passado, y el peligro en que quedaba su hijo: mas ni esto hizo operacion en èl mas que si fuera estraño, ni menos los apretados ruegos con que los unos, y los otros le suplicaron, que se compadeciesse de èl. Antes con gran desabrimiento, sì bien es el mas rico, y adinerado personage de la Republica, les despidiò, diciendoles, que primero dexaria morir mil veces à Fabricio, que acudir con su hacienda à tan infame rescate. Con este despediente, desconfiados de su salud, bolvieron con la nueva al miserable, y afligido mozo, que rodeado de muchos parientes, y amigos, con lastimosas ansias, y agonias atendiò à la cruel sentencia de su padre, y se diò por difunto.

§. XXIV.

EN el interin, sabido por la Justicia, y el govierno semejante delito, aun con ser à deshora, mandaron dàr pregon con señaladas tallas, assi para el que abriesse el intrincado Meno, como para quien diesse presa la persona del reo. Juntaronse en un punto docientos oficiales, mas aunque lo intentaron, probaron, y advirtieron, todos bolvieron mudos, todos con notable disgusto desconfiaron del remedio; solo un Tudesco artifice hizo mas cala, y cata. Abriò por grande espacio el sentido, y los ojos, diò bueltas à la argolla, tocò todas sus puntas, sus mas sutiles ligneas, y al cabo no hizo nada. Tenian los circunstantes libradas sus esperanzas ultimas en la ciencia de este hombre; y assi, luego como le vieron encogerse, y despedirse, comenzaron llorosos las exequias de el infeliz mancebo. Este gran sentimiento parece, que de nuevo diò animo al Tudesco; y con estàr yà en la puerta de la calle, tornò à subir, y entrar, y aun à desollinar con mas prolixa cuenta el infernal enredo. Trasudaba el paciente viendo su fin tan cerca, su enemigo tan lexos, y à su padre tan duro, no diera por su vida un puñado de arena. Pero en tan gran naufragio, y quando menos la imaginaba, viò la luz de Santelmo, el fin de sus tormentas, por las dichosas manos del ingenioso artifice; el qual reconociendo aora por la parte de abaxo à raiz de una punta, un agugero tan breve, que aun no

se

se divisaba, advirtiò, que era perno, que no alcanzaba bien; pues no se redoblaba, y lleno de alegria, pidiendo apriessa un delgado punzon, metiendo alli la punta, y dando un golpe àcia arriba, aunque lastimando à Fabricio, hizo saltar la muesca, y con general aplauso, y regocijo le dexò sin argolla: Dieronsele en albricias quatrocientos ducados, cebo por quien nosotros, pretendiendo ganar el que està prometido por la prision de Oracio, y sabiendo ser esta su jornada, le venimos todos siguendo segun avreis yà visto.

Con tal razon cessando, diò remate à su cuento, el qual aunque de poca diversion, quise sacar en publico, tanto porque se adviertan quantos, y quales son los inconvenientes, y afrentas, que trae consigo el juego, como porque el Lector discreto dè su juicio, y sentencia, sobre la malignidad de estos sugetos, sobre la mayoria de aquestas tres maldades; porque yo con mi talento corto, no me atrevo à afirmar si fue mas grave el rigor, y crueldad del viejo Sinibaldo, ò la que usò el ofendido Milanès con su hijo, ò finalmente la indigna causa que diò al uno, y al otro el paciente Fabricio; mas justo es, que buelva à mis progressos.

Otro dia aviendo despedidonos, proseguì la jornada à Milàn, caminando por entre aquel jardìn de Lombardia, yà sobre las Riberas, y emanentes del caudaloso Pò, y yà por varias quintas, huertas, y caserias, hasta llegar à la Ciudad, que es llave del Imperio de Europa: adonde aunque mi buen deseo apetecia curioso una larga asistencia, ciertos inconvenientes me la impossibilitaron. Tuve alli nuevas por cartas de mi hermano, que me dieron gran pena; avisaban en ellas, como la hermosa Julia, de quien teneis noticia, luego que salì de Madrid se avia desaparecido de su casa, y que publicamente se afirmaba, y decia, que iba en mi seguimiento. Con que sin detenerme un punto, temiendo yà en mis ombros su temerosa carga, huve de anteponer este miedo à mi gusto, y sin vèr à Milàn, no obstante, que mi cautivo iba muy indispuesto, y el Invierno se empezaba à sentir; me encaminè àzia Flandes, cuyos Paises baxos, portentoso teatro de los mas grandes hechos, que han visto nuestros siglos; pisè contento dentro de pocos dias, y por cierto accidente la Ciudad de Malinas, Lugar, en quien respeto de un amigo Español, que yà estaba esperandome, fue mi primero asylo, y el descanso, y alivio de mi prolixo viage. Parece ser, que la dolencia de mi esclavo solo esperaba esto; pues apenas me reparè dos dias, quando ella poco à poco se le agravò

de ſuerte, que à èl convino rendirſe, y hacer cama, y à mi el curarle con eſpacio, y cuidado. Eſta ocaſion me detuvo mas de lo que quiſiera, ſin paſſar à Bruxelas; pero en el interin fuì entreteniendo el tiempo, con vèr, y contemplar las coſas mas notables de eſta grandioſa poblacion.

Eſtà Malinas, por todas partes rodeada del Ducado de Bravante, en un ſitio ameniſsimo, de alegre, y claro Cielo, vientos puros, y ſaludables, circundada de murallas fortiſsimas, profũndos foſos, alimentados del caudalôſo Dilia, cuyas aguas corren por medio della con gran comodidad de ſus habitadores. Las caſas ſon magnificas, las Plazas grandes, y ancheroſas las calles. Tiene ſumptuoſos Templos, Monaſterios, y Igleſias; y particularmente las de nueſtra Señora, y la de San Rumoldo, ſu Abogado, y Patron; ſon de exquiſita fabrica. Ay en la ultima una elevada torre, cuya altura es tan grande, que ſe deſcubren della diez millas de campaña, infinitos Villages, y las dos Ciudades de Bruxelas, y Amberes. Tambien reſide aqui aquel grave Conſejo, caſi ſupremo en Flandes à ſus diez y ſiete Provincias; y la aſsiſtencia deſte, la haze mas populoſa, mas frequentada, y rica, de mas noble explendor, Palacios, y Edificios, no obſtante, que en mucha parte deſtos, quando yo eſtuve alli, aun no eſtaba reparado, y ſuplido, ſegun ſu antiguo luſtre, el laſtimoſo, y memorable eſtrago, de aquel horrible incendio, que padeciò eſta Ciudad el año de 1546. pues con aver precedido un eſpacio tan largo, y no ſer ſus moradores de los menos politicos, ſe veian aora muchas de ſus reliquias, y por ellas no tan ſola quanto debiò de ſer el explendor antiguo; mas juntamente, quan ſin comparacion la deſventura, que la traxo à eſtos terminos. Bien creo, que ni en memoria de hombres, ni en libros, ni en hiſtorias ſe oyò, ni viò fracaſo ſemejante, ni mas digno de ſaberſe; y aſsi por eſta cauſa, proſiguiendo el eſtilo, que llevo en mis diſcurſos, de advertir, y deleytar con varias digreſsiones ſiempre que la materia las permite, me ha parecido hacer notoria aqueſta, mientras la enfermedad de mi cautivo no nos aprieta mas para bolver à ella. El caſo es el ſiguiente.

Parece ſer, que el año referido, avia en Malinas en una de las mayores torres de ſus murallas, no lexos de la puerta de Necherpolian, una gran cantidad de barriles de polvora, que ay quien afirma, que eran mas de ochocientos, juntos alli por orden de la Reyna Maria, para ciertos efectos, ſi bien no tan à

re-

recaudo como era necessario; pues aunque el edificio de la torre era de canteria, y por de dentro de muy seguras bobedas, por la parte exterior tenia algunas aberturas, como siempre se vèn en fabricas antiguas. Vivia, pues, dentro desta una pobre muger, à quien por serlo tanto, la avia hecho limosna la Ciudad de darle alli aposento. Pero ella al cabo de algun tiempo, movida de algun Angel, consideraba su peligro, y el grande en que estaba la polvora, por causa de las quiebras, que he dicho; pues por ellas inopinadamente podia entrar alguna centella, y ocasionar su ruina, y mayor desdicha. Assi con tal recelo, diò muchas veces para el reparo de el à la Justicia, y Regimiento diversos memoriales; mas como el sugeto, que los daba era menesteroso, no se hizo caso dellos; con que la pobre vieja tomò mejor acuerdo, y sin cansarse mas, se mudò à otra casilla.

El mismo dia, que ella anduvo en aquesto, y mientras cargada con su ropa desembarazò la torre, siendo las quatro de la tarde, comenzò à rebolverse el Cielo, y con nublados gruessos, vientos, truenos, y relampagos, à dàr indicios de una grande tormenta, la qual yendo aumentandose como cerrò la noche, durò en su peso hasta mas de las once, hora en quien con un fiero estampido, cayò un rayo furioso, lleno de tan perverso hedor, que dexò atosigadas todas las vecindades, y contornos. Y entrando entonces por los resquicios de la torre el fuego de un relampago, assi emprehendiò en la polvora, que con ser de disforme grandeza su edificio, su altura excelsa, y sus cimientos de estraña pesadumbre, su restringido fuego la levantò desde ellos, como si fuera de un muy ligero corcho, y con tan gran violencia fue elevada en unas partes, y otras, que antes de caer en tierra, rebentò en mil pedazos, y sus disformes piedras volaron con tan gran impetu, como sale una bala de un cañon de batir.

Toda la multitud de piedras, y sillares, diò en primer lance sobre las casas mas vecinas, y de estas derribò con miserable estrago un espantoso numero, quinientas dicen las que mas las moderan, sin otros muchos sobervios edificios que quedaron cascados, y en eminente riesgo. No huvo vidriera en los Templos, y casas, que no se hiciesse piezas, hasta las puertas, y ventanas; con solo el ayre compelido, se rompieron, y abrieron; y en los texados, frisos, y chapiteles, aun no quedaron sanos los ladrillos, y texas: y quantos cofres, baules, escritorios, caxas, armarios, y alacenas avia en todo el circuito, se descerrajaron, y partieron por medio;

dio; y lo uno, y lo otro con tanta brevedad, y diligencia, que casi no se percibiò el ruido quando se viò su efecto. Murieron dentro de las murallas quinientas personas, y las heridas fueron mas de dos mil; y finalmente, no huvo, ni quedò cosa en toda la Villa, que no sintiesse parte de esta desdicha, y lo que es mas de admirar, à muchos que estaban acostados, y que infelizmente quisieron ser curiosos levantandose à vèr la causa de ella, las mismas piedras, que yà venian volando, y governadas del impetu del fuego, les arrebataba las cabezas, las piernas, ù los brazos, y à otros los dexaba hechos polvos. Unos con el ambiente solo caìan sin sentido en el suelo; y otros eran llevados por el ayre à muy distantes partes. En esta casa el marido lloraba la muerte de los hijos, y muger, y en aquella al contrario la del esposo, y padre; de manera, que en toda la Ciudad no avia otra cosa, que lagrimas, y espanto, ignorando los mas, sin animo, y aliento, el principio, y medio de la calamidad, y desventura, que estaban padeciendo. Con esto huvo infinitos, que pensaron era venido al mundo aquel tremendo, ultimo, y tremeroso dia del Juicio.

Sucedieron en tan pequeño espacio casos extraordinarios: Un muchacho venia de la plaza con una luz en las manos, y uno de los sillares, como si se sentira el mozo en èl muy de proposito, lo llevò gran trecho, sin hacerle mas daño, que perder el sentido; y assi lo hallaron desmayado sobre la piedra el siguiente dia.

En una casa donde vendian cerveza, estando dos segadores jugando al naype, y apresurando brindis, mientras baxò la huespeda à una bobeda à sacarles cerveza, quando subiò al rumor, los hallò q sentados, y con las cartas en las manos se avian quedado muertos. Otra muger, al cerrar un aposéto de su casa, la fuerza de los vientos la arrancò la cabeza, y diò con ella un tiro de ballesta. A otra hallaron magullados los sesos, y viendola preñada, abriendola la sacaron una criatura viva, q̃ en tal calamidad fue mas dichosa; pues en recibiendo agua de bautismo espirò, y volò al Cielo. Pero en fracasos tan notables el q̃ mas se notò, fue el vèr, q̃ una triste muger, con quien estaba en mal estado cierto Ministro de Justicia, se hallasse en carnes, y colgada de un arbol en el campo, pendiente al ayre de sus mismos cabellos, y los intestinos, y tripas defuera, y arrastrando con espectaculo horrendo, y asqueroso. Muchas personas quemadas de la polvora, quedaron tan desfiguradas, y fieras, q̃ aun sus mas familiares, y allegados no los reconocian. Ocho dias tardaron en sacar cuerpos muertos de las ruinas, y edificios caìdos;

dos; y en el tercero de estos, pareció un hombre vivo en el hueco que hicieron dos paredes, juntandose al caer en el suelo. Este con tiernas lagrimas preguntaba, si era aquel dia el ultimo, y si yà venia Christo al juicio universal. Todo lo referido passò en un breve instante, y lo restante de la noche hasta el Alva, quedò el Cielo muy claro, limpio, sereno el ayre. Andando con esto los Magistrados, y Justicias, con hachas encendidas de unas partes à otras, socorriendo, y minorando el general conflito, sacarónse los muertos, sin que los mas pudiessen conocerse, y juntos los enterraron en el Cementerio de S. Pedro; porque estaban algunos tan hinchados, y hediondos, que causaba su detencion, nueva calamidad, y pesadumbre. Tal fue la plaga que esta Ciudad sintiò, que de todo el Ducado de Bravante, venian à verla, como à cosa espantosa, y que avia sido blanco, y terrero de un azote tan grave: parece que con èl quiso mostrar el Cielo, el que por sus maldades, rebelion, y heregias, yà les amenazaba à estas grandes Provincias.

Y no parò en lo dicho la relacion que escrivo; porque aun creciò el estrago en los arravales vecinos. Aqui muriero mil y quinientas almas, unas voladas de la polvora, y otras sepultadas entre trecientas casas, que tambien se arruinaron. El foso profundissimo que rodea la Ciudad, casi à docientos passos distante de la Torre, no solo se secò, aun con tener una gran pica de agua, sino que llenandose de tierra, quedò igual con el campo y el muro; al mismo termino por una vanda, y otra padeciò su naufragio, quedò sentido, quebrantado, y abierto. Sacò los peces, y desde el agua los arrojò en el prado. Y, arrancando los arboles desde su nacimiento, los llevò largo espacio, donde hizo nuevas selvas, nuevas mōtañas hacinas, y rimeros, que parecian los Alpes. Abrasò el fruto, y hoja de quantos se miraron dentro de media legua. Y aunque parezca duro de creer, es cosa averiguada, que los arboles que solamente perdieron la hoja, y fruto, con ser Agosto brotaron nuevas flores, nuevas hojas, y frutas, que algunas maduraron en este mismo Otoño.

La persona que esto me refiriò, por mas calificarlo, me acompañò, y llevò à la Iglesia de San Pedro, donde como yà dixe sepultaron à los que perecieron aquella amarga noche. Y alli me enseñò dos versos numerales que la Ciudad mandò esculpir, y hacer, en quien concisamente, para memoria de el siglo venidero, quedò bien manifiesta, y declarada la verdad de este caso; y juntamente su lamentable ruina, y assi, si algun curioso peregrinante

te

te à aquellas tierras, viendolos, facilmente confirmarà mi credito; y si huviere tenidolas saldrà tambien de dudas.

§. XXV.

LAs historias, y libros; particularmente el que voy escriviendo, admiten con razon aquestas variedades, y tal es mi principal motivo, demàs, que tambien esta disposicion trae consigo à las veces enseñanza, y doctrina; por lo qual no es indigna de perdon mi tardanza, digo la que he tenido en bolver à mi historia, por referir la tragica, y funesta de esta ilustre Ciudad. Cierto ella fue espantable; y como investigaron diversos escritores, y yo tengo apuntado, presagio verdadero de las innumerables desventuras, que dentro de diez años comenzaron con larga duracion para aquellos Paises.

Yà dixe arriba algo de la ocasion que me tenia en Malinas, aunque gran parte de ella, fue la doiencia grande, que afligiò à mi cautivo, la qual por el presente, ò yà agravandose por verse en tal estado (pues no sè yo quien vive con salud, si està sin libertad) ò yà inducida por otra causa superior, y secreta, creciò por puntos, y horas hasta hacerse temer, y tanto, que èl juzgò que moria, y yo lo creì con harta pena. Aviame, segun tengo advertido, aficionado mucho à su agradable persona; y assi en esta sazon, no solo por perderle sentia su enfermedad, mas juntamente por vèr perder su alma, antes de aver podido darle en su salvacion algunos toques. Desayudaba en parte esta tan justa empressa, el contrario lenguage, pues en casi veinte dias que le traxe conmigo, nunca me fue possible hacerle que aprendiesse algo de Español, mas ni tan gran dificultad bastò à desanimarme, antes despues que presumì el peligro, no perdì ocasion, en que (segun podia) no lo procurasse atraer à mi mejor consejo. Valiendome para ello de soldados amigos, y algunas personas Religiosas, que sabian bien su lengua, no obstante que surtiendo muy contrarios efectos, jamàs el Turco respondiò à mi proposito, mas que con suspirar, y llorar tristemente, hasta que una mañana, quando menos yo lo pensaba (y aun quando mas desesperado del sucesso, tenia resuelto alzar la mano de èl) haciendome llamar à su aposento, me llenò de improviso de otra nueva esperanza: Dixome, aunque por señas, que me quedasse à solas, porque tenia que hablarme, y yo entonces creì que deliraba, pues no reconocia, que ignorando su lengua era cosa impossible entenderle, y con aquesta duda mandè llamar à quien nos fuesse interpre-

prete; pero advertido de èl, en muy claro Español me respondiò, que no era neceſſario. Quedè paſmado oyendo tal milagro, y verdaderamente le tuviera por tal, ſi èl no me deſengañàra, como vereis muy preſto. Caì en la cuenta, y en ſu gran diſsimulo, y acomulando cauſas à mi curioſidad, me prometì de todas una grande ſalida, y aſsi haciendo primero deſpejar el apoſento, ſentandome, eſcuchè en muy gallardo eſtilo, ladino Caſtellano, y harto mejor que el mio, el razonamiento, que empezò de eſta ſuerte.

Por muchas cauſas, ò dueño, y ſeñor mio, te he querido llamar en eſte duro trance, en quien yà ſolo es tiempo de confeſſar verdades, y mayormente pendiendo de una de ellas el principal remedio de mi alma, que todo lo demàs es aceſſorio, y de muy poco efecto; pero porque en el divino acatamiento, ſean de algo mis propias confuſiones, y ocaſion de algun merito mi terrible verguenza, no eſcuſo (si bien cercado de ella) el declararte los intimos ſecretos de mi pecho: no para que ſu maldad te deſobligue, ſino para que como acertado Medico apliques à ſus llagas remedio conveniente. Tu, como Cavallero Chriſtiano, trata de ſu cura; y yo, como tu cautivo, y obediente, la reſigno en tus manos; haz de ella, y haz de mi lo que por bien tuvieres; confio que ſerà mejor, pero eſcuchame aora.

Eſte preambulo tan concertado, y bien diſpueſto me dexò abſorto, y mucho mas el diſcurſo de ſu hiſtoria, que aſsi fue proſiguiendo.

A doce leguas de la Imperial Toledo, digniſsima cabeza de los Reynos de Eſpaña, eſtà un Lugar de aquel Arzobiſpado, donde naciò el que vès, no ſegun han penſado, y te dixe al principio en el Peloponeſo, y de padres infieles, ſino iluſtres, y nobles, y como allà decimos, Chriſtianos muy rancioſos; mas como entre las flores, y plantas mas hermoſas, tal vez ſe empina el cardo montaràz, aſsi para ſu ofenſa naciò eſte monſtruo de ſu mas limpia ſangre; y es aqueſta verdad tan infalible, y cierta, que no puedo alegar razon que me diſculpe, pues ni me faltò el paternal cuidado, crianza, y diſciplina en mis primeros años, ni haſtà los diez y ocho, que ſalì de ſu abrigo, me dexaron gaſtar el tiempo ocioſamente, ni menos que en exercicios loables, letras, y eſtudios, ſegun mi ſuficiencia. Eſtos buenos principios torciò mi inclinacion deprabada, y nociva, diò al traſte con ſu empreſſa, y con pequeña cauſa deſamparandola me hizo dexar mi caſa, y ſonſacando à otro mozuelo, algo menor que yo, fa-

li à vèr el mundo en ſu compañia, ò à comprobar (ſegun yo decia) ſus maravillas grandes, y portentoſas obras, opulencia de Reynos, y eſtrangeras Provincias, que avia viſto, y leido en diverſas hiſtorias. Aſsi ſe concertaron las primeras piſadas de mi deſobediencia; faltè à la obligacion, que debia à mis padres, à ſus neceſsidades, y trabajos, cuyo remedio, y fin, juzgaban ellos, que ſerian mis eſtudios: cerrè à ſu amor los ojos, y abrì deſenfrenado franca entrada en mi alma à todos los pecados, vicios, y libertades, que con ſu fuerza grande, al cabo me arrojaron en el eſtado que mirais, y al preſente ſuſpiro. Conocidos, y viſtos los principios del hombre, facil nos es conjeturar ſus fines; tal es la inclinacion, qual ſiempre fue el ſugeto, y tal qual eſte ſu lenguage, y platica, y con ſu platica ſe conforman ſus obras, y con ſus obras, ſe concierta la vida, y de ordinario, con la vida, la muerte; mas no permita Dios, que en mi ſe vean cumplidas eſtas palabras ultimas; eſpero en ſu bondad infinita, que pues por tan eſtraños, y ſecretos caminos me ha traìdo à morir à tierra de Chriſtianos, no ſerà el paradero, y fin de mi carrera, como pronoſticaron ſus avieſſos principios.

Digo, pues, dueño mio, que ſalì de mi patria yo, y mi camarada, con tan poco dinero, como diſcurſo, y juicio, y aſsi mal ſuſtentados llegamos de mañana à Torrijos: guardabaſe de peſte aquel, y los demàs Lugares, no nos dieron entrada, ni noſotros llevabamos el acoſtumbrado teſtimonio, y aſsi huvimos de callar, y bolver al camino; pero un caſo harto impenſado ſuſpendiò aqueſte intento, y aun me puſo en peligro de perderme. Hallò mi compañero en medio de aquel campo una pequeña choza, y metiendoſe en ella, dentro de breve eſpacio ſaliò con una eſpada, no parecia perſona en todo ſu contorno, tuvelo à buena dicha, y aplicandola luego para los gaſtos del camino, yo, que era mas diſpueſto me la puſe en la cinta, mas preſto à mi peſar me dexaron ſin ella. No aviamos andado medio quarto de legua, quando por el raſtro nos alcanzò ſu dueño, y como con mis fragiles brazos, y experiencia, peleò juntamente ſu verdad, y juſticia, no ſolo nos rindiò, mas con la miſma eſpada me diò una grande herida en la cabeza, y à un pienſo me acabàra, ſi à las voces, que dimos mi amigo, y yo no acudieran corriendo cinco, ò ſeis Carreteros, que me quitaron de ſus manos, y advirtiendo la ſangre, le agarraron, y bolvieron al pueblo, y à los dos juntamente: donde por no canſaros con tan

pueriles cosas, y porque mi grave enfermedad no dexa que me alargue, un Alcalde Ordinario conociò de la causa, y me mandò curar en casa de un vecino; mas en el interin temiendose mi amigo, que tambien le dexassen por las costas, no sin algunas lagrimas, y abrazos se despidiò de mi. Esto ha ocho años, y nunca mas supe de èl, si bien aunque estuve en peligro, sanè dentro de quince dias, y fuy en su busca, y seguimiento à la Ciudad de Sevilla, para la qual era nuestra jornada.

Aqui llegaba el misero cautivo, quando sin poder mas reportarme, visto tan claramente, y conocido lo que tenia delante de mis ojos, advertida su platica, advertidos los passados progessos, y principios de mi historia, los sucessos, y casos de mi primer viage, llorando tiernamente, no sin espanto suyo, interrumpiendola, abracè en mi cautivo, en el dissimulo de Turco, que yo estaba escuchando al primer compañero, que tuve en esta vida, al condiscipulo de la Escuela, y Estudio, y aquel, que si traeis à la memoria en el principio deste libro, dexè herido, y curandose donde èl ha referido. Tales, y tan peregrinos son los acaecimientos de los hombres, y por el consiguiente, tan digna de respeto, y justa admiracion la causa superior, que los govierna. Dì à su Divino Autor con profunda humildad reconocidas gracias, juzgando este dichoso encuentro por uno de los mayores beneficios, que tuve de su mano, tanto por la reducion de aquella oveja, quanto por vèr, que se servia de enderezarla por mi medio; y bolviendo con nuevo regocijo à abrazar à Figueroa, me le dì à conocer, colmando con novedad tan increible, igualmente su pecho de espanto, y confusion, de verguenza, y consuelo. Pasmò en oyendo mis razones, y con silencio mudo, fixando los ojos en el suelo, dixo callando, con solamente lagrimas, mucho mas en su abono, que lo que pudiera hacer con infinitas razones. Assi con larga intermission le dexè, que templasse, y fuesse poco à poco despidiendo del pecho la subita congoxa, que le tenia turbado. Despues de la qual, confortandole yo con entrañable afecto, y dandole animo con mas tiernas caricias, y aun breve cuenta de mis acaecimientos, bolvì à su termino los perdidos espiritus; y à mas firme esperanza, y seguro puerto, su empacho, su temor, y desconfianza. Y con tanto ratificado nuestro passado amor con otro estrecho lazo, nuestra antigua amistad, con la aficion, y fee, que suele perpetuarse, quando desde pequeño se comienza, y prosigue:

como quiera, que para el remedio de su alma no convenia encubrir lo essencial de su cuento, aunque con dèbil voz, algo mas alentado, le bolviò à referir en la siguiente forma.

Supuesto, amado Pindaro, que à mi me importa, y à ti no es enojoso este discurso triste, no lo pienso escusar, si bien mucho quisiera, que antes de proseguirle, disculpasse igualmente mi mal conocimiento, lo mismo, que en el tuyo puede ayudar al mio. Como te libra à ti mi trage, y lengua barbara, haga lo propio en mi, el poco, ò ningun tiempo, que aqui te he conversado el verte aora tan gallardo, y tan hombre, y el averte dexado tan muchacho, y rapaz quando nos apartamos en Torrijos; tu para continuar tan buenas dichas, y yo para despeñarme en Sevilla, como sabràs aora. Alli, pues, caro amigo, te esperè muchos dias, si bien el gran trabajo, que tenia en conservarme, para mas bien hacerlo, me obligò à procurar mejor modo de vida. Supe que un Cavallero, tratando de casarse, buscaba pajes, y daba ricas libreas, y aunque muy mal tratado, mi talle, y modo le pareciò apropósito: recibiòme en su casa, y en corto termino, yo me vì reparado. No passò una semana sin concluir la boda, traxo mi amo à su esposa, que era una hermosa dama: y assi con muchas fiestas, largos, y alegres dias regocijò la familia este su nuevo estado. Llamabase èl Don Carlos, y su muger Luciana, èl discreto, y galàn; y ella bella, y virtuosa, y uno, y otro muy ricos, y poderosos, con que en tan cuerda union, fuerza era, que viviessen una vida alegre, y dichosa; tal lo era ciertamente, y con razon pudiera embidiarse en Sevilla aquel feliz, y hermoso ayuntamiento, si la instable fortuna, natural enemiga de los buenos, no bolviera su suerte, trocando la mayor tranquilidad, y buena dicha en el mas triste estado, que padecieron hombres: De esta calamidad fui yo no poca parte, y assi aunque es algo accessoria al principal motivo, que me obliga a contarla, todavia, porque lo sepas todo, y se averguence mi alma, refiriendo sus males, podràs tener paciencia, y escucharla. Traxo Luciana consigo, entre otras muchas, una criada, à quien por la experiencia de amor, y servicio, estimaba en estremo, y aun daba un poco mas de libertad, que à sus compañeras, con la qual acaeciò, lo que à mugeres suele, que con el regalo demasiado, favor, y libertad, se olvidan de su honra. Aficionòse à mi, y yo tambien puse en ella los ojos, y como es tan dificil, que de unas puertas adentro, por mas recato que aya, dexen de executarse estos

hurtos amorosos, qual el ladron de casa, facilmente los puse donde nuestros deseos torpemente anhelaban, mas no perseveraron en semejantes desordenes. Fuimos sentidos presto, y casi cogidos, como dicen, las manos en la massa; por la honesta señora; pero aun en tal desgracia nos favoreciò la suerte. Estaba entonces en el campo Don Carlos, y su ausencia, diò termino para que mitigasse su alteracion Luciana; quiso al principio entregarnos, llamando al marido; pero pensando en ello, temiendo, que con furioso impetu nos matasse, y luego la inquietud, que le redundaria, determinò seguir otro consejo. Mandòme, que al momento saliesse de Sevilla, y segun despues supe, con secreto, y sin ruido, pagò la triste criada lo que entrambos debiamos, y tal labor la hizo, que en mas de un mes, coloreando el achaque con cierta enfermedad, no saliò de una cama: y puesto caso, que por su atrevimiento, y deshonestidad debiera aborrecerla, no obstante, piadosa, y compassiva, rezelando, que del desampararla naceria su mayor perdicion, la regalò, y curò, y aun la bolviò à su gracia: Mas ni esto fue bastante para amansar la rabia, y el deseo de venganza, que por el justo castigo, interrupcion de sus deleytes, y aver echado tierra sobre nuestras maldades, se apoderò de su criada. Estaba yo en el interin tan ciego, y abrasado de mis locos amores, q̃ no solo no obedecì el mandato, ni salì de Sevilla: mas bebiendo los vientos por todos los caminos, que me fueron possibles, procuraba tener noticia de mi dama; y assi ella, que no menos que yo anhelaba à las mias, luego en convaleciendo tuvo mejor acierto, supo de mi persona, y no faltando modos para escrivirme, ni medios, y terceros para hablar, yo la vi muchas veces por una alta ventana, y ella, que no ignoraba mis pocas fuerzas, à trueque de que yo perseverasse en la Ciudad, se quitaba el sustento, vendia las mismas tocas para darmelo.

§. XXVI.

DEsta suerte proseguì muchos dias en su impossible empressa, porque con lo passado, el recato, y cuidado de Luciana, le puso tanto estorvo, que le dificultò, y aun hizo inexpugnable. Jamàs un punto la apartò de sus ojos, ni en casa de sus padres (que los tenia en Sevilla) la dexaba salir, ni aun à Missa sin ella; con que precisamente fue creciendo su llama, y por el consiguiente su irreparable enojo. Yà no de proseguir mi amor, sino de vengarse de su ama, trataba Lucrecia. Era aqueste su nom-

nombre, harto distinto de su primer origen. Mas ciego es en la muger, mas terrible, y fogoso el apetito de venganza, que su propria lascivia, lo que no hiciere ayrado este fragil sugeto (mal he dicho) este espantoso monstruo, no intentarà, ni harà la mas hambrienta tygre. Bien es verdad, que nunca concedi en su horrendo proposito, si bien tampoco lo escusè, y desviè, como estaba obligado: lo cierto es, que aunque oi su amenaza, nunca pensè, que Lucrecia la pusiera en efecto: mas engañòme entonces mi corta experiencia, pues sin poder bastar mis ruegos, y persuasiones, ella se resolviò à determinarla, y encubriò el secreto muchos dias. Esperò coyuntura, y estando su señora fuera en cierta visita, Don Carlos en su estudio, no quiso perder tiempo, entròse à èl, y cogiendole solo, le dixo, que queria hablarle; y añadiendo ser cosa de importancia, cerrando el aposento, èl la escuchò con mucha admiracion, y ella le comenzò à decir estas mismas palabras:

Dos condiciones solas quiero, señor, que me prometas antes de descubrir mi pecho: una ha de ser, que has de guardar secreto, sin nunca publicar el autor de este aviso; pues no serà razon, que por premio de mi lealtad, y zelo de tu honra, en algun tiempo alguien me dè la muerte: y la otra ha de ser, el no correr con furia, ni precipitacion, sino mañosamente, hasta vèr con los ojos lo que te advierto aora. No pudo menos de turbarse Don Carlos, ofreciò assi cumplirlas, y rebentando por salir de tal duda, la mandò proseguir, y ella comenzò de nuevo à hacer nuevos preambulos, yà por disculparse en darle un tal enojo, yà en el aver tardado en descubrir la causa, y yà sobre calificar su lealtad, y experiencia, su servicio, y amor, su diligencia, y promptitud; y principalmente la verdadera fee con que à Luciana amaba, no tanto por su merecimiento, quanto por vèr con tan larga assistencia lo mucho que èl la estimaba. Aqui haciendo una pausa, passò mas adelante, y dixo: Vèr, pues, señor mio, tu aficion tan mal correspondida, tu decoro, y honor tan poco respetado, mueve oy à mi lealtad mi lengua, para poder decirte, que te ofende, y afrenta Luciana. Sabe Dios, que antes de esto son infinitas las veces, que la he reprehendido, y muchas mas las que por fruto de mi amonestacion he sacado palabras injuriosas, obras indignas, y malos tratamientos de su boca, y sus manos, y aun has-

hasta amenazarme con la muerte cruèl no ha parado: Yo temo, que esta se me apareja yà, si tù no me socorres, remitiendome en casa de mis padres, ò no pones remedio en las cosas de entrambos. Un vil criado tuyo ha violado tu lecho, no es mas ilustre, y alto su infame, y torpe empleo: los dos viven tan ciegos en su amar, y tu injuria, que si tienes paciencia, y te goviernas con cordura, veràs, y tocaràs probado su delito. No quiero, que en quanto à esto fies de mis palabras, aunque si abres los ojos, si callas, y no dàs muestra de tu rezelo, yo asseguro, que muy presto, mirandoles al rostro, conozcas su maldad, y qual es el criado que te ofende.

Cessò en diciendo aquesto la inadvertida moza, y no menos terrible le fuè al triste D. Carlos escuchar sus razones, que si en dos mil pedazos le arrancàran el alma. Amaba, aun mas que à ella, à su inocente esposa: teniala (como en efecto lo era) por muy honesta, y santa, juzgaba por impossible cosa semejante probanza. Mas entendiendo quan facilmente podia desengañarse, algo mas alentado dissimulò su pena: advirtiò à Lucrecia, que sobre aquel sucesso no hablasse à otra persona, y mandandola bolver à su labor, se quedò solo; pensando en su desdicha, y de quien seria el criado cómplice en su traycion. Tenia entre los demàs uno muy gentilhombre, de rostro muy hermoso, y de costumbres mucho mas, y por aquesta causa su mas favorecido; y assi, su esposa (entendiendo que le agradaba en ello) siempre se servia de èl, siempre le regalaba, y cuydaba en su avio. Ningun negocio, ninguna diligencia, ò mensage, y recaudo mandaba Luciana à otro, todo corria con pura, y sencilla voluntad por las manos de aqueste. De aqui naciò el presumir Don Carlos, que aquel debia de ser, pero su gran fidelidad, experimentada de èl por muchos años (porque le avia criado desde los primeros que tuvo) le hacia prevaricar, y dudar en el credito: mas con todo deliberò de andar muy sobre aviso, y vèr si podria desengañarse por sì mismo, sin usar de otros medios. Y con aquesta advertencia, como quiera que yà sus proprios zelos le iban trastrocando las cosas, lo negro haciendolo blanco, y lo hermoso muy feo, pareciòle, que aquel andaba mas pomposo, y lucido; y siendo assi verdad, que el ser limpio, y bizarro le procedia de una natural lozania, la atribuyò à mal fin. Y fuera de esto, atendiendo el criado solo

à

à servirle bien, viendole tan solicito, tan cuydadoso, y diligente, tan continuo en su presencia, y tan asistente à agradar à su esposa, y à grangearle à èl, todo le fuè incentivo para crecer su sospecha: todo mirado con presupuesto falso, aumentaba sus zelos, y en admitiendose estos, ò su amarga ponzoña, siempre sucede asi. Qualquiera accion de la ignorante dama, aunque fuesse de las mas ordinarias, y comunes, interponiendose el criado, era el retrato vivo de la traycion, que presumia en entrambos; y en conclusion, de tal forma el demonio dispuso sus descuydos, que sin tener Luciana cuydado alguno en lo que sanamente, y con bondad hacia, y sin pensar el page la ofensa de su dueño, y los rabiosos ojos con que eran remirados sus mas gratos servicios, incurrieron en la culpa, que nunca cometieron, y en el castigo cruèl, que no avian merecido. Finalmente, Don Carlos tuvo por cierto el daño, y resuelto à vengarse, hablò primero à Lucrecia, quiso saber primero, si se atrevia à hacelle vèr con efecto lo que con palabra le avia descubierto, y prometido; y ella mas obstinada, ofreciò el cumplimiento con gran facilidad. Informòle del modo, dixole, que fingiesse, que como otras veces se iba à cazar al campo; y que bolviendo solo cerca de media noche, la hiciesse cierta seña, con la qual le abriria; y que yendose luego al aposento de su esposa, la cogeria segura con su atrevido adultero. Asi fuè su concierto, y sin mas dilatarlo, pareciendole bien al desdichado Cavallero (con quantos criados podian embarazarselo) saliò el siguiente dia, con voz de que iba à caza. Asi lo presumiò su honesta compañera, y bien agena del mal que la esperaba, antes de anochecer, reconociò la casa, mandò cerrar las puertas, y con su gente se recogiò temprano. Era de parecer, que la muger honrada, ausente su marido, se ha de tratar como huerfana, y viuda; pero antes de esto, por la ventana acostumbrada, yo me vì con Lucrecia, de quien sin muy largos rodeos (como el guardar secreto con quien se quiere es cosa tan dificil) mirandome algo melancolico, y triste, no tan solo pensando asi alegrarme, escuchè muy alegres consuelos de su boca, cierta, y breve esperanza de bolver à gozarnos, mas juntamente su traycion, y venganza. Bien pienso, que creyò, que la daria albricias, ò que de puro gusto saltaria como loco, mas fuè otro efecto el que sintiò mi alma: los Cielos saben, que en mi

mi vida suspirè, ni llorè causa, que me afligiesse tanto. Mucho amaba à Lucrecia, y mucho mas la quise à los principios, que las intercadencias templan, y enfrian sus llamas: mas ni por esso me atrevi à tolerar un tan gran maleficio, disimulè, y callè, y despidiendome lo mas presto que pude, hice una Cruz al puesto, y con resolucion de abandonallo todo, provecho, y aficion, sustento, y voluntad, escriviendo à Don Carlos un papel sellado, y bien cerrado, se le dì al mismo page, que inocente culpaban: mas quiso mi ventura, y aun la contraria suya, que no supiesse yo con tanta distincion, como era necessario, la maquina trazada, ni sabia si era èl la persona essencial, ni el tiempo, y modo, ni otra circunstancia del caso; y asi tan solamente avisè por mayor à Don Carlos, lo que sabreis despues, advirtiendo al criado, que en todo caso le diesse aquel villete al punto que llegasse, y aun si pudiesse ser, se le embiasse adonde estaba en caza. Encarguèle este punto encarecidamente; y porque no faltasse, le repetì mil veces, que era un muy grave aviso; pero quando està una desgracia determinada de los Cielos, por sus secretos juicios, poco aprovechan, y sirven diligencias humanas. Pensè, que aquesta mia pudiera remediar el alevoso engaño, mas yo trabajè en valde, mi buen zelo me escusa, mi ignorancia me salva. Finalmente, segun lo concertado, Don Carlos, huyendose à su gente, bolviò à la hora advertida; y poniendose al lado una daga emponzoñada, y trayendo consigo cierto veneno fuerte, dispuesto para el caso, hecha la seña, baxò Lucrecia à abrirle; pero es de advertir, que antes corriò primero al aposento del criado, y llamandole apriessa, le hizo subir al mismo de Luciana, y diciendole, que ella se lo mandaba, porque queria embiarle à que traxesse un Medico, tambien le diò à entender, que la avia salteado un accidente repentino. Con lo qual, sin poner otra escusa el diligente mozo obedeciò volando; y al proprio instante, abriendo ella la puerta à su señor Don Carlos, de tal forma dispuso esta apariencia, que el ir subiendo el uno, y baxando el otro, fuè casi todo à un tiempo. Avia hallado el criado cerrado el aposento, y con gran quietud el quarto de su ama; y casi, escuchando un poco, y llamando un buen rato, y no le respondiendo, juzgò que fue el intento de Lucrecia burlarle, y con algun enfado se bolvia para el suyo: mas atajò sus passos quien menos èl creyera, que le podia ofender. Apenas su señor, con verle en tal lugar, confirmò sus

sos-

ſoſpechas, quando embiſtiendole furioſo, à los primeros golpes le paſsò el corazon, y ſin decir Jeſus le tendiò en aquel ſuelo, y con la miſma rabia derribando las puertas entrò donde ſu eſpoſa eſtaba reposſando, y arremetiendo à ella, arrebatandola del lecho por ſus madejas de oro, que tal era el cabello, la traxo un largo eſpacio arraſtrando, y hiriendo de unas partes à otras, y eſtando caſi muerta con mal tan repentino la inocente ſeñora, conociendo à ſu eſpoſo, mucho mas ſe turbò de verſe aſsi tratada por quien (en fee de ſu virtud, y de no averle errado) antes de ſer reſpetada. Con eſte mortal afligimiento, llorando, ſolo le ſuplicaba le dixeſſe la cauſa, mas èl ſordo à ſus voces, con el ſangriento pomo de la daga, porque no hablaſſe, la hizo pedazos los dientes de la boca. Y aſsi aviendo deſpues de eſto gran rato maltratadola, queriendo deſpacharſe, por no derramar ſangre de quien tanto avia amado, la diò à eſcoger de dos partidos uno. Dixola, ù toma eſte veneno con que ſe acaben tus miſerables dias, ò eſpera que yo con mi daga te haga pedazos el corazon, y el pecho. A eſta triſte ſentencia, viendo la infeliz dama deliberado ſu mas querido eſpoſo, y que ni ſus ruegos, y lagrimas podian moverle à eſcuchar ſus razones, tomò la caxa donde eſtaba el veneno, y alzando al Cielo los laſtimados ojos, dixo: yo hago à Dios, y à los hombres teſtigos, de que muero inocente; yo ruego à la divina providencia, que no quede contigo (ò Dueño amado mio!) ni con el mundo atomo de ſoſpecha, que ſea contra mi honra, y que ſea mi limpieza con tan claras ſeñales conocida, que à ti te peſe mas de la preſente muerte que executas, que no à mi de perder eſta amarga vida. Bien sè, que me la quitas, ò por mal informado, ò por aborrecerla; pero tambien no ignoro, que ni por eſto, ni por aquello es dado, ò permitido: mas no obſtante, ſolo aora me es licito callar, y obedecerte, no quiero, que tu mano irrite contra sì, con mayores crueldades el caſtigo del Cielo, ſin derramar mi ſangre, conſiento, y quiero que conſigas tu guſto. Aſsi hablò, y con valor conſtante llevando el eficàz veneno haſta la boca, lo paſsò en un momento, y hecho eſto, bolviendoſe al marido tornò à decirle ſemejantes razones. Yà, Carlos de mi vida, ſe executò tu guſto, yà ſeñor mio cumpli tu voluntad; juſto es, que pues aora no ſe eſcuſa mi muerte, tu que eres mi marido no me niegues en eſte ultimo trance lo que aun me concedieran los mas fieros enemigos: no

es impossible ; ni arduo lo que quiero pedirte, que me declares la causa de tus iras, es solo lo que yo te suplico ; y este bien solamente, si puede aver consuelo en tan amarga despedida, se le darà à mi alma, concedela, y concedeme, que parta de tus pies con este breve alivio. Aqui oyendo demanda semejante el engañado cavallero, en vez de lastimarse, y reprimir su colera, mas encendido en ella, juzgò por mayor atrevimiento querer assi su esposa negarle su pecado, y delito, que si le bolviera à cometer de nuevo. Y assi con mas furor, bolviendola à tomar por los cabellos, la dixo : como infame muger, aun tienes lengua, viendote en tal estado, para contradecir lo que mis ojos vieron, y tocaron mis manos, mas yà caygo en la cuenta, yà conozco, y entiendo que te agrada el mirar antes de tu vil muerte, la causa de ella, y el fin de mis afrentas ; vèn, vèn, sigueme sucia harpia, bien es, que pues yà mueres, te conceda essa gracia. Con esto arrastrandola por todo el aposento, la sacò, y la llevò, adonde estaba rebolcando en su sangre el desdichado mozo. Y echandola en llegando sobre el difunto cuerpo, con temerosa voz la dixo : hartate desleal, yà cumplo tu deseo, pues te acordaste en la ruina de mi honra con esse infiel sugeto, justo es, que os conformeis aora los dos, en la muerte, en el lugar, y el tiempo.

En este punto la infelicissima señora, à quien yà muy apriesa yendosele acercando al corazon, el eficàz veneno, le faltaban las fuerzas, viendo aquel espectaculo, y alzando debilmente el macilento rostro, dixo dando una voz: O poderoso Dios! tèn piedad de mi alma, mayor es mi desgracia de la que yo creìa, mayor es el engaño de mi querido esposo, mucho mayor sin duda, pues assi ha muerto à dos tan injustamente ; alumbrale Señor en ceguedad tan grande, aclara mi lealtad, y manifiesta la inocencia de aqueste, y la traycion con que hemos muerto entrambos. Y no pudiendo pronunciar los ultimos acentos cayò difunta, dexando atonito, y pasmado à Don Carlos, de vèr en su muger tanta constancia, morir negando su delito, y injuria; mas como con el haver hallado su criado en el puesto que dixe, tenia tan confirmadas sus zelosas sospechas, desechando otra duda, tratò de disponer sus cosas con segura salida. Avia imaginado cierta traza, para dàr à entender, que de una apoplexìa podia aver muerto esta noche Luciana ; y assi llamando à la cruel Elvira, ayudandole ella, la puso en su mismo lecho. Y despues

pues de esto, queriendo juntamente dàr cobro en el criado enterrandole en unos soterraños. Como para ponersele en el ombro le fuesse levantando por la mitad del cuerpo, el mismo peso abriò las faldriqueras, y entre otras cosas que salieron de ellas, y cayeron à sus pies, fue el villete cerrado, que segun dixe arriba, yo se le avia entregado la tarde antes, para que se le diesse en viniendo de caza; y como en tan arduo negocio convenia estàr muy advertido, y no dexar camino, ù rastro por donde se pudiesse presumir el secreto, pues muchas veces vemos, que de pequeñas, y aun menores señales nacen grandes indicios; y finalmente el descubrirse casos importantissimos, atento à prevenirle, no quiso el cavallero que alli quedasse cosa que hiciesse daño. Recogiò las que dixe, y entre ellas mi papel, mas viendo el sobreescrito que era para èl, no obstante la obra comenzada, incitado, y movido de la Justicia Divina, que no queria dilatar el castigo, le abriò, y lo leyò, que es lo mismo que se sigue.

Por aver comido vuestro pan, y sobre todo por lo que debo à Dios, y me obliga su fee, ser hombre, y ser Christiano, os aviso señor, que vuestra criada Lucrecia, trata de levantar à vuestra esposa una grande traycion, en venganza de averla ido à la mano en mis amores mismos; que esta fue señor mio la ocasion verdadera porque Luciana me echò de vuestra casa. Seaos esta advertencia Norte, y senda segura, para no tropezar engañado en algun baxio; mirad sin duda, que lo que os digo es cierto, porque aun aquesta tarde, me ha declarado en quan estrechos puntos andaba su venganza, y las injustas muertes de Luciana, y otro criado suyo, con el qual os avia hecho creer, que torpemente manchaba vuestro lecho. Cuerdo, y prudente sois, recibid el aviso, y proceded en este caso antes de comenzar, menos acelerado, que cauteloso; que si lo haceis, yo fio que vereis mi verdad, y me quedareis agradecido para siempre.

§. XXVII.

Assi, aunque tarde, leyò Don Carlos lo que yo le escrivia; temblandole las manos, y el corazon turbado dentro del pecho; creyò sin duda en viendo mi papel, que algun espiritu para mas afligirle, ò reducirle à que desesperasse, le avia fingido, y puesto delante tan fuera de sazon aquel inopinado encuentro: por otra parte presumiò, que dormia; y que tan tristes cosas le sucedian soñando; y en un muy grande ter-

termino; ni se pudo mover, ni levantar los ojos del villete. Mas en el interin, la perjura criada, que nunca imaginò, que su venganza llegàra à executarse con tan sangrientos fines, reconociendo à semejante tiempo en el rostro de su amo tan nueva alteracion, mudanzas, y señales tan fuera de proposito, adivinando su desastre (como quiera que esta sea calidad de los malos, estar siempre temiendo el castigo, y la pena) tambien comenzò à demudarse, y perder las colores; pero fue mucho mas quando su amo (no porque curioso quiso vèr como le tomaba, y recibia) la puso mi villete en las manos: porque entonces, yà sin tener esfuerzo para dissimular, apenas conociò mis renglones, quando cortada, y sin alientos se cayò desmayada; pero bolviendo luego en sì, con igual desatino, levantando, y cayendo, quiso dàr gritos, quiso correr à echarse por una alta ventana, que salia à la calle. De esta suerte quitandola el vigor para dissimular, quando mas la era necessario, permitiò Dios, que aun sin hablar palabra, tacitamente confessasse su culpa, y tarde, y mal Don Carlos conociesse su engaño. Con todo esso, aun con estàr yà èl mas muerto, que su esposa, tuvo valor, y espiritu para mandar à la criada que extensamente, y sin negarle nada, le refiriesse la verdad de todo el sucesso. Y ella assimismo, para echarse à sus pies, y pedirle perdòn con muchas lagrimas; y juntamente para hacer su mandado, contandole desde el principio hasta la postre, todo el processo de nuestro amor, y miserable origen desta amarga tragedia, repitiendo en su discurso largo muchas veces, que nunca avia pensado que tan al fin llegàra su terrible venganza, ni la avia deseado para mas que vèr à su señora maltratada, y herida, como lo fuera de ella. Esto fue lo que dixo, y estas palabras solas las que pronunciò en esta vida, porque aun no siendo poderoso para escucharla mas el engañado cavallero, rompiendo el ayre con dolorosas voces arremetiò con ella, y rasgandola el pecho, aviendo primero dadola veinte y seis puñaladas, la sacò el corazon, y con la misma rabia enfureciendose con èl, por ser el instrumento principal donde forjò sus daños, le dividiò, y partiò en mil menudas piezas. Y sin mas tardanza, despues de un triste llanto que hizo sobre los cuerpos de su casta muger, y fiel criado, juzgando por impossible cosa recatar tantos males, dexando mi papel, y à las espaldas de èl escrito todo el caso, se saliò de Sevilla, y con ligeras postas se metiò en Cathaluña. Luego el siguiente dia se puso

en la Ciudad, y estando en gradas alcancè su noticia, y aunque mi aviso otras nuevas mejores me prometia, todavia si bien las sentì, no me cegò el dolor de la suerte que à Lucrecia. Considerè mis cosas, y temì, que yà por sabidor, y còmplice en el hecho, ò yà para su mayor comprobacion, me pondrian en la carcel, y que en ella por si viste, ò no viste, ò si pudiste, ò no pudiste avisar con mas tiempo, me tendrian dos años. Tomè mejor consejo, y vendiendo el vestido, trocandole à otro peor, disfrazado, y à pie caminè àzia San Lucar.

De alli, despues de aver gastado lo poco que llevaba por esta causa, y porque tambien no me tenia por seguro, partì à unos Lugarcillos del termino de Cadiz do estàn las Almadrabas, y en quien, aunque lo diga con verguenza, y disgusto, viendome perecer, me acomodè à su Oficio; parè en aquella confusa picardia, vascosidad, y horrura de nuestra Patria España. Pudiera referirte de aquel baxo exercicio sucessos bien notables, mas el gran mal que siento, me hace, que passe en blanco estas, y aun otras cosas. En fin, yo gastè aqui quatro meses de tiempo, y no sè si fueran muchos mas, segun me avian prendado la vagamunda ociosidad, libertad, y abundancia, de que sin Rey, ni ley, gozaba alegremente; pero perdila toda quando menos cuidaba. Guiado, como despues lo supo, mi mayor desventura, el aviso que diò un Morisco Andaluz, enxerto en mal Christiano, yà de el grande descuido en que estaba la tierra, y yà de el poco estorvo que se podia temer de nuestra corta guardia. Assi por esta causa animando à Zanaga, cosario vigilante, y Turco de nacion, saliò de Argel en corso, y caminando àzia Poniente con quatro Galeotas, en pocos dias desembocò el Estrecho, y acercandose à Cadiz, antes de amanecer echò en tierra su gente, y con gran brevedad valiendole la noche, nuestro descuido, y sueño, antes que despertassemos yà estabamos cautivos mas de docientos hombres, con quien no sin suspiros mios, comenzaron à guiar do estaban sus baxeles. Pero por mucha priessa que el barbaro se diò, entendido en la Isla, saliò el Corregidor con buena gente (dixose en las Galeras, que un natural de el Puerto, renegado, saltò de ellas huyendo, y avisò à la Ciudad), poniendo à su endiscrimen el contrario sucesso, como en el peligro cierto de perecer los Turcos, ò perder la presa, la qual iban aora recogiendo, y haciendo el ultimo esfuerzo por librarla, y librarse, mas no les fue possible. Travòse escaramuza, sintieronse apre-

apretados, y mal que no quisieron alargaron los mas, solo yo, y otros treinta, por nuestra desventura, nos quedamos cautivos, aunque antes, un fracaso puso nuestra libertad en alguna esperanza. Parece ser, que aviendo la marea vaciado entonces mucho, quando los acosados Turcos quisieron virar las Galeotas, las hallaron en seco; lo qual visto por ellos, les causò gran desmayo, si bien en quanto algunos pocos, escaramuzando bravamente, detuvieron los nuestros, la resta que quedaba, con los ombros, y brazos à pura, y viva fuerza las echaron al agua: esto se pudo obrar con las tres solamente, eran vasos pequeños, y no obstante perdieron antes de executarlo mas de quarenta Turcos entre muertos, y presos; pero el baxèl de Azàn por muy grande, y pesado, escapando la gente, quedò con los de Cadiz, mientras desesperados dieron los tres la buelta dexando à diez por hombre, defraudado el sucesso, que solo fue tragico, y lloroso para mi, y otros treinta Christianos. Pues quando en un momento bolvieron à su asiento los demàs camaradas, y quando los de Cadiz celebraban con fiestas la vitoria, la presa rica, y amada libertad de los tristes forzados que venian en la Galeota de Azàn, mis lastimados ojos, y mi cansado aliento, arrojaban al viento suspiros tiernos, y lagrimas amargas, y mayormente luego que vì apartarme de la Costa de España, perder de vista sus apacibles montes, y ponerme en seis dias en la Playa de Argel; donde en publica almoneda nos vendieron al punto, cayendo yo en poder de un Arraèz de Biserta, que me llevò consigo dentro de veinte dias. Diòle en este viage, mi juventud, y falta de experiencia, ocasion à mi dueño, para persuadirme mejor, que tomasse su ley; yà à las veces con ruegos, yà con amenazas, yà con caricias, yà con malos tratamientos; pero siempre vencì, y le dexè corrido, porque es tal la verdad, tanta la fuerza de nuestra Fè Catholica, y tiene el alma con ella tan alta consonancia, que el confessarla solo, la assegura, y quieta, como al rebès la aflige, el dudarla, ò torcerla. Este claro argumento, aunque en tan pocos años, tuvo mi mocedad por seguro puerto, sin que en muy largos dias hiciessen mella en ella ninguna estratagema de las muchas que usò mi cruel Patron, yà cargandome de cadenas, y azotes, yà cercenando mi misero sustento, y yà trayendome siempre en continuos trabajos, acarreando piedras, moliendo en atahonas, aderezando campos, cultivando heredades. Yo curaba las bes-

beftias, yo guardaba el ganado, yo plantaba jardines, yo regaba las huertas, y de eftos puños folos pendia el govierno al fervicio, y cuidado de fu cafa, y con todo no le tuve contento, hafta que cogiendome por fuerza, amarrado à un pilar, me retajò, y con igual violencia me hizo veftir de Moro, y cafar con una muchacha de quince años fu hija. Ten Pindaro por cierto, que no es lo que te he dicho prefumpcion de abonarme, fino efectivamente lo que entonces pafsò; porque te hago faber, que aunque aleguè la fuerza, reclamè à la Jufticia, y pretendi probarla, no tuve algun remedio, antes declararon Moravitos (que fon Letrados de fu Ley) que eftaba fujeto à fus preceptos, y era tan Turco, y Moro como ellos. Tienen por opinion aquellos ciegos barbaros, entre fus defatinos, efte, que es mas enorme. Afirman, que ofrecen à Mahoma muy grato facrificio, fiempre que por grado, ò por fuerza atraen alguno à fu maldita Secta. Afsi yo entonces, en el veftido Turco, y en el alma Chriftiano, permaneci hafta que tuve hijos, prendas con que empecè à olvidarme, y à remontarme poco à poco de mi remedio, y falvacion: quedème al fin, à obfcuras fin los rayos del Sol, y trocando fu luz por las tinieblas lobregas en que vivi hafta aora, ciego de un torpe amor, enlazado de una fragil cadena; y en conclufion, encenagado, y fumergido entre los viles vicios, y lafcivias que permite el ignoranto Mahometifmo. Tan largas mueftras di de mi mudanza, que feguro mi fuegro, fe acompañò de mi en diverfas jornadas, digo faliendo en corfo con una Galeota, y haciendo prefas, que pudieron lograndofe adelantar la hacienda, y el caudal tan apriefsa, que oy era nueftra cafa una de las ricas del Reyno. Pero como yà el Cielo, por fu mifericordia infinita, iba difponiendo el facarme de aquel profundo abifmo, permitiò, que tomando la buelta de Poniente nueftro baxèl, y otros fiete de Turcos que iban en fu conferva, nos dieffe la tormenta, y naufragio que tu, y tus compañeros padecifteis fobre la Fomentera, adonde folo yo me ganè en venir à tus manos, todos los demàs fe perdieron, ò quedaron cautivos, fi como alli lo vifte, mas fe les dilatàra el focorro oportuno. Eftas palabras ultimas dixo con tantas lagrimas el affigido Figueroa, quanto el horrendo retrato de fus calamidades, y miferias requeria. Juzguè con jufta caufa, que eran efectos triftes de fu dolor, y pena: mas viendole muy prefto, que con filencio grande, copiofos trasfudores, y prefurofo alien-

to, se rebolvia en la cama tomandole los pulsos, conocì claramente que el mal avia hecho pausa, y se iba aumentando con muchos crecimientos, creì, que Dios queria disponer de sus cosas, animè mis propositos, y reconciliado con la Iglesia, en quatro dias que le durò la vida, llorò, y gimiò con espantosas lagrimas su pecado, y delito, y con señales, y premisas de verdadera contricion, y arrepentimiento, dexò en mis brazos el espiritu. Pudiera aqui mi pluma dilatarse, y escrivir en tan alta materia como es la predestinacion de los hombres algunas ligneas, què mas calificassen la que resplandeciò en este caso; pero èl podrà por sì decir, lo que yo escuso, tanto por ser ageno de mis cortos estudios, quanto porque los cultos censurantes no tengan que cortar en el meterme à Teologo. Mas bolviendo al sucesso, yo hice lo que pude por el difunto amigo, y en aviendo cumplido con su sepulcro, y honras, passè à Bruselas, y dì fin al viage.

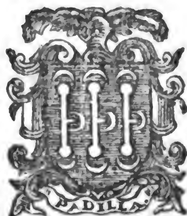
***

FIN DEL SOLDADO PINDARO, Y PROSIGUEN las Historias Peregrinas, y Exemplares de el mismo Autor.

HISTORIAS PEREGRINAS, Y EXEMPLARES,

CON EL ORIGEN, FUNDAMENTOS, Y EXCELENCIAS DE ESPAÑA, y Ciudades adonde ſucedieron.

POR DON GONZALO DE CESPEDES y Meneſes, natural de la Villa de Madrid.

Año de  1733.

CON LICENCIA: En Madrid. A coſta de D. Pedro Joſeph Alonſo y Padilla, Librero de Camara del Rey nueſtro ſeñor: Se hallarà en ſu Imprenta, y Libreria, calle de Santo Thomàs, junto al Contraſte.

BREVE RESUMEN DE LAS EXCELENCIAS de España.



L PRINCIPAL, EL mayor requisito, que aventaja à los Reynos, es la antiguedad; à cuya causa el origen de España, debe ser justamente, con grave estimacion reverenciado, pues èl solo en el mundo guarda oy el lugar primero: porque no obstante las objeciones, que se han puesto à Juan Antonio, de los tres, que en su libro tercero habla Beroso successivos al Diluvio. El de la Toscana fundado por Noè, el de Egypto, por Càn, el de los Assyrios, por Nembrot, ninguno permanece con titulo de Reyno; y assi el de España, que fue inmediato à estos, quedò graduado en el mejor lugar.

Tuval, hijo quinto de Jafet, segun el mismo Autor, Josepho Antiquit. San Geronymo, y Eusebio Cesariense, fue el Basa principal de sus fundamentos (Excelencia notable) como tambien lo es, la conservacion maravillosa de su nombre, si bien ninguna iguala à la de aver (antes q̃ otra nacion despues de la de Judea) recibido la doctrina Evangelica: assi lo sustentò elegantemente el Cardenal de Torquemada, Dominico, y nuestro Inquisidor en España, assistiendo al Concilio de Basilea.

Porque Santiago Proto-Martyr de los doce, antes que se dividiessen por el mundo los demas Apostoles, la predicò en ella, y erigiò sus primeras aras en la Imperial Ciudad de Zaragoza, Corte de la Corona de Aragon, dedicandoselas à la Emperatriz, y Reyna de los Angeles, por expresso mandato de su boca dulcissima, segun Anastasio Antioqueno, Isidoro, Braulio, Beda, Usuardo, Leon III. Gregorio VII. Gelasio II. Nicolao de Lyra, el famoso Tostado, Calixto II. y III. San Antonino, Garibay, Zurita, Morales, Román, Genebrardo, Castillo, Blancas, Vaseo, Beuter, y otros Autores nos lo afirman, y escriven. Plinio comienza en su descripcion general, hablando della, como de parte mas principal de el Orbe. Y bien se dexa vèr, que Autor tan grave, no assi se moviera, sin causas, que bastassen à repetir entonces su defensa: mas juntamente pudiessen prevenir para aora, la portentosa Magestad en que la vemos. Pues prudentemente se probarà, que ninguna Region, Reyno, ò Provincia, goza de tan ilustres excelencias. De su infinito numero, presumo entresacar doce, que sean muestra de mi verdad, y su grandeza. Ellas en tal bosquejo, podràn cali-

lificarse, que mi pluma, y talento, no aspira, ni se atreve à mayores golfos. Dirè las que ocurrieren à mi fragil memoria; ilaciones à su origen antiguo; à su defensa, riqueza, y Christiandad; à su inviolable fee, valor, y santidad, sabiduria, valentia, dominio, imperio, y consejo; y en cada qual de aquestos atributos, procurarè ceñirme à un igual numero. Sabida cosa es (como queda dicho) que fue Tubal su primer fundador: cuya Corte, y asiento, en la Region, que despues se llamò Lusitania, fue la famosa Villa de Setubal, erigida en su nombre, y desde quien poblò las demàs Provincias principales de España, que son doce, Portugal, Galicia, Vizcaya, Navarra, Aragon, Cataluña, Valencia, Andalucia, las dos Castillas, Leon, y Estremadura, que no es menos antiguo su venerable origen.

Ni es menos admirable la segunda excelencia, la defensa espantosa, que con tolerancia increible ha hecho à doce fuertes de enemigos, de quien se ha resistido en diferentes tiempos. En aquellos primeros, los tres bravos Geriones, y el decantado Caco, haràn cierta mi empressa; como despues, y en estos, los tyranos Almonidas, los Cartaginenses, y Romanos, los Humnos, Godos, Vandalos, Suevos, Burgundios, Moros, Ingleses, y Franceses; que quien quisiere leer nuestras historias, verà contra estas gentes inauditas victorias.

De sus riquezas grandes, quien duda, que oy gozàramos con mas seguridad su dulce fruto, si como se ha entendido, no lo fuera en el mundo tal verdad, y noticia. Pues es cierto, que aun quando se anegara lo restante del Orbe, España encierra en sì quanto necessitan los hombres, sin aver menester las ayudas, que ella hace à diversas Provincias, que se aumentan, y viven con los relieves de sus frutos, y metales. De estos hizo mencion el Espiritu Santo, en el primero de los Macabeos, donde dice: Que oyò Judas decir de los Romanos, que avian sujetado à España, sus metales, y riquezas preciosas. Y es certissimo, que del oro que rindieron sus entrañas, de la acendrada plata, que brotaron sus venas, no solo se enriqueciò Fenicia, Africa, y Grecia, sino que juntamente crecieron formidables, y espantosas las armas, y poder de los Romanos. Y assi à este fin, hablando de nosotros Valerio Maximo, dice: Nunca advertimos la importancia de este grande tesoro, porque à entenderla, como Roma para su ayuda, y favor señoreò la tierra, assi España se huviera anticipado, y hecho dueño de ella, y de Roma: pues demàs de lo escrito, no ay parte en sus contornos, que son

de

de 634. leguas, que igualmente no se muestre abundante en los frutos, prospera en las riquezas, sobrada en los metales, todo merced de sus benignas influencias, puros, y saludables vientos de su cielo, y assiento felicissimo: en quien (passando à la excelencia que se sigue, para su mayor gloria) Santiago el Mayor fue el primero, que en ella predicò la Fè de Christo, digna excepcion en su mejor grandeza, por ser no solo uno de los mas queridos Discipulos, y primo suyo, sino tambien el Proto-Martyr del Divino Colegio; y assi à imitacion de su Maestro, como èl redimiò el mundo, y sembrò su Fè con doce Discipulos, cuya predicacion sonò por todo lo criado: assi en España Santiago la dilatò con otros doce, cuyos nombres, y las Provincias, donde la promulgaron, son las siguientes: San Mancio en Alantejo, y Ebora; San Pedro de Ratis en Coimbra, y la Vera; San Hieroteo en Galicia; San Saturnino en Pamplona; en Avilas Segundo; San Eugenio Martyr en Toledo; San Hesiquio en Astorga; San Torcato en Guadix; San Eufrasio en Andujar; en Almeria Indalescio; en Berja Tesifon; y en Granada Cecilio; y antes en Zaragoza nuestro Invicto Patron. Despues del qual con suficiente causa, en la quinta excelencia, que es nuestra Fè Catholica, podrè elegir por Capitan dichoso al Santo Recaredo, pues este inclyto Principe desterrò la secta Arriana, y resucitò en España la Fè de Jesu-Christo, y la perseverancia inmudable, contra los errores, y heregias, que la han presumido inficionar, siendo sus principales soldados doce Gloriosos Santos, que con valor acerrimo se opusieron en diversas edades à su contradicion. Assi lo hicieron Leandro, è Isidoro, Fulgencio, Florentina, y la Reyna Teodora, Eugenio, y Elefonso, San Julian de Pomaro, y el famoso Domingo; cerrando aqueste numero los decantados Reyes Fernando, è Isabèl, que instituyeron la Santa Inquisicion, y el milagroso Pedro Arbuez de Epila, primero Inquisidor de Zaragoza, â quien en odio de la Fè, y por su defensa martirizaron (casi en los tiempos de nuestros abuelos, y padres) algunos estrangeros.

Y pues es el valor la excelencia sexta, califiquen con inmortales alabanzas tan anexo atributo, otros doce esclarecidos Principes, cuyo esfuerzo en la ultima calamidad de España, fue su restauracion: y sea el primero el Santo Rey Pelayo, que recogido en las Asturias, quando todo estaba por el suelo, y nuestras cervices sometidas à un duro cautiverio, saliendo de una cueva con una muy corta compañia, restituyò à España su valor,

lor, destrozando en un instante trescientos mil Moros, con su Capitan Abraim. No le debemos menos al primero, y Catholico Alfonso, al inclyto Bermudo, que venciò al Moro de Moncayo, à Don Ramiro, que nos librò del infame tributo de las Virgines; Ordoño, que venciò à Muza en Albayda: Iñigo Arista, portento de Aragon, al glorioso, y nunca assaz, loado Conquistador Don Jayme: el Magno Alphonso, que sujetò à Toledo; Don Ramiro, que venciò à Adduramen de Cordova, con la muerte de seiscientos mil Moros. Y finalmente, dexando aparte el de las Navas de Tolosa, el de Algecira, los Sanchos, los Ordoños, y al ultimo Fernando, à quien yà he repetido, demos fin à este numero, con el primero Rey de Portugal Don Alonso Enriquez, con el siempre dichoso Don Manuel; y ultimamente, con el prudente, y sabio Don Felipe Segundo, terror universal de los Infieles, que allanò los Moros levantados, que ganò la batalla Naval, glorioso propugnaculo, asylo, guarda, y defensa de la Iglesia Catholica.

Mas pues la santidad es su mayor excelencia, discurramos en ella, entresacando del numeroso exercito que la patrocina, y ampara, doce Santos, que con el famoso Ermenegildo engrandezcan su Patria, como à Huesca el Proto-Martir Español Lorenzo, à Cordova Rodrigo, Justa, y Rufina à Sevilla, San Damaso à Madrid, Raymundo à Barcelona, San Vicente à Valencia, San Antonio à Lisboa, Lamberto à Zaragoza, à Alcalà Justo, y Pastor, y à toda España Engracia, que con sus invencibles compañeros santificò la Corte de Aragon. No me engolfo en sus innumerables Martyres, no escrivo los de Merida, los de Granada, y Leon, los de todas las Ciudades, que este dichoso Reyno tiene por Sagrarios riquissimos, por Erarios famosos de sus santas cenizas; pues todo es un plantèl de tal semilla, regada con su sangre, y santificada con los gloriosos triunfos que alcanzaron de los Idolatras Gentiles, de los Arrianos, y Moros, à quien con generoso espiritu venciò su perseverancia Catholica, como tambien su ciencia, sus letras, y doctrina. Es esta la excelẽcia octava, y assi aunque el Sabio Alfonso, y sus memorables tablas, pudieran dàr principio à otro igual numero, he querido escusarle, por no incurrir en general emulacion de tantos Doctos. Tomarè otro camino, y assi dexando entre renglones sus mas claros Luceros, los Santos, y Doctores de sus Iglesias, y aquellos que venerò la antiguedad Gentil, ilustres Senecas, Pomponio, Silio Italico, Marcial, Lucano, Quintiliano,

Avicena, Averroys; saldrè de tanta maquina, diciendo doce Universidades, que entre sus mas famosas resplandecen; son estas: Salamanca, Alcalà, y Huesca, Coimbra en Portugal, Valladolid, Toledo, Lerida en Cataluña, Valencia, Zaragoza, Sevilla, Siguenza, y Osuna, dexo las de Oñate, y Baeza, y los Estudios, Colegios, y Conventos, porque si hablàra de ellos, no ay Villa, no ay Ciudad que no tenga uno, y muchos; y assi quien esto oyere, y antes huvieren leìdo, que las Provincias de Africa, parte principal de la tierra, solo tuvieron à Medauro; ni Grecia, mas que Atenas; Italia à Bolonia, y Pavia; Francia à Paris, y Tolosa; Flandes à Lovayna, à Ojonia Inglaterra, y Alemania à Colonia, avrà de concedernos su mayor excelencia.

Y quien nos negarà la valentia Española? Quien el honor, y gloria de sus temidos Capitanes? De sus grandes victorias? de sus magnificas hazañas? Y quien las robustas, y monstruosas fuerzas con que las han alcanzado? Bien conocida es su verdad en quanto mira el Sol, pues ni sus rayos han oy tocado parte, en que sus hechos, sus grandezas no sean memorables, y eternas; y con todo no pretendo escusarme sin agravio de aquellos que de presente olvida mi memoria, de escrivir otros doce varones invencibles, à cuyo lado sin descredito pueda el Portuguès Viriato (terror de las vanderas Imperiales de Roma) mostrar su compañia; y assi el segundo à este, serà el cèlebre Bernardo, el famoso Ruy Diaz, el gran Fernan Gonzalez, el Venerable Don Artal de Alago, Mudarra, Sancho Ordonez, el Gran Capitàn Gonzalo Fernandez de Cordova, y sea el noveno el siempre victorioso Galeoto Bardaxi, admiracion de Italia, y gloria de Aragon, y el ilustre portento de America Don Fernando Cortès, Alfonso de Alburquerque, assombro del Oriente, y Don Fernando de Toledo, Duque de Alva; con que cerrando dignamente el ofrecido numero, podrè mejor passar à la excelencia que se sigue, al dominio de España, que segun gravissimos Autores, està tan dilatado, que de Oriente à Poniente, dando el Sol buelta al circulo del Orbe, siempre và caminando por tierras, y Provincias, que le son tributarias. Porque en Europa sujeta à Flandes, Borgoña, Milan, Napoles, Sicilia, Cerdeña, Ibiza, Pocrita, Mallorca, y Menorca. Y en Africa, y su Costa, à Orân, Mazalquivir, Melilla, Tanger, Ceuta, Larache, y la Mamora; sin la grandeza inmensa de Guinea, y quanto allì tiene Portugal adquirido. Assi le rinde populosas Provincias, Reynos, Ciudades, innumerables Islas, y Fortalezas, en

en los dos signos Persico, y Arabico, y en las Partes de Goa, Cochin, Malavar, Malaca, Filipinas, Malucas, como en todas las Costas del Occeano. Tiene toda la America, en cuyo espacio, siendo la mitad de la tierra, nadie, ni de sus grandes Islas, y tesoros triunfan gloriosos, mas que sus Castillos, y Leones, sus Barras de Aragon, y aun estas ultimas hicieron las primicias de el gasto, la costa, y el avio de aquellos sus primeros exploradores del famoso Colòn, y sus inmortales compañeros.

Mas yà es justo tratemos de la excelencia de su Imperio, de los ilustres, y generosos Principes que la han señoreado con este titulo; porque mejor en ellos, à pesar de la embidia, se conozca en el mundo la felicidad con que España ha dado en todos siglos muestra de su bondad con tales hijos: y pues los mejores que tuvo Roma fueron los suyos, justo serà, que en doce Emperadores que ha producido España, se comienze por ellos. Y assi, debidamente Trajano podrà ser el primero, y seguirle Theodosio, Valentiniano, Arcadio, Honorio, el segundo Theodosio, y Adriano, Don Alonso el que ganò à Toledo, y el Magno de su nombre, tuvieron igual titulo, el decimo fue electo en Alemania; y el de Aragon, y de Castilla, el gran batallador Don Alonso mereciò tal renombre; y ultimamente los dos caros hermanos Fernando, y Carlos Quinto, de cuyas hazañas, y victorias està el Orbe cubierto (por su excelente madre, fueron tambien de España) con lo qual solo me restarà cumplir su mas grave atributo, y la excelencia en que mas resplandece su prudencia, y consejo: repartese este (dexo en silencio la santidad, y acuerdo de sus leyes, y fueros) con govierno politico, maravilloso, y exemplar, por diversos motivos, Juntas, Congregaciones, Cabildos, Corregidores, Regimientos, Consejos, que reconocen sujecion en lo que toca à cada uno, à doce Consejos superiores, que son la clave, basa, fundamento, y govierno de su mas dilatada Monarchia. El de Estado, con poder absoluto (en cierto modo superior à las cosas) abraza lo essencial de sus acciones; mira, y conserva la reputacion de los Reynos, como el Real de Justicia, la administracion libre de ella. La temida, y venerable Inquisicion, cela, y ampara intacta, y pura, la Santa Fè Catholica: y el Consejo de Hacienda, procura sus aumentos, y creces: el de Guerra, consulta, premia servicios, provee atentamente expertos Capitanes, y los demàs progressos, incidentes à su mejor execucion: el de Ordenes dispone en los Maestrazgos de Alcantara, Calatrava, y

San-

Santiago, juzga sus dependencias; y el de Cruzada las que se ofrecen en la publicacion de las Bulas, distribucion de sus efectos. Todos estos assisten en la Corte, y juntamente el supremo Consejo de Aragon, y de Italia, Flandes, y Portugal, y el Real de Indias; sin los quales, en Valladolid, y Granada, ay dos Chancillerias: en Sevilla, y Galicia, dos Reales Audiencias, el Reyno de Navarra se govierna con otra, y los de la Corona de Aragon, Indias Occidentales, y Orientales, con tantas, tan ilustres, que cada qual forma por si distintamente otra grandiosa Corte, y suprema Magestad, que las assiste, y aprecia con mayor esplendor.

Basta el que sobra en todas à deslumbrar aqueste atrevimiento, con q̃ acobardada mi pluma, reprime su carrera, y aun remite al curioso investigador de tantas excelencias, à mas diestros pintores. Veanse entre los muchos que las han divulgado, à Marineo, Domingo Baltanas, y Juan Vaseo; pues qualquiera de estos graves Autores, llenarà sus deseos, y suplirà mi empeño bastantemente; y si yà su opinion no les satisfaciere, lean las palabras de Suetonio Tranquilo, ò las del famoso Historiador Justino, pues en confirmacion de mi verdad, el uno descrive esta Nacion con titulos magnificos, indomita, invencible, valentissima; y aun no contento, realza su valor, su lealtad, avẽtajandola entre todas las gentes de la tierra: por cuya causa Julio Cesar los eligiò, y mantuvo en su propia guarda. Y el otro, confirmando este mismo argumẽto hace increible su tolerancia, y sufrimiento, espantosa, su fee, y su constancia, tan incontrastable, que ni los trabajos sin numero la prevaricaron, ni vencieron. Con que dignamente ha llegado à sujetar el poder mas sobervio, y la emulacion de tantos enemigos, predominandolos con mas estimacion, aplauso, y honra, que los Assyrios, Persas, Griegos, Cartaginenses, y Romanos; y assi la dilacion de este resumen merece escusa, como el ceñirle à terminos mas breves, rigurosa censura. Fuera muy digno de ella, si tratando casos tan peregrinos, como verà el lector, no huviera hecho de la Provincia, y Reyno que les fue madre, tan corta digression. Suplaseme su enfado, mientras con la restante diversion le pareciere digno de su perdon, y aplauso. Passando juntamente los ojos para su mayor calificacion, y certeza, por estos versos del divino Claudiano, con que bastantemente quedarà satisfecho, y mas gloriosas las excelencias de mi patria.

Quid

Quid dignum memorare tuis Hispania terris,
Mens humana valet. Primo levat equore solem,
India tu fessos exacta luce ingales,
Polvis in quo tuo respirant sidera flucta
Dives equis, fructum facilis preciosa metallis
Principus fœcunda pijs, tibi sacula habent
Traianum, series, his fontibus Ælia fluxit.



EL BUEN ZELO PREMIADO.

HISTORIA NOTABLE, SUCEDIDA EN LA Imperial Ciudad de Zaragoza, con el origen, y antiguedad de sus mayores excelencias.

EN los sagrados margenes del celebrado, y famoso Ibero, y casi en la mitad de su estendida, y espaciosa Vega està fundada la Ciudad de Zaragoza, honor, y gloria de España, cabeza Imperial de la Corona de Aragon, y de sus poderosas Provincias, Reynos, y Condados: digo Rossellon, y Cerdania, Sicilia, Hierusalèn, y Napoles, Cerdeña, Ibiza, Mallorca, y Menorca, y en primer grado Aragon, Valencia, y Cataluña; y en los passados siglos, de los valientes, y fidelissimos Celtiberos, Colonia de Romanos, y Audiencia, ò Chancilleria predominante à los nombrados Pueblos Edetaneos. Segun Plinio, Gaulberto, Marineo Siculo, y otros graves Autores, es una de las mas ilustres, y opulentas Ciudades, no solo de la Provincia citerior Taraconense, sino de lo restante de España. Y si bien en su origen, y notables principios tienen diversas opiniones, como siempre las padecen todas las cosas muy antiguas, la mas segura, verosimil, y cierta es, averla edificado aquel tan decantado Principe Tubal, nieto de Noè, à quien con otros Lugares de España, que fundò entonces, honrò con su famoso nombre; porque es sin duda, que el primero, que tuvo esta antigua Ciudad, fuè el de Salduba, que es lo mismo, que Satubal; y no tan ligera objeccion como la corrupcion de una letra, y tan semejante como la D, y la T, hace

ce menos ſegura eſta verdad; pues es llano, que en Eſpaña no ay Pueblo, no ay Ciudad, que oy retenga ſu primero apellido, ſin ſemejante mengua: culpa à la ancianidad de los tiempos, y à las invaſiones, y aſsiſtencias de tan diferentes Naciones como la han ſeñoreado: ni menos obſta lo que Gauberto ſiente, quando dice, que la vecindad de ſus montes mudò de Saldio à Salduba ſu renombre; pues con igual razon, con ſemejante cauſa ſe pudiera decir lo miſmo de Setubal, Villa de Portugal, y atribuirle eſte nombre, ſupueſto que caſi dentro de ſus muros huvo en aquellos ſiglos, y en los preſentes ay, las ſalidas que oy vemos; y con todo, haſta aora ningun Autor lo ha emprehendido, ni aun negado la comun tradicion de ſus fundamentos. Y ſi realmente con atencion conſideramos las circunſtancias, que pudieron obligar en ſu fundacion à aquel Principe, y à nueſtros primeros Eſpañoles, claramente ſe conocerà eſta verdad; pues es bien llano, advertido ſu ſitio, ſu amenidad, ſu vega, los rios que la fertilizan, y la ſaludable influencia de ſus Aſtros, que no aſsi dexarian deſamparadas, y deſiertas tantas comodidades, y provechos para la vida humana. Ademàs, que no tan facilmente pudieran ellos elegir en Eſpaña pueſto mas apacible, mas templado, deleytoſo, y alegre. Y aſsi juzgo, que no tan ſolamente ſe moviò por tan juſtas razones el Divino Auguſto à ſu reſtauracion, ſino que juntamente aſſegurado de la verdad de eſte origen, emulo de ſus glorias, aſsi como Tubal, por ſer ſu primero Principe, y quien ſiendo ſu verdadero Fundador, la inmortalizò con ſu nombre: aſsi tambien como ſu primero Emperador, y reedificador verdadero, la quiſo calificar con el ſuyo. Eſta es la razon porque oy perdido, pero no olvidado, el nombre de Salduba obtiene el de Ceſar Auguſta, ò algo mas conciſo, pronunciacion Arabiga, el de Zaragoza; y es eſta opinion tan ſegura, tan comun, y abrazada de todas gentes, que no ay otra Ciudad en Eſpaña, que tan ſin contradicion pueda preciarſe de tan eſclarecido, y poderoſo inſtaurador; porque aunque ay otras muchas, de quien lo fueron Hercules, Julio Ceſar, y otros varones inclitos, todas padecen opiniones contrarias, y todas caminan en ſus principios, y fundacion con dificultades inmenſas; y aſsi ſolo con razon evidente, con juſticia notoria, ſe debe à eſta ſola el nombre de Imperial, y la excelencia de Auguſta. Y no me atreviera yo à decir con tanta libertad verdad tan clara, ſi el Divino Iſidoro, Doctor de Eſpaña, y Arzobiſpo de Sevilla, no me huviera animado à confeſſarlas

las

la; pues èl (no obstante que residia en una de las mas amenas, y populosas Ciudades del mundo, y à quien en parte debia afectos proprios, y natural inclinacion) hablando de Zaragoza, testifica con palabras expressas, ser la Ciudad mas ilustre, y mejor de España. Si bien aun yà pudo este Santo en aquella edad hablar con mas razon, que los Antiguos, respecto de estàr calificada su verdad con el mejor testigo, que despues de Dios, huvo en los Cielos, y en la Tierra; pues la Virgen Santissima, con su dulce assistencia, con su eleccion Divina, en cierto modo la señalò por la mejor de las Españas, quando mandò al Apostol, que la erigiesse su Angelical Capilla, Santuario famoso, y no inferior à ninguno del mundo, el qual oy hace dichosa esta Ciudad, con el Erario, y Tesoro riquissimo de Cuerpos milagrosos, Martyres infinitos; con que puede sin alguna objeccion, no solo compararse con Roma, empero afirman con verdad, que sus calles, y sus plazas estàn regadas con su sangre, y enlosadas con sus santas cenizas. Tan continuos han sido en ella los martirios, y tan acostumbrados en todos tiempos à recibirlos sus hijos, que assi en los del Romano Gentilismo, Arrianos, Godos, y Moros Berberiscos, como en el de nuestros padres, le padeciò el Venerable Pedro Arbuez de Epila, y no muchos siglos despues su natural fidelidad; porque si el padecer inocentes, es, hablando moralmente, cruèl martirio, quien como sus nobles Ciudadanos han assi tan sin culpa padecido terribles, y arrojadas opiniones, efectos de la mala intencion de algunos Estrangeros, que emulando su gloria, han impiamente presumido amancillar su credito? No es de este assumpto proponer su defensa, podrà verla el curioso en la Apologia, que hice el año de mil seiscientos y veinte y dos; pero bolviendo aora à mis intentos, digo, que aviendola Octaviano ennoblecido, reedificado con las ruinas de sus grandes, y antiguos edificios, porque es cierto, y sin duda, que para hacerla Plaza de Armas, y ponerla en defensa contra los inquietos, y valerosos Cantabros, freno à los Celtiberos, y Astures, antes recogiò su grandeza, uniò sus espaciosos terminos, ciñendola, y estrechandola con murallas fortissimas, que no la dilatò, como otros han dicho, con las ruinas de Julia Celsa, y Bilbilis; porque ella, segun mi conjetura, mas tuvo necessidad entonces de estrechar su grandeza, fortaleciendose, que no de ampliarse con agenos despojos. A esta sazon la diò Augusto su nombre.

No ignoro assentado este punto, que ay quien la llame justa me-

mente Auripa, por el oro de sus vecinos montes, minerales, y rio; y aun quien afirme ser ella Numancia, alegando à Pomponio, y Calepino; pero no es muy fiel su inteligencia. Defiende la contraria nuestro Alderete, sin embargo, que el subir los Navios desde el Puerto à Garay, ò Soria, es tal dificultad, que no sè yo como puede apearse; y mayormente teniendo alli el Rio Duero tan poco fondo, que ni aun pequeñas tablas se pueden sustentar, quanto y mas Naves; y subiendo mas de ciento y diez leguas con rodeos inmensos, y lugares inaccessibles. Todo lo qual, en confirmacion de la verdad de tales Autores, estaba facil, y possible en aquella Ciudad, mediante la grandeza del Rio, el fondo caudaloso de sus aguas, y la vecindad del Mediterraneo. Mas en efecto quedese su certeza en opiniones, pues en unas, y en otras no ay poca autoridad; y digamos lo que resta en la descripcion de Zaragoza; à la qual perdida yà por los Romanos, ganada por los Godos, y despues por los Africanos: libertandola destos el Emperador Don Alonso el Batallador, puso por siglos largos su assiento, y Corte en ella, y de suerte continuandola sus successores, hasta D. Fernando el Catholico, fueron casi diez y siete los Reyes que la han habitado: excelencia notable, pues no sè yo, que otra Ciudad de España pueda decir igual; como tambien ocasion, segun la Real, y proseguida assistencia para la Magestad, explendor, y nobleza con que la vemos oy; y no assi solamente adornada de hermosissimas calles, sumptuosos Palacios, y edificios sobervios; sino aun de la mayor muestra de su piedad de Iglesias, y Templos sin numero; y estos tan ricos, tan espaciosos, y magnificos, que pueden en grandeza, en ostentacion, y arquitectura competir con los anfiteatros de Roma, y con sus memorables edificios. No singularizo sus partes, porque seria impossible, ni menos hago mencion, como debiera, de su espaciosa Lòja, de su Armeria, sobervias entradas, apacibles salidas, grandiosas puentes, innumerables torres, nombrado Cosso, calle en quien càben holgadamente dos Ciudades de España; ni menos emprenderà mi atrevimiento la pintura de sus admirables Santuarios su Iglesia Arzobispal, su Hospital memorable, ò quel Altar primero de la tierra, la Angelicàl Capilla de la Virgen, su Imagen del Portillo, que la guarda, y defiende: ò aquel Templo Real Sepulcro, digno de la gloriosa Engracia, del divino Lamberto, y otros inumerables Santos; como, ni serà empressa de mi talento, escrivir la nobleza de sus ilustres hijos, el valor, y riqueza de sus Ciudadanos el numerò infinito de sus moradores; su

ſu natural circunſpecciòn, y grave dad, la inmunidad de ſus preeminencias, la excelencia, y ſantidad de ſus leyes, y fueros. Pues no es pequeña gloria poder decir, que entre ellos ſe mira eſtablecida dociẽtos años hà la Inmaculada Concepcion de la Sacratiſsima Maria. Ni tampoco los Tribunales, que la goviernan, el Virrey que la aſſiſte, el Governador del Reyno, ſus Iluſtriſsimos Diputados, ſus dos Conſejos, y el ſobre todo temido, y venerado, del grã Juſticia, oficio no tan ſolo unico, y ſingular en el mundo, ſino aſsimiſmo el mas ſã to, el mas pio, y digno de renõbre inmortal. Pues en ſu Corte ſin afectos humanos, eſtà la conſervacion de las leyes, el remedio de los agravios, y el blando, y ſuave medio; entre la ſuperior Mageſtad, y ſus vaſſallos, digo entre ellos, y los arrebatados impetus de la ira. Eſta inclita Ciudad goza oy ſolo de eſte unico bien, de eſte beneficio, merced de aquellos ſus primeros legisladores. Y eſta es quien entre quantas contiene nueſtra Eſpaña, à peſar de los tiempos, conſerva oy en ſi el explendor iluſtre, la pompa obſtentativa del Senado Romano, la autoridad de ſus padres conſcriptos, la libertad prudente de ſus Senadores, la madurèz de ſus graves Conſejos; pues todo eſto ſe mira retratado en el mas preeminente, y autorizado oficio de eſta Ciudad, que es el Conſiſterio, en quien por ſu cabeza aſsiſten cinco Jurados; electos por extraccion, y ſuerte, no aſsi del numeroſo Pueblo, ſino cierta cantidad de Ciudadanos, en quien han de concurrir, no ſolamente muy grandes calidades, experiencia, y virtud, ſino aſsimiſmo luſtroſas apariencias, y aun particularidades exquiſitas. Su havito en las acciones publicas, y el de los Miniſtros, que los acompañan, y ſirven, retratan vivamente al de aquellos Senadores antiguos, de ſus ropas Talares, de las inſignias, y veſtido de ſus Lictores. La aſsiſtencia de ſus juntas, y acuerdo, es debaxo un doſèl, con tan grande decoro, que ninguno de quantos les aſsiſten, propone, y y aconſeja, menos que eſtando en pie. Y à ſu Jurado in Capit. porque ſe entienda mejor la autoridad de aqueſte cargo, en qualquier acto publico, entradas de ſu Rey, ò de otros Principes, nadie le precede, ni iguala, porque à èl ſolamente ſe le debe el de la dieſtra; y admiro mucho, que cierto Autor moderno ignoraſſe eſtos terminos. Tal, pues, es la mageſtad de los Jurados, y tanta la grandeza, y ſoberanìa de ſus oficios, pendiente ſiempre de ellos el bien comun, el eſtado politico, la conſervacion, hartura, y abundancia de eſta Ciudad; à cuya deſcripcion, ſerà bien dèmos juſto limite, honrandola en ſus mejores fines, ſus mas dichoſos hijos, el divino Prudencio, el famoſo Braulio,

llo, decantado Zurita, Blancas, y el nunca assàz loado D. Antonio Agustin, sugetos tales, que qualquiera por si basta à inmoralizarla, como tambien mi prometida historia, à quien concluyendo este Elogio, darè breve principio, si bien quiero se advierta, que por justos respetos avrè de bautizar de agenos nombres sus personages: pues aunque se note por apocrifo mi credito, parecerá mas licito que no caer de ojos en algun precipicio. Sirvame esta salva de escusa, mientras con nuevo aliento se desempeña mi promessa.

Corria à la misma sazon el año de mil quinientos y ochenta y nueve, en cuyo Invierno fue ayrada, obscura, y fria la noche de este proprio sucesso. Entraba, pues casi à la mitad de ella por la calle del Coso, un hombre de camino, Religioso en el havito, aunque sin compañia, quando al llegar al Monasterio donde iba encaminado, impensada, y aun temerosamente, le cercaron cinco hombres, de quien aunque al principio presumiò defenderse, fue tan de repente salteado, que sin contradicion huvo, no sin espanto, de seguir su mandado, à la voz de uno de ellos, que en mal pronunciado Catalàn le ordenò se apeasse. Executòlo al punto, y juntamente advirtiendo, que solo le pedian confessasse cierto hombre, que alli cerca tenian mortalmente herido, alegre se reduxo à su primer sossiego, no obstante, que el temor de diferente aprieto, le privò por entonces de mejor parecer: porque es notable el hombre, que bien sabe elegirle en el impensado peligro. Assi por esta causa atropellando inconvenientes, que se veràn muy presto, concediendo a su intento à pocos passos rebolviendo una esquina, algo confusamente, mirò en la blanca nieve, si bien yà matizada de su reciente sangre, un hombre, que con gemidos graves se rebolcaba casi en los umbrales de la misma porteria del Convento. Alli los cinco, que no tan solamente en el adorno de sus personas, sino en su buen olor, ponian en su mayor credito, y opinion el sucesso, apartandose un poco del Frayle, dieron lugar à que acercandose al herido, pudiesse ministrarle aquella ultima, y saludable medicina; si bien solicitando su breve despidiente, quando el uno, ò el otro fomentaban su priesa: ò yà temiendo ser hallados en el delito, ò yà juzgando, que la noche iba con presurosos passos acercandose al dia.

Concluyòse à su parecer aquel articulo, y assi viendo al Frayle que se venia àzia ellos, y oyendole decir, que aquel miserable hõbre avia espirado en sus brazos, llegando al reconocimiento, y ciertos de su verdad, le dexaron, bolviendo al Convento las espaldas,

das,

das, en donde queriendo el Religioso quedarse, asiendose de èl los dos muy fuertemente le advirtieron, que callando prosiguiesse con ellos, porque de hacer otra cosa correria semejante peligro: asseguraronle con aquesto la vida, y juntamente la buelta en mejor coyuntura, con que rodeado de temores intrinsecos, y con inviolable silencio, huvo de seguir su derrota; hasta que atravessando algunas calles, salieron bien fuera del concurso del Lugar, y adonde la soledad, y tenebrura de la noche, acompañados del sordo rumor, y combate de los vientos, acrecentaban su cuidado, y afligian con nuevas causas su turbado espiritu. Acercabanse à unos paderones antiguos, ruinas, ò vestigios de ciertos assolados jardines, adonde apartandose dos de la compañia, oyò al uno; y aun al que à èl le avia parecido, que como à dueño obedecian los demàs, que assi hablando con el otro decia: hermano yo me voy dessangrando poco à poco, y assi antes que mi peligro se acreciente, conviene dàr la buelta à nuestra casa; haced vos entretanto de suerte, que esta diligencia tenga el efecto que todos deseamos, pues aunque esse hombre quiera con obstinacion contradecirla, en parte os le dexo, que podreis à puñaladas conseguirla: y que sin alargar su platica (dicho esto, y respondido del que llamaba hermano, à su proposito) se bolvia acompañado de uno de ellos, con que passando los demas adelante, su temor, y sospecha confirmada, se aumentò de suerte, que casi de turbado no acertaba à levantar los pies, en efecto aviendose alargado por entre la espesura de unos arboles, y teniendo el lugar por oportuno, aquel que avia quedado con la orden acercandose al Frayle dixo estas razones: Padre mio, bien entiendo, que sabido el intento que hasta aqui nos ha traido, ha de pareceros demasiado, y aun nuestra curiosidad tan indiscreta, como poco piadosa; mas supuesto la resolucion ultima, que à nuestro dueño oìstes, ni yò podrè eximirme de ella, ni vos escusaros de responder à quanto os pregutarè, advirtiendo que rèplica ninguna bastarà à satisfacerme, menos que la verdad, cuyas premissas, y conjeturas fuertes, traygo tan bien reconocidas, que serà por demàs qualquiera prevencion, ò rodèo. No le dexò proseguir oyendo su aspereza el Religioso, antes (en medio de tales confusiones) alentado, le respondiò: No sè por cierto cavallero, adonde tantas estratagemas vàn enderezadas, y mayormente usandose con un hombre indigno, por la veneracion de estos havitos, de semejante violencia: haced, sin tenerme mas attribulado, lo que os està dispuesto, que de mì yo os prometo, que pudiendo

do satisfazer en algo à vuestro gusto, no querrè ponerme, ni poneros en mayor contingencia: Assi pienso, replicò el mismo hōbre, que os serà mas à cuento; y porque sin dilatarlo mas, salgamos uno, y otro de dudas, sabed padre, que para lo que aqui os hemos sacado, no es otra cosa, que à que nos reveleis, sin excepcion alguna, la confession que aquel herido os hizo, y con tanto, cessando en su abominable pregunta, dexò lo horrible, y espantoso de ella tan enmudecido, y acobardado à su mismo dueño, como turbado, y temeroso al que le oia; cuya respuesta, despues de una larga intermission, no sin admiracion de los presentes, fue bien agena de lo que esperaba, porque sin dilatarlo mas, destocandose la capilla, y sombrero, que hasta entonces avia tenido puesta, y descubriendo el cabello igual, y sin distincion, ò señal de corona, con intrepido animo, le dixo estas palabras: La mayor satisfacion que puede daros mi turbada lengua, es la que al presente teneis delante; y assi, señor, si esto no aprovechare, satisfaraos al menos saber, q̃ no solo no soy, como aveis pensado Sacerdote, pero ni aun Religioso Lego. Esta transformacion que veis, y el valerme de ella ocasionaron no mas que mis proprios peligros, mi necessidad, y secreto, y sobre todo, el ampararme mejor de la justicia, de quien, mal de mi grado, ando escondido el rostro: por lo qual, aviendo de venir de Epila esta noche, por mas seguridad, previno de esta suerte mi jornada un hermano mio Religioso, que assiste en el Convento, en quien nos encontramos, y adonde tengo aora por infalible, y cierto, q̃ la impensada ocasion de verme entonces, debiò de animar vuestra resolucion, y pensamiento, si ya mejor no la juzgamos por atrevimiento detestable, y horrible. Yo os cōfiesso al presente, que pude en los principios de esta tragedia declarar esta enigma, aunque si và à decir verdad, prometoos, que el temor de mi proprio castigo, y el verme tan de repente salteado, me privò de qualquiera razonable discurso: pues juzgandome en poder de mis enemigos, ò en las manos de la Justicia, mas dificil empressa se me hiciera mui facil, como realmente vuestra demanda, y el tenerme por Confessor, y Sacerdote me lo pareciò: no obstante (que con diferente presupuesto) con aquel infeliz hombre, no me alarguè à mas, que fingiendo confessarle, piadosamente exortarle à morir, representandole el Juicio temeroso, adonde tan en breve avia de ser juzgado. Tambien conozco aora el riesgo en que he puesto mi vida con tal declaracion, si yà vuestra prudencia no reprime su injusta colera, admitiendo por disculpa à este en-

engaño tantas razones. Pues aunque por reservarme en ella, pudiera con palabras confusas, con discursos equivocos, fingir el cumplimiento de vuestro injusto deseo, y dissimular mi disfràz: no solo no lo he querido, ni aun imaginado intentar; pero antes he determinado primero padecer mil muertes, que infamar con tan notable injuria la Religion, y el havito, de quien para sombra, y amparo de mi vida me he favorecido, y aun la nobleza, y fee de mi nacion, de quien por las premissas, que he tenido, pareceis estrangeros.

No passò adelante el fingido Frayle, ni aun bien le dexaron los oyentes, antes conociendo en la turbacion, que les avia causado su mayor detrimento, acordò, como valiente Aragonès, valerse en la defensa de tan inviolable Sacramento de mas esperos medios, que no le fueron poco necessarios, segun lo que le avino. Porque vista de aquellos hombres la claridad de su satisfacion, y no teniendo rèplica, que hacerle, brevemente discurrieron en lo que à su parecer mas convenia, que siempre es miserable propriedad del pecado, que uno engendre, y acarree otro, hasta caer en la ultima desesperacion.

Avian estos, quando resolvieron su primera maldad, assegurados, juzgando, que (aunque se consiguiesse) el proprio daño, y castigo en que incurria el Religioso, revelando la confession, esse mismo les avia de salvar, y guardar secreto. Y assi faltando tan cierta circunstancia, y conocida la contingencia en que su mal consejo les dexaba, justamente temiendo, tomaron aora por remedio otro tercero, y en su modo tan barbaro delito, determinandose à matar al pobre, que en ninguna cosa los avia ofendido. Mas la justicia de Dios, à quien yà la concurrencia, y perseverancia de tales ofensas tenia irritada, permitiò, q̃ en la execucion dellas hallassen el castigo: no se cõtentaban aquellos perversos homicidas con la muerte que dexaban hecha, ni con el depravado sacrilegio, que intentaron, antes frustrada su esperanza, y despeñados en furiosa colera, juntamente confirman con el ultimo excesso su perdicion, porque los cielos quanto parecen al castigar mas remissos, y tardos, tanto mas suelen acrecentar el tormento, y la pena.

Postrado el animo, entonces mas se alienta, y resucita (aun en los muy cobardes) quando se vèn cercados de mayores peligros: reconociò el suyo el aparente Religioso, y assi antes de verse acometido, yà èl estaba con mejor prevencion, sacando un corto pistolete de la manga, defensa, que èl avia reservado hasta el ultimo trance. Amagos de aqueste, y repa-

paros con el manto rebuelto, pudieron al principio serle alguna resistencia; mas viendose yà rodeado por todas partes, y que, ni el amenaza de aquel pequeño rayo, no les templaba, ò suspendia, disparandole al uno, conocieron su audacia, y el efecto derribandole muerto. La turbacion, que este sucesso causò en los compañeros, aunque fue muy corta, todavia diò lugar, à que recibiendo algunas heridas, cobrasse el agressor la espada del difunto, y con ella (ayudado de Dios, que comenzaba à pagarle su buen zelo) tan grande esfuerzo, que à pocos golpes le embiò compañia; y queriendo embestir al ultimo, que yà bolvia las espaldas, reconocida su buena suerte, corriò la venganza, y tomando su mula, con diligentes passos diò la buelta al Convento.

Suelen la providencia, y el corazon humano, tal vez hurtar su oficio à la profecia; y asi, no obstante, que los dos procuraron, yà con evidentes persuasiones, y yà con secreta resistencia, torcer aquel intento, representando el forzoso peligro en que nuestro fingido Frayle se ponia, su fatal suerte atropellò tan seguros rezelos, pareciendole mas acertado proseguir su viage, que dilatarle à mejor coyuntura: y asi no reparando en que precisamente avia de bolver por el puesto adonde quedò aquel hombre herido, ò muerto, y en lo que podia en su breve ausencia averse ofrecido; y asimismo en los indicios, y bastantes muestras, que iban dando su havito, y las manchas de la reciente sangre de sus heridas, atropellando por todo, apresurò la jornada, poniendo su perdicion en contingencia; porque apenas atravesò dos calles, que enderezaban su camino, quando poco antes de llegar à la Porteria, le salteò un tropèl de gente, que en oyendo el rumor de las herraduras le saliò al encuentro, dandose facilmente à conocer por Ministros de justicia, de quien, con el alboroto que les avia causado, lo que despues sabrèis, aunque los havitos pudieran eximirle de su jurisdicion, no por esso dexò su diligencia, y libertad de proponer su intento, preguntandole de què Lugar venia, por què parte, ò camino, y aun, què personas en èl avia encontrado, todo à fin de sacar por semejantes conjeturas la probanza, y averiguacion, que yà andaba haciendo, acerca del herido, que hemos dicho, al qual poco despues, que sus homicidas se desviaron del puesto, llegò esta gente encaminada de otros nuevos, y mayores indicios, sucessos de tan grave importancia como el que queda escrito.

Andaban, pues, algunas horas antes, rondando la Ciudad aquellos hombres, y en aqueste exer-

cicio discurriendo de unas partes à otras, quando menos pensaron, dieron de ojos con una de las muchas, y peregrinas aventuras, à quien suele assistir el silencio, secreto, y obscuridad de la noche: digo, q̃ al emparejar de unas grandes, y autorizadas casas, que caian detràs de aquel Convento, sintieron, que de sus altas ventanas, popo à poco iban descolgando unas sabanas, de cuya novedad prometiendose mayores lances, sin despegar los labios esperaron su efecto, que no se dilatò, antes en un momento, sirviendo aquel dèbil instrumento de segura escala, vieron con varonil despejo baxar por ella una muger, que en tocando en el suelo fue rodeada de sus armas, y luces. No escusò el femenil sugeto la turbacion, que el caso requeria, y aunque deseàra encubrirle, le faltaron las fuerzas, con que mal de su grado quedò patente el vergonzoso rostro, acompañado de tan peregrina hermosura, que dexò à los presentes con igual respeto, y admiracion, porque este dòn de la naturaleza, privilegio del Cielo, y breve tirania, no solo attae, y fuerza los corazones, y benevolencia de los hombres, mas aun trueca en afabilidad, y cortesia la mas inculta, y barbara condicion. Passòsele à la dama con el repentino sobresalto parte de su temor, y assi mas sossegada, retirando à los principales Ministros à una parte, descubriò su pena, sacando entre suspiros tiernos de su pecho las siguientes razones. No os admire tanto mi atrevimiento (ò noble gente!) quanto os lastime el afrentoso caso en que me veo. El dueño, y señor de estas cosas, hombre bien conocido, aunque estrangero de esta grande Ciudad, y Reyno, es, no se diga mi desdichado esposo, cuya ofensa, ò indicios de que la aya en su mayor reputacion, le ha obligado à salir en esta misma noche, en busca del còmplice que presume, y segun los efectos, he sospechado, que à darle muerte, acompañandose para ello de algunos criados, y deudos. Dexòme, pues, en aqueste intermedio en el encierro, y seguridad, de quien no faltandome aparejo para romper sus puertas, he salido, con designio, y proposito de huirle el rostro, y juntamente el peligro, que amenazaba mi vida, la qual con el honor encomiendo à la obligacion de vuestro oficio, y proceder. Interrumpiò llegando aqui con lagrimas su cuento lastimoso, y los oyentes informados de otras circunstancias convenientes, y movidos de una secreta fuerza, que para provocar à misericordia, mas que el hombre, encierra en si qualquier muger, con bien pensado acuerdo dispusieron el remedio; y assi re-

suel-

sueltos, respecto de las partes, y calidad de aquella dama, los unos la acompañaron hasta dexarla en seguro deposito, y los otros, parte quedaron en espera de su esposo, y parte se dividieron por las vecinas calles: diligencia tan buena, y acertada, que ella sola al fin, como dispuesta de mejor providencia, les puso en breve espacio los delinquentes, y la averiguacion en su poder; porque los que assistian al marido, viendole, aunque mal herido, llegar à las puertas de su casa, quando pensò, que sus intentos estaban mas ocultos, y zelados, se apoderaron de èl, y juntamente de un criado, cuyos ombros, por venir desangrado, le servian de arrimo. Bien quisiera el afligido Cavallero dissimular el caso, mas como la justicia estaba sobre aviso, ni sus razones satisfacieron, ni sus ruegos, y promessas les obligaron. No obstante, que temiendo su vida, le dexaron con muchas, y fieles guardas acostado en su casa, adonde entendida la ausencia de su esposa, confiriendo por ella su declarada, y mas publica afrenta, el interin, tormento de tal desdicha, ayudò à sus heridas, de manera, que las hizo irremediables.

En el interin que sucediò esta prision, y mientras el criado fue llevado à la carcel, llegando los demàs que se avian repartido por vecinas calles, à la Porteria de el Convento, y hallando en ella, y rebuelto en su sangre aquel cuerpo, queriendo, para conocerle mejor, limpiarle el rostro, en èl, aunque mortal, y pàlido, y en la honrosa señal de Calatrava, no sin general compasion, fue conocido, y no menos que por uno de los mas generosos, y bizarros mancebos de aquella gran Ciudad. Su nombre era Don Feliz, y su sangre, y virtud tan conocida, que no solo causò en los circunstantes el dolor que he dicho, mas aun les fue incentivo, para su castigo, y venganza; y assi, queriendo con nueva compañia, proseguir los unos tan importante prueba, y los demàs en el ultimo remedio de el triste, y desdichado Cavallero, al ponerlo en sus ombros, sintieron, que como si bolviera de algun gran parasismo mortal, el cansado espiritu anhelaba de sì pequeñas lumbres; con que apresurando el camino de su casa, con mejor esperanza, se le entregaron à sus deudos, y criados, que no sin lagrimas, y mayor alboroto le recibieron, y acudiendo al remedio de su vida, en breve termino le restañaron la sangre, y dispusieron otros saludables antidotos, y medicina, si bien en este tiempo no se descuidò la Justicia en lo que la tocaba, antes dexando hasta el fin de el sucesso en bastante guarda su persona, dividiendose en calles, y quadrillas, procuraron rastrear

los delinquentes; para cuyo efecto hacian las repreguntas que yà oistes al disfrazado Religioso, que por muy buen partido tomàra, en semejante sazon, hallarse muchas leguas de tal aprieto; y no assi su rezelo le saliò engañoso, antes apenas comenzò à responderles, quando en la voz, y el rostro, descubierto con la luz de las linternas, fue de todos conocido. Era, pues, este desgraciado hombre hijo de la Ciudad, y aunque algo inquieto, persona de calidad, y valientes manos, y de presente, aviendose hallado en una muerte, mientras con sus deudos, y hacienda se acomodaba, yendo, y viniendo de Epila, en aquel disfràz, le sucediò lo que aveis oìdo, y ultimamente el caer en las manos de la Justicia, que no menos alegre con tan buena prision, guiò con èl à la carcel publica, adonde respecto de la Religion, à su instancia le permitieron dexar los havitos; aunque la reciente sangre de que venian manchados, y las heridas que traia (sobre su principal delito) acrecentò nuevos, y diferentes indicios, vehemētes presumpciones, de que podria èl aver sido alguno de los còmplices que buscaban; con que haciendole primero curar, acordando nueva orden, le dexaron encerrado, y sin comunicacion, en uno de los aposentos, y camaras destinadas à semejantes cosas, adonde el pobre, y desgraciado Federico (què este era su proprio nombre) con tristeza entrañable, efecto de tan extraordinarias desventuras, gastò lo restante de la noche, y otros dos dias, sin entender, ni penetrar el fin de aquel encierro, ni el silencio, con que aun de los mismos que le curaban era tratado.

Enmedio de tanto desconsuelo, la Justicia Divina, à cuya poderosa diestra avia movido el celo, y religion con que aqueste hombre aventurò su vida, contra la detestable maldad, que al principio oisteis, guiò por sus particulares, y secretos juicios, no solo los sucessos en que estaba inocente, mas aquellos que mas pudieran apartarle; de suerte, que quando se juzgò por perdido, entonces casi llegaron amontonados el galardòn, la estimacion, y fin de todos sus temores, y trabajos; porque es oficio del Cielo, recompensar con beneficio, y premio duplicado las obras que se hacen por su respeto. Mas antes de tan dichoso efecto, y mientras los Juezes (yà con la dama que tenian èn deposito, yà con el marido preso en su misma casa, y mortalmente herido, y yà con el galàn Don Feliz en la suya, y no menor peligro, y finalmente con el criado que assistia en la carcel) iba haciendo diligente pesquisa. En una de las prolixas noches de su encierro, como el dolor de las

he-

heridas, y el intenso temor, desvelassen al pobre Federico, estando fatigado su espiritu con varios pensamientos, sin pensar interrumpiò su pena una voz lastima, que enmedio de suspiros tristes, le dexaba entender confusamente, con que no poco alborotado, olvidando sus fatigas, mas atento aplicò los oidos, y la vista à una juntura breve, que en forma de resquicio, hacian los ladrillos de un tabique, y por donde salia à su parecer aquel nuevo rumor; y no fue en vano aquella diligencia, pues apenas puso alli los ojos, quando en el aposento vecino, mirò en un pobre colchon tendido un hombre, mas tan oprimido de grillos, y cadenas, que casi su pesadumbre sola le hacian inmobil. Tenia pegada en la pared frontera una vela encendida, con cuya luz tambien determinò el rostro; y en èl, aunque lloroso, y lastimado, la poca edad del dueño; al qual movido de su natural compassion, y deseando en alguna manera consolarle, le comenzò à llamar en baxa voz, diciendole: Amigo, y compañero de mis desdichas, cuyos trabajos bien pienso las igualã; suspended à mi ruego, parte de tanta pena; porque si no es possible remediarla quexandoos, menos serà acertado prevenir el dolor antes de su execucion. Sirvanos de consuelo mis conformes cuidados, y participando yo de los vuestros, juntamente descansaràn nuestros corazones comunicandose. Aqui esperando la respuesta, y viendo que con igual admiracion le bolvia el rostro, callò Federico, y con mas atencion, viò que acercandose al tabique mismo el fatigado cuerpo, satisfacia à sus razones, con la siguiente platica. Si en tan graves desventuras pudiera dispensar el sentimiento, ò mitigarse al menos, estad cierto, noble, y piadoso amigo, que vuestra prudente persuasion venciera su rigor, ò suspendiera el temor incessable, que me aflige; mas èl es de tan miserable condicion, q̃ como el mas espantoso de los males, irremediablemente me tiene sin consuelo, incapàz de consejo: yo espero por instantes la muerte, y aunque serà corta satisfacion de mis delitos, ellos, y mi mala vida, producen tan cobardes estremos; porque assi como el morir es dulce, y agradable à los buenos, assi por el contrario, para los malos es sumamente amargo, y espantoso. Suspenso dexaron à Federico tan notables razones, y aunque le pareciò por demàs el consolar à su dueño, todavia con nuevas rèplicas, bolviò à intentarlo assi: Aunque tan justas causas, como aveis referido, pueden en parte atajar mi razon, y aun aumentar mi pena; el deseo de divertir la vuestra, avrà tambien de escusar mi importunacion, y

porfia; yo soy de parecer, que afligiros con tal desconfianza, no harà mejor efecto, que anticipar el daño que se espera, cosa por cierto indigna de un animo varonil, en quien no solo han de ser los trabajos tolerables, mas hasta el fin acompañados de constancia, y firmeza: apartese, pues, de vuestro espiritu tan miserable presupuesto, que si para facilitarlo gustaredes que con mis desdichas os entretenga, dandome en cambio el alivio, y consuelo de las vuestras, tendrè à muy buena suerte el referirlas.

Casi ordinariamente, ò yà con el temor, ò yà con la razon, se conocen los hombres, con que no seria mucho, que las de Federico obrassen en esta sazon, segun su intento, como al fin sucediò, pues obligado, y aun reconocido el afligido preso, no solo mostrò mayor animo, mas deseando parecer corregido, enjugò las lagrimas, y en vez de escuchar agenos males, como quiera que comunicados son menos, mejorò la eleccion, tomando por partido el referir los suyos, y assi apareciendose para contar su historia, puso al nuevo amigo en justa obligacion, y aun en cuidado de ensanchar el resquicio. Despues de lo qual, ofreciendo atencion, y acomodandose segun su miserable estado; uno escuchò en silencio, y otro de esta suerte diò principio à su historia.

Aunque sin deslizarme à exortaciones, y preambulos, pudiera reducir mi promessa à mayor brevedad, dexando circunstancias, sino forzosas, no agenas de el intento; todavia (si bien à costa de mi alma) deseo tanto pagar vuestro consuelo, que pienso referiros su pena, sin celar mi secreto, muchas cosas, que vergonzosamente avràn de aumentar mis culpas; no obstante, que yà de ellas tengo por permission de el Cielo (que al encubrirlas acobardò mis fuerzas) hecha confession, bastante à quitarme la vida; cuyo fin pienso que se suspende hasta ratificarme. Con esta prevencion, si yà no lastima, podreis, amigo, tener paciencia oyendo mi discurso, la mala cuenta que ha dado de sì, este misero compañero de vuestras desgracias.

Doce años podrà aver, que infelizmente, cō semejante edad, salì por muerte de mis padres, de las Montañas de Leon, patria de muchos buenos, con que si no se escusa, al menos se acrecienta la ingratitud infiel, que me ha reducido à tales terminos: mi nombre es Fulgencio, y mi hacienda tan corta, que para sustentarme fue preciso doblar mi inclinacion acomodandola à servir en aquesta Ciudad, à un Cavallero, de quien no solo vine à ser su mayor privanza, mas juntamente, amigo, y compañero (no criado) de

de su unico hijo, mancebo de mi tiempo, aunque de diferentes partes, y virtudes. Con este (bien que su padre viejo enderezaba à otros fines sus acrecentamientos) cursè en la Universidad, ciñendome al gusto de mi dueño algunos años, en el loable exercicio de las letras, sin que de ellas me divirtiesse el hervor de la sangre, ni la inconstancia de la juventud, cuya naturaleza, no solo inclina à variedades, y caidas, mas pronostica (ociosa) arrepentida, y trabajosa vejèz. Y si bien reconozco excepcion desta regla, no culpo tan bien gastados dias, lloro sì, con razon, el aver huido sus documentos, y cedido el furor de las armas, la quietud de los estudios, pues quizà esta desorden acarreò el presente naufragio.

Preveniase en aquesta sazon en la Coruña, en Lisboa, y parte de Vizcaya, la mas potente armada que han visto nuestros siglos, magnanimo, y piadoso remedio de el Catholico Felipo, contra las invasiones de la India, y expugnacion de Inglaterra, que las fomentaba.

Alborotòse para esta jornada tan bien acepta la nobleza de España, y singularmente la de aquesta Corona, entre quien dexando este su mejor Paraìso, por gusto de su padre, fue mi dueño, y yo en su compañia; aviendole primero hecho merced de un havito, nos embarcamos en vasos esforgiidos, casi veinte mil hombres de pelea, setecientas piezas de artilleria, municiones, arcabuces, y picas, para los Catholicos de la Isla, que en viendo las vanderas de España, se avian de juntar à nuestro Exercito, de quien era General el Duque de Medina, con quien salimos de Lisboa à los fines de Mayo, maltratando desde el mismo punto los vientos el Armada, perdiendose primero en la costa de Bayona algunas galeras, y abrasandose gran parte de la polvora, rindiendose Navios, y finalmente, faltando prevenciones, que à cargo del Principe de Parma dexaron en opinion su credito. Cessò, sin mejores efectos, jornada tan bien prevenida, dando à España la buelta, y en ella à algunos puertos de Galicia, en quien desembarcando, perecieron de enfermedad (ocasionada del trabajo padecido en tantas borrascas, y contagio de los mantenimientos) muchos Soldados, y personas de lustre, que aventureros avian servido à su Magestad, no siendo mi amo, y yo de los mas bien parados: si bien convalecientes, quisimos desde la Coruña bolvernos à Zaragoza, y poniendolo por la obra, à dos, ò tres jornadas, una siesta llegamos al Cebrero, al punto que otros muchos de à mula, acompañando una litera de donde (parando en la posada) salieron dos mugeres, una de anciana edad

mas

mas la que la ſeguia de tan pocos años, que pienſo friſaban con los quince, digno aſsiento de la mayor belleza de la tierra. O quan bien à eſte atributo llamaron los Gentiles engaño mudo; porque ſi muchos hablando engañan, ſolo la hermoſura engaña callando, y ciega al que la conſidera. Sucediòle lo meſmo à mi inconſiderado dueño, pues apenas hizo la viſta objeto de ſus partes, quando abriendo por ellas francas puertas al alma, ſin mas conſideracion, trocò ſu libertad en vaſſallage. Quedò como rendido, humillado, y ſujeto à diverſos cuidados, y confuſiones: y aſsi no ſabiendo, què remedio tomarſe, de mi conſejo ſupo ſu nombre, ſu calidad, y naturaleza, porque ſin dificultad abſolviò eſtas preguntas uno de ſus criados. Eran, pues, las dos ſeñoras, hija, y muger de cierto cavallero de los de la jornada, que quedaba enfermo en Santiago, y con tan grande aprieto, que les convino venirle à acõpañar deſde Zaragoza, adonde (no ſe ſi diga para mi total perdicion) tenian como noſotros ſu morada. Llamabaſe la hija Doña Elvira, y por unica, y ſola muy querida de ſus padres, cuya hacienda era tanta como ſu calidad. Con tal informacion ſe reſolviò mi dueño à hablarlas, y aſsi el ſaber, que eran de nueſtra Patria facilitò ſu intento, llegando con tan buen achaque à hacerles corteſia. Sõ los veſtidos ricos, y los adornos precioſos el mejor ſobreeſcrito de la perſona, y mas quando con tan honroſa inſignia, como un havito, las partes ſe aventajan, y luzen; y cayendo todo eſto ſobre la preſencia gallarda, roſtro agradable, y algun conocimiento de ſus padres, no ay duda ſino que ſeria mi dueño recibido con guſto, como aſsi ſucediò; y aunque no admitidos ſus ofrecimientos corteſes, correſpondido con igual agaſſajo. Hablaron de ſu tierra algunas coſas, y no pocas de la infeliz jornada, procurando el nuevo enamorado, por dilatar rato de tanto guſto, introducir materias que lo alargaſſen: mas llegandoſe la hora de comer, y poco deſpues la de ſu partida, haciendo esfuerzos para acompañarlas, ellas à ſu peſar lo divirtieron, quedando tan triſte, y afligido, que juzgando que de ſu inclinacion, y amoroſo efecto ſe avia hecho poco caudal (y como ſiempre la mas fiel ſeñal de un cierto amor es, comenzar temiendo, y deſconfiando) de tal ſuerte eſtas dudas aumentaron ſu incendio, que olvidado del primer viage, ſe diſpuſo à bolver haciendo eſcolta à Doña Elena; para lo qual, paſſãdo aquella tarde à Villa Franca, por mejor diſsimulo, haciendo dos eſclavinas, dimos la buelta, cumpliendo votos, que ſi en la paſſada tormenta no los prometimos, no sè como los Cielos nos ſacaron à ſeguro

guro puerto.

Al fin, siguiendo la voluntad de mi amo, me acomodè à su modo, caminando, aunque à cortas jornadas, las que hasta Compostela nos quedaban, cuyo divino Santuario, tercero à los mayores de la tierra, visitamos el siguiente dia siendo tanta despues nuestra diligencia, que no solo dimos con la posada de las damas, mas aun tuvimos orden para aposentarnos pared enmedio. Con semejante prevencion, todas las horas que queria ponerse delante de su dama, sobrando la ocasion, vecindad de ventanas, y assistencia suya por la enfermedad, y cura de su padre, facilmente podian conseguirlo, y assi fueron sin numero las que se ofreciò à sus ojos, que al principio sino repararon en su cuidado, la continuacion de su presencia les fue poco à poco grangeando, hasta que el advertir algunas señas, y el parecerla que antes le huviesse visto, la hizo, que dudasse curiosa en su conocimiento, y de esta duda, que cayesse en la cuenta, acabando de entender entre el basto sayal de la esclavina la causa de su peregrinacion. Mas no mudando con la fineza de este amor la severidad de su condicion, mi amo fue perdiendo la paciencia, y al peso que su gusto, y desdèn le enflaquecia, iba en aumento su passion: mas como en las mayores resistencias se alienta, y se mejora el noble espiritu, assi agora el desprecio, y desdèn, que justamente diera al traste con otra voluntad, parece que animaba la suya; con que no solo fiò atrevido su amor de la fortuna, mas puso en credito, si yà tal vez pueden los acaecimientos dichos subordinarse al despejo, y audacia. En fin el tierno amante juzgando que con la comodidad de las ventanas, facilmente en hallandola sola podia darla un papel, y que si ofendida le arrojasse, no perdia reputacion en seguir su intento. Ultimamente se resolviò à escrivirla, y en tan buena ocasion, que no solo tuvo su diligencia efecto, mas juntamente fue admitida con agradables muestras; cosa para el amante tan alegre, que puso en contingencia su buen juicio. Deciale en el villete entre tiernos afectos la fuerza de su amor, la firmeza de su perseverancia, y aunque en bosquejo, assimismo mezclaba algo de sus merecimientos, parte de su calidad, y mucho de sus pretensiones, hacienda, y esperanzas, enderezando tales razones, à que su dama tuviesse de sus cosas mejor credito, y sin indignacion de sus empleos, acogiesse menos esquiva los que solo à su honor se dedicaban. Leyò casi à sus ojos Doña Elena todo el papel, y con tanto contento de mi dueño, como yà aveis oido: mas como nuestros faciles placeres tienen tan seguros descuentos, brevemente se

ha-

hallò con mayor pena, y su dama con igual confusion; porque en medio de la suspension en que sus conceptos la tenian, sin poderlo remediar ni encubrir, la hallò su madre con el hurto en las manos, y al turbado galàn pendiente de sus ojos: Quando aun los flacos principios, ò yà por razon, ò causa accidental llegan à errarse, parece que aperciben iguales fines. Vereis presto en mi propia experiencia esta verdad, bien que fomentada de propias culpas, y ingratitudes. Cayò, pues, de improviso la basa, el fundamento de este edificio; cuyas ruinas, entre su primera esperanza, lloraba mi dueño, convertidas en cenizas, y humo: retirandose en tanto Doña Elena, y su madre, la qual si en publico no hizo grandes estremos, en la clausura, y encierro de su hija se mostrarõ mayores. Mas antes, que passe adelante advertid este punto, y en la fuerza de una privacion, el rigor de una voluntad oprimida, y ultimamente los efectos que de tanto cuidado, encierro, y diligencia resultaron.

No desmayò el amante con tal desgracia, aunque considerada en la ocasion primera favorable, era justo temerse, à no disponer la fortuna el sucesso por diferentes medios, porque lo que sin duda fuera impossible alcanzar sin largo trato, sin finezas muy grandes, y continuos servicios, sin pensar lo hizo facil una madre indiscreta, un recato encogido, y una severidad demasiada.

Mi dueño, pues, à quien las dificultades ponian mayor esfuerzo constante en su proposito, assistiò à conseguirle, viviendo con cuidado, y recogido, tanto por no causarle à Doña Elena, quanto por no ser conocido en semejante disfràz de los muchos cavalleros que acudian à la jornada. Por estas causas lo mas del dia guardabamos la casa, en quien en estos intermedios, y muy cerca de mi propia cama, no sin poca advertencia, en diferentes noches, y horas sentia unos pequeños golpes, dados segun mi parecer en la pared vecina, cosa, que aunque al principio me causò novedad, su continuacon, y hora extraordinaria, me obligò despues à sospechar curioso, y juntamente à decirselo à quien (como tan buen amante) menores circunstancias le alborotaron, y assi con vigilancia, queriendo èl assistir à esta, sucediendo los golpes en la siguiẽte noche, y en la misma parte, tiempo, y sazon, sin mas considerar (porque èl yà antes tenia conjeturado por señales, y muestras evidentes, que aquel tabique caìa al quarto en que Doña Elena posaba) prometiendose un alegre sucesso, comenzò à responder con los mismos golpes, y luego suspendiendo la obra à escuchar si repetian en el reclamo, como en efecto se hizo; porque apenas aplicò

los

los oìdos, quando en voces algo confusas, entendiò que le preguntaban, si era alguno de los dos peregrinos, à que, no obstante, que por entonces se distinguia mal el conomiento de la voz, con mayor alegria fuè satisfecha: Mas antes es justo, que sepais, porque no se dificulte este acaecimiento, que no solo las casas de Santiago, empero casi todas las de Galicia, son por la mayor parte de madera: digo los travezes, divisiones, tabiques, y aposentos, de los quales era este, de quien voy hablando; y por donde, assi en la presente, como en otras noches comunicò mi dueño mas bien reconocida à su dama; y aunque à su ingenio, à su vehemente voluntad se le debia tan discreta industria, rezelosa de algun engaño, no quiso aquella primera noche alargarse mas, que pedir acomodassemos de tal suerte aquel puesto, que pudiesse ella vernos; pues con algunos faciles barrenos saldria de duda, y passaria con mejor objeto. En fin, unos, y otros por entonces quedamos dudosos; hasta que haciendo, segun dixo, los barrenos, mi amo saliò de confusion, y aun de juicio; y Doña Elena mostrò, aunque vergonzosa, igual contento; y descubriòse bien en sus razones, como assimismo el tierno amante en sus agradecimientos humildes. Queria ella obligarle, y salir gananciosa, y assi en breves palabras estimò su voluntad, asseguròse de su perseverancia, encareciò las primicias de su recompensa, y el peligro à que se ponia, el temor, y cuydado de sus padres; y ultimamente, recibiendole por suyo, puso limites à los efectos de su amor, anteponiendo su honra, y la obediencia paternal: si bien con esto, raras veces dexa de atropellarse, replicando su amante, la dexò tan contenta, como segura de su buen empléo.

Por esta parte, y con el viento en popa, fuè engolfandose aqueste amor reciproco; y viendose casi todas las noches, en ellas acabaron de satisfacerse, y aun de encadenarse con tan estrecho nudo, que solo la muerte ha podido romperle. Aqui haciendo el afligido Fulgencio una gran suspension, dando nuevos gemidos, interrumpiò su cuento: no obstante, que la promessa hecha à Federico (dexandole aun mas confuso su impensado estremo) le forzò, reprimiendo las lagrimas, à proseguirle de esta suerte:

No ay tan valiente antidoto contra toda aspereza, como el trato, y la comunicacion, dulce, y agradable tyrania de los corazones humanos: esta reduce la condicion mas barbara, el animo mas entero, y el deseo mas esquivo; y assi, llano es, que siendo tal su operacion, mejor aora en dos tales sugetos, en dos espiritus generosos, en una discrecion apa-

ci-

cible harìa su efecto. Pues es certissimo, que no pudo mi amo hallar remedio mas seguro para conseguir su deseo, y amartelar de veras el pecho de su dama, como la continuacion de sus visitas, en cuyo termino, teniendole la enfermedad de su padre, llegò el dia de su convalescencia, y despues el de bolverse con igual regocijo à su natural: sì bien yà entre los dos amantes tenian dispuesto para oportuna ocasion en el camino, la mayor seguridad de sus intentos; y esto, temerosos de que la condicion terrible de su madre atropellasse con ellos, y mas si à las sospechas referidas se le juntasse el entender la voluntad de su hija; y assi, para mejorar su partido, y recato, mi amo en havito diferente adelantaba las jornadas, y à las noches en el de mozo de espuelas, fingiendose mi criado, esperaba solicito la ocasion; que aunque à las veces tarda, al fin se dexa hallar de quien la busca. Y assi como por Providēcia Superior iban encaminados sus fines, todas las cosas enderezadas à ellos les sucedian aproposito.

Estuvo en un Lugar, mitad de la jornada, como recien convalesciente, apretado su padre de Doña Elena, con que la noche misma, que à èl llegamos, el alboroto, y confusion de los criados, y el nuevo afligimiento de su madre dieron lugar à que los dos se viessen, y con tan buen espacio, que hallandonos presentes yo, y otro criado de à pie, que nos acompañaba, despues de ternissimos abrazos, haciendo à nosotros, y à los Cielos testigos, se dieron fee, y palabra de esposos; y con tanto, gustando Doña Elena, que estuviesse encubierto hasta mejor coyuntura, de comun acuerdo, y por obviar algun inconveniente, que los dañasse, se despidieron, aunque no sin lagrimas, para no verse mas hasta Zaragoza: adonde en breve tiempo, y mas crecido gusto fuimos bien recibidos; no obstante, que à suspenderse mas nuestra venida, hallàra mi señor muerto à su padre. Estaba este cargado de vejèz, y de achaques, tan arraygados, y poderosos, que à pocos lances le concluyeron, quedando mi dueño, aunque heredero, y rico, sumamente lloroso. Con que ocupado en sus exequias, y retiramiento forzoso, y aumentando su tristeza, la ausencia, y tardanza de su dama, se le passaria un mes: despues de el qual, à ser el Arco de Iris de sus tormentas, llegò à esta Ciudad, prosiguiēdose en ella nuestra empressa amorosa, con mayor libertad; y aunque llenos de luto, y exteriores tristes, tan alegre el amāte à la vista de su esposa, como ella diligente, y solicita en mostrarsele siempre que su zelosa madre dispensaba en su recato, y guarda: mas duròles este pequeño alivio, solamente lo que ella

tar-

tardò en penetrar ſus paſſos; porque quando un amor es vehemẽte, y fiel, caſi ſe impoſsibilita el encubrirle, fuera de que ſu mayor inquietud, y nuevo deſaſſoſsiego puſo en los ojos de ſu madre la cauſa; y juntamente con los paſſos, y aſsiſtencia de ſu amante, el autor de ella; al qual, no obſtante que dos veces tan ſolas le avia viſto, tenia con la primera ſoſpecha tan impreſſo, como aborrecido, y odioſo en ſu corazon; con que creciendo agora la ocaſion, quedò aſsimiſmo confirmada ſu mala voluntad; y no aſsi como quiera, ſino con tan notable eſtremo, y averſion, que de la propria ſuerte juzgò de ſu perſona para yerno, como ſi realmente fuera un hombre indigno. Deciaſe entonces, que el ſer eſta ſeñora Eſtrangera del Reyno, de Nacion poco afecta, ocaſionaba ſus deſprecios. De aqui naciò el retirarſela, bien que nunca pudo eſcuſarſe ſu comunicacion, valiendonos de diferentes trazas para continuarla; aunque con tales inconvenientes, que conſiderados muchas veces, mi dueño propuſo à D. Elena el declararſe, pidiẽdola à ſus padres; mas ella, que interiormente ſabia, que intentaba caſarla con un deudo cercano de ſu madre, quiſo primero ſe desbarataſſe aquel deſignio, que ſe les propuſieſſen ſus deſeos, temiendo, que ſu declarado rencor, ayudado de la ocaſion preſente, los atropellaria, ò pondria de peor condicion; y aſsi, eſperando que el tiempo diſpuſieſſe eſtas coſas, para mejor ſatisfacer à ſu fiel amante, y vencer la dificultad del verſe, acordò otra ingenioſa eſtratagema.

Advirtiònos, pues, Doña Elena quanto importaria al cumplimiento, y fin de ſus amores, que mi perſona, archivo entonces de ellos, procuraſſe entrar en el ſervicio de ſus padres; pues eſte penſamiento tendria efecto, ò yà valiendoſe de negociaciones, ò yà de interceſsion, que no ſe lo negaſſen; con lo qual, no juzgando dificil eſta traza, porque ni tampoco ſu madre me conocia, huvo de aprobarla mi amo, y yo, aunque ſenti el dexarle (por ſu mayor contento) me diſpuſe; y fingiendo con mis compañeros, y amigos diferente ocaſion, valiendonos de inteligencias poderoſas, ſe conſiguiò la nueſtra; y de manera, que en breves dias pude no ſolo contarme por criado de Doña Elena, mas juntamente (à fuerza de aſsiſtencia, y puntualidades) por el mas confidente, y querido de ſus padres. Quando al tirar el arco, ò paſſar el pulſo ſus limites, ò la cuerda ſe deſañuda, y rompe, ò el ſaltando, ſe quiebra, y deſpedaza. Tal ſucediò por la zeloſa guarda, y por la aſpereza, y terrible ſeveridad de ſu madre; pues llegò à apretar la de ſuerte, que privada con declaradas mueſtras de la eſperanza de

ſus

ſus deſeos, ſe aumentaron ſus llamas, para que ſazonadas con tantas repugnancias, llegaſſe mas aprieſſa el ultimo lance, por cuya execucion, trazandolo ella, ſe diſpuſo mi perſona, que como ladron de caſa, ſin guardarſe de mì, pude facilmente meter al dueño de mis transformaciones en mi apoſento, y de èl (en conveniente hora, con llaves hechas de propoſito) en el de ſu dama; con que yo entiendo, que ni èl andarìa corto, ni puesta en ſemejante aprieto, ella mas deſdeñoſa.

Ratificòſe entonces la primera palabra, y conſumandola, ſaliò en mi compañia ſin ſer ſentido. Con esta traza tan bien aſſegurada conſiguieron ſu guſto, y proſiguieron ſus deſeos, que aun en ſu cumplimiẽto anhelaban por mayor esfuerzo; porque no la dulce poſſeſsion cauſa deſprecios en el amante fiel, antes gozada, crece la eſtimacion, y el conocimiento de mas amables partes. Mas quien penſàra aora, que en tan eſtraños lazos, en vinculo tan indiſolubie pudiera aver quien, ſin deſañudarle, para ſu deſtruycion, como el Magno Alexandro le cortàra por medio.

Ocaſionò tan grande deſventura el auſencia forzoſa de mi dueño, que à preciſos negocios de ſu religion huvo de partir à Caſtilla, con guſto, y beneplacito de Doña Elena, cuya perſona, y el deſpediente de ſus cartas, aviſos, y ſuceſſos quedò à cargo mi mucha diligencia: iban las de ſus padres aumentandoſe en aqueſta ſazon, cuydadoſos de darla eſtado, y mayormente la compañia del pariente que he dicho: mas como la hermoſa dama eſtaba yà tan impoſsible, reſiſtiendo, aunque humilde, yà con ſu corta edad, ò yà con otras cauſas, procuraba excluirſe. Parecieronles frivolas, y aparentes, y aſsi apretaban ſu delicado eſpiritu; el qual, mientras pudo vencer las amenazas, eſtuvo firme: mas quando de ſu reſolucion, y parecer previnieron libertades ſecretas, trocando neciamente ſu blandura en rigores, determinaron oprimirla con fuerza.

Quitaronla en conſequencia de eſto ſus galas, midieron ſus paſſos, y acortaron ſu clauſura, y encierro; y con tan exagerada diligencia, que do ningun criado, por mas familiar, y confidente que fueſſe, llegaba por entonces à ſer viſta. Y con ſer tal ſu tratamiento, y pena, pienſo, que aun la llevàra con paciencia guſtoſa, ſi à eſtas deſdichas no ſe le acrecentàran otras mayores: culpa de ſu poca capacidad, pues en tales eſtremos fuera juſto eſcuſar qualeſquiera inconvenientes. Digo, pues, que la afligida dama, en medio de eſtas tribulaciones, y para ſu mayor conſuelo, reiterando una, y muchas veces las cartas, y villetes de ſu amante, recrea-

creaba el corazon doliente, y con la dulzura de sus requiebros, y la discrecion de sus razones, acompañaba la triste soledad de sus encierros. Y aunque à su parecer hacia estas muestras recatada del sol, no assi lo fueron del cuidado, y rezelo de su madre, en cuyas manos dieron à su pesar estos papeles, y juntamente el desengaño cierto de sus inobediencias. Con que no obstante, q̃ en ellos se nos escrivia, ò mentaba mi assistencia, ni razon, que ensangrentasse en algo su sospecha, todavia con lo que leyò bastò à creer, que aquella pretension iba muy adelante.

O providencia inutil de este fragil sugeto! No es bueno, que la causa urgentissima de verdades tan claras, de tan averiguado amor, y voluntad, en vez de remediar el inferior daño, y de desistir de su intento, no solo la obligò; pero al contrario, vencida de ira, atropellò el maternal amor su propio gusto, desalentò su confianza, y finalmente con amenazas, y obras, no solo puso en detrimento su vida, mas lo que Doña Elena sintiò, y aun temiò mucho mas, mengua en su honestidad, falta en su honra.

Hasta aqui pudo durar la perseverancia de una muger principal, en quien mayor bateria hace, mayor estrago un atomo de infamia, que todos los rigores, aspereza, y crueldad, porque no la espada furiosa de Tarquino, sino el amago afrentoso de su esclavo, forzò à la castissima Lucrecia. Y assi rendida de tan grave dolor, y aumentandose con nuevas amenazas, pues aun se estendieron à intentar experiencias imprudentes en la entereza de su cuerpo. Temiendo este ultimo golpe, diò el si forzado Doña Elena: y poco despues al segundo esposo, y pariente (con las diligencias necessarias, y bendiciones de la Iglesia) la possession de su persona. Passaron todas aquestas cosas con tanto secreto à los principios, y despues (porque Doña Elena no se bolviesse atràs) tan por la posta, que aunque con ella avisè al ausente, quando à toda diligencia llegò al remedio, yà su dama estaba sin èl: pagando yo, que ni tenia la culpa, ni avia faltado à cosa de su gusto, el tormento rabioso de sus penas, el entrañable, y nunca oido dolor, que rompiò sus entrañas, pues à la primera vista que tuvimos, discurriendo en el caso, no solo puso falta en mi diligencia, sobra en mi olvido, y obstaculo en mi fee, mas arrancando de la espada, en vez del premio merecido por tantos servicios, y trabajos, saquè de sus manos muchas heridas: y lo que mas sentì, injurias indignas, y afrentosas de su boca.

Convinome por no dexar la vida, huirle el rostro, y assi llegan-

gando à mi posada, y diciendo en ella otra diferente ocasion, dì orden en mi cura, y no se consiguiò tan facilmente, que primero no me viesse en mortal peligro, y fuera de este, en largos dias de cama, y convalecencia, obrando en su progresso de tal suerte la memoria de tan injusta ofensa, que no solo no me abstuvo lealmente de tales pensamientos nuestra antigua crianza, y amistad estrechissima, el pan, el sustento, que como al fin criado, y hombre noble, debiera anteponer à la injuria, sino que olvidando estas, y las demàs circunstancias, que pudieran divertir la venganza, cerrandoles los ojos, me dispuse à ella, y con tal presupuesto, dissimulando, recibi algunos recaudos, muchos dineros, y mayores regalos, que yà con menos passion me embiaba mi arrepentido, y pesaroso dueño, casi en todo el discurso de mis males.

La miserable vida, que en estos intermedios padecia Doña Elena, en quien (porque no se me olvide, avia muerto su padre) bien claramente la mostraba su rostro, cuya hermosura marchitada, y triste, hacia publicas sus interiores penas, su forzado gusto, y sobre todo, la aborrecible compañia de un hombre siempre mal afecto à sus ojos; y de quien, ò su propria conciencia, ò el defecto, que pudo presumir de persona, la tenia temerosa, y en continuos rezelos: y no presumo, que fuerā de razon, porque con desear su esposo, y deudo tiernamente su agrado, y sumamente su possession, desde el dia que llegò à tenerla, ni el rostro se le mirò contento, ni en sus afectos, y razones, se conociò el gusto, que antes, ni menos las caricias, assistencias, y amor del nuevo estado: y en conclusion, segun el tiempo lo declarò despues, Don Rodrigo (que tal era su nombre) no tuvo mas, que premissas del sucesso, y poco à poco, en confirmacion de sus sospechas, vino à entender las que mas le irritaron. Porque muchas veces, con los juicios del animo, adivinamos la fuente, donde nacen nuestros bienes, ò males.

El espiritu amante de mi dueño, perdida su antigua possession, bebia los vientos por vèr, y hablar à Doña Elena, y ella, que no menos cautiva dispusiera su alma à tener quien la animàra con el mismo deseo vacilando, intentaba mil medios, que yo por principio de mi mayor venganza dificultaba, y corregia: mas no pudiendo, sin declarada contradicion, y negar en todo la inteligencia de mi ayuda, no obstante, que en ella se fundò la execucion de mi cruel deseo, propuse el tratarlo de manera, que à horas escusadas, y sin sospecha, los dos amantes se hablassen muchas veces por una alta ventana de cuyas platicas (despues de amargas lagrimas,

mas, y satisfaciones sin remedio) à no prevenirla mi ingratitud, y alevosia, resultàra sin duda una extraordinaria resolucion. Mas yo, que solamente deseaba con obstinado corazon, rabiosa venganza, atajè sus intentos, divirtiendolos hasta mi conveniencia, con dissimulacion cautelosa, que es singular destreza (permitaseme culpe mi propia maldad) tener siempre consigo la traycion palabras dulces, obras enormes seguridad matando, y promessas, y dissimulaciones para engañar mejor.

Confiesso amigo, que fuy sobre todos los hombres à mi buen dueño ingrato, y que, ni sus injurias, sus palabras, y heridas pudieron lastimarme en la honra; porque el señor no afrenta à su criado, y por el consiguiente, ni en mi cupo su ofensa, ni en èl mi venganza, y satisfacion: y assi qualquier castigo, qualquier pena, juzgo por muy igual al merecimiento de mi delito. Este llegò en efecto à sazonarse, y prevenirse en mi pecho, de tal manera, que advertidas las sospechas, y disgustos de Don Rodrigo, su pesar, y cuidado, hice de su furor, de su ira (al parecer justa) instrumento, y cuchillo para vengarme. Y en ocasion oportuna, vendiendome por muy su confidente, y leal criado, puse en sus oidos los passos de mi antiguo señor (y aun antes, y despues del casamiento, sin tocar en cosa de mi daño) su pretension, y voluntad. No obstante, que de ella por parecerme honesta, y justa, à los principios, y por juzgar despues, que con el nuevo estado cessaria, no avia prevenido, como al presente, su prosecucion, y segun me obligaba mi lealtad. Con lo qual diciendole assimismo el modo de sus vistas, la ventana, y la hora, y ofreciendo ayudar con la vida, ultimamente prometì perderla, en la satisfaccion de su honra. Dexando à razones tan tristes absorto, y suspendido su corazon; mas satisfecho de mi verdad, y no poco ayudado de su sospecha, se alentò à la venganza, ordenandola sin mayor dilacion por el camino mas breve, y conveniente à su honor; y castigo de semejante afrenta. La qual aun viò primero, à instancia mia, con sus propios ojos: porque como los seguros amantes fiaban de los mios su secreto, facilmente, redundando de mi podian cogerles en el hurto, mas de otra suerte no; porque para emprehenderles las ausencias, que Don Rodrigo hacia de noche, à la conversacion, ò el juego, eran su razon principal, y yo en la calle la centinela, y cierto aviso de su buelta.

Aviendo, pues, conseguido patente el desengaño de sus zelos, creciò en èl el sangriento animo; si bien quanto à su esposa, aunque à su primera duda acreditaba semejante muestra, todavia, el pa-

pareceerle que conjeturas solas, no bastaban à disponer della, le tenia indeterminable. En fin, la siguiente noche, acompañandole su hermano, yo, y otros tres criados, puestos en diferentes sitios, esperamos el lance, de quien era mi vigilancia, y orden el fundamento principal. Llegò, pues, el descuidado galàn à su acostumbrado desvelo, y debaxo de mi seguro, y confianza, apenas con Doña Elena comenzò su platica, quando su esposo juntamente diò los primeros passos de su venganza: los quales fueron cerrarla por defuera el aposento, adonde enagenada con su amante (digo desde sus ventanas) estaba en dulces coloquios, y luego decendiendo à la calle, en viendole rodeado de todos, se hallò embestido, y aun herido de mi espada mi pobre dueño. A los principios no dexò de mostrar valiente resistencia, pues à nuestro pesar en compassado termino, fue retirandose un grandissimo espacio, hasta que finalmente, acosado de tantas armas, ciego de la obscuridad, y tenebrura de la noche, resvalando en la nieve, que los nublados con inclemencia despedian, cayendo, perdiò el sentido, y juntamente las esperanzas de su defensa. Con que siendo blanco à nuestra colera, y espadas, quedò rendido, y pidiendo por ultimas ansias confession. Mas curandonos poco de su demanda, juzgandole por muerto, nos quisimos bolver, si al mismo tiempo no interrumpiera este proposito: el sentir los passos de una mula, y poco despues, que en ella se acercaba casi al puesto en que estabamos, un Religioso: cosa, que inopinadamente causò en Don Rodrigo notable alboroto, y no tanto por el riesgo en que estaba, quanto porque la no pensada vista de aquel Frayle, induciò de repente otra nueva salida, para del todo acabar con sospechas. Mas ella fue de suerte, que entiendo el mismo infierno no se atreviera à imaginarla.

Al fin, aunque nosotros la ignoramos entonces, confiriendo de la nobleza de su pecho, que queria hacer à su enemigo aquel beneficio, por orden, y mandato suyo apeamos al Frayle, y advirtiendole el caso, no sin alguna alteracion, assistiò à èl confessandole, no obstante, que quando concluìdo aquel acto, quiso, pidiendo beneplacito, despedirse, y llamar en la Porteria de su Convento, cuyo umbral ocupaba el desangrado cuerpo, entonces sacandonos de duda, descubriò Don Rodrigo su dañado proposito, pues nos le hizo sacar à mas seguro puesto, y aunque sintiendose en el camino herido mortalmente, no se hallò en la execucion, encomendandola à su hermano, y à mis compañeros, arrimado à mis ombros, diò la buelta à su casa,

y à mi en el camino de ella bastante parte, y cuenta de su espantoso atrevimiento; pues no era menos, que para penetrar si de la confesion de mi dueño resultaba el seguro de la ofensa que presumia en su esposa, hacer que el Frayle, ò de grado, ò de fuerza la revelasse. Mas no permitiò el Cielo, que tan grave pecado se siguiesse à su primer delito, ni que uno, y otro se quedasse sin el castigo que todos mereciamos; porque apenas llegamos à las puertas de nuestra casa, quando en ellas se apoderò de Don Rodrigo la Justicia, y à mi me truxo à estos aposentos, adonde aviendo estado tres dias, que à lo que yo sospecho, fue suspension por mayores indicios, oi que en el tercero me sacaron à un temeroso Tribunal, en quien viendome de una parte rodeado del verdugo cruel de mi conciencia, y de otra declarandome la confession de Doña Elena, la de Don Rodrigo su esposo, y la de el mal vendido dueño mio, en que los unos me culpaban de traydor, y los otros de còmplice, y juntamente sabiendo la mejoria de el uno, el deposito de la dama, y el peligro mortal de Don Rodrigo, la muerte de su hermano, y las heridas de otro criado, que assimismo con èl hallaron en el campo (porque assi la Divina Justicia, por mano de aquel Frayle los avia castigado) y ultimamente, juzgandome, por causa de tan grandes desdichas, acobardado, y confuso, sin esperar à que negando, se pusiesse en contingencia mi vida, no solo confessè quanto me imputaban, mas agravando mi culpa, la tomè tan de atràs, como en la prolixidad de este cuento aveis oido de mi boca. Estas fueron las ultimas palabras de el misero Fulgencio, y aun el principio de su mayor confusion de Federico, pues aun no acertaba à darle las debidas gracias, ni menos el consejo, que tan por la posta convenia en sus declarados delitos.

Satisfecho Federico, por lo que avia escuchado, de que su tragedia, y aquella eran una misma, pues el Don Feliz, que la Justicia hallò, fue el que en havito de Frayle èl avia ayudado à morir, y à quien matò con el pistolete su hermano de Don Rodrigo, y su criado, el que tambiem dexò herido en el campo. Y cierto de que su culpa, segun tales indicios, estaba averiguada, perdido totalmente la confianza, y con ella el breve consuelo, que la ignorancia de tal sucesso le avia causado; mas puesta en los Cielos su esperanza, y remedio, con animo constante aguardò el temeroso fin, divirtiendo la noche, y hablando sobre el caso, con el nuevo amigo, hasta que las primeras horas del siguiente dia, oyendo abrir su puerta, le convino

callar, y seguir à uno de los ministros, que alli le avian encerrado. Bien presumiò que iba à la presencia de los Jueces, y assi, encomendandose al que lo es de todos, llegò à su Tribunal, en quien haciendole, ante todas cosas, cargo de su antiguo delito, se prosiguiò à los indicios presentes, leyendole la confession que mas le culpaba, que era la del segundo herido, con quien assimismo fue entonces careado, y aun convencido, en lo que traia resuelto confessar de plano: y asi, sin mas apremio, incitado del Cielo, y sin querer valerse de otros recursos, y manifestaciones que pudiera, declarò largamente quanto en aquella historia queda escrito, concluyendo con la exageracion que merecia el piadoso celo, que le moviò à ponerse por la defensa de su Fè, y de el inviolable Sacramento, en tan grande peligro. De que no solamente los considerados, y advertidos Juezes no se indignaron, mas antes con impulso particular, y convencidos de otra fuerza mayor, poco à poco, fue su rigor trocando en misericordia; y en muestra de su efecto, mandaron le curassen, y hiciessen honrado tratamiento, con que alborotado, lleno de alegria, remitido à mas facil prision, quedò esperando mejorado sucesso.

Mientras esto passaba en la carcel, lastimado de tan vergonzosas injurias, y vencido del terrible dolor de las heridas, muriò el lastimado Don Rodrigo, castigando los Cielos, en este, y los demàs afrentosos golpes, no solo su temerario, y detestable intento, mas el loco rigor, la imprudencia, y aprietos de su suegra. Con lo qual, desengañados los Juezes, en acuerdos, y consultas consideradas, mandaron hacer justicia de los dos criados, digo del que hallaron herido, y de el triste Fulgencio: dieron por libres à Don Feliz, y à su dama, y en quanto à aquella culpa, absolvieron à Federico, y premiando su buen zelo, por lo demàs, fue suelto con faciles fianzas. Determinacion, que entendida de el Pueblo, no solo fue aplaudida de sus voces, mas aprobada con general decreto de los hombres prudentes, calificando aqueste regocijo, con mayores estremos, la valentia, y salud adquirida de el gallardo Don Feliz, y finalmente, la revalidacion de sus bodas con Doña Elena, premio tan bien debido à su perseverancia, quanto indigno de aversela por tan infelices, y estraños caminos dilatado la imprudencia, y rigor de una muger, à la qual no asi termino largo se dilatò su castigo, mas antes prevenido, y apresurado por sus propias manos, apenas viò à Don Feliz en la possession, que tanto por su parte se avia contradicho, quando juzgando-

lo

lo por ſu mayor deſdicha, deſampàrò ſu caſa, dexò ſu unica hija, y acõpañada de los criados, tomò el camino de la Ciudad de Xativa, donde era natural, y en cuyo viage, rabiando con deſeòs de venganza, y pidiendola al Cielo de ſu ſangre, ſe le cumpliò baſtantemente; pues haciendo la ultima noche de ſu vida jornada en un Lugar pequeño de Moriſcos, haſta oy no hã ſabido mas de ella, ni de ſu compañia; y aſsi ſe cree, que por quitarla muchas, y ricas joyas que llevaba, ò por el odio que aquellos pèrfidos tenian à nueſtra Religion, ò por uno, ò por otro, hicieron de ella, y de ſus criados, lo que de otros innumerables Chriſtianos, q̃ en tan vil hoſpedage murieron à ſus manos; si bien, ni tampoco ellos han quedadoſe ſin el merecido galardòn: merced al Cielo, y al benigno, y ſanto Rey D. Phelipe III. que acabò de arrancar de entre noſotros tan maldita, y pernicioſa ſemilla.

***

EL DESDEN DEL ALAMEDA

HISTORIA SEGUNDA, SUCEDIDA EN LA Ciudad de Sevilla. Con el antiguo origen, y fundamento de eſta Ciudad.

LA Ciudad de Sevilla, cabeza de Andalucia, ſegun los mas graves Autores, es una de las primeras, y grandioſas poblaciones de Eſpaña. Fundòla Hiſpalo ſeiſcientos años deſpues de la inundacion, y Diluvio General de el Orbe, y llamòla de ſu nombre Hiſpalia. Siglos deſpues vino Hercules, y como por ſeñal, y pronoſtico de ſu magnificencia, puſo en la parte donde eſtà oy mas eſtendida, y ampliada, dos colunas, cuyos veſtigios, y antiguedad iluſtre ſe conſervan con explendor maravilloſo en ſu famoſa Alameda. Mucho tiempo adelante en los arruynados trofeos de eſta Ciudad, el ſiempre vencedor, y primero Ceſar, reedificò à Julia Romulea. Y no obſtante, que Hiſpalia, y Julia, quiere Plinio no ſean una miſma coſa, por lo menos San Iſido-

ro lo dice assi, y afirma, que Julio Cesar la poblò, y diò este nombre. Y finalmente los Arabes, y Moros, de quien con notables trabajos, y prolixo assedio la ganò el Santo Rey Don Fernando, la llamaron Sevilla, que en su lengua significa lo mismo, que preciosa, y rica. Su asiento està en unas grandes, y amenissimas llanuras, que fertilizadas con las aguas del caudaloso Betis (rio por quien toda la provincia se dixo Betica) aun le hace mas apacible, alegre, y deleytosa. Tiene en solo el ambito de sus muros, y arrabales (que alguno es de cinco mil vecinos) entre Parroquias, Conventos, Hospitales, y Casas de Oracion, mas de trescientos edificios; digna muestra de su piedad, y riqueza incomprehensible. Por esta causa, en sus actos, y demonstraciones, es unica, es incomparable; y assi los Oficios de la Semana Santa celebra en particular tan sumptuosamente, que dexa à Roma, Cabeza de el mundo, y Silla de la Iglesia, muy atràs. Entre sus cosas notables bien merece lugar primero su Templo Arzobispal, en quien està aquella torre de elevacion, y arquitectura memorable. Sus alcazares, ò por mejor decir, huertos pensiles, segun la amenidad de sus jardines, y la fragrancia, y artificio de sus hermosos quadros, tambien pueden competir con sus mayores grandezas; aunque no obstante las de sus tres Audiencias, y Consejos, las Dignidades de Assistente, Provincial de la Hermandad, Casas de la Contratacion, y Moneda: Tenientes, Alcaldes, y Ministros inferiores, jurisdicion grandiosa, edificios magnificos, Lonjas, y Caños de Carmona. La de mayor admiracion, riqueza, y nombre es su Aduana, en quien cifrandose los tesoros de Oriente, sus gomas preciosissimas, y la inacabable, y espantosa maquina, que sin cessar, en montañas de plata, barras de oro, cochinilla, corambre, y otras mercaderias inmensas brota la estẽdida America, siendo de todo escala, y receptaculo esta Ciudad, y Casa, justamente la pueden hacer sin igual en la tierra; pues Venecia en Italia, Lisboa en Portugal, Alexandria en Egypto, Malaca, Goa, y Canton en el Asia, ni pueden compararsele sin grandes excepciones, ni à su caudal, tesoros, y riquezas llegar en mucha parte. De mantenimientos es abundante, y mas particularmente su comarca, de lindo azeyte, y olorosos vinos, y en general, aun en tan gran concurso, todo se vende à precio moderado: facilitandose esto mas por la entrada, y comunicacion del Rio, cuyas aguas corren con tãto fondo, que suben desde el mar quinze leguas sin riesgo alguno los naxeles. Y finalmente, de esta insigne poblacion,

cion,

cion salieron aquellos tres Luceros de santidad, y letras, San Isidoro, y San Leandro, y el Santo Martyr Principe Hermenegildo, y de ella juntamente oy el assumpto, y materia essencial de nuestra historia, cuyo principio es el que se sigue.

Poco mas puede aver de cincuenta años, que viviò en esta Ciudad Claudio Irunza, hombre noble, y cargador de los mas opulentos, y ricos, que ha tenido Europa, pues llegò el valor de su hacienda à un millon, y el de su credito, y confianza à mucho mas. Este, aun passando yà de los quarenta, se casò en Mexico, con una principal muger, hija de otro Mercader poderoso Vizcaino, con quien, demàs de sus virtudes, y hermosura, llevò en doce cien mil ducados, cosa por cierto, sino creible, digna de admiracion, que en hombre particular se juntasse tal maquina de hacienda, y que tan à vanderas desplegadas repartiesse con èl la inconstante fortuna sus bienes: pues realmente si huviera de ellos gozado larga vida, venerable vejèz, pudieramos contarle entre los mas dichosos que la fama celebra. Mas como las riquezas temporales, los contentos mundanos, traen consigo tā amargos descuentos, raros han sido los que en ellos no ayan experimentado esta verdad. Assi nuestro Claudio reconociēdo, como agora sabreis, su inconstancia, y fragilidad, casi en el fin regocijado de sus bodas le salteò el de sus dias, dexandole en catorce, que estuvo enfermo, sin hacienda, sin muger, sin criados, sin amigos, y sin vida. Ocasionòse esta ultima miseria de lo que, con mayor razon, debieran aumentarse sus alegrias: porque fue el caso, que aun no siendo en Mexico passados tres meses de su casamiento, como su esposa sintiesse en la novedad de los accidentes desabridos la preñèz, con que su persona poco à poco iba agravandose, entendida tan buena nueva de sus deudos, y marido, queriendo celebrar con mas exageracion, concertaron unas grandes fiestas, de quien desgraciadamente resultò su muerte; porque aviendo querido, por honra de aquellos regocijos, que eran juego de cañas, y valientes toros, ser uno de los que en ellas se hallaron el rico Claudio, no solo à despecho de su esposa, se contentò de aver andado en las cañas, mejor que su exercicio prometia, sino que assimismo, como quien yà pretendia con semejantes actos obscurecer tales principios, se dispuso, acompañado de criados, y pintados rejones, à meterse entre aquellos furiosos animales, como en efecto lo hizo: mas con tan triste suerte, que à la primera vista lloraron en èl los presentes el mismo sucesso, que

con

en la Plaza de Alva aconteciò à Don Diego de Toledo, sì bien lo que en aquel fue suma desdicha, en Claudio Irunza fue poca destreza: porque al meter en el toro el agudo rejòn, quedò tan incorporado, y desigual, que quando le quiso romper, con el impetu, y fuerza de la indomable cerviz, debien lo sacar el cuento al diestro oìdo, siendo al revès, èl mismo se hizo pedazos èl rostro, y con tan grande ruina, que ni à sus golpes hicieron resistencia los cascos.

Cayò à los pies del cavallo sin sentido, de adonde aviendo muerto su feròz homicida, corta venganza en tan terrible daño, levantado el desmayado cuerpo, dieron sus criados principio con sus lagrimas à las exequias que despues se le hicieron; no obstante, que bolviendo en su acuerdo, en el termino referido de su enfermedad, haciendo testamento, dexò en èl por heredero universal de sus riquezas al postumo, que vivia en las entrañas de su esposa. A quien, en defecto de salir à luz, nombrò tambien en el mesmo grado, con condicion, que no se casasse: y no cumpliendola, à diferentes legados, y obras pias, en que se dispendiesse. Quedò con tanto la hermosa dama, casi antes viuda que casada, impossibilitada, por no perder tan absoluto poderio, de las segundas bodas; y si con muchas lagrimas, no de el tod o desconsolada en la esperanza de succession, la qual cũplido el tiempo destinado, fue do una hermosa hija, con quien mitigando el sentimiento de su difunto esposo, resuelta à cumplir su ultima voluntad, viviò contenta, y assi desde à diez años, aviendose en ellos muerto sus padres, quitados tales inconvenientes, por no faltar à tan grande hacienda, como en Sevilla estaba en no buena administracion, haciendo varras la que en doce la cupo, y la demàs herencia, felizmente embarcandose, llegò con toda al famoso Puerto de San Lucar; de donde acompañada de amigos, y deudos de su marido, entrò en Sevilla, y en la deseada casa, y familia que la esperaba.

Aquì, pues, rica, poderosa, y generalmente venerada, assistiò alegre, creciendo en tanto, al peso de sus tiernos años, la rara, y peregrina belleza de su hija, cuya inestimable possession, por tantas razones deseada, y pretendida de muchos, y grandes personages, aun tan fuera de tiempo, comenzò à darla no pequeños enfados, è importunaciones, siendo tambien las que por su propio casamiento la hicieron de condicion tan apretadas, que como, no obstante el ser moza, deseasse perseverar en la fee de su primero dueño, la fue fuerza, para poder mejor huir semejantes inquietudes, retirarse à una pequeña Aldea, en quien sorda à infinitos

com-

combates, hasta que del todo se entendiò su determinacion casta, y honrada: assistiò otros dos años entretenida, tanto en la disposicion, y aumento de su grande hacienda, quanto en la educacion, recato, y virtuosas costumbres de Doña Floriana (que este era el nombre de su hija) como la que pensaba, y no sin graves causas, que en ella se criaba digno sugeto de sus altivos, y sobervios empleos. El Cavallero, que antes de esta ausencia, y en la mayor perseverancia de ella, insistiò mas constante en la pretension de esta señora viuda, fue Don Pedro de Castilla, Mayorazgo grandioso, y nobilissimo, y con quien (segun se dixo entonces) estuvo muy adelante el concertarse, si bien el amor de su hermosa hija, y el considerar, que no solo la perdia en casandose, sino la possession de tal riqueza, huvo de contrastar à sus deseos, y poner en silencio tales platicas: aunque assimismo, porque todo se entienda, huvo de parte de Don Pedro, no pocos defectos inconvenientes, que impidiessen su gusto, y no el menos advertido, y considerable, el de su desvanecida, y sobervia condicion, con lo qual se juntaba el estar este Cavallero en Sevilla infamado, y no sin culpa, del implacable odio, con que trataba à un hermano suyo, cosa, que aunque entre particulares naciones barbaras sea costumbre, al fin son barbaras, al fin viven desnudas del amoroso afecto, que se engendra, y produce en la afinidad de la sangre: pero entre Christianos, y hombres de razon, y discurso, sino es faltandoles estos atributos, juzgase por impiedad, y afrenta. Digo, pues, que teniendo este Cavallero un solo hermano, y hasta entonces su forzoso heredero, era tan aborrecido de sus ojos, y tan mal respetado, y acudido de sus obras, y lengua, que no avia en toda su familia, y casa persona mas abatida, mas pobre, y desechada; y este ruin tratamiento, cayendo sobre un hombre semejante, y mayormente por sus muchas gracias, gentileza, y virtudes indigno de èl, vino à ser tan mal quisto, y peor parecido, que no se hablaba de otro particular en Sevilla, ni (menos piadosamente afectos, y lastimados) avia en toda aquella poderosa Ciudad, Cavallero, ò Ciudadano, Mercader, ò plebeyo, que en competencia noble, no acudiesse al lucimiento, aumento, y regalo de Don Sancho (que este era el nombre del infeliz, y bien afortunado Cavallero) dos atributos, que si no es advertido el aplauso del Pueblo, y por el contrario, la austeridad, y rigor de su hermano, harà repugnancia en qualquier sugeto.

Esta mala opinion (proceder barbaro) aun sin conocimiento del pobre que lo padecia, d[illegible]

pu-

puso tanto como su honesta determinacion el casamiento que Don Pedro deseaba con aquesta dama; si bien ella, aunque desengañandole claramente primero su voluntad, como muger discreta, y prevenida, no del todo quiso perder la parte que en èl tenia, ni el rendimiento, y vassallage que su alma le avia hecho, antes mostrandose cautamente agradecida (aunque vivia satisfecha de que para su hija sobrarian maridos) le hizo entender, que gustaria se empleasse en servirla, empeñandole assi dudosa, y confusamente en esperanzas, que con su continuacion, y largo progresso pudieran dàr al traste con su rico Mayorazgo: tales efectos causa una vana aficion, obstentacion loca, y gastos desproporcionados.

Tendria yà en aquesta sazon la graciosa Floriana catorce años edad bien lucida, y empleada, que dexado aparte su peregrina, y notable hermosura (dote por si solo bastantissimo) no avia gentileza, habilidad, ò estudio, licito à persona semejante, que no estuviesse en ella muy aventajado, y perfecto; y esto con tan singular estremo, que aunque con la dulce musica, y delicada voz, enloquecia à los hombres, su destreza, y artificio los suspendia, y assombraba; y si la agilidad, labores, y bordaduras exquisitas de sus manos, los admiraban, no tenian mas que entender, mas que desear en qualquier festin, junta, ò sarao, que el honesto concurso de sus mudanzas, y la graciosa gentileza de sus movimientos. Sabia además no pocas letras, Latinidad, y Retòrica competente à su estado, y sobre tantas, y tan generales excelencias, siendo honestissima, era igualmente un perfecto retrato de la compostura, recato, y verguenza de una donzella noble, con que no solo tales partes la hicieron conocida por sus muchas riquezas, sino amable, estimada, y mas apetecida por sus heroycas virtudes. De esta suerte comenzò el Andalucia, quiero decir, los grandes señores de ella, à moverse en competencia, y emulacion à tan grande pretension; yà algunos para si mismos, yà otros para gusto, y conveniencia para sus dependiẽtes, y deudos. Y no parò en tan cortos limites la fama deste lucidissimo objeto, que alargandose à mas, no huvo en España Ciudad en quien no se mostrassen los triunfos, las victorias de su hermosura; y Sevilla, por tan honrosos huespedes, estuvo largos dias hecha grandiosa Corte, y divertidos sus ricos tratos, en regocijos, y fiestas continuadas, no aviendo en todas ellas quiẽ à muy grandes costas de su haciẽda campeasse con mayor demonstracion, que el enamorado Don Pedro; porque ni vistiò la hermosa Floriana color, que èl no luciesse

ciesse, ni gala, que hasta en las libreas de sus muchos criados, no se admirasse; ni aun flor pintada de sus ricos tocados, que no sirviesse de artificiosa enigma hasta en las adargas, y motivos de sus alegrias, haciendo punta en aquellos estremos à los mas persuadidos por su grandeza, ò partes, en la pretension de su dama.

Vivia en el interin, que estas cosas passaban, el pobre de su hermano miserablemente afligido, y sobremanera afrentado mas que nunca; porque no obstante, que siempre generalmente amado, y favorecido del pueblo, en qualquiera fiesta, ninguno mas que èl se aventajasse, assi en cavallos, y galas, como en la estimacion, y aplauso de sus acciones, como todo este adorno en su discrecion parecia venir violento, y forzado, si no por la voluntad de los que con èl largamente partian sus haciendas, por el vergonzoso, y noble pecho, con que eran admitidas: no pudo passar mas adelante en semejante vida. Y assi, no sin grande nota, y sentimiento de toda la Ciudad, porque de toda era acariciado, y bien visto, se retirò, y encubriò en su casa à todas estas ultimas fiestas, y regocijos, en quien Don Pedro, por su ausencia, fuè el mas lucido, aunque no el mejor mirado, porque el trato de su hermano le avia puesto en aborrecimiento comun de todos. Era fuera de aquesto el noble Don Sancho tan mirado, y cortès en los respetos de su hermano, que aunque no le movieran à ocultarse tan justos sentimientos, y causas, èl lo hiciera, tanto por dexarle lucir, quanto por no ocasionarle à nuevos enfados con su presencia. Y assi, aunque entendia el progresso de sus pretensiones, no solo estaba ignorante del conocimiento y sugeto de su hermoso dueño, mas ni aun sabia su casa, ni en dos años que duraron atravessò el Alameda, ni muchas calles de su contorno, solo porque avia oìdo, que era en aquel comedio el barrio, y morada de la hermosa Floriana, à quien en esta sazon, por su acostumbrado recato, y honesto encogimiento, atribuyendolo sus pretendientes à desdeñoso melindre, ò propria estimacion, comenzaron por la cercania à llamarla, el desdèn de la Alameda, nombre, que la hizo tan conocida en el mundo, que pudiera, à ser igual mi intento, dàr titulo famoso à aquella historia. En semejante estado estaban estas cosas, quando à la fama de ellas llegaron à Sevilla los dos Duques de Medina, y Alcalà, deseosos de gozar en sus antiguas Casas parte de tan crecidos regocijos; y assi nuevamente alborozados, y contentos los que los fomentaban, comenzaron à disponer otros mayores.

Andaba Don Pedro con esta

novedad, mas que nunca, divertido en sus galas, inventando libreas, y gastando con prodigalidad, y grandeza: ocasion, que en Don Sancho, aumentando sus penas, apresurò el mejor remedio, y salida de ellas; y assi, estimulado, y persuadido, aun de los mayores amigos, y confidentes de su hermano, dispuesto à irse à Flandes, tratò de hablarle, y de acomodarse con èl, sin intervencion de justicia, en el modo de sus alimentos, y del apercebirle, y aviarle conforme à su calidad, y persona; para lo qual, el mayor estorvo que se le ofrecia, era llegarle à hablar, porque en su casa tenia mandado, le impidiessen la entrada de su quarto, y para sus intentos, y pretensiones no era aproposito remitirlo à la calle. Y como el noble mozo desease escusar violencias, huvo de procurar, que el verle, se guiasse en buena coyuntura. Eralo muy à pedir de boca, cogerle la noche en el acostumbrado passeo de el Alameda, adonde en siendo tarde, se apeaba à coger el fresco con amigos; los quales avian de ser quien dissimuladamente pusiessen à Don Sancho en ocasion, que à solas tratasse su pretension con Don Pedro. Efectuòse à gusto esta diligencia de los que la deseaban, porque llegando èl à buen tiempo, y atravessando platicas con su hermano, aunque se le hizo nueva, y aspera la correspondencia, temiendo dàr mayor motivo à los que le acompañaban, dissimulò; y sin poderlo escusar, viendo que pedia à los demàs licencia para hablarle, y que todos alegres se la concedian, huvo de quedarse passeando con èl, y atender, aunque à su pesar, à estas discretas, quanto bien comedidas razones.

Doce años hà, hermano, y señor mio, que aun sin tener yo los seis de edad, faltando nuestros padres, quedè amparado de vuestra sombra, teniendoos desde entonces el respeto, y en el lugar que à ellos; y sabe Dios, que en todo este tiempo, deseando sobre todas cosas las de vuestro agrado, no he presumido en secreto, ni en publico accion, ni pensamiento, que degenere de vuestra sangre, ni que me hiciesse indigno de vuestra gracia, sì bien no sè, por què contraria estrella mia hà muchos tiempos que estoy tan fuera de ella, que no solo se me ha negado el alivio, y consuelo de vuestra vista; pero lo que mas puede causar admiracion, y lastima, el vestido, y adorno de mi persona, y aun el pequeño, y moderado alimento suyo: cosas, que por ser tan inescusables, y precisas; y mayormente, por no daros enfados, he procurado suplir hasta oy afrentosamente, ò yà valiendome de nuestros deudos, ò yà de amigos, Mercaderes, y Ciudadanos, que condolidos de tanta cala-

lamidad la han remediado; y pongo agora por testigo à los santos Cielos, que hiciera lo mismo en la ocasion presente, y me valiera de esta diligencia antes, que llegar à cansaros, si el natural empacho, si la verguenza noble, que con los años, y mejores discursos me han abierto los ojos, no impidieran tan poco honrosa salida. Hasta agora parece, que mi poca edad podia disculparla; pero yà q̃ alcanzo lo mal que està à vuestra reputacion, no permita Dios, que yo la infame, ni amancille; soy vuestro hermano, y hijo de unos padres: ellos me dexaron hacienda, y joyas, que con los alimentos de vuestra obligacion pueden sustentarme, si no en Sevilla, honradamente en Flandes, donde sus alteraciones pueden servir de empleo à los hombres de mi suerte; y assi con esta determinacion, y seguro de que à pensamientos tan honrados aveis de ayudar con tan generoso espiritu, he querido proponeroslos, para que con mayor voluntad (pues teneis mi hacienda) se disponga la jornada, y el modo que se ha de tener en acudirme en aquellas Provincias. Ademàs, que es muy justo, que assi en ellas, como en qualquiera parte, luzca en mis obras el explendor de ser hermano vuestro, y segundo de la ilustre Casa de nuestros padres. Aqui diò fin Don Sancho à su breve, y proporcionado discurso; y ciertamente, que en qualquiera sugeto, que le tuviesse de hombre, lastimàra, y moviera à mas graves efectos; no obstante que fueron bien contrarios, y disformes los que en Don Pedro ocasionò esta justa demanda; el qual, rebentando de ira, y sobervia loca, aun mucho antes que Don Sancho acabàra, quisiera èl averle buelto las espaldas; y si no lo executò, dexandole sin respuesta, no fuè por mas estimacion, sino por parecerle conveniente dexar decididas con su desengaño las pretensiones honradas de su pobre hermano; y assi, con tal resolucion, en viendole callar, con fingida risa le respondiò:

No sè para què ha sido cansarme (dixo Don Pedro) con tan estudiada arenga, ni apartarme de la conversacion de mis amigos à oir tanta necedad, pues con un memorial que se me diera, se huviera escusado mi enfado, y vos tuvierades satisfacion bastante. Don Sancho, que querais, ò no emplearos en Flandes, sirviendo al Rey, ò en vuestros passatiempos; ni que por mi reputacion estimeis vuestros lucimientos, ni que por la misma causa procureis escusar favores, y ayudas poco honrosas, en mi todo aquesto ha hecho tan corta reflexion, que pienso, que hasta aora no me ha quitado el sueño, quanto y mas reparado, en que vuestras desordenes, y baxezas puedan obscurecer mi estimacion; pero de-

dexando esto aparte, lo que yo sè deciros al presente, es, que nunca los hermanos segundos, que tienen la mucha honra, que vos blasonais, pretenden de sus mayores licēcias tan costosas, ni gastos tan fuera de proposito, antes deseando, como nobles, y honrados, que en ellos resplandezca la grandeza y lustre de sus progenitores, y cabeza de su Casa, y linage, ò procuran, executando lo que vos proponeis, aliviarles de carga, ò professan alegres, tomando el Havito de alguna Religion: mas intentar lo que en vos reconozco, pedir hacienda, importunar por joyas, ò enflaquecer con alimentos à el Mayorazgo, es muy contrario de estos justos propositos, y muy ageno de lo que viendome embarazado en tan altas pretēsiones, y gastos, debiera esperar de vuestra obligacion: mas no sin causa, no sin particular mysterio ha puesto el Cielo en mi alma tan grande absteridad, y contraccion à vuestras cosas; pues es llano, es certissimo, que à aver en esse pecho sangre de mi difunto padre, ni en mi faltàra el natural afecto, que os repugna, ni en vos el miramiento, que en tales causas os obligàra à ser mi hermano, y no mi mayor emulo. Con esto, sin esperar otra rèplica, bolviò D. Pedro furioso las espaldas; y sin duda dexàra interrumpida la proposicion de su afligido hermano, si èl con desacostumbrada alteracion de tal respuesta, y mas de las finales razones de ella, no le tuviera de la capa: accion con que la sobervia de Don Pedro, poniendose en mas colera, acabò de rebentar, brotando el veneno de sus entrañas entre afrentosas injurias, repitiendo sin termino, ni juicio aquella ultima, y vil resolucion, de que no era hijo de su padre, sino excesso afrentoso de su honrado pecho. Soltòle oyendo tan infames, tan nefandas razones el pacientissimo mancebo, mas no con el sufrimiento, y cordura, que hasta entonces avia mostrado, porque antes fue tan implacable la ira, y furor que de èl se apoderò, luego que oyò repetir mancillas tan indignas, y afrentosas, y que sus blanduras, y humildades huviessen alentado tan grave atrevimiento, que sin mas esperar ciego, y loco con passiones tan justas, bolviendose à Don Pedro empuñada la espada, en alta voz le dixo: Ea, pues, infame Cavallero, yo soy contento de no ser vuestro hermano, y pues al passo que me librais de tan justos respetos, me obligais juntamente a la defensa de mi honrada madre, callad la lengua, y aventajad los brazos, en tanto que os la cortan mis manos, si bien serà venganza poca, respecto de la injuria; y repitiendo aquesto en un instante, aunque al principio Don Pedro intentò defenderse con libertades, y palabras viles, y despues

apre-

apretado con sus armas, siendo todo corta defensa, cubierto de su sangre, y casi hecho pedazos por las muchas heridas, se hallò en un punto sin sentido en el suelo.

Avian, quando los dos hermanos comenzaron su platica; apartadose sin sentir, tan à lo largo de la demàs compañia, que casi este impensado accidente les vino à hallar por lo mas alto, y superior del Alameda, y gran trecho apartados de sus arboles, y con todo esto, no faltò alguna gente, que al ruido de las espadas, y confusos gemidos de Don Pedro, no acudiessen volando, haciendo igual diligencia sus amigos, aunque unos, y otros tan tarde, que yà estaba dispuesto el mal recaudo; y Don Sancho rompiendo por los Ministros de Justicia (que nunca faltan en tales ocasiones) yà en parte con algunas espaldas, y yà dandole lado, no huviesse en un momento desaparecidose. Y fue el caso, que cogiendo la primera calle, hallando à pocos passos abierta la puerta de una casa, arrojandose en ella, y cerrandola con el aldaba, sin ser de nadie visto, assegurò algun tanto su temor, del qual regido, le pareciò, que el ruido, y concurso de la calle, era todo en su busca, y seguimiento, sin reparar en lo que hacia, viendo una pequeña luz al fin del zaguan, guiò àzia ella, y hallando un cancel abierto, se entrò en la primera quadra; en quien durmiendo, y en mortal descuido, mirò una esclava encima de unos coxines, cosa que le hizo presumir aguardaba gente de fuera, con que alentando el passo, sin mas considerarle, de un aposento en otro, y de una en otra sala, sin ser sentido de algunas personas, que à la confusa luz de la luna, que entraba por unas altas rexas, viò en diferentes lechos reposando, vino à dàr en unos largos, y espaciosos corredores, y dellos en otro rico quarto, sin comparacion mas adornado, con preciosas colgaduras, y diferentes arrèos: del qual (cosa que espanta, siendo de noche, y con tan breve luz) saliò à una galeria cubierta de tanto oro, assi de los marcos de diversas pinturas, como de los follajes, y mazonaria de sus bobedas, que no echò menos à los rayos del Sol.

Estaba toda la galeria, à concertados techos, llena de ventanaje, que caia à un ameno jardin; corriòla Don Sancho brevemente, admirado tanto de su gracioso adorno, quanto de vèr, que en la pared frontera de una puerta se divisaba un resquicio de luz, con que perdido yà aquel temor primero, no parando hasta ella, apenas la tocò, quando abriendola, se hallò en una hermosa quadra, cuya riqueza, y curiosidad, siendo admirable, interrumpiò algun tanto el verse en un instante salteado, y hecho

X sal-

ſalteador de la mas notable aventura, que haſta entonces avian viſto ſus ojos. Quien le dixera à eſte Cavallero, que en una noche tan rigurosa, y llena de peligros para ſu vida, hallàra tales deſenfados, y alientos. Por cierto, que los acaecimientos de los hombres ſon notables, y la providencia ſuperior, que los govierna, aſſombro digno de toda reverencia, y eſtimacion: veràſe cuerdamente eſte infalible efecto antes que dèmos fin à nueſtra hiſtoria; y aſſi bolviendonos à ella, digo, que aun no avia Don Sancho pueſto los turbados pies en aquel apoſento, quando impenſadamente ſe viò ofuſcado, y caſi ſumergido entre los blandos rayos de unos divinos ojos, y eſto con tal fuerza, y enagenacion, que en buen eſpacio no pudo diſcernir, en que realmente la verdadera luz, que alumbraba aquel pueſto, era una blanca vela, que un candelero de plata, bufete de lo miſmo, daba alma à un libro, en quien leia aquel objeto hermoſo, que le tenia ſuſpendido. El qual viendo tan temeroſo acaecimiento, queriendo dàr voces, à la primera deſpertò à Don Sancho, que reconociendo ſu peligro, ſi aquel Angel alborotaba la caſa (que haſta entonces aun dudaba fueſſe muger mortal) acercandoſe al precioſo lecho en que eſtaba acoſtada, procurò ſuſpender ſu temor, aſſegurandola como mejor el ſuyo le diò lugar; ſi bien importàra poco eſta diligencia, ſi abriendo mas los ojos, no reparara el daño, y acùdiera con deſcorteſes mueſtras, y amenazas al remedio, con que la triſte dama, eclypſado el mas hermoſo roſtro, que miraron mortales, eſtando caſi muerta, huvo de reprimir ſu voz, comenzando, viendoſe en tal aprieto, un muy amargo llanto, que enterneciendo nuevamente el pecho de Don Sancho, no eſcusò el mitigarle, ſatisfaciendola, con decir en la forma ſiguiente, el origen, y cauſa, que le avia traido. Mucho ſiento ſeñora mia (y tanto como el peligro, que à vueſtra caſa, y à daros eſte enojo me reduxo) la paſsion con que os miro, y conſidero, por tantos caminos temeroſa de vèr, y con razon, hombre no conocido, y à ſemejantes horas en tal pueſto, mas el aprieto, y rieſgo de mi vida, y la natural defenſa ſuya, me obligò à que viniendo huyendo de quien deſeaba quitarmela, y hallando eſta caſa abierta, me valieſſe de ſu ſombra para mi receptaculo, y cuſtodia; con que de un apoſento, y quarto en otro, he llegado haſta aqui, anhelando ſiempre por quien puſieſſe con ſeguridad, y ſalida ſecreta limite à mis cuidados, y nunca he deſcubierto, haſta vèr eſte milagroſo portento, perſona à quien recomendar mi neceſsidad, y afliccion, y

aſ-

assi piadosamente, pudiendo darles el remedio que pido, os suplico por su execucion, pues seguramente podrèis creer, que ni mis riesgos han buscado otra cosa, ni el noble sèr que tengo, aunque vos le ignorèis, me la permitirà emprehender.

Avia estado el tiempo, que durò esta breve platica considerando, aunque temerosa la gentil dama, el rostro grave, la persona bizarra, y la compustura, y discrecion de aquel hombre, que la estaba hablando; y pareciendole no aver visto en sus pocos años tan grande perfeccion, poco à poco, haciendo juntamente sus partes, la blandura de sus razones, la piedad de sus ruegos, fue perdiendo el medroso desvelo, y resolviendose à favorecerle, sacandole del presente peligro, con mejor semblante le respondiò, que ella le pondria en salvo, y que mientras para hacerlo se vestia, descansasse, consolado de aver llegado à casa, que por dos, ò tres puertas podrian darle el seguro que buscaba. Serian en este tiempo las doce de la noche, y assi al dexar de Maytines, tirando las cortinas à su cama, brevemente saliò vestida de un faldellin Francès, ropa de levantar, uno, y otro de precioso tabi, que no poco aumentaban sus visos, y reflexos à la secreta fuerza de los hermosos ojos de su dueño, cuyo talle bizarro, aunque al parecer de no diez y seis años, era summamente gentil. Abriò con esto otra segunda puerta de su quadra, y siendo guia a Don Sancho, baxando un caracol, dieron en el jardin que arriba dixe, cuya fragrancia (tanto como las sombras, y bosquejos, que de sus quadros, cenadores, altas paredes, y doradas rexas descubria la Luna) dexaron al mancebo en larga admiracion: mas sacòle de ella el vèr, que acercandose à una, que à su parecer, y segun el desatiento que traia, saldria al campo, siendo la verdad, que no correspondia sino al Alameda, aunque à distante sitio del de su pendencia, llamandole la dama, le decia advirtiesse el grande alboroto que sonaba, quizà efectos de su misma ocasion, y que assi le parecia suspendiesse el proposito, hasta mas sossegarse. Obedeciò Don Sancho este consejo, y juntamente la siguiò à un hermoso cenador, adonde sentandose los dos, à ruego de tal huesped, porque yà con menos miedo le miraba, contò sin nombrar los sugeros (digo à sì, ni à su hermano) todo el sucesso referido.

No escuso en aquesta sazon el suspender mi historia à una breve consideracion, pues es sin duda, que à no dexar diferidas las muchas, que pueden ofrecerse, fuera poner en contingencia la verdad, y no facilitar sus repugnancias, porque realmente no

dexarà de parecer terrible confianza, ò suma libertad, la que contemplo en esta hermosa dama, de quien si yà por los requisitos, grandeza, y explendor con que la he pintado, queda desvanecido el ultimo defecto, todavia el primero arguye poco juicio, y menos experiencia; pues le fuera mas facil, à no ser esto assi, el llamar à su gente, y hacer poner en cobro aquel hombre que animarse à executarlo por si sola, con tan disculpable materia à qualquier excesso. Esta objecion, à mi vèr no pequeña, ha suspendido muchas veces la pluma, hasta que mas atento di en la escusa, que mas verdaderamente pudo favorecerle. Porque es creible, que la afligida dama, viendose en tales terminos, considerò profundamente, que de el llamar sus padres, ò criados, venia à incurrir en una irremediable, y evidente sospecha; y por el consiguiente, en el daño mayor, que podia temerse. Porque es caso certissimo, que hallando en su aposento hombre de tales prendas, ni su honestidad dexàra de quedar en opiniones, ni su fama en terrible detrimento; y assi, con masprudencia, que prometian sus pocos años, eligiò el menor riesgo fiandose de aquel, que por el mismo suyo avia de callar qualquier fracaso, antes que de los muchos criados, que à sus voces era fuerza acudiessen; ademàs, que tampoco Don Sancho, temiendo su peligro, se lo permitiera, ni escusàra el estàr muy sobre aviso, con que ciertamente ella, segun el estado presente, avia elegido buena resolucion, si como en este Cavallero resplandecian muchas, y grandes excelencias, huviera la abstinencia, y castidad sido de semejante numero: mas porque se conozca lo flaco, y dèbil de nuestra ruin naturaleza, y quan poco debe nadie fiar de su esfuerzo, sin ayuda, y favor del Cielo, por mas ajustado que nos parezca, y de mas perfecciones, y virtudes, dirè de este, à quien con general estimacion, y aplauso daba Sevilla el titulo de mayores requisitos: teniendole por espejo de su juventud, por exemplar virtuoso de sus costumbres, la facilidad de su caida, el defecto que ocultaba en su pecho, y la ruina, que causò su inconstancia; pues quando mas pudiera lamentar su peligro, assi precipitado, y ciego, se dexaba despeñar en otros nuevos, y en su tanto mayores. Llorò tierna, y amargamente la verdad de su costosa experiencia la hermosa dama, de cuya vista rendido torpemente, apenas acabò de contarla su historia, quando valiendose de la ocasion, que mas debiera agradecer, atrevido, y descompuesto, la dexò sin honra: cosa, que no sè como enmedio de tan grandes cuidados, y temores, pudo emprehender un hombre de

de razon. Ello en fin passò assi, quedãdo en el de su lascivo intento la forzada señora desmayada, y èl tan arrepentido, y afrentado (efecto de su yerro, y pecado) que sin tener animo, ni cara para esperar las quexas lastimosas, que el caso prometia, subiendo de una rexa à las almenas de el jardin, à todo riesgo de matarse, ò dàr con la Justicia, se dexò derribar, y en cogiendo el suelo, sin atender à tomar siquiera alguna muestra, ò señas de la casa, en quien avia executado semejante destrozo, se metiò en la Ciudad, atravessando calles, y cruzando plazas, y librandole su fortuna de tantos como le buscaban, llegò en salvo à la puerta de dos grandes amigos suyos mercaderes Flamencos, y hermanos de los mas poderosos, y ricos de Sevilla, adonde aviendole sus criados conocido, y siendo avisados, salieron à recibirle con entrañable amor. Contòles brevemente su desgracia, y como entendia quedaba en ella muerto su hermano, y juntamente les pidiò le amparassen; razon, que, sin encarecimiento, estimaron en mas que el mayor acrecentamiento de sus tratos, y hacienda; y assi sin temor de su daño, gratos à la eleccion, y confianza, desde luego encargaron la importancia de tal secreto à toda la familia, y agassajando al huesped, le hicieron cenar, y reposar hasta el siguiente dia, que con dissimulacion, y cordura, hechos exploradores de el sucesso, y estado de Don Pedro, entendieron que èl aun no avia buelto en su acuerdo, y que las Justicias de la Audiencia, y Assistente, buscaban al matador con tanta diligencia, que tomadas las puertas, los passos, y los caminos, no dexaban piedra en sepulcro, atahud, ni boveda, cuyos huessos no rebolviessen, ni secreto lugar, Iglesia, y Convento, que una, y muchas veces no trastornassen, è inquiriessen, sin perdonar las casas de sus deudos, amigos, y allegados. Los pregones eran temerosos, las amenazas terribles, y al fin todo rigor, todo apercibimientos, y cuidado, si bien en sus nobles pechos antes aumentaron con esto nuevos deseos de acudir à su huesped, favoreciendole, ò muriendo en la empressa; y realmente ellos anduvieron tã generosos en el discurso de su determinacion, como oìreis, y tanto, que à no tener yo larga experiencia de el aliento, y despejo con que emprehenden semejantes acciones, los nobles de aquella belicosa Nacion, dudàra de escrivir la que tenemos entre manos.

Finalmente, aunque por el desassossiego de D. Sancho quisieron encubrirle tan graves prevenciones no pudieron, viendole que importuno deseaba salirse luego de Sevilla; y assi adverti-

tidas tales dificultades, huvo de reprimirse, y dexarse governar de sus buenos amigos, à quien es muy puesto en razon demos tan honroso titulo, pues considerada la ocasion en que se mostraban, à qualquiera menos fino en quilates, hiciera, como dicen, temblar la barba. Era Don Pedro de Castilla, como aveis entendido, uno de los grandes, y calificados Cavalleros del Andalucia, y esto junto con el riquissimo Mayorazgo, de que era dueño, no obstante su condicion sobervia, le tenia puesto en estimacion, y predicamento grandissimo: además, que aunque toda la Ciudad disculpaba à Don Sancho, cierta (aun ignorandose lo secreto del caso) de que huviesse indigna, y afrentosamente sido irritado à semejante excesso: como quiera que la justicia tiene obligacion à proceder por diferentes terminos, y puesto en sus processos, y preambulos, sonaba el matar un hermano à otro, fea, y detestablemente, y mas por materias de hacienda, es sin duda, que à caer en sus manos, la cabeza de el reo corriera notable riesgo. Estaba aun hasta entonces Don Pedro sin sentido, acrivillado con horribles heridas, desangrado, y en evidente peligro de morirse; porque aunque sus amigos le acudieron con priessa, como todo fue tarde, ni el restañarle brevemente la sangre, que perdida por tantas bocas, fue parte à que dexasse de verse casi en los umbrales de la muerte: aunque siendo el Cielo servido de que al segundo dia bolviesse en todo su acuerdo, las esperanzas de su hermano se mejoraron, y aun las diligencias, y prevenciones de la justicia hicieron pausa; y assi en sabiendose esta buena nueva, se acudiò à su declaracion, porque hasta aquel punto, con su desfallecimiento todo fue à ciegas, y por conjeturas en lo escrito. Hizola el herido Don Pedro, verdadera, y fiel; y si fue à su pesar, cierto seria temer la estrecha cuenta, que segun el peligro, le estaba amenazando, y assi tomando fuerzas el credito, y opinion de su hermano, en breves dias (assegurado de sus nobles amigos, y llevando adelante el presupuesto que tan gran quiebra avia ocasionado) se embarcò en una Urca Flamenca, con tan dispuesto avio, que ni sus padres viviendo, se le ordenàran mas rico, y regalado. Hicieronle bizarros vestidos, y costosa ropa blanca; y juntamente le dieron quinientos escudos, y letras para que sus Agentes le acudiessen al mes con otros cinquenta, y con tanto, y cartas importantes para sus deudos, y amigos, le embiaron à Ambers. Buenos amigos eran los de Don Sancho; no pienso, que de estos se hallàran oy en el mundo, y aun sospecho, que en-

entonces no se inclinassen tan fuertemente, menos que compelidos de alguna favorable simpatia, que desde este punto mostrò piadosa su invencible poder en quantas acciones, passos, y movimientos executò Don Sancho; el qual puesto yà en aquellas Provincias, à pocos dias su generoso, y gallardo espiritu se hizo bien conocer, assi de los naturales, como de la milicia belicosa, que à la sombra del excelente Duque de Alva, contrastaba la fuerza de los alterados Paises.

Mostròse tan cortès, tan llano, y socorrido el valiente Andaluz, que no avia en el Exercito Principe, ni señor, que no se preciasse de su lado, y posada. Llegò esto à noticia del Duque, como la virtud de el animo puede mal encubrirse, assi deseando en Don Sancho salir à luz, en las primeras ocasiones que le empleò, que fue la toma de Mons de Enao en sus assaltos, arrastrando una pica la enarbolò el primero, à pesar del contrario, en sus mismas almenas; y prosiguiendo tan honrados principios, despues en diferentes trances hizo igual experiencia, y en la famosa rota que se diò al enemigo, prendiendo à su General Mons de Genlis, èl fue quien aclamando la victoria, anticipò el sucesso, y quien mediante su esfuerzo, y valentia, en aquel memorable Esguazo de Targoes, singular exemplar para el de Cirquizea, diò à España honor eterno, y à lo restante de la tierra con semejante hazaña, admiracion, y espanto; y este fue assimismo quien en singulares, y peligrosos desafios, por la preeminencia, y honra de su nacion, saliendo victorioso, la dexò en iguales respetos, y opinion que el Portugues Viriato: y ultimamente èl fue quien, y por quien los Exercitos del Duque vivian quietos, pues en la variedad de sus compuestos fue siempre la absolucion de sus duelos, y dudas, el montante de sus pendencias, amparo de sus riesgos, remedio de sus necessidades, y el amigo, y compañero de todos. Con que no solamente vino à hacerse amable, y famoso en aquellos Paises, sino en toda España, adonde aviendo llegado por diferentes medios al Consejo de Guerra sus servicios, y por el consiguiente à los oidos, y noticia de aquel potentissimo Principe, y Monarca Phelipe II. prudente apreciador de tales meritos deseò mucho verle, y remunerarle, segun su grandeza, y assi lo diò à entender, remitiendole por medio del Duque, un havito de Santiago, ventaja, y conduta de cavallos; en cuyo ministerio, aviendo servido algunos años, no con menor aplauso, antes con nuevos casos, y dichosos sucessos, aumentò su opinion, y el amor,

y agassajo del excelente Duque, de manera, que sabiendo el deseo, y gusto de su Mageſtad, con el primero aviso conveniente à su calidad, se le embiò à España, en quien, y particularmenen Sevilla, eſtaba su fama eſtendidiſsima; porque los dos amigos Flamencos, con quien siempre fue su correspondencia, y amiſtad en aumento, no dexaban perder lance, ni suerte, con que no aplaudieſſen la Ciudad, y con que ella no se engrandecieſſe, y alegraſſe, dandoles el placeme; no obſtante, que para Don Pedro su hermano, que yà eſtaba sano de las heridas, aunque con sus cicatrizes, y coſturas manco, y disforme, eran semejantes nuevas mortales flechas, que atraveſſaban su alma. Avia el odio, y rencor envegecido con su acaecimiento, y juntamente, con el dolor continuo, que cada dia, mirandose al espejo, le refreſcaban las señales del roſtro, endurecidose en su alma, de suerte, que ningunos respetos baſtàran à reconciliarle con Don Sancho, el qual tambien por su parte, aumentando eſta pena con poderes que remitiò à sus dos amigos, avia fomentado el pleyto de la hacienda que le tenia usurpada, y de los alimentos pretendidos; y aunque bien defendido, diligenciandolo con larga mano tales Agentes, y por otra parte cartas, y favores de el Duque, y sobre todo su juſticia; tuvo tan buen efecto, que en todas inſtancias condenaron à D. Pedro en la reſtitucion, frutos, y reditos de lo uno, y en mil y quinientos ducados de alimentos, con que se fue allegando tan gran suma; que le fue preciso para su recompensa, eſtrecharse en sus gaſtos, y aun deshacerse de sus mejores joyas, y preseas; porque obſtinado, y terco, no quiso que de mano de su hermano se le hicieſſe en la paga la mucha comodidad que le ofrecieron los dos amigos. Con eſto Don Sancho se vino à hallar con mas de treinta mil ducados, y sus alimentos, gajes, y havito. Y Don Pedro, aunque empeñado, y lleno de mil ponzoñas, contento en parte, por vèr que su casamiento, por tantos años pretendido, y deseado, andaba yà en terminos de concluirse. Avia en tal particular corrido con diferentes rumbos, y accidentes, yà unas veces con prospera fortuna, y yà otras con tormentas, y borraſcas deshechas.

Dixose casi generalmente en Sevilla, que la honeſta, y hermosiſsima Floriana, desde la noche que Don Pedro fue herido; no se le mirò el roſtro alegre: è inquiriendo motivos, unos juzgaban su triſteza, respecto de las defectuosas cicatrices, y otros por la arruynada mengua de su empleo. Y si và à decir verdad,

de

de la ocasion redundaban sus mayores sentimientos, y con tan grande estremo (bien, que guiado por desiguales, y secretos caminos) q̃ no queriendo admitir ninguno de los muchos, y aventajados casamientos, que se le proponian, los demàs dellos perdida la esperanza, y ofendidos de su ingratitud, disistiendo en su pretension, dexaron perseverante en ella à su primero amante; con quien (aunq̃ naturalmente le aborrecia su afligida madre) à falta de buenos, huvo de ponersele en platica. Sētia entrañablemēte la noble viuda, considerar su hermosa hija en edad de veinte y cinco años, y que aun en ellos su ábstera, y desdeñosa presumpcion la huviessen puesto en termino incasable; y por la misma causa despintandosele graves, y altos sugetos, que à averlos ella apetecido, lo menos fuera tener entonces un titulo su casa, y ademàs de esto conociendo sus resoluciones, y tristezas continuas, uno tenia por buen medio apretarla; ni persuadirla con mayores violencias, juzgando, que si las emprehendia se la meteria en algun Convento, como diversas veces avia intentadolo, con que perdida la esperanza de succession en su casa, y herencia, no sólo contaba por perdida la grandiosa hacienda, sino por desvanecido, y deshecho el fruto qué por tantos tiempos avia sido de todos los suyos deseado.

Tales, y tan justos temores la traiā cuidadosa, y no sin alguna sospecha, de que, segun lo que se decia del sentimiento de las heridas de Don Pedro, huviesse la antiguedad, y continuacion de sus porfias hecho en su hija algun aficionado efecto; y assi, sin curarse de las grandezas à que siempre aspirò, deseaba aora, que ella se declarasse, y que Don Pedro no se arrepintiesse.

En tales terminos andaban estas cosas, al tiempo que D. Sancho, honrado de los Grandes de España, y al lado de algunos, que por su mucho valor le acompañaron, entrò à besar la mano à su Megestad, de cuya Real presencia agradablemente recibido, saliò con una Encomienda de tres mil ducados. Dixose, que con alguna singularidad avia admirado la valiente persona de Don Sancho, con que bastò à estenderse, aun hasta Flandes, aquel grave concepto; tanto era poderosa qualquiera accion, ò movimiento de este Principe, el qual, nò contento con mercedes semejantes, aviendo de embiar à Sevilla un Personage de su casa, que fomentasse el efecto de cierto servicio, que assi aquella, como las demàs Ciudades de sus Reynos le avian concedido en forma de donativo, para los gastos de sus continuas guerras, sabiendo quan bien quisto, y mirado era Don Sancho en ella, le mandò proponer su volun-

luntad, y el servicio que recibiria, siendo èl quien lo dispusiesse, cosa que estimò el buen Cavallero como era justo, y assi alegre obedeciendo al punto, tan solo, replicò el inconveniente, que de las heridas de su hermano, y del caer con èl en otros mayores podian recrecerse, para que su Magestad informandose de la verdad, y circunstancias del sucesso, pusiesse en ello el remedio que fuesse servido. Hizolo como se le pedia el prudente Principe, y enterado bastantemente, aun con la noticia del caso, honrò mas à D. Sancho; y no solo mandò escrivir à las Justicias, sino que assimismo le diò su Cedula Real de amparo, y seguro. Y aunque segun su ar[illegible]do espiritu, de esta segunda diligencia, juzgò Don Sancho poca necessidad, todavia conociendo el gusto de su Rey, le estimò por favor grande; y con tanto sabiendo su ida, generalmente regocijada, previno la Ciudad, ò su mayor parte, un gran recibimiento, de suerte, que à la entrada no quedò Cavallero, Mercader, ni Oficial, que no le acompañasse, y aplaudiesse hasta su posada, que fue la misma de los nobles Flamencos sus amigos; adonde, aderezada sumptuosamente, fue aposentado, y con tanta mayor grandeza, que lo pudiera ser en todo el Reyno, porque ademas de la inestimable, y preciosa voluntad con que era admitido, el poder, y riqueza de los dos hermanos, era el mas cierto credito de Europa. Finalmente Don Sancho tomando desde luego con fervor particular el beneplacito de aquel magnifico Ayuntamiento, diò principio al intento para que le embiaban, y prosiguiendo en èl con prudencia, y cordura, no solo grangeò los animos à cumplir la promessa ofrecida, sino que por su amor, y respeto la adelantaron à porfia, y de suerte, que su Magestad se tuvo por tan bien servido quando lo entendiò, que le mandò dàr buen acostamiento, y acrecentar los gages, y ventaja.

Las fiestas, què en este interin le hacia Sevilla, eran por otra parte tan continuas, y alegres, que pocos dias se passaban, sin que, ò yà en una Plaza, ò yà en otra, se corriessen toros, ò dispusiessen diferentes regocijos, entre los quales sus dos caros amigos, no queriendo en alguna demonstracion quedar cortos, trazaron à su usanza un alegre festin, en quien hallandose particularmente lo mejor de su Nacion, no quedò dama en Sevilla de calidad, y cuenta, que yà de embozo, ò descubierta, no le honrasse con su presencia. Huvo en èl notables aventuras, ingeniosas letras, invenciones, y mascaras; y sobre todo un hermoso teatro, infinito de bizarros embozos, que sin dexar los mantos, y el secreto, danzaron admirablemente sacando muchas veces al

ga-

gallardo huesped, digo à D. Sancho, blanco, y fin de esta fiesta: el qual hizo en tal noche igual muestra de sus gracias, y gentileza. Entre las damas que danzaron con èl, dos solas fueron las que aventajando à las demàs pudiera su despejo dàr embidia al Sol mismo, si bien la una no admitiò igualdad, porque en los circunstãtes, no huvo quien le negasse el premio justo, y victoria conocida. De esta dama pagandose mucho el galàn Don Sancho, sin singular afecto procurò conocerla, aunque de aquel deseo, y aficion le librò facilmente uno de sus amigos, diciendole como era la hermosissima Floriana, y hablandole mas claro, el famoso desdèn del Alameda, sugeto, que segun estaba publico, seria muy presto esposa de su hermano; cosa, que escandalizò en oyendola à Don Sancho, de suerte, que aun con hacer encima de su cuerpo mil cruces, no le parecia bastãte muestra para el sentimiento de su breve deseo: tanto estimò siempre à su hermano, que ni con tales rõpimientos perdiò el decoro à su obligacion; pero sacòle de esta suspension el vèr que la otra dama q̃ avia danzado con èl, aviendosele acercado dissimuladamente, brindaba con sus hermosos ojos, y alguna inclinacion su voluntad, con que no rehusando el embite, en honesta conversacion, y platica gastaron lo que durò el sarao, en cuyos fines dexando concertado verse otro dia en parte menos publica, despidiendose alegres, y quizà alguno de los dos engañados se fueron à sus posadas. Haseme olvidado advertiros, como el agraviado Don Pedro, sin tratar de otra cosa, que de su casamiento, el qual andaba en terminos de concluirse, estuvo retirado en su casa, sin parecer, ni ser visto fuera de ella todo el tiẽpo, que à su aborrecido hermano festejaba, y aplaudia aquella opulentissima Ciudad; con que entendido su recogimiento por Don Sancho, noble, y generosamente afligido, fue apriesa previniendo su jornada, y aun muchos dias antes de lo que tenia pensado; y uno de estos, que fue el siguiente al del festin que he dicho, estandola tratando, y disponiendo, siendo yà despues de comer, entrò un page, que le traia un papel, que sin quererle decir su dueño, viendo q̃ esperaba respuesta, sin apretarle mas, para darsela, abriendole leyò en èl las razones siguientes.

Si la ocasion de anoche fuera mas aproposito, procuràra hablaros muy de espacio, porque esto ha muchos dias que lo deseo, mas consolandome con tan breve remedio, su execucion remito à las ultimas horas de esta tarde, en quiẽ os suplico, que solo me espereis junto à San Diego, adonde en tan buenas soledades, serè puntualmen-

mente en un coche con vos, y porque de vuestra fama, y valor puedo prometerme mayores empressas, no os encarezco cumplais mi voluntad, segura de que la debeis mayor merced: Dios os guarde.

Muy alegre acabò de leer este villete Don Sancho, y presumiendo al punto, que segun el concierto, era de aquella dama, con quien quedò aplazado, despidiò el mensagero, diciendole, que cumpliria sin duda la salida, y el modo con que se le ordenaba; y assi no discurriendo mas en el caso, apretando la siesta, se retirò à dormir.

Aun no del todo iba el Sol de caida, quando pareciendole hora para lo prometido, subiendo en un cavallo, hizo bolver Don Sancho à sus criados, y quedandose con un solo lacayo, en llegando à la puerta de Xerèz, se apeò, y mandòle, que alli le assistiesse: passò adelante hasta el mismo Convento de San Diego, si bien en todos sus contornos, ni aun en aquel estendido campo descubriò coche alguno, con que pareciendole, que avia acudido algo temprano, comenzò à passearse, con determinacion de esperar fielmente hasta la noche; mas à pocos passos casi en un mismo punto, viò assomar àzia la puerta de Xerèz un coche de quatro cavallos, acompañado de quatro, ò seis criados, y gentiles-hombres, que con su vista templaron el contento, que si viniera sin ellos le aumentàra, y por las tapias, y huertas de San Diego otros quatro robustos mancebos, que poco à poco acercandose à èl (que de lo sucedido estaba bien ageno) en llegando à postura, sin hablar palabra, sacando las espadas, le embistieron, y con tan grandes impetus, que à no haberlo con hombre tan experimentado en tales refriegas, fuera cierto el llevarsele en los primeros golpes; mas hallaronle, aunque descuidado, tan en sì, que como si estuviera prevenido, qual otro Alcides se rebolviò entre todos; pero sin duda alguna su esfuerzo, y animo suplieran mal el impensado aprieto, porq̃ demàs de hallarse muy desnudo, los que le acometian venian tan bien armados, y seguros, como el hecho requeria, y assi abriendose de pechos, hacian el caso de sus puntas, que si tuvieran una trinchera delante.

Yà èl, en este medio conociendo la evidencia del daño, à fuerza de destreza sustentaba la vida, aunque no sin algunas heridas, bien, que no corrian poco riesgo sus contrarios, porque deseando el vengar su muerte, arrojandose en ellos, tenia yà al uno atravessada la garganta, y tendido en el suelo; con que apretado rabiosamente de los compañeros, viendose en la ultima perdicion, huvo de retirarse à las cercanas tapias, y assegurando en ellas las espaldas, pudo entretener su final ge-

mido algun pequeño espacio, que este fue el q̃ tardò en acercarse el coche, y en ser reconocido de dos damas tapadas, que venian en èl, las quales, advertido su aprieto, con turbacion notable, y mayores voces, mandaron à sus criados, que le favoreciessen. Hicieronlo assi en un punto, porque ademas de ser seis, eran todos hombres de verguenza, y respeto: ayuda tan milagrosa, como bien necessaria, y conociòse presto pues à pequeños lances desistierõ los contrarios de su empressa, y tan mal parados, y heridos, que los dos corrieron en los mismos terminosque el que quedaba agonizando. No ay encarecimiento, que signifique bastantemente el agradecimiento de Don Sancho; y assi, aunque mal herido, reconociendo la parte de donde le viniera el socorro, no parò hasta tocar los estrivos de su coche; en quien hallò dos mugeres, como he dicho, tapadas, que viendole tal, y casi desangrandose, con mayor sentimiento del que creia, le forzaron à que entrasse en èl, y assi por verle ir desmayando, quanto por el riesgo, que podia acarrearle el hombre que quedaba muriendose, sin esperar à oir de su boca la ocasion de su alevosia, juzgando, que sin duda la dama del concierto, y villete la huviesse fomentado, y aun passandole por el pensamiento, que fuesse la misma que burlò la noche funeral de su desgracia, teniendo en mas averse librado, obedeciò à las que entonces debia tan buena suerte, aunque tan flaco, y sin alientos, respecto de la sangre vertida, que al arrojarse en el estrivo, juntamente se quedò desmayado en el regazo de las piadosas damas, las quales, con nuevos sentimientos, y lastimas, mandaron, que por la puerta de Carmona, diessen à toda priessa buelta à la Ciudad, como en fin se dispuso, y con tal brevedad, que con hallarse bien lexos de su casa, antes de anochecer estaban en ella, Don Sancho curado, y restañada la sangre, aunque à poco rato bolviendo en si, no sin grande admiracion, se hallò en un precioso lecho rodeado de venerables dueñas, y aun de hermosas doncellas, no obstante, que las que le traxeron à semejante alvergue, no le pareciò, segun las señas, que estuviessen en toda la quadra, con que estrañando à las demàs, preguntò por ellas, y juntamente quiso saber adonde se hallaba, y si sus huespedes, y amigos aivan sido avisados de su desgracia: mas como à nada de esto para responderle tuviessen licencia, viendole, que muy penado insistia en ello, y que por entonces no convenia decirsele, poco à poco se fueron levantando, y dexandole solo, y con tan grave confusion, y desassossiego, que si hallàra sus ropas, infalible

blemente se vistiera, y saliera de dudas, empero con todo esto mas se le passaron de dos horas, que saliesse de ellas, gastando aquel espacio en discurrir, pensar, y maquinar sobre el negocio que tenia entre manos, haciendo con su indisposicion, y melancolia discursos tan desvanecidos, y tristes, que el mejor fue juzgarse por vendido, y asi, ò yà presumia, q̃ las damas del coche fuessen las mismas de el villete, y quien sacandole con su traza al matadero, viendole en èl defender su cabeza, trocando la hoja, avian assegurado su castigo con el segundo engaño, trayendole à aquel puesto, para mejor vengarse, ò q̃ si este disparate mal pensado no fuesse, èl sin duda estaba en poder de Don Pedro su hermano, y enemigo mortal; y asi vacilando en uno, y otro desatino, viendo que la noche se alargaba, bolviendo à la tema de querer vestirse, con nueva furia se levantò de el lecho, y no dexò en todo el aposento lugar alguno, que buscando sus vestidos, y espada, no trastornasse, hasta que oyendo de la parte de afuera el ruydo, que sobre aquesto hacia, ò que quizà de intento esperassen aquel punto, ò que por otra causa lo huviessen dilatado abriendo con ruydo una pequeña puerta, recogiendose à su cama Don Sancho, viò que por ella entraba una muger en cuerpo de hasta veinte y cinco años, pero tan hermosa, y gentil, que aunque èl en tan diferentes Provincias avia visto sugetos bizarrissimos, todos, respeto del presente, le parecieron bosquejo, ò negras sombras; con que suspenso à tan peregrina vista, retratada en sus ojos, esperò lo que acercandose à su lecho le decia.

Traia la graciosa dama, vestidos solamente los ultimos arreos, digo, pretina, y faldellin de una tela tan rica, que solo sus reflexos pudieran dàr luces à la quadra; el tiempo era Verano, la hora muy cerca à media noche, y asi el venir tan ligera se pudo atribuìr à estas razones, si bien no entendiendo el herido en tales circunstancias, mas sossegado recorria su memoria, y atentamente mirando aquel divino rostro (aunque como entre sueños) se le antojaba averle otra vez visto. En este pensamiento sumergido le cogiò la dulce voz de aquella dama, que con alagueño semblante, y no sin alguna verguenza, y turbacion le preguntaba como se sentia; à que sacando esfuerzo de flaqueza, la respondiò Don Sancho de aquesta suerte: Aunque mis heridas fueran mas peligrosas, no es possible, que amparado de tal sugeto dexe su dueño de recobrar muy presto la salud perdida; y asi, hermosa señora, si el aver conocido vuestra piedad puede usar en mi nue-

nuevos atrevimientos, encarecidamente os suplico me digais en què prision estoy, ò quien es el peregrino Alcayde, que me guarda porque si como sospecho es el que miro, inmortales quisiera fue ran estas heridas, pues alargandose su cura, juntamente se dilatara mi cautiverio, y el gusto inestimable de vuestra compañia.

No encareceis cobarde, respondiò la bizarra dama, vuestros pensamientos, si como sabeis didigerillos con palabras, igualarades à su execucion con las obras, mas yà es propia galanteria de los hombres prometer grãdes cosas à las pobres mugeres, y cumplir despues loq̃ frisa mejor con sus deseos y aun con sus torpezas, y apetitos. Yo estoy, señor D. Sancho, muy desengañada en lenguage, y lisonjas semejantes, y assi tambien podreis vos escusarlas, creyendome por cierto, que à no temer lo que menos deseo, que es algun accidente, en vuestra salud, que no escusàra el absolver vuestras preguntas facilmente, porque no obstante que lo apresure vuestro mal conocimiento, en fin conmigo puede mas el cuidado que he dicho, y la cura de que por agora tanto necessitais. No ha de ser esso causa, replicò el sospechoso Cavallero, para que por mas tiẽpo me permitais estàr confuso; porque ni el achaque presente es inconveniente, que importe à un hombre, que ha passado por otros inumerables, y semejantes peligros, ni mi paciencia, y sufrimien to podrà mas tolerarse, sin precipitarme primero por aquesas ventanas: fuera de que os asseguro, y certifico, que ni aun caerse sobre mi aquesta casa me ocasionàra mayor turbacion, y disgusto, que el negarme lo que os he suplicado, y vos debeis hacer, por no ponerme en desiguales riesgos. De esta suerte, alterado, replicaba Don Sancho, quando sentandose la dama encima de su lecho, advirtiendo con su sospecha tan terribles razones, sin poder resistirlo, comenzò, si no à verter menudo aljofar de sus ojos, à lo menos un liquido cristàl en vez de lagrimas; de cuya novedad mas admirado, queriendo proseguir menos colerico, le suspendiò el vèr, que la llorosa dama, embueltas entre ardientes suspiros, pronunciaba estas dulces razones. Es possible amado señor mio, q̃ assi tan por la posta, como agora reconozco en vuestro olvido, passaron en esse noble pecho los sucessos amargos, que yà tuvistes en esta triste casa? Y es possible que con tanta crueldad os ayais persuadido à despedir del corazon de el alma, una muger, que en esta misma quadra, en este mismo lecho, no ha diez años que hallasteis descuidada del miserable fin, que hallò su honra entre aquessos brazos? Y es possible, señor, que assi los Cavalleros tratan ta-

les

les mugeres, y que ſin acuerdo de vueſtra obligacion, ayais dexadome llegar à aqueſtos terminos de triſteza, y edad, ſin guſto, ſin conſuelo, y ſobre todo, ſin remedio, è incaſable, ſiendo yo aquel ſugeto à quien para ſu eſpoſa pretendieron tan grandes perſonages, tantos Titulos nobles, y tantos poderoſos Cavalleros? Como, y que eſto permitan los Cielos, que nos oyen, y el mas cortès, y virtuoſo de los hombres? y que à tan largo llanto à tan continuas laſtimas, y ruegos, no ſe ayan condolido los unos, ni enternecido los otros? Compadezcanſe, pues, en eſta alegre noche, alegre porque os gozan eſtos ojos, de quien aunque forzada ſois el dueño; ceſſen, pues, mis deſdichas, ſueldenſe yà mis males, y miſerias: para vos me eligiò el Cielo, para vos ha guardado la mas eſpantoſa maquina de hacienda, que haſta oy viò la Europa; gozalda, pues, querido ſeñor mio, deſperdan mis riquezas eſſas manos, ſirvanos de explendor, deſpues de tantas fatigas; y ſi yà mi triſte deſventura, mi contraria ſuerte, à tan fuertes razones, à obligaciones tales, cerraren por mi mal eſſos oìdos, rẽdida eſtoy à vueſtros pies, vueſtro guſto obedezco, vueſtro guſto adoro, y cumplirele con acabar llorando la necia confianza que hice de vueſtra fee, el credito que di à vueſtras palabras, y la piedad que por ſalvaros usè, tan à coſta de mi honra. Mas ſi eſto aſsi quereis, ſi eſto os parece juſto, al menos, ſeñor mio, no quede aſsi la hacienda de mis padres, no quede no, yà que yo me he perdido, al alvedrio de mis deudos, à la diſtribucion de albaceas: tratad ſiquiera de que eſte retrato vueſtro (y ſin paſſar adelante, levantandoſe, y llegando à la puerta donde avia entrado, bolviò trayendo un Angel de la mano, un hermoſo rapaz de haſta diez años, y proſiguiò ſu razon tornando à repetir) que eſte retrato vueſtro, eſte conſuelo unico de mi alma, no quede de puerta en puerta, vueſtro, y mio es, noble Don Sancho, eſta ſola prenda me dexaſtes, alimentada con mi ſangre, criala entre mis lagrimas, y gemidos: pagadme en remediarle como os pido, los trabajos que padecì tantos tiempos, encubriendole, y recatandole de mi madre, y criados: las anſias, y congoxas, con que ſiempre en un lecho paſsè por el miſmo temor, los mortales dolores, la incomodidad, con que en tan tiernos años le ſaquè à luz, y finalmente, el afrenta, y verguenza de el deſcubrir mi falta, y trabajo, traza, y cautela, con que fingiendo nos le avian echado à la puerta, diſpuſe ſu crianza, ſu regalo, y educacion en mi propia caſa. Grandes ſon eſtas cauſas, grandes vueſtras obligaciones, no

in-

indigno mi sugeto, mi calidad, y bienes de fortuna inestimables. Consideradlo bien, Don Sancho mio, pensad cosas tan arduas esta noche, quizà algun Astro feliz, inclinarà à mi amparo vuestra voluntad.

A estas razones ultimas llegaba, vertiendo espesas lagrimas la hermosa dama, acompañada con igual sentimiento del Angel bello, que sacò por padrino, quando el noble Cavallero, como quien despierta de un pesado letargo, despidiendo del alma tantas dudas, y mayores congojas, quedò tal, qual podreis ponderar; oyendo tales cosas, mirando tales prendas, y reconociendo la verdad, el sucesso, su culpa, y obligacion, con lo qual cubriendosele el cuerpo de un sudor frio, el alma de opresiones, y verdades, y el rostro de tiernas lagrimas, sin poder hacer menos, forzado por infinitos modos, obligado por tantos caminos, y contento con tan estrañas dichas, abriò los brazos, recogiò madre, y hijo, llamò esposa à su hermosa dama, diò nombre de padre à su retrato mismo, y finalmente sin interrumpir tanta gloria, sin dilatar su justa satisfacion, hizo llamar à algunos criados, y en su presencia, y en la de su madre, que yà oyendo el sucesso (que ella avia assi dispuesto) llegaba à abrazar el nuevo yerno, diò la mano de esposo à su hermosa hija, y con ella principio al regocijo, y fiestas de su casa, y familia, de quien luego entendiò como su esposo era, no menos, que el forzoso heredero del riquissimo Claudio, la hermosissima Floriana, el famoso desdèn del Alameda, el engaño amoroso de su hermano Don Pedro, la que èl forzò la noche de sus heridas, y ultimamente la muger mas perfecta, mas rica, y virtuosa de la mitad del Orbe; con que satisfecho del todo, quedò loco de gusto, admirado del sucesso, y sobre manera glorioso, de aver puesto con èl un firme clavo à la inconstante rueda; y ciertamente Don Sancho podia, con justissimas causas, tenerse por dichoso, porque no sè yo quien serà el ciego, y falto de discurso, que assi no lo confiesse, ponderando el fracaso de aquella triste noche el hallar la puerta abierta para tan gran ventura, la impensada fuerza, el rigor de la Justicia, la piedad de los amigos, la buena suerte de los Paises, la merced de su Rey, el amor de sus naturales, el socorro de tan grave traycion, sus inopinadas heridas, y la cura, y servicio que para ellas tuvo, y ultimamente el impensado fin, y paradero de su carrera. Quien, pues, serà en esta ocasion el atrevido, que dè al sobervio Don Pedro, al que tenia por acabadas sus pretensiones, al que con tantos años de servicio, y gastos increibles se juzgaba por digno de mayores empressas, aquesta triste nueva,

aquesta impensada salida, y el ultimo desengaño de su amor? Ciertamente, que aunque èl no merece ninguna lastima, que no puedo escusarla en mi pecho, mas tales disposiciones, y rodèos son secretos juicios de Dios, à quien hemos de venerar, y no inquirir.

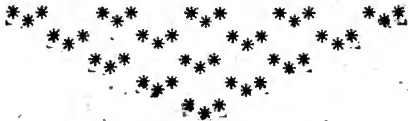
Don Pedro persuadido, à que Floriana le queria, juzgaba esta falsa sospecha por certissima, trayendo à la memoria el sentimiento que hizo por tan largos dias, quando fue herido: mas agora entendido este caso, ò quan burlado se hallaria, porque lo cierto fue, que la triste señora, entonces lloraba su desdicha, y encubria su preñèz; y como esta empezò la noche de sus heridas, y durò lo necessario, y forzoso, engañò con iguales apariencias tan locas esperanzas, y assi despreciando tales casamientos, con ansia de su madre, y pena propia, diò lugar à que mientras ella libraba en solo Dios el remèdio de su perdida honra, atribuyendo su tristeza à presuncion, su absteridad, y suspension à otros intentos vanos, creciesse el titulo de desdeñosa, y las quexas de sus pretendientes, y amante, si bien en tantos tiempos nunca su madre presumiò la causa, pues de averla entendido, llano es, que en estos dias ultimos no intentàra, aunque à mas no poder, èl casarla con su cuñado, y assi es certissimo, que hasta la noche del festin, que Floriana reconociò à Don Sancho, y aun danzò con èl, el bolver à su casa con tan grave, y repentino alborozo, y algunos congoxosos desmayos, la hicieron juzgar su ultima hora, y juntamente por cosa necessaria el dàr cuenta à su madre del sucesso, con que no desconfiandola, antes como muger prudente, assegurando su perdida esperanza, la hizo no solo recobrar el sossiego, mas aun dispuso el acuerdo de hablarle, y trazò para ello el villete, y recaudo que aveis oido: porque la verdad fue, que Floriana le escriviò, y no las otras damas que èl esperaba, las quales, quizà en saliendo del sarao, no se acordaron mas de su concierto, ni aun de que tal hombre estuviesse en el mundo. En fin, todas aquestas cosas entendiò Don Sancho, tan alegre, y gustoso con su nuevo estado, quanto alentado, y fuerte en sus heridas; tanto puede un subito contento, y un no esperado bien.

Enmedio de este gusto, y por mejor decir en sus principios, apenas rayaba el Sol los chapiteles, y balcones dorados de Floriana, quando llamando con grandes golpes à sus puertas, entendida la causa, fue avisado de que el Assistente mismo, acompañado de otros Cavalleros, y muchos Ministros de Justicia, preguntaban por èl; y assi, aunque presumiò luego lo que era, no dàndosele mucho, hizo que les saliessen à recibir;

bir; y finalmente, en viendose, el uno saliò de cuidado (porque el Assistente, respeto de la recomendacion de su Magestad, le tenia grandissimo) y el otro entrò en otros en su tanto mayores. Admiròle, y no poco el hallarle en tal casa, porque aunque traìa barruntos, y premisas de ello, por aver entendidose el socorro, y ayuda que le dieron sus dueños, assi con sus criados, como con su carroza, nunca se persuadiò à que avia sido para mas que ponerle en cobro; y assi su diligencia mas era à informarse de èl, que à buscarle en tal parte: mas quando enterado en todo el caso mirò à D. Sancho, como à dueño absoluto de la hermosa Floriana, no pudo encarecerle su alegria, antes en demonstracion de ella se ofreciò por padrino de sus bodas, y queriendo con tanto despedirse yà en pie, por contera de su platica, les refiriò, que assi el herido que dexò en vez de muerto, como otros dos de los que avian huido, estaban en la carcel, y confessos en su delito, y culpa, en la qual, por principal actor, y delinquente condenaban no menos, que à Don Pedro su hermano, que sin temor del Cielo, ni aun del Real amparo, que le obligaba à un crimen lese, les avia inducido à que por quinientos escudos le matassen, y que andando muchos dias antes en su espia, la tarde precedente, valiendose de su cuidado, y soledad, le avian acometido segun aveis oido, y no parando en esto el Assistente, concluyò su razon, con decirle, como tambien su hermano, prevenida la fuga, que hacia à Portugal, estaba yà en la torre, y puerta de Triana, con prisiones, y guardas suficientes. Despidiòse con esto, dexando al herido Don Sancho con nuevas lastimas, y aun mayores cuidados; y tan en sumo grado, que temiendo el peligro de su hermano, sin reparar en el suyo, ni en la traycion, y maldad cometida, juzgò por mal lograda su alegria, y aun por muy necessario el consuelo de su nueva desdicha.

O poderosa fuerza de un animo justamente generoso, y honrado! Quien creerà semejantes estremos? Y quien el excesso notable? Que poco despues de esto executò sobre la misma causa, en cuya prosecuciò, y substancia, dando el Assistente cuenta de todo al Rey, fue sentido el sucesso por sumo atrevimiento, y encargandole con veras su castigo, en breves dias fue Don Pedro sentenciado à degollar, si bien èl estaba en aver entendido su desengaño, y la buena fortuna de su hermano; tan desesperado, y doliente, que hizo poco caudal de la sentencia; y no cessando en esto sus desdichas, como fuesse el sugeto melancolico, cavando poco à poco en sus discursos, sin poder reprimirse, cayò en tal enfermedad, que à los

primeros accidentes le turbò el juicio. Con todo, en tanto aprieto sus deudos apelaron al Audiencia; pero importàra menos esta diligencia, si el piadoso Don Sancho, con animo de verdadero hermano, no acudiera à su defensa; y assi, aun sin estàr convaleciente, entendida la precisa sentencia, q amenazaba à Don Pedro, y la certeza de su confirmacion, con tacito seguro, de que en veinte dias no se executaria, à pesar de su esposa, partiò en ligeras postas à Madrid, que à no ser tan robusto, esto solo le costàra la vida. Y en llegãdo, se echò à los pies del Rey, y le pidiò la vida de su hermano: y no obstante, que aquella su admirable severidad suspendiò la respuesta mas de lo que el termino pedia, el noble Cavallero hizo tantos esfuerzos, y se valiò de tã grandes favores, que al fin alcanzò su perdôn: mas con tal cortapisa, que luego se entrasse en Religion, y professasse en ellas y esto por aver entendido el estado de su enfermedad, que si no, su profession fuera en Oràn, ò Melilla: y finalmente aplicando de hecho su hacienda, y Mayorazgo al forzoso heredero, cosas, que aunque al parecer eran muy duras, Don Sancho las aceptò en su nombre, y con la misma priessa, despues de aver cũplido su deber, y respetos, bolviò à Sevilla, y à su casa, adonde de una, y de otra, fue recibido, y celebrado con voluntad, y amor jamàs oìdo. Publicòse el perdòn, y assi D. Pedro se entrò en el Convento de San Pablo, adonde apretado de su enfermedad, cayendo, y levantando viviò dos años, sin que en ellos su hermano tratasse de la aplicada hacienda, como ni la admitiera si viviera dos siglos, con lo qual quedando, para Cavallero particular, el mas rico, y poderoso de España; y aviendose celebrado sus casamientos con el mayor aplauso que viò Sevilla, viviò en ella en compañia de su amada esposa, y en correspondencia inviolable con sus dos amigos los hermanos Flamencos: y teniendo ocho hijos, y otra hermosa Floriana, à todos los fundò grandiosos Mayorazgos, y à todos los viò puestos en estados dignos à su calidad, que fue la ultima felicidad de sus buenas dichas, y la mayor que puede aver en esta vida transitoria, y perecedera.



LA

LA CONSTÃTE CORDOVESA

HISTORIA TERCERA, SUCEDIDA EN CORDOVA, con el antiguo origen, y fundamento de esta Ciudad.

ES tan notoria, y conocida en lo descubierto del Orbe la antiguedad, fundacion, y excelencias de la Ciudad de Cordova, tanto por su originaria nobleza, quanto por los ilustres Varones, que assi en armas como en letras, ha producido en todos tiempos, que pudiera escusar por demasiada esta breve narracion, sino temiera, que el interrumpir el estilo con que he comenzado, avia de censurarme con nota, y assi por disuadirla, en pocos renglones harè de sus grandezas este facil resumen. En las vertientes, y amenissimas faldas de la famosa Sierra Morena, y en lo mejor, y mas poblado del Andalucia, està fundada la Ciudad de Cordova, en un llano hermosissimo, que entre la Sierra, y el caudaloso Rio Guadalquivir formò naturaleza, para assiento, y mayor explendor de su poblacion; à quien, segun Plinio, Estrabòn, y otros Autores, edificò Marcelo, insigne Capitàn de los Romanos; y no assi como quiera, disponiendola con los Soldados comunes de su Exercito, sino entresacando, y escogiendo de èl la flor de la nobleza; los Patricios, y Cavalleros mas ilustres de Roma; y assi parece, que desde aquellos memorables principios ha conservado generosamente aqueste maravilloso pundonor; pues oy es cierto, no ay Ciudad, ni poblacion en toda Europa de mas limpia, y apurada nobleza; ni en su tanto, de mas Cavalleros de sangre, y Mayorazgos riquissimos. Es su terreno, su comarca, y ribera abundante de pan, vino, y azeyte, frutas, y seda; y sobre todo cèlebre, y conocida por los veloces, y alindados cavallos que produce, y por las aguas puras, y delicadas del Betis, en cuya margen hacen sus altos, y torreados muros magestuosa, y agradable vista. Los ayres son saludables, y delgados; de suerte, que aunque en parte la infama el caluroso Estio, ellos con su bondad, y frescura, que participada de la vecindad del Rio, hacen bien engañosa esta opinion. De sus Templos magnificos, en quien mas resplandece la piedad de sus moradores, ni de sus grandes Pa-

lacios, fumptuofas cafas, y peregrina Iglefia Cathedral, dicho eftà harto, con aver apuntado la antiguedad, riqueza, y nobleza por tantos años continuada en fus hijos; pues ella, con mas elegancia, y verdad, què mis renglones, hablarà en fu derecho; y afsi, folo darè un facil rafguño por fu mayor Iglefia, la qual fuè primero la mayor Mezquita, que tuvieron los Moros defpues de la de Meca; y fegun el Suplemento de las hiftorias, fu notable, y fumptuofa fabrica fe comenzò por Abduramen en el año de ochocientos y noventa y dos. Tiene veinte y quatro naves, con infinitos, y compaffados arcos, fobre marmoles, y columnas de jafpe, que paffan de quinientas. Y aunque conforme los edificios Arabes, y refpecto de fu grandeza, es la techumbre baxa; empero aun en aquella forma reprefenta una efpantofa, y obftentativa maquina, como tambien hacen alarde, y muestra los Alcazares, y Jardines Reales de que eftàn hermofeados, y en perdurable Primavera. Hablando Marcial de las cofas de efta Ciudad, dice, que avia un platano en aquellos Alcazares de tan monftruofa, y exquifita grandeza, que cubria con fus hojofas ramas la mayor parte de ellos; que fi fuè afsi, no sè yo como lo ponderò tan fobrepeyne, si bien agora fe pudiera mejor culpar en mi diferente objecion; pues olvidado de lo mas effencial, he antepuefto en efta defcripcion las ruinas, los veftigios, las murallas, y torres à los edificios vivos, à los verdaderos, y mas admirables monftruos; pues no lo han fido menos entre los hombres fus excelentes hijos. Dos Senecas, un Lucano, un Orador Balonio, un Chriftiano, y doctifsimo Obifpo Ofsio, un Avicena, un Rafis, un Moysès, Medicos famofifsimos, un Abèn Ruiz, Comentador infigne de Ariftoteles; y finalmente, el ingeniofo, y venerable Juan de Mena; y fobre todo, el valiente, y gran Capitàn Gonzalo Fernandez de Cordova, honra de fu Patria, y gloria de fu Nacion; con cuyo iluftre remate ceffarè en las demàs excelencias de efta Ciudad, y empezarè el fuceffo, que en ella tengo prometido, en quien fu principal perfona es, no menos que un Cavallero de fu efclarecida fangre; con que mas animofa, y atrevida fe alentarà mi pluma, haciendo de èl la narracion figuiente.

En los años paffados de quinientos y veinte, governando eftos Reynos, por el aufencia de la Catholica, y Cefarea Mageftad de Carlos V. el Cardenal de Tortofa, fu Maeftro, que defpues, con el nombre de Adriano, fuè Pontifice Maximo, vivia en efta Ciudad D. Diego Fernandez de Cordova y Montemayor, nobilifsimo mancebo, en fangre efclarecido, po-

poderoso en hacienda, y por sus buenas partes, amable entre sus Ciudadanos, y una de sus mayores cabezas. A este Cavallero (aviendose primero servido de èl en sus primeros años) casò la Magestad de Carlos, con una ilustrissima señora, llamada Doña Aldonza Ossorio, tanto à fin de aquistar algunas diferécias, quanto por hacerle con muger tan poderosa (que lo era mucho esta dama) una grande, y señalada merced. Reconociòlo assi Don Diego, y deseando se conociesse en sus obras, convocò à su casamiento la nobleza de la Andalucia, à quien con explendor, magnificencia, y gastos festejò; siendo assimismo las fiestas, los torneos, y mascaras tan grandes, tan continuos, y varios, que dexò su nombre conocido en España, aunque no lo es poco el de su antigua estirpe, y el de sus progenitores valerosos, cuya originaria valentia, y magnanimidad, parece, que de padres à hijos heredada, es tan perdurable, y excelente, yà en la famosa Casa de Aguilar, yà en la de los Condes de Alcaudete, Cessa, Feria, Guadalcazar, y otras innumerables, que como ramas de su firme tronco se han estendido por lo mejor de Europa, mientras durare en ella la memoria de los hombres. Y assi no pienso, que debe aquella generosa Ciudad à ningun hijo suyo mas honrosas hazañas en su provecho, ni mayores servicios en su defensa, que à los de aquestas Casas; de quien, si me fuera licito contarlas, facilmente desempeñàra mi verdad su credito; pero aunque se alargue algo el sucesso, dirè entre tantas dos, en que supuesto que voy à realzar, y engrandecer mas convenientemente el Heroe principal de esta historia, avrà de suplirme su breve dilacion, fuera de que tambien apetecerà el curioso saber con gusto, con la antiguedad, y excelencia de sus claros ascendientes de Don Diego, la causa original, y tan decantada en España, de averse llamado campo de la Verdad, aquel llano estendido, que tiene su Ciudad passado el puente; y aun antes de esto, el hecho memorable, y de pocos sabido, que emprehendiò Martin Alonso de Montemayor en el cerco, y socorro de Castro el Rio; y assi con esta salva digo, que Alonso Fernandez de Cordova, hijo de Don Fernan Nuñez de Temes, y Donora, señora de Dos Hermanas, que fuè Adelantado del Andalucia, y dueño de el Lugar, y Torres de Cañete, tuvo dos hijos, Martin Alonso, que heredò à Dos Hermanas, y Hernando Alonso, que succediò en Cañete. Martin casò con Doña Aldonza de Aro, hija de Don Lope, el que llamaron el Chico, Mayordomo mayor de el Rey Don Alonso, y à quien, porque se vea quan grave estimacion se hacia

entonces de esta familia, dirè lo que èn tal casamiento acacciò: Parece ser, que se dispuso este sin sabiduria del Rey; de lo qual muy sentido, reprehendiendo à Don Lope, le dixo: Què como sin su orden se avia atrevido à casar con ningun su vassallo à su hija? A que cuentan, aver respondido Don Lope, con despejo, y valor, que no lo avia hecho segun debia, temiendo, que su Alteza lo avia de impedir, y estorvar, para casar su yerno con la Infanta su hija, que ciertamente fuè gallarda satisfacion, y estimable salida al enfado, y enojo de su Rey. Mas dexando esto aparte, despues de algunos dias, viniendo Moros contra Castro el Rio, Lugar entonces de estimacion, è importancia notable, fuè cercado con innumerable gentio, para cuyo remedio, siendo el darsela à cargo de la Ciudad, se juntò en ella lo mejor de la Provincia; pero no conviniendose en el modo, y creciendo con la dilacion el peligro, Martin Alonso, como verdadero hijo de su Patria, dixo, que si le prometiessen socorro, èl se aventuraria à meter en la Villa, por medio de sus enemigos, gente, y bastimento, que entretuviesse su ayuda. Ofrecieronlo assi, y juraron de acudirle con mayor prevencion; con lo qual, sin detenerse un punto, partiò à Montemayor, Castillo inexpugnable, y à quien èl avia fundado; en donde, y en Espejo, juntando alguna gente, al romper del Alva, con animo audacissimo rompiò èl juntamente; y no assi como quiera, por diez ò doce mil hombres, sino por un espantoso Exercito de docientos mil Moros. Por el qual, en un instãte, acaudillando sus buenos Soldados, llegò à la Fortaleza; y bien se dexa entender, si en tan grande peligro mostraria necessariamente su valentia, y esfuerzo; y si en el que agora passados los Reales les sobrevino, seria preciso confirmarlo; porque es de saber, que quando mas acosado pensò tener su animo atrevido algun reparo, el que hallò fuè, tapiadas las puertas del Castillo, y encima de su poca gente el numeroso, y contrario Exercito, de quien rodeado sin defensa, ò murallas, comenzò nuevamente à verse compelido; y ciertamente, que parece increible, que tan poco numero pudiessen sustentarse un solo instante: mas era leon fuerte el Capitàn, y assi, aunque sus Soldados fueran mansos corderos, hicieran aun mayores efectos; y viòse claramẽte esta verdad, pues sin turbarle el temeroso riesgo, bolviendose à romper por desiguales Tropas, y peleando à veces con valor invencible, à pesar de tan grande Morisma, rodeò la Fuerza, y un pequeño postigo descargò el bastimento, metiò su compañia, y socorriò el Lugar casi perdido, grangeando la

ma-

mayor fama, opinion, y nombre, que tuvo Capitàn de ſu tiempo; y tanto, que oyendo el Rey Moro el dueño del ſucceſſo, deſconfiò del ſuyo, y alzò el Real, bolviendoſe afrentado. De ſuerte, que podemos decir, que el valor admirable de eſte hombre atropellò un Principe tan poderoſo, y à un Exercito tan deſproporcionado.

No fuè eſta hazaña el ſervicio mayor, que de tan buenos hijos recibiò ſu Ciudad; pues no mucho deſpues, Don Alonſo Fernandez, hijo de eſte Cavallero, emprehēdiò el hecho memorable, de quien al campo referido le quedò el nombre de Campo de la Verdad, el qual paſsò de eſta manera.

Parece ſer, que como el juſticiero Rey Don Pedro facilmente ſe dexaſſe engañar de algunos mal intencionados, y quiſieſſe por ciertas ſoſpechas hacer matar à nueſtro Don Alonſo, y à Don Gonzalo Fernandez de Cordova, ſu primo, Señor de Aguilar, que aun por chiſmes, y conſejas ſolas, no era menor el caſtigo de eſte Principe. Embiò à eſte efecto al Maeſtre de Calatrava, Don Martin Lopez de Cordova, que mejor informado, y con verdad cierta de la falſa relacion que al Rey ſe le avia hecho, ſobreſeyò en ſu voluntad: de lo qual fue tanto el corage que recibiò ſu ſangriento animo, que ſin mas ſuſpenderlo, bramando por vengarſe, ſe avino con el Rey de Granada, y à fin de diſponerla con ſu poder, le prometiò à Cordova; con tal conveniencia ſacaron los dos el mayor Exercito que jamàs ſe viò en aquellos contornos; y dando viſta à la Ciudad, y mayor temor à ſus moradores deſapercibidos, porque nunca creyeron de ſu ſeñor natural ſemejante reſolucion, fue tan notable ſu fidelidad, y ſu lealtad tan maravilloſa, que aun viendo entrar por el Alcazar viejo los contrarios, no huvo hombre que ſe le opuſieſſe, reſpetando la preſencia de ſu Rey, queriendo antes perderſe, que tomar las armas en ſu contra; y paſſara adelante eſte deſmàn, ſi advirtiendolo algunas principales ſeñoras, no ſalieran por las calles, y con ruegos triſtes, y tiernas lagrimas, les quitàran de tan necia perſeverancia, y con tan buen efecto, que no ſolo los obligaron à compeler à los que entraban, retirandolos con muchas muertes, ſino que nombrando por ſu Capitan al noble Don Alonſo, ſe diſpuſieron à mayores empreſſas, y aſsi hecha la eleccion, y junta buena parte de gente, embiò al Rey un menſagero, pidiendole ſe ſirvieſſe de aquella Ciudad, y como ſu Principe, y ſeñor entraſſe en ella, y diſpuſieſſe de ſus vidas, y haciendas, como mejor le pareciesſe; mas que eſto fueſſe ſin ſemejante compañia, de la qual, reſpecto de ſer enemigos de Dios,

estaban resueltos à defender su Religion, y Fè: A lo qual, como la indignacion de Don Pedro no admitia ruegos, ni intermissiones, la respuesta que diò, fue mas llena de amenazas, pues jurò de castigar de tal manera la Ciudad, q̃ solo de los pechos de las mugeres se llenasse el pilar de la Corredera, y bebiessen los vivos, sangre en vez de el agua que entonces corria. Esta fiera, y cruel resolucion, cubriò las gentes de lagrimas, y miedo, digo al vulgo, y comun, que como novelero, sin atender à mas, viendo à su valiente Capitan, que salia à pelear, se persuadiò à que se iba à concertar con los Moros, y creciò de suerte su infame presuncion, que llegò à los oidos de Doña Aldonza de Aro, madre del dicho Don Alonso, y de Don Lope Gutierrèz de Cordova, Alcayde Mayor de la Ciudad, y señor de Montilla, de quien decienden los de Guadalcazar; la qual saliendo al passo de sus hijos, y encontrandolos debaxo de los arquillos de la Iglesia, sin mayor advertencia à grandes voces les dixo: Hà Don Alonso, advertid, que estas gentes me han dicho, que vais à entregarnos à los Moros, y si esto ha de ser assi, permita el Cielo quitarme antes la vida, que ninguno me llame la madre del traydor: mas no dexandola proseguir su noble hijo, arrojandose del cavallo, y besandola la mano, la satisfizo respondiendola: Quando yo no tuviera sangre vuestra, aun se pudiera dudar mil de mi lealtad, quanto y mas, siendo vuestro hijo. Y tomando el cavallo, con mas colera levantando la voz, discurriò diciendo: Quedaos à Dios, madre, y señora mia, que al campo salgo, donde se sabrà la verdad. Esta es la causa, y el origen famoso de su nombre, mayormente con lo que luego sucediò, porque saliendo con gallardo denuedo, en passando la puente, mandò echarla por el suelo, licenciando primero intrepido, y feròz à quantos de los suyos se quisieron bolver; y con semejante hazaña resueltos à morir èl, y los que le acompañaban, no solo (ayudados del Cielo) rompieron los dos Reyes, sino que siguiendoles hasta Castro el Rio, dexaron hecho de su sangriento estrago, lloroso, y memorable acuerdo para sus enemigos, y à sus descendientes, y hijos, eterno, y perdurable renombre, dandole assimismo à aquel campo, estendido teatro de sus grandes hazañas.

Tales han sido, y fueron los troncos nobilissimos, de donde entre otros ramos, procediò el principal Heroe de esta historia; si bien es justo disculpemos primero, lo que en ella pareciere degenerable à su sangre, pues la amorosa causa, que obligò sus muchos desacuerdos, bastantemen-

mente disculparà mayores yerros.

Cortamos, pues, el hilo de el discurso, dexandole casado, y entretenido en los regocijos, y fiestas de sus bodas: enmedio de los quales naciò el assumpto de sus desvelos, y mayor ocasion de sus disgustos, porque nó fueran ellos contentos, y alegrìas de la tierra, si no traxeran tràs de si fracasos tristes, y desastres lastimosos.

Hacianse, por remate, y fin de tantas fiestas, en una de estas noches para ciertos torneos, y mascaras, cuyo efecto, atajando lo suficiente de la plaza, y calle de Don Diego, igualaron con ventanajes, y andamios de madera los cercanos edificios; y siendo Mantenedor èl, huvo tanto que admirar, y tantas galas, cifras, invenciones, y letras que vèr, que à pretender particularizarlo todo, creciera sin proposito este volumen; y asi por escrivir solamente lo importante al intento, dirè el fin que tuvieròn, pues no fue menos lastimoso, y terrible, q̃ venirse con estrepido, y rumor espantoso uno de aquellos artificiosos ventanajes al suelo, que oprimido de la inumerable gente que le ocupaba, fue el estrago que hizo no poco miserable, y sangriento. No quedò à tan impensada ruina hombre en ventana, plaza, ni tablado, que no acudiesse al remedio de ella, y hasta los Cavalleros del palenque, arrojando las armas, las plumas, y libreas, fueron de los primeros; con esto el rumor fue aumentandose, y assi la temerosa confusion, al passo que los tristes gemidos, llantos, voces, parece, que crecia, y mayormente no oyendose, ni viendose otra cosa que miembros desgarrados, cuerpos partidos, golpes, y terribles heridas, y sobre todo arroyos de sangre, que embueltos con los tristes gemidos, y quexas de los que la derramaban, formaba junto un horrible, y lloroso espectaculo. En este concurso de desdichas y enmedio de miserias tan grandes, no fue quien menos assistiò à su remedio Don Diego de Cordova, antes juzgandose por el mas obligado, con noble, y generoso espiritu, acompañado de criados, y luzes, atajò muchos males, y assi sacando casi ahogados à los que yà anhelaban con la muerte, y haciendo abrigar, y recoger en su misma casa à los que con mas cierto peligro, necessitaban de Sacramentos, y otras medicinas forzosas, sin parar discurria à unas partes, y otras, hasta que aviendo mas que hacer, cansado, aunque no satisfecho en sus piadosas obras, al bolverse à su casa, como para salir à lo ancho quisiesse saltar unos andamios, yendo à poner los pies en los maderos rotos de sus ultimas ruinas, parece, que se le enmollecieron, y sintiendo blandura, no sin particular

lar providencia del Cielo, sospechando algun daño, muy apriessa mandò quitar las tablas, y maderos, debaxo de los quales (no sin grande lastima) hallò, que en medio de un tapete de estrado, y casi en èl amortajada, y rebuelta, estaba una muger, cuyo adorno precioso, pocos años, y hermosissimo rostro, sì bien matizado de reciente sangre, acrecentò, no solo el sentimiento, mas el cuidado de su remedio, pareciendole persona de suerte; y assi con nueva compassion, tomandola en sus brazos, aunque siempre juzgò, que estaba muerta, con todo no parò hasta ponerla en los de su esposa, que en este interin, no con menos piedad avia mostrado (con los muchos herido, que se acogiegieron à su amparo) la dobleza, y ternura de su pecho, con que pocas palabras fueron bastantes à que al daño presente tratassen de remedio, yà previniendo Cirujanos, y Medicos, yà como en tan grandiosa casa, alvergue, y hospedage conveniente. Todo lo qual aun se aventajò con mas estremo, luego que conocida de unos, y otros se advirtiò su calidad. Era, pues, esta señora herida, ò por mejor decir, medio difunta, una doncella, aunque pobre, hija de padres nobilissimos, y Cavalleros, no poco conocidos en aquella Ciudad, no obstante, que à esta sazon viuda su madre, vivia en su poder, y compañia, de adonde sacandola, à su pesar, para el torneo unas parientas suyas, ocasionaron su desgracia, y aun participaron de iguales daños; y assi, entendido esto, sin mayor dilacion mandò avisar Don Diego à su afligida madre, la qual, aunque al momento vino cubierta de tiernas lagrimas, è insistiò en llevarsela, todavia no le fue permitido, antes los piadosos huespedes la obligaron à que tambien se quedasse acompañandola. Fuera lo demàs poner la dama en notoria contingencia, por su mortal peligro, con que le fue preciso, obviarle, y assistir à los muchos, y eficaces remedios, que para bolverla en su acuerdo se le hacian, como en efecto el mas essencial punto, y consistencia de su vida, la qual fomentada con tantas medicinas, como buenos deseos, al cabo de dos dias bolviendo algun tanto en sì, mejorò su esperanza, y consolò à los presentes; y yendo poco à poco recobrando el espiritu al mismo passo, que se morigeraron los rumores, los golpes cardenos, y la sangre esparcida, fue descubriendo en su rostro un portento admirable, un retrato del Cielo: tan bello era el sugeto, que pudiera en su efigie, no solo ponderarse lo mas hermoso de la tierra, mas conocerse juntamente la suma perfeccion de su Criador.

Dexò esta impensada, y peregrina vista, quando llegò al punto,

y perfeccion, que he referido, tan assombrada, y suspendida la familia de Don Diego, que no se hablaba en otra materia; y aunque todos en general contento, no assi igualmente Doña Aldonza, y su esposo (digo no à un mismo fin) porque si ella con piadosas entrañas juzgaba alegre el averla hecho el Cielo segunda causa, è instrumento en la vida de aquel Angel hermoso, Don Diego arrepentido, y triste de aver traido à su casa el incendio de ella, no solo blandeaba en la debida fee à su nuevo estado, mas compelido de una secreta, y poderosa fuerza, temia, y aun lloraba su perdicion; si bien, como discreto, procurando en los principios atajar su fuego, quanto podia retiraba la vista de su hermoso huesped, divirtiendo el alma, y pensamiento entre los amorosos, y tiernos lazos de su muger; pues no solo por la virtud de su alma, mas por las partes graciosas de su cuerpo, por su nobleza grande, y riquezas sin numero, era digna de correspondencia, y voluntad perseverante. Pudiera yo, considerando tantas razones, admirarme, y no poco de la fragilidad de este Cavallero; la qual advertida en lo superficial, muestra gran mengua, indigno proceder, corta aficion, y menos voluntad con tal persona: porque ni en su escusa militan, ni aun podemos juzgar en su favor las disculpas del lecho quotidiano de la mesa comun, del ordinario hastio; y finalmente de una possession continuada, y prolixa; porque aunque todas son razones impias, y de malos casados, y peores Christianos, no podia Don Diego valerse de ninguna, pues apenas mudò estado, tomò la possession de su esposa, quando mudò tambien de pensamiento, prevaricando sus honrados propositos. Empero ahondando mas este particular, no obstante, que parece impossible hallarle causas, que disculpen su yerro, todavia, no con pequeño esfuerzo lo obscurece, y deshace el averse casado Don Diego, segun yà queda dicho, mas por conveniencias de estado, y materias iguales, que por confrontacion de estrellas (hablo mas claro) que por inclinaciõ dulce de amor; y assi, no sin razon bastante, pensò bien el que dixo, ser infeliz el hombre, que se casaba sin enamorarse primero de su muger. En efecto, insistiendo por agora cuerdamente en la ocasion, no solo el tierno mozo se esforzaba atrevido, mas juntamente solicitaba la cura, y convalescencia de la enferma, pareciendole, que siendo assi preciso el bolverla à su casa, quitada la causa principal, cessarian los efectos de su operacion: mas engañòse en esto notoriamente, porque apenas Doña Elvira en salud rindiendo con su madre humildes

gra-

gracias, y ofrecimientos dexò su casa, quando en la privacion de su vista creciò el fuego mayor de sus deseos; de quien dexandose vencer, precipitadamente cayò en un inmenso pielago de amor; y no obstante la cuerda resistencia, sometiò la cerviz al fiero yugo, y la voluntad libre, y essempta, à una injusta tyranìa, que dominò en su alma, en sus potencias, y sentidos; de suerte, que aun despues de largos dias, y prolixos disgustos, fuè necessario para sacarle de tan duras cadenas, medios, y fuerzas sobrenaturales, y portentosas.

Llevò, pues, con tal resolucion la correspondencia adelante, visitando à Doña Elvira, y su madre, y ellas diversas veces à Doña Aldonza.

Hallò Don Diego pobrissimo el menager de su casa, las paredes desnudas, la sala sin estrados; y en conlusion, un grande, y antiguo solar, lleno de arneses viejos, de adargas rotas, de lanzas, y vanderas, trofeos honrosos del padre de su dama; pero en quanto à lo demàs, vacìa de lo forzoso, y necessario, y aun de sillas, en que poder sentarse; con lo qual, pareciendole camino para obligarla, tratò de que secretamente se remediasse con larga mano tãta incomodidad; mas yà la hermosa doncella, quando intentò estos medios, avia penetrado por sus ojos lo interior de su pecho, porque aunque era niña, y de corta experiẽcia, es tal la enfermedad de amor, q̃ aun dexa conocerse de los mas incapaces, y assi con discrecion, y blandura, rechazò el recebir lo que otro dia traxesse tràs de sì la paga, ò una aparejada execucion en su honra: Exemplar puede ser este, en las muchas ocasiones de nuestros tiempos, en quien no ay firme roca, no ay castillo inexpugnable, que el interès no venza, y avasalle. Pues siendo esta dama (aunque noble) pobrissima, y por el consiguiente cargada de mayor pundonor, y obligaciones, ninguna fue parte à torcer su proposito, antes viendo que picado Don Diego, continuaba las visitas, y que de ellas, ni sus entradas, y salidas podian resultarle mejor credito, por no perder el grangeado, tratò de parecer primero descortès, y assi con tal intento, ò se negaba declaradamente, ò si alguna vez la cogia descuidada, con desabridos ojos daba à entender su poco gusto. De esta manera vino à saber su amãte el ruin efecto de sus cuidados, y la mala acogida de su voluntad, cõ que perdiendo el alegria, y aun la cõversacion de sus amigos, estuvo en poco de perder la paciencia. Avia hasta aquel punto cõservado el secreto, mas viendose irremediable, y falto de consejo, para tomarle, y consolarse mejor en tan ciega passion, diò cuenta de ella à su mayor amigo, à un Cava-

llero de su misma sangre, y con quien solia comunicar sus mas arduos negocios. Y aunque Don Garcia (era este su nombre) procurò desvanecersela en los principios, y afeandola con la obligacion de su nuevo estado, y yà dificultandole la empressa, viendole firme en ella, huvo de ponerle los ombros, y de comun acuerdo, juzgando por remedio el declararse, y que esto fuesse mediante otra muger, y con algun villete, sin mayor dilacion lo dispusieron, porque Don Garcia buscò un valiente tercio, y tal, que ni la famosa Celestina, ò Claudiana igualaron sus obras, ni Tulio, ni Demostenes su perversa eloquencia; y assi Don Diego aviendo escrito segun su motivo el siguiente papel, se le entregò en sus manos.

Papel à Doña Elvira.

NUnca entendì, señora, que del aver piadosamente reducido à mi casa el fuego abrasador de vuestros ojos, y deseando con tantas veras vuestra vida, y salud, huviera redundado todo mi daño, y perdicion; pues es cierto, que de uno, y otro, no solo nacerà el incendio, y ruina de mis cosas, mas juntamente al peso de vuestra ingratitud, mis mayores desacuerdos, y penas. Yo estoy reconociendolas tan impaciente, ò por mejor decir falto de discurso, viendo quan mal estimais esta vida, que temo, y muy en breve, sino mudais estilo, hallarme arrepentido, y pesaroso de aver (con la que os restaurò mi propio brazo) dadoos armas, y valentia para tantos desprecios; porque aunque (como quien soy) confiesso no merecer vuestros favores, por otra parte alcanzo, que pudierades moderar el desdèn, y conocer que me debeis la vida: y quando esto no querais entender, à lo menos por fin de este papel os ruego, que siquiera creais no ser buen camino, reprimir el raudal de mi furioso amor, con el mayor incentivo de despreciarle. Respondedme resuelta, y no de suerte, que experimenteis el triste estado en que me reconozco, el qual es tal, que juzgo mil desdichas en mi credito, è irreparables daños en mi salud.

Por cierto maravillosa muestra de un ciego, loco, y desatinado deseo; y bien hace Don Diego en llamarle furioso amor, porque semejante papel, tal discurso, y palabras, quien las escriviera, menos que arrebatado del frenesi de su voluntad? Mas disculpemosle en alguna manera, no afeemos del todo la opinion de aqueste Cavallero, sirvale, pues, de escusa, lo mismo que le sirviò de objeto, y culpa, la furia de su amor, el incendio de su alma, las llamas vivas de sus deseos crueles, y finalmente la yesca, el incentivo

po-

poderoso de los desprecios, y desdenes de su dama, la ingratitud de sus buenas obras, el olvido de tan grandes beneficios, y mal conocimiento, que à su parecer mostraba à la restauracion de su vida, y sèr. Y si alguno dixere, que estas mismas razones militan mejor en alabanza de Doña Elvira, pues sin reparar las atropella à todas, por conservarse honesta, à esto respondere, que no por otro inconveniente pintaron ciego al poderoso amor, y que assi ciegamente nuestro perdido amante pudo mal conocer semejante verdad, ni tan ajustadas, y bien digeridas causas, con que faltandole un sentido tan essencial, fuerza es, que avia de dàr en mil tropiezos, y barrancos mayores. En fin, el papel se le diò à su dama por mano de la muger que he dicho, en que no menos se mostrò la ceguedad del que la embiò; pues llano era, que el valerse de sugeto tan vil avia de llorar afrentosamente Doña Elvira. Mas con todo la cauta Celestina, con achaque aproposito, llegò à su presencia, y proponiendola primero la fuerza, con que temerosa, y compelida de un mozo poderoso, y arrebatado venia à tal diligencia, y juntamente la propuso en su idioma el miserable estado en que se hallaba, las obligaciones que ella le debia, y la facilidad, y secreto, con que podia hallarse brevemente riquissima, y fuera de necessidades tan largas; y en conclusion abreviò su platica, pidiendola leyesse el villete, y la resolucion de su respuesta.

Avia Doña Elvira, desde que atendiò su razon primera, determinado en si el darsela à la vieja tan aspera, y terrible, que quedasse por memoria de su atrevimiento, sepultada en una asquerosa sima: mas quando llegò à leer el villete, y en èl à conocer tan asperos discursos, tan nuevo estilo de enamorar, y pretender, con mejor acuerdo reprimiò su enojo; y advirtiendo en el caso, y aun en el mensagero, mirò por sì, y por las asechanzas, y encantos suyos; y no hizo poco en esto; antes presumo, que consistiò en su recato su contento, y salud; porque otra fuerza, totalmente la niego à los hechizos: turban estos el juicio, ahogan, y ofuscan los espiritus; y como realmente todos, à la larga, ò à la corta son venenos, quitan la vida; pero pensar, que tocan en la voluntad libre, en el racional alvedrio, es disparate, indigno de escrivirse, quanto y mas de creerse.

A este ultimo fin, à esta, pues, desesperada medicina de sus deseos se avia ofrecido la diabolica vieja; y assi por esta causa, mas que por otra, y con el pretexto del villete, que he dicho, se valieron de ella los dos amigos: mas la virtuosa doncella, advertidamente dexò en vacio su intencion depra-

prabada, no permitiendo la tocas-sen sus manos; y despachandola en un punto, con decir, que D. Diego viniesse el siguiente dia por la tarde, y tendria su resolucion, y ultima voluntad por respuesta; y sin mas esperar, quedò aguardando à su madre, con la qual, enterada del caso, y previniendo este avìso, le dexarèmos, bolviendo à su abrasado amante, que aviendo oido de la tercera el despidiente, y creido por èl, que sus designios tomaban mejor rumbo, con nuevas galas, y mayor bizarria, se fuè à la posada de Doña Elvira, adonde en vez de hallarla mas amorosa, y menos intratable, lo que hallò fuè, la casa desembarazada, y en lugar de su dama, un escudero viejo por guardian: del qual, recibiẽdo un papel, acabò de salir de su engaño, y confusion, leyendo en èl estas razones.

Si entendiera, que por aver recibido de vuestras nobles manos la vida que reconozco, por su hechura se me avia de pedir tan desigual recompensa, creed, señor Don Diego, que primero me dexàra morir mil veces, que admitir semejante beneficio: fuera de que ni aun parece compatible, querer por el vuestro generoso animo, tan incomparable, y mayor interès. Yo confiesso, que como vos decis, sois juntamente el acreedor de mi vida: mas no por esto podreis negar agora, que en pedirme por ella la misma honra, usais conmigo de cruel tirania; pues es llano, que quanto mas participa aquella de perecedera, y mortal, tiene esta de inmortalidad, y estimacion; ademàs, que à què mayor desdicha pudo reducirme mi muerte, si es indubitable, y certissimo, que es afrentoso, y desgraciado el dia, que se sustenta sin honor? Resuelta, pues, a perseverar en èl, y deseosa de satisfacer las buenas obras, que me aveis hecho, he querido dexar mi tierra, y desamparar mi casa, para que quitada con mi ausencia la ocasion de vuestras inquietudes, aunque tan à costa de mi sossiego, vos le tengais en tanto, que peregrinando pobre, y miserablemente llora mi alma esta mal lograda hermosura, que à vos por mi tanto os ha divertido, y à mi por vos tanto mal hecho. Quien, pues, en este punto supiera ponderar la locura, y furor, que se apoderò de este perdido mozo? Quien el sangriento animo, con que se puso en terminos de quitarse la vida? Quien la opression, y enagenamiento de su espiritu? De mi puedo afirmar, que no me atrevo; y assi, solo dirè, que fuè no poca suerte, el aver escapado sin lesion de sus manos el anciano escudero, al qual yà algo divertido al raudal de su colera, haciendole intrincadas preguntas, y conocido de ellas, y sus respuestas, que assimismo su dama avia de èl recatado sus intentos, y que no sabia de ella, de su madre, y

una criada, que las acompañaba; bolviendo las espaldas, y buscando à Don Garcia, le contò el sucesso; y lleno de passion, rebentò en mugeriles lagrimas parte del fuego, que le abrasaba el pecho.

No se hallò el discreto amigo poco indeterminable, y ofuscado, y mayormente por la corta, y dificultosa noticia de Doña Elvira, dudò el remedio cõveniente à D. Diego; mas viendo, que su valor, y sentimiento le avia de reducir à alguna mortal desventura, deseando atajarla, ò por lomenos entretenerla, consolò sus cuidados, divirtiendolos con esperanzas de salir presto de ellos; y assi brevemente despachò à todas partes varias espìas, y centinelas, que aviendo gastado muchos dias sin su fruto, se bolvieron ayunos, y sin saber particularidad, ò circunstancia de aquello que buscaban: cosa, que en los Cavalleros, y aun en otro qualquiera, pareciera impossible, y no creedero, que tres mugeres, y de la calidad que he referido, se huviessen ocultado, y encubierto de suerte, y con tan grande brevedad, que como si las tragàra la tierra, no dexaron rastro, ni noticia; y assi, no sirviò de mas la diligencia, que de dexar el secreto amor del infeliz Don Diego, al alvedrio, y gusto de semejantes hombres. Y como su dolor impaciente crecia al passo que se le impossibilitaban, sin dilatarlo mas, previniendo para su noble, è ignorante esposa causa de obligacion, y achaques mas forzosos, acompañado de algunos criados de su caro amigo, diò buelta en pocos dias à toda el Andalucia, gran parte de Castilla, y Estremadura, y corriendo la Sierra, sin aver dexado Ciudad, Villa, ni Aldea, sin inquirir, y vèr, se bolviò à Cordova, con no mejor noticia; pero tan sin esfuerzo, y esperanza, que sin poderse ir à la mano, cayò en una profundissima melancolia; de suerte mortal, y peligrosa, que se dudò en su buen juicio, y se temiò mucho su locura, y perdicion; porque à no menos desdichados terminos traxo su ciega voluntad à este Cavallero, y doyle tan tristes atributos, por parecerme, que no pudo hombre humano llegar à estado semejante; à desesperacion tan terrible, à enfermedad tan incurable, sin que para escusarle de ella, le valiessen su calidad, su sangre, sus riquezas, sus amigos; y aun sobre todo, el ser persona de claro entendimiento, y discurso, que es la mas eficiente causa para reprimir tales efectos; por donde mejor conocerèmos nuestra fragil, y vil naturaleza, y quan breves, y limitadas son las fuerzas, y trazas de los hombres. Un año, y mas se le passò à Don Diego en tan amarga vida, y aun sospecho, que toda se le passàra assi, si el Cielo no le abriera, y quizà para su mayor castigo, el camino, y luz, que tanto avia deseado, y con tantas cos-

costas, y trabajos; pero antes que à èl le dèmos esta alegre nueva, y que el Lector se despene en ella, quiero yo dàr tambien cuenta bastante de su hermosa dama, del Lugar de su asistencia, y juntamente de los sucessos de su ausencia. Y assi, bien os acordarèis, que segun queda dicho, en recibiendo Doña Elvira aquel villete, la dexamos dispuesta à tratar con su madre la ultima resolucion de sus intentos. Diòla, pues, cuerdamente noticia de la pretension de Don Diego, de sus ofrecimientos; y ultimamente del papel, cuyas razones libres, y arrojadas, les dieron bien claro à presumir el peligro en que estaban, y el detrimento que corria su honor. Con lo qual, juzgando por forzoso el prevenirse, y ayudando à su miedo la sospecha cruèl, en que ademàs la puso la hechicera, justamente resueltas por fin de sus consejos, eligieron remedio, que sin duda huviera sido suficiente, si la fortuna, ò suerte de su amante no rodeàra las cosas en su favor, y tan à tiempo crudo, que à tardarse mas dias el saberse de ellas, por lo menos el hallar a Doña Elvira, fuera en diferente estado; y con tales arrimos, y respetos, que tuviera Don Diego por preciso llorar su desengaño eternamente.

Avian en este tiempo las afligidas damas, antes de salirse de Cordova vendido una possessiõ, q̃ solamente les avia quedado, con proposito de trazar con su precio algun empleo, que les adelantasse el provecho; y assi, hallandose en la ocasion presente con el dinero, que seria mil ducados, facilitando su jornada, la dispusieron la noche de aquel dia, y comenzada con secreto inviolable, y en tres mulas, ò quatro forasteras, que acaso estaban en un Meson, cerraron por todas partes las puertas à la noticia, y rastro de su viage; y de esta suerte caminando las noches, al Alva del tercero dia llegaron al fin de èl à un Lugar apacible de hasta quinientas casas, en quien al Levante de la Sierra vivia en razonable puesto un antiguo criado de su casa; el qual, admirado de su venida, y lastimado de la causa de ella, e resolviò à ampararlas con su misma familia; y haciendo por su mano empleos del dinero, y facilitandolos con su solicitud, passaban las poores señoras, aunque incomodamente, aquel honroso, y voluntario destierro, con menos zozobras, y temores; y esto con tan grande recato, y advertencia, que pudieron en breve, no solo grangear la estimacion del Pueblo, sino hacerse invisibles à quantos ojos las buscaron. Seis meses passarian en estos intermedios, quando sin pensar en tal acaecimiento, se viò en no pequeña inquietud, ni menos dessossiego la honesta dama, y mayormente siendo en la misma parte, que ella avia elegido para

su receptàculo, y custodia; pues por lo menos fuè hallar debaxo de las proprias almohadas de su cama, un villete amoroso: sucesso, que no tan solamente la dexò turbada, mas aumentò su pena, y disgusto, tanto por el cuydado de otro peligro semejante al passado, quanto por presumir de las razones del papel, y de la ignorancia de su dueño, que su casa misma, ò al menos de algun criado della nacia la terceria de aquel atrevimiento. Y assi, estimando esta sospecha en mas, que su pesar sin esperar mayores lances, tratò de mudar casa, y con escusa honesta, dexar la de su criado. Efectuòse todo, y pareciendola, que aun no estaba segura, no bolviò en muchos dias à salir à Missa, ni la vieron en puerta, ni ventana.

Olvidabaseme escrivir la continencia del villete, y el fin à que se enderezaba; el qual, si lo leyò Doña Elvira, no fuè tanto curiosa, quanto cuerda, y prudente, juzgando convenir à sus cosas el entender, y prevenir qualquiera inconveniente; y assi, con semejante pensamiento, abriendole, viò, que decia estas palabras:

Mi buena suerte, ò mi mayor desdicha (porque uno, y otro pongo en vuestras manos) me traxeron, avrà quarenta dias, à passar mis estudios à esta Aldea, seguro de que en el sossiego de sus soledades pudiera hallar ocasion, que inquietàra mi alma, y divirtierà mis sentidos, de suerte, que adonde presumi salir aprovechado en la facultad, que professo, he aprendido otra nueva doctrina, otros documentos de amor; y en vez de repassar leyes del Reyno, passo en la tyrania de las suyas amargas horas, y desconsuelos sin medida. Esta suma aflicion, y barruntos bastantes de vuestra nobleza, y honestidad incomparable, animaron este atrevimiento; si bien de lo primero no pretendo remedio contra vuestra honra; y de lo segundo, aunque soy Cavallero, puedo decir, que aun me juzgo por indigno de vuestra sombra; y de suerte reconozco esta verdad, que ni por noble sangre, ni por generosa humildad, siento sugeto, que os merezca; con que yo mismo vengo à ser el castigo de mis libres ojos, y un abrasado estio de mi corta esperanza; pero no obstante, estarà à todos vientos perdurable mi fee ò yà haciendome el Cielo dichoso en vuestra gracia, y respuesta, ò yà dexandome consumir en vuestro olvido, è indignacion.

D. Juan de Zuñiga.

ESte discurso breve, y amoroso, y aun igualmenre cortesano y humilde, con la segura oferta, hicieron en el honesto acuerdo de la dama tan ruin efecto, que antes puedo afirmar, sintiò la traza de su arrojamiento, como si se le huviera hecho una afrenta: y assi atribuyendo à algun descuido de sus ojos, ò alguna mengua de su recato, aquella libertad, repri-

primiò sus salidas, acortò sus passos, y cerrò sus ventanas, hasta que despues de quatro meses, pareciendo, que yà el incognito amante avria buelto à sus estudios, se dexò vèr del mundo, dando mas luz sus ojos desde aquel pobre alvergue, que los rayos del Sol desde su esfera. Saliò à Missa el disanto, llevando tràs de sì las almas, y dos mil bendiciones de aquellos rusticos; y finalmente sin pensar, en la Iglesia (porque muy de pensado se le avia puesto enfrente) viò de repente un mozo tan gallardo, y bien hecho, que pudiera hacer ruido en la Ciudad, quanto, y mas en una Aldea, en quien no solo el havito, mas el rostro agradable, hacia la misma diferencia, que el lucero à las demàs estrellas; arrebatòle un espacio la vista su presencia, y tanto, que quando cayò en su desmàn, de empacho, y verguenza cubriò el rostro de nacar, y el manto hasta los pechos; pero aunque de su parte diò carcel al deseo, la novedad solicitaba à los ojos, y estos à la voluntad, y no sè si tambien anduvo inquieta el alma, y aun deseosa de que fuesse el dueño del papel referido semejante sugeto; mas con aquestas dudas, y su acostumbrado encogimiento, se bolviò à su casa, no obstante, que temandola primero la buelta de la calle, antes de entrar en ella, se le bolviò à ofrecer la misma persona, y haciendo con la gorra, y pecho humildes cortesias, de que aun mas bien pagada Doña Elvira, en recompensa levantò un poco el manto, y el galàn prosiguiò su camino, dexando aquel pecho de marmol con unos calor frios, que si no procedieron de amor, al menos creo que se inclinaron algo de su parte, porque lo que hasta entonces no le avia sucedido, comiò poco gustosa, y durmiò sin sosiego, y no solo aquel dia, sino otros quinze, que forzando animosa à sus propios deseos, quiso con remedios tan graves morigerarlos, y rendirlos, si bien al cabo ella se hallò vencida honestamente, y sobre todo ignorante en la causa. O quantos razonables discursos propuso en este tiempo! Quantos protestos castos! Quantos honrosos medios! Y con quantá facilidad, tomando unos, y tripulando otros, quando quiso valerse de consejo, se hallò imposibilitada dèl; porq aunque mas deseò reprimir sus ojos, bolviendo otro disanto à el mismo sacrificio, no solo la fue casi imposible, mas aun diò avilantèz aquel mancebo, para que al bolverle à su casa le arrojasse dissimuladamente en sus umbrales un villete, el qual alcanzado de ella, si en conociendo, que era la propia letra del passado, la pidieran albricias, diera su corazon, aunque no sè si yà se le hallàran en el pecho, porque los efectos presentes tyranizaban, y oprimiã

lo mejor de èl. Holgòse sumamente Doña Elvira, coligiendo que el Cielo tan à su honra, y condicion honesta abria la puerta à su remedio, pues siendo tal la calidad del sugeto, y segun lo ponderado en el papel de aora, y el passado, no podia codiciar su limpio intento cosa mas aproposito, dueño mas à medida de su deseo; y assi, antes de darle el menor favor, ni de imaginar la respuesta, llamando aquel su criado antiguo, y consultando el caso con su madre, propuso al uno, y otro, la pretension de Don Juan de Zuñiga, y advirtiòles en sus dilatados desdenes, enseñò los villetes, y el fin de su demanda, que era su casamiento, con lo qual, dexandose informar del criado, que muy bien conocia al Cavallero, sabiendo que lo era, y natural de Ubeda, hermano de cierto Mayorazgo, alimentado razonablemente, y las grandes esperanzas de sus estudios, con mas sano consejo que hasta entonces, acordò por buen medio el que para remate de sus trabajos la ofrecia su ventura, y assi con semejante presupuesto se dispuso à escrivirle, digo responderle estos breves renglones.

Doña Elvira à Don Juan de Zuñiga.

LA primera vez, que para escrivir à hombre humano he tomado con voluntad la pluma, quisiera mucho (señor Don Juan) que creyerades es la presente, y juntamente, que segun exquisita novedad, estimarades el servicio que os hago, si bien antes de agora no ha sido pequeño en conformidad de mi encogimiento, y recato, el aver leido muchas veces vuestros papeles, y aun el credito que he dado à sus razones. Y assi, pues yà sabeis estas verdades de mi pecho, y no ignorais, que soy tan rica de calidad, y buena fama como pobre de bienes de fortuna, agradandoos tal dote, madre tengo, y vos deudos, y hermanos que dispongan lo demàs, encomendadlo à ellos, pues ni mi estado pide otra cosa, ni à vos es està à cuento querer mas que saber lo que intentais con mi gusto.

El papel referido tuvo D. Juan la misma tarde, porque poco cuidado bastò à ponersele delante, valiendose al passear la calle de su propria licion; con que fuera de si en leyendole, estuvo para hacer estremos locos, y en conclusion para abreviar con ello, tales rèplicas, demandas, y respuestas huvo de por medio, que Doña Elvira se dispuso à hablarle, y con tan gran favor; si à Don Juan suspendian algunos inconvenientes (porque realmente quisiera que el casarse, y las nuevas llegàran à su hermano à un mismo tiempo) facilmente quedaron atropellados, haciendo al punto, que dos criados suyos, huyendo el cuerpo

à

à Ubeda, se partiessen à Cordova, y en ella previniessen las galas, preseas, y joyas mas precisas al caso; de adonde resultò todo su daño, y el saberlo el afligido, y enamorado Don Diego, porque quiso su suerte, que el Oficial a quien lo encomendaron acertasse a ser, no solo el mismo Sastre de su casa, y persona, sino uno de aquellos, que por orden de Don Garcia salieron a busca de Doña Elvira; y assi apenas oyò agora de los necios criados el nombre, señas, y casamiento, quando con la mejor noticia del lugar diò aquella nueva alegre, à quien se la pagò tan bien, que quedò rico. Bien pienso, que se podrà creer, segun lo referido, que si à tan impensado sucesso no acabò el tierno amante de perder los sentidos, ò seria ayuda milagrosa, ò hallar templado su gusto, y alegria con el desconsuelo de las futuras bodas, aunque este essencial punto mas le irritò el espiritu, que le acrecentò la voluntad, porque esta no podia subir à mayor altura, ni su zelosa rabia levantarla de punto: y assi desde aquel mismo en que tuvo el aviso, llamando à Don Garcia, y à doze hombres, arrancò posta, resuelto à no dexarse morir como amante cortès, sino quitarsela por fuerza à quien se le opusiesse.

En este interin como en negocio hecho, y por escusarse de mayor nota, las mas noches entraba à verse con su dama Don Juan, si bien nunca estas vistas passaron los limites honestos, ni aunque èl lo pretendiera, ni aun tomarla una mano, si viera de otra cosa que perder à Doña Elvira, y caer para siempre en su indignacion; con lo qual en conversacion amorosa, dulcemente entretenian las horas, que sus criados dilataban la buelta; valiendose para aquellas entradas, y visitas de medios, que escusassen escandalos, y que sin intervencion de terceros guardassen mejor que ellos el secreto.

Llegò, pues, en esta coyuntura Don Diego, y su compañia, que à tardarse algo mas, hallàra hechas las bodas, de quien apenas se apeò en una posada, quando creyendo el huesped, que venian combidados, les dixo, aun sin preguntarselo, la casa de su dama. Cenaron luego con tan cierta noticia, porque aunque era bien cerrada la noche, no tenian la hora por conveniente: mas como el corazon de Don Diego no sossegaba aun con el bocado en la boca, dexò à su gente prosiguiendo la cena, y bien agenos de imaginar lo que hizo, que fue tomar las señas, y sin mas compañia hacerse explorador de la aventura, y no con otro intento, que hurtar sus deseos, y aun sus ojos, viendo, y tocando los umbrales que pisaba su empleo, y las paredes altas que ocultaban su luz; y assi discurriendo à tiento de una parte à otra al

bolver de una esquina sin pensar le tocò en el rostro, y parte de la vista una cinta que colgaba de una ventana de reja, à la qual movido, tanto mas de su proprio enfado, que de lo que resultò, apenas dan lola con la mano tirò de ella, quando se assomò una muger, que en baxa voz le dixo, que esperasse à la puerta, de cuya novedad admirado, y confuso, juzgando, que no solo en las grandes Ciudades se hallabau semejantes sucessos, suspendiendo el que mas le importaba, sin mas acuerdo se acercò à la puerta que yà estaban abriendo; y aunque de la parte de adentro se divisaba una pequeña luz, atropellando por todo se arrojò al zaguan, en quien no diò tres passos, quando se hallò casi en los dulces brazos de su dama, en la deseada, y hermosa presencia de Doña Elvira, la qual conociendole assimismo, no tuvo esfuerzo, ni animo para moverse, sì bien, aunque turbada, y ciega, diò voces, à que despertando Don Diego como de un pesaco sueño, conociendo ser ciertas sus sospechas, y zelos, quedò mas desmayado que la ocasion pedia, y aun de lo que fuera menester, segun el peligro en que se viò; porque como el uno, y el otro con su impensada vista olvidaron la puerta, aun no avia dado Doña Elvira dos gritos, quando se entrò por ella un hombre con tan grande alboroto, y inadvertencia, que huviera de dàr de ojos con Don Diego, al mismo instante que su furor zeloso estaba en terminos, que à tardarse el socorro, diera de puñaladas à su dama, que conociendo aora su esperado dueño, digo al galan D. Juan, à quien yà respetaba como à esposo, con nuevo aliento se amparò de su lado, tratando el defenderse, y defenderla tan venturosamente, que no solo retirò hasta la calle à su contrario, mas en tanto que cerraba Doña Elvira las puertas, le diò algunas heridas tā peligrosas, y crueles, que à no llegar entonces Don Garcia, y su gente, que le andaba buscando, dexàra el buen Don Diego entre sus manos, y armas la vida, y pensamientos. Y sì bien aunque huyēdo Don Juan tantas ventajas, se puso en cobro, no fuè tan à su salvo, que no llevasse juntamente que curar muchos dias; no obstante que al bolverse los que le avian herido, hallaron à su dueño tan desmayado, y herido, que cargandole à ombros, les fuè preciso suspender su venganza; y tratar muy apriessa de su vida, y de su alma.

Corriò, aun à aquellas horas la voz de este sucesso por todo el Lugarcillo, y assimismo, sin poderlo escusar, la ocasion, y el personage herido, con que otro dia, no solo no quedò hombre con hombre, pero llegò hasta Cordova la nueva.

Don Juan entendiendo la verdad

dad, mal curado, y peor prevenido, no se hallando seguro, mudò de tierra, y aunque no los pensamientos amorosos, perseverante en ellos, tanto como satisfecho en la integridad, y pureza de su querida prenda, no el atrevido, y loco intento de su opuesto, bastò à menguar un punto su aficion, ni à desacreditarla en su pecho. Fuera de que à esta sazon, ya èl sabia los infructuosos cuidados de Don Diego, y juntamente las peregrinaciones, y trabajos de su honrada resistencia; y assi aunque el peligroso estado de tal sucesso le metiò en Portugal, y despues el saber que alli le buscaban la muerte, le sacò à vagar por el mundo, siempre amartelado; y no pienso que en ausencias tan largas (aunque en su correspondencia huvo olvidos, y grande intermission) fue menos deseado, y aun llorado por Doña Elvira, à quien bolviendo à nuestra historia, sin respetar su sangre, y su decoro los villanos Alcaldes pusieron guarda, y en sõ de presa la asseguraron en su casa hasta que respecto de tan gran Cavallero, aun sin pedirlo èl, de Oficio embiò la Audiencia Real, à la averiguacion de sus heridas: para lo qual, y para la comprobacion de otros indicios, llevaron a ella, à su madre, y criada à Cordova, adonde sabido por D. Diego, à quien primero avian traido en una litera, como ninguno mejor entendia su inocencia, cargando en si la culpa de todo, no solo las hizo dàr por libres, mas con declaraciones, y protestas honrosas, bolviò por su opinion, y buena fama; si bien esta, aunque faltàra semejante diligencia, no padeciò nunca detrimento, antes enmedio de tribulaciones tan graves, permaneciò intacta, y durable, y al peso que las unas crecieron, luciò mas su verdad, y se actisolò con mayores quilates su constancia, y firmeza.

Con la publicidad à que se reducieron tales negocios, fue forzoso entenderlos la noble, y generosa Doña Aldonza, de quien no obstante (agassajado, y recibido su distraìdo esposo) mientras con paciencia Christiana trataba de curarle, dispuso tambien, con gusto, y beneplacito de Doña Elvira, y su madre, su mas segura vida, y su mayor comodidad, y consuelo. Y assi alimentadas con mano liberal, y piadosa, se encerraron en un Convento, resueltas à esperar el fin de sus infelices bodas, y al dueño que avia escogido para esposo, ò acabar unas, y otras con su clausura sus persecuciones, y vida: Mas ni tan sano acuerdo fue de importancia, porque ni la prudencia, y sufrimiento de su santa muger, ni los consejos de sus deudos, y amigos, bastaron à que en convaleciendo Don Diego,

go, se escusasse de bolver à su amorosa tema, y con deseos tan vivos, y nuevas fuerzas, que parece cobraban mas vigor en sus mayores resistencias, y que competian en inmortal pelea, dos afectos tan poderosos, y contrarios: el desdèn, y aborrecimiento de su dama, y su incurable amor, y voluntad. Y assi entendido el lugar adonde estaba, renovando las passadas fiestas de sus casamientos, no huvo dia en quien la plaza del Convento no sirviesse de teatro à sus invenciones, à sus mascaras, y regocijos, y otros publicos juegos, con que no solo turbò la paz, quietud, y recogimiento de aquellas mugeres, sino que juntamente las obligò, à que advirtiendo el descredito de su Religion, y el escandalo de la Ciudad, lo remediassen con sacar de su compañia la ocasion. Con que las afligidas señoras con lagrimas del alma, y pidiendo venganza de sus injurias à los Cielos, se huvieron de recoger à su antigua morada, resolviendo en su pecho Doña Elvira, morir con varonil animo en ella, antes que bolver à mas peregrinaciones, ni verse por D. Diego escarnecida.

En estos tiempos aviendose passado despues de las heridas tres años, y aviendo en el primero de ellos aportado Don Juan de Zuñiga à Bolonia, y tenido diferentes sucessos, de tal suerte, llevando adelante sus estudios, aprovechò en ellos, resplandeciendo su ingenio, y letras, que sin contradicion, por comun voto llegò à ser su concepto el mas calificado, y su opinion, y jurisprudencia, la primera silla de aquella insigne Universidad; y tanto, que yendo en la misma sazon la Magestad de Carlos V. à celebrar en Bolonia el acto solemnissimo de su Coronacion, teniendo de tan gran sugeto larga noticia, y queriendo servirse de èl, le entretuvo consigo hasta venir à España; si bien antes de aquesto sucedieron en Cordova cosas notables, porque prosiguiendo todavia Don Diego en sus locos devaneos, sin un minimo alivio, ò esperanza de fruto en tantos años, corria ligero el curso de su vida, engañando sus penas, y divirtiendo sus passiones, con passear la calle, con besar las paredes, y rexas de su dama, sin que el erizado, y prolixo Invierno, ni el abrasado, y seco estio pusiessen limite à tantos desconciertos. Estaba entonces la Ciudad, y aun lo restante de España, sumamente afligida, y sumamente apretada de una peste mortal, que inficionando el ayre, la circundò con estrago cruel, y lastimoso, y assi pocas, ò ninguna casa se libraron en Cordova de esta plaga, y azote; y no obstante, sin temor seguia Don Diego su carrera; cifraba, como dixe, su confue-

fuelo mayor en sus passeos, en quien bien de ordinario, yà con la diversion de su platica, yà con el gusto de su compañia, ayudaba su amigo Don Garcia, no aviendo dia, ni hora, que no diessen mil bueltas à la casa de la honesta doncella: cuyas puertas, aunque siempre estuvieron con recato, y clausura, pareciendoles que en aquesta sazon casi tres dias continuos las hallabã en una misma forma; notando tales muestras con mayor advertencia, no solo confirmaron sus dudas, mas de ellas, y del silencio grande, y sobre todo del no salir persona, ni oirse, ni entenderse indicios, ò barruntos de que la huviesse dentro, presumieron otra segunda ausencia, otra impensada fuga, ò semejante determinacion à la passada: con lo qual como realmente al afligido amante no le avia quedado otro alivio, otro refrigerio, y descanso, viendo perdido aqueste, no ay ingenio que pueda encarecer sus ansias, sus congojas, y penas; hablò mil desatinos, dixo mil tristes lastimas, llamò à voces su dama, injuriò su fortuna, y finalmente llorò con tiernas lagrimas sus rigores crueles, y sus resoluciones ingratas, y tal le viò su amigo, tal le considerò, que movido à lastima, ò regido de otra superior causa, deseando aplacarle, procurò juntamente, no solo hacerle creer la presumpcion por falsa, sino que sin quexarse à los vientos, ni hacer mas fundamento en esperanzas, entrassen en casa de Doña Elvira, y acabassen (hallandola) por fuerza, lo que tantos suspiros, congoxas, y tormentos, no avian de grado conseguido: y assi con tan vivo incentivo alentado Don Diego, en siendo mas de noche, con dos linternas facilmente penetraron la entrada por una puerta falsa, que à pocos golpes abromada de el tiempo, y de su ancianidad, se dexò franquear; y con aquesto rodeando los patios, no hallando tan fragil resistencia en otra, que de ellos subia à los corredores, sirviendoles de escalas sus pilares, en un punto uno, y otro se hallaron alla arriba; mas no oyendo rumor, ni viendo que aun del suyo con ser bien grande resultaba alboroto, perdiendo la esperanza, y bolviendo à su tema, se quisieron salir por donde entraron, y sin duda lo hicieran, si entonces la curiosidad, y frenesì del amartelado Cavallero, deseando vèr el aposento (ò segun èl decia, el relicario, y lecho de su dama, aquel testigo mudo de su mas secreta hermosura) no les passàra adelante, hasta que atravessando dos tan despejados, como crecidos aposentos, al entrar al tercero, casi les huviera suspendido largo espacio el ayre contagioso, y ardiente que salia de èl; mas con todo animados, arrojandose dentro,

tro, apenas diò la luz de las linternas alguna claridad, quando en pobres, y diferentes lechos miraron desmayadas, ò en terminos de muertas à la hermosa Doña Elvira, à su madre, y en un colchon algo distante de ellas, à su fiel criada; si bien esta, como de natural mas robusta, con algun acuerdo.

No ay duda, sino que semejante espectaculo, vista tan lastimosa, y nunca de Don Diego imaginada, haria en su pecho sangrienta operacion, pues es cosa cierta, que teniendo librado su gusto, su alegria, y su mayor riqueza en la vida, y salud de esta muger, aun estando en su desgracia, aun siendo su cuchillo, oy que à su parecer la hallaba muerta, sin cura, sin regalo, y aun sin una mortaja, que avia de ser gran de su pena, y grande su valor, pues pudo resistir golpe tan duro.

En este medio, aviendo Don Garcia, mas libre de passion, llegado à Doña Elvira, y su madre, hallandolas con pulsos, y teniendo por cierto, que el humor pestilencial las tenia en tal estado, y su pobreza, y falta de remedio en semejante peligro; advirtiendo à Don Diego, dexando el llanto, sin mayor tardanza el uno fue por Medicos, y lumbre, y el otro por personas, que assistiessen à su cura, y regalo, dando el amante à todo tan facil expediente, como el caso, y su aficion pedian; y con tanto, dexando à la criada cantidad de dineros, sin saber Doña Elvira por entonces, quien en tan grave aprieto avia sido el restaurador de su vida, se bolvieron à sus casas; y ella, y su madre recobrado el sentido con los muchos remedios, y eficaces antidotos opuestos al veneno, juzgaron su mejoria por sobrenatural, y su regalo, y cura por milagrosa; y aunque con justa razon debieron assi atribuirlo, todavia de la misma criada entendieron las segundas causas, y el brazo piadoso con que assi se avian dispuesto; si bien, ni el verse dos veces (digamoslo assi) resucitada por una mano, por un sugeto mismo, pudo trocar su pensamiento, ni mudar su intencion en esta; porque aunque es verdad, que agradecida, y con pecho obligado reconocia tan grandes beneficios, primero se dexàra herrar el rostro, vender por esclava, y primero ofreceria dos mil veces su vida, por salir de tal deuda, que rendir su firme voluntad al ciego, y torpe fin de sus deseos.

Bien presumo, que muchos, oyendo entonces dureza semejante, y aora leyendo tan admirables pruebas del amor de aqueste Cavallero, disculpàran sus yerros, y aun culpàran en su dama tantas ingratitudes; y no me admirarè, porque los hombres assi juzgamos el fondo de las cosas, presumiendo de las virtudes, vicios; y de la perseverancia, y pureza, te-

ma,

ma, y locura. Llegò, pues, esto à tanto, que aun de su misma madre, de su fiel criada, vino à ser persuadida, y aun à ser reputada por ingrata. Tal es el imperioso brazo de un interès, y de las buenas obras recibidas, pues aun disponiendose à malos fines rinden las voluntades, y echan duras cadenas al mas libre, y prudente juicio.

Mucho se temiò Doña Elvira viendo blandear à su madre, y criada, y con justa razon, porque enemigos tan caseros, golpes tan continuados, avisos tan secretos, y guardas tan sobornadas, no ay que pensar, sino que una vez, ò otra avian de dàr entrada à su contrario, y con ella al traste con su honra, y assi de nuevo cuidadosa, y solicita, apenas se viò convaleciente de su mal, quando se hallò rodeada por tan graves temores, que para que mas se acrecentassen, y la causa creciesse, no pararon en las que he referido sus obligaciones, ni las generosas obras, y beneficios de su amante, porque sobre la plaga pestilente, de que no se via libre aquella Ciudad, la castigò el Cielo con otra en su tanto mayor, con una hambre general, con una carestia espantosa; que assi aora se caian los hombres por las calles hambrientos, como poco antes por el contagio, y pestilencia. Es muy ordinario seguirse à esta semejãte desdicha, y assi hallandose Doña Elvira en igual trabajo, su madre con el discurso de los dias pereciendo, y su criada sin alientos, ni fuerzas, passandose los dos, y aun los quatro sin comer, y los mas con muy fragil sustento, vino à descaecerse, y cõsumirse la virtud natural, de suerte que sus cuerpos en breve termino se bolvieron anatomias de huessos, y esqueletos descarnados. Y como el tierno amante, aunque sabia sus aprietos, tenia cerradas las puertas para remediarlos, porque aunque la passada cura se dispuso por los mismos Medicos, ella corria aora por la posta à la sepultura, y su pobre madre, y criada, los mismos passos, sin querer dàr lugar, no digo à su deshonra (que aun tanto daño pudiera reprimirla) sino à un solo bolver blandos los ojos; y digo menos, à una ligera permission, pues bastàra esta para salir de mayores trabajos, y para que Don Diego la entregàra su hacienda.

En conclusion, firme en morir rabiando, antes, que verse deshonrada de sus lascivos lazos permaneciò en su dureza Doña Elvira, hasta que cediendo à sus ayunos, y vigilias el flaco, y tierno espiritu, mirando morir su triste madre, y su criada perecer, con lastimosas lagrimas, y suspiros celebraba sus exequias, y muerte. Mas à esta misma hora, que serian las onze de la noche, como nunca la mano liberal de Dios

fal-

faltò en el mayor aprieto, en la mayor necessidad, estando, como he dicho, esta constante, y famosa muger, oyò un grande golpe, que à su parecer avia sonado en otro diferente aposento, cuyas altas ventanas caìan à una calle escusada, y sin salida, y con un varonil esfuerzo, animandose lo mejor que pudo, y tomando una luz, guiò con su madre, y criada àzia aquella parte; mas aunque su valor procuraba alentarse, todavia corazon mugeril, turbada, y temerosa, llegò al aposento, en quien, en vez de algun vestigio, ò sombra, hallò enmedio de èl un costal grande, que abriendole al momento, para su desdicha, y miseria fue tierra de promission, y una oficina llena de apacibles conservas, de carnes adobadas, de cecinas, y empanadas diversas, con lo qual, y un bolsillo de quinientos escudos, remediaron no solo la presente necessidad, pero el reparo de otras cosas forzosas; y assi no queriendo la dama inquirir tan nuevo modo de milagro, sin hacer sobre èl discursos, ni quimeras, diò al Cielo muchas gracias, y su madre, y criada, aun sin saberlo cierto, juntamente mil bendiciones al piadoso Don Diego: el qual no pudiendo soportar con su alma vèr mas padecer al dueño hermoso de ella, aunque dilatò tan buena traza, presumiendo rendirla por hābre, al fin èl se huvo de vencer primero, y con dos escaleras bien ligadas, por ser la ventana muy alta, con un criado y su mayor amigo previno este milagro à tiempo, que à suspenderle un dia, se hallara sin su dama, y ella desesperadamente sin vida.

Hasta este punto, y ocasion pudo seguir su madre, y aun perseverar en su honrada opinion mas agora governando, echò por diferentes rumbos, y siendo la criada del mismo parecer trazaron entre las dos, con notable secreto, la satisfacion, y premio de tantos beneficios, y el assegurar sus aumentos para otra semejante desventura, y assi con semejante acuerdo, tomando por su cuenta el disponerlo, sin mayor dilacion se viò la criada con D. Diego, y con la misma, sin usar de preambulos, y figuras retoricas, en liso, y llano estilo, rindiò gracias humildes à tantas mercedes, à tantas buenas obras, y beneficios. Y passando adelante, culpando la entereza, y cruel condicion de Doña Elvira, su aspereza, y desdèn; de parte de su madre, y con su beneplacito, y gusto diò fin à su demanda, ofreciendosela liberalmente, con que èl, como noble, y generoso Cavallero, tomasse su remedio, y el darla estado por su cuenta. Tal fue el recaudo, y orden de la gentil criada, tal la resolucion de quien la governaba, y tal en conclusion, oyendo tan increibles, y no pensadas nuevas,

ras, el alborozo de Don Diego, que dudo mucho, y con razones justas, que segun he leido en autores diversos, pueda matar un subito contento, una alegria impensada: pues siendo esta tan grande, y superior à sus fuerzas, le dexò con la vida, y no assi como quiera, sino con mas vigor, y con mayores alientos.

Diò à la criada dos mil abrazos, y tràs cada pregunta repetido este estremo, no sabiendo como satisfacerla, aun su gran mayorazgo juzgaba por corta recompensa, y à su misma persona por indigna de tanto bien. En efecto, assentado el concierto, y assegurado un rico, y grande dote, al presente la criada bolviò con muchas joyas, y no menor promessa, y Don Diego, quedando previniendose, hizo llamar à Don Garcia, à quien loco, y fuera de si, diò parte de su gusto, y assimismo de como su entrada en casa de D. Elvira, avia de ser aquella tarde, y antes de anochecer.

Era este ultimo aviso, y prevencion de la criada, pareciendola que esperando à mas tarde, seria dificultoso meterle en casa sin advertencia de la yà sospechosa Doña Elvira, con la qual, igualmente gozosos los amigos, esperaron la hora; si bien como en D. Diego los muy cortos minutos fuessen años prolixos, aun antes de llegar dispusieron salida, entreteniendo lo restante de el tiempo en la Iglesia, y Parroquia de su dama, por caerles muy cerca, y aun casi enfrente de sus mismas ventanas, adonde passeandose por una hermosa nave, anduvieron buen rato confiriendo sus cosas; y desmembrando los diversos caminos por donde sin pensar se hallaba dueño de ellas. Assi era la cuenta que se hacia Don Diego, y en tiempo que la inocente corderilla vendida por su sangre, ò por mejor decir, destinada à tan detestable sacrificio, por ventura estaria con fervor, y lagrimas, pidiendo à Dios remedio. Veiase yà la afligida doncella perseguida de su madre, insistida de su criada, y finalmente de aquellas que tantas veces fueron su consuelo, y tantas el arrimo, y apoyo de su perseverancia, y no teniendo aora à quien bolver los ojos, fuerza era, que con mayor aliento acudiesse à su unico amparo, al verdadero Padre de los Huerfanos, al consuelo de los afligidos, y al siempre vengador de graves injurias.

Al fin, bolviendo à mi proposito, siendo las cinco de la tarde, y poco menos del termino aplazado, alegre el tierno amante, y su amigo contento, viendo llegar la hora con mas nuevo placer, de una buelta, y otra, dividian la espaciosa nave, ya haciendo breves pausas en su conversacion, y ya bolviendo à ella con

con donayres, y motes: quando enmedio de su mayor discurso casi impensada, y repentinamente parando Don Garcia, se quedò embelesado mirando al suelo, cosa, que advirtiendole con admiracion, y cuidado por su amigo, viendole assi pasmado le tirò del brazo, y de tal suerte, que como si despertara de un pesado sueño, assi le hizo bolver el rostro; y no parando aqui, oyendo que Don Diego preguntaba admirado la causa de su suspension, con nuevo espanto bolviendose à èl, le dixo: Como es possible, amigo, y compañero, que vos me pregunteis lo mismo que aveis visto? Acaso en este punto no os hallasteis conmigo? No veniades à mi propio lado? No os sucediò lo que à mi? O por ventura vivis tan sin sentido, discurris tan sin ojos, sumergido en vuestro ciego amor, que no aveis visto, oìdo, ni entendido, que al passar estas losas, estos marmoles, cubiertas de sepulcros, se han levantado con nosotros del suelo portentosamente? Yo colijo sin duda, que si este estupendo caso se os ha passado en blanco, ò he perdido el sentido, ò vos la vista, la memoria, y el juicio. Aqui, sin dexarle passar adelante, con descompuesta risa, gritos, y voces desentonadas, atajandole Don Diego, discurriò por la Iglesia, haciendo estremos tales, que qualquiera juzgàra se avia soltado de la cadena, ò casa de los locos: tales estremos ocasionò el assombro de su turbado amigo, con quien bolviendose à juntar con trisca, y burla celebraba las suyas, pues nunca attribuyò su mejor acuerdo à cosa semejante, y à un pienso, que oy estuviera en igual parecer, y Don Garcia, corrido del credito, y engaño de su presumpcion, si à esta hora mas sossegados, y quietos, bolviendo à su passeo, no se hallàran inopinadamente desengañados, y aun perdidos: porque apenas en el mismo exercicio, y à un con la misma risa, y desemboltura, quisieron juntos atravesar la losa, quando al poner los pies en ella, con horrible estampido alzandose con ellos, los arrojò como un trabuco, seis passos adelante, y luego, sin suspenderse alli el sucesso espantoso, mientras los dos se pusieron en pie, no sin horrible turbacion, vieron que del Sepulcro se iba poco à poco levantando un hombre, que en vez de la mortaja, vestia un havito Francisco, el qual destocando el rostro, y aviendo con sumission profunda reverenciado à los Altares, y Simulacros, bolviendose hacia ellos con tremenda voz, assi mirando al misero Don Diego, daba principio à las razones siguientes.

Hasta quando has pensado (ò

atrevido mancebo!)que avràn de ſuſpender los juſtos Cielos el caſtigo, y azote de tus deteſtables intentos? Haſta quando con tan graves ofenſas, y pecados has de irritar ſu tremenda juſticia? Teniendo juntamente lleno el mundo de eſcandalos, alborotada eſta Ciudad, y cubiertos de lagrimas, y miedos los ojos caſtos, y pecho virtuoſo de mi deſdichada, y perſeguida hija; pues aun no han perdonado en la proſecucion de tus torpes deſeos, y mi afrenta, hollar tus pies eſtas loſas, y marmoles, aſylo de mis hueſſos, y por tantas razones lugar digno de mayor reſpeto, y veneracion, buelve, buelve yà ſobre ti miſerable hombre, antes que tu perſeverancia deteſtable apreſure el caſtigo, para el qual, como oy ſe me ha permitido la amenaza, entonces ſe me cometerà la execucion de ſu ira, y tu ſatisfaràs en deſgracia de Dios ſiglos eternos el tiempo mal gaſtado de tu vida.

Aqui llegaba la temeroſa voz, quando ſin poder el animo, y valor de los dos Cavalleros eſcuchar mas razones, dieron conſigo totalmente en el ſuelo, y al miſmo punto, haciendo como al principio una reverencia humilde, aquel bulto eſpantoſo ſe bolviò à ſu lugar, cubriendoſe la loſa por ſi miſma con tan grande eſtampido, que no ſolo acabò de quitarles à los dos el ſentido, ſino que juntamente, ſu novedad, y rumor trujo al pueſto en que eſtaban algunos Clerigos, y otras muchas perſonas de la vecindad, que hallandolos en tan triſte eſtado, brevemente ſe eſtendiò ſu noticia por toda la Ciudad, y ſin poderlo remediar, aſsimiſmo à los oidos de la virtuoſa, y noble Doña Aldonza.

A eſta ſazon (aunque ſe me ha olvidado referirlo) no obſtante las inquietudes de ſu eſpoſo, eſtaba la afligida ſeñora preñada, y muy vecina à dàr luz con ſu parto al fruto, que eſperaba para ſoſſiego, y paz de ſu caſa, y marido; mas como las determinaciones, y juicios de Dios ſean tan inveſtigables, y ſecretos, muy al contrario ſe diſpuſieron ſus propoſitos ſiendo aquello ſin duda lo que mas convendria, porque apenas entendiò la afligida ſeñora la triſte nueva (pues indiſcretamente añadida, fue no menos de que avian hallado muerto à Don Diego en aquella parte) quando rompiendo la fuerza del dolor, y ſobre ſalto lo interior del pecho, abortò un hijo, y con tan grandes anſias, y mortales fatigas, que en breves horas rindiò el alma, y poco deſpues, con general ſentimiento, y lagrimas de toda la Ciudad, la ſiguiò el tierno infante, que quando el Cielo empieza à enojarſe, y ſentirſe, no ſuelen ſer menores los efectos de ſu ira; y aſsi juſta, aunque deſaſtradamente, començò

à experimentar D.Diego ſu eſpantoſo aviſo. El qual yà à eſta hora (que fue el ſiguiente dia) bolviendo en sì, eſtaba, aunque ignorante de tal pèrdida, en terminos de ſeguir à ſu eſpoſa, y no en mejor ſu amigo, porq uno, y otro en muchos dias no ſe levantaron de la cama, ſobreviniendoles tales accidentes que fue milagro eſcapar con la vida: y mas quando entendiò D. Diego los daños de ſu caſa, la muerte de ſu muger, y ſuceſſor, el perdido dote, y la falta de otras comodidades, y conveniencias que pudieran dàr al traſte con ſu ſalud, y aun con ſu ſufrimiento; mas como Cavallero Chriſtiano, reconociendo cuerdo, y humilde de adonde, y por què cauſa le venian tales azotes, proteſtando grandes enmiendas, y conformandoſe con la voluntad del Cielo, eſperò mejorìa, y convaleſcencia.

Aviaſe en eſte tiempo eſtendido, aun lo mas eſſencial del ſecreto, por toda Cordova, adonde en diferentes concurſos, y platicas, añadiendo, y acrecentando circunſtancias, ſe contaba con horror, y general admiracion; porque aunque ſe pretendiò encubrir por juſtos reſpetos, de adonde menos ſe eſperaba ſaliò en publico, y fue de la miſma caſa de Doña Elvira, en quien no quedandoſe ſin caſtigo ſu madre como mas culpada, le tuvo à la hora miſma, que à Don Diego le vino, apareciendola otra ſemejante ſombra, que la dexò no menos mortal, mas antes llena de horribles miedos, y tan eſpantoſos temores, que dieron con ſus quexas con ſu cura, y poco animo al traſte con el juſto ſecreto, haciendo patente el caſo la culpa, y aun ſu ruìn determinacion. Si bien tocado de mas ſuperior brazo, atendiendo D. Diego al remedio, y ſatisfacion de tan grandes eſcandalos, y quiebras, reſuelto à darla, propuſo à ſus deudos, y amigos ſu ultima voluntad, y aplaudida de todos, aunque todavia indiſpueſto, aſsignò para el ſiguiente dia à eſta junta ſu execucion, y el hacer notorio al mundo el remate de ſu amor, y deſeos: pues era no menos que llenar el vacio de la difunta, y noble Doña Aldonza, con la invencible, caſta, y virtuoſa Doña Elvira; y aſsi acõpañado de lo mas generoſo, è iluſtre de aquella nobiliſsima Ciudad ſin dàr aviſo de eſte intento à ſu dama, porque quiſo, que la prevencion, y el hecho la cogieſſen à una, guiò à ſu caſa, adonde aunque pensò hallarla en el recato, y ſoledad que ſiempre, no aſsi le ſucediò, antes muy llena de alboroto, las puertas principales abiertas, la calle con quatro coches de camino, literas, azemilas, y recamara, y finalmente el patio, y corredores con muchos criados de librea, Alguaciles con varas, y todos foraſteros, y de ninguno cono-

no-

nocidos; cosa, que sobre tantos sobresaltos, y penas, dexò à Don Diego suspendido, y à su compañia en duda, y confusion.

Creciò este escandalo, quando entendida la causa se supo la verdad, pues era por lo menos venirse à casar con Doña Elvira, no menos, que un Ministro gravissimo, de uno de los principales, y superiores Tribunales de España: y no fue tan grande este cuidado, ni sentido de Don Diego con tan largos estremos, como quando apoderandose el caso de apearle, y de saber, que era su antiguo cópetidor, el que le sacò tanta sangre del pecho, y finalmente Don Juan de Zuñiga, cuyos grandes estudios, y partes, traian por primicias aquella plaza, y otros acostamientos generosos del Cesar Carlos Quinto: con que acabando su colera de ponerse en su punto, acrecentandola su celosa rabia, diò à los circunstantes parte de todo, y juntamente de su justa venganza, y resolucion; y aunque algunos quisieran, que estando en tales terminos las cosas, se guiaran con mayor cordura, como el pecho abrasado de Don Diego, no estaba yà para admitir consejos, siguiendo el suyo, entraron en la casa de Doña Elvira, que bien agena de semejante novedad, alegre, y gustosamente recibia entonces, si yà no por amor, por ultimo remedio de sus males al que en Don Juan le ofrecia su fortuna; mas como aun no estaba esta cansada de afligirla, quando pensò haverla puesto un clavo, viò en terminos de perderse su casa, y honra, porque sin guardar otro mejor decoro, otro respeto, à pesar de Don Juan, y de toda su gente, la hizo meter en una silla; y diciendo, que llevaba à su muger, mandò guiar con ella à su posada, aunque esto se hiciera, no sin algunas muertes, y mayor dificultad: porque determinandose Don Juan à resistir tan descarada injuria, animado con la autoridad de su oficio, comenzaba una muy terrible sedicion, si à este tiempo no la atajàra el Corregidor, que avisado de todo, y siendo un grave, y prudente Personage, su blandura, y respeto mitigò à Don Diego, dando lugar à que su pretension tuviesse mas justificacion, y assi de su consentimiento fue puesta la hermosa dama en un Convento, adonde por terminos juridicos conociò el Eclesiastico de la causa, y sus impedimentos, no obstante, que teniendo tanto poder Don Juan, diò parte de su agravio al Consejo, que proveyendo en ello como mejor convino, remitiò orden particular, para que sin embargo de lo actuado, y escrito, el Corregidor pusiesse en libertad à Doña Elvira, para que con ella, y sin perjuicio de los dos pretendiétes, pudiesse en su presencia elegir à su voluntad, quien de ellos

mas bien le estuviesse; y assi no atreviendose el apassionado Don Diego à pervertir tan estrecho mandato,perdidas totalmente las esperanzas de buen sucesso, huvo mal de su grado, de obedecer, y assistir, aunque por cumplimiento,aquel acto; el qual,no sin gran de concurso de la Ciudad, se dispuso en su casa del Corregidor, adonde sacando èl por la mano à la honestissima doncella, alli en publico la propuso la orden, y juntamente la dixo hiciesse su eleccion; con que esperandola todos los circunstantes, pendientes de su boca, cubierto el rostro de virginal verguenza, buelta à Don Juan de Zuñiga, diò principio à este breve discurso.

Aunque en esta ocasion pudiera justamente quexarme de vuestro largo olvido, y corta correspondencia, y aun del aver acordadoos mas de vuestros acrecentamientos, que de mis grandes persecuciones, y trabajos, todavia no es mi intento Don Juan, contradecir el vuestro con semejantes causas, pues ninguna fuera suficiente, ni escusàra el ser vuestra esposa, à no tener delante el mayor exemplo de amor, y perseverancia, que vieron los mortales, y à quien no una, sino tres veces debo la vida, y no solo la vida, mas assimismo por mi propria ocasion (aunque sin culpa mia) la pèrdida de sus mejores prendas, de su santa muger, de su hijo, y hacienda, cosas por cierto indignas de ingratitud, y por quien con justissima causa pudiera el mundo desestimarme, y aborrecerme, si yà en terminos tales yo faltare à tantas obligaciones, y deudas, à que vos no aveis de dàr lugar por las muchas vuestras, ni menos yo he de quitar à Don Diego el premio, y galardon que merece. Y passando adelante,sin esperar respuesta,cubiertos los ojos de aljofaradas lagrimas, abrazando à Don Diego prosiguiò luego su oracion, diciendo: Vos sì, dueño, y señor mio, debeis serlo tambien de mi alma, y à vos, en contrapuesto de todo el mundo, eligirà mi boca, y obedeceràn mis sentidos, mientras me durare la vida. Y sin poder proseguir,atajada del aplauso y voces de los presentes,de la verguenza, y disgusto de Don Juan, de los estrechos lazos de su nuevo esposo, cessando su discurso, comenzò el de sus alegres bodas, en cuya prosecucion el opuesto amante corrido, y no poco afrentado, prosiguiò su jornada, y Don Diego alcanzò el fin deseado de su larga, y bien resistida voluntad.

PACHECOS, Y PALOMEQUES.

HISTORIA QUARTA, SUCEDIDA EN TOLEDO, con el origen, fundamento, y antiguedad de esta Imperial Ciudad.

LA Imperial Ciudad de Toledo, Corte, y Silla Real de los mas esclarecidos Reyes Godos, y al presente Trono magestuoso del Perlado Mayor de las Españas, digo de su Primado Cardenal, y Arzobispo: tienen sus fundamentos tan venerable ancianidad, que casi en ellos, ò su mejor noticia, hemos de proceder mas por conjeturas que evidencia notoria. De ella hacen mencion bien singular Titolibio, Ptolomeo, y Plinio, poniendola en la citerior Tarraconense, y en la Provincia Carpentana: todos tres gravissimos Autores, y que ilustran sus glorias, sus victoriosos triunfos, y su inmortal memoria, con aplauso tan digno, que pudiera su sola autoridad, su respeto solo, hacerla conocida, y famosa entre las mas inclitas, generosas, y opulentas Ciudades del mundo; y assi, no sin muy justa causa por infinitos siglos, y por edades largas, adquiriendo con sus grandes empressas, con su valor altivo, con su riqueza inmensa, el titulo grandioso, el renombre Imperial, la magestad insigne de sus augustas armas, las coronadas Aguilas de sus insignias, ha merecido conservarle juntamente, y casi dende sus primeros principios.

De los quales, con singularidad, y atencion han escrito libros copiosos muchos autores nuestros: digo naturales de España, y aun hijos propios de esta Imperial Ciudad: si bien uno de ellos, y no el menos autentico, el docto Arzobispo Don Rodrigo (no sè en què se fundò) dandola à Tolemon, y Bruto por Fundadores, quiso defraudarla de muchos siglos de ancianidad, y origen, aunque otros que le investigaron profundamente, han afirmadò, y dicho, que fue edificada por los Griegos, y su valiente, y magno Capitan Hercules Libio, ayudando no solo à esta opinion la fuerza de la tradicion que en su famosa cueva oy se conserva, mas aun la misma diccion, mudando algunas letras, le testifica: porque *Ptolierhron*, palabra Griega, lo mismo significa que Ciudad.

Otros no sin grandes desvelos, dicen, que un Ferrecio, insigne Astrologo, y Griego, conociendo por el benigno aspecto de sus Astros, que avia de ser tal sitio felicissimo, la fundò, y dedicò su cueva à Hercules, como à Deidad de su adoracion, muchos años antes del Nacimiento de Christo.

Diferente opinion sigue Garivay, alegando otros, y se resuelven, en que los Exercitos de Nabucadnecer, formados de Caldeos, Persas, y Hebreos, viniendo à España, la edificaron, llamandola Toledoth, que es lo mismo que generaciones: mas segun la mayor parte de Autores graves, es lo menos dudoso, que el valeroso Hercules, fue su verdadero fundador, y averla esotros ampliado, y engrandecido.

Su assiento de esta ilustrissima Ciudad, es una montaña proporcionada con su mismo circuito, y por el consiguiente, inaccessible, aspera, y firmissima; siendo gran parte de su fortaleza, y adorno las famosas riberas del caudaloso Tajo, cuyas aguas en forma de herradura, hermosamente la rodean, fertilizando su anchurosa vega, y terreno abundante, con magestad y aplauso maravilloso. Esto, y la templanza de sus frescos, y delgados ayres, y el privilegio de que goza contra los terremotos, nieblas, inundaciones, y la abundancia de mantenimientos, prosperas influencias, hermosissimas, y discretas damas; y tantos, y tan estremados sugetos como ha producido en todos tiempos, y edades, parece, que juntamente recompensan la parte que cupo de aspereza, y fragosidad. No escrivo lo que pudiera de sus excelentes Santuarios, insigne Iglesia, Primacia de España, sobervios Alcazares, magnificos Palacios, Puentes, edificios, y antiguallas: porque ademàs de repugnar mi assumpto, fuera alargarme infructuosamente; y assi, no pretendiendo ser prolixo en las cosas, que de suyo tienen grangeado tener fama, y conocimiento, avrè de escusar esta censura, dando de aquesta suerte principio al cuento prometido.

Quando en los años de 1521. la mayor parte de España, parcial, y divertida en opiniones, que otros han llamado Comunidades, abrasandose en sangrientas, y civiles guerras, diò tanto que hacer, y que decir à lo restante de la tierra; sucediò en esta Imperial Ciudad el caso de quien al presente escrivo, con la verdad, y fee que he protestado. Y porque casi enmedio del espantoso estruendo de las armas, y mientras tantas venganzas, castigos, y atrocidades se executaron nació la causa de su mayor particularidad, bien me atreverè à decir, que nunca con mas iusta razon pudo el hijo de Venus preciarse de su adultero padre: pues entre des-

desigualdad de los tan contrarios efectos, como son guerras, y amor, mostrò mas claramenre la poderosa fuerza de su brazo, y la verdadera significacion, y moralidad de su metaforico nacimiento.

Estaba en esta sazon por las passiones, y vandos que seguian, tan afligida la Ciudad, que fue evidente muestra de su opulencia, el no quedar perdida, ò arruinada del todo. Señalandose en el fomentar su desdicha, los mejores, y mas poderosos hombres de ella, entre quien los dos hermanos Palomeques, famosos por el animo, y fuerzas que alcanzaron, tanto como por su antigua nobleza, no fueron los que menos dieron à sentir su valor. Llamabase el mayor Don Fernando, y el segundo Don Pedro, y entrambos grandes conservadores de su republca: siguiendo en esto las acciones, y passos de el noble Don Rodrigo su padre, al qual en los principios de estas rebueltas mataron desgraciadamente en la plaza de San Juan de los Reyes; ocasion no pequeña para que las inquietudes creciessen, y las parcialidades se aumentassen; si bien con mas particular emulacion mostraron su indignacion con D. Lope Pacheco, mancebo ilustrissimo, y conocido por sus heroycas, y loables costumbres, amable, y generosa presencia; pues por excelencia notable fue llamado el perfecto.

Dos veces fueron de este, y algunos deudos suyos, echados los Palomeques de Toledo, y perseguidos con tan notable estremo, que llegaron à cercarlos en su casa de placer, de adonde en diferentes ocasiones se les escaparon dichosamente, y con tan secreta huida, que diò motivo à que en la Ciudad no supiessen otro nombre al Cigarral, ò quinta de los Palomeques, sino la casa del encanto. Tantas injurias, y ofensas declaradas, no permitian en tan valientes hombres, menos que una terrible venganza, la qual procuraron por quantos caminos les fue possible, sin perdonar desvelos, vigilias, y aun jornadas no poco peligrosas: no obstante, que todas les salieron inciertas, porque D. Lope, y los suyos se guardaban con recato, y prudencia. Enmedio, pues, de tanta confusion, y quando con igual vigilancia procuraba este Cavallero huir de Caribdis, diò sin pensar, en Scila, en unos hermosos ojos, cuyo dueño le tiranizò el alma. Digo, que aviendo en una fiesta publica visto à Laurencia, doncella hermosissima, no solo hizo en su animo suspension de las armas, sino que juntamente rindiò en su amorosa conquista la libertad, joya inestimable sobre los demàs atributos de el hombre. Era esta dama hija de un Ciudadano, mas rico de honrosos respetos, que caudal, y hacienda; portillo al

parecer de Don Lope, suficiente à salir con el affedio que yà comenzaba à poner à la fortaleza de Laurencia. y asſi regido de ſemejante induſtria, ſolicito buſcaba medios, que dandola à entender ſu paſsion, juntamente grangeaſſen con obras, y regalos ſu voluntad, no le ſaliendo vana tan fuerte diligencia, porque años pocos, mucha hermoſura, bizarros penſamientos, y cortas fuerzas para lograrſe en ellos, ſuelen desbaratar, y romper los mas caſtos propoſitos. Al fin, mas obligada de el precioſo interès, que de correſpondēcia amoroſa, abriò Laurencia facil puerta en ſu guſto al nuevo amante, y aunque en las de ſu caſa tenia ſu padre el cuidado conveniente, todo importàra poco, ſi primero no fuera aviſado, y prevenido de un pariente, que pretendiendo de muy atras el ſer ſu yerno, deſvelado en ſu intento, y rezeloſo por algunos indicios, hizo tan vigilante centinela, que à pocos lances alcanzò la cauſa, y aun particularidades mas ſecretas della, porque encubriendoſe una noche en parte, que con facilidad ſe podia percebir lo que con Don Lope hablaba Laurencia, deſde una ventana, claramente acabò de entender, no ſolo por cierta ſu ſoſpecha, ſino que temeroſa la dama de algunas que en ſu padre iban deſcubriendoſe, trataba con ſu amante la ſacaſſe de ſu caſa, como lo hiciera, à faltar el aviſo de el deudo.

Era, ſegun yà tengo dicho, hombre ſu padre de eſta dama, de mas reputacion, que bienes de fortuna, y asſi ſintiò el afrenta que Don Lope avia intentado hacerle, con mas eſtremos que ſus fuerzas pedian, eſmerandoſe en ſu ſatisfacion, con tan poca cordura, que al fin, ſegun preſto vereis, vino à perder la hija, y à poner ſu vida, y honra en contingencia. Declaròſe ante todas coſas por del vando, y parcialidad de los dos hermanos, en cuyo poder, digo en el de ſu madre, que aſsiſtia en Toledo, dexò la mejor prenda de ſu alma, cierto de que en tal caſa, ni el atrevimiento de Don Lope pondria los ojos, ni la perſeverancia de ſu voluntad llegaria à efecto, y con tanto ſaliendoſe à las Aldeas, y Villages, donde aquellos Cavalleros alojaban, moſtrò, en quanto pudo, el deſeo de ſu venganza, aunque le huviera ſido mas à cuento remediar ſu ofenſa, dando cuerdamente à ſu hija eſpoſo, pues con èl, no ſolo eſcuſàra la infamia de ſu publicidad, ſino que aſsimiſmo huviera atajado los daños que por ſu cauſa ſucedieron.

No ſintiò Don Lope menos eſta deſgracia, antes con amoroſa, y ardiente colera, eſtuvo en terminos de emprehender una temeraria violencia: porque ſoſpechoſo de que ſe la avian encer-

cerrado en algun Monasterio, hasta que en todos fue desengañandose, tuvo su impaciencia algun sufrimiento, y consuelo, con la fuerza de que pensaba aprovecharse, mas quando ultimamente, y como si se la huviera tragado la tierra, perdiò esperanzas de hallarla: bien le fue necessario valerse de su cordura, y discreto atributo; pues no le merecia de perfecto, si en semejantes trances se dexàra rendir de su passion. Esta en efecto, como mal remediable, fue su cura, remitiendose al tiempo, y aunque la convalecencia se alargò muchos dias, no por esso dexaba de acudir, assi à los cuidados de sus civiles guerras, como à la solicitud de las cosas, que en ellas tenia à cargo. No estaba en casa de sus enemigos, y contrarios la hermosa Laurencia poco afligida en estos intermedios, porque si bien no amaba con tanto fuego, como yà Don Lope la costaba algunos disgustos, y malos tratamientos, y la vagante imaginacion, en la mayor clausura, y encierro que su passada libertad la avia puesto, hiciesse mejor su oficio, poco à poco la memoria de su perdido empleo, la forzò à sentir de veras, lo que al principio disponia con diferentes motivos; y assi como el fragil natural de la muger es mas incapaz de resistencia, facilmente pudo à costa de su dissimulacion conocerse, si yà no su accidente, à lo menos el disgusto que padecia, origen suficiente, para q̃ en el noble hospedage se sintiessen sus dueños por mal correspondidos; aunque no obstante esto, como realmente deseassen su agrado, y el sugeto de Laurencia, por su mucha hermosura, fuesse digno de ser amado; por el consiguiente, qualquiera sinsabor en ella, les era indispensable, sin escusarle todo el agrado, y agassajo de sus fuerzas, alargandose en esto con mayor assistencia Doña Juana Palomeque, hermana de los dos valientes Cavalleros, que assi por su corta edad, como por particular conformacion, mas se le inclinaba. Era esta señora, segun el recato con que su madre la criaba, tan poco conocida, que no digo la gente Ciudadana, pero ni aun muchos de sus criados pudieran dàr razonables señas de su persona, cuya belleza peregrina, no sè, que aya humano ingenio, que sin muy grandes yerros, se atreva à reducirla à breve suma; pues en la imperfeccion de sus pocos años, y sin aver llegado al precio inestimable, que despues tuvo, puedo afirmar con razon, que no sin justa providencia quiso el Cielo ceñir sus rayos entre tantas paredes y clausura; porque si al mundo estuvieran patentes, es cierto, que mas desdichas, y males huvieran ellos ocasionado, que venganzas, y daños las disenciones,

y armas de sus deudos; y assi en tal compañia, aun mas culpable, y reprehensible era el desabrimiento de Laurencia, de quien mal resistidos sus desconsuelos, y cuidados, à pocas hojas (como Doña Juana, aunque niña, tenia de ingenio, y agudeza suplida la falta de experiencia) leyò en su frente con evidencia clara la ocasion de su amorosa pena, que conocido no tardò su dueño en descubrirsela.

Bien sabia Laurencia la emulacion, y enemistad de aquella, y la casa de Don Lope su amante, mas deseando con tan grave sugeto disculpar su yerro, quiso juntamente informarla en su empleo, si bien mal afecto su nombre en los oidos de Doña Juana, que como dicen, avia en la leche bebido el mismo veneno, furia, y rencor de sus hermanos, apenas le oyò, quando procurò disuadirsele, aunque en vano, porque la tierna dama por igual causa governada de su aficion, y como ordinariamente acontece à los mas enfermos de semejante passion; pues siempre quieren ser apreciada de todos en su estimacion propia la cosa amada, no solo no desistiò de su proposito, mas con mayor vehemencia, pintando su sugeto, tal vez le juzgò el mas gallardo, el mas valiente, y generoso, y tal vez el mas noble, el mas virtuoso, el mas galàn, el mas entendido, y de mas peregrina hermosura; y pretendiendo, aun mas largas disculpas, añadiendo à las objecciones de sus rèplicas otras semejantes razones tal vez con mas ternura, la dixo las siguientes: Si de tal hombre, señora, y dueño mio, ha merecido ser Laurencia querida, quien en el mundo puede como Don Lope grangear su correspondencia? No es este por ventura el amparo, y remedio de los caidos? El fuerte, y poderoso con los sobervios? El humano con los humildes? el generoso, y liberal con sus amigos? el terror de sus contrarios? el blando, y apacible con las mugeres? y el cortès, y agradable con los hõbres? Y finalmente este no es quien entre todos, por tantos requisitos, y excelencias ha merecido el nõbre de perfecto? pues si à èl solo todos le reconocen vassallage, todos le rinden voluntad, y attributo, yo que por tan fragil, è indigna cosa me reputo, como podrè negarle? O como, aunque quisiera, dexarà de forzarme su razon, y justicia? Las quales son tan poderosas, y desapassionadas, que estoy por afirmar, que ò faltan en vos para conocer esta verdad, ò os sobra el odio, y rencor de vuestros hermanos para obscurecerla. De esta suerte, y en diferentes ocasiones, oyò en defensa de su amor Doña Juana tales, y mayores encarecimientos de Laurencia, y referidos con tanta exageracion, y esfuerzo, que sin pensar, poco à

po,

poco, perdiendo en ſu opinion la q̃ de ſu ſangriento, y feròz homicida tenia D. Lope, fue adquiriendo en ſu alma, no ſolo diferente concepto, mas deſeos grandes de mirar con los ojos ſu deſengaño; y aſsi determinandoſe à ceſſar en ſu contradicion, juntamente ſe diſpuſo à favorecer ſu ayuda, la cauſa amoroſa de eſta dama: de quiẽ entendida tal determinacion, fueron ſus demonſtraciones, y agradecimientos tan encarecidos, que Doña Juana ſe tuvo por mas que ſatisfecha, y como yà regida de aqueſte parecer, tanto como por ſu nuevo deſeo, y curioſidad, ſin mayor dilacion con ſu conſentimiento comenzò à prevenir Laurencia los medios que para hacerle ſabidor de ſu aſsiſtencia à Don Lope convenian, ſegura de que la razon porque ſu padre eligiò ſemejante amparo, era endereзada à ſolo encubrirſela, y como eſte fueſſe en la proſecucion de ſu voluntad, el primer eſcalon que ſe avia de apear, no dexò para facilitarlo camino que no rodeaſſe, ni maquina en ſu imaginacion, que no diſpuſieſſe; y finalmente tantos vados atentò, y tantas dificultades ſu attropellaron, que al fin por ultimo remedio huvo de aprovechar la diligente traza.

Avia comẽzado ſu madre de Doña Juana, en la miſma ſazon una novena al milagroſo Santuario de la Piedra; en cuya eſtacion acompañada de Laurencia, de ſu hija; y criadas, aſsiſtia con ſecreto, y rebozo de las ocho à las nueve de la mañana. De eſta breve jornada queriendo valerſe, eſcriviò la dama dos cartas, las quales ſiendo de una miſma ſubſtancia, y ſobreſcritas à Don Lope de Pacheco, ſe las metiò en el pecho; haſta el conviniente termino, en quien haciendo perdediza la una en la Iglesia, y dexando caer la otra en la calle, librò ſu efecto en la diſpoſicion de la fortuna, pareciendole, que ſiendo tal la de D. Lope, y ſu perſona tan amada, y bien quiſta, de ninguno podian ſer halladas, que no eſtimaſſe con guſto el remitirſelas, como realmente ello ſucediò: porque apenas eran las doce de aquel dia, quando yà eſtaban entrambas en ſus manos, aunque no hizo tan larga confianza de ſu buena ſuerte la dama, que en ellas eſcrivieſſe razon, por quien llegando à otro poder, ſe entendieſſe el ſecreto. Abriòlas en efecto D. Lope, y aunque turbado por el conocimiento confuſo de la letra, leyò en ellas eſte breve diſcurſo.

Laurencia à Don Lope.

POr no aventurar la buena dicha, que me concede el Cielo, remito al corto trabajo de otro aviſo mas ſeguro, el que en aqueſte eſcuſo por ſu incertidumbre; y aſsi, porque ſalgamos, vos de cuida-

dado, y yo de la pena en que estoy, os suplico, que con la puntualidad que confio, esteis mañana à las nueve en la Capilla de la Piedra, adonde, si por seña llevaredes esta carta en la mano, hallareis entre las alfombras de sus gradas, otra con mejor orden, y claridad de lo que aveis de hacer: Dios os guarde.

Muy alegre se hallò Don Lope con el desengaño, y salida que de sus confusiones, y sospechas se le ofrecian, y assi con igual cuidado, à la hora concertada, yà èl estaba con su muestra plantado en la peaña del Altar, en quien aunque procurò curioso, y recatado conocer la imagen de su devocion, como el concurso de damas, y el ir en diferentes disfraces se lo impidiessen, fue por demas su diligencia, no obstante, que hallò la carta prometida, porque Laurencia, no solo en viendole, cumpliò con su deseo, mas pudo, sin embargo de el recato con que su madre miraba por Doña Juana, enseñarle de espacio la satisfacion de sus yerros, el credito de su verdad.

No avia hasta aquel punto, aquella inocente, y mansa corderilla, repastado entre flores de tan noscivo, y amargo fruto, porque segun yà tengo referido, ni à sus divinos ojos, llegaba conocimiento humano, ni su edad, y clausura daba lugar à mayor noticia; con que no me admiro, ni espanto, que siendo de tal hombre la primera que tuvo, hiciesse en su alma semejantes estragos, pues fue tal su mudanza, y turbacion (culpa à la corta experiencia de aquellos accidentes) que casi pasò en terminos de entenderse su mal dissimulada passion, que fomentada por la necia perseverancia con que Laurencia exageraba las admirables partes de su amante, no solo aqueste desacuerdo añadiò yesca al fuego, mas hizo que creciessen sus llamas de tal suerte, que primero perdiò la vida, que se mitigasse su incendio. En fin, con bien disformes pareceres, ella confusa, y triste, quando Laurencia sumamente alegre, dieron à su casa la buelta, y Don Lope haciendo lo mismo, en llegando à la suya abriò la carta, y juntamente las puertas de su confusion, y desengaño, leyendo las siguientes razones.

Laurencia à Don Lope:

DEsde el punto en que mi cruel padre, efecto de nuestra entendida voluntad, me privò de vuestros ojos, no han cessado los mios de verter, en satisfacion de tal desdicha, abundantes lagrimas, cuyo fin, à no averme valido de esta industria, huviera sido mi ultima desesperacion: mas yà que el Cielo piadosamente acudiò à mi remedio, cierta

de vueſtra animoſa reſolucion, me atrevo à pediros, procureis verme eſta noche en la caſa de vueſtros contrarios, adonde con ſu madre, y hermana, eſtoy deſde el amargo dia que me auſentaron de vos. La empreſſa, aunque parezca dificil, mediante la ayuda que de acà ſe me ofrece, ſe os harà muy poſsible; y aſsi, en una de las ventanas de el jardin que caen junto à la muralla de la vega, os eſperarè à las doce: el lugar es ſecreto, la hora acomodada, vueſtros enemigos auſentes, vos Don Lope Pacheco, y quien os lo pide vueſtra firme Laurencia, con que ni tengo mas que encareceros, ni vos razones para eſcuſar la paga de tan verdadero amor.

O quantos, y diferentes penſamientos cercaron à Don Lope, luego que acabò de leer las razones que aveis oido! hallandoſe por una parte, tan ſin penſar, alegre con la perdida prenda, y por otra no poco melancolico, viendo, que el lugar adonde avia parecido, fueſſe tan lleno de ſoſpecha, pues la menor que entonces confiriò ſu pecho, baſtàra à acobardar al mas animoſo. Tambien conſideraba, y no poco temia el deſcredito de ſu perſona, ſi acaſo quando todo ſalieſſe muy cierto, con la continuacion, ſus ſecretos amoroſos ſe deſcubrieſſen, y èl quedaſſe mal reputado, y deſdorada la opinion grangeada, por el noble trato, y corteſias, que con la caſa de los contrarios avia uſado. No obſtante, que à tan graves cauſas no le faltaban rèplicas, que en ſu animo hicieſſen mayor contradicion, pareciendole, que ſegun la honroſa confianza de Laurencia, no ſolo podia ſin mucha nota eſcuſarſe de verlas, ſino que juntamente quedaban en nuevo empeño ſu reputacion, el dia que ſin igual deſcuento ſe entendieſſe la arrogancia de ſus emulos, que entonces era tanta, que la dama à quien ſu miſmo padre, aun eſtando preſente, no ſe avia reſuelto à defenderſe: ellos por coſa ſuya, y hacerle ſemejante peſar, tomaron el guardarla por ſu cuenta.

Con que infiriendo de aqueſte hecho poca eſtimacion, ſin mas conſulta, arrojadamente indignado, atropellò por los demàs inconvenientes, y cumpliò la orden referida, aunque como prudente, y recatado, yendo dos horas antes del concierto, cautamente notò en ellas todos los veſtigios, y ſeñales que de ſoſpecha, ò traycion ſe podian temer: con que algun tanto mas aſſegurado, llegò à ponerſe debaxo de las ventanas del jardin, quando apenas las acababa de abrir la dama, que yà pueſta en la una, y conocido, le recibiò con el guſto que ſus deſeos prometian; y aſsi, aviendoſe dicho muchos tiernos, y amoroſos conceptos, yà culpando

do

do Laurencia, el descuido de su amante, y ya Don Lope la suspension de semejante traza, alegre el uno, y satisfecho el otro, se despidieron, aplazados para las siguientes noches: en quien proseguidas sus amorosas vistas, creciò con ellas en Laurencia el incentivo de su ardiente deseo (y lo que debe causar mas lastima, mas grave sentimiento) que vino à ser incurable, y sin remedio el veneno furioso, que del tierno, y aficionado corazon de Doña Juana se avia apoderado. La qual los breves ratos, que faltaba à la custodia, y centinela de su amiga, fingiendo vana curiosidad en sus deseos, y encubriendose con ella de Don Lope, gozaba entre el amargo acibar de la pena zelosa de su alma, las dulces blanduras, y requiebros de su comunicacion, haciendo esta su curiosa diligencia, sobre tanta aficion, tales efectos, que puso en contingencia su salud, y aun su vida en conocido riesgo.

Siempre el amor fue reputado por tormento cruelissimo, si bien nunca es mas insufrible, que quando recatado, y encubierto; de adonde nace, que mientras el corazon mas se anima à dissimularle, entonces crece con mayor furia, brotando como efimera ardiente, al rostro, y à boca, las reliquias de su fuegro. Nadie hizo de esta verdad tan costosa experiencia, ni muger con mayor tolerancia, y cordura, procurò resistir en tan fragiles fuerzas tan juntas, y amontonadas penas, con que de su valiente resistencia, el fruto que Doña Juana vino à sacar, fue, caer de el todo rendida en una cama, en que poco, ò mal entendida la passion de su alma, aplicandola desiguales remedios, llegò à ser juntamente enfermedad de el cuerpo, aumentandose por esta razon en su afligida madre, el disgusto continuo en que la tenian las inquietudes, y vandos de sus hijos; y cessando en Laurencia las visitas, y platicas de que avia gozado hasta entonces, mediante la industria, y traza de Doña Juana, cuyo amoroso, y doliente espiritu, si por algun camino pudo recibir alegria esta privacion impensada, no solo se la diò, mas doblò su consuelo; porque es sin duda el mayor de una zelosa pena, pues al fin, no se fomenta su dolor impossibilitada la causa de èl. Aunque no por esta dificultad dexaban de comunicarse los amantes, que prevenidos antes por lo que pudiesse suceder, remitieron la prosecucion de su empressa, à una cinta, en la qual esperando ocasion, el uno ataba sus papeles, y el otro recibia sus respuestas: mas como Laurencia totalmente ignorante en el daño que hacia, no encubriesse à Doña Juana este, y sus mas interiores pensamiẽtos, tambien

bien

bien fuè sabidora de èl, aunque con diferentes efectos de su pecho; porque deseando no dexarse morir en semejante desesperacion, apenas entendiò la discreta traza, quando en su idea la eligiò por ultimo reparo de su vida.

Passaba la suya Don Lope en este tiempo con poco gusto, nacido tanto de las dilaciones de su amor, quanto porque realmente, desde la primera intercadencia, que en èl huvo, mas por propria reputacion, y enfado de sus enemigos, que por fuerza de su voluntad, perseveraba en su demanda; ansi que esto, y el ser tan llena de peligros, como infructuosa, le hizo, q̃ poco à poco fuesse prevaricando en ella. Semejante tibieza, que como mala nueva, aun antes de consultarse, llegò à noticia de su dama, y de su boca, à los oìdos de la yà convalesciente Doña Juana! Apresurò su resolucion, temerosa, de que desistiendo en su aficion Don Lope, quedaba sin remedio, el que para entenderse la suya, tenia maquinado; con que sin mas tardanzas (porque à la fuerza, y necessidad de amor, ni ay ley, que la reprima, ni precepto tan grave, que la mitigue) pues ella sola con mas facilidad rompe, y atropella las del honor, pospuesto este, su fama, reputacion, el temor de sus hermanos, la venganza de su padre muerto, y el odio intrinseco por tantas injurias recibidas, determinò la execucion de sus intentos en la manera, que presto entendereis.

No del todo declaradamente avia Don Lope desistido en los suyos, antes sabida la mejoria de Doña Juana, con la esperanza de bolverse à vèr presto con su dama, acudia à la correspondẽcia de sus papeles; en cuya prosecucion, yendo por la respuesta de uno, que la noche antes avia escrito, hallandola en la parte assignada, la tomò; y queriendo para mejor leerla dàr la buelta à su casa, previno su deseo, el parecerle, que assi en el manejo, como en el mayor peso del villete, mostraba en sì diferente novedad, que los passados; con que sin esperar à mas, llegando al cobertizo de una Iglesia, en quien avia una lampara, abaxandola, y rompiendo la nema, apenas desplegò sus dobleces, quando saliò del ultimo un rayo penetrante, que le atravessò las entrañas; pues con verdad puedo decir, que no menos sangriento, y poderoso fue el efecto que hizo en ellas, el retrato de un monstruo, de un portento de hermosura, y belleza, que se descubriò en èl. Este acaecimiento notable, y el ser la letra que miraba de agena mano, y diferentes señas, acrecentò, y con razon, su turbado espiritu: si bien teniendo tan cerca el desengaño, embarazados el sentido, y los ojos en la divina efigie, aun no acerta-

taba à valerse de èl, hasta que satisfecho, de que en sugeto humano no podia caber tan rara perfeccion, queriendo saber, à què efecto Laurencia le escrivia de otra letra, y con la enigma de aquel pintado Serafin; poniendo su Lamina en el pecho, diò principio al villete, y a su mayor confusion, de aquesta suerte.

Doña Juana à Don Lope.

SAbe el piadoso Cielo, à quien hago testigo de mi honrada resistencia, las penas, los tormentos, lagrimas, y dolores, que el perseverar en ella me ha costado; pues por no verme rendida à semejante liviandad, he querido primero padecellas, y aun dexarme desesperadamente llegar à los fieros umbrales de la muerte; mas si la ultima ruina de mi casa inferiz està yà de lo alto subordinada à vuestro brazo, de quien ni el valor de mi difunto padre, ni la audacia de mis desterrados hermanos han podido ampararse: como la fragil fuerza de una muger avia de ser bastante à contrastarle? Al fin, al fin, Don Lope, oy permiten los Cielos, que en vez de las venganzas, tantas veces contra vos repetidas, sea mi alma victima, y ultimo sacrificio de vuestra voluntad, para que de esta suerte no se reserve cosa de vuestros enemigos, que no sienta su rigor, y poder. El efecto, que de esto reconozco; desde el punto en que Laurencia me diò de vos noticia, es de tal calidad, que ni me atrevo à reducirlo à palabras, ni los raudales de mis amargas lagrimas han dexado lugar en el papel para escrivirle; y asi, aunque temerosa de semejante arrojamiento, cierta de que vuestro noble pecho sabrà darle disculpa, le remito, siendo vos servido, à nuestra vista; si bien esta quise primero grangearla, y merecerla, embiando à pedirosla con semejante mensagero; al qual os ruego, trateis con el secreto, y hospedage que debeis à su original; y sobre todo, con mejor acogida, que de mi desdicha, y muchas partes de la hermosura de Laurencia puedo prometerme. Dios os guarde, y à mì me haga agradable à vuestros ojos, que si tan buena suerte me sucede, seguramente podrè esperaros mañana en la misma hora, y ventana que sabeis.

Tales como yà aveis leìdo fueron las ultimas razones con que acabò Don Lope de leer el tierno, y amoroso papel de Doña Juana, en cuyo hermosissimo retrato, bolviendole à sacar de el pecho, elevado à su contemplacion, y passando otras mil veces por los ojos el villete, sin saber lo que le avia sucedido, casi enmedio de tan extraordinaria suspension, huviera de cogerle el dia; por lo qual

qual, temiendo el ser hallado en semejante lugar, huvo de proseguir el camino de su posada, adonde arrojandose en el lecho, assi vestido como estaba, sin dormir, ni comer passò la mayor parte de el dia; y esto con tan maravillosa confusion, y desassossiego, que como enagenado de sentido, assi en el semblante de su rostro, como en las demàs acciones de su persona, daba justamente à presumir à los criados que con silencio le miraban, ò que huviesse lastimosamente perdido el juicio, ò que sin duda maquinasse en su idea alguna empressa, ò jornada gravissima, como verdaderamente en esto ultimo no se engañaban; porque nunca Don Lope, aun aviendo manejado cosas tan grandes, se hallò en su mayor aprieto con igual aventura. Ella era por cierto, segũ los casos, y muertes sucedidas en el presente estado, bien digna de consideracion, y tanto, que à no tener en el bello retrato tan valiente estimulo, que le animasse, y en el premio ofrecido, tan agudo azicate, que aligerasse sus deseos, pienso, que Doña Juana se hallàra corrida, y burlada en su determinacion: mas esta dama anduvo tan prudente en el embiar el retrato, como discreta en la disposicion del papel, pues uno, y otro asseguraron el temor de Don Lope, y grangearon su voluntad; de suerte, que ni la evidencia del peligro, ni la sinrazon, y lastima de injuria tan afrentosa, le pudieron mover de su proposito; y assi, no reparando en la correspondencia antigua de Laurencia, ni menos en los medios con que Doña Juana avia de governarse, remitiendose en todo à su prudencia, puso resueltamente la vida, y honra en sus manos.

Con semejante determinacion aviendo sossegado algun tanto, esperò la noche, y juntamente con ella la hora deseada, en la qual vestido un fuerte jaco, y con armas al hecho convenientes, sin compañia ninguna, por la importancia del secreto, poco à poco se fuè acercando al puesto, en quien despues de averle bien reconocido, oyò, que sentidos sus passos, iban de la parte del jardin abriendo las ventanas; con que acercandose à ellas, apenas Doña Juana se dexò vèr, quando, aun sin poder llegar à la rexa, quedò inmobil, gozando como en extasis de aquel simulacro de hermosura, y confiriendo en èl el presente gusto, q̃ avia hasta entonces tenido por gloria imaginada, ni la lengua pudo hacer su oficio, ni las plantas llegar mas adelante.

Passò en fin la turbacion de este accidente, y llegandose à menor distancia el uno al otro, sin mover los ojos por un largo, y dulce termino, se retrataron en ellos, hasta que Don Lope, vencido de su justa cortesia, rompiò

de aquesta suerte su silencio: Es possible, unico, y solo portento de hermosura, adoracion de los humanos, que los ojos de vuestro mayor enemigo, indignos por tales causas de assistir à tanto resplandor, han merecido veros, y contemplaros tan de cerca? Què venturosa Estrella, què Astros, ò què influxos dichosos miraron aquel dia mi nacimiento; pues haciendome en vuestra dulce vista agradable, juntamente inclinaron la voluntad à sacarme de las tinieblas en quien hasta aora he vivido? Què secreta Deydad rigiò mis passos, ò què piadosos sacrificios han merecido por descuento tan inestimable galardòn? O ventura incomprehensible! feliz sea mil veces el punto que mirè à Laurencia, ocasion de tantas dichas; y mil veces bien empleados, y dichosos los desvelos, movimientos, y acciones gastados en su empressa, pues à costa de tan breves servicios, y con el sudor de tan cortos trabajos, he descubierto mina de tan incomparable tesoro, joya de tan inestimable precio; y sobre todo, alivio, que si alguno en esta vida mortal puede ser comparable al de aquellos divinos, y eliseos campos, à èl solo se le debe semejante igualdad. Digan, pues, ò hermoso dueño mio, mas apriessa mis ojos, lo que como incapàz de tanta gloria, ignora, y calla mi lengua; porque aun mi alma propria no sabe mas que sentirlas, como ni su humildad agradecerlas. Bien confiada estaba yo (respondiò Doña Juana, atajando su platica) que de tan noble, y cortesano Cavallero, avia de ser mi voluntad correspondida con demonstracion semejante; aunque si bien no me podreis con ella poner en mayor obligacion, pues la mia ha llegado, sin poderla reprimir, al mas subido grado, todavia buelvo à ratificar en vuestra presencia la fee, que para siempre os serà inviolable. Vos, Don Lope, aveis sido, despues de mis hermanos, el primer hombre de quien aun mis ojos tuvieron particular noticia, y el que solo por ellos tomò la possession de mi alma; y assi, vivid seguro, que bien, ò mal pagada, no saldreis de ella mientras la vida me durare, ni otro ocuparà el lugar, que vos solo merecisteis, aunque por ello aya de perderla mil veces. No os pido en recompensa de este amor mas finezas, que las que vuestro gusto dispusiere porque ni de que viva, ò muera en èl Laurencia, haràn mengua las mias, ni de su amor, y vuestra perseverancia formarè agravios. Con esta carga emprehendi esta hazaña, y quando yo sea tan desdichada, y vos tan desconocido en la desigualdad de nuestros meritos, que querais proseguirla, pagaránlo en silencio mi sufrimiento, y lagrimas, mas no vuestro sossiego, y mi correspondencia.

No

No quedaron estas palabras ultimas, y zelosos temores, sin la satisfacion, y promessa, que Doña Juana merecia; y assi, deseando sobre todas las cosas el apassionado Cavallero el firme apoyo de su nueva voluntad, procurò acreditarla con amorosas rèplicas; entre las quales, aviendo entendido el origen, y principio de su aficion, y la enfermedad de Doña Juana, tambien supo, como para escrivirle, se avia aprovechado de la misma industria de Laurencia, que como ella le comunicasse sus papeles, fuèle facil el verla atar el ultimo, y el quitarle despues sin ser sentida, poniendo en su lugar el del retrato; con que pareciendo cosa conveniente para su mayor quietud, de acuerdo, y consentimiento de su dama quedò assentado, que D. Lope prosiguiesse, entreteniendo à la pobre Laurencia, à quien para poder venir seguramente à aquel puesto, avia dexadose en profundo sueño, sacando primero de poder de su madre las llaves del jardin; que siendo todas estas diligencias en su modo de igual peligro, aun con mas evidencia conociò Don Lope la verdadera fee con que era amado.

Dos horas avria, que los nuevos amantes en apacible platica gozaban las primicias de su voluntad, quando oyendo Don Lope un recio golpe, como de persona que se avia arrojado, ò caido de alta parte, y tràs de aquesto algun facil rumor, algo alterado, hizo que muy apriessa cerrasse Doña Juana las ventanas, y con la misma brevedad, aun sin despedirse, abaxandose al suelo para mejor encubrirse, y descubrir lo que era, se metiò entre unos altos malvares, y carrizos, desde adonde con mas seguridad, viò en un instante cubierto de hombres, y armas aquel sitio. Qualquiera, por de corto discurso que sea, conocerà en tan triste sucesso, el temeroso, y afligido aprieto con que se hallaria Don Lope salteado, el qual dandose por perdido, y presumiendo, que huviesso sido alevosamente vendido, yà que tan cerca juzgò su amargo fin, se resolviò assimismo à vēder por muchas vidas su temprana muerte; y assi con valiente animo dispuesto, esperò, como quien deseaba dilatar aquel breve espacio de vida, à que sus contrarios le llegassen, y embistiessen; los quales acercandose juntos à la puerta del jardin; y aviendose aguardado un corto termino, viò, que despues de èl, entendido de adentro el contraseno, abriendoles con recato, y silencio, le iban entrando, sin curar de otra cosa, hasta que no quedando ninguno, buelto à cerrar el jardin, dexaron aquel sitio en el mismo silencio, y seguridad; con que mas alentado, apreciando desde aquel punto su vida milagrosa, poco à poco se

fuè desviando àzia la parte de la muralla, que era la mesma por donde aquellos hombres avian venido, y en quien apenas puso los pies Don Lope, quando entre unas grandes sombras, que hacian los torreones, y barbacanas, divisò un golpe de cavallos, que à su vèr asistian à los que estaban en la Ciudad; de cuyo riesgo, y perdicion temeroso, y cuydando no huviesse igual daño por las demàs partes del muro, indeterminable en su resolucion, estuvo algo confuso; porque sospechando por cierto, que eran los dos hermanos de su dama, y satisfecho de que en su fee, y amor no avrà el doblèz, que al principio de aquel fracaso presumiò, como yà informassen su pecho otros mas blandos, y menos vengativos espiritus, quisiera disponer el peligro de la Ciudad, sin que le recibiessen tan grande: cosas de una muger, à quien èl debia tan maravillosa voluntad. En efecto, regido de este generoso pensamiento, èl solo, por no alborotar sin tiempo el lugar, requiriò sus murallas, y puertas, previniendo los Soldados, y guardas muy de espacio, se bolviò à su casa, en quien puesto à cavallo, con algunos criados, y amigos, que mandò avisar, y haciendo juntamente, que en San Romàn tocassen las campanas, cierta señal para que la gente del rebato acudiesse à sus casas, quando le pareciò, que yà los dos hermanos, oyendo el alboroto, se avrian puesto en cobro (como al fin sucediò) à buen passo, debiendo salir por la Puerta del Cambron, guiò à la de Visagra, y luego al lugar en quien la tropa avia descubiertose: desde adonde conocida la huella de los muchos cavallos, que huian, fueron à rienda suelta en su seguimiento; aunque fuè por demàs su diligencia, porque con las muchas, que para su remedio hizo el gallardo Don Lope, llevaban grandissima ventaja: con lo qual, desconfiando de alcanzarlos, y pareciendole estaban bien fingidos sus deseos, mandò tocar à recoger, dissimulando el buen sucesso de ellos y el sobrado contento de aver tan à su honra dado la vida à los dos valientes Palomeques, y hecho à su querida hermana tan importante servicio, no obstante, que como despues sabreis, huviera esto de costarle el sossiego, la hacienda, y aun la vida, y reputacion: mas sin prevenir estos cuydados, todos los atropellò el noble Cavallero, teniendo en mas estima el aver podido vengarse, que la satisfacion de sus enojos, y ruina de sus mortales enemigos; porque en el generoso, y magnanimo, la mayor venganza, y castigo, es, no executarla pudiendo.

Lo restante del dia, y parte de la noche, descansò Don Lope, si bien aun en tantos desvelos no es-

escusò el vèr à Doña Juana, de quien temia (y no poco) huviesse sido sentida en el rebato: y assi à la hora acostumbrada, yà èl estaba en el puesto, aviendo antes, y con la industria, y traza que otras veces, recibido un papel de Laurencia, y puesto para mejor engañarla, y divertirla, otro en su lugar, con que disculpando su remission, ella quedò en su olvido, y Don Lope (en saliendo su dama) fuera de sus temores, y sospechas; porque no solo supo de su boca el termino que tuvo para salirse del jardin sin ser sentida, mas el que la sobrò para poner con igual suerte las llaves en buen cobro: con lo qual sumamente contentos, en particular Doña Juana, no sabia con què exageraciones, y palabras encarecer la satisfacion que su amante mostraba en su voluntad; pues justamente pudo antes temer, que segun el sucesso de la primera noche quedàra para siempre imposibilitada de su vista. En fin, clara, y abiertamente le confessò la venida de sus hermanos, aunque esta, como cosa tan bien sabida dèl no hizo en su pecho alguna novedad; no obstante, que la ocasion que los avia traido, la causò muy grande, porque no era menos que à tratar con su madre, y hermana, la ultima, y final conclusion de un casamiento, que muchos dias antes se le estaba tratado. Convinieronse, en que hasta tomar mejor acuerdo, esto se fuesse por Doña Juana dilatando, de quien diciendola primero lo que la passada noche avia dispuesto para la seguridad de sus hermanos, se despidiò Don Lope, dexandola de nuevo amartelada, y agradecida: mas como en los amantes son siglos los momentos, que interrumpen sus gustos, no se passaron muchos sin que bolvieran à verse.

Laurencia en este tiempo consumiendose, divertia los tristes dias de estas intercadencias, y engañaba sus prolixas horas, con la esperanza alegre, que de vèr à su amante la daba Doña Juana, que como esta estuviesse solamente en su mano, fingiendose unas veces mal convaleciente, y otros diferentes achaques, erale facil suspenderlo à su gusto, y fomentar en èl las ansias, y congoxas de el engañado huesped; tambien Don Lope advertido de su dama, no pocas veces lleno de passion amorosa, ignoraba el medio, y la eleccion menos sangrienta para salir de tanta confusion; porque si por una parte conocia el peligroso punto de su casamiento aplazado, por otra, el riesgo de escusarsele, sin renovar venganzas, y acrecentar enemistades, y violencias, le ponia en mayor cuidado. Todo esto conferian entre si los dos tiernos amantes, y en todo hallaban inconvenientes; y

dificultades invencibles: porque como prudentes, sabiendo que los consejos temerarios, quanto al principio son de alegres, y tratados duros, y pertinaces, efectuados suelen salir amargos, y tristes, quisieran cuerdamente no despeñarse en semejantes daños; mas como los que yà el Cielo tenia determinados se apresurassen por la posta; ni pudieron antes tomar mejor acuerdo, ni menos prevenir su desdicha; y assi la ultima noche en que estas cosas dulcemente conformes, se comunicaban el uno al otro, con impetu sobervio rompiò su tierna platica el repentino escandalo de mil confusas voces, los clamores de diversas campanas, el temeroso estruendo de el artilleria, los golpes de las armas, y las respuestas de los arcabuces, con que salteado lastimosamente acabò D. Lope de conocer su perdicion, y el mal cobro en que sus desvelos amorosos avian reducido su Ciudad, sus amigos, sus deudos, y su vida: y despidiendose con tiernas lagrimas, intentò bolverse à su posada, si bien antes de llegar à ella, supo que la Ciudad era entrada, y ella con la de sus mayores amigos echadas por el suelo; furioso, y vengativo efecto de sus contrarios, los quales alentados, y prevenidos con el descuido, y poco recato que hallaron la noche de su entrada, y mayormente por lo mal que fueron rebatidos de Don Lope, executaron aora animosamente su intento, y con tan acertada disposicion, que primero estuvieron apoderados de Toledo, que fuessen sentidos, y como el quitarse de delante à Don Lope, era lo mas essencial de su empressa, assi emplearon la mayor furia de ella en su casa, aunque no hallandole, la entregaron al fuego, y passando adelante, se enseñorearon del alcazar, plazas, puertas, y famosas puentes.

O miserable fortuna de la vida humana, quan llena de inconstancia eres! veis aqui nuestro noble Cavallero, no solo desposseido de tan superior mando, y grandeza, sino juntamente convertido en un retrato lamentable de sus miserias, porque si le consideramos cercado de tan mortales enemigos, tambien le hallaremos sin casas en quien defenderse, sin amigos de quien ampararse, sin criados de quien favorecerse; y finalmente, sin puerta, sin salida, para escaparse de tales desventuras: mas como en los trabajos, y peligros muestra el altivo, y generoso espiritu mayor fortaleza, y mayor animo, valiendose del suyo, con subito consejo se arrojò en la primera casa que hallò abierta, adonde no solo fue amorosamente recibido, mas pudo facil, y seguramente confiarse de sus dueños, los quales, como si fuera hijo, ò padre suyo, le guardaron tan bien, que aunque las diligencias de sus contra-

tra-

trarios passaron de limite, y sus pregones, amenazas, y promessas de termino, no tuvieron efecto, ni tan graves temores fueron bastantes à descubrirle.

Andaban con tan impensada desdicha todos sus parciales ausentes, sus criados desterrados, y sus aficionados encogidos; y assi considerando quan mal por entonces podia ser de aquellos ayudado, haciendo à tantos males valiente resistencia, esperò constantemente mas sazonado tiempo para su libertad, la qual no se dilatò muchos dias, porque la fortuna, que siempre favorece à quien contrasta la violencia de sus sucessos, ordenò las cosas de sus enemigos de tal suerte, que les fue forzoso, aunque dexando bien assegurado su partido, hacer ausencia de la Ciudad, ocasionada de algunas sediciones, y alborotos importantes, de los mejores Lugares de la comarca, que siendole esta nueva à Don Lope notoria, sin perder coyuntura, con gran secreto previno su partida, aunque con igual, y mayor cuidado, enmedio de tan grave peligro no se olvidò de su dama, cuya casa queriendo desconocido, por la seguridad, vèr la siguiente noche, y consolarse, besando sus dichosas paredes, fue à tan venturoso punto, que como de allà no huviesse menos firmes deseos, menos affligimientos, y cuidados hallò, que prevenido su pensamiento le esperaba en Jacinta que solia, un papel, que abriendole, y conociendo la letra de Doña Juana, leyò en èl estos renglones.

Si el Cielo ha cõservado vuestra vida, y os atreveis à verme, executadlo sin dilacion, porq̃ en esto consiste la mia, y vuestro gusto.

Bien advirtiò Don Lope, que pues su dama assi lo disponia, no solo avria seguridad bastante, mas juntamente precisa, y grave causa, y como à los atrevidos, no solo la fortuna, mas aun el mismo amor los favorece, intrepida, y resueltamente se dispuso al peligro, adonde muy sin èl, dentro de breve espacio llegò Doña Juana tan sentida, y llorosa con sus tristes sucessos, que si fuera en su mano, facilmente conociera el amante la desigualdad de su estimacion, y aun el desprecio de la vitoria, y reputacion de su sangre: mas no desvaneciendose en su encarecimiento, sin mayor dilacion le hizo saber quan adelante (en la determinacion de sus hermanos) estaba su aborrecido casamiento, y otras semejantes razones à su proposito, con que dispuesto el animo de Don Lope, brevemente ordenaron el ultimo, y forzoso remedio. En conclusion, Doña Juana se resolviò à dexar su casa, y para executarlo mas à su hora, haciendo à las Estrellas, y à los Cielos testigos, diò de esposa la hermosa,

y blanca mano al perseguido, y venturoso Cavallero, que como absorto, y elevado en semejante gloria, olvidado de sus graves desdichas, assistia à ella. Con esto assignando su ida con limitado termino, dieron la buelta entrambos à prevenirla: y ciertamente, que por ningun camino se le pudiera trazar mayor venganza de sus contrarios, si como ello quedaba concertado sucediera; pero como aquella su influyente antipatia, no cessaba en su curso, de adonde presumieron su mayor escandalo, casi huvieran de hallar su ultima ruina.

Fue el caso, pues, que como Doña Juana, regida solamente de su ardiente deseo, aquella misma noche, en sintiendo, que el papel de la cinta avian tomado, quisiesse conocer luego la experiencia de su efecto, debiendo primero esperar à que Laurencia estuviesse bien sossegada: ella q̃ con iguales penas velando padecia, no solo advirtiò curiosa en su nueva inquietud, sino que fingiendose dormida, aguardò el sucesso; y en viendola salir siguiò sus passos, y sin ser sentida, desde su aposento mismo hasta el jardin, y ventana donde yà Doña Juana estaba hablando, llegò (no sin maravillosa confusion de el caso impensado) à salir de su engaño, al conocimiento de Don Lope, y finalmente à ser testigo de sus conciertos, y bodas. Quede à la consideracion del letor, los rabiosos, y mortales efectos que causarian en su alma, tan declarados zelos, y mayormente ocasionados por su amiga, y huespeda, por el archivo, y deposito de sus malogrados empleos; pues fue notable muestra de su varonil pecho, el poder reprimir sus sentimientos, sin hacer con su boca publico alarde de su afrenta, y dolor: mas disponiendo en su animo una horrible venganza, antes de ser sentida se bolviò al aposento, en quien con infinitas lagrimas, y abrasados suspiros, celebrò amargamente las exequias de su difunto amor hasta el siguiente dia, en quien con el mismo deseo, y resolucion, escriviò quanto passaba à los dos Cavalleros, valiendose para esta sangrienta diligencia de un criado de su padre, que siendo el mensagero, no parò hasta llegar à Torrejon: en cuyo assedio, hallando solamente à Don Fernando, le diò la carta. Mas antes q̃ en la prosecucion de la venganza de esta muger passemos adelante, es justo que se advierta, que aunque los dos amantes anduvieron en el recato de sus conciertos tan desdichados, no del todo les cerrò sus dos puertas la fortuna: porque quiero que entendais, que su enemiga, sì bien pudo oìr la palabra que se dieron, no assi con cierta distincion, el acuerdo, y resolucion de su partida. Ademàs, que nunca

ella

ella presumiò, que el dexar su casa fuera tan brevemente, ni por el camino que quedaba trazado, porque si esto alcanzàra, facilmente pudiera prevenirlo con su misma madre. Asi que advertido este punto, el aviso que hizo, fue solo por mayor del casamiento con su contrario, de la injuria de su casa, de la parte de su comunicacion, y el peligro, y sospecha de su fuga afrentosa.

Este despacho fue en alguna manera favorable à Doña Juana, porque embarazada en èl Laurencia, pudo mejor prevenirse, sin tal testigo, de muchas cosas convenientes à su intento; y assimismo en obra semejante, gastò D. Lope el dia, que como le faltaban criados, solo se aprovechò de dos, que asi como èl se avian hasta entonces escondido: y asi al uno mandò, que le asistiesse aquella noche, con sendos cavallos entre unas huertas, y con el otro avisò à los demàs, que en una fortaleza se avian assegurado en lo mas aspero, y fragoso de los vecinos montes; y dada tan buena orden, en siendo la mitad de la noche, no obstante, que con su claridad la Luna les ayudaba poco, Doña Juana abriò la puerta del jardin, y se puso en las manos de Don Lope, y èl con tiernos afectos recibiendola en sus brazos, sin dexarla de ellos, guiò con breves passos à la vecina muralla, en quien atandola blanda, y seguramente con una fuerte cuerda, en un instante yà estaba enmedio de aquel campo, siguiendola èl con la misma facilidad, y buena suerte.

Avia Don Lope mandado à su criado, que como aveis oìdo, le esperasse con los cavallos entre unas huertas: tanto por el secreto conveniente, quanto porque estando tan desviados, y fuera de sospecha, se asseguraba su negocio mejor, que no si los hallàran junto à sus muros, ò entre la Barbacana. Por esta razon, temiendo aora el cansancio de su dama, y sobre todo el peligro de la tardanza, quiso remitir à sus ombros aquel dulce trabajo, que entendido por ella, no fue possible con razones, y ruegos persuadirselo: con que de su voluntad, y parecer (quedando entre las yervas escondida) haciendo alas los piès, partiò por los cavallos, si bien aunque la brevedad fue diligente, no sucediò la buelta de la suerte que Doña Juana, y su temor pedian.

Antes en este mismo tiempo, para acrecentar sus desdichas, aviendo con el aviso que aveis oìdo, corrido apresuradamente desde Torrejon con tres cavallos, llegò su hermano Don Fernando à la Vega, y baxandose por la contramuralla àcia la Puerta del Cambron, que era el mismo lugar en quien Doña Juana estaba escondida, fuè en tan fuerte, y

amargo punto, que como la afligida señora cuydadosa esperasse a su amante, y su tardanza aumentasse sus miedos, ignorando si eran tres, ò quatro los que le assistian, y guardaban, en viendo venir aquella gente, saliò de adonde, aunque passara, fuera impossible verla; y pensando que era Don Lope, y sus criados, se les puso delante: no obstante, que en un momento, y quando su inadvertencia no tuvo remedio, conociò su desgracia, y Don Fernando, dando un lastimoso grito, su vestido, y persona, à quien arrojandose del cavallo, y haciendo à su compañia proseguir la jornada, sin poder hablar, ni aun mirar al rostro, se le cubriò con una vanda roxa, que à su cuello traia; y dexando un tanto passar el rabioso accidente, despues de averse lastimado, y enternecido en tan afrentosa injuria, quiso saber de su alevosa sangre, la parte adonde su enemigo esperaba, ò el medio, y traza, que para sacarla à aquel puesto avia tenido. Estaba à estas razones tan cubierta de lagrimas la llorosa dama, como de turbacion, y desconsuelo; y assi, teniendo por segura la muerte, y lo mas que ay que ponderar, y decir, persuadiendose en aquel mismo punto, à que Don Lope, segun su remission, solo la avia sacado de su casa para hacerla semejante afrenta, y tomar (desamparandola en aquellos campos) de su fragil sugeto, la venganza, que de los dos hermanos no podia, arrojandose con tiernos, y afectuosissimos suspiros à los pies de Don Fernando, no solo le diò brevemente cuenta de su pregunta, de su infame burla, satisfacion indigna de D. Lope, mas juntamente le pidiò muchas veces, que sin mas dilacion cobrasse en parte de su pecho alevoso el perdido honor. Mas como yà èl traxesse fraguado en su determinacion otro mayor castigo (si es que le puede aver mas que la muerte) no cumpliendola en esto sus deseos, sin esperarse mas, la tomò à las ancas; y mandando guiar à la puente vieja, en quien entonces avia un barco para passar la gente, attravessando el Tajo, y maquinando de D. Lope, y de sus deudos una atrocissima venganza, llegò à su Cigarral, ò Casa de Campo; y abriendo sus puertas, y apeando à Doña Juana, dexandola dentro, èl mismo la cerrò con su propria mano, con la presteza, y vigilancia, que su enojo pedia, y bolviendo à passar el rio à rienda suelta, requiriò la campaña, sin dexar en toda ella arbol, mata, ni yerva, que buscando à Don Lope èl, y su gente, no rebolviessen, hasta que hallando unas huellas de cavallos, siguiendo el rastro, apresuraron su corrida, con determinacion de no parar hasta alcanzarle.

To-

Toda esta vida, sus acciones, y accidentes representan al vivo una farsa, ò comedia, en quien los personages que ayer hicieron Reyes, oy salieron esclavos; y en un pequeño espacio los que vimos en mayores caìdas, y desgracias, los miramos luego dichosos, y contentos: assi que siendo esta verdad tan manifiesta, aunque el presente caso trayga consigo igual admiracion, no por ella serà menos possible, ò desacreditada su inconstancia, y variedad; cuya fuerza maravillosamente resistida, experimentaron estos amantes, pues quando sus desdichas debieran tener alguna mengua, entonces parece que comenzaban con mayor rigor, y por el contrario en la ultima desesperacion de sus inconvenientes, ella misma era vida, y remedio de sus males. Avianse estos con tan grande tropèl amontonado en la hermosa, y afligida Doña Juana, que estuvo en facil termino su remate, segun en la ocasion que la dexò su hermano, porque presumiendo justamente de sus cosas, que aquel encierro triste avia de ser el teatro de su muerte, la carne como desalentada, y mortal, empezò à temer su amargo trago, y vertiendo copiosas lagrimas, y suspiros sin numero, reconociendo el de tantas miserias, y por el consiguiente el galardòn que de Don Lope avia recibido, aumentando su pena, y trocando su temor en ossadia, facilitaba, y aun deseaba con barbara obstinacion, un breve fin.

Apenas en su alma confirmò Doña Juana consentida aquella desesperada voluntad, quando inopinadamente oyendo unos gemidos tristes, que con espantoso rumor salian de aquellos aposentos (aun sin aver mirado la sombra de la muerte) se juzgò por perdida, y con tan grande turbacion, y miedo, que aunque diversas veces probò à dàr voces, pidiendo al Cielo su favor, ni pudo desnudar la lengua, ni el sentido superior hacer su oficio. Aumentaronse en tanto horriblemente los profundos suspiros, y otros se oìan voces articuladas, con que recobrando su aliento, abriò los ojos, y alargò los oidos, al mismo punto, que con mas claridad, aviendose acercado aquella triste voz, decia estas lastimosas razones. O alma miserable, y afligida, por qual de tantas puertas, y heridas determinas salir de esta carcel? O hasta quando durarà la consulta de mi lastimoso fin, y sangrienta resolucion? Sacame yà de tan rabiosas, y mortales penas, pues no es possible, que la memoria de su causa infeliz, que en este triste apartamiento mas me atormenta, remita su dolor mientras tu aliento me hiciere compañia: ay infelices horas mal gastadas, ay contentos mortales desvanecidos, ay glo-

rias

rias de la tierra perecederas, como todos me aveis desamparado, todos en viento, y humo os aveis convertido, y al fin, al fin, en la mayor necessidad, en el mas grave aprieto, como amigos fingidos, me aveis dexado. De aquesta suerte, y con mayor horror se lamentaba aquel (a su parecer de Doña Juana) vagante espiritu, quando infiriendo la afligida señora de tan fieros vestigios, y señales su portentoso fin, tragò la muerte, y levantandose con esta ànsia mortal, apenas desalentadamente diò seis passos, quando à los rayos que de la clara Luna entraban por unas fuertes rexas, viò rebuelto en un lago de reciente sangre à un miserable hombre, que arrastrando (porque estaba ligado pies, y manos) se pretendia acercar a las mismas puertas. Aqui acabò la dama de perder el sentido, y assi falta de fuerzas desapoderada cayò en el suelo, sì bien quando despues de breve espacio bolviò de aquel pesado parasismo, hallandose en los brazos ligados de aquel hombre, queriendo despavorida arrojarse de ellos, el sangriento rostro que tenia delante, estando yà tan cerca, fue lastimosamente conocido de ella, y no menos que por el del noble, y desdichado amante suyo, el qual no siendole mas favorable la fortuna, aun antes de su acaecimiento de ella, avia caido en las alevosas manos de sus crueles, y mortales enemigos.

Porque apenas, segun yà queda escrito, en demanda de los cavallos, Don Lope se apartò de sus ojos, quando al entrar de unas estrechas calles, que las huertas hacian, sin poderlo escusar, diò con una gran tropa de gente de acavallo, de quien siendo al instante conocido (tanto por el aviso, y sospecha que traian, quanto por aver dado primero con los suyos, y con el criado que los guardaba) atropelladamente se embistieron, escapando de aquel su primero impetu tan mal herido, que aunque intentò animoso vender su vida, cayendo sin sentido en el principio de su resistencia, al recobrarle, se hallò en poder de Don Pedro Palomeque, que haciendole atar de pies, y manos, entrando en la Ciudad, y atravesando la puente de San Martin, diò con èl en su Quinta, de quien assi èl, como su hermano tenian llaves, y dexandole como en un fuerte Castillo assegurado, sin ser sentidos aun de el que la tenia à cargo, porque dormia en diferente casa, bolviò à entrarse en la Ciudad, y à proseguir la orden que de su hermano Don Fernando avia traido, el qual, segun yà queda escrito, à la hora que tuvo en Torrejon la carta de Laurencia, se avia avisado à Casa Rubios de lo que en Toledo passaba, y previniendole para que antes de llegar se juntassen; y erran-

rando con la priessa este designio, vino algo primero que èl, y con la buena dicha que aveis oìdo; pues con tanta facilidad tuvo en sus manos el Heroe principal de esta tragedia. De suerte, que entendiendo este caso, digo esta inaudita, y maravillosa concordia, obra de superior providencia; los dos hermanos ignorantes el uno del acaecimiento del otro, juntaron en un mismo lugar, en una misma casa, debaxo de una llave por sus propias manos, y voluntad, à los que para la diversion, y apartamiento de la suya, parece que de acuerdo se avian convocado los Cielos todos, y sus quatro elementos.

En fin, aviendose despues de las cosas referidas lastimosamente abrazado, y comunicado sus desastrados fines, brevemente los dos tristes amantes consultaron el ultimo golpe de su implacable fortuna. Y en estos intermedios, haviendo D. Fernando seguido casi dos leguas largas aquel rastro de cavallos, en cuya prosecucion le dexamos, llegando à unas caserias, sin pensar entendiò en ellas el engaño con que caminaba, porque queriendo averiguar què gente avia passado, supo, que solamente D. Pedro su hermano muchas horas antes iba la buelta de Toledo, con que siendo yà casi amanecido, aun en las mismas huellas, que eran las que su hermano avia dexado, conociò su infructuoso trabajo, por lo qual abrasandose en furiosa colera, no siendole por entonces otra cosa possible, diò buelta à la Ciudad, como assimismo lo avia hecho antes Don Pedro. Si bien hallando este à su madre, y familia llenos de confusion, y escandalo, efectos de la fuga de su hermana; fue tal su alteracion, que estuvo en terminos de quitarse la vida; mas viendo que con semejante sentimiẽto no remediaba su afrenta, y deshonor, bolviò à buscar por entre aquellos campos la causa de èl; y trastornando en esta diligencia las duras piedras, le hallò su hermano, de quien (despues de averse recibido) con las nuevas que oyò de Doña Juana, saliò su espiritu de la aflicion que padecia, no siendo menos grave, antes sin comparacion, mayor el consuelo, y alegria de Don Fernando, luego como entendiò el sucesso de su enemigo; y assi queriendo sin mayor dilacion disponer su venganza, mandò à Don Pedro guiase à donde estaban: mas quedando en el camino comunicandose los dos estas cosas, advirtieron el yerro que su ignorancia avia cometido, poniendo à los dos amantes en una misma parte, en un mismo lugar, se quedaron pasmados: no obstante, que con el imaginado, y breve castigo que de tantas injurias

pen-

pensaban tomar, apresurando el viage mitigaron su pena ; la qual si por yerro tan disculpable, si por disgusto tan satisfecho, avia sido tan grande, por el q̃ aora oìreis que les estaba esperando, què tal seria, ò de què suerte à su paciencia, y sufrimiento les serìa tolerables? Pues no solo abriendo las puertas de la Quinta, ò casa del Encanto, hallaron transformados, ò rebueltos en humo, y sombra los dos enamorados prisioneros, pero ni aun rastro mayor de su assistencia, que la mucha sangre de las heridas de Don Lope. En conclusion, el modo de su fuga fue à todos bien patente, porque como la sobrada passion ofusca, y ciega el mas claro entendimiento, assi aunque quisieran encubrirle los dos hermanos, y mayormente la afrentosa ocasion, que los traìa afligidos, fuera impossible el riguroso sentimiento que hicieron al mal cobro de sus perdidas prendas: con que no solo quedò entendido, y manifiesto el secreto amoroso de su hermana, y Don Lope, sino tambien el que con tan inviolable silencio se avia siempre ocultado en aquel Cigarral, de el qual si os acordais en los principios de esta historia, aviendose los dos Cavalleros Palomeques escapado de tres cercos apretados, ignorando el camino, mereciò justamente el nombre de la Casa de el Encanto, titulo con que tambien la he referido en estos discursos. Estaba, pues, este maravilloso, y secreto artificio dispuesto con ingenio tan raro, con tanta sutileza, que ninguno, sin particular inteligencia de èl, alcanzàra su modo. Fue traza de un Ingeniero Alemàn, à quien Don Rodrigo su padre satisfizo por ella con larga mano: iba en efecto una profunda mina desde el menos importante aposento de aquel quarto, un grande espacio por debaxo de tierra, hasta salir su boca (cubierta de horruras, y malezas) à la fragosidad de unos altos barrancos: pero la forma con què la puerta se dissimulaba, y encubrìa en el referido aposento, era sin comparacion discreta, y peregrina, porque en su mismo enladrillado estaba un quadro movedizo, de anchura de dos tercias, fundado sobre un recio tablon de igual medida, y enlosado con los propios ladrillos; à este por la parte inferior dentro en la mina, sustentaban dos husillos con sus tornos correspondientes à dos fuertes clavijas de bronce, que sobrepujando por encima, torciendolas, con facilidad (en llegando à estàr atravesadas, como pendian en lo firme del aposento) assegurando el artificio, quedaba todo el suelo ejustado, y en queriendo abrirle, con torcer las clavijas, el peso mismo hacia moverlos tornos hasta tocar en el cimiento, y suelo, que serìa menos que un estado.

No entendian los apassionados

Cavalleros, que ſu hermana ſabia eſte ſecreto, ni menos, aun quando Don Fernando lo ſupiera, en la turbacion con que ſe hallaba, quando alli la encerrò, pudiera prevenir eſte aviſo, ni ſi la diligencia, y buena ſuerte de Don Pedro, tenian à Don Lope en la miſma priſion, porque aſsi el uno, como el otro, regidos de un igual penſamiento, no curaron mas, que de dexar encerrada la prenda hallada, y bolver por la perdida con prieſſa, y diligençia; pero ni con todo eſto deſconfiaron en la empreſſa de alcanzarlos, antes aſsi juntos como eſtaban, aviendo primero requerido la mina, fueron en ſu ſeguimiento, aſſegurando ademàs ſus eſperanzas, el conocer por el ſangriento raſtro, que Don Lope iba dexando, que era impoſsible el alejarſeles tan mal herido, como ello fuera indubitable, ſi la Clemencia, y Bondad Divina no los amparàra, y ſocorriera. Mas la miſma que diò à la animoſa dama reſolucion, è induſtria, para que acordandoſe (enmedio del peligro en que los dexamos rodeados de anguſtias, y mortales congojas) de la ſecreta mina, ſalieſſen de ſu amarga priſion, guiò tan bien ſus temeroſos paſſos, y en ocaſion tan acertada, que encontrando à unos pobres Paſtores, valiendoſe de ſu piedad, caſi en ſus ombros, ſe hallaron al ſalir el Sol en Argete, Lugar diſtanre de Toledo una grande legua, en donde gratificados los buenos hombres, no le faltaron à Don Lope otros muchos vecinos, que le amparaſſen, y encubrieſſen, no obſtante, que ſu rieſgo evidente, no le diò mas lugar, que para apretarſe las heridas; las qùales eran tantas, tan peligroſas, y crueles, que antes parecia obra milagroſa, que valor humano el ſuſtentarſe vivo. De aqui en ſendos cavallos, y con ſeguras guias ſe puſo en un fuerte Caſtillo, de ſuerte, que quando ſus enemigos llegaron à aquella Aldea, entendido ſu viage, y la ventaja que les llevaba, huvieron de tornarſe, aunque no para deſiſtir en ſu crüèl venganza, antes la comenzaron de nuevo, ſiendo primicias de ella la zeloſa Laurencia, à quien laſtimoſamente mataron à puñaladas eſte miſmo dia. Hecho por cierto, no ſolo indigno, y repugnante à ſu nobleza, pero injuſto, y barbaro, y mas de ſangrientos Caribes, que de Cavalleros Chriſtianos. Perſuadieronſe los dos hermanos (como ſabidores de la liviandad porque ſu padre ſe valiò de ſu amparo) que en la proſecucion de eſtos amores avia ocaſionadoſe ſu afrenta; y aunque era aſsi verdad, las circunſtancias, y rodeos por donde Doña Juana la diſpuſo, eſcuſaban grandemente à la pobre Laurencia. Mas ſin topar en eſto (como ſu origen principal) ſatisfizo con la vida, el peli-

ligroso riesgo en que passò à su amante, y el aviso mortal, que à terminos tan tristes le reduxo; si bien ninguna atrocidad de las muchas, que emprehendieron los Palomeques, yà los deudos, y amigos de su contrario, yà en su grandiosa hacienda, y en sus hermosas granjas, casas de campo, ricos Palacios, fuera tan mal vista, y parecida, como esta barbaridad, y desatino, el qual executado, sin mayor dilacion juntaron gente, artilleria, y municiones bastantes à mayor cerco; y determinando panersele à Don Lope, salieron de Toledo. Mas como en su prudencia no fuesse necessario prevenir este riesgo, no sintiendose con bastante defensa, desamparò la fuerza; y assi como se hallaba mal doliente, aunque mejor curado, caminando las noches, y los dias, no parò hasta entrarse en Portugal, adonde siguiendole sus criados, con lo mejor de sus joyas, y riquezas, lo primero que hizo, fuè, tratar de su cura, que fuè (por la remission, y tardanza) tan larga, y prolixa, y tan llena de peligrosos accidentes, que muchas veces, aun antes de sus deseadas bodas, estuvo Doña Juana en terminos de llorarse viuda: mas el Cielo, que de tales riesgos le avia sacado, tambien le librò de este; con que despues de su convalescencia, en dulce possession dichosamente gozaron el premio, y galardon, digno à tantos trabajos.

Los infortunios, y miserias, que en la brevedad de este tiempo padecieron en Toledo, y Castilla, todas sus cosas de Don Lope, fueron tan generales, tan terribles, y agenos de satisfacion, y venganza noble, que ni su calidad dà lugar à escrivirse, ni fuera licito, que injurias semejantes, assi por quien las recibiò, como por el honor de quien las hizo, quedàran immortalizadas en la estampa, solo dirè, que la reputacion de Don Lope quedò en algunas, con tanto menoscavo, y descredito, que siendole inescusable, y forzoso el bolver por su honra, dexando los demàs caminos, y medios de paz, que con sus enemigos se trataban, eligiò el que en ley de Cavallero, y segun sus grandes agravios tenia obligacion. Y assi, aviendo primero pedido al Rey Don Juan el III. (que entonces Reynaba en Portugal, y debaxo de cuyo amparo vivia en sus Reynos) licencia para desafiar à los dos Cavalleros, luego que su Alteza entendiò tan graves, y justas causas, no obstante que yà en España se iba remitiendo, y olvidando este infernal abuso, à ruego de la señora Reyna Doña Cathalina, que mucho estimaba à Don Lope, y debaxo de plazo de quarenta dias, se la concediò, assignando para su expedicion la Ciudad de Ebora, adonde en la sazon se hallaban sus Altezas. Con

lo

lo qual, despachando à diversas partes de la Corona de Castilla, assi en Toledo, como en Valladolid, Burgos, y Sevilla, parecieron en un mismo dia fijados sus carteles, q̃ como en ellos los retasse con atributos, y cargos poco honrosos, y ofreciesse combatirselo à entrambos, ò meter consigo Cavallero, que ayudasse su intento; en breve termino se llenò España de su fama, y valor, y la Ciudad de Ebora de gente innumerable, que acudiò à ser testigo del sucesso. No tuvieron en mucho los dos hermanos semejante resolucion, antes en alguna manera consolados por la ultima venganza, que segun su valentia, y fuerza, qualquiera de ellos se asseguraba, aceptando la empressa, y con su salvaguardia, previnieron las cosas al trance necessarias.

Yà en aquesta sazon, aviendo D. Lope de Padilla perdido aquella memorable batalla de Villalar, y passadas las demàs cosas decantadas por tan graves autores, gozaba Castilla de mayor quietud, la qual con la venida del invictissimo Carlos V. su Rey acabò de conseguirse; sì bien para mas perpetualla, entendiendo su Magestad el estado, y miserable ruina, que amenazaba à estas dos Casas, deseando apaciguarlas, y componerlas sin otro rompimiento, y que estos Cavalleros bolviessen de Portugal igualmente satisfechos, y honrados, tuvo por bien de escrivir al señor Rey D. Juan su cuñado sobre este punto, que no deseandolo menos, procurò disuadir por diferentes medios, y trazas à D. Lope, aunque como el sentimiento de sus agravios, y la publicidad de sus injurias corriessen parejas, no se pudo acabar con èl desistiesse en la empressa: por cuya causa mal contento su Alteza, secretamente diò orden, para que ningun Cavallero, y Fidalgo, vassallo suyo (porque muchos lo querian hacer) le acompañassen en aquel desafio, pareciendole, que aquello, que con su autoridad, y ruegos no avia conseguido, la fuerza, y aprieto de tal necessidad lo efectuaria: Esta misma diligencia se usò en Castilla, sì bien el gallardo Don Lope, que no por semejante camino se avia de reducir, aunque viò, que los amigos de Castilla tardaban, y los de Portugal se encogian, ni desmayò en su intento, ni menos el aplazado dia dexò de hallarse enmedio del Palenque, cuyo teatro hermoso, adornado de bizarras damas, y de toda la nobleza Portuguesa, aunque fuera en mi pluma assumpto peregrino, la humildad, que de ella reconozco, puede escusarme en su narracion; y assi, passando esta en silencio, avrè de proseguir en lo restante de mi historia.

No quiso hallarse en ocasion tan triste la hermosa Doña Juana,

cuyas lagrimas, aunque dissimuladas de su esposo, pudieran, como el Divino Orfeo con su canto, enternecer los insensibles marmoles. Porque no solo aun antes de la batalla le afligia su peligro, y rigor; mas temia, y con mayor cuydado, que faltandole à Don Lope ayuda, como tambien conocia el valor de sus hermanos, se avia de vèr con ellos en notable riesgo. Pero con todo esto, reprimiendo su llanto, ella misma, y con sus proprias manos ayudò à armar à su esposo; y no fiando de sus criados, apretando los pernos, y requiriendo las evillas, y correas, infundia en su pecho nueva ossadia, y mayor audacia.

Saliò con esto D. Lope de entre los tiernos brazos de su esposa, y entrò en la plaza, acompañado de muchos criados, y de algunos señores Portugueses, que assi por sangre, como por otros respetos, le quisieron honrar; y no curando de galas, y divisas, armado de resplandeciẽtes armas, todas ellas, y el templado escudo parecia un espejo de bruñido cristal. El cavallo era rucio, y mas valiente, y hacedor, que galàn, en quien con su acompañamiento, y padrinos diò buelta à la plaza; y hecho su acatamiento à los Juezes, y Damas, porque los Reyes no assistieron en ella, se arrojò en el Palenque al mismo punto, que sus contrarios assomaban; que como ellos quisiessen juntamente con su valor mostrar su riqueza, ỹ poder, mas parece que vinieron adornados para bodas alegres, que para batallas sangrientas; y assi el acompañamiento, las libreas, divisas, plumas, y colores, fuè maravilloso, con que dexaron en quantos les miraban grangeado el aplauso, y voluntad. Las armas que traian, eran aquarteladas de oro, y azul, con orlas, y gravaduras, que las hacian mas hermosas, y ricas, y los cavallos de Cordova, pelo castaño, y la presencia hermosa, y dignos de sus valientes dueños, cuya enseña, y divisa, era el blason antiguo de sus famosas Armas. Luego, pues, que se vieron en el Palenque, quisieran sin mayor dilacion dàr principio al combate, aunque su mucho valor, y gallardia, repugnando conocida ventaja, no obstante, que de rigor, y justicia pudieran hacerle juntos, ò ayudarse en qualquiera aprieto, resolvieron lo contrario; y aviendo despues de algunas diferencias, y porfias (porque cada uno queria ser el primero) convenidose, apenas Don Fernando esperò el sòn de las trompetas, quando entrando en la plaza un Cavallero en orden de pelea, suspendiendo la suya, esperaron a vèr su determinacion, la qual no parando hasta el assiento de los Juezes, aviendo hecholes una gran cortesia, levantando la visera del yelmo, les hablò estas tan libres, como breves razones.

Yà

Yà que hasta agora vergonzosamente en un Reyno, cuyas temidas armas tienen sujeta la mayor parte del Oriente, se ha permitido, que en acto tan honroso falte ayuda à un noble Forastero, y por sus grandes meritos digno de su favor, no es justo, que prosiguiendose esta mengua, me escuseis la licencia de enmendarla; pues siendo vuestro gusto, vereis, que la ocasion de mi venida, es, no solo à suplirla, sino à poner la vida en igual aventura con Don Lope Pacheco. Mal indignados oyeron los Juezes semejante platica, no obstante, que encubriendo su colera, el uno de ellos respondiò de esta suerte: Bien pienso, gallardo Cavallero, que debeis à estos Reynos poca naturaleza, pues ignorante de su nobleza, y valentia notoria, aveis de ella en este trance presumido menos satisfacion, de la que à la modestia, y cortesia de vuestro havito se permite: vos podeis con el consentimiento de Don Lope ayudarle en su batalla, de quien si escaparedes vivo, tened por cierto, no quedarà vuestra inadvertencia sin enmienda, y entonces entendereis, que si se ha faltado à la causa presente, ha sido, mas por la obediencia justa, debida à nuestro Principe, que ha deseado trocar en paz aquestas dissensiones, que por mengua, ò cobardia de sus vassallos. Pues si por menos favor (replicò el Cavallero, levantando la voz) ha intentado reducirlas su Alteza, perdone su magnanimo espiritu, que el medio no era licito, ni D. Lope Cavallero, que por temor humano dexàra de hacer rostro à lo restante de la tierra; y con tanto, sin esperar mas rèplica, ayrado por la presumpcion de la ultima, picò el cavallo, que assi como las armas era negro, dexando de su alindado talle, despejo, y libertad admirados los presentes, y al buen D. Lope en mayor confianza de victoria; el qual agradecido, queriendo hablarle, aun antes de su razon primera, interrumpiò su platica el señor Rey Don Juan, que acompañado de sus Grandes, y Corte, siendo informado del nuevo acaecimiento, y ayuda de Don Lope, quiso en persona alcanzar de èl, lo que por otros medios no avia podido; y assi, con semejante deseo, entrando en el Palenque, luego que aquellos Cavalleros vieron su Real presencia, dexando los cavallos, le besaron la mano; si bien el de las armas negras no hizo mas que ademàn, y cortesia de intentarlo; cosa, que igualmente fuè notada de todos, y tambien el averse quedado con su yelmo, no obstante, que los demàs, por el respeto de tan grande Principe, se los avian quitado. En fin, entendida la voluntad del Rey, y que à instancia del mismo Emperador, su natural dueño, queria, que

dandolos igualmente por buenos, y leales Cavalleros, dexassen la batalla en aquel estado, y sus intereses en sus manos, à mas no poder, y porque hacer otra cosa, contradiciendo à tanta autoridad, fuera desatino, y locura, huvo Don Lope de concederlo, teniendolo sus contrarios por bien, y facilitada cosa al parecer de tantos impossibles; y advirtiendo su Alteza, en que el estraño Cavallero queria con su licencia partirse, no lo permitiò, antes gustando conocer, quien en su Reyno, y à su despecho daba à Don Lope ayuda, le mandò descubrir; y assi desenlazado el yelmo, en vez del robusto semblante, que su atrevimiento, y presencia prometian, quedò patente un hermoso, y delicado Serafin, cuyo rostro, y cabellos, que como trenzas de oro cayeron blandamente, bordando el negro arnès, apenas fueron vistos, quando Don Lope conoció à su esposa, y los dos valientes Palomeques à su enemiga hermana. Quedaron à semejante vista los presentes atonitos, y juzgando en su aspecto otra divina Palas, corriò la voz de tan peregrino sucesso, y la noticia de su gentil persona à los oidos de su Alteza, que con generoso, y real pecho conocida, la recibiò en sus brazos, de quien enternecidos, y admirados de tan grande valor, se la sacaron sus hermanos, y esposo, haciendo esta impensada, y notable accion impression tan piadosa en sus entrañas, que no queriendo faltar à su ilustre sangre, con gusto general de sus Altezas, Grandes, y Cavalleros, salieron de la plaza conformes, y olvidadas sus passadas injurias: con lo qual, despues de averles hecho grandes honras, y mayores mercedes el señor Rey D. Juan, alegres, y satisfechos los embiò à Castilla. Si bien, queriendo, que tan memorable valor quedasse eterno, mandò, que de la misma suerte, que Doña Juana se le avia mostrado, quedasse retratada en su Armeria Real, adonde con magestad maravillosa aun oy conserva el valiente pincèl la hermosura de su original, y adonde, si algun curioso circunspecto le pareciere duro el aver yo sacado con esta historia armada, y à cavallo una delicada muger, podrà leyendola, satisfacer su duda, vèr con los ojos su desengaño, y el mejor abono de mi credito.

SUCESSOS DE DON ENRIQUE de Silva.

HISTORIA QUINTA, SUCEDIDA EN LISBOA, CON el famoso origen, antiguedad, y fundamentos de esta nobilissima Ciudad.

DEspues de aquella tan memorable, como decantada destruicion de Troya, en quien fue uno de sus famosos expugnadores el Capitan Ulisses, excelente por su eloquencia, y sagacidad, dicen Autores graves, que perdiendose de la conserva, y junta de los demàs Principes vengadores de Agamenon, diò principio sus largos naufragios, y assunto en ellos à la honesta perseverancia de su esposa. En este prolixo viage, es tambien tradicion antigua, aver aportado à España, derrotado por el famoso Estrecho de Gibraltar, hasta la boca, y desaguaderos del Tajo, por quien subiendo con sus naves, y alegre con la magestad, y explendor de sus riberas, tuvo por sitio, digno de su memoria las de mano siniestra, adonde reparandose, fundò (mil y ciento y setenta y dos años despues de el Diluvio) una hermosa Ciudad, en quien perseverasse eternos siglos, llamandola Ulixipolis, que en Griego significa Ciudad de Ulisses, ò segun Estrabon, Ulissea por su nombre.

No es menos cèlebre, y venerable la ancianidad, y origen de la memorable, y sumptuosa Ciudad de Lisboa, que es la misma de quien voy hablando, y à quien por tales causas los antiguos siempre la llamaron Ulixipio. Si bien mucho despues de su primera fundacion escrive Plinio, fue nombrada Salacia, y tambien Julia Felix, y que en su tiempo poblandose de los nobles, y Patricios Romanos, la bolvieron su originario nombre. Es, pues, esta dignissima, y principal cabeza de la Corona de Portugal, en assiento hermosissima, en comarca abundante, y por la oportunidad, y manejo de su famoso rio, rica, opulenta, y entre las demàs escalas, y Ciudades del mundo, unica, y admirable. Su fundacion es una parte eminente de la estendida playa, en quien se empinan siete montes, ò apacibles collados, que vestidos de levantadas torres, de edificios sumptuosos, espesas calles, inumerables plazas, y magnificos Templos, y

aplaudidos por el Real, y generoso Monasterio de Belèn, Piramides, y entierro de sus Principes, de su fuerte, y artillada Torre, de la grandiosa Casa de la Misericordia, Hospital de los Santos, Memoria, y rica Fundacion de los piadosos Reyes Don Juan, y Don Manuel, de sus inexpugnables Castillos, de su Palacio, y Fuerte, de su anchuroso Puerto, de sus monstruosas Naves, y de sus inumerables moradores: no solo ofrecen à la vista el mas sobervio, y espantoso objecto, que pudo imaginar ingenio humano, sino que juntamente aquella formidable magestad està infundiendo, y pregonando en èl las inauditas, y memorables hazañas de sus valientes hijos, cuyas armas, y temidos Estandartes (dexemos para espanto de Roma al antiguo Viriato) yà del Africa assombro, yà terror del Oriente, han tremolado portentosamente invencibles, la redondez del Orbe: con que no sè yo quien en tanto valor, en tan grande igualdad, en tan general estremo de excelencias, y maravillas, pondrà atrevido el intento, y la pluma; pues si es llano, y certissimo, que las cosas magnificas tienen de suyo grangeado el aplauso, explendor, y alabanza, mucho mas conocida seria mi locura, emprehendiẽdo passar adelante en descripcion tan notoria, y famosa; y assi, tanto por disculpar mi atrevimiento, quãto por no animarle à semejante yerro, suspenderè la pluma, y cederè contento el cãpo, y la ventaja à quien mas elegante, y doctamente diere vida al bosquejo, que presumieron alentar mis borrones, y yo en el interin proseguirè tan solo en la narracion de el sucesso que tengo prometido, al qual aunque por tragico, y lloroso he deseado morigerar en alguna manera, el sentimiento, y respeto de quien me obligò à escrivirle, no lo ha permitido, ni menos la verdad que professo, assi en las demàs historias referidas, como en la que tenemos presente, cuyo principio es el que se sigue.

Assi como es dificultoso en el que govierna, poder tanto reprimir sus afectos, que desnudo de ellos, del respeto, de la sangre, del amistad, ò de su propria inclinacion, guarde igualdad en la distribucion de la justicia, premio, y castigo de ella, assi tambien es impossible faltar aun à quien con mayor rectitud se aya portado en semejantes cargos, querellas, emulos, passiones, y venganzas: que si bien por la mayor parte son injustas, raras veces en el crisol de los descargos, en la prolixidad de las determinaciones, en el descredito de el que està padeciendo, y en la dilacion de sus fines, dexa de quedar, aunque inocente, culpado, aunque absuelto cautivo, y aunque sin pena, pobre, y su opinion

en

en opiniones. Peligroso genero de servicios, peligroso camino de merecer; pues adonde un hombre ha echado el resto de sus fuerzas, y riesgos, y trabaja mas por alcanzar el premio de ellos, entonces fomenta, y solicita su destruicion, entõces una mala intencion, un poderoso emulo descompone cauteloso, quanto su industria, y buen zelo adquirieron sudando. No sin particulares fines he dispuesto tan nueva digresion, pues casi iguales terminos, semejantes querellas, aun mayores quexas, suspiraba ofendido en la Ciudad de Goa, el noble Cavallero Don Luis Antonio, uno de los personages principales de esta tragedia, Capitàn Portuguès, de admirable valor, y à quien por sus hazañas se le avia dado el govierno, y tenencia de una Fortaleza importante, y de las mas essenciales, que asseguran en aquellas remotissimas partes la magestad de la Corona. Mas como en tales, y tan grandes cargos sobra tanto de lo que he referido, la embidia rindiò tiranamente su inocencia, sin ser poderosos los medios con que se procurò atajar en España; al fin el Supremo Consejo le obligò à ceder el oficio, y remitiò ordenes, para que en son de preso, el Virrey le embiasse à Lisboa. El progresso de tan larga jornada viene à ser piedra fundamental de nuestra historia, y assi, aunque moralizados, fueron inescusables sus principios, y causas.

Esperaba con la resolucion dicha Don Luis Antonio, que las naos de la india se aprestassen, y como tambien se le mandaba llevar su casa: en el interin haciendo traer à Goa sus mejores prendas, su muger, y una hermosa hija, iba previniendo el viage, y disponiendo de su hacienda (que era bien poderosa) hasta que llegado el tiempo conveniente, se hicieron à la vela. Era el Virrey persona de condicion severa, y assi, ò bien por esta causa, ò por las que le oponian à Don Luis, al entregarle, casi publicamente, protestò, y encargò su guarda al Capitàn Mayor, ò General de la Armada, el qual no obstante, que la nobleza de su ilustre sangre, y el ser gran Soldado, y Cavallero, no menos, que de la clara estirpe de los Silvas, contradecia semejantes rigores, viendo quan circunspecto le entregaba el Virrey, no pudo escusar su mayor recato, y con èl, la seguridad de su credito. Hizole embarcar en su misma nave, y con ella (como mas à la mira) le traxo no tan gustoso como quisiera, y el preso merecia. Pusole, sino prisiones, como se le ordenaba, al menos quatro postas, para que le assistiessen. Requiriòles su guarda, cuidò de su advertencia, y finalmente en la disposicion de tales diligencias, grangeò poco à poco

el mayor odio, y rencor de el afligido Don Luis, y su familia, à quien pareciendo enmedio de tan inmensos pielagos, y mares, exorbitante, y aun impertinente tanto cuidado, llegaron à sentirse por vexacion, aun à morderse, y lastimarse en publico, y secreto. Fomentabase con estas cosas una sedicion en el Navio, y aun en toda la Armada: porque si bien en Silva era su General, y Capitan Mayor, Don Luis Antonio era de los mas compañero, de algunos deudo, y de todos amigo: con que teniendo el Capitàn por conveniente cumplir sus ordenes, no afloxando el cordel, antes aumentando el recato, en la ocasion primera, mãdò passar de otro en q̃ iba à su Baxèl, à D. Enrique su hijo.

Era este mancebo valeroso, arriscado, y valiente, y à quien con respeto, y aplauso estimaba el Armada, y por tan buenas partes importante en aquella sazon, como al fin pareciò; pues con su presencia, no solo se quitaron los sentimientos, y quexas, mas se moderaron los rigores, y guardas del preso, porque su padre dexandole à su cuenta, diò lugar à que en ella dispusiesse à su gusto. Con esto lo que hasta entonces no avia hecho, forzado de su obligacion, y cortesia, emprehendiò Don Enrique aora visitando à D. Luis en su estancia, y cortejandole para su diversion, y consuelo lo mas del tiempo, atajar los comenzados rencores, y dexar antes deudor al preso en su agassajo, que lastimado, y quexoso en su aspereza. Y huvierale valido à Don Enrique el estarse en su nave, y el ser menos cortès, menos piadosos, no menos que su total quietud, la tranquilidad de su alma, y el sossiego, y paz de su corazon. Quien podrà imaginar antes de leer estos discursos, que de tan heroyca virtud, de tan noble trato, de terminos tan concertados, y honestos, naciera para aqueste mancebo, el principio de su perdicion, el origen de sus trabajos, y en fin, con su muerte el remate dellos? Y quien serà tan loco que se atreva à presumir, que entre las procelosas hondas del Occeano, entre su cana espuma, entre sus aguas, y en la opressión, y cerco de un tan fuerte, y contrario elemento, podian engendrarse las encendidas llamas, el fuego ardiente, que en breve tiempo, como presto veremos, fue incendio lastimoso, y miserable ruina de su alma?

Realmente, que quando assi en aqueste, como en los passados sucessos que he escrito, llego à considerar los medios, los caminos por donde previnieron algunos, ò yà su dicha, ò yà su mala suerte, que pierde pie mi humilde entendimiento, y se anega, y confunde el juicio, y el sentido, y encogiendo los ombros, sin mas rastrear secretos tan ocultos, re-

ve-

verencio admirado la causa superior, que los governa.

Yà referi al principio, como Don Luis Antonio traia toda su casa, su esposa, y una hija, cuya belleza portentosa (aunque entonces la passè en silencio) aora que ha de dàr tal materia à esta historia, no es possible escusarlo; porque ademas de ser digna en todo de alabanza la fama, que aun oy dura en la India de su hermosura, y la que en Lisboa permanecerà por muchos siglos, obliga al mas sutil pincèl, à la mas biē cortada pluma. Era Doña Leonor (que assi se llamaba este bello sugeto) moza de poca edad, mas tan gentil de cuerpo, talle, y disposicion, que qualquiera juzgàra sus años por mayores, y à este mismo modelo seguian las demàs facciones, el brio, el donayre, y la virtud, y discrecion del alma. De suerte, que si en esta era admirable, en su cuerpo era peregrina, formandose de tantas excelencias un divino portento, un assombro de virtud, y hermosura, y aun parece, que ni queda exagerado, ni encarecido bastantemente.

A este dulce espectaculo, monstruo en belleza, tal vez descuydados, y aun libres, miraron atrevidos los ojos del incauto mancebo, llevando, como siempre acontece, tràs del atrevimiento, y descuido, la pena, y castigo de su descuydo, y libertad. Tenianle sus padres en Lisboa casi yà concluido un casamiento con una prima suya, tan rica como hermosa; y sobre todo, el empleo, y caudal de su primero amor, y por cuyo respeto, si no digo desdèn, avia padecido no pequeños disgustos, y agora solo acabar su viage, dilataba su possession. Y assi con tal empeño, pareciale, que ni avia causa en el mundo para que sus obligaciones, y fee faltassen, ni peligro, ni objeto, que hiciesse su palabra venir à menor. Con esta flaca defensa, que en un instante se desvaneciò como humo, contandose como dicen por casado, y por el consiguiente por seguro, diò franca, y libre puerta à sus dos ojos, y rienda à su inadvertencia, y presumpcion, hallandose, quando menos pensò, y quiso retirarse, precipitado en un abismo de deseos, y rodeado de murallas tan fuertes, que juzgò por eterna su prision, y su libertad por irremediable. Olvidò el justo empleo, que alborozado le bolvia à su patria, la perseverancia prometida; y para mayor muestra de su excesso, y locura, diò al mar un hermoso retrato de su prima, y futura esposa. Señales eran estas mortales, accidentes eran aquestos de una furiosa calentura; y sus efectos, aunque bien encubiertos, facilmente saliendo como el fuego à la boca, fueron patentes à su dama; y aunque advertidos de su discrecion, en ninguna manera aco-

acogidos de su honesto pecho. Sabia yà Doña Leonor las aplazadas bodas, y aunque esto assi no fuera, su presumpcion altiva, su recato, y honestidad, bastàran à contrastar fuerzas mayores, y mayores peligros: ò al menos (estremos semejantes) juzgaba ella de su entereza, y cordura; si bien yo dificulto tan igual conveniencia, y temo, que tales presumpciones suelen dàr en terribles baxios; porque ser confiado, y ser prudente, de suyo trae la contradicion, y repugnancia. En fin, de aquesta suerte, yà en las primicias de este amor, yà en la absteridad, y encogimiento de la dama se iba prosiguiendo aquella larga, y temerosa navegacion, con tan prosperos vientos, que hasta invernar en Mozambique, por no atreverse entonces à doblar el cabo, ninguno fuè de tan siniestra condicion, como la mal correspondida voluntad del amante, que à vela, y remo caminaba, sin esperanza de seguro puerto.

Llegaron al termino que tengo dicho las poderosas naves, y juntamente, segun lo han de costumbre, alvergaron quietas; aunque no assi el preso Don Luis, porque la ocasion de hallarse en tierra, acrecentò su guarda, y por el consiguiente, incomodidades forzosas. Sentia este Cavallero la desconfianza del Capitàn mayor; y sobre todo, que siendo de una misma Ciudad, y naturaleza, pudiessen con èl tan poco sus merecimientos, y partes; de adonde bolviendo à los encuentros passados, y sus enojos, llegaron al punto, de quien jamàs descaecieron: con que si bien Don Enrique, por su proprio interès, deseò apaciguarlos, aunque hizo como antes lo que quiso de su padre, y acomodò à Don Luis, ni por esso se reconciliaron, ni el tierno amante bolviò à la comunicacion de sus visitas: con que lastimosamente muriendo passò aquel temporal, hasta que al cabo de algunos meses, embarcandose, sin mejor esperanza, bolvieron al viage; y el por la cercania, à poder vèr mejor à su dama, sin la limitacion que en la tierra. Tenia muy buena voz, y igual destreza en la musica, y assi por medio de ella, diversas veces entendiò Doña Leonor los conceptos, y ternuras de su amante, porque las mas noches, en los corredores de Popa passaba desvelado, ò yà cantando al sòn de la vihuela, ò yà vertiendo amorosas lagrimas; si bien à tãtas quexas, à tan amargo llanto, siempre D. Leonor estuvo sorda, siempre cruèl, y siempre desdeñosa, con que el abrasado mozo, reconociendo su desdicha, perdiò pie en su remedio; y al passo que le iba faltando la esperanza, à esse mismo crecian sus tristezas, y perdiendo el vigor vino à rendirse, cayendo en una peligrosa enfermedad, con la qual

çessando el breve alivio de la vista de su dama, se aumentò su accidente, y con èl el peligro de su vida.

Llorabale su padre tiernamente, y aun todos los Soldados, y Oficiales, de quien era bien quisto, y no era Don Luis Antonio quien menos lo sentia, porque reconocia, que si algun buen passage se le hacia, era por su medio, y diligencia. Solo Doña Leonor constante, y firme como roca à estos golpes, corria parejas en el sentimiento licito, no en el que à tan estraño, y prodigioso amor debia. En este interin el mal del pobre enfermo, por instantes, por puntos caminaba à prevenir su muerte, apresurada, tanto de la causa dicha, como de las incomodidades del navio, golpes, y bayvenes del mar, que tambien à esta sazon con un viento deshecho andaba por los Cielos, hasta que reconociendo las Terceras, casi forzadamente huvieron de arribar à ellas, con que siendo preciso reparar los baxeles en el entretanto, la ocasion apropósito obligò à saltar en tierra al Capitan, y à que sacassen à ella à su hijo, y à D. Luis, y su gente, que todos venian con achaques diferentes. Alojaronse jũtos unos, y otros en las casas de el Governador de aquellas Islas, que para facilitar mejor su cura del noble D. Enrique, acertò à ser no menos que su tio. Tenia este Cavallero dos hijas doncellas, de quien, y de su madre, casi igualmente fueron con los parientes recibidos, Don Luis, y su muger, y sobre todo la hermosa Doña Leonor, porque su belleza, y cordura, no solo causaba admiracion, mas se hacia amable. Yà se sabe quan tiernamente se agassajan los de aquesta Nacion, y quan poco deudo, obligacion, y conocimiento han menester para regalarse; y assi, no tengo para què encarecer las caricias de tales huespedes, ni la piedad, y amor con que el doliente mozo seria curado: no se apartaban de èl un punto sus dos primas, y si algun breve espacio le faltaban, era solo para hacer compañia à su dama, por la qual encargando su gusto, cada instante preguntaba Don Enrique, y enmedio de sus ansias, y congoxas, aquel su dulce nombre le alentaba, con tal demonstracion, q̃ facilmente las piadosas señoras dieron en su desvelo, y poco à poco en el origen cierto de su peligrosa enfermedad; confessòlo assimismo, casi yà desconfiado en su remedio el tierno amante, y cubiertos de lagrimas los ojos, las pidiò, que à lo menos en aviendo muerto, le dixessen à Doña Leonor su infeliz suerte, y con tristes suspiros les contò juntamente su perseverancia, y firmeza, y el descuento, que en desdenes, tibiezas, y rigores, le avia reducido à tan mortal estado. No

se holgaron poco las dos damas, de que su sospecha saliesse cierta; porque del entenderla, confirieron en la salud del primo mas segura esperanza, y en el consuelo de sus penas igual remedio; con lo qual, alentando su descaecimiento, tomaron tan à pechos su amorosa empressa, que sin mas dilatarla, aun antes de acostarse aquella noche, sabia D. Leonor yà de su boca, lo que mucho tiempo antes se tenia ella muy mejor entendido.

Quiero, què antes de passar adelante, ni que el Lector se entere en los sentimientos fingidos, enojos dissimulados, y razones severas con que rechazò D. Leonor la intercession de las dos primas, sepa tambien la altura, los terminos, y rumbos en que la hallaba, el peligro de su muerte, su larga enfermedad, su tierno amor, y su mayor constancia, para que assi mas claramente penetrado este punto, reconozca, quan cortas son las fuerzas de una fragil muger, quan breves sus rigores, y quan faciles sus resistencias; y mayormente combatida, y poco recatada de un continuo cuydado, de unos dulces gemidos, de un largo padecer, de unas fingidas, ò verdaderas lagrimas, de una solicitud amorosa; y sobre todo, de un forzoso, y cruèl dissimulo, de su recato vergonzoso, y de su natural honestidad, y encogimiento. Nunca à Doña Leonor le pareciò mal Don Enrique; antes siendo sus partes tan gallardas, su condicion tan generosa, y su cortesia tan bien experimentada, era fuerza, y obligacion precisa, que en su pecho huviesse causado diferentes efectos de los que ella mostraba, como realmente era lo cierto; mas teniala à raya el saber, que èl iba à casarse, y sobre aquesto su pundonor honesto, que este era incomparable. Por esta causa, y por razon tan cierta, llano es, que aumentandose en la continua vista el fuego de esta viva centella, y creciendo al rigor de un viento tan deshecho, y mayormente por su causa, en terminos de muerte un mozo tan gallardo, que aviá de contrastar sus intentos, y desvanecer sus honrados propositos.

Declarada, pues, esta enigma, y entendido, que aunque oculto, en su pecho triunfaba amor de su constancia, facil me serà el persuadir, que no podia en la sazon de entonces suceder à Doña Leonor cosa mas deseada, ni conforme à su estimacion, y entereza; porque yà con su mayor contradicion, y esfuerzo, avia cobrado alientos su amoroso desvelo: y de tal suerte se hallaba sumergida, y ahogada, que à dilatarse mas la diligencia de las dos damas, saliera de ella el descubrir à voces su sentimiento, ò por lo menos se declararà infaliblemente por qualquier camino con Don Enrique,

que, que no hace menos su furiosa bateria, querer assi oponerse, resistiendo, dissimulando, y à brazo partido con este ciego, y Rapacillo amor.

Este era el termino, y estado en que la cogiò el tierno recaudo de su amante, y en quien los piadosos ruegos de aquellas damas pretendieron ablandar su corazon de cera, si bien para las dos probò a mostrarse entonces de azero duro, y con dissimulacion, y enojo tan fingido, y dispuesto, que viendose enmedio de sus muchas querellas tocar en la estimacion, y aun en la obligacion, y fee de ser su huespeda, y por el consiguiente mal correspondida, casi se huvieran de hallar muy arrepentidas: mas oyendo, que en el progresso de sus quexas mezclaba artificiosamente las generosas partes de su primo, su igual conocimiento; y ultimamente, que à no juzgarle por casado, ò en terminos de estarlo tan presto, no las culpàra tanto: entendido el descuydo exagerado, la dieron por rendida; y apretando la cuerda, apenas de parte de Don Enrique las dos la asseguraron en su rezelo (pues no era puesto en razon, ni aun licito, pensar, que èl pretendiera tan ilustre muger, menos que para un loable fin) quando la abrasada señora hizo publico alarde de su amor, y rompiò no sin lagrimas el velo de su dissimulacion, y recato; con lo qual aclamando victoria à persuasion de las dos primas, se determinaron à hacer la siguiente noche secretamente una visita al doliente mancebo, ò por mejor decir, à llevarle la salud, y vida, como en efecto sucediò, porque alcanzado el sì de Doña Leonor, en hora conveniente, y en el posso, y silencio de la noche, entraron unas, y otras, llevando enmedio al verdadero antidoto, y remedio del enfermo, al qual, en vez de la salud que deseaban, inadvertidas huvieran acarreadole la muerte, con tan impensado, y repentino contento.

Teniante à Don Enrique sus continuas congojas en un suspiro eterno, desvelado, y sin sueño, y por otra parte la enfermedad terrible, y el no comer, desalentado, y dèbil. Y assi no fuè mucho juzgar à la primera vista tal sucesso por alguna de las transformaciones de Ovidio; y en hecho de verdad, no passò menos, porque alborotado, y lleno de temor, y respeto, en viendolas, se quiso (para hacerles conforme reverencia) arrojar del lecho, y executarlo, si al punto no le detuvieran las primas, y con el nuevo desengaño, y nuevas de su buena fortuna, reprimieran su intento; aunque esto no fuè de suerte, que à contento tan grande, y nunca esperado en su concepto, èl pudiesse exprimir alguno, que lo pareciesse, ni menos assegurar su tur-

bado espiritu ; si bien con todo, agradeciẽdo con locuras de amor este favor inestimable , dexò lugar à que sus dos primas le ablassen, y Doña Leonor le satisfaciesse. Dixo, pues , la hermosa dama (cubierto el rostro de vergonzosa grana) entre otras muchas cosas con que pretendiò disculpar su esquiveza , y rigor , la fuerza , que sus primas la avian hecho, lo que su amor la tenia obligada, y quanto deseaba su primera salud ; diò un pequeño rasguño en su correspondencia; y finalmente, aumentandose el virgineo color , con la seguridad de su fee, y palabra, asseguró igualmente la suya , y sus temores , con que brotando el corazon del que la oia , agradecimientos , sumissiones, promessas, y una inviolable fee, trocando en alivio sus penas , sus tormentos en glorias, sus tinieblas en sereno dia , quedò de muerto resucitado , y con evidente mejoria , que el consuelo del alma, desde aquel punto informò nueva vida , nuevas fuerzas , y alientos à su cuerpo. Despidieronse por entonces las damas, mas con iguales vistas, creciendo los favores , creciò la voluntad; y aumentandose el trato, poco à poco el Niño , y ciego amor llegò à verse gigante en sus dos pechos; y què mucho, si aviendose plantado sus raizes en la humedad inmensa del Occeano, crecido enmedio de sus ondas , y casi enderezadose en sus islas, se logrhowasse de esta suerte; pues aun para su aumento , y correspondencia , no solo sirvieron de terceras, y arrimo dos damas tan hermosas , mas aun aquellos escollos, aquellas islas , ò pezones del mar le ayudaron , y favorecieron con la semejanza de su nombre.

Avia todo este tiempo andado alborotado el mar , levantadas sus ondas, y el viento desatado, y deshecho, porque aun en este rigor quiso con Don Enrique mostrarse favorable ; y tanto, que parece esperaba solo la mejoria, y buen sucesso de su amor , y salud , para dexar trillarse de las naves ; y assi abonanzando , despedidos de las hermosas primas con abrazos , y aun lagrimas , se embarcaron , y en ocho dias, con general alegria, dieron vista à Lisboa, y finalmente limite à los trabajos de su navegacion : con lo qual , advertidos en la prosecucion de sus amores , Don Enrique , y su padre pisaron los umbrales deseados de su casa, y D. Luis Antonio , à quien yà esperaba un hijo suyo con mejores despachos de la Corte , guiò à la suya , acompañado de algunas guardas , y de muchos amigos. Teniasela el supremo Consejo (informado mejor) señalada por carcel, y assi, juzgandolo por diferente sucesso , que el que prometia el recato del Capitàn mayor , creciendo su indignacion, y odio , esperò los fines, que no se dilataron pocos dias, aunque mode-

de-

derandose en ellos su prision, tuvo despues de algunos meses licencia para ir à la Corte.

En este interin, y aun luego como Don Enrique convalesciente de su mal llegò à su casa, assi de la parte de sus mismos padres, como de los parientes, y deudos de la que avia de ser su esposa, como en cosa tan hecha comenzaron à tratar del efecto, y à disponer las dispensaciones; porque, como tengo dicho, Doña Clara (llamabase assi la dama) era su prima, y juntamente doncella riquissima, unica heredera de su casa, y sobre todo, muger à quien por su hermosura, y bizarro parecer, avia el olvidado amante servido largos tiempos, y aun querido con estremos locos; y bien acertè en darles semejante atributo, pues ninguno pudo mejor quadrar con su variedad, y mudanza. Aviasele al principio de este empleo mostrado desdeñosa, condicion ordinaria de una muger rogada; y este facil castigo, sintiendole Don Enrique por disfavor, tuvo por buen remedio ausentarse, y poniendolo por obra, à pesar de sus padres (de quien era su mayor consuelo) se traspusò à la India, de adonde entendida la causa, y arrepentida del sugeto de ella, concertadas sus bodas, yendo por Capitan mayor su padre, le traia aora, para su cumplimiento, mas tan diferente, y trocado, como avreis oido; pues no solo no bolviò los ojos al passado empleo, sino que resuelto à proseguir su nuevo amor, pidiò se suspendiesse el trato, como en efecto lo hicieron sus padres, porque solo su voluntad los governaba. Cessaron con aquesto las platicas, y aunque de parte de la dama se guardò el mismo orden, no assi en lo interior se estimò el sentimiento. Amaba Doña Clara tiernamente à su primo; y el juzgarse tan cierto por su esposa, no solo avia hecho licito este amor, mas juntamente abierto franca puerta à sus ciegos deseos, y à sus ardientes llamas; y una voluntad tan arraigada, que fuera oy por demàs querer ceñirla, ò mitigar su fuego: y esta verdad, no obstante, que el ingrato deudo la advirtiò, aunque siempre resuelto à proseguir su gusto, nunca se resolviò à desengañarla, ni tampoco quiso que sus padres lo hiciessen, antes jugando con dos manos, procurò entretenerla, y fingiendo deseos, iba por otra parte escusando, y dilatando su execucion. No puedo yo à lo menos presumir con què fines; pero à lo mas, bien veo, que en este trato doble, degenerò grandemente de sus obligaciones Don Enrique, y que muy justamente se le podràn atribuir dos daños graves, que de sus remissiones resultaron; porque es cosa infalible, y que no admite duda, que si luego como llegò desengañara à su prima, ni

su

su voluntad tomàra tan grandes fuerzas, ni su amor huviera crecido de tal suerte, que quando quiso atajarlo, pareciò irremediable; mas no se quedaron sin castigo el uno, y otro, porque si D. Clara llorò inmortalmente su libre, y desenfrenado arrojamiento, ni se dilatò à Don Enrique, ni à sus dissimulaciones, y dobleces la satisfacion, y paga merecida. Pero dexado esto para su tiempo, no andaba en el presente la hermosa Doña Leonor poco afligida, porque la nueva assistencia de su casa, dificultaba hasta tomarla el tiento, la comunicacion de su amante, à quien, aunque los mas dias veia desde sus rexas, semejáte à otro Tartalo, aquel breve consuelo, que la causaba mas abrasada sed, mayor deseo, y por el consiguiente igual pena, y desesperacion; mas como la necessidad, y trabajos, es prudente maestro de la industria, no sin atropellar inconvenientes, hizo que la forjassen una llave, con la qual saliendo de su quadra, podia llegar à unas ventanas, y por ellas hablar con su galàn seguramente. No era menos el cuydado, y vigilancia de sus padres, pues aun en tan corta diligencia, tenia su hija tantas dificultades: mas què importan estas, ni otras mayores, quando una voluntad vive dispuesta? En fin, previniendo un papel con avisos, y señas suficientes, el mismo dia que se acabò la llave, arrojandosele al passar à Don Enrique; y tomandole èl con igual cuydado, entendido su gusto, saliò de confusiones; ademàs, que fuè mucho no perder el juicio.

Esta tranquilidad que he referido, este gozo, y contento les durò à los amantes largos dias, comunicandose las mas noches ternissimos, y confirmando nuevamente su amor, y perseverancia, sin atreverse en tanto tiempo à tomar resolucion segura; pidiendola Don Enrique à sus padres, ò dando ella lugar à otro concierto. Duraban en Don Luis los reñidos pleytos, que de la India le avian traìdo, y el rencor grangeado por su grande recato, estaba con su padre de Don Enrique en el mismo parage; y como estas cosas no ignorasse la dama, cierta de su contradicion, procuraba hasta mejor sazon, divertir, y entretener à su amante; pero en efecto, el temor rezeloso, de que con semejantes dilaciones no se bolviesse à su primero empleo, y sobre todo su insufrible deseo, la obligaron, ò por hablar mas licito, la hicieron fuerza à que tomasse otra resolucion; que si bien no fuè la mas honesta, y acertada, por lo menos para su cumplimiento, y para la mejor seguridad de sus cosas, ella la juzgò por essencial, y breve.

Quien traxere, leyendo estos renglones, à la memoria los prin-

ci-

cipios de su historia, y en ellos la crueldad, el desdèn, el severo rostro, la contineneia, y recato, con que esta dama tratò el origen de su amor; y aora viere tan notable mudanza, fuerza serà, ò que se me conceda en su disculpa, ser grave, ser vehemente su passion, ò que en su pecho hallò menos prudencia, y mayor confianza, blasòn, que locamente se attribuye mas presto, quien mas presto se precipita, y cae de ojos. No niego yò, que el fragil natural de las mugeres, es en quanto à deseos mas disculpable, pero tambien no ignoro, que para recatarlos, y encubrirlos, es sin comparacion mas fuerte, y poderosa que en los hombres; y assi censurando modesto, creo, y tengo por cierto, que primero la rendiria la zelosa pena, del verse por sus dilaciones olvidada, y mayormente estando de por medio Doña Clara, ò congruencias diferentes, enderezadas à su honrado proposito, que no incendios de amor, llamas de sus desordenados deseos. En conclusion, Doña Leonor dispuesta à divertir à su amãte, con mas nuevos, y crecidos favores, movida por las causas yà dichas, y apresurada de sus continuos ruegos, è importunaciones, le diò orden para que entrasse en su casa, y no obstante, que esta era llena de inconvenientes temerosos, y no el menor el allanar las puertas; loco de gusto, sin reparar en ellos, atropellò sus dificultades, inclinando, y disponiendo cavilosamente la voluntad de un esclavo portero, piedra fundamental, y llave de su entrada, y con tanta destreza, y dissimulacion, que à pocos lances le tuvo de su parte. Porque valiendose para con semejante persona de otro igual sugeto, digo de otro esclavo suyo, y bien ladino, mediante este, con facilidad le grangeò, persuadido à que segun la verdad del intento, casandose los dos amantes, ò seria con razon dueño de sus voluntades, ò por lo menos le ahorrarian de su esclavitud; y añadiendo à este punto dadivas, y regalos, que es el mas fuerte medio, sin mas dificultarlo, Don Enrique escalò la fortaleza, y Doña Leonor, aunque arrepentida, se hallò en diferente estado. Avia llegado su amor al ultimo remate, y reciprocamente mas que nunca, à su gusto sujeto, mostraba Don Enrique el agradecimiento, tanto en el mortal peligro à que se ponia, quanto ella en los muchos, à que para salir à verle se aventuraba; pues siendole precisso llegar hasta una sala de estrado, que era adonde el negro, y falso Alcayde podia meter à su galàn, el menos importante en su modo, era atravessar por delante de sus mismos padres, y hermano, que unos, y otros consecutivamente al suyo, dormian

en diferentes aposentos, de quien à ser sentida, indubitablemente, y sin mayor examen, fuera muerta, porque en casos tan de honra, no es mas reportada la gente noble de esta belicosa Nacion.

En la noche primera de sus vistas, no olvidando del todo la hermosa dama lo que debia à su sangre, antes de verla puesta en contingencia, recibiò de Don Enrique con igual alegria la mano, y fee de esposo, llamando por testigos las negras sombras de la obscura noche, y al barbaro tercero de sus bodas, à las quales con tales requisitos no dexarè yo de llamar muy negras, y aun tristes desde este punto; y à lo menos, si en señales, y agueros nos fuera licito creer, no sè que mas contrarios, no sè quales mas infelices. Yà yo estoy esperando en Don Enrique, si el verse con tan nuevo estado, y sin remedio las pasiones de su prima, le obligan à desengañarla, le fuerzan à declararse con ella. Pues no fue assi, porque ni con todo le pasò por el pensamiento, antes con el mismo desvelo la traia suspendida, adorando en sus acciones, creyendo en sus palabras, y como inocente corderilla, dexandose por ellas llevar al matadero. Vivia la cuitada doncella en un continuo llanto, efectos, que à los ojos respiraba su alma, abrasada, y encendida en ardientes rezelos, siendo lastimosa, y cruelmente apresurados, y prevenidos con la yesca de tantas tibiezas, y desdenes, con el incendio de fingidos requiebros, y finalmente con el incentivo de sus dilaciones, y pausas, porque no ay accidente tan furioso, ni locura tan desatada, que assi rompa, atropelle, y desbarate la mas honesta, y casta resolucion, como la desestimacion, y desprecio de la cosa amada, y sobre todo, la privacion, ò suspension de sus mismos objetos. Assi regida de aqueste ciego, è implacable amor, abandonando su natural verguenza, perdia en viendose con èl à solas los estrivos del recato, y lo que mas se puede ponderar, hacia tiernamente oprimida con su olvidado primo el mismo oficio, que en ley de buen galàn debiera èl representar en aquesta tragedia, pues transformandole en si misma, ella le requebraba, ella le hacia caricias, y con dulcissimos, y afectuosos gemidos, solicitaba, fomentaba su gusto, su perdicion, y ruina. O lastimoso, y miserable estado de muger! quā imperiosamente està apoderada de tu triste alma, esta pasion tyrana, y quan ciega, y arrebatadamente eres llevada al abismo de tu final desdicha: ciertamente que llegando à este punto, casi me falta aliento para proseguir esta historia, y que si el averme empeñado en su promessa, no me obligàra, que de mi acuerdo

que-

quedàra à otro menos piadoso su progresso. En fin, digo, que yà abriendo los ojos Don Enrique, quando el remedio de estas cosas consistia en no darsele entonces, para que el daño, y fin de todas creciesse con mas priessa, tratò de desengañarla, si bien aun este proposito tardio, no llegò à executarse por entonces, porque la afligida señora cansada de sufrir tan largos males, le atajò, y acosada de tan amarga resistencia, desmayando en ella, entregò sus espiritus à un pielago profundo de tristezas, y el cuerpo hermoso à una poderosa calentura, que en breve termino rindiò su mayor fuerza, corriendo en aquestos estremos unas mismas pisadas, y parejas los dos primos; pues si èl se viò, qual oistes, al desdèn de Doña Leonor hecho esqueleto, assi aora Doña Clara por su ocasion, aunque con otros fines, llegò à semejante estado. De esta suerte caminan los accidentes de esta vida, y en tal disformidad suelen à veces discurrir sus mudanzas incessables. Lloraba sin consuelo su triste madre, porque estando yà en esta sazon viuda, como à unica prenda querìa, y estimaba à Doña Clara, y asi, librando en su salud su esperanza, y contento, no dexò medicina, ni remediò que no le aplicasse, ni Medico famoso, que no se desvelasse en su cura; pero sirviendo poco, y obrando menos tan buenas experiencias, la enfermedad creciò, y el sugeto paciente vino à tanta flaqueza, que solo sus lagrimas eran su mayor sustento, que faltando remedios que hacerle, desahuciaron su vida: por otra parte, como su madre cuidadosa, y solicita, mirasse en sus acciones, en sus ansias, y continuo llanto, el afecto entrañable adivinò el origen, y no cessando de importunarla con ruegos, y amorosos conjuros, al fin, sin mas duros tormentos, consiguiò la absolucion de sus dudas, y no sin lagrimas la confession entera de su aficiõ terrible, de la vil correspondecia, y olvido, q̃ à tales terminos la avia reducido, guardando en esto casi conforme estilo, al que tuvo su primo refiriendo su pena, quando contandola à sus deudas, mejorò su salud, que hasta en tan ignoradas apariencias, quiso imitar su amor, si bien no su remedio, aunque assegurandosele su madre, apenas entendiò de su boca tan cierta presumpcion, quando teniendolo por facil, y hacedero, dispuso al pũto los caminos mas fuertes para su execucion.

Con el intento dicho mandò llamar al padre del ingrato mancebo, sin reparar en diferencias, dote, ni hacienda: toda quanta tenia, que era sin numero, le ofreciò con su hija liberalmente, y no contenta con aquesto, como el atajar la muerte de su hija le apresurasse, juzgando, que su

severidad avia causado la tibieza, y desconcierto de sus bodas, atropellando respetos, y pundonores, el proprio dia, porque los mas visitaba à la enferma Don Enrique, ella misma tomandole à una parte, le propuso su intento, y el ofrecimiento hecho à su padre, y no zelando la ocasion que à su hija tenia en tan miseros terminos, tambien supo pintarsela: tales fueron sus ruegos, tan grandes sus afectos, y su empeño, que no dexò camino al apretado mozo, salida, ni respuesta que dàr, ò que fingir, menos que declarandose, y esta fuera un cuchillo, un golpe penetrante, que diera al traste con la pobre dama, y aun con su triste madre, y juzgandolo assi, dilatando su desengaño por entonces, con nuevos fingimientos, y promessas se dispuso à aplacarla, dando, aunque con ambiguas, y dudosas razones, esperanzas de obedecerla. Estas supo al momento Doña Clara, con lo qual, y la presencia de su amãte, que mas tierno, y alegre la sirviò de trinchante, pudo aquel dia comer, y los demàs por el mismo consiguiente. Porque reconociendo el primo, que en tan breve consuelo consistia su vida, no quiso suspenderle, si bien faltò por ello, no pocos ratos à la graciosa vista de Doña Leonor, y à las delicias, y regalos de sus tiernos abrazos.

Estaba en aquesta sazon tan adelante su amoroso trato, que la hermosa dama sentia, y aun lloraba achaques tan sospechosos, y apretados, que pudieran, à no prevenirse con tiempo, ocasionarla à un afrentoso fin: y esta nueva tan triste, aunque en otra coyuntura les fuera à entrambos la mas feliz, y alegre, aora les hacia, que discurriendo en mil varios consejos, y salidas, se les passassen juntos las noches cortas, y divididos los prolixos dias.

No escusàra en tan cierto peligro Don Enrique de pedirla à su padre, y valerse si se la negàra (como fuera lo cierto) de otros mas fuertes medios, con que quedàra soldado semejante yerro, sino que el estàr Don Luis Antonio en terminos de partirse à la Corte, le detenia, pareciendole, que mejor en su ausencia se dispondrian sus intentos. Esta consideracion, que al salirles cierta, fuera sin duda total remedio, suspendia à Doña Leonor, divirtiendola, y assegurandola en los muchos temores, que le causaba la dilatada partida de su padre. Y en este mismo tiempo mejorando grandemente Doña Clara con sus nuevas, y fingidas esperanzas, aliviandose à veces, solicitaba alegre su convalecencia, y juntamente para el efecto de sus bodas la intercession, y ruegos de sus padres de Don Enrique, de los quales, tanto por esta causa, quanto por las notables conveniencias

que

que en casamiento tal se les hacian, era no poco importunado, y oprimido Don Enrique, y de tal manera se hallaba acosado, que solamente esperaba à que cobrasse algunas fuerzas su prima, para poder con ellas resistir el golpe duro de su desengaño, saliendo asi, aunque con tan cruel remedio, de confusiones, y disgustos.

Avia sido el ultimo, y final, con que los Medicos rigieron à la enferma señora, ciertos exercicios y salidas, que tomando jaraves del azero, era preciso el disponerse à ellas, y casi comenzando la cura, todas las mañanas passeaba los campos, acompañada de una tia suya, y otras criadas. A esta agradable romeria, combidò alegre Doña Clara à su primo, que sin poder (aun que lo deseò) escusarse huvo de obedecerla, siendo algunas, aunque no todas veces, el alva de aquel Sol, digo su escudero, y galàn. Con lo qual una de estas mañanas, en quien, ò sus acostumbrados fingimientos, ò el incendio que siempre la rodeaba, fulminò en Doña Clara nuevos rayos, ò mas ardientes flechas, hallandose con su querido dueño à solas, porque la demàs gente, quizà de industria se avian adelantado, haciendole sentar entre unos altos, y espesos arboles, con mas terribles ansias, y aun deseos, comenzò dulcemente à persuadirle, yà con requiebros tiernos yà con acciones amorosas, y esto con tan fuertes afectos, y resoluciones, que finalmente se temiò Don Enrique, y mas en la oportunidad, sitio, y arrojamiento de ocasion semejante, y cierto que ella era temerosa, y tan digna de escusarse, como de huirle el rostro; y asi considerandolo atentamente, y viendo, que aquellos negocios passaban de su limite, haciendo reportar à la prima, y no queriendo tenerla mas suspensa, y engañada, discurriò cuerdamente sin reservar un pensamiento solo de quantos aveis oido, declarando la enigma de su olvido, y la verdad de su nueva aficion; y concluyendo su dolorosa, y triste platica, con advertirla el estado en que se hallaba preñada Doña Leonor, y el mal remedio que segun tal empeño podia tener su malogrado amor. Esperò bien confuso la respuesta que le daba su prima, la qual desde el instante mismo que comenzò à entender su cruel desengaño, se le avia poco à poco trocado la color del rostro, y por el proprio termino suspendiò el vigor, amontonandose en su pecho gemidos, y suspiros, de tal suerte, que quando quiso responderle, no pudo, ni menos hacer mas, que baxando los ojos, mirar con ellos fijos la yerva del florido campo, hasta que aviendo estado asi trasportada un largo espacio, recobrando el aliento sin

replicar palabra, se levantò de el suelo, y en la misma manera, y aun con mejor semblante, cayendo unos, y prosiguiendo todos el fin de su exercicio, diò la buelta à su casa, adonde despidiendose de Don Enrique, que de tal suspension venia turbado, se entrò con igual severidad, y disimulacion.

Quando los casos de tanta gravedad llegan à destroncarse, sin remedio de animos, y pechos generosos, es oponerse à ellos, abriendo el corazon, y desahogando el espiritu antes; que envilecerse con mugeriles quexas, con gritos, y desordenadas acciones. Tal juzgò Don Enrique en el presente sucesso del silencio, y despejo de su prima; y pluguiera à los Cielos, que assi la pobre dama se huviera aconsejado: en fin, ella passò el dia, ò la mayor parte de èl con su madre, con el semblante, y alegria que otros; si bien solo fuè diferente, en que risueña, y aun con chistes, y donayres graciosos, hizo de sus joyas, y galas un alarde vistoso; y tràs èl (como si otorgàra testamento, ò como si con su esperada boda se huviera de mejorar) un general repartimiento entre todas sus criadas; con que llegandose la noche, y recogiendose en su lecho, durmiò, ò velò lo restante de ella; hasta que siendo la acostumbrada hora, vistiendose para su ordinario passeo, saliò de su quadra; y antes de comenzarle, entrò adonde su madre reposaba, y despertandola, con afectos ternissimos la diò dulces, y apretados abrazos, duplicandolos, y repitiendolos, no sin espesas lagrimas muchas veces, y todo aquesto sin hablar palabra; porque aun pienso, que no pudiera pronunciarla; y guardando su madre el mismo silencio, porque tambien semejante novedad la tenia suspensa, se despidiò de sus ojos, bolviendo una vez, y otra, hasta perderla de vista los lagrimosos suyos, de tal suerte, que como si jamàs la huviera de tornar à vèr, assi formaban su accion, y sentimiento. Diferente juzgò la amorosa madre, porque cuidando fuessen desdenes de su primo tales estremos, segura de que presto se avian de trocar en contentos, y gustos, disimulò su pena, sin preguntarsela, mas bien en breve se hallò desengañada. Saliò, pues, Doña Clara adonde sus criadas esperaban, y entendiendo ser hora de tomar el jarabe, para averlo de hacer, se bolviò à su aposento, en quien tanto espacio dilatò su salida, que huvo su tia de entrar por ella, mas viendola que todavia se estaba con el vaso en la mano, como temiendo, ò dilatando el beberla, presumiendo melindre, alegremente la comenzò à animar, y con tal priessa, y aceleracion, que aunque no quiso, huvo de despertar Doña Clara de aquel letargo, y bolvien-

viendose à ella, decirla, no sin abundancia de lagrimas: Como querida tia, y vos tambien apresurais mi muerte? Vos, y todos solicitais mis ultimos gemidos? Alto, pues, executese el fallo, y pague su imprudencia mi miserable vida. Y diciendo, y haciendo, con impetu furioso, bebiendo todo el vaso, se levantò de la silla, y juntamente tomandola por la mano, se salieron à la calle, adonde apenas huvo andado seis passos, quando arrancandose el alma, con un fiero gemido cayò muerta. No pensaron luego las criadas que la acompañaban, que su desdicha fuesse mas que un breve desmayo, y consiguientemente tomandola en sus brazos, como estaba tan cerca, se bolvieron à casa, en quien yà à sus grandes voces, à su alboroto, y ruido levantandose de la cama su madre, viendo tan amargo espectaculo, arrojandose al pecho de su hija, sin cordura, y recato, perdiò el decoro à su autoridad, y con gritos espantosos, y alaridos sin termino, suscitò un lamentable llanto en los presentes, el qual creciò sin limite, luego que llamandose los Medicos, declararon la mortal sentencia. Hallaronla estos, aunque en tan corto espacio, el rostro denegrido, morado el cuerpo, y finalmente con señales certissimas de algun penetrante veneno. Y no obstante, que tal declaracion corriò en secreto, limitandola en publico, à pocas horas sonò por aquella gran Ciudad la repentina muerte. No son menos sangrientos los miserables fines, que siempre se promete una passion tan desordenada, y terrible, y assi tales podrà esperarlos, quien no atajare en los principios el cancer ponzoñoso de sus deseos, y apetitos.

No quiero yo decir, ni pretendò afirmar, que fuesse indubitable la presuncion de los Dotores; pues antes creerè, que fue veneno de amor irremediable, que no juzgar tan temerariamente de una muger Christiana, y noble: solo es mi pretension, mi assumpto principal, dàr à entender en sucessos tan atroces, y miserables, quanto deben las tiernas doncellas poner freno à los ojos, reprimir sus afectos, huir las ocasiones, y no empeñar la voluntad, y el alma, para no hallarla sin pensar sumergida en semejantes desventuras. No fue mucho menor la que en este tiempo se apoderò de su fiero homicida, de su ingrato primo, à quien aviendo yà llegado nueva tan lastimosa, le tenia convertido en un retrato de lagrimas, y duelos, y tan rodeado de temores, cercado de cuidados, y penas, que casi vino à estàr juntamente impossibilitado de consuelo: porque como ninguno sabia mejor la causa de aquel daño, assi tambien ninguno podia cuidar, ni aun temer

con mas razon su mayor castigo: y en fin, su sentimiento fue tan grande, que en muchos dias no le vieron alegre; ademàs, que segun èl contò muchas veces, nunca en lo restante de la vida se le quitò de su presencia la imagen denegrida, y mortal de aquella miserable muger.

No se atreviò por el presente D. Enrique vèr à su afligida madre, ni aunque lo hiciera, fuera bien recibido, ni mirado, y por esta razon fingiendose achacoso, no se hallò en el entierro, sì bien su retiramiento, y mayores lutos dieron bien à entender tan justo sentimiento, cosa, que à no tener de su esposa, y dama tan seguras prendas, huviera descompuestole, porque enfadada de estremos semejantes, no solo los lamentò zelosa, mas estuvo en terminos de juzgarse engañada, que no es menos desatada, y cruel una muger amante, y mas con zelos, y assi no alcanzò poco D. Enrique, quando passados algunos dias la bolviò à vèr desenojada, y satisfecha, y mayormente estando tan necessitada de consuelo con el ir dilatandose la partida de su padre, y creciendo su peligro, pues por mas encubrirse, lo mas de el tiempo lo passaba en la cama, no faltandole para poderlo hacer fingidos dolores, y aun verdaderos males.

Todas aquestas cosas pendian solamente de el afligido amante, que le traìan tan mortal, y desalentado, que casi de sus muchas tristezas, y melancolìas profundissimas pudiera recelarse, y temerse un desastre, como en efecto se le iban acarreando sus peligrosos passos, ò por hablar mas moralmente, el temeroso fin, y acabamiento de su prima, pues siendo como fue ocasionado indubitablemente de sus fingimientos, y engaños, cierto es, que el justo Cielo no le avia de dexar sin castigo, sì bien dando su gran piedad lugar, y tiempo al arrepentimiento, con azotes de padre, y particulares recuerdos, dilatò muchos dias el ultimo rigor. Quarenta, y mas se avrian yà passado despues de la muerte infeliz de Doña Clara, quando menos sentido, y lastimado (que el tiempo es fuerte antidoto para semejantes passiones) acudia Don Enrique continuamente à los regalados abrazos de su dama, en cuyo mayor gusto, como quiera que los de esta vida tienen la misma estabilidad, bien sin pensar en ello, fueron salteados en la ultima de estas vistas, porque sin duda alguna causò su desgracia el rumor que Doña Leonor hizo, passando por tantos aposentos, y peligros, que no siempre es la fortuna favorable, ni los sentidos de los hombres obedecen al sueño. En conclusion, su padre, y aun su hermano no dormian, y como tal sucesso los cogiò inadver-

vertidos, en tanto que uno, y otro tomaron armas, advirtiendo su daño Don Enrique, con despejo valiente, cogiendo en brazos à su querida esposa, se arrojò en el zaguan, cerrando en un instante por defuera aquel quarto, con lo qual, juzgandose por libre, abriendole el esclavo la puerta principal, saliò à la calle, al mismo tiempo, que à fieros puntillazos, y grandes golpes, se oìa romper la que èl avia cerrado; y no teniendose tan cerca por seguros, aunque D. Leonor estaba muerta, todavia animandola el riesgo, acompañò como mejor pudo à su amante, que attravessando algunas calles, procuraba assegurarla, desmintiendo los passos de quien fuesse en su alcance; y huviera conseguido su intento, y puestose en salvo, si à esta hora no diera de repente con ellos una tropa de hombres, luces, y armas, que los detuvo. Bien conociò D. Enrique antes de acercarse, que era la Ronda, y assi, porque otro dia no atestiguassen en el caso, hizo que Doña Leonor para su vista se ocultasse primero entre unos cobertizos; y saliendoles despues al encuentro, en siendo conocido, menos tardaron en passar adelante, que en sus ofrecimientos, y cortesias, que para quien iba huyendo, serian harto pesadas, y prolixas. Todo hasta aqui, por ser del mal lo menos, les avia sucedido favorablemente, si al proprio instante que la Justicia se apartò de con èl (previniendo su alcance aquel espacio breve) no dieran con su cuerpo por otra calle el padre, y hermano de su dama.

Yà avian echado los dos Cavalleros menos su amada prenda, y el esclavo Infiel tambien sin dilacion declarado el ladron que la llevaba; y assi medio desnudos, aunque con rodelas, y espadas, queriendo D. Enrique encubrirse, su resolucion escusò tal designio; porque apenas le vieron, quando le llegaron à reconocer, y tras de aquesto à embestirle furiosos, y por el consiguiente, à bolver la Justicia; pero estaban los dos tan encarnizados, y Don Enrique tan cuydadoso en su defensa, que primero se alborotò la calle, y huvo en aquellos belleguines muchas heridas, que pudiessen ponerseles enmedio, hasta que viendo de unas partes, y otras acudir gente, abrir las puertas, y sacar luces, y hachas, rabiando padre, y hijo se fueron retirando, haciendo su contrario lo mismo, siguiendolos à todos divididas las guardas, si bien estas conocidos los tres, curaron mas de curar sus golpes, que de otra diligencia; con lo qual, reparandose un tanto Don Enrique, hurtando el cuerpo al puesto, y à la calle, con el ansia del bien que avia dexado, bolviò por otra parte en su busca; y aunque no fuè la menor de sus temeridades esta buelta, pues

pues yà pudieran esperarle mas prevenidos sus contrarios, todavia lo tuvo en poco, y aun diera qualquier daño por bien empleado, en recambio de hallar, à su dulce esposa; mas saliendo al revès su pensamiento, entonces comenzò su mayor locura, entonces su furor; pues ciego de colera, desatinando con su grave passion, no dexò sombra, rincon, portal, ni piedra, que no viesse; y rodeando mil veces aquel sitio, entre unos, y otros lances, llamaba tiernamente à su dama; y antojandosele qualquier rumor su voz, qualquiera sombra su cuerpo, bolvia de nuevo à trabajar sin fruto. Y en fin, llegando à terminos de perder el sentido, pues diò como frenetico espantosos gritos, y sin consideracion de honra, ò respeto, hizo publico alarde de su secreto amor. En tales desatinos le cogiò el dia, con el qual no pudiendo hacer menos, lleyo de retirarse à un Convento, desde donde avisando del sucesso à su padre, quedò atendiendole rodeado de las mayores penas, y de los mas amargos desvelos, que nunca tuvo, porque lo menos era, juzgar su ausente dama en poder de sus padres, y por el consiguiente hecha pedazos de sus manos, y enojos. Y assi, llorando sin cessar el mal cobro de sus cosas, y la venganza, y muerte presumida, su mayor alivio (si es que en caso tan triste le podia aver) era prevenir, y jurar el mas sangriento estrago, que huviesse llegado à noticia de los hombres.

Yà en este interin corria el sucesso con valiente estampido, porque en los primeros movimientos, el rumor, y alboroto, que inescusablemente hicieron padre, y hijo al salir tràs Don Enrique, y el escutriño, y examen del esclavo, fuè patente à los demàs criados; y assi de las bocas, y lenguas de aquellos enemigos forzosos saliò à luz, no sin admiracion, y escandalo de toda la Ciudad, en quien hablandose diferente, cada qual echaba por enmedio, y su juicio en el corro, trayendo la opinion de tales Cavalleros de plaza en plaza, y entre tabernas, y mesones, que es la suma infelicidad, y mayor ruina à que pueden llegar las cosas de esta vida.

Tambien à su llamado de Don Enrique avia venido su padre, con que bien advertido en negocio tan arduo, sin curar por entonces de otras reprehensiones, y sentimientos, que acudir al remedio, visto el peligro, que en poder de sus padres Doña Leonor corria, porque siempre creyò su amante, que avia dado en sus manos, el prudente viejo se resolviò à poner de veras los ombros en el caso. Y assi, acompañado de algunos deudos, y teniendo por mas breve, y seguro aquel camino, diò de todo èl, y aun de sus ultimos temores, y sospechas

cuen-

cuenta al Virrey, que entendido el sucesso, juzgò de èl, y de la condicion de Don Luis Antonio una salida muy sangrienta, si antes no se la remediaba, y prevenia; y deseando en parte apaciguar por bien su justo enojo, y en parte atajar el riesgo de su hija, acordò de pedir, se la diessen buenamente à su esposo, ò sacarsela con su autoridad: para lo qual, rodeado de algunos Cavalleros, y la Guarda ordinaria, se fuè al punto à la posada de Don Luis, y llegando à sus puertas, por hallarlas bien fuera de lo acostumbrado, cerradas, y en profundo silencio, fuè preciso el hacer, que à puros golpes las abriesse una esclava, que solo estaba en su guarda, y custodia.

Mucho quedò admirado el Virrey de tan breve ausencia, pero muy mucho mas, quando uno de sus Alabarderos le enseñò con la mano un buen golpe de sangre enmedio de el zaguan, con que apeandose grandemente turbado, teniendo por segura su sospecha, mandò seguir el rastro, el qual atravessaba lo ancho del portal, hasta que llegando à la puerta de un hermoso quarto, viendola desquiciada en el suelo, y que todavia passaban adelante sus sangrientas señales, discurrieron siguiendolas, hasta llegar adonde con mayor abundancia se mostraba su fin, que era en las alfombras de un estrado, cuyos varios matices salpicados por diferentes partes, publicaban la tragedia cruel, que alli se avia representado; y con tanto, teniendo por perdido el hecho, que venia à remediar, mandò el Virrey, que cinquenta hombres siguiessen à Don Luis, à su hijo, y à la demàs familia. Sabiase yà, que iba à una pequeña Aldea, y haciendole secrestar sus bienes, y que quedassen en su custodia guardas, diò la buelta a Palacio, y con sentimiento, y animo tan justamente indignado, que estuvo resuelto à cortarles las cabezas.

Esta nueva infeliz, esta sospechosa probanza de la muerte de Doña Leonor, llenò de lastima, y compassion la Ciudad, y volando ligera, cubriò de luto, y lagrimas los ojos, y el espiritu de su afligido esposo, que yà à esta hora, viendo que la Justicia no intervenia en el caso, estaba mas seguro en su casa; pero el efecto que en èl hizo, y aun en todos los suyos, fuè tan terrible, tan ciego, y precipitado, que casi abandonando la vida, juzgando por infamia el sustentarla sin su dueño, se resolviò à la ultima, y mas desesperada, y peor salida, que pudiera maquinar su desdicha, ò su imprudencia, y desatino.

Mas porque se conozcan los innumerables trabajos, y infortunios, que acarreò tras si este arrojado mozo, desde el instante, y punto, que mudando de amor,

de fee, y palabra, faltò à su obligacion, faltò à su credito, y con viles engaños desesperò à su prima. Atiendase, y veràse en lo que resta de estos discursos, quales, y quantos fueron; y el fruto amargo, que por fin de todos cogiò para su muerte.

Avia el furioso mancebo entendido la ausencia de Don Luis, el camino que llevaba, y la diligencia, que para su prision prevenia el Virrey; y asi, sin pedir, ni tomar mejor consejo, que el que dilataba su vengativo espiritu, mandò à un Lacayo, que encubiertamente sacasse al campo para èl, y un primo suyo, mozo de igual edad, y no menos arriscado, adargas, y lanzas Berberiscas; y ordenado esto, subiendo los dos en cavallos bastantes para qualquiera afrenta, por escusadas calles, y veredas, saliendo al mismo sitio, y brevemente al camino, que llevaba Don Luis, y su hijo, en menos de una hora, y antes que la gente del Virrey llegasse à ellos, se les pusieron delante. Venian de mas de un coche de mugeres, acompañando à los dos Cavalleros diez, ò doce criados, que si bien no todos eran para ocasion, todavia era muy conocida tal ventaja; pero no obstante esta, se atravessaron en el camino los dos valientes primos, cuya enojosa vista dexò perplexos, y no poco irritados à quantos la miraron; y sin mas suspender el intento de su venida, alargando el cavallo Don Enrique, con tremendo semblante, y voz furiosa, comenzò à decirles las siguientes razones:

Yà, viles, y alevosos Cavalleros, llegò el dia en que pagareis vuestra maldad, y traycion, quedando en este campo diferidas las causas, que os movieron à tan cobarde venganza, y las que os escusaron de honrar con mi nobleza vuestra sangre: clamando està à los Cielos, la que como flacas mugeres sacastes del pecho de mi esposa, de vuestra hija, y hermana; y asi, curad de defenderos, que si à mis brazos no les sobraren fuerzas para dexaros sin vida, llamas, y rayos duros fulminaràn los Cielos, en castigo, y venganza del Angel bello, de quien fuisteis infames homicidas. Y con esto, dando un grito al cavallo, arremetiò à los que viendo sobre tan grande afrenta su atrevimiento, como acosados toros, hicieron contra èl lo mismo; mas quando la fortuna es adversa, ni aprovecha el valor, conocida ventaja, ni aun la razon, y justicia, porque todo se avassalla, y se rinde à su voluntad, y tyrania. Asi le sucediò à Don Luis Antonio, pues no bastando su razon, su mucha valentia, y tantos criados, viò en un instante atravessado, y muerto, por la sangrienta lanza del mortal enemigo, al hijo desdichado, y aun su misma persona mal herida en el

fue-

suelo; porque como los dos parientes venian armados con lanzas, y defensa suficiente, assi se metieron entre ellos, que ni su experiencia, y esfuerzo, ni el numero de los que le acompañaban pudo escusar la inocente, y temprana muerte de su querido hijo; y antes corriera el semejante peligro, si à las crecidas voces de las damas del coche, y al rumor de las armas, y relinchos de los cavallos, no acudiera infinita gente de las huertas, y quintas, que avia al rededor; y aun bastara muy poco, si à esta hora por el mismo camino de la Ciudad, no assomàra la esquadra, que embiaba el Virrey; con lo qual, dilatando los primos el fin de su venganza, y protestando en su prosecucion el ultimo estrago de sus enemigos, campo traviesso, picando los cavallos, en un momento se desparecieron à todos, corriendo sin parar algunas leguas, porque segun lo que dexaban hecho, pareciò assegurarse, y ponerse en cobro.

Serian al fin de esta refriega, y llegada de la gente de el Virrey poco menos de las tres de la tarde; y assi, siendo aquel consuelo, y alivio, que tuvo el pobre Don Luis en tan graves desdichas, no dexandole hacer otra cosa, entrandose en el coche para que le apretassen las heridas, con animo verdaderamente constante, mandò dàr la buelta à Lisboa; y haciendo con un tapete cubrir el cuerpo de su hijo encima de una azemila, siguiò el mismo viage, con tan grande silencio, y compostura, assi en èl, y su esposa, como en la restante familia, que no juzgàra nadie por piadoso el sentimiento oculto de su alma. De esta suerte que digo entraron al anochecer en la Ciudad, y no se si me afirme, que con general contento de sus males; porque la aprehension, que se avia hecho en la muerte cruèl de su hermosa hija, ocasionaba, no solo semejante indignacion, mas juntamente entendido el arriscado hecho de Don Enrique, con ser tan injusto, los nobles, y plebeyos le aprobaron por hazaña ilustre.

Pusieron à Don Luis, y à su familia diferentes prisiones, y no obstante que èl venia falto de sangre, y fatigado de las heridas, con todo, en aviendole curado, se le tomò su confession, cargandole la muerte de su hija, casi yà averiguada con fuga, y con los vehementes indicios de la sangre; y finalmente, con el no saberse viva, ni muerta de ella, y otras razones, que intimaban el hecho, y aun le hacian detestable, y terrible. A lo qual, aviendo estado atento el afligido Cavallero, y hasta aquel punto con generoso, y valiente espiritu, como yà aveis oido, en acabando de aprehender el caso, rompiò por su silencio, y sin poder resistir su amargo senti-

miento, cubriò de lagrimas el severo rostro, poblò la quadra de gemidos roncos, de suspiros tristissimos, à cuyo nuevo estremo, suspendidos los que sabian su entereza, y condicion, quando pensaron, que eran arrepentimientos de su delito, dando principio à su respuesta, y confession, en el discurso de ella salieron de su engaño, y aun entraron en mayores dudas, y confusiones; porque, no solo el buen Don Luis justificò bastantemente su inocencia, mas satisfizo entre abundantes lagrimas à los cargos hechos; y assi, en quanto à faltar, y no saberse de su hija, respondiò, repitiendo el sucesso de la passada noche, desde el punto que sintiò su afrenta, hasta que èl, y el difunto mancebo rompieron la puerta, que por defuera les avian cerrado: siguieron por la advertencia del esclavo portero à Don Enrique, y lo que en su alcance les passò, concluyendo este articulo, advirtiendo à los Juezes, con quanta mas razon debieran admitirle à èl la demanda de su hija, que no el pedirsela el mismo robador. Y en quanto à los indicios de la sangre, confessò llanamente la muerte, que èl, y su hijo avian dado al esclavo, como à principal instrumento de su injuria, y traycion; y que aviendo huido de sus manos desde el estrado, adonde cayò muerto, fuè llevado à enterrar, por su mandado, en unos corrales de su casa, adonde le hallarian. Y ultimamente, al particular de su fuga, y jornada, satisfizo con decir, que lo avia hecho, porque los ruegos, è intercessiones de sus deudos, y amigos no le obligassen a prestar consentimiento en semejantes bodas; y tambien por juzgar, que la afrenta recibida, le dexaba incapàz de comercio humano, de alegria, y correspondencia; pero que si el aver tomado resolucion tan honrada se estimasse à delito, y culpa, èl por lo menos, aviendo tomado tan cruèl enmienda Don Enrique, no podia, ni aun debia ser castigado otra vez por una misma causa; y mayormente, quando la gravedad del castigo excediò tanto à la culpa, pues por la que emprehendiò ausentandose perdiò su amado hijo; y antes (con el quebrantamiento de su casa) el honor, y reputacion.

De la suerte que he dicho diò fin à sus razones Don Luis Antonio; y aunque con su entereza, y justificacion minorò grandemente el rigor de los Juezes, todavia, como Doña Leonor (principal personage de esta tragedia) faltaba, no sirviò de otra cosa, que de acumular delitos à delitos, verificar la muerte del esclavo, y echar sobre sì aquel embargo. En semejante estado andaban estas cosas, quando sabiendo sus padres de D. Enrique su inadvertido atrevimien-

miento, lloraban tiernamente su ausencia, su perdicion, y ruina, considerando, que segun los delitos, aunque entonces el aplauso del pueblo los hacia disculpables, por lo menos no le verian mas; empero si el comun parecer les dexaba esperanza, bien presto se les desvaneciò, bien facilmente juzgaron por irremediables sus cuydados; y à los que antes les fueron tan propicios, yà contrarios, y enemigos, porque no es mas estable el vulgo, ni sus inclinaciones menos dispuestas.

Enmedio, pues, de tales aflicciones, yà con algun consuelo, yà con mayor cuydado, les cogiò un notable accidente, que en parte les sacò de confusion, aunque fuè para meterles en otra. Serian entonces passadas dos horas de la noche, que parece se esperaba semejante sazon, para el recato, y mayor secreto del caso, quando avisado su padre de D. Enrique, supo, que un hombre le buscaba à gran priessa, cosa que estando en semejantes pensamientos, le hizo presumir, fuesse algun aviso de su hijo; y assi, haciendo que algunos criados le entrassen à su quadra, queriendo, que delante de todos le dixesse à lo que venia, rehusando esto el hombre, diò à entender la importancia del secreto. Asseguròse en viendole el Capitàn mayor, porque la presencia honrada, y las canas, que adornaban su rostro, no prometia otra alguna sospecha; con lo qual, quedando con èl solo, y creciendo en su pecho el primer indicio, de que fuesse recaudo del ausente Don Enrique, con mas vivos deseos escuchò al viejo las siguientes razones:

Estando (ò buen señor) la passada noche reposando en mi cama, me obligò à levantar de ella un gran tropel de golpes, y armas, que sonaba en la vecina calle, de donde oyendo, que los vecinos con luces, y armas salian tambien à dàr favor à la Justicia, queriendo yo hacer lo mismo, apenas para el caso abrì mis puertas, que caen debaxo de unos soportales, quando se arrojò dentro una muger, que sin duda, por lo que pareciò, se avia escondido en los mismos umbrales. Echòse en viendome à mis pies, pidiendome la amparasse; y esto con tantas lagrimas, que moviendome el alma, sin curar de otra cosa, bolvì à cerrar. Tomèla por la mano, y llevèla con dos hijas mias, en cuya compañia passando el resto de la noche, se llegò el dia, y con èl el mayor deseo de saber quien era; y aunque de su adorno, y persona se pudieran juzgar sus muchas partes, con todo, lo que mas he sabido, es ser cosa que os toca: con que teniendo à buena dicha el averos servido, vengo à deciroslo, y à traer juntamente este papel, que declararà mejor que yo el misterio, que en-

encierra este secreto. Y con tanto, sacando del pecho un villete, cessò, dando lugar à la admiracion, y nuevo espanto del Capitàn, y à que acabasse de desengañarse, leyendo en èl las razones siguientes.

Papel de Doña Leonor.

SAtisfecha quedo, de que segun la discrecion, y voluntad de Don Enrique, llegando yà mis cosas à este estado, avrà de todas ellas dadoos cuenta; mayormente si el Cielo me librò anoche de las crueles manos de los mios, con que solo servirà este papel de suplicaros, que como padre, ampareis la causa de vuestro hijo; y como Cavallero, la de una muger, que por obedecerle, ha llegado à semejantes terminos. *Doña Leonor.*

Aqui (con el discurso breve del passado villete) acabò de salir de tantas dudas, y à representarsele de nuevo el desbarate lastimoso de su hijo, la inocente muerte del que avia de ser su cuñado, los irremediables agravios de Don Luis, su razon, su justicia; y ultimamente, la temerosa indignacion del Cielo, y la severidad de su castigo: mas como raras veces en el mayor trabajo, y desventura nofalta algun consuelo, todos estos males le tuvieron en parte con solo parecerle, que sabiendo su hijo el nuevo hallazgo, una vez que otra le verian sus ojos; y assi mas alentado, y resuelto à oponerse à su fortuna, mandò, que à toda priessa previniesse un coche, y con la misma (no obstante la hora dicha) èl en persona avisò en un Convento de Monjas, y parientas suyas, adonde aviendo traido la hermosa dama, la dexò mas segura, aunque menos contenta; pues es cosa evidente, que oyendo la ausencia de su amante, su locura, la muerte de su hermano, y la prision, heridas, y afrentas de su padre, y familia, que aunque fuera su alma hecha de bronce, avia de suspirar males tan grandes, mayormente interessando en todos tanto. En conclusion, agradecido el agassajo, y guarda del honrado huesped, en amaneciendo al siguiente dia, supo el Virrey, las Justicias, y la Ciudad su aparecimiento, y abriédo mas los ojos, conocieron las sinrazones de Don Enrique, y por el consiguiente, los agravios, y injurias del preso Cavallero; con que sin esperar otro descargo, à este, con limitada pena por la muerte del esclavo, le mandaron soltar, y contra Don Enrique se dispusieron diferentes diligencias. Avia en el interin tenido el Capitàn aviso de su hijo, el qual, con el valiente primo estaba oculto seis leguas de Lisboa; y assi, entendido este nuevo rigor, se lo hizo saber, con el sucesso de su dama, ocasionandole indiscretamente, à que aban-

abandonando su peligro, y su vida, viniesse muchas veces à verle. Y entre tanto Don Luis Antonio, remitiendo à la Justicia su castigo, y venganza; de suerte apretò el caso, que en breves dias tuvieron los dos primos sentencia de degollar, y por el consiguiente necessidad de ponerse en Italia. Despidiòse primero Don Enrique de sus tristes padres, y sobre todo, convertido en lagrimas de su prenda querida, de cuyo sentimiento no ay para que contaros, pues es cierto, que seria increible, y mayormente, quedando como aveis oìdo preñada, porque sì bien en tales personas, que su agrado bastàra à mayor consuelo, el verse dividir de la mitad de el alma, del que esperaba por esposo, y la incertidumbre, y fin de sus desdichas, juntamente se le impossibilitaban. Corriò, pues, Don Enrique con su primo el mar Mediterraneo, y en pocos dias pisò el Reyno de Napoles, adonde atraido de su amenidad, y abundancia, facilmente olvidò la Ruanova, los Jardines, las Quintas, y aun las frescas riberas del dorado Tajo, aunque no por entonces la justa correspondencia de sus padres, y dama, à quien perseverante, y puntual escrivia continuamente. Pagabanle ellos en la misma moneda, y con todo, viendo que en dos años de ausencia, no se concluìa su perdon, ni menos se le facilitaba algun honesto medio para bolver à verlos, casi desconfiando en la esperanza con que le entretenian, tratò de divertir sus sentimientos, y de guardar el fin discurriendo lo restante de Italia, y mayores Provincias de la Europa. Es remedio utilissimo, aprovecharse en tales casos de la variedad, y diversion; porque si yà no los concluye, por lo menos los hace mas tolerables, y passaderos. Assi por esta causa; como porque otros dos Cavalleros le incitaban con la misma curiosidad avisado à su patria, y dexando al primo en Napoles, para que atendiesse à la correspondiencia de España, tomar, y remitir cartas, y avisos con su nueva compañia, diò principio à su jornada. Desde Venecia, aviendo yà corrido algunos meses lo mejor de la Italia, fue la ultima carta que de èl tuvo su primo, porque aunque siempre se estuvo en Napoles, y año y medio esperandole, fue por demàs el saberse de el, y assi aviendo buelto los dos compañeros con nuevas de que le dexaban en la Ciudad de Praga, muy al cabo, saliendose èl de Napoles, y advirtiendo à Lisboa de semejante daño, caminò en su busca, pero no hallandole en el lugar que venia informado, ni seña, ni aun razon que le satisfaciesse, cruzando la Alemania, se passò à Flandes, adonde militando debaxo de los Estandartes del

Archiduque Alberto, à pocos dias muriò animosamente en la Rota de Hostende. La nueva de la enfermedad de Don Enrique, y la partida de su primo buscandole, el passarse otros tres años sin saberse de ellos, no solo confirmò el rumor que yà andaba en Lisboa de su muerte, sino que ocasionò otra en su tanto semejante desdicha.

En este interin, el Heroe de esta historia, à quien el Cielo guardaba vivo, en remotas Provincias, siendo cierto el peligro que tuvo en Praga, al fin convaleciendo, no obstante, que sus dos compañeros le dexaron primero, prosiguiò sus intentos, mirando muy de espacio la Ungria, Transilvania, y Polonia, y por aquella parte de Moscovia, los confines de Europa, hasta la Laguna Meotis, y torciendo el camino con la misma perseverancia, y olvido de sus cosas, passeò el Alemania, y entrandose por el Septentrion hasta la Escandinabia, no sin grandes peligros, y necessidades la atravesò, y en ocasion que hallando urcas Flamencas, pudo passar à sus baxos Paises, desde adõde sabida la muerte de su primo, poniendo tal desdicha en el numero de los inumerables trabajos que le acarreò su passion ciega, no queriendo tener à sus tristes padres, y esposa en mas crecida suspension, se embarcò para Lisboa, llegando à ella despues de seis años de ausencia, y de tres, que no sabiendo de èl, le tenian por muerto. Venia yà tan curtido del Sol, y tan otro con sus peregrinaciones, que pudo seguro aventurarse saliendo à tierra en havito de Flamenco, y assi, antes de anochecer, como el amor de su dama arrastrasse los demàs respetos, sin tocar en su casa, guiò al Convento, en cuyo torno preguntando con priessa por su hermoso dueño, viendole la portera estrangero en vestido, y Portuguès en la habla, estrañò la novedad, y con la misma oyendo que la traia cartas, y que estas se avian de dàr en el locutorio, bolviò al punto à llamarla. No incitaba su priessa, el pensar del quien fuesse, porque mucho tiempo antes avian olvidado semejantes sospechas, solo la admiracion, y novedad del trage formò tales estremos. Tornò, pues, con la respuesta, y mas curiosa, le hizo otras importunas preguntas, hasta que en fin, por remate de ellas, le remitiò à una grada, para que allì esperasse à Doña Leonor. Y aviendo obedecido, despues de un breve espacio, que en sus deseos fueron siglos muy largos, viò que abriendo de la parte de adentro una pequeña puerta, yà casi anochecido, llegaban à la rexa quatro Monjas, y que la una acercandose mas, le preguntaba lo que queria; pero no tocò apenas la voz à

sus

ſus oidos, y dixe mal, apenas à ſu viſta la ſombra de ſu roſtro, quando ſin embargo del velo, del havito, y aun de la obſcuridad, conociò en ella, no menos que a ſu querido, y dulciſsimo empleo, à ſu hermoſa dama, à la ocaſion que le traia de tan remotas, y eſtrangeras Provincias, y quedando ſuſpenſo del impenſado trage, de ſu viſta diò lugar à que viendo tal ſuſpenſion, ſe le bolvieſſe à repetir la miſma pregunta. A quien paſſandoſe algun tanto ſu turbacion, y eſpanto, y juzgando por devocion, ò voto à ſu venida el Religioſo havito, deſatando la lengua, aſsi amoroſo, y tierno, dixo à ſu dama las ſiguientes palabras. Pues como aſſi querido dueño mio, tan mal conocimiento halla mi voluntad? Tan corto fue el pincèl que imprimiò en vueſtro pecho mi retrato? Yà no me conoceis? Tan poco firme ha ſido aqueſte eſclavo, vueſtro amante perdido, vueſtro Don Enrique auſente, que ni el tiempo, ni el havito le pudieron hacer deſconocido en vueſtros ojos, olvidado en vueſtra memoria? Yo ſoy, què me mirais? Què os ſuſpendeis? Pues ſeis años de auſencia, aun no han ſido los del famoſo Vliſſes, ni los furioſos vientos, y ardientes ſoles, ſi han denegrido el roſtro, por lo menos no han trocado el alma, no han mudado ſu sèr, ni ſu firmeza, porque eſtà aſido intacta, ſiempre invencible, y perdurable, y lo ſerà tambien mientras el Cielo diere aliento à mi vida, y vos olvido à ſu perſeverancia. Aſsi llorando lagrimas alegres, diſcurria Don Enrique, quando atajò ſu platica, el vèr, que de improviſo, al pronunciar ſu nombre, levantaban los gritos haſta el Cielo, tapandoſe los roſtros las preſentes, y que haciendoſe cruzes, aun ſin parar en eſto, con crecido alboroto atronando el Convento, ſe ſalian huyendo de la grada, dexando ſola en ella à ſu hermoſo dueño. La qual aunque ſe vido deſamparar, cō varonil denuedo, quedò gozando ſin temor, la preſencia de el que (ſino tenia por difunto amante) à lo menos creia fueſſe ſu eſpiritu.

Por cierto, que fue la de eſta dama maravilloſa, y gallarda prueba de un firme, y verdadero amor; mas què no emprehenderà eſte rapaz Gigante? Què hazaña, què peligro, què temores, què rieſgos no han vencido, y acabado ſus encendidas flechas, aun ſiendo governadas de el mas fragil ſugeto, de la mas tierna, y delicada doncella? No quiero dilatar con tan comun materia aqueſta hiſtoria, ni con afectos tan experimentados ſus diſcurſos, antes bolviendo à ellos, ſabreis ſi pude con razon exagerar el valiente animo con que Doña Leonor eſperò ſemejante ſuceſſo, pues no fue menos (y ſegun en ſu con-

cepto estaba creido) que averse puesto à razones con un muerto, quedarse sola, con quien avia muchos dias que le tenian por tal, y en conclusion, estàr firme, y entera, hablando à una fantasma, à un alma en pena. Passaba esto en hecho de verdad, y assi lo he ponderado, porque quiero que assi quedeis mejor desengañado en la forma que tan incierta nueva se apoderò, no solo del credito, y verdad de sus padres, y dama, empero de toda la Ciudad, de todo el Reyno. Yà os acordais, como atràs queda dicho, el mal que tuvo en Praga Don Enrique, el viage de su primo buscandole, la muerte de este en Flandes, y ultimamente, la gran quiebra, y desmàn de su correspondencia, cartas, y avisos. Es, pues, el caso aora, que como ninguna cosa de estas, se le encubriesse à Don Luis Antonio, porque no solo en casa de sus contrarios, en el Convento de su hija, mas en Flandes, en Italia, y Boemia, tuvo centinelas, y espias, que le advirtiessen de sus passos, ò yà para prevenir su venganza entre ellos, ò yà por otra causa reservada à su pecho, y como fuera de esto, ni los ruegos de poderosos Principes, de personas Religiosas, ni aun las continuas lagrimas de su propia muger, huviessen alcanzado el perdon de el ausente, porque su ayrado espiritu, presentes sus injurias, clamaba solo por castigo, y venganza, assi siempre regido de sus deseos sangrientos, maquinaba los dias, y pensaba las noches algun camino, ò medio, que yà en parte, ò en todo se los diesse à sentir sin riesgo suyo. Y con semejantes desvelos, juzgando, que el mayor castigo seria dexar impossibilitada de casarse à su hija, no obstante, que sabia que por primicias de su parto, criaban sus abuelos un hermoso retrato de su, un niño que era su mayor consuelo, emprehendiò el principal de sus intentos, valiendose para mejor executarle de algunos papeles, y cartas quel el primo de Don Enrique dexò à sus camaradas, el dia de aquella infeliz rota, y su muerte, los quales por inteligencias notables, aviendo llegado à su poder, y no menos que enmedio de el rumor, y aun de las lagrimas que derramaban sus contrarios, tanto por el aviso que desde Napoles tuvieron, quanto por el que aviendole buscado, y nunca parecido, embiò desde Flandes su difunto primo, aprovechandose juntamente de tan buena ocasion, sin mas esperar, hizo que conforme la letra, y firmas que tenia, se falseassen unas cartas, con tan dispuesto dissimulo, diestras, y fundadas razones, que fuessen suficientes à darlas credito. Fingiase en el principio de ellas, como el primo difunto, un dia antes de la batalla (porque es loable costumbre de qual-

quier

quier Cavallero, y Soldado) avia descargado su conciencia, y escrito por punto essencial de ella, aquellos avisos, y cartas, y assi despues de un breve prologo, en que trataban de esto, su progresso mayor fue dàr cuenta à sus tios de la muerte de Don Enrique en Praga de Boemia, y de algunos legados, y obras pias, que les dexò encargados en el ultimo articulo; y tràs de tan amargas nuevas, largas disculpas, en quanto à la omission de tal aviso, escusandose con el deseo de atajar su sentimiento. Con lo qual concluyendo assimismo, quedò forjado el cauteloso engaño, prosiguiendole con tan buena dicha, y con tan eficazes razones, y fingimientos del portador, que fue un Soldado de los mismos Paises, que no solo se creyò, y tuvo por cierto, empero se le hicieron las funerales honras, con tan grave dolor de sus pobres padres, que fue mucho poder sustentar la vida, y mayormente la triste, y afligida dama, que era el blanco principal de esta empressa. La qual despues de algunos meses, que gastò llorando con perseverancia increible su miserable ruina, su desamparo, y soledad, su viudèz sin ser casada, su afrenta sin remedio, y al hijo hermoso con tan infame titulo: al fin, al fin, no pudiendo hacer otra cosa mas digna, rindiò à los hados, digo à la voluntad, y juizio del Cielo, su honrada determinacion, tomando el havito de aquella Religion, y professando con gusto, y voluntad llegado el terminò.

Yà conseguidos sus rabiosos deseos, si bien mal lograndose en ellos, muriò su padre de Doña Leonor dentro de pocos dias, dexando quanto pudo mandar, y disponer de su hacienda, repartido en memorias, y patronazgos, por sì, y por su hijo, en que acabò de conocersè el sentimiento intrinseco que le causò su inocente muerte hasta aquel punto. Este, pues, era el estado, y termino en que hallò Don Enrique sus cosas, y este era el concepto engañoso, por quien las Monjas se alborotaron. Mas como en estos medios, su turbacion se huviesse sossegado, y creciendo las lagrimas, y aun las razones dulces de su amante, fuesse tambien poco à poco cayendo en la cuenta, y advirtiendo, que no tenia delante ningun cuerpo fantastico, apenas acabò de desengañarse, y las demàs Monjas de satisfacerse, quando reconociendo su desdicha, la cautelosa burla de su padre, y el estado imposible, à q̃ de su voluntad se avia reducido, sin poder resistir el impetu, y corage de su corazon, la pena, y sentimiento de su alma, turbados los vitales espiritus se cayò desmayada en los brazos de las que la acompañaban, estando à tan lloroso espectaculo el afligido Ca-

vallero en terminos de hacer otro tanto.

Bien conocieron, y rastrearon todas la causa original del parasismo de la infeliz señora, y assi juzgandola por grande, disculparon su estremo: mas viendo que tornaba en si, despidiendo al amãte, la llevaron à su lecho, en quien passadas veinte horas, quãdo bolviò en su acuerdo, fue turbada la lengua, y muerto por lo menos todo el lado siniestro, cosa, q̃ aunque aumẽtò en D. Enrique sus desventuras, y lastimò generalmẽte la Ciudad, se estimò por menor daño del que prometia su desmayo.

Y assi no obstante, tales inconvenientes de consejo de sus viejos padres, que yà gozando de su vista, no se acordaban de los passados males, y con el parecer de personas doctas, que tenia por invalida la profession de Doña Leonor, llevando recaudos bastantes, alentado de las lagrimas, y continuas importunaciones de su dama, y aun por no dexar su hijo con tan infame titulo, partiò à Roma, sì bien solo sirviò su viage de cansarse sin fruto, y acabar con el desengaño que alli le dieron, de perder la esperanza, y la paciencia. Y plegue à Dios, que con ella no aya perdido el alma; pues desde que se embarcò para bolver en una nave Genovesa, hasta oy que se escrive esta historia, no se ha sabido dèl muerto, ni vivo, ni tampoco de la nave, ni de quantos en su compañia se hizieron à la vela: con que sin duda alguna se puede presumir, que acabò sus peregrinaciones, sus ansias, y amorosos deseos en el mismo elemento, en las mismas aguas, y profundas ondas, que tuvieron principios, apresurando con tan triste nueva la muerte de sus viejos padres, y miserable fin de Doña Leonor.



LOS DOS MENDOZAS,

HISTORIA SEXTA, Y ULTIMA DE ESTE LIBRO, con el origen, y antiguedad de la insigne Villa de Madrid; donde sucediò.

A Doce leguas de la Imperial Toledo, en la mitad de las Españas, y citerior Tarraconense, està fundada la memorable,

y famosa Villa de Madrid, Corte Real, y cabeza de la mas estendida Monarquia, que hà visto el mundo desde sus principios, cuyos originarios fundadores (como siempre sucede en cosas muy antiguas) tienen tan obscura noticia, que casi de toda ella, los tiempos espaciosos, y largos siglos, no han dexado mas essencial memoria, que la tradicion de su segundo nombre, que es Mantua Carpetanea; assi la llama Cesar en sus Comentarios, ò por el mismo apellido de los vecinos montes, ò por la semejanza de esta voz, Carpetum, que significa carro, uso particular de sus naturales, por la comodidad que para su artificio ay, en tantas planicies, y llanuras, como por largo espacio la rodean. Ptolomeo, poniendo su latitud en quarenta grados, tambien la llama assi, y primero Ursaria: y no falta quien llevado de vestigios probables, la haga fundacion de los primeros Griegos (cuyo antiguo blason fue un dragon espantoso) y mas particularmente, de su famoso Capitàn Epaminundas, y por el consiguiente, armas originales de este lugar, segun se hallaron en las timbres antiguas de sus puertas. Arguye bien su antiguedad notable, aver en la reparticion que hizo de España el Magno Constantino construidola en Obispado, mas hà de mil docientos y treinta años. Y finalmente el titulo, y Corona que le concediò el Emperador Carlos V. para sus nuevas armas. Por estas, y otras causas testifican Autores, fue en su primero origen, el escudo, y muralla de los antiguos, y primeros Españoles, como tambien despues, Escuelas publicas, y Estudio general de las Ciencias, que entonces se sabian en España. Tambien los Moros, segun acostumbraron con las grandes, y mejores Poblaciones de esta Provincia, en su assolacion, y pèrdida, la dieron nuevo nombre, y el mismo que oy conserva, aludiendo la significacion de èl à una de sus mayores excelencias, à sus frescos, y saludables ayres; porque Madrid, no otra cosa significa en su lengua, que lugar de buenos ayres: y esto es tan cierto, que ni en lo restante de España, ni aun de la mitad del Orbe se conoce sitio mas sano, Cielo mas benevolo, y claro, terreno mas fertil, abundancia mas llena, aguas mas puras, rostros mas hermosos, ingenios mas lucidos, corazones mas valientes, animos generosos, y sobre todo, virtudes, y excelencias mas en superior grado. Todo merced de sus influyentes Estrellas, de su Cielo benigno, y finalmente de sus incorruptibles, y delicados vientos. Y assi, respecto de tan grata experiencia, y combidados de la amenidad de sus campos, de la grandeza de sus bosques, y de

otras comodidades;los masReyes de España honraron con largas asistencias, con amor increible, este noble Lugar, hasta que con perdurable asiento, fixò el prudente Phelipo en èl su Casa, y Corte, ampliandole, y engrandeciendole de suerte, que èl solo, por la igualdad, y anchura de sus calles, por sus casas fundadas à este fin, por sus grandes Palacios, por sus ricos, y fertiles contornos, es capàz de tal maquina, de tanta multitud de moradores, de tan copiosos tratos, de tantas mercancias, de tantos negociantes,de tan grandes Principes, de tantos Titulos, y Cavalleros, de tan graves Consejos, de tan inumerables Ministros, de tantas guardas, de tantos Oficiales, y finalmente, de tan varios compuestos, como forman su monstruoso cuerpo, su portentosa, è increìble grandeza. A quien por partes, aunque rompida à trechos, rodea una cerca de muralla antiquissima, traza, y edificio de Griegos,ò por mejor decir lo que tãtos afirman,y se vè con los ojos, de una llama continua,de un fuego restringido; pues lo mismo viene à ser el duro pedernal de que es formada, y aun las piedras con que enlosan las calles. Y assi por esta causa dixo un discreto, que España, entre otras excelencias, tenia una Ciudad fundada sobre fuego, y cercada de lo mismo. Mas dexado esto aparte, justo serà, que no se olvide en esta descripcion uno de sus mayores attributos, y aun Santuario de los mayores de Europa, la Imagen memorable que apareciò en Atocha, aquel retrato de la Reyna del Cielo,aquel assombro de maravillas, y milagros: y entre muchos triunfos de sus victorias, la de el antiguo Alcayde de Madrid, el portentoso caso de sus hijas, y esposa, aquella estupenda resurreccion;y tràs de aquesto, el hijo amado, el Labrador humilde, que juntamente con los dos Papas, San Damaso, y Melchiades, reverencia por sus Santos la Iglesia; y al primero por Patron de esta Villa, en quien tambien se vè oy entre otros edificios grandiosos, y Monasterios sin numero, el Religiosissimo Convento de San Geronymo del Passo, nombre notable, adquirido por el que defendieron generosamente algunos Cavalleros, y aun privados del Rey Don Enrique Quarto, hazaña tan notable, que justamente quedarà para siempre eternizada en la memoria de los hombres: como tambien por los sucessos de la siguiente historia, la fama, y nombre de los dos Mendozas, hijos ilustres de esta insigne Villa, y tan fieles, y verdaderos hermanos, que su rara amistad, sus loables hechos, pudo ser digno assumpto, y materia bastante à su discurso. Y assi, poniendo limite al de esta des-

cripcion, comenzarà en ſus fines nueſtro cuento.

Don Alonſo Gonzalez de Mendoza, Cavallero iluſtriſsimo, como lo ſon todos los de eſte generoſo apellido, fuè natural de Madrid, Lugar à quien, ſegun yà queda eſcrito, han elegido por ſu grande excelencia los Monarchas de Eſpaña por aſsiento, y morada de ſu Corte. Aquí, pues, y en los antiguos Solares de ſus progenitores, naciò, y viviò largo tiempo, aunque lo mas de ſu mocedad, entre el rumor ſangriento de las armas, ſirviendo en ſus inmortales hazañas, y empreſſas grandes à la Ceſarea Mageſtad de Carlos V. el qual, como tan buen apreciador del valor, y experiencia militar, hizo particular eſtimacion los años que Don Alonſo ſiguiò ſus eſtandartes, de ſus meritos, y perſona; y tanta, que ſi no fuera algo arrebatado, y colerico (condicion, que en parte deſdoraba ſus generoſas obras) es ſin duda, que huviera ocupado un grandioſo pueſto. Mas à eſta cauſa, no ſiendo muy bien quiſto, y teniendo en el Exercito algunas importantes inquietudes, le convino retirarſe à ſu tierra, adonde no le faltaron otras muchas; porque apenas llegò à ella, quando pagado ſumamente del muy hermoſo agrado de Doña Cathalina Ramirez, dama de admirables virtudes, la comenzò à ſervir con tan poco guſto de ſus padres, que deſeaban para ſu gallarda hija hombre menos brioſo, y no tan Soldado, que à pocos lances, rompiendo con ellos, y ſus deudos, huviera de grangear à lanzadas, lo que ſuele adquirirſe con blandura, voluntad, y terceros. Finalmente, porque deſeo trocar eſtas particularidades, que ſon muy aceſſorias al hecho principal, Don Alonſo, bien grangeado el amor de ſu dama, que quiſieron, que no ſus padres, la hizo ſu muger; y aunque à coſta de muchos gaſtos, pleytos, y aun priſiones, ello ſe quedò hecho, y ſus ſuegros deſenojados. Mas como raras veces dexa en la poſſeſsion de mitigarſe el ardor de los deſeos, poco à poco, morigerandoſe en ſu pecho aquella ardentiſsima aficion, fuè divirtiendoſe, y aun diſtrayendoſe con alguna nota: sì bien nunca eſta rompiò de ſuerte, que llegaſſe à ſentimientos de ſu eſpoſa, ni à faltar à las obligaciones preciſas de ſu eſtado; porque corre gran rieſgo la flaqueza mugeril el dia, que la diſſolucion del marido hace huerfanos el lecho caſto, y la meſa comun; y aſsi el diſcreto honrado, aunque fuerze el alma, y pierda en ſu guſto lances ſin recompenſa, no ha de perder horas tan bien gaſtadas, pena de llorarlas de veras. En fin, con nuevas aficiones Don Alonſo, reſtringiendo el amor de ſu eſpoſa, viviò ſin hijos ſeis, ò ſiete años; coſa, que aunque diſsimulada de la

honesta señora, era de ella sentida, y aun llorada con tiernas lagrimas. Presumia, aunque dudosamente, dè la condicion de su dueño, sus desvelos, è inquietudes; mas no por esso acreditaba semejantes sospechas, de suerte, que èl llegasse à imaginarlas, que es gran cordura, para que no se pierda el pundonor, el decoro, y respeto, fingir, y aun ignorar las cosas, que en los que pueden, no sirven de mas, que quitarles la mascara para executarlas en publico. Assi dissimulando padecia dobladas penas, en tanto que desenfrenado en sus vicios, corria èl temerario, y ligero. Hasta que perdiendo el temor al Cielo, y arriesgando su vida en terribles sucessos, vino à empeñarse en uno de manera, que sin gusto, y por fuerza le obligò à dexar la Corte, como aora sabreis.

Avia no lexos de sus barrios de Don Alonso una hermosa doncella, de tan grandes partes, calidades, y hacienda, que pudiera (à ser mas recatada, y menos libre) estimarse por casamiento de un muy gran Cavallero. Esta señora, pues, sin reparar en que D. Alonso tenia estado, que la impossibilitaba de remedio, llegò à prendarse de suerte en su aficion, que casi hizo con èl los oficios de un fino galàn; y como aun mas cortos embites eran bastantes à contrastar su gusto, en breves dias, y con menores diligencias, yà el arrojado Cavallero era dueño absoluto de su mejor prenda; y no parando alli el efecto de semejante yerro, antes à dos meses de trato yà ella estaba preñada, y entendida su falta. No tenia màs que madre, pero tan varonil, que al mismo punto (sabiendo quien era el autor de su afrenta, con secreto inviolable la desapareciò de sus ojos. Este ultimo excesso alcanzò à saber Doña Cathalina desde sus principios, porque el poco recato, que en èl huvo, le hizo patente à una criada antigua de sus padres, y de ella à sus oidos; mas como era tan discreta, y prudente, y el caso tan digno de temerse, como de remediarse, antes de dàr cuenta à quiē pudo atajarlo, la pareciò con dadivas, y ruegos saberlo con certeza de un criado de su marido, el qual, no solo por su buen servicio era archivo de su alma, mas toda su privanza, y voluntad; pero fuè por demàs, y cansarse en valde, pues antes el fiel criado procurò desmentir tales sospechas, y aun diò de ellas à su señor larga noticia, diligencia, que despues le costò la vida; porque no satisfecha con su absolucion la zelosa señora, tanto cavò en su intento, que alcanzò la verdad; y mediante el favor de una dama de Palacio deuda, el sossiego de su alma; pues al punto mandò su Magestad, por medio del Consejo, que Don Alonso se fuesse à sus Lugares;

res; orden, que sintiendola impacientissimo, y no atreviendose à perder el respeto à quien la avia trazado, como su condicion fuesse terrible, y deseasse de semejante pesar igual venganza, diò en persuadirse, que aquel criado à quien èl tanto amaba, vencido de las dadivas de su muger, le avia descubierto. Y como à esta presumpcion engañada se juntasse el ausencia impensada de su dama, que todo sucediò en un mesmo tiempo, huvo de quebrar su colera, y enojo el pobre inocente, destinado yà por su contraria suerte à morir sin culpa. Y assi, sacandole una noche, como solia, consigo, hizo, que dos valientes esclavos, que tenia para tales empressas, estuviessen en parte, q̃ con comidad, y recato lo executassen, aunque no sin defensa del triste hombre, pues aunque se viò salteado de ellos, y de su dueño, mostrò bien quanto hiciera à medirse igualmente. Al fin, en el mismo puesto, que era algo desviado de las ultimas casas, le enterraron, desmintiendo la sangre, y las señales, de suerte, que aunque echandole menos, à instancia de sus deudos, que los tenia en Madrid, se hicieron notables diligencias; y aunque la Justicia puso guardas à Don Alonso, procediendo en la causa, al cabo, sin saberse del muerto rastro alguno, fuè absuelto de la instancia, y dado por libre: con lo qual, en cumplimiento del mandato que he dicho, con toda su familia se fuè veinte leguas de la Corte, adonde en un fresco Lugar de su patrimonio, y riberas del Rio Xucar viviò con mas quietud, y con menos distraimiento; y echòse bien de vèr el provecho, y gusto, que acarreò à su casa, pues dentro de tres años yà tenia dos hijos en su esposa, y con ellos diferentes cuydados, que los que hasta alli. Llamòse el primogenito Don Diego; y el menor Don Fadrique, y uno, y otro de admirables presencias; y sobre todo, tan conformes hermanos, y tan verdaderos amigos, que pudo su singularidad, y excelencias, no solo dàr dos Heroes à mi historia, sino fama à su Nacion, gloria à su Patria, y materia bastante à dexarlos eternizados en la estampa.

Yà en aquesta sazon, y aun dias antes, que Don Alonso se retirasse, avia Carlos V. en Flandes, con aquella espantosa hazaña de la renunciacion de sus Estados, echado el sello à sus inmortales, y famosas victorias; pues alcanzadola de sì mismo, fuè la mayor, que en los passados, ni en los presentes siglos han mirado los hombres. Governaba por èl esta dilatada Monarquia su prudentissimo hijo el Salomon segundo, digno abuelo del potentissimo Principe Phelipe IV. que por dichosos, y felices años oy reyna sobre sus innumerables señorios, y vassa-

ſallos. Y aſsi, teniendo por la templanza de ſus ayres, ſerenidad del Cielo, y otras comódidades, particular inclinacion à la aſsiſtencia de Madrid, con ſu continuacion, y Real preſencia, poco à poco ſe fuè eſtendiendo, y ampliando, haſta llegar caſi à la grandeza, y explendor en que la vemos; con que todas ſus coſas tomaron nuevo sèr, porque los muy apretados campos de ſus contornos, ſe convirtieron en viſtoſas calles, los ſembrados en grandes edificios, los Humilladeros en Parroquias, las Hermitas en Conventos, y los exidos en plazas, lonjas, y frequentes mercados. A todos, ò à los mas de eſtos aumentos, Don Alonſo, alegre con ſus prendas, viviò auſente, y retirado de grandezas, y maquinas: con lo qual, y los menores gaſtos, fuè allegando ſuficiente ſuma, y tal, ſegun ſu rico mayorazgo, que pudo fundar otro en Don Fadrique, y no muy pequeño: sì bien el cumplir eſte deſeo ocaſionò, por la eſcaſeza con que trataban la familia, tãtas diſſenſiones en ella, que aunque no obſtante ſaliò con lo que quiſo, fuè à coſta de dexarle los criados, olvidar ſus obligaciones, morir de pena, y otros muchos enfados ſu propria muger; y ultimamente, de malquiſtarſe con ſus hijos, que no pudiendo ſufrir tal careſtìa, ſiendo mancebos de nobles, y gallardos alientos, con la conformidad de ſu voluntad, apenas el mayor diò à entender la ſuya, quando yà Don Fadrique trazaba el modo de executarla. Era ſu intento de los dos, obligarle en la Corte, à que los ſeñalaſſe alimentos, pues el dote de ſu madre, y los dos mayorazgos de que eran ſucceſſores, los pedian muy grandes; pero dificultabaſelo mucho la falta de dineros, porque aunque D. Diego tenia por ultimo abrazo de ſu madre, guardadas en ſecreto ſus mas ricas, y precioſas joyas, todo les pareciò poco, reſpecto de ſaber, quan tercamente los avia de defender ſu padre. Y aſsi, reſolviendoſe los dos, acordaron de hacerſe bien eſpaldas, y cargar en las ſuyas con la plata, jaeces, y cavallos; para lo qual, haciendo venir algunos de los criados, que andaban deſpedidos, con galante deſpejo, à la primera caza, que ſaliò Don Alonſo, la dieron ellos à lo mejor que avia, y con gran diligencia ſe emboſcaron en Madrid, haſta vèr como lo tomaba, que no fuè con mucho rigor, ſino que el mal remedio le hizo diſsimular. No era de ſu naturaleza miſerable, ni corto, ſino por accidente cauſado en el acrecentamiento de ſus hijos; y aſsi forzoſamente, como todo avia de ſer ſuyo, huvo de conſolarſe en la pèrdida. Con tal aviſo alegres los hermanos, ſalieron en limpio, echaron libreas, puſieron caſa, y cuerdamente comenſuraron ſus

gaſ

gastos, y despensas; de suerte, que veinte mil ducados, que traian consigo, pudiessen lucirles, y fomentar su intento. Eran entrambos bizarrissimos mozos, lindos ginetes, diestros en todas armas, callados, comedidos, y en estremo valientes; de forma, que sin tener necessidad del aplauso, y abono de sus muchos deudos, en pocos dias se hicieron los ojos de la Corte, y en menos de año y medio se hallaron con los alimentos que pretendian; porque aviendolos puesto en tela de Justicia, aunque su padre los contradixo, y aunque intentò, que al menos se les pusiesse en quenta lo que se avian tomado, como no huvo probanza (merced à la aficion de sus criados, que se hicieron mudos) sin mayor dilacion aprobò el Consejo los que parecieron forzosos; causa para que sin muchas escasezas se alargassen sus galas, y se aumentassen sus lucimientos; y assi, aun antes de esto, pocas fiestas, ò regocijos publicos huvo, en quien ellos no se señalassen, ni en quien con suertes venturosas, no grangeassen tierra. Valianse, y apadrinabanse en semejantes ocasiones tan à punto, y estaban en aquello tan diestros, y avisados, que ni para favorecerse avia larga distancia, ni para su advertencia, ocupacion, recato, ni interesse, que los desquadernasse. A este proposito, no juzgo fuera del escrivir un lance peregrino, que en presencia de Phelipe II. les sucediò en las primeras fiestas, que fuè conocido su valor.

Parece ser, que no se concertaban, assi por el gran numero de pretensores, como por otras circunstancias, los Cavalieros que avian de ser en el juego de cañas; y assi, viendo ellos semejante desorden, como discretos, y corteses, aunque entre sus naturales no avia otros mas dignos, desistieron del juego, pero no de alegrarle con capa, y gorra, y algunos rejonazos mientras se apercibian las quadrillas. Cumpliòse assi su intento, y à tan fuerte razon, que pudo suceder un desmàn, porque (por culpa, ò descuido de el que los soltaba) quando los hermanos entraron, se hallaban en la plaza dos valientes Toros, y no assi juntos, como acostumbran por natural distinto, sino como dos desatados Leones divididos, y cada uno haciendo por su parte lastimosa riza en el pobre personage. Parece, que la buena fortuna de estos mancebos, para que assi mejor luciesse, y campeasse, avia guiado el sucesso de esta suerte; porque apenas viendo lo que passaba tomaron de sus lacàyos sendos rejones, y se apartaron azia donde cada qual de los Toros hacia anchuroso circulo, quando casi àun mismo tiépo embistieron con ellos, mas con diferente suerte, porque Don Fadrique el menor rompiò gallardamente el has

ta en piezas, reylando en la cerviz la resta con el yerro, mas D. Diego, aunque quebrò firmissimo, fue tanto lo que el Toro se le entrò por el lado, que llevandole de hilo las cinchas, y correas, le dexò por la falta de silla en evidente riesgo de perderse, y pareciò ello assi, porque rebolviendo sobre èl, con el sentimiento de la herida, al primer encuentro le arrojò con la silla à la otra parte, que cayendo de pies, mientras en un instante embarazado el Toro con la silla le diò lugar, yà èl con la espada en la mano, pudo recibir el segundo golpe; pero tan en sì, y animoso, que embistiendole con la capa en los ojos, al baxar la cerviz le dexò sin ella, tendiendole en el suelo con la mas fiera cuchillada, que desde entonces acà se ha visto en aquella plaza.

Todo esto sucediò tan acaso, tan en un pensamiento, que casi al mismo instante Don Fadrique avia hecho su suerte, y D. Diego esperaba à cavallo, mas como à los alaridos que daban los presentes, alabando el sucesso, fuesse precisso el bolver tambien el rostro à aquella parte, apenas D. Fadrique lo hizo, quando mirò à su hermano à pie, y rodeado de infinita gente, y no parando aqui su turbacion, al propio punto viò assimismo al furioso animal, que de su brazo avia escapado, que con ligeros passos desembarazando la plaza llegaba al puesto. Tenia yà otro rejon en la mano, y assi conociendo el peligro, no despide su flecha el arco indiano tan veloz, y presta, como èl arrancò en favor de su hermano, y tan à tiempo, que aviendole sus criados desamparado, pareciò necessaria su ayuda, la qual fue tan ayrosa, que atravessandose enmedio, hecho escudo de el querido hermano recibiò la indomable bestia con tan gallardo pulso, que ayudado del Cielo, y de su buena suerte; apenas enderezò el rejon, quando partiendole la nuca, con aclamaciones de el Pueblo, y admiracion, y gusto de las damas, le dexò haciendo sombra al compañero muerto. Subiò en tanto en otro cavallo Don Diego, y mandò sacar bien mal herido à el de su entrada, como si por ellos no huvieran sucedido dos tan notables casos, y assi gratos, y humildes passeando la plaza, correspondieron al aplauso, y parabienes, hasta q̃ entrando los del juego hacẽdo acatamiento à los Reyes, la desocuparon. Dixose por muy cierto, que aquel prudente Principe avia admirado el sucesso, y alabado de valientes, y fieles amigos à los hermanos, con que quedò calificado su hecho, y mas acreditada su opinion; y realmente toda esta honra mereciò con justicia su bizarria, y despejo, porque no assi tan solo en esta ocasion, sino

en

en otras ſin cuento, moſtrando ſu valor, fueron mas dignos, como ſe irà advirtiendo en el diſcurſo de la hiſtoria que tenemos entre manos.

Pero como nunca en las demàs acciones humanas faltan à ſemejantes accidentes embidias, y emulaciones, como ni tampoco à los grandes ſugetos, ò yà por el ingenio, ò yà por el valiente, y alentado eſpiritu, y aſsi en alguna manera fuera caſo de menos valer, ſi à los nueſtros faltàra eſta excelencia. Ser virtuoſos, ſer corteſes, ſer recatados, piadoſos, y diſcretos, y por el conſiguiente murmurados, tengolo a mucha dicha, como al contrario, por afrenta, è injuria de los hombres, al que no lo es, porque eſte tal à falta de virtudes, y meritos no es embidiado. No aſsi fuera de intento he eſcrito eſtas breves razones, antes si con muy gran cauſa; pues es bien de notar, que ſin averla eſtos Cavalleros dado por ningun camino, ni entrado en lances, que como tan bizarros mancebos pudieran, fomentaron en ſu contra la voluntad de un gran ſeñor, tan mal afecto, que en qualquiera ocaſion procuraba diſminuirlos, y eſto con tan publico eſtremo, y deſcorteſia, que ninguno en preſencia, ni aun à ſus oìdos trataba de alabar, ò engrandecer ſus coſas, que no le hallaſſe opueſto, y diſguſtado. Què nombre, pues, daremos à ſemejante exceſſo? Què titulo à tan baxos embites? ò à què parte atribuirèmos ſu mala voluntad? Pienſo que ſino es llamàrla vil embidia, que no tengo otro atributo à que acogerme; por lo menos en muchos dias no ſe entendiò otra cauſa, ni los hermanos curaron de ſaberla, y no porque les tuvieſſe à raya el ſer eſte Cavallero Marquès, rico, y brioſo, que para tanto eſtado, ellos eſtaban tan emparentados, y bien quiſtos, que pudieran friſar con èl, y darle mucha mohina; ſolo les afrentaba ſu generoſa, y noble condicion, y de ſear conſervarſe con agrado mientras èl no les empeñaſſe al deſcubierto. Tales, y tan honrados propoſitos, fuerza era que ſe lograſſen aumentando ſu credito; y aſsi, aunque en tan verdes años alcanzaron tan gran predicamento, que no ſolo los preciaban por generoſos, y bizarros, ſino por prudentes, y cuerdos. Coſas eran aqueſtas para que llegando à noticia de ſu padre mudara condicion, y ſe gozàra mucho con tales hijos; y ſucediò ello aſsi, porque deſeando los dos bolver à ſu gracia, cortas diligencias la grangearon, y de ſuerte, que deſde allì adelante ſu mayor cuidado de D. Alonſo (al fin padre) era el acrecentamiento, y guſto de ſus amados hijos. Criabales gallardos potros, entreteniaſe en bordarles jaeces, y remitirles nuevas galas, allegarles

les dineros, y labrarles ricas, y preciosas alhajas, y sobre todo, en darles estado, y compañia, digna de su valor, y muchas virtudes, con lo qual los nobles mancebos andaban lucidissimos, y passaban loablemente su juventud, sin aver hasta entonces abierto puerta à las noscivas llamas de amor, ni entrado en risa de sus ardientes juegos. Comenzaba en esta sazon la Primavera, y Don Fadrique gozando de las frescuras de sus mañanas, con mas inclinacion que D. Diego, salia à vèr en el campo de la tela, hacer mal à sus cavallos, adiestrarlos en los tornos, y castigar siniestros resabios. Gustaba notablemente de semejantes exercicios, con lo qual pocos fueron los dias de aquel alegre tiempo, que dexando en la cama à su hermano, no le viessen la Puente Segoviana, y los cristales puros de su rio; y uno de estos, que al descubrir el Sol baxaba al puesto, queriendo un poco antes apearse, apenas lo huvo hecho, quando emparejando con èl quatro mugeres, que querian atravesar la Puente, reparandose èl algo à mirarlas, viò que con igual intento avian hecho ellas lo mismo: con que mas advertido en su curiosidad, las hizo un cortès acatamiento, porque no obstante, que siempre en èl avia tales estremos, la estofa de la ropa juzgò por digna de mayor cortesia.

La respuesta que tuvo el cortès comedimiento de Don Fadrique fue de otra gerarquia, porque haciendole señas que se acercasse, la una tapada hasta los pechos, adelantandose de la compañia algunos passos, en baxa voz le dixo con discreto donayre: Si os atreveis, como à matar Toros en la plaza, à seguirnos aora en este campo, no es pequeña aventura en la que os pondreis; pues aviendo de llegar à San Isidro, solo porque el azero que se toma por vos mas que por otro achaque, no se buelva contra nosotras, os remitirèmos nuestra guarda, y por lo menos podreis venir seguro, que si huviere Cavalleros andantes que lo impidian, todas nos avremos de vèr à vuestro lado. Aqui, no sin alguna risa, callando ella, respondiò Don Fadrique: Conociendome, como dais à entender, mal aveis hecho en mandarme con tan largas razones, pues sola la presumpcion de que me ayais menester, basta à ponerme en peligros de veras, quanto y mas en cosas tan de gusto; y diciendo; y haciendo, mandò à sus criados que le atendiessen, y poniendose delante, comenzò à acompañarlas. Passaron en alegre conversacion la Puente, y con la misma llegaron à la Hermita, si bien en toda esta distancia, quien sustentò la tela, fue la misma que primero le avia hablado, mas por tan discretos

amba-

ambajes, y rodeos, que se le conociò hablaba en nombre de otra y que assimismo atendia à recatar de las demàs el alma de su intento. Repararonse en aquel Santuario un grande espacio, en quiē la propia tomando por la mano otras dos mugeres, y fingiendo irse à gozar de la milagrosa fuente, dexò à D. Fadrique por guarda de la ultima, la qual apenas se viò sola, quando alzando del rostro el sutil manto, descubriò de improviso un pedazo de Cielo lleno de soles, arreboles, y estrellas, que casi su belleza, y mayormente tan nueva admiracion, le dexò suspendido. Reconociò su turbacion la dama, y aunque ella estaba en no mejores terminos, con todo esso le ganò por la mano, y con alegres ojos, y dulcissima voz, le dixo: Al fin, señor Don Fadrique, este buen dia yo me le he grangeado por mi lance, pues es cierto, que segun andais poco advertido, con quien tanto desea vuestro gusto, ni el miraros desde el coche tan libre, ni el aplaudir à vuestros ojos essa dichosa suerte, ni aun menos recatadas diligencias, y acciones, fueran bastantes nunca à grangear mejor correspondencia, y à escusar mi cuidado de semejante atrevimiento, y libertad. Pero al fin, como vos no la tengais por tal, y como yo quede en vuestra opinion, en el predicamento que merezco, darè por perdonados tales descuidos, y aun los disgustos, y riesgos à que me he dispuesto, si esto imaginassen los mios, los quales aun son mayores de los que puedo encarecer, y solamente los que han tenido à raya mis afectos, porque ni tengo criado de quien fiarme, ni aun muger en mi servicio, à quien (fuera de la que os vino hablando) pueda descubrirme. Ella es buen testigo de lo mucho que me debeis, y no huviera dilatado, segun me quiere, el haceros cargo de tal deuda, si como yo no estuviera en el mismo recato, en la misma guarda, y clausura. Pero yà que los Cielos han destinado por terminos tan tristes mi contento, no ha de faltar alguna buena estrella que nos ayude, siendo vuestro gusto verme, y hablarme por adonde, viniendo à deshora, pienso que avrà lugar. Esse papel os dirà la parte, y en èl conocereis quantos dias he andado prevenida; y aora porque este serà el ultimo dia que he de salir al puesto en que me veis, seguidme, ò haced saber mi casa, y en tanto el Cielo os guarde, y dè à mis pensamientos acogida en vuestro pecho.

Con lo que arriba dixe, sin esperar respuesta dexandose un papel en el suelo, y à Don Fadrique en extasis absorto, llamando à sus criadas saliò à la puerta la hermosa dama, y riñendo con muestras de mohina el dexarla sola, bolvieron al camino, haciendo el assombrado Cavallero (guardando el papel) el mismo oficio, no obstante, que con menos descuido, y aun sossiego que vino, y

aun si dixesse libertad, no seria engaño. Tan impensado fue el sucesso, tan peregrina el aventura, y sobre todo portentoso, è increible, que sugeto tan bello huviesse con igual despejo mostrado à un hombre humano rendimientos incapazes de credito, que no por menos los apreciaba Don Fadrique, juzgandose por indigno de tanta gloria. Tales discursos entretuvieron su jornada, hasta donde atendian sus criados, y adonde despidiendose de las damas, mandò seguirlas, y que el mas confidente tomasse las señas de la casa, y prosiguiendo èl à la suya, queriendo antes de descansar vèr à su hermano, que aun se estaba en la cama, le hallò leyendo un papel, y junto à èl un page que le avia traido. Holgòse sumamente Don Diego en viendole, porque la respuesta de el que tenia en la mano, pedia la consulta de entrambos; y assi poniendole en las suyas, aunque Don Fadrique traia suficientes cuidados, no fueron menores en los que de nuevo se hallò, leyendole en la forma siguiente.

Papel para los dos hermanos.

BArajas hace mañana grandes fiestas, à quien de secreto assisten los Reyes, y en publico lo mejor de la Corte. Deseo sobre todas las cosas, y aun deseamos, que vos, y Don Fadrique assegureis nuestro cuidado, escusando el riesgo de mas lanzadas, ni peligrosas suertes; pero no que falteis en ellas, pues ausentes, antes nos causarà pesar, que regocijo; y en tanto no cureis de apurar al portador, porque lleva tan limitada licencia, como tienen sus dueños, que respetando dificultades grandes, y impossibles mayores, solo pueden veros muy poco, y desearos mucho.

No era mas largo el villete, y assi no hallando en èl cosa que dificultasse su expediente, algo risueño, bolviendose à su hermano, le dixo: Aqui señor, no ay sino obedecer, dè donde diere, que por lo menos si nos hallaremos engañados, no nos podran tener por descorteses, y aunque como aora sabreis, yo pudiera con razon escusarme, à trueque de no caer en mal termino, atropellarè mi voluntad. Alto, pues, replicò Don Diego, pues essa es la vuestra, no ay sino prevenirnos, y con esto despidiendo al criado, le embiaron con el mismo parecer, y tornando à su platica, en ella Don Fadrique diò à su hermano larga cuenta de su aventura, y juntamente de el papel, que aun no avia leido, de [illegible] no poco admirado, abriendole, y juzgando por encanto lo de aquel dia leyò en èl los siguientes renglones.

Papel à Don Fadrique.

UN año hizo el dia de los Reyes, que en las Justas Reales de Palacio, entre los muchos

pre-

premios, que à vuestro valor dieron los Juezes, me llevasteis el mejor de mi alma, que aunque conoce (segun pide su natural verguenza) atrevimiento, y libertad tan indigna de su noble sèr, la fuerza que le han hecho mis sentidos, la resistencia loca de mi pecho, el dolor, y tormento de mi corazon, al fin, al fin la han atropellado, y vencido, y de tal manera, que sus rendimientos seràn eternos, aunque mi desdicha, y vuestra diversion sean perdurables. Pero si yà este llegare por dichoso à vuestras manos, no permitais, que su dueño por desdichado quede sin el premio de veros, pues esto os serà facil, advirtiendo la casa, y demàs señas, que vàn en esse membrete.

Era verdad como el papel decia, porque dentro de èl en otro mas pequeño, prosiguiendo la orden, hallaron los hermanos señas tan claras, y razones tan infalibles, que no se podia errar el intento. Y assi, aunque con recato particular aviendo de irse otro dia à Barajas, tuvieron por preciso el acudir al puesto que se le avisaba à Don Fadrique, como en efecto lo cumplieron aquella noche. Pues yà à las doze, que era el termino señalado, el galàn estaba donde el papel decia, que era cierta calle escusada, à quien salia una ventana baxa, y Don Diego haciendole su escolta, y no sin grande aviso, porque respecto de la grandeza, y sumptuosidad de la casa, juzgaba por necessario todo su recato, y secreto.

Saliò en esto la dama incomparablemente hermosa, porque el contento de vèr à Don Fadrique tan puntual, acrecentò aquel atributo, que encareciò el amante con todas veras, señal de que yà estaba para menores burlas, mas el ser bien pagado disculpò su breve vassallage: prometiòle este eterno, y diciendole su nombre la dama, que era Leonarda, se despidieron mas alegres hasta bolverse à vèr. Bien quisiera Don Fadrique, que su hermano disculpàra su aficion viendo su empleo, mas pareciendole muy temprana licencia, la dilatò à mejor ocasion, y recogiendose con èl, parlando en diferentes cosas hicieron hora de dormir, y otro dia à las tres de la tarde, teniendo prevenidas ventanas con ricos, y preciosos vestidos, y algunos amigos, y criados partieron à Barajas. Si bien quando llegaron, estaban yà las fiestas comenzadas, y los andamios tan cerrados, y llenos, que para poder ir à su puesto, huvieron de atravessar la plaza, y assi desde adonde se les dexò passar en tropa como estaban, no sin riesgo de el Toro, y con alguna priessa cruzaron hasta sus ventanas. Bien pensò D. Diego, que Don Fadrique iba en su compañia, mas engañòse en ello, porque embarazado en el camino, muy sin pensarlo, se quedò muy atràs, y echandole menos al bolver la cara, le viò que pas-

lo à passo, y como si no anduviera un demonio en el coso, haciendo con los cuernos remolinos de gente, se acercaba à las ventanas sin ninguna pena. Mas no pudiendo sufrir el corazon mirarle en tal peligro, sin que las voces, y aun los brazos de sus amigos fuessen bastantes, se arrojò por el cosso hasta emparejar con su hermano. Pero estãdo muy cerca de salir con su bizarro intento, no sin admiracion de los presentes, turbò no su buen animo, mas toda el alegria de la plaza, el embestir el Toro à aquella parte. Venia el feroz animal todo sangriento bramando, y acosado con algunas garrochas; y no obstante los dos buenos hermanos le atendieron, no juntos como suelen en tales casos, mas antes apartandose algun tanto. Aqui no sè si temiendo la empressa, ò abandonado del grande atrevimiento, quatro, ò seis passos de ellos reparò el bravo Toro, y assi mientras con furiosas pisadas arrancaba la menuda arena, no quedò dama en balcon, hombre en andamio, q̃ no los diesse gritos, que no los pidiesse se retirassen: mas fuera entonces ponerse en conocido riesgo, ademas, que sin mayor tardanza los embistiò tan ciego, que en un punto se hallò con las dos capas en los ojos, y cortadas las piernas. Mas aqui se viò aora el rumor del vulgo, los alaridos, y voces de la gente, aqui el alargar los cuerpos en las ventanas, aqui el empinarse unos sobre otros, y finalmente, los mayores aplausos, las mayores alabanzas que oyeron hombres. Tomaron sus capas, y con las gorras destocadas, prosiguiendo à su puesto, de un balcon, al passar, dos damas tapadas dexaron caer encima de ellos una vanda pagiza, y un bordado lenzuelo, mas con tanto descuido, que sin ninguna nota se salieron con ello, porque todos, y todas estabã empleados en mirar los valiẽtes mancebos, los qua les alzando sus dos prendas, y haciendo à aquella parte cortesia, se subieron à sus ventanas; desde adonde, aunque curiosos procuraron atalayar la causa de su venida, que bien creyeron fuessen las de aquellos favores, se cansaron en valde, porque ni aun una seña, un bolver de ojos, un minimo cuidado nò llegò à su noticia, con que sin mas rastrearlo acabaron de vèr las fiestas, y no teniendo mas que hacer alli, tomando algun refresco, en desabahando el vulgacho, y aun el espeso polvo del camino, yà de noche dieron la buelta, engañando el corto viage con gustosos motetes, y atendiendo à matracas de no menos donayre, y regocijo, hasta que llegando al nombrado arroyo de Brañigales, les cortò el hilo de ellas otra tropa de gente de acavallo, que llegando à juntarse, les preguntaron por los dos Mendozas, que apenas se oyeron nombrar, quando adelantandose un poco, dixeron, que ellos eran, à que haciendo semejante

ade-

ademàn otros dos de la contraria parte, arrimandose à un lado, les respondieron: pues si nos dan licencia vuestros compañeros, os queriamos hablar. Como mejor mandaredes replicò Don Fadrique, y haced cuenta, que la teneis, y con tanto acercandose mas èl, y su hermano en llegando à postura, conocieron al mal intencionado Marquès, que dixe arriba, y à otro gran Cavallero primo suyo, que tomando la mano mientras ellos dispusieron las suyas para qualquier sucesso que se ofreciera, les comenzò à hablar de la suerte que oireis.

Aunque el puesto (dixo su primo de el Marquès) para difinir ciertas dudas, no era poco aproposito todavia la mucha gente que traeis, y la que à nosotros acompaña lo contradicen; y assi, segun aquesto, fuerza serà, que nos digais en què parte las dos à los dos solos os hallaremos en tocando à Maytines, que alli seremos puntuales, y quedaràn difinidas de una manera, ò de otra nuestras cosas. Harto mejor os fuera, respondiò Don Diego, que pues tantas ganas teniades de hablarnos lo huvierades anticipado, ò al menos advertido con mas secreto, y no que agora viendo semejantes faciones (pues llano es, que no han de presumir bien los que nos miran) alborotemos la Corte, y todo pare al fin en ayre, y en prisiones; pero en efecto el caso no tiene yà remedio, ni tampoco le tiene el señalaros lugar, hasta que à essa misma hora nos juntemos en la Puerta Cerrada, donde podremos elegirle mejor, y mas seguramente, y en tanto andad con Dios, que os quedo en cargo, y deseoso de serviros, merced que hà muchos dias tengo bien esperada.

Pues quede assi como ordenais, replicò el Marquès, que yà podria ser diesse à manos llenas toda satisfacion à vuestros deseos. Con esto fingiendo alegres rostros, y con gallardo dissimulo prosiguieron los unos, y los otros, ò por lo menos assi lo hicieron los dos Mendozas, los quales en llegando à su casa, aviendo muy gustosos cenado, despedidos de los amigos, y haciendo recoger su gente ellos solos se armaron, y pusieron en forma, ciertos de que todo les avia de ser forzoso, y de que el Marquès, ni su primo avian de salir en camisa; y siendo yà la hora, en un instante previnieron el puesto, sì bien no tardò mucho en verse juntos, con que concertandose en breve, sin hablar en el caso, guiaron à la Puente Segoviana à instancia de el Marquès, cosa en que los hermanos entraron largamente; pues de solo pedirsela el contrario, estaba sospechosa, pero por no mostrar descredito, atropellaron por ello. Seria la una quando se hallaron en los primeros andenes, y assi, reparandose alli, buelto à los dos Mendozas, el Marquès les dixo: Muchos dias hà que temiendo llegar à estos terminos, lo he es-

cusado, pareciendome, que como forasteros, ignorabades nuestra pretension, ò que corriendo el tiempo, llegando à vuestra noticia, escusariades los continuos passeos de la calle, y aun los cuidados, y pensamientos de la señora Hipolita; mas yo he vivido engañado, y aun ella pienso que lo està para vuestro daño. De esta verdad estoy muy satisfecho, y assi no pretendo aora que trateis de disculparos, porque si hasta aqui os pudiera admitir qualquiera escusa, yà tan grandes ofensas, yà mis ojos no piden sino obras. Aqui avemos salido mi primo, y yo, porque tambien à èl le toca mucha parte, à que nos deis una vanda, y pañuelo, que os arrojaron oy de un balcon en Barajas. Ved, pues, si lo traeis con vosotros; ò si no, quien ha de bolver por ello, que con darme de presente este gusto, y para adelante palabra de alzar mano de estos locos intentos, podreis en paz bolveros, y grangear en mì un buen amigo. Cessò con esto, y no sè si presumiendo, que bramaban los dos por responderle, ò si por no decir mas descortesias; y assi viendo Don Fadrique à su hermano, que arrebatado de ellas, segun su condicion, no avia de replicar cosa apropósito, tomandole la mano, lo hizo de esta suerte: Porque Don Diego esta con mucha priessa, y sè, que desea satisfaceros sin retoricas, acortarè yo con las mias, porque todavia conozco, ser conveniente atender à esto, como despues à lo que mas importare; y assi, señor Marques, ante todas cosas os juro, que real, y verdaderamente, no solo ignoramos vuestras pretensiones, la calle de ellas, y à la señora Hypolita, pero de la misma manera los demàs aderentes de esta platica; à los quales, por abreviar, y porque ellos, y su disposicion no admiten otro modo, satisfarè yo con deciros, que en quanto à pensar, que somos forasteros, estais tan engañados, como ignorantes en que somos mas naturales de esta Villa, que vos, y vuestro primo lo sois de España. Y en quanto à vandas, y favores, satisfaciones, y enojos, obras, ò palabras; y à las demàs locuras que aveis dicho: en las unas afirmo, que aveis andado necios, y en las otras mentido por la barba. Y dando un passo breve, diciendo, y arrancando las espadas, en un instante, como dos torvellinos, los cargaron de tantas cuchilladas, heridas, y golpes, que à no llegarles presto una cilada (infame diligencia entre hombres nobles) ellos acompañàran hasta el dia del Juicio las losas de la puente. Estaban quatro hombres en un sombrio barranco, que alli cerca se hace, y acudiendo en un punto, no solo los libraron de la muerte, sino que assimismo dieron un fuerte apretòn à los hermanos, que mas animosos, y alentados, con semejante traycion los embistieron: y rebatiendo su impetu con destreza, y fuerza mons-

truo-

truosa, à su pesar, dexandose dos compañeros muertos, los arrancaron hasta la misma puerta; adonde sacando algunas luces, y acudiendo gente, assi unos, como otros acabaron de dexar la pendencia; porque no menos ayuda el Cielo à la razon, y à la virtud, ni menos se castiga la sobervia, y locura. No quedaron los Mendozas heridos, cosa, que en parte confirmò la justicia, con que atribuyendo à Dios tan buena suerte, y avisando en su casa, se retiraron à un Convento.

Luego el siguiente dia se estendiò por la Corte este sucesso; y como siempre suele, dividida en corrillos, unos le contaban de una manera, y otros de otra; si bien en todas partes, inclinados à los dos hermanos, favorecian su causa, y afeaban la traycion de los contrarios, que peligrosamente heridos, assi amos, como criados, tenian hecho un hospital el Convento de Atocha. Y porque aun mejor se conozca el gran predicamento de los Mendozas, la voluntad del vulgo, y su agradecimiento, dirè la defensa, y espaldas, que en este interin tenia su opinion; y esta, aun en los templos del Dios Baco, digo en los tabernaculos de la gula, y embriaguèz, parece ser, que en una de estas casas, governandose el mundo por algunos lacayos, entre los muchos triunfos de sus rentoyes, saliò el de la reciente pendencia, en quien dos de aquellos ministros, no solo no se contentaban con dàr por movedores, y agressores de ella à los dos hermanos, sino que con alaracas, y juramentos, afirmaban ser ellos los que llevaban la cilada, y los que engañosamente sacaron al Marquès à su puesto. Con lo qual, y con otros oprobios, irritado el hermano Tabernero, que era de los del ampa, y un Espartero, que los contradecia, de una palabra en otra, y de uno, en otro brindis, se encendieron de suerte, que desmintiendose à lindas cuchilladas, cayò muerto un lacayo, y el otro escapò à Santa Cruz herido: mas acudiendo la Justicia, el Oficial de esparto se puso en cobro, y el Tabernero, que era algo pesado, quedò por prenda de los agarradores. Procediòse contra èl, y cavalmente le condenaron à ahorcar; y pagàra el escote, si llegando à noticia de los dos Cavalleros semejante sucesso, no arrimàran los ombros, y el favor de sus grandes amigos, y le sacàran libre del aprieto, pagandole, no solo quanto avia gastado, mas aun las pèrdidas, que pudo aver tenido en su oficio; y ultimamente, el perdon de la parte, y una muy buena joya para memoria de su amistad. Y no parò en este exemplar del vulgo el credito grangeado, y merecido, porque llegando de boca de Ruy Gomez de Silva à noticia de su Magestad la verdad del sucesso referido, fuè tan mal parecido, que al punto mandò salir al Marquès, y à su primo de la Corte, que lo cumplieron, sin embar-

go de las heridas; y assimismo, que las Justicias advirtiessen la de los dos hermanos con toda testimacion, y suavidad, dando à entender con esto la mucha, que tan alto Principe hacia de tales hombres; los quales en San Francisco recogidos, y visitados de toda la Corte, no huvo noche, en quien, à la ocasion de Don Fadrique, no se hallassen con el sossiego que primero, y con tan grande gusto de los dos amantes, que à no tenerle à raya ciertas dudas gravissimas, y el respeto debido à su decoro, huviera Don Fadrique tomado diferente titulo, que el de pretendiente. Pediale Leonarda, que se casasse con ella, ò que à lo menos la diesse palabra, ò cedula, en cambio de meterle en su casa. Y para esto esforzaba su pretension con el ser heredera de un rico Mayorazgo, que junto con su hermosura, era precioso dote, si como el Cavallero estaba satisfecho de esta verdad, lo estuviera de quien era su padre, punto sobre que en Madrid se hacian diferentes glossas. Avia criado à esta hermosa dama su misma abuela, muger en cuyo poder estaba entonces, y señora de mucha calidad, y aun prudencia varonil; de la qual se decia, que aviendo tenido una sola hija de peregrina, y notable belleza, siendo doncella, engañada de un grande personage, avia dado mala cuenta de si, y al mundo en la gentil Leonarda, aquella muestra de su excesso, y pecado; y juntamente, que la discreta madre, esperando con secreto su parto, la avia con rigores forzado à entrarse en un Convento, en quien haciendo profession, la tenia sepultada. Y, como tales cosas eran tan delicadas, y de honra, entendidas por Don Diego, temiendo la passion del hermano, no solo se las hizo saber, sino que con todas sus fuerzas procuraba disuadir su voluntad. Mas como esta, aunque en tan cortos terminos, avia abierto grandiosa bateria, fuera desatino intentarlo; ademàs, que su ciega aficion le ofrecia tan aparentes, y discretas disculpas, que sin duda con ellas, una vez, ò otra, era muy de temer su arrojamiento.

En semejantes lances se les passaron à los dos hermanos algunos dias de su retraimiento, en quien uno de los que con menor cuydado estaban, porque Don Diego no se preciasse de tanta libertad, remaneciò en su quarto una mañana el page del aviso de Barajas, con otro semejante villete, que abriendole, admirados de que huviessen aquellas damas duendes acordadose de ellos, viò que decia assi:

Yà el Cielo, condolido de mi largo penar, parece, que ha mostrado su Arco de Iris, aplacando mis borrascas, de suerte, que de las mismas vuestras aya nacido la paz, que mi alma ha deseado. Sabreis aquesta enigma claramente si fiandoos de mi, y de que no seràn horas mal gastadas las vues-

tràs, tuvieredes por bien de llegaros adonde esse criado os guiare esta noche, que con la serenidad, y quietud de que gozan mis umbrales (merced de vuestros brazos) y con el valiente hermano vuestro, deseado por acà, no menos que vos, ni avrà enemigos que temer, ni recato en que reparar; fuera de que perdida la ocasion, podrà ser, que advertida algun dia, mereciesse vuestro arrepentimiento.

En tocandoles à los dos hermanos en caso de enemigos, temores, ò seguridades, lo llevàran por la misma razon hasta las infernales fraguas de Vulcano; y assi, no reparando en mas consultas, regalando al page, le embiaron avisado del punto, y hora, en quien aferrados los pechos (que las armas no son para cobardes, sino para quien sabe emplearlas, y defenderlas) dexandose guiar, salieron en su compañia la buelta de los Convalescientes, à cuya anchurosa calle, dando una breve buelta, en un rincon, ò esguence, que hacia encubierto la misma pared, tocaron un pequeño postigo, que abierto con las llaves que traia su guia, yendo ella delante, y bolviendo à cerrar, se hallaron en un gracioso jardin, tan oloroso, y bien trazado, que casi por su rastro se pudiera alcanzar el explendor del dueño. Hacia frontera en èl un levantado quarto, al parecer espaldas de unas gentiles casas, que caian à la principal calle; y assi, aviendolo todo reconocido el page, y hallado, que esperaban, los avisò llegassen à una de sus fuertes rexas, en quien à pocos passos descubrieron una bizarra moza, que recibiendolos con risueño semblante, y mas hermosos ojos, los dexò à entrambos en igual estimacion de su mucha belleza; y mayormente, quando oyendola hablar con voz dulcissima, conocieron su discrecion. Estaba adornada de ricas ropas, y assi su compostura, divino olor, gracia, y donayre pudiera suspender qualquier cuydado. Dixoles luego, que fuessen bien venidos, y prosiguiendo, sin apartar la vista de Don Fadrique, las siguientes razones: Si como aveis sido deseados de la señora mi prima, y de mi, huvieran en nosotras faltado, como oy, los inconvenientes, estad muy ciertos, que ni la ida à Barajas se huviera imaginado, ni la vanda, y favor con que os servimos, fuera ocasion de tales inquietudes, ni quizà el loco devaneo del Marquès se huviera puesto en terminos de forzar voluntades de otro dueño; y finalmente, no se viera oy nuestra casa, ò por mejor decir, la mejor prenda de ella en tan grave desesperacion, y disgusto. Y bolviendo de nuevo el rostro à Don Diego, con que pareciò, que à èl solo tocaba lo restante del cuento, discurriò con la misma gracia, y dixo: El Marquès vuestro opuesto, desde Alcalà, adonde assiste herido, ha embiado à pedir à mi tio el Conde

à

à su hija Hypolita, y pienso, que sin duda se efectuarà su intento, porque como los padres reparan algo mas en la comodidad del estado, que en la conformidad del gusto, sin empeñarse en este, no vèn, que matan à su hermosa hija, y rompen en forzarla el baculo de su vejèz, y el mas lucido espejo de sus ojos: no sè hasta aora en lo que pararà, ni menos, si las lagrimas de Hypolita han de mudar la aprehension, que como buenos Catalanes han hecho en su primero parecer: ella està sobre cena en estos discursos, y assi serà bien, que se le avise, y que en el interin os recosteis en essos jazmines.

Con tanto, aviendo los Cavalleros besado antes, y despues las manos à aquella dama, quedando en la mayor confusion, que nunca tuvieron, repitiendo tan varias, y notables cosas, decia Don Diego à Don Fadrique, no con pequeño gusto: Hermano, què Hypolita es aquella? què Conde Catalàn? què casamientos son estos, en que estamos metidos? què maquinas, y ambages nos rodean? Yo de mi sè deciros, que aunque tan grandes cosas me han suspendido, y aun alborotado, soy de tan buen contento, que sin duda me hallàra satisfecho con la dama que he visto, si bien me ha parecido, que fuisteis el favorecido, y el mejor mirado. Riòse à esta sazon notablemente Don Fadrique, y respondiò al hermano: Pues sois yà medio Conde, ò al menos, segun veo, para entero os pretenden, y aun sin ser embidiado, no estais contento? Pues adviertoos, que de quererlo todo, caereis de ojos en el comun adagio, y os vereis sin lo uno, y sin lo otro. Y esso, querido hermano, replicò Don Diego, quien os lo niega, ò quien puede mas temerlo? Vos, que amando à Leonarda, quereis à esta, ò yo, que sin ninguna, estoy en terminos de creer, que es comedia este sucesso? Que no pare en tragedia, replicò Don Fadrique, avemos de estimar, pues yà el Marquès ha hecho los principios. Seràlo para èl, prosiguiò Don Diego, porque à decir verdad, saliendo cierto lo de esta Hypolita, por hacerle pesar, he de tomar su empressa, pues yà os acordais, que aquella noche assi nombrò à su dama. Bien me acuerdo, dixo el hermano, y aun aora caygo, en que el passar nosotros tan continuamente aquella calle, à vèr nuestro deudo Don Fernando, diò ocasion à la sospecha del Marquès, y aun motivo al favor, que oy nos hacen, y al passado de la vanda, y lenzuelo, con que no fuè mucho yerro empeñarse. Disculpo su locura, y trato descortès, respondiò Don Diego, y cesse su castigo con lo hecho, y si os parece, vamonos. Ni tal he imaginado, antes (concluyendo la platica, repliceò Don Fadrique) estoy de acuerdo, que aunque sea faltando à las cosas de mi gusto, no se dexe este lance un solo punto,

to; y en este mismo interrumpiò sus razones el vèr gente en la rexa, y assi acudiendo à ella, demàs de la dama que primero vieron, hallaron otra, que para encarecella sin hyperboles, no tengo que decir mas, sino que à Don Fadrique se le antojò fea en su comparacion su querida Leonarda, y à Don Diego bosquexo, y sombra obscura, la que poco antes le avia parecido una Deydad. Hicieronse unos, y otros cortesia, y anticipando Don Diego su razon, encareciò con ella sumamente el favor que le hacian, agradeciò discreto la perseverancia de su fee, diò en cambio igual reconocimiento, y mayor humildad; y finalmente, ofreciendo un inmortal amor, prometiò morir, ò arrestar sus deudos, sus amigos, y vidas, porque ella no recibiesse fuerza, aunque en todo no interesasse mas, q̃ su servicio; y passando adelante en el particular de sus villetes, favor de sus prendas, y en el gusto con que las avia defendido, al nombrar el Marquès, se suspendiò su platica, porque la hermosissima Hypolita, que era la misma con quien èl hablaba, en tristes suspiros se le atajò, diciendo: Quatro años hà; y mas, buen Don Diego, que este hombre aborrecible me pretende, digo ronda estas calles, estas puertas, guarda aqueste jardin, estas paredes, persigue à mis criados, molesta à mis amigas, es sombra de mis passos; y oy finalmente mi ultima desdicha, sin aver animado con causa alguna, ni aun con mirarle solo, su atrevimiento, ò la contraria suerte de mi vida, la qual durarà poco, si el Cielo no reduce antes mis padres, y vos no me amparais con vuestro valor, seguro de que haciendolo, haceis lo que à vos toca, y pagais parte de lo que en muchos dias me cuesta vuestro amor; y ultimamente las opressiones, que ha padecido el alma impossibilitada de descubrirle, y quando pudo, el temor, y verguenza de executarlo. Yà lo mas està hecho, y yo soy, y he de ser vuestra à pesar del mundo: el Marquès me ha pedido, y no lo he arrostrado, antes dilatarè mi respuesta el tiempo que à vos os pareciere, hasta que se prevenga otro remedio, y el consuelo, que mediante esta vista, y su continuacion, serà mas llevadero.

Con esto cessando, y confiriendo cosas tàn arduas, en el interin que Don Fadrique metido entre dos aguas, y con desiguales efectos oìa otras semejantes razones, Don Diego alegre satisfizo de suerte à la gallarda Hypolita, que ella quedò mas firme, y mas pagada; y encargandole la correspondencia de su hermano para con su prima, exagerando su rico, y grande empleo, unos, y otros se despidieron hasta la siguiẽte noche; en la qual, y en otras muchas, teniendo yà D. Diego la llave del jardin, fuè fomentandose en èl, y en su dama tal voluntad, y tan valiente amor, que primero los dividiò la muerte, que su fuego encendido se consumiesse.

Estando Don Fadrique tan prendado, como yà aveis oido, mal podia la hermosura de Laura (que assi

assi era el nombre de la prima) ser menos que engañada, y assi èl con su primero dueño gastaba las mas noches, y fingiendo achaques, disculpaba, y suplia sus faltas, con que por esta causa, à su pesar les era fuerza el dividirse, pero por no alexarse tanto el uno del otro, mudaron casa, tomando de las muchas que se iban labrando arriba de San Luis, una de maravillosos edificios, quartos, y grandeza.

Yà en este tiempo, averiguada la verdad de el caso, y presentandose andaban en fiado, mientras sus enemigos desterrados, y heridos trataban de su convalecencia, y aun vivamente de su casamiento, no obstante, que las dos primas lo contrastaban fuertemente. Tambien Leonarda apretaba à su amante, tanto porque su abuela enferma, y vieja, temiendo dexarla sin estado, trataba de darsele, quanto por la fuerza que su amor la hacia, à que tampoco no faltandole causas, nuevas escusas, y dilaciones, Don Fadrique lleno de amargos pensamientos, suspendia el fin ultimo. En este estado estaban las cosas, y los hermanos tan bien quistos, y amados, que no avia que temer sus enemigos, y assi con tal seguridad, cada qual tiraba à solas, y como le parecia à sus cuidados. Era el fin de el Invierno, tiempo llovioso, noches largas, y obscuras, y por la parte que Don Fadrique andaba lo antiguo de Madrid, y aquellos barrios de San Pedro, aun de dia solos, y por el consiguiente, à deshora temerosos, y ocasionados. Una noche, pues, de estas, en quien todo lo dicho parece que ayudaba, bien sin rezelo alguno, siendo yà hora de verse con su dama, venia Don Fadrique acercandose al puesto, para lo qual primero era preciso atravessar una angosta calleja, y assi yendo por ella, al rebolver la esquina, de repente se le puso delante (y no menos que en la puerta de un Cavallero deudo suyo) un vestigio espantoso, tan alto, y tan disforme, que tomaba su espacio desde un alto balcòn adonde tenia arrimada la monstruosa cabeza, hasta el mismo suelo. El caso por cierto, era para turbar un esquadròn de gente, quanto y mas à un hombre; y assi no seria mucho, que en Don Fadrique que causasse algun pavor tan impensado encuentro. Contaba el animoso Cavallero, que al principio le tuvo no solo perdidissimo, sino que el mismo ayre, que encanalado rimbombaba por aquellas angosturas, se le avia antojado bramidos roncos de algun fiero bolcan, y que sin poderse tener en los turbados pies, le convino sentarse en el primero umbral, y aun sin duda alguna se bolviera, si su verguenza misma, y otras consideraciones piadosas, y Christianas, no le huvieran animado; y fue assi realmente, porque yà recobrado en parte, y quieto el pecho, como si verdaderamente se le huviera infundido un nuevo espiritu, se levantò dispuesto à morir, ò à saber lo que aquella sombra buscaba: y aun siendole necessario su favor,

ò ayuda darsela fielmente. Parece, que esta resolucion nos dà à entender, que èl sin duda presumiò de el sucesso alguna aparicion, ò alma en pena, y el efecto lo dice, porque besando la cruz de su espada, creyendo tal sospecha comenzò à conjurarla, y à pedirla nombre, causa, y razon, como expediente de el consejo; si bien aunque en estas diligencias gastò algun rato, ni por esso despertò su silencio, lo qual visto mudò de parecer, y dexando conjuros, como si embistiera à otro hombre, assi arrancò la espada, y le empezò à cargar de cuchilladas, con tanto rumor, y golpes, que al herir de las piedras, y retumbar de los encendidos pedernales, despertò la vecindad, abrierō las puertas de la casa, sacaron achas, y acudieron algunos criados, y con un montante su propio dueño, con lo qual conocido D. Fadrique, alborotado el barrio, y todo puesto en confusion, el resplandor de tantas luces diò entera noticia de la horrible fantasma, que era no menos que un crecido venado, que desde pequeñuelo se avia criado en casa, à quien emulos, y contrarios secretos de su amigo, por darle aquel pesar, ò por otros intentos, que no es de mio escrivirlos, cogiendole de fuera aquella noche le avian muerto, y medio desollado, de suerte, que como à èl le dexaron colgado por los fornidos cuernos de la reja, y el pellejo colgado de las piernas, formaba tan dessemejada, y horrible muestra, que dexado à parte lo jocoso de el caso, fue uno de los notables, y temerosos que pudieron suceder à hombres, y en quien considerado, nadie puede negar el audàz, y valentissimo animo de este Cavallero, el qual retirandose con su deudo, y amigo, y dexando por aquella noche à Leoparda estuvo en puntos de matarse, corrido de lo que otro pudiera preciarse con mucha estimacion. Al fin, bolviendose à su casa, por mas que se procurò encubrir, sonò el caso de suerte, y con tan diferente rostro del que juzgaba, que apreciandose con general, y comun espanto, quedò su nombre sobre las Estrellas.

No pararon, no, en tan graves sucessos los de estos nobles mozos, antes parece que la fortuna, no como quiera acaso, sino con particular intento, se los enderezaba, y disponia, yà al uno, ò yà al otro, deseando sustentarlos siempre en igual opinion, y assi parece de los mismos progressos de esta historia, à quien bolviendo, y en ella à la gallarda Hypolita, que apretada de sus padres estaba en tales terminos, que à no andar de por medio el consuelo, y la vista de su amante se huviera muerto. Y lo peor fue, que de su resistencia, y de los continuos passeos de los Mendozas, heridas de el Marquès, presumpcion del origen, y algun descuido de ojos, como los de sus padres anduviessen tan recatados, y sobre aviso, facilmente dieron en la cierta sospecha, y aun en la causa de sus inobediencias; porque andando sobre los estrivos, y hechos vigi-

gilantissimas espias, no pudo tanto su hija recatarse, que al fin no la cogiessen con el hurto, y viessen desde otra ventana que le caia encima, los conciertos, y amores de los quatro. Pero no alborotandose, ni enfureciendose, cautamente callaron, y assegurandolos algunos dias, teniendose por afrentados, y ofendidos, previnieron el castigo de lo que les tocaba de la puerta adentro, y la venganza de los dos hermanos.

No son los contentos humanos menos quebradizos, y fragiles, ni las felicidades de esta vida mas per durables, y asi parece, que desde oy por largos dias todas las cosas de aquestos Cavalleros mudaron forma, porque si à Don Diego (ignorante de que estuviessen publicas) se le avia ocasionado semejante desmàn, à Don Fadrique no le iba mejor con su Leonarda, que de essotro sugeto, como era cumplimiento, y desenfado para la mas facil salida de la pretension de su hermano, no hacia el caso que merecia la belleza, y discrecion de Laura. En fin la vieja, abuela de su dama, que assegurando su cercano fin, deseaba segun dixe, acomodar su estado, aviendole con grandes conveniencias, y secretas paticularidades trazado, y dispuesto, como en su cumplimiento faltasse èl sì de Leonarda, y ella lo suspendiesse, y rehusasse con claridad, y veras. No asi con suavidad la ansiosa abuela (cuya condicion era terrible) persuadida su voluntad, mas con rigores, y violencias tan grandes, que no solo llegò à ponerla las manos, à quitarla las galas, à moderarle su regalo, sino que como si realmente supiera el consuelo que estos trabajos tenian de noche con su amante, sin pensar el provecho que daba à sus intentos, se le quitò encerrandola, con que apretando imprudente el arco, se le hizo romper, y atropellar por todo, acogiendose como mejor pudo con unas deudas monjas à un Convento.

Yà dias antes D. Fadrique avia entendido de aquella doncella, prima exploradora de su aficion, estos aprietos, y con iguales penas, y sentimientos conferia con su hermano el remedio, el qual viendole en tal estado, aunque sentia honrosa, y cuerdamente (por los achaques que aveis oido) su remate, y perdicion, al fin, como la amasse tanto huvo de convenirse, en que ya que se hiciesse, fuesse con gusto de su padre, ò al menos haciendoselo saber; pues yà podria facilitarse, ò disculparse el inconveniente secreto, con el gran mayorazgo, y hacienda libre, que heredaba Leonarda, que todo junto era un dote tan rico, que bastaria à contrapesarle, y escurecerle. Este ultimo acuerdo aceptò D. Fadrique, si bien antes de executarle, quiso para alivio de su afligido dueño, darselo à entender por el medio q̃ he dicho, mas fue à tiempo, q̃ Leonarda la misma tarde avia prevenido su fuga, y asi, no obstante, que por tan grave causa estaba la casa bien alborotada, èl tuvo papel de ella, y aviso

fo cierto de su assistencia, porque de todo dexò bien apercibida à su secretaria. Con lo qual creciendo en Don Fadrique sus desvelos, nuevamente empeñado, se bolviò à su posada, adonde aviendo de acompañar à su hermano aquella noche hallandole que encima de su lecho reposaba hasta la mas conveniente hora, èl se fue a hacer lo mismo.

Tenia, segun he dicho, de verse con su dama Don Diego, y como hasta al efecto de su amor conviniesse tanto el no desengañar la prima, una vez que otra, esperaba à su hermano para que sustentasse la traza. Seria entonces mas de media noche, hora en quien en silencio profundo reposaba su gente, y assimismo el cuidadoso Don Fadrique, y con ser el tiempo que aguardaba D. Diego, aun todavia dormia, hasta que en este termino de su pesado sueño, le despertò una terrible voz, que haciendole todo estremecer, le llamò por su nõbre.

Al principio, aunque el buen Cavallero se sintiò alborotado (no obstante) lo quiso atribuir à fantasias del sueño; y assi tratando de bolverse de otro lado, la temerosa voz tornandole à llamar, le privò de reposo. Abriò los ojos, y mirò por la quadra, y aumentandose su admiracion, esperò suspenso en lo que paraba, porque hasta entonces se presumia engañado de su proprio desvelo, mas sacòlo muy presto de esta duda el oir que mas acercandose à su quarto, bolvia à llamarle la afligida voz, con lo qual intrepido, y gallardo, tomando una rodela, y una espada, se puso en pie, y abriendo otras dos puertas, saliò à un anchuroso corredor, en quien mirando à todas partes, en lo mas sombrio, y obscuro dèl, viò un hombre, à su parecer embozado, y vestido de negro, el qual sacando la mano, le hacia señas para que se acercasse; si bien huviera sido semejante diligencia escusada; pues de su animoso espiritu podemos cõfiar le embistiera, aunque le acompañaran otros quatro, si al mismo punto que saliò de su quadra, y llegò à mirarle no se le huviera asido de cada pie una remora, y de la lengua, y labios un candado, que impidiò su respuesta; y assi no pudiendo moverse, ni arrancar la espada de la bayna, no obstante, q̃ por su remission se le acercaba aquel hombre, quedò hecho una estatua.

De aqui se advertirà bien claramente, quan fragiles, quan miserables, y apocadas se muestran en semejantes casos las mas robustas, y varoniles fuerzas, y por el consiguiente, quan barbara locura emprehendieron los ciegos fundadores de la Torre de Babèl; pues un breve resquicio, un assomo, una sombra permitida del Cielo, atemoriza, y encadena el valor, y las monstruosas fuerzas de un mozo tan gallardo, y valiente, como del progresso de esta historia queda visto, al qual aviendose acercado el que le llamaba, tomandole sin poderlo estorvar por una mano, lo hizo andar facilmente; mas con tan extraordinarios sentimientos, que apenas le tocò, quando se le antojò,

que

que le huviessen metido en un lago de nieve frigidissima, tal fue aquel horrible tacto, y tan penetrante, y sutil su trialdad espantosa. Esto le hizo tirar para si el brazo, y como uno que se và desmayando, rociandole con agua, se alienta, y buelve en si, assi à D. Diego le pareciò, que desarraigada del corazon, y del alma aquella su primera turbacion, avia el postrado espiritu animadose, con que advirtiendo mejor en su compania haciendo en ella una pequeña pausa, al cabo le preguntò quien era, y què buscaba, y juntamente mirando el temeroso rostro, triste, macilento, y lleno de sangre, atendiò à su respuesta, que fue decirle: No es este lugar, noble D. Diego, en quien se me permite daros essa razon, seguidme, que en vuestro animo ay fuerzas para todo, demàs, que hà largos dias q̃ està destinado mi remedio à vuestras manos. Pues en buen hora, replicò el Cavallero, guiad donde ordenaredes, que siendo assi, desde luego os ofrezco mi ayuda, y sed quiẽ vos quisieredes.

No replicò aquel hombre à tal resolucion, solo baxando la cabeza, agradeciendola comenzò à caminar àzia una espaciosa escalera, que descendia al patio, en cuyo descanso estaban los aposentos de su hermano; y assi aviendo hasta ellos baxado, al atravesar por delante, los detuvo el vèr, que D. Fadrique à la luz de una vela, con que le alumbraba un criado, salia abrochandose las cintas de una cota. Reparàron en viendose unos; y otros; y diciendo D. Fadrique, que por juzgar que era hora, iba yà à llamarle, y sin responderle su hermano, se apartò con el hombre à un lado, y haciendo señas à los demàs para que se retirassen, le dixo en baxa voz: Yà veis aqueste inconveniente, y el caso que me espera lo es tan grave, que sino es ordenando vos otra cosa, me seria penosissimo el dexarle. Pues no vengo à afligiros (prosiguiò aquel assombro) antes serè contento que mi negocio se quede aora, no obstante, q̃ los minutos breves, son, y seràn para mi triste pena eternos siglos: yo os verè en ocasion, id à la vuestra, sì bien mucho os encargo mireis por vuestra vida, y que advirtais gravissimos peligros que os rodean, y diciendo esto, con un suspiro triste, abriendose las losas de aquel suelo, se dexò entrar por ellas, quedando el buen D. Diego tan absorto à las razones ultimas, y al mirarle partir, que si à su gran tardanza no saliera su hermano, oy se estuviera en el mismo sitio; mas como en el turbado rostro conociò otra mudanza, y en el hallarle tan de improviso solo algun rezelo, no quiso dexar de preguntar la causa, sì bien por entonces la dilatò D. Diego, y viendo que la hora de su concierto se passaba, aunque el executarle en tan turbada noche, le tuvo algo dudoso, al fin, considerando que en ella se avia de resolver el sacar à su dama (segun lo tenian dispuesto) se acabò de determinar; y assi, haciend-

ciendo baxar de su aposento un fuerte jaco, en el interin que se le vestia, mandò que se armassen tambien otros dos criados, novedad que en D. Fadrique acrecentò su passado deseo, y de quien en saliendo à la calle, le sacò su animoso hermano, contandole el sucesso, y juntamente el apercebimiēto de las ultimas palabras, con que se le avia desaparecido aquella sombra.

Como en los dos Cavalleros avia tan grandes corazones, ni D. Fadrique hizo mas que admirarse de el caso referido, ni D. Diego otra cosa mas de la concertada. Llegaron al dàr las dos al postigo que he dicho, y aviendo reconocido seguridad bastante en el contorno, le dexaron abierto, y en su guarda à los dos criados, que eran hombres de satisfacion, qual convenia, y con tanto acercandose à la reja, hallando à sus dos damas, dieron principio à su amorosa platica, y à prevenir el modo que avian de tener en sus resoluciones; porque aunque Hypolita deseaba escusar la fuerza de sus padres, y el temor que por otros indicios nuevamente tenia, quisiera que esto se guiara por medios tan suaves, que ni su honra corriesse detrimento, ni la vida de su amante peligro. Avia hallado en su padre otra mudanza, menos buē rostro, y aun recatarse de ella, tratando con secreto algunas cosas; y assimismo que avia hecho venir dos, ò tres deudos de Cataluña por la posta, y todo aquesto causandola afliccion, la traia suspensa, como por otra parte à su hermosa prima las tibiezas de su fingido amante, sospecha que tambien ayudaba mucho à la indeterminacion de Hypolita, y à que no se acabasse de resolver en la orden que daba su galàn, que era el hacer saber su notoria fuerza, à quien la depositasse en parte mas segura, para que libremente eligiesse su esposo. En fin, dando, y tomando pareceres, sin assentar ninguno se estuvieron grā rato, hasta que de improviso suspendiò sus razones el vèr, que con gran ruido, abriendose una puerta que del quarto salia al jardin, se arrojaban por ella quatro hombres, que en un punto, y casi no dando les lugar à embrazar las rodelas, los embistieron rabiosamente, y con tanto silencio, que sino era el sordo estruendo de los golpes, y algunas voces de las hermosas damas (señal que tambien ellas tenian en su miedo castigo) no se oìa otro ruydo. Bien juzgaron los dos buenos hermanos, quan grave inconveniente les serìa concluir alli dentro la refriega; y assi para escusarle, con gallarda destreza se fueron retirando, y sacando pies. Era aquel accidente muy à pedir de boca para sus enemigos, porque ignorando la nueva prevencion de los dos Mendozas, y los dos criados, que tan fuera de su costumbre, los aguardaban, con aviso prudente (si les huviera sucedido assi) tenian bien dispuesta su salida con otros quatro hombres, y librado en ellos la venganza, y castigos de sus contrarios, que como yà advertì, retirandose al postigo, aun antes de llegar à

èl, oyeron de la parte de afuera semejante rumor; y ello era asì verdad, porque los quatro avian à un tiempo embestido à sus dos criados aunque como ellos fuessen personas de honra, hacian, sin desamparar la puerta, notable resistencia. Llegaron à este tiempo los dos hermanos al peligro mayor, q̃ era salir sin dàr espalda por tan grande angostura, mas haciendoles cara D. Diego, y dando un recio encuentro con su hermano, su fuerza le sacò à la calle; y executando èl, con gran tiento lo mismo, poniendo alli el resto de su valor, y porque siendo tantos, y tales, saliendo tràs dèl, no fuesse mayor su riesgò, à su pesar, con animo increible, firmando fixò el pie, los tuvo à raya diciendo à D. Fadrique ayudasse à su gente (en el interin, que obedeciò gallardo) el buen D. Diego defendiò el postigo, y tan valientemente, que sin duda les hallàra alli el dia, sin que le saliera hombre: mas en aqueste punto, en que yà con ayuda de sus criados, y no sin gran trabajo llevaba D. Fadrique à los contrarios de vençida, y de suerte, que sacandoles de aquella calle, podia en la retirada temerse su desdicha; considerando los que quedaban en el huerto, que à mayor dilacion acudiria gente, que escusasse su venganza, aunque hasta entonces deseos de encubrirla, y executarla à su salvo, no se avian valido de otras armas, visto que yà el secreto era imposible, abandonandose infamemente, dispararon en el valiente mozo dos cargadas pistolas, que aunque permitiendolo Dios, solo la una le hiriò el brazo derecho, la bala de la otra, le acertò en la fuerte rodela, con tan gran furor, que si bien sus azeros resistieron el golpe, èl fue tan poderoso, que como si le huvieran tirado un morterete, asì le echò por aquel suelo, en quien desembarazada la salida, rodeado de sus enemigos, es sin duda, que primero muriera à sus manos, que se levantàra, si à tan triste sazon no se les opusiera impensadamente un hombre, que le defendiò con tan maravilloso esfuerzo, que pudo à su pesar, aunque yà muy mal herido, cobrarse D. Diego, y darles una terribe carga. Al principio de tan buena ayuda, con el desatiento de la caìda, y el cuidado del peligro presente, presumiò que su hermano era el que le favorecia; mas viendole à este punto llegar con sus criados, saliò de este egaño.

Dexaba D. Fadrique, aunque à costa de algunas heridas, en declarada fuga à los que le tocaron; y no asì se le fueran sin mayor estrago, si el estampido de las dos pistolas no le hiciera bolver, juzgando algun grave peligro en su querido hermano, que aora con socorro tan bueno, de tal suerte embistiò à los que tan alevosamente le avian herido, que en breve espacio los encerrò en el jardin: sì bien no tan lozanos como salieron, porque el primero cayò en dando quatro passos, y el ultimo en el propio postigo quedò desmayado con una gran de herida, y aun no se contentaron

con

con lo hecho (porque el verse tan herido le tenia rabioso) antes yendo à arrojarse en el jardin, sin duda diera fin de los demàs, ò sucediera el suyo, si travandole aquel incognito hombre por un brazo, no le dixera: Adonde vàs tràs de tu perdicion, y la mia? Tente, y buelve à tu casa, que no haràs poca hazaña, si como estàs, escapares la vida. A estas razones, que le turbaron los sentidos, mas que el presente riesgo, se retirò D. Diego, y obedeciendolas, diò la buelta à su casa: mas apenas saliendo à lo ancho de la calle quiso darle las gracias, quando ni lo viò, ni lo oyò. Tuvolo por portento milagroso, y asi dàdo gracias à Dios que le avia escapado, en llegando à su lecho, tratò de que con gran secreto le curassen. Tambien D. Fadrique tenia dos heridas, y un criado atravesado el brazo, con que todos hicieron cama, y todos estuvieron en no poco peligro, aunque el de D. Diego fue mayor. No se entendiò este caso en largos dias, porque unos, y otros procuraron encubrirlo inviolablemente, que aunque en casa de Hypolita quedò uno de la pendencia muerto, passò por cosa juzgada, y sin saberse. Todo lo qual entendiò D. Diego por medio de aquel page, archivo del amor, y villetes de su dama, el qual tambien le advirtiò como el Conde su padre, asi à ella, como à la hermosa Laura, las avia sacado de la Corte, y que aunque à los principios se creyò que era à Cataluña, el bolver su padre mas en breve de lo que requeria semejante jornada, avia deshecho su presumpcion. Cō tanto, aunque el sentimiento de el Cavallero herido fue terrible, su generoso espiritu se le opuso de suerte, que no obstante el vèr perdido este negocio, siempre se prometiò esperanzas seguras de bolverle à ganar.

Este breve, y alentado consuelo causò en gran parte su mejor convalecencia, aunq̄ fue mas larga que la de D. Fadrique, el qual yà avia dias que andaba en pie, soldando tanto algunas glossas, q̄ por su recogimiento se esparcian, quanto las quiebras de su amor; si bien como èl sabia el Convento donde estaba Leonarda, la tenia yà satisfecha con su indisposicion. Avia assimismo escrito largamente à su padre D. Alonso el intentado empleo, sus requisitos, y circunstancias, y por momentos esperaba su beneplacito, y licencia, con que Leonarda, sin curar de las lagrimas, y aun de las embueltas amenazas de su abuela, alegre sumamente esperaba el fallo de esta resolucion. D. Diego en este tiempo, levantado por casa, tambien suspendia sus cuidados, y la pena del no saber donde Hypolita estaba, yà con la conversacion, y visitas de sus amigos, y yà con entretenidos juegos, y diversiones, sin curar de otra cosa, ni aun de traer siquiera à la memoria algunos de sus mayores acaecimientos; cuyo fin dependiente, aunque èl olvidò tanto, muy presto se le hicieron acordar. Porque à la tercera noche de su mas

segurã salud (que parece se avia esperado à que totalmente la tuviesse) estando aun antes de Maytines D. Diego en su cama despierto, y vacilando con su impossible amor; con estàr bien cerradas, de repente se abrieron las dos puertas de la quadra, y entrandose por ellas aquel espantoso hombre que yà oìsteis, poniendole como otra vez en no pequeña turbacion, sin alargarse en platicas, le pidiò que se vistiesse, cosa, que passado aquel sobresalto primero, hizo D. Diego en un punto, y con mayor aliento que antes, porque aun los demonios tratados, son menos temerosos, ò à lo menos assi lo han presumido muchas engañadas mugeres, que ha castigado el Santo Oficio. Digo esto admirandome de vèr tan despejado, en caso tal, à este mancebo; pues como si le llamàran para algunas bodas, assi se puso en orden, y con sus acostumbradas armas, mano à mano, se saliò de su quarto con aquella sombra, à quien assimismo, como si comunicàra con otro hombre de su suerte, le fue satisfaciendo, assi en el particular de sus heridas, como en la remission de su tardanza, y descuydo. A todo lo qual, no respondiendosele palabra alguna, callando èl juntamente, atravessaron los corredores, baxaron la escalera, cruzaron el estendido patio, y salieron à unos trascorrales, siguiendo con lindo animo esta derrota, hasta que reparandose, casi en la mitad de ellos, bolviendose à Don Diego, el afligido compañero, despues de una breve intermission, q primero hizo, mirandole atentissimo con tremula, y triste voz le començò à decir semejãtes razones.

Yo soy (dixo temblando) aquel misero espiritu, ò ilustre mozo, Ignacio Ortensio, cuyo nombre, no ignoro le avreis oìdo diversas veces en vuestra casa propria: yo soy aquel criado, à quien injustamente, avrà treinta años, q vuestro padre, y dos esclavos suyos, sacandome à este sitio (campo bien solitario en aquel tiempo) me dieron muerte, y sepultura entre estas yervas, y carrizos. No quiero, no, alargarme en la causa, porque sè que muy presto la sabreis por diferente via, solo os buelvo à decir, que morì sin culpa: y assi la Divina Providencia, à quien todas las cosas estàn subordinadas, yà que permitiò la muerte de mi cuerpo, no assi diò lugar à la de mi alma; si bien desde aquel punto, otras particulares ofensas, arrepentidas, y lloradas, pero no satisfechas juntamente, me recieron el Purgatorio, y penas increibles en que estoy padeciendo, y de adonde si mereciere mi afliccion vuestra noble piedad, haciendo por mi los sacrificios, y satisfaciones que yo os dixere, saldrè al descanso perdurable. Ved aora, si segun mi demanda, gustareis de admitirla, advirtiendo antes de responderme, que aunque con mas razon pudiera pedir esto, à quien me reduciò à tan triste estado, no se me ha permitido: y assi, pues los secretos juicios de el Cielo me concedieron ser instrumento en vuestra ayuda, quando entre los

pies

pies de vuestros enemigos, no hà un mes, que os visteis casi muerto, no ay duda, sino que à vos tambien tiene su misericordia, y piedad remitido mi ultimo remedio. Aqui cessando, diò aquel cuerpo fantastico fin à su discurso temeroso, y D. Diego, que con esdanto, y admiracion le avia escuchado, principio à su respuesta, que fuè tan christiana, tan llena de piedad, y generoso espiritu, que teniendose de ella por satisfecho el difunto Ortensio, le rindiò las gracias.

Mas como semejantes servicios nunca el Cielo los dexa sin recompensa, por do menos pensò, hallò este Cavallero el premio de ellos, y de sus buenas obras; y assi en su prosecucion, se puso en camino, encargando à su hermano la de otras cosas, que dexaba empezadas.

No aun dado la buelta el mensagero, que esperaba Don Fadrique sobre su casamiento, y esta resolucion le dexò en Madrid, y el vèr, que assimismo de corage, y passion avia rendidose à una cama su abuela de Leonarda, y como su edad les pusiesse en cuydado, deseando su consuelo, tuvo por acertado, que ella lo dispusiesse, satisfaciendo à su inobediencia, con declararla su voluntad, y las partes, persona, y calidad de su empleo; pareciendole, y no sin mucha razon à D. Fadrique, que ganando, y no perdiendo reputacion con èl, la afligida señora se quietarìa, y lo tendria por honroso. Pero lo que resultò de esta diligencia, y consuelo, fuè, que apenas leyò el papel, y razones de la dama, y advirtiò en ellas intentos; y sobre todo, el nombre del galàn, y de sus padres, quando inmediatamente con profundos suspiros, y estremos espantosos se quedò desmayada.

Esta absolucion de sus deseos, como en efecto mala nueva, supieron brevemente los dos tiernos amantes; y porque no assi parassen sus desgracias, pocas horas despues la de su muerte; de adonde sin pensar resultaron sus mas crecidos, y irremediables sentimientos, sucesso bien digno de que se lea, y advierta atentamente. Muriò, pues, como dixe, aquesta señora, apresurando su fin, lo que en Leonarda se juzgò por su mayor remedio; y aun estuvo en terminos, de que si puede aver mayor mal que la muerte, cayesse sobre su indignacion, y sentimiento; que en parte la tuvo muda, y sorda à los consejos saludables del Confessor, y padre de su alma, que à no ser èl tan docto, y aun cuerdo, sin duda corriera detrimento: mas no permitiendolo Dios, no solo la saçò del del camino errado; mas juntamente, abriendola los ojos, la hizo disponer christianamente de sus cosas; y que sin reparar en pundonores, ò respetos humanos, declarasse el secreto de verdades tan graves, que solo el digerirlas, bastàra en qualquier tiempo à quitarla, como en aquel, la vida. Pero esta diligencia, aunque de tan gran riesgo, pareciò inescusable; y tanto, que à quedar en silencio, se abriera puerta à una dilatada, y horrible ofensa de Dios; pues fuera

cier-

cierto, que si la abuela no dexàra declarado, como la hermosa Leonarda era hija de Don Alonso de Mendoza, y por el consiguiente hermana de D. Fadrique, apenas cerràra ella los ojos, quando los hermanos estuvieran casados, ò en terminos peores, porque yà en este punto, sabiendose el de su muerte, como heredera forzosa, Leonarda estaba en su casa, y su amante disponiendo las bodas. Mas esta impensada declaracion suspendiò sus deseos, aunque no su esperãza, porque si bien sus ansias, sus congojas, y lagrimas fueron terribles, enmedio de ellas, sin poder animarse à darla credito, D. Fadrique partiò à mejor enterarse de su padre, y en seguimiento de D. Diego su herma no; y su dama, resolviendose en llanto, quedò esperandole. De esta suerte caminò tan apriessa el ciego mozo, que antes de llegar al cristalino Jucar alcanzò à su hermano, con quien referido el sucesso, llegò à los ojos de su padre, que no estando avisado, los recibiò, mezclando el gusto de su venida, con el sobresalto de verla tan sin pensar, temiendo la huviesse ocasionado algun peligro: mas enterado en ella, D. Fadrique, no solo entendiò la certeza de sus dudas, mas oyò de su boca los ultimos amores, que os acordais en el principio de esta historia: no solo fueron el origen de su destierro, y salida de la Corte, pero de la injusta, y lastimosa muerte, que diò al pobre Ignacio Ortensio. Y assi era la verdad, porque su madre de Leonarda era aquella hermosa doncella, què dixe averse libremente enamorado de Don Alonso, y la difunta vieja, madre suya, y abuela de Leonarda: quien advertido su preñado, y la impossibilidad de D. Alonso, para soldar su honra, escusando la publicidad de tal afrenta, la avia encerrado en un Convento, adonde professa vivia entonces exemplarmente. Con tal satisfacion (que era la misma, que tenia de llevar el mensagero) quedò Don Fadrique desengañado, y perdiendo el juicio, y su hermano D. Diego admirado, y confuso, y no lo quedò menos su padre, quando entendiò la ocasion, que à èl le traia, y el memorable, y temeroso acaecimiento del difunto criado; pues no solo en oyendolo se compungiò su alma, y entristeciò su corazon piadosamente, sino que sin poder reposar, ni aun alegrarse, desde aquel punto fuè cavando en su pecho de suerte el temor del castigo, y el deseo de satisfacer à Dios, y al mundo que ni el amor de sus queridos hijos, sus muchas lagrimas, ni el deseo de sus acrecentamientos, desamparò de sus criados, y mayormente su larga edad, y sugeto regalado fueron parte à estorvarle meterse en un Convento, adonde professando santamente la Observancia Regular de S. Francisco, despues de algunos años acabò sus dias

Quedaron con tal resolucion los dos hermanos, aunque llorosos, y desconsolados, riquissimos; y assi dentro de pocos dias, como su cuerdo padre executò este intento, re-

partiendo entre sì los criados que tenia, y disponiendo las demàs cosas, dieron buelta à Madrid. Era en esta sazon el rigor del Invierno, y sus continuas aguas tenian anegados, y peligrosos los campos, y caminos, y con todo prosiguieron su viage; no obstante que à la primera jornada, llegando à un profundo arroyo, èl venia de suerte embravecido, que los tuvo dudosos el passarle: mas como la noche se les venia acercando, y con ella otros mayores inconvenientes, deseando escusarlos, y salir del presente, sin mayor suspension, Don Diego, que siempre en tales casos queria ser el primero, intrepido, apretando à un quartago, le iba à arrojar al agua; y hicieralo infaliblemente, si llegando à esta sazon al mismo puesto un pobre Labrador, no lo impidiera, y con tan eficaces razones, notando el granpeligro que obrando en èlparticularmente, y en todos los demàs con secreta fuerza, sin mas porfiar, tomaron otra via, yendo aquel hombre siempre guiandolos; hasta q̃ siendo anochecido, los puso en una puente, por adonde passando los compañeros, deteniendo por la rienda à Don Diego, en voz baxa le dixo: Yà con esta son dos, buen Cavallero, las veces, que mediante Dios, me debeis la vida; porque tened por cierto, que perecierades, assi en la passada, como en esta; pero el Cielo os conserva, como à tan buen executor de sus piadosas obras. Proseguid, pues, en hora muy dichosa, y aunque rodeeis algo entrad en Alcalà mañana; y quedaos en paz, que yà vuestro christiano zelo, y proceder me tienen en el lugar del descanso. Y mostrandose à estas razones ultimas mas candido, y resplandeciente, que las mismas Estrellas, se le quitò delante, dexandole, como podreis considerar, aunque con diferente alegria que otras veces; porque conociendo ser la misma voz, que yà tanto le avia dado que hacer, en su incomparable resplandor, entendiò el dichoso estado en que se hallaba. Y assi advertido en lo que le ordenò, mandò otro dia, se torciesse el viage, presumiendo, que Ortensio tuviesse en Alcalà necessidad de su persona, pues se lo avia encargado assi; adonde llegando antes de medio dia, apenas se apeò en una posada, quando llegaron à ella (y una tràs de otra) dos mugeres como mandaderas de Monjas, à pedirle, assi à èl, como à Don Fadrique, se llegassen à un cierto Monasterio, por quien los dos poco antes passaron, lo qual pusieron por obra, creyendo, que algunas Monjas, aviendolos visto atravessar desde las vistas, querian, como Forasteros, divertirse: sin mas pensarlo, se entraron en un locutorio, en quien por abreviar, quando entendieron verse en batalla campàl con veinte discretas professas, se hallaron sin pensar con la bizarra Hypolita, y su prima. A las quales, aviendolas traido alli el Conde, por mas que à la Abadesa dexò encargado su recato, y custodia, y sobre todo, el escrivir, ò hablar

blar de aquella suerte, tuvo el remedio que veis. Porque no obstante, que à los princios se guardò con ellas apretado rigor, y tanto, que ni avisar pudieron à los dos Cavalleros, yà en parte mitigandose, y dandolas solàz en mirar la calle, quiso su fortuna, que fuesse à tan buen tiempo, que al passar por ella conociessen à sus dos amantes, y tuviesse el hablarlos (mediante el favor de algunas Monjas) el efecto que ois. Dexo à la consideracion del Lector, por no dilatar mas esta historia, assi el gusto de aquellos Cavalleros (digo del buen D. Diego) como las alegres lagrimas, con que las dos señoras solemnizaron su deseada venida; y finalmente los amorosos conceptos, que por no ser sentidas, reducirian à una breve suma; de la qual, el remate, y cartacuenta, que unos, y otros se dieron, fuè, concertar, que las dos primas escriviessen al punto al Arzobispo la fuerza, que por impedir su casamiento les hacia el Conde, y que esto se propusiesse con tan vivas razones, que mediante la diligencia de los dos hermanos, sus deudos, y amigos, pusiesse aquel Prelado su mano, y jurisdicion en remediarlo. Con esta conclusion, despidiendose alegres, entrando en la Corte, se fomentò de su parte de suerte, que quando menos sospechaban, los llamò el Arzobispo, para ante todas cosas entender la verdad, y voluntad de entrambos. Estaba yà la de Don Fadrique (supuesto los inconvenientes que he dicho) aunque mal consolado, reducida à la de su hermano, que siempre deseò el empleo de Laura. Y por el consiguiente la hermosa Leonarda convencida con lo que sus hermanos hiciessen de ella; y assi deshecha esta dificultad, se mandaron sacar del Convento, y traer à Madrid las dos primas, adonde, aunque el Conde sintiò terriblemente, que contra su gusto se le casassen tales prendas, y procurò, que el Marquès, y su primo, que yà andaban libres, para su dilacion saliessen à impedirlo, fuè por demàs, porque ellos mirandolo mejor, se estuvieron quedos; y èl viendo estas esperanzas perdidas, y que para que condescendiesse, le apretaban personages gravissimos, huvo de tener por bien, lo que si hasta alli contradecia, era mas por interès, ò tema, que por demeritos de tales Cavalleros, los quales eran tan ricos, y tan nobles como èl; y en conclusion, concertadas sus bodas con general aplauso de la Corte, gusto, y descanso de sus corazones, las pusieron por obra. Renovaronse las muchas fiestas, que se hicieron en ellas, junto cō las de su hermosa hermana, à quien dignamente dieron el estado, que merecian sus partes, casandosa poco despues con un gran Cavallero: con que dexando fama eterna de sus muchas virtudes el venerable, y antiguo tronco de su Casa, sobre sus excelencias ilustres, y entre tan altas ramas, adelantò estos generosos pimpollos, que le adornaron, y engrandecieron.

***

LAUS DEO.



